



C. V. Langlois



HISTORIA
Edad Media
395-1270

040 1
AHM
649143

HISTORIA: Y ARTE

C. V. LANGLOIS.

HISTORIA DE LA EDAD MEDIA 395 - 1270



J. I. A. L.
Sección Circulante

439

AHM
649143

3
—
4-439

+

940.1 "395/1270" 940.1

LAN

HIS

HISTORIA DE LA EDAD MEDIA

395 - 1270

PRECIO
15 PESETAS

Biblioteca de Historia y Arte

TOMOS PUBLICADOS

BEUCHAT (H.)

Manual de Arqueología americana.—Traducción de Domingo Vaca. Madrid, 1918. Ilustrado con 262 figuras. (Tamaño 23 × 15.) Encuadernado en tela con planchas, 15 pesetas.

GUIRAUD (Paul.)

Historia griega.—Vida pública y privada de los griegos.—Traducción española de Domingo Vaca. Madrid, 1915. Ilustrada con numerosos grabados. (Tamaño, 19 × 12.) Encuadernado en tela con planchas, 5 pesetas.

Historia romana.—Vida pública y privada de los romanos.—Traducción española de Domingo Vaca. Madrid, 1917. Ilustrada con numerosos grabados. (Tamaño 19 × 12.) Encuadernado en tela con planchas, 6 pesetas.

LANGLOIS (Ch. V.)

Historia de la Edad Media (395-1270).—Traducción de Domingo Vaca. Madrid, 1919. Ilustrada con grabados. (Tamaño 19 × 12.) Encuadernada en tela con planchas, 7 pesetas.

MASPERO (G.)

En tiempo de Ramsés y de Assurbanipal.—Egipto y Asiria en la antigüedad. Traducción española de Domingo Vaca. Madrid, 1913. Ilustrada con numerosos grabados. (Tamaño, 19 × 12.) Encuadernado en tela con planchas, 5 pesetas.

MENARD Y SAUVAGEOT

Los pueblos en la antigüedad.—Egipto y Asia. Traducción de Domingo Vaca. Madrid, 1914. Ilustrada con numerosos grabados. (Tamaño, 23 × 15.) Encuadernado en tela con planchas, 8 pesetas.

Los pueblos en la antigüedad.—Grecia e Italia.—Traducción de Domingo Vaca. Madrid, 1916. Ilustrada con numerosos grabados. (Tamaño, 23 × 15.) Encuadernado en tela con planchas, 8 pesetas.

La familia en la antigüedad.—Constitución de la familia.—El vestido. La vivienda.—Traducción de Domingo Vaca. Madrid, 1919. Ilustrada con numerosos grabados. (Tamaño 23 × 15.) Encuadernado en tela con planchas, 12 pesetas.

SEIGNOBOS (C.)

Historia Universal.—Oriente y Grecia.—Traducción española de Domingo Vaca. Madrid, 1915. Ilustrada con 172 grabados y ocho mapas en colores. (Tamaño, 19 × 12.) Encuadernado en tela con planchas, 6 pesetas.

Historia Universal.—Historia de Roma.—Traducción española de Domingo Vaca. Madrid, 1916. Ilustrada con 82 grabados y tres mapas en colores. (Tamaño 19 × 12.) Encuadernado en tela con planchas, 6 pesetas.

47/1206841

COLECCIÓN DE LECTURAS HISTÓRICAS

CH. V. LANGLOIS

Historia de la Edad Media

395-1270

Traducida de la 5.^a edición francesa por

DOMINGO VACA

ILUSTRADA CON 87 GRABADOS



R 439

MADRID
DANIEL JORRO, EDITOR
23, CALLE DE LA PAZ, 23

1919

ES PROPIEDAD



10.545—Tipolit. L. Faure, Alonso Cano, 15.—Madrid

R. 4079861
Biblioteca Nacional de España

PRÓLOGO DE LA SEGUNDA EDICIÓN

En el prólogo de la primera edición de estas *Lecturas* decía que, para que pudiera tenerse una colección tal al corriente del progreso de la ciencia, sería necesario revisarla con frecuencia. He creído deber, efectivamente, después de cinco años, rehacerla desde el principio hasta el fin.

I

No es que haya renunciado al sistema que en 1890 me pareciera el mejor. Pienso siempre, por las mismas razones (1), que es imposible que el compilador de *Lecturas históricas* escriba él mismo todos los trozos que inserta, y que, al menos cuando se trata de «Lecturas acerca de la Historia de la Edad Media», hay que preferir, por más claros y fácilmente comprensibles, los trozos escogidos o los resúmenes de libros modernos a los documentos originales (2). Creo también que conviene restringir el nú-

(1) Prólogo de la primera edición, págs. XI-XII.

(2) Acerca de los métodos empleados para hacer «Lecturas históricas» destinadas a las clases en los diferentes países de Europa y América, véase la excelente obra del señor Altamira, *La enseñanza de la Historia*, Madrid, 1895, páginas 322 y siguientes.

mero de trozos que figuran en la compilación, para no tener que restringir, con detrimento de su valor, la extensión de cada uno de ellos. «Cuarenta o cincuenta asuntos tratados, es suficiente para dar, como se dice, luces acerca de todo, y para despertar, si no para satisfacer por completo, la curiosidad del estudiante» (1).

Lejos de cambiar de opinión, he resuelto por el contrario conformarme, más que lo había hecho en un principio, a mi propia manera de ver.

I.—«El libro de lecturas, decía yo en 1890, complementario del Manual y de las explicaciones del profesor, debe contener pocos o ningún documento original». Realmente, yo había incluido en éste, entre trozos tomados de obras modernas, algunos textos interesantes, pero desnudos, sin comentarios (cap. VI, § 2; cap. XI, § 4). Esta vez los he suprimido, persuadido para en adelante de que hay que distinguir muy claramente el libro de *Lecturas históricas* de lo que se llama en alemán *Quellenbuch*, de la «Colección de documentos originales para uso de las clases». Los *Quellenbücher* (2) son instrumentos

(1) En las págs. XIII-XIV decía yo: «Si los asuntos tratados son en corto número, serán muy variados, a fin de que cada uno encuentre en la colección cosas que le conyengan... La lectura de una página animada de Chateaubriand decidió, dícese, la vocación histórica de Agustín Thierry. Sé de jóvenes cuya vocación ha sido despertada por la nobleza de las hermosas, frías y elegantes síntesis de Guizot o de Fustel de Coulanges. Otros han sido atraídos por las vivas resurrecciones de Michelet o de Lavissee, otros podrían serlo también por el vigor y la firmeza de ciertas demostraciones críticas. Es cuestión de gusto y de temperamento. De aquí deduzco que todos los géneros deberán estar representados en el libro complementario, en el que habrá que poner buena semilla de todas clases. Lo que uno no lea otro lo aprovechará, y nada quedará perdido. Así se depositarán gérmenes en los cerebros, que fructificarán más o menos tarde.»

(2) Véase *Quellenlectüre und Quellenbücher im Unterricht en Festgabe zur Versammlung Deutscher Historiker im München, Ostern 1893*, Leipzig, págs. 79 y siguientes.

de enseñanza nuevos, muy apreciables si están bien hechos. Citaré, como modelos, la *Histoire de la France racontée par les contemporains*, de M. B. Zeller; *La English history from contemporary writers*, de M. J. York Powell; la *Storia d'Italia narrata da scrittori contemporanei*, de P. Orsi; el *Quellenbuch* de Echsli, para la historia de Suiza, las obras de Richter, de Lehmann, para la historia de Alemania, etc. Pero el libro de *Lecturas históricas* es, en mi opinión, cosa enteramente distinta, una pequeña biblioteca escogida de historiografía moderna.

II.—He renunciado, por otra parte, a componer cuadros de conjunto con datos tomados de varios autores. Este procedimiento, que se usa mucho, es peligroso. Pero me he tomado, como anteriormente, la libertad de suprimir, aquí y allá, en los textos reproducidos, las pruebas, las notas, las frases superabundantes, para mayor rapidez o claridad.

Por este motivo y el precedente, cinco trozos de cuarenta y tres han sido eliminados. He suprimido otros seis que ya me parecían viejos, o por otras razones susceptibles de ser sustituidos con ventaja. Se encontrarán, en cambio, en esta edición veinticinco trozos nuevos. La mayor parte de los escritores franceses de primer orden especializados en el estudio de la Edad Media, están representados en este libro por algún fragmento de su obra (1).

(1) No hay que decir que he elegido arbitrariamente y que he lamentado en más de una ocasión verme obligado a elegir. Las noticias bibliográficas, colocadas al principio de los capítulos, están hechas para remediar esto. Indican las obras de que, de haber tenido ocasión, hubiera copiado con gusto. No hay que decir tampoco que insertar páginas de un autor no equivale a garantizar que todo lo que afirma sea exacto en el pormenor. Podrían notarse, en dos trozos de autores diferentes que figuran en esta colección, pequeñas contradicciones, sin que por ello pudiéramos sorprendernos o molestarnos.

II

Pero lo que diferencia sobre todo esta segunda edición de la primera son las noticias bibliográficas, colocadas al principio de los catorce capítulos que corresponden a los artículos del programa.

Decía poco ha: «El libro complementario, al mismo tiempo que una elección de trozos recomendables, debe dar el catálogo de una biblioteca ideal». Era entonces una novedad introducir, en un libro de clase, noticias bibliográficas, precisas y abundantes. Desde entonces, la Bibliografía se ha puesto de moda, a nadie le parece ya «enojosa», porque todo el mundo sabe que es útil (1). En la *Historia general desde el siglo IV a nuestros días*, que empezó a publicarse en 1893, cada capítulo va seguido de una «Bibliografía» bastante extensa, a veces estimable, de los «documentos» y de los «libros». Al mismo tiempo que se extendía la costumbre de las noticias bibliográficas, y en tanto el público aprendía a servirse de ellas, aprendíamos nosotros a hacerlas mejor. Por esto no sorprenderá que la Bibliografía que acompaña a estas *Lecturas* se haya escrito completamente de nuevo.

(1) Hoy ya no se necesita probar que es útil. Lo es a los estudiantes (no está prohibido pensar en ellos), a los profesores y a las gentes de mundo, que—los especialistas lo observan todos los días—recurren muchas veces, por no estar bien informados, a libros detestables, los primeros que encuentran. Lo es también a los alumnos, aun cuando sólo fuera dándoles la noción de lo que la actividad científica de nuestra época tiene de prodigioso.—En ciertos países, la Guía bibliográfica escolar es una obra distinta de la «Colección de documentos», del «Manual» y del «Libro de lecturas». Véase W. F. Allen, *The reader's Guide to the English history*, etc.

Había en primer lugar que ponerla al corriente. Ahora bien, es tal la actividad de la producción científica internacional que, en cinco años, la bibliografía histórica queda en gran parte renovada. Libros que eran clásicos son sustituidos, se llenan vacíos, todo o casi todo se cambia. Recorriendo las noticias bibliográficas de esta Colección, no dejará de sorprender el grandísimo número de libros citados cuya cifra es posterior a 1890. No obstante, apenas tengo necesidad de decir que me he limitado a indicar, no las obras más recientes, sino solamente las mejores.

En segundo lugar, he introducido dos modificaciones en el plan primitivo de las noticias.

I.—Cada una de ellas se componía, en la primera edición, de dos partes: *Documentos originales, libros de segunda mano*. A más de que esta última expresión, aun cuando se use mucho, es muy impropia, me ha parecido razonable simplificar, reduciendo cada noticia a una simple «lista de obras modernas». En los *Quellenbücher* es en donde la bibliografía de las «fuentes» o de los «documentos originales» tiene su sitio señalado. La he suprimido aquí con tanto más gusto cuanto que ocupaba indebidamente parte considerable del lugar necesario para la bibliografía de los «libros».

II.—«No olvidaremos, decía yo hace cinco años, que el mérito principal de una bibliografía histórica destinada a los liceos consiste en ser práctica». Tenía en principio la intención de no enumerar más que los *mejores* libros, los más dignos de ser leídos o consultados (1). Pero es necesario indicar también algunos de los que, aun

(1) No he dudado en recomendar los *mejores* libros, sea cualquiera el idioma en que estén escritos: francés, inglés, alemán o italiano. Se ha dicho que, «una vez que nuestra Francia posee una rica colección de historiadores nacionales», «la lectura de los historiadores extranjeros no se impone más que a los eruditos». No es tal nuestra opinión. No sólo los eruditos deben preferir un buen libro a un libro mediano, aun cuando el buen libro esté en lengua ex-

cuando célebres, no deben ya leerse ni consultarse con confianza. Hay también que prevenir al lector de que ciertos «buenos libros» son obras de vulgarización y otros obras de erudición, difíciles, técnicas, a veces sistemáticas. De donde la utilidad de algunas advertencias. Había intentado sustituir estas advertencias con asteriscos, conforme al procedimiento recomendado por varios bibliógrafos. He sustituido esta vez al asterisco, resueltamente insuficiente, algunas observaciones explicativas (todavía demasiado sumarias para mi gusto) y clasificaciones razonadas.

Prácticas y al día, lo espero, las «Noticias bibliográficas» de esta colección no son copiosas. Todas las noticias superabundantes (libros atrasados y medianos, útiles sólo para los eruditos, etc.), han sido efectivamente desterradas de ellas (1). Pero la mayor parte de los grandes Manuales que aquí se indican están provistos a su vez de excelentes bibliografías especiales, críticas, con las cuales sería fácil, en caso necesario, ampliar las notas. Indico por otra parte, en nota (2), los instrumentos generales más

tranjera y el mediano se halle escrito en francés. No puede el hombre culto, en nuestros días, contentarse con estar al corriente de su bibliografía nacional, sea cualquiera la nación a que pertenezca.—Es exacto, por otra parte, que Francia ha producido, y produce todavía, muchos libros de Historia excelentes. Los estudios relativos a la Edad Media, en particular, están desde hace tiempo en gran florecimiento en nuestro país.

(1) He tenido interés en indicar: 1.º, los principales Manuales generales de superior vulgarización científica, para consulta más que para lectura; 2.º, las monografías de primer orden; 3.º, los libros mejores o artículos de vulgarización elemental, escritos para el público en general.—No creo se encuentre en otra parte un conjunto de noticias de este género.

(2) El último Manual de Bibliografía histórica universal (en que la Edad Media tiene su puesto) es el de C. Kendall Adams (*A Manual of historical literature*, New-York, 1888, 3.ª edic.), el cual no es seguro.

Los repertorios bibliográficos de Historia nacional están,

cómodos que permitirían formar rápidamente, si conviniere, la «bibliografía» de un asunto especial, es decir, proporcionarse la lista (la lista pura y simple, es cierto, sin explicaciones) de los libros y de los artículos que se han publicado acerca de cualquier cuestión de la Historia de la Edad Media.

No he citado en parte alguna el *Atlas de Géographie historique* recientemente publicado por la casa Hachette

naturalmente, bastante más cuidados. Consúltese, para la Historia de **Francia**: G. Monod, *Bibliographie de l'histoire de France*, París 1888; — para la de **Alemania**: Dalhmann-Waitz-Steindorff, *Quellenkunde der deutschen Geschichte*, Göttingen, 1894; — para la de **Bélgica**: H Pirenne, *Bibliographie de l'histoire de Belgique*, Gand, 1893; — para la de **Inglaterra**: S. R. Gardiner y J. Bass Mullinger, *Introduction to the study of English history*, London, 1894. — El Sr. Menéndez y Pelayo prepara una Bibliografía histórica de **España**. — Nada análogo, desgraciadamente, hay respecto a Italia. La obra de C. Lozzi *Biblioteca istorica della antica e nuova Italia*, Imola, 1884-1887, 2 tomos) es insuficiente. Véase un buen catálogo de librero: U. Hoepli, *Biblioteca istorica italiana*, Milano, 1895.

M. U. Chevalier es autor de una gigantesca empresa de bibliografía internacional, cronológicamente limitada a la Edad Media, el *Répertoire des sources historiques du moyen âge*. Su obra se compone de dos partes: La primera, *Biobibliographie*, París, 1877-1880, con un *Supplément* en 1888, da respuesta a esta pregunta: ¿Qué libros hay que consultar acerca de un personaje histórico que haya vivido en los años que van desde el 395 al 1500? — La segunda, *Topobibliographie*, cuyos dos primeros fascículos (A-E) se publicaron en 1894-1895, responde a esta pregunta: ¿Cuáles son los trabajos de que tal localidad, tal hecho, tal institución de la Edad Media ha sido objeto desde la invención de la imprenta hasta nuestros días?

Algunos de los repertorios citados (Monod, Lozzi, etcétera) datan ya de una decena de años. Para saber lo que se ha hecho con posterioridad y estar al corriente de lo que se hace cada día, hay que servirse de instrumentos especiales, reseñas periódicas, en su mayor parte anuales (*Jahresberichte*), en que los nuevos escritos históricos se clasifican con método y se aprecian en breves términos. Los *Jahresberichte der Geschichtswissenschaft*, publicados anual-

bajo la dirección de F. Schrader, ni los tomos IV a VIII de la *Weltgeschichte* de L. v. Ranke, porque habría sido necesario citar estas obras en todo lugar (1).

CH-V., LANGLOIS.

mente desde 1880 bajo los auspicios de la Sociedad histórica de Berlín, son de muy fácil manejo. Algunas Revistas en que se cuida la parte bibliográfica prestan, por otra parte, servicios análogos. Citaré en primer lugar la *Revue historique*, la *Historisches Jahrbuch* (católica) la *Deutsche Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*; pero hay muchas otras, tales como la *Historische Zeitschrift*, la *English historical review*, la *Revue des questions historiques* (católica), etc., etcétera, que, recomendables por otros respectos, no son de desdeñar, aun desde el punto de vista bibliográfico.

Una Revista, *Le Moyen Age*, se propone desde 1888 mantener a sus lectores al corriente de todo lo que aparece en el campo de la Historia de la Edad Media.—La *Bibliothèque de l'Ecole des Chartes* es una Revista de erudición consagrada al estudio de la Edad Media. No tiene la pretensión de dar indicaciones bibliográficas completas.—Revistas especiales, tales como la *Romania*, la *Byzantinische Zeitschrift*, la *Revue de l'Orient latin*, etc., proporcionan datos acerca de la que se publica en la esfera de sus estudios.

(1) La *Weltgeschichte* de L. v. Ranke es sin contradicción la mejor de las «Historias universales» en que la Edad Media tiene su lugar, pero hay muchas otras.—Bajo la dirección de los señores Lavissee y Rambaud se publica desde 1893 una *Historia general desde el siglo IV a nuestros días*, cuyos dos primeros volúmenes se consagran a las materias comprendidas en el programa de tercera. Indico aquí una vez por todas esta publicación desigual. Los cuatro o cinco capítulos verdaderamente interesantes que en ella hay se indicarán por separado.

Se observará que no he citado en ninguna parte las grandes «Historias de Francia» de H. Martin, E. Dareste, J. Michelet, y de los Sres. Bordier y Charton, etc. Es que todas son ya viejas. Las dos últimas conservan por lo demás gran valor, la de Michelet como obra de arte, la de Bordier y Charton como Manual. La casa Hachette ha publicado una nueva «Historia de Francia».

INDICE DE GRABADOS

	<u>Página.</u>
Roma dominadora del mundo.....	12
Cultivo de la vid, según un fresco del año 300 próximamente.....	22
Obispo.....	30
Los registros del fisco quemados en el Foro.....	43
Cripta de Jouarre (arquitectura merovingia).....	55
El emperador Anastasio con traje consular.....	81
Anillo de sellar, de oro, descubierto en 1653 en la tumba de Childerico I, padre de Clodoveo.....	84
Traje germánico (siglos V al VIII), según una miniatura.....	93
Moneda de Teodeberto,.....	104
El emperador Justiniano y su corte (mosaico de San Vitale, de Ravena).....	111
La emperatriz Teodora (mosaico de San Vitale, de Ravena).....	116
Iglesia de cúpulas: Saint-Front de Périgueux.....	124
Iglesia de San Martín en Cantorbéry, fundada por San Agustín.....	169
Calle y ábside de la Iglesia de San Juan y San Pablo, en Roma.....	176
Pórtico exterior de la Iglesia de San Clemente.....	178
Fachada interior de la antigua Iglesia de San Pedro en el Vaticano.....	192

Antigua basílica constantiniana de San Pedro. Restauración.....	194
Corona llamada de Carlomagno, que se conserva en el Tesoro imperial de Viena.....	196
Cúpula de la Catedral de Aquisgram.....	208
Página adornada del Evangelionario de Saint-Vaast... ..	208
Fuente de la vida. Pintura del Evangelionario de Carlomagno.....	210
El emperador Lotario.....	214
Tapa del Salterio de Carlos el Calvo.....	215
Sello de Enrique I.....	226
Caballero del siglo XI, según la tapicería de Bayeux. Armando a un caballero, según el mss. fr. 782 de la Biblioteca Nacional de París (siglo XIII).....	228
Godofredo Plantagenet, según una placa esmaltada. Castillo del siglo X, sobre su mota, con recinto de empalizada.....	231
Entrada del Foro por la vía Sacra.....	233
El emperador Oton III, según una miniatura del Evangelionario de Bamberg.....	239
San Bartolomeo in Isola, en Roma.....	255
Sello de Celestino III, del modelo de los Apóstoles..	258
Carta de Eugenio III, 16 agosto de 1147. Muestra de la escritura usada en el siglo XII en la Cancillería pontificia.....	261
La Ziza, palacio de los reyes normandos y suabos de Sicilia, cerca de Palermo.....	267
Sello de Federico II.....	276
Moneda de Federico II.....	282
Iglesia del Santo Sepulcro, en Jerusalén.....	288
Puerta de David, en Jerusalén.....	293
Esmaltes bizantinos del relicario de Limburgo....	295
San Luis trasladando las reliquias de la Pasión a la Santa Capilla.....	317
La Santa Capilla de Palacio, edificada por San Luis para guardar las reliquias del Bucolón (París)...	320
	322

	<u>Página.</u>
Qala'at-el-Hosn (el Krak de los Caballeros).....	325
Ensayo de restauración del castillo del Krak, según M. Rey.....	328
Castillo del Krak, estado actual.....	333
Construcciones latinas en Tierra Santa. Castillo de Tancredo, en Tiberiades.....	339
Castillo de los Caballeros teutónicos en Marienburgo (Prusia).....	346
Sello de la ciudad de Compiègne.....	356
Sello de la ciudad de Noyon (1259).....	357
Sello del municipio de Fismes.....	358
Sello del Municipio de Nesle (1230).....	359
Plano general de la bastida de Montpazier (Dordoña). Sello de los oficios de Arlés.....	374
Moneda de Luis VI.....	378
Castillo de Senlis.....	388
Suger, según una vidriera de Saint-Denis.....	390
Mapa de los alrededores del castillo Gaillard. Figu- ra 1. ^a , según Violletle-Duc.....	401
Plano del castillo Gaillard. Figura 2. ^a , según Viollet- le-Duc.....	408
Ruinas del castillo Gaillard. Estado actual.....	411
Ruinas del castillo Gaillard. Estado actual. (Otra vista). San Luis, según una estatuita de madera del Museo de Cluny.....	414
Gautier Bardins, bailio y consejero del rey en el si- glo XIII, según su losa sepulcral.....	418
Felipe el Atrevido, hijo de San Luis, según su losa sepulcral.....	440
Sello de Enrique Plantagenet.....	443
Tumbas de los Plantagenets, en Fontevrault.....	445
Sello de Juan sin Tierra.....	466
Torre de la Inquisición, en Carcasona.....	468
Vista de Asís.....	475
El señor de Joinville, con sus armas en el manto, se- gún un manuscrito del siglo XIV.....	499
	512
	528

	<u>Página.</u>
Escritura de fundación de la Sorbona, 1257.....	535
Sello de la Universidad de París.	538
Juglar, según una miniatura.....	573
Nave principal de la catedral de Amiens.....	584
Arco apuntado y arco de medio punto.....	586
Claustro de Moissac.....	589
Esculturas de la portada de la catedral de Chartres..	594
Esculturas de la portada de Amiens.....	596
Vaso de cobre esmaltado por G. Alpis de Limoges (principios del siglo XIII).	600
Pixide de cobre esmaltado. Limoges, siglo XIII (Mu- seo del Louvre).....	602
Báculo de cobre esmaltado. La Anunciación. Limo- ges, siglo XIII (Museo del Louvre).....	604
Caja de reliquias de Ambazac (Haute-Vienne). Limo- ges. Fines del siglo XII. Cara posterior.....	605
Caja de reliquias de Mozac (Puy-de-Dôme) (Limoges. Fines del siglo XII).....	606
Gemeliones de cobre esmaltado. Limoges, siglo XIII (Museo de Cluny).....	609
Cofrecillo llamado de San Luis. Obra limosina. Epo- ca de Felipe el Hermoso (Museo del Louvre).....	611
Caballero de por el año 1220, según el álbum de Vi- llard de Honnecourt.....	630
Caballero anglo-normando, según una tumba de 1277.	632
Felipe de Valois, según su sello.....	637

LECTURAS HISTÓRICAS

CAPÍTULO PRIMERO

El Imperio romano a fines del siglo IV.

PROGRAMA.—*El emperador, los prefectos, el impuesto; la ciudad; los grandes propietarios; los colonos.*

Civilización romana: escuelas, monumentos, costumbres. Ejemplos tomados en la Galia. Comparación entre este país antes de la conquista y la Galia romana.

El cristianismo: los obispos, los Concilios.

BIBLIOGRAFÍA

Hay gran número de buenos libros acerca del **Derecho público romano** en general y acerca de la **Historia general del Imperio**.—Los tomos I a VII del *Manuel des antiquités romaines*, de Marquardt y Mommsen (traducción francesa de P Girard, en publicación), tratan del «Derecho público romano».—Los Manuales más sumarios de P. Willems (*Le droit public romain*, Lovaina, 1888, 6.^a edic.) y de A. Bouché-Leclerq (*Manuel des institutions romaines*, París, 1886, en 8.^o) son también muy recomendables.—Entre las Historias generales del Imperio romano, las de Mommsen, Herm. Schiller y Duruy son clásicas.

La Historia de la **Galia romana** ha sido objeto recientemente de trabajos de importancia. Los de M. E. Desjardins (*Géographie historique et administrative de la Gaule romaine*, París, 1876-1885, 3 vols. en 8.^o) y de Fustel de Coulanges figuran en primer lugar. El segundo, historiador sincero, profundo, sistemático, escritor admirable, ha dejado una *Histoire des institutions politiques de l'ancienne France*, sin ter-

minar, cuyo tomo primero, *La Gaule romaine* (París, 1891), ha sido publicado después de la muerte del autor por M. C. Jullian. Véase, del mismo, *Recherches sur quelques problèmes d'histoire*, París, 1885.—M. C. Jullian ha publicado un libro elemental, agradable: *Gallia. Tableau sommaire de la Gaule sous la domination romaine* (París, 1892). En él ha expuesto el gobierno de la Galia en tiempos del Imperio (Asambleas, régimen municipal, impuestos, ejército), el estado social, el arte, la enseñanza, la literatura, la religión, etcétera. Describe las ciudades de la Narbonense, de Bélgica y de Aquitania, trata, en fin, de la unidad moral de la Galia y del patriotismo galo-romano.—Ya no es utilizable la obra de Am. Thierry, *Histoire de la Gaule sous l'administration romaine*, París, 1840-1842.

La historia de los últimos tiempos del paganismo y de las **relaciones del cristianismo con el Imperio** ha sido tratada por algunos de los eruditos, filósofos y escritores más eminentes del siglo XIX. Hay que leer sobre todo, en francés: A. de Broglie, *L'Eglise et l'Empire romain au IV^e siècle*. París, 1856, 4 vols.; — E. Renan, *Histoire des origines du christianisme*, París, 1863-1882, 7 vols., con índice; — L. Duchesne, *Les origines chrétiennes, leçons d'histoire ecclésiastique*, París, s. a.; — G. Boissier, *El fin del paganismo. Estudio sobre las últimas luchas religiosas en Occidente en el siglo IV*, Madrid, Jorro, editor; — J. Réville, *Les origines de l'épiscopat. Etude sur la formation du gouvernement ecclésiastique au sein de l'Eglise chrétienne dans l'Empire romain*, París, 1894; R. Thamin, *Saint Ambroise et la morale chrétienne au IV^e siècle*, París, 1895. — Léanse, en alemán: V. Schultze, *Geschichte des Untergangs des griechisch-römischen Heidenthums*, Jena, 1887-1892, 2 vols. en 8.^o; — O. Seeck, *Geschichte des Untergangs der antiken Welt*, Berlín, 1895. 2 vols., en 8.^o Véase más adelante la lista de los Manuales de Historia eclesiástica, en la Bibliografía del cap. XIII.

Acerca de la **introducción del cristianismo en la Galia**, véanse los trabajos de E. Le Blant (*Manuel d'épigraphie chrétienne, d'après les marbres de la Gaule*, París 1869) y L. Duchesne (*Fastes épiscopaux de l'ancienne Gaule*, París, 1894). — Las obras de M. Chevallier (*Les origines de l'église de Tours, avec une étude générale sur l'évangélisation des Gaules*, Tours, 1871) y Lecoy de la Marche (*Saint Martin*, Tours, 1881) no son seguras.

I.—**Romani, Romania.**

Los habitantes de Roma se han llamado en todo tiempo, en su lengua, *romani*. Esta palabra está formada con el antiguo nombre *Roma* y el sufijo *ano*, uno de aquellos que servían al latín para formar con el nombre de una ciudad el de sus habitantes. Mucho tiempo después de la sumisión de Italia y de las demás provincias que formaron su Imperio, los *romani* se distinguieron de los pueblos que vivían bajo su dominación. Estos conservaban su nombre de origen: eran sabinos, galos, iberos, helenos, y no tenían derecho a llamarse romanos, nombre reservado para los que estaban en posesión del derecho de ciudadanía por su estirpe o lo habían recibido por merced especial. Insensiblemente esta distinción se borró, sobre todo después que el edicto célebre de Caracala hubo hecho ciudadanos romanos a todos los habitantes del Imperio: *In orbe Romano qui sunt*, dice Ulpiano, *ex constitutione imperatoris Antonini cives Romani effecti sunt*. La vecindad amenazadora de los bárbaros, que cercaban el Imperio por varias partes, hizo muy pronto más general el uso de la palabra *romani* para designar a los habitantes del Imperio en oposición a los mil pueblos extraños que lo bordeaban y que comenzaban ya a atravesar sus fronteras. Los escritores del siglo iv y del siglo v hablan con orgullo de aquella nueva nacionalidad romana, de esa fusión de las razas en una sola patria: *¿Quis jam cognoscit*, dice San Agustín, *gentes in imperio Romano quæ quid erant, quando omnes Romani facti sunt et omnes Romani dicuntur?* Hablando del Imperio, Sidonio Apolinar escribía: *In qua unica totius orbis civitate soli Barbari et servi peregrinantur*. Los poetas no dejaron de celebrar aquella grande obra. Los versos de Rutilio Namaciano son célebres:

Fecisti patriam diversis gentibus unam,
Urbem fecisti quæ prius orbis erat.

Los de Claudiano, no menos entusiastas, parecen insistir particularmente en el nombre, ya común, de *Romani*:

Hæc est (Roma) in gremium victos quæ sola recepit,
Humanumque genus communi nomine fecit.

Prudencio exclama de esta suerte:

Deus undique gentes
Inclinare caput docuit sub legibus iisdem,
Romanosque omnes fieri, quos Rhenus et Ister,
Quos Tagus aurifluus, quos magnus inundat Iberus...
Jus fecit commune pares et nomine eodem
Nexuit et domitos fraterna in vincla redegit.

De cuán exagerados eran estos elogios, de cuán lejos se estaba de que el mundo entero hubiera entrado en el *orbis Romanus*, fueron testigos los autores mismos de estos versos. La *ciudad universal* fue destruída en el momento en que se celebraba su acabamiento, y la distinción entre romanos y bárbaros, en vez de expresar una relación de superioridad del primero al segundo término, adquirió bien pronto la significación contraria.

Esta distinción, anterior al establecimiento de los germanos en las provincias romanas de Occidente, persistió después de dicho establecimiento y fue la misma en todos los países donde tuvo lugar. Los invasores extranjeros eran designados con el nombre genérico de *barbari*, que ellos mismos aceptaban por otra parte (1), y no les parecía mal que los romanos, a quienes encargaban de escribir sus leyes y ordenanzas en latín, se lo atribuye-

(1) Es de notar que en esto hacían simplemente lo que hubieran hecho los romanos, que, tratados de *βάρβαροι* por los griegos, no sentían la menor dificultad en atribuirse este nombre. Más tarde, los romanos se unieron a los griegos y consideraron como bárbaro todo lo que no era griego o romano; pero los griegos los llamaron durante mucho tiempo todavía *βάρβαροι*, y algunos de ellos persistían en darles este nombre durante la misma época imperial.

ran. No obstante, el nombre no aparece sino como excepción, y de ordinario cuando se trata de designar el conjunto de las tribus germánicas. Estas tribus no tenían entonces nombre común por el cual pudieran expresar su nacionalidad colectiva. La palabra *Germani*, naturalmente, era por completo desconocida en aquella época. En cuanto a la palabra *theodisc*, *diustic* (en francés antiguo *tiedeis*, en italiano *tedesco*), no aparece bajo la forma latina *theotiscus*, *theudiscus* hasta el siglo IX. La palabra *Teuto*, que parece enlazarse con ella etimológicamente, no aparece en parte alguna, y el derivado *Teutonicus*, empleado por ciertos escritores latinos, es un recuerdo clásico que no se basaba, ciertamente, en aquella época en ninguna denominación efectiva. Cabe dudar que los alemanes tuvieran entonces conciencia clara de su unidad de raza. En los textos se califican habitualmente con el nombre especial de su tribu, y vemos los *Romani* sucesivamente opuestos a los *Franci*, a los *Burgundiones*, a los *Gothi*, a los *Langobardi*, etc. Por el contrario, no se ve en parte alguna aparecer con respecto a los habitantes de las provincias del Imperio denominaciones especiales que les refieran a una nacionalidad anterior a la conquista romana. No hay en el cuerpo de las leyes, ni tampoco en las historias de aquella época, *Galli*, ni *Rhaci*, ni *Itali*, ni *Iberi*, ni *Afri*, hay sólo *Romani* frente a los conquistadores extendidos por todas las provincias.

El *Romanus* es pues, en la época de las invasiones y del establecimiento de los germanos, el habitante, que habla latín, de una parte cualquiera del Imperio. Así se designa él mismo, no sin conservar, durante mucho tiempo todavía, algún orgullo de este gran nombre (1). Pero sus vencedores no le llaman así; el nombre *romanus* no

(1) Fortunato y Gregorio de Tours emplean ciertamente todavía esta palabra con complacencia, ya para calificarse ellos mismos, ya para calificar a aquellos de que hablan. Los hagiógrafos mencionan gustosos, y ciertamente para hacerle favor, el origen romano de su santo.

parece haber penetrado en ninguno de sus dialectos. El que aplican, y aplicaban sin duda mucho antes de la conquista, es *walah*, más tarde *welch*, con variantes en sus distintas lenguas, al que se refieren los derivados *walahise*, más tarde *waelsch* (*welche*) y *wallon*. El uso de esta palabra y de la palabra *Romanus* es precisamente inverso: la primera no la usan nunca más que los bárbaros, la segunda los romanos (1). Una y otra han persistido frente a frente, como se verá más adelante, mucho después de la época de que aquí se trata, en los países donde las dos razas, germánica y latina, se hallaban en contacto íntimo y diario y no habían llegado a confundirse en una nacionalidad nueva.

La palabra *welche* tiene en francés un matiz despectivo que tenía seguramente, en aquella época, en el espíritu de los alemanes que la pronunciaban. Los conquistadores profesaban muy buena opinión de sí mismos, y se consideraban muy superiores a los pueblos entre los cuales acababan de establecerse. Por desgracia, faltan los documentos puramente germánicos de estas épocas remotas, pero algunos textos latinos han conservado el recuerdo de los sentimientos que la raza conquistadora, todavía varios siglos después de la caída del Imperio, mantenía respecto a los *walahen*, únicos depositarios, sin embargo, de la civilización occidental. El más curioso de esos textos, a causa de su ingenuidad, es esta frase que se lee en el glosario romano-alemán de Cassel y que es ciertamente de un bávaro de la época de Pepino: *Stulti sunt Romani, sapienti Paioari; modica sapientia est in Romanis; plus habent stultitia quam sapientia*. En este caso, rara suerte, hemos conservado, al lado

(1) Así, si se quieren traducir las palabras puestas por los historiadores de esta época en boca de los alemanes, hay que traducir siempre *Romanus* por *Welche*. Por ejemplo, en la vida de San Eloy, II, 19: *Nunquam tu, Romane, consuetudines nostras evellere poteris*, la palabra *Romane* traduce ciertamente el *Walah* que fue dirigido al santo.

de la traducción latina, el pensamiento de aquel excelente *Peigir* en la forma misma en que sonrió a su espíritu: *Tole sint Walha, spahe sint Peigira; luxie ist spahi in Walhum; mera hapent tolaheiti denne spahi.* En la misma época se encontraban, a orillas del Rhin, alemanes como el que pinta Wandelbert en su relato de los milagros de San Goar: *Omnes Romanæ nationis ac linguæ homines ita quodam gentilicio odio exsecratur ut ne videre quidem eorum aliquem æquanimiter vellent... Tanta enim ejus animum innata ex feritate barbarica stoliditas apprehenderat ut ne in transitu quidem Romanæ linguæ vel gentis homines et ipsos quoque bonos viros ac nobiles libenter adspicere posset.* Estos sentimientos no se limitaban a los que carecían de cultura, sino que, en el siglo x todavía, Luitprando se indignaba ante la idea de que se pudiera honrarle tratándole de *Romanus*, y decía a los griegos: *Quos (Romanos) nos, Langobardi scilicet, Saxones, Franci, Lotharingi, Bagoarii, Suevi, Burgundiones, tanto dedignamur, ut inimico nostro commoti nil aliud contumeliarum nisi: Romane! dicamus, hoc solo nomine quidquid ignobilitatis, quidquid timiditatis, quidquid avaritiæ, quidquid luxuriæ, quidquid mendacii, imo quidquid vitiorum est comprehendentes.* ¿Cómo no observar que al cabo de diez siglos se dejan oír todavía en alemán apreciaciones casi iguales acerca del «wælschen Lug und Trug», la «wælsche Sittenlosigkeit» y la «tiese moralische Versunkenheit der romanischen Völker»?

El nombre *Romani* no se mantuvo pasados los tiempos carolingios. La fusión de los conquistadores germánicos con los romanos, la adopción por ellos, en España, en Francia, en Italia, de la lengua de los vencidos, hizo desaparecer del antiguo Imperio de Occidente una distinción tan general, sustituida por los nombres especiales de las naciones que se formaron con los restos del Imperio de Carlomagno. Pronto hubo, no ya romanos en oposición a cierto número de tribus conquistadoras, sino por el contrario una nación alemana comprendida en los lí-

mites ensanchados de la antigua Germania, y que, sin dejar de estar dividida en tribus, adquirió conciencia de sí misma con el nombre de *Tiedesc*, y fué designada por sus vecinos con nombres diversos, pero igualmente colectivos, y, al lado, lombardos, franceses, provenzales, flamencos, etcétera. El nombre *Romani* se mantuvo no obstante en dos casos, donde los pueblos que lo habían compartido con los habitantes de todo el Imperio no se vieron englobados en ninguna nacionalidad nueva y conservaron, para distinguirse de los *bárbaros* que les rodeaban, la antigua denominación de que se sentían orgullosos. Los alemanes, fieles por su parte a la tradición anterior, dieron a estos pueblos el nombre de *Walahen*, *welches*, y este nombre ha seguido aplicándoseles hasta nuestros días.

Estos dos casos se presentan en los países donde la población romana, a consecuencia de circunstancias especiales, vivió como en una especie de isla entre otras razas. Todos conocen en la actualidad la existencia de la tan interesante lengua que se habla en el cantón de los Grisones, y que se distingue del italiano con el cual está en contacto al sur. Esta lengua es el único vestigio que ha persistido hasta nuestros días de la que hablaban en otro tiempo los *Romani* de la Rhecía. Se ha creído durante mucho tiempo que los habitantes romanos de este país habían emigrado todos a Italia, como refiere Eugippio en la vida de San Severino, y habían dejado el puesto libre a los bárbaros. Pero documentos numerosos e interesantes prueban que durante mucho tiempo después de la conquista definitiva del país por los alamanes y los bávaros, se mantuvo allí una población rumana en grupos más o menos numerosos y consistentes... No hay, pues, nada de sorprendente en que los habitantes no germanizados del país de Coire, los únicos que han resistido hasta nuestros días los progresos del teutonismo, hayan conservado, en parte al menos, su nombre lo mismo que su lengua. Verdad es que en la actualidad no se llaman *Romann*, que entre ellos significa «romano», sino *Romanusch*, como su idioma mismo, pero esta forma derivada

se apoya necesariamente en la otra más antigua.—De igual modo que ellos se han llamado *Romanusch*, los alemanes los designan actualmente con el derivado de *Walah*, a saber: *Wælshen*, *Churwælshen*.

El otro ejemplo de la persistencia del nombre *Romani* se encuentra en comarcas que formaban parte del Imperio de Oriente. Los pueblos que en la actualidad, en las provincias danubianas, Hungría y la Turquía europea, hablan un idioma latino se dan el nombre de romanos (*Rumän*, *Rumen*, *Romän*), que nosotros les damos también desde hace poco tiempo (rumanos). El nombre valacos no les es aplicado sino por los extranjeros que los rodean. Como los *Romani* de Occidente, los de Oriente fueron llamados por los alemanes *Walahen*. Verdad es que hoy no están en contacto con los alemanes, pero se sabe que por estos países se precipitaron en el Imperio las primeras invasiones germánicas, que por otra parte habían sido precedidas por numerosa colonización. Allí como en todas partes, los alemanes llamaron *Waluhen* a los que se llamaban *Romani*, y transmitieron esta denominación a los pueblos diversos que los sustituyeron en aquellas regiones. Los mismos griegos la adoptaron en lo sucesivo (*Βλάχοι*). Uno y otro nombre, el primero en boca de los extraños, el segundo en la de los *Romani*, designan hasta nuestros días a los descendientes singularmente diseminados de las antiguas poblaciones romanizadas de aquellas provincias. Sabido es que han conservado también su idioma, y que, aun cuando alterado y con mezcla de elementos extraños como está, merece ocupar su puesto entre los dialectos modernos en que vive todavía la lengua latina.

El nombre *Romani*, se comprende, no ha designado a los habitantes del Imperio que hablaban latín únicamente por oposición a los bárbaros germanos. Lo han empleado también para distinguirse de sus demás vecinos. Tan sólo la denominación correspondiente *walahen* falta naturalmente en este caso. En Africa, por ejemplo, los *Romani* que hallamos designados con este nombre cercanos a los vándalos, se llamaban así anteriormente por oposi-

ción a los indígenas que habían permanecido extraños a la dominación o a la lengua romana. — De igual modo, cuando la Armórica se vió ocupada por pueblos que hablaban idioma céltico, los recién llegados, continuando sin duda la costumbre que tenían ya en la Gran Bretaña, llamaron *Romani* a sus vecinos, habitantes de las provincias galas romanizadas.

Resulta de todo lo que acaba de decirse que los habitantes del Imperio romano, cualquiera que hubiese sido su nacionalidad primitiva, se designaban, especialmente por oposición a los extranjeros, y sobre todo a los alemanes, con el nombre de *Romani*. Este nombre lo conservaron en las diferentes comarcas donde los invasores se establecieron, en tanto hubo distinción entre conquistadores y vencidos. En Occidente desapareció, por lo general, hacia el siglo ix, para ceder el puesto a los nombres de las diversas nacionalidades procedentes de la desmembración del Imperio realizada por las tribus germánicas. Se mantuvo sin embargo más tiempo, y subsiste todavía, al menos por su derivado, en la pequeña comarca de Coire. En Oriente siguió designando a los habitantes romanizados de las provincias del sur del Danubio que no se confundieron con las poblaciones ilíricas, griegas, germánicas, eslavas o mongolas, y las designa todavía hoy.—La palabra *Romanus* se traducía en alemán por *Walah*, pero nunca los *Romani* adoptaron esta denominación. Se ha mantenido en el alemán (en cuya lengua *Romanus* es desconocido) para designar a los pueblos romanos durante la Edad Media, y aun no ha desaparecido del todo. Va particularmente unida a los dos pueblos que han conservado el nombre de *Romani*, a los *Churwalschen* y a los *Walachen*.

* * *

Con el nombre de los habitantes del Imperio se hizo un nombre para el Imperio mismo. Era cosa del espíritu popular sustituir una designación breve y concreta a los tér-

minos *imperium Romanum, orbis Romanus*. Se derivó de *Romanus* el nombre *Romania*, formado por analogía, como *Gallia, Græcia, Britannia*, etc. La aparición de este nombre indica de manera notable el momento en que se confundieron por completo los pueblos tan diversos sometidos por Roma, y en que todos, reconociéndose miembros de una sola nación, se opusieron en masa a la infinita variedad de los *bárbaros* que los rodeaban. Este nombre era popular y no tenía derecho de entrada en el estilo clásico. Por eso, la época en que por vez primera nos aparece es evidentemente muy posterior a aquélla en que debió formarse. Los textos que la incluyen la emplean únicamente por oposición al mundo bárbaro, que había venido a ser objeto de todos los temores, la amenaza sin cesar presente en el espíritu.

La Romania había adquirido apenas conciencia de sí misma cuando iba a ser destruída, al menos en su existencia material. Esta reflexión melancólica es naturalmente sugerida por el pasaje siguiente, en que se encuentra el ejemplo más antiguo de la palabra. A principios del siglo v tuvo lugar, en la gruta de Belén donde vivía San Jerónimo, la conversación siguiente, a propósito del rey godo Atilfo, aliado del Imperio después de haber pensado destruirlo por completo: «*Ego ipse, dice Paulo Orosio, virum quemdam Narbonnensem, illustris sub Theodosio militice, etiam religiosum prudentemque et gravem, apud Bethlehem oppidum Palæstine beatissimo Hieronymo presbytero referentem audivi se familiarissimum Atilfopho apud Narbonam fuisse, ac de eo sæpe sub testificatione didicisse quod ille, cum esset animo viribus ingenioque nimius, referre solitus esset se in primis ardentem inhiasse ut, oblitterato Romano nomine, Romanum omne solum Gothorum imperium et faceret et vocaret, essetque, ut vulgariter loquar, Gothia quod Romania fuisset*».—Próximamente en la misma época, volvemos a encontrar esta palabra en circunstancias más tristes todavía. El otro gran Doctor cristiano de aquel tiempo, San Agustín, sitiado en Hipona por los vándalos

BIBLIOTECA CENTRAL CIRCULANTE
SERVICIO NACIONAL DE LECTURA
M A D R I D

los, recibe cartas de los obispos de la provincia pidiéndole consejo acerca de lo que deben hacer en el peligro y el desastre comunes, y él les responde respecto a la conducta que debe seguirse frente a los que su biógrafo Posidio, a la sazón encerrado con él, llama *illos Romanicae everso-*



Fig. 1.^a—Roma dominadora del mundo (Museo del Louvre, número 102 del Catálogo Clarac).

res. Romania no significa solamente en este caso, como quieren los bolandistas, *ditio romana in Africa*, no tiene tampoco simplemente el sentido de *Romanum imperium* que le atribuye Du Cange; ha adquirido una significación general, la de mundo romano, de civilización romana opuesta a la *barbaries* que va a destruirla.

Por singular casualidad, los ejemplos de la palabra *Romania* son más antiguos y numerosos en griego que en latín. Cuando la capitalidad del Imperio hubo sido trasladada a Bizancio, no por eso dejó al Imperio romano de subsistir. Constantinopla fue llamada nueva Roma o simplemente Roma, y la lengua latina siguió siendo durante mucho tiempo oficial (1). Los escritores griegos parecen haber adoptado en esta época la palabra *Romania* para designar el conjunto del Imperio..... San Atanasio dice expresamente: Μητροπόλις ἢ Ῥώμη τῆς Ῥωμανίας... Más tarde, cuando el Imperio de Oriente fue destruído, el nombre Ῥωμανία designó, en los escritores griegos, el Imperio de Bizancio, y reapareció en la forma *Romanía* (con acento en la *i*), *Romania*, en los escritores occidentales, con este sentido especial. De aquí se llegó a designar las posesiones griegas en Asia, luego las provincias que constituyen hoy la Turquía europea y Grecia, donde ha de reconocerse en la forma *Rumelia*. No tengo por qué extenderme aquí acerca de la palabra griega Ῥωμανία. Basta mostrar que procede del latín y que su uso habitual en Oriente en el siglo iv prueba que era popular en Occidente antes de dicha época.

En Occidente, la palabra *Romania*, como se ha visto se empleó sobre todo para caracterizar el Imperio romano frente a los bárbaros, y más tarde para expresar el conjunto de la civilización y de la sociedad romana. En este sentido amplio, comprende naturalmente la lengua, y esta idea accesoria está claramente indicada por Fortunato cuando, dirigiéndose al franco Cariberto, le dice:

Hinc cui Barbaries, illinc Romania plaudit.
Diversis linguis laus sonat una viro

Romania es en este caso el conjunto de los *Romani*, el mundo romano en oposición al mundo alemán o bárbaro.

(1) El año 462, un magistrado fue destituido por haber empleado, en Egipto, el griego en lugar del latín en los documentos públicos.

La palabra *Romania* siguió usándose hasta los tiempos carolingios, y aun volvió a estar en boga sin duda cuando Carlomagno hubo restaurado el *Imperium Romanum*. En una capitular de Ludovico Pío y Lotario se lee: «*Præcipimus de his fratribus qui in nostris et Romanicæ finibus paternæ seu maternæ succedunt hereditati*», y me parece probable que *Romania* signifique aquí la extensión del Imperio más bien que Italia o la provincia italiana a que el nombre ha acabado por reducirse. Pero cuando el Imperio pasó a los reyes de Alemania, la palabra *Romania* parece haber designado especialmente aquella parte de sus Estados que no era germánica, a saber: Italia... Por último, la palabra *Romania* acabó por no designar más que la provincia que todavía se llama así, la Romaña, y que corresponde al antiguo exarcado de Rávena. Le viene, según unos, de la célebre donación hecha por Pepino a la *Ecclesia Romana*; según otros del nombre del Imperio griego, de la *Ῥωμανία*, cuya última posesión en Occidente fue dicha provincia.

En resumen, la palabra *Romania*, nacida para comprender en un nombre común el conjunto de las posesiones de los romanos, sirvió especialmente para designar el Imperio de Occidente, cuando fue separado del de Constantinopla (el cual, por su parte, se atribuyó el nombre *Ῥωμανία*). Después de la destrucción sucesiva de todos los restos de la dominación romana, expresó el conjunto de los países que habitaban los *Romani*, así como el grupo de los que hablaban todavía la lengua de Roma, y por consiguiente la civilización romana misma. En este sentido, *Romania* es palabra bien elegida para designar el dominio de las lenguas y de las literaturas romances.

La *Romania*, desde este punto de vista de la civilización y del lenguaje, comprendía en otro tiempo, en la época de su mayor extensión, el Imperio romano hasta los límites en que comenzaba el mundo helénico y oriental, o sea la Italia actual, la parte de Alemania comprendida al sur del Danubio, las provincias situadas entre este río y Grecia, y, en la orilla izquierda, la Dacia;

la Galia hasta el Rhin, Inglaterra hasta la muralla de Septimio Severo; España entera, menos las provincias vascas, y la costa setentrional de Africa. Grandes trozos de este vasto territorio le han sido quitados, sobre todo por los alemanes. Verdad es que varios de los países, en otro tiempo romanos, donde al presente se habla el alemán, jamás han sido completamente romanizados. Respecto a Inglaterra, el hecho es cierto. Cuando las legiones romanas se hubieron retirado, el elemento celta indígena recobró pronto la preponderancia, y los *Romani*, que a pesar de todo quedaban en gran número, fueron absorbidos sin duda tanto por los bretones como por los sajones. — Los países de la orilla izquierda del Rhin que han sido germanizados no lo fueron todos en la misma época. Deben el haber sido germanizados, ya a la vecindad amenazadora de los bárbaros (provincias renanas, Alsacia-Lorena), ya al exterminio de los habitantes romanos por los invasores (Flandes). Pero es seguro, especialmente en lo que respecta a Alsacia, que el establecimiento germánico había estado precedido de una romanización casi completa. — Las comarcas de la orilla derecha del Danubio (Rhecia, Nórica, Pannonia) habían recibido muy pronto colonias germánicas, establecidas por los mismos emperadores. Ante las invasiones, parte de la población romana pasó a Italia, el resto se absorbió más o menos lentamente en el pueblo conquistador, y un pequeño núcleo persistió en algunos valles de los Alpes. — En las provincias más orientales, el elemento indígena se había mantenido como en Inglaterra; pero la población romana había adquirido más consistencia, tanto que, en medio de los antiguos habitantes (albaneses) y de las masas de invasores sucesivos (germanos, eslavos, húngaros, turcos), los *rumanos* consiguieron mantenerse, de un lado como cuerpo de población considerable, de otro en pequeños grupos diseminados muy numerosos, y aun llegaron a ocupar de nuevo la Dacia de Trajano que Aureliano había hecho evacuar a todos los *Romani* en el siglo III. — En Africa no fueron los vándalos los que pu-

sieron fin al romanismo. Parece probable, por el contrario, que allí lo mismo que en España y en la Galia, los germanos acabaron por confundirse con los vencidos, y se habría formado sin duda en el reino de Genserico una lengua romance especial, si el establecimiento vándalo no hubiera fenecido a manos de los griegos, y sobre todo si la funesta invasión de los musulmanes no hubiera arrancado aquellas hermosas comarcas al mundo cristiano. Es de creer que cuando los árabes llegaron, quedaban allí numerosos romanos. No obstante, el elemento indígena no había desaparecido nunca, aun en la época de la dominación romana y en el corazón de las provincias que rodeaba por todos lados. Se unió íntimamente a los árabes, y los últimos vestigios del romanismo desaparecieron muy pronto de Africa.—España, por el contrario, donde la fusión de los godos con los latinos era completa, conservó su carácter, aun bajo la dominación musulmana, y llegó finalmente a emanciparse del todo.—Lo mismo ocurrió en Sicilia. Allí el romanismo no sólo expulsó por completo al elemento árabe, sino que también hizo desaparecer el elemento griego, que sin duda era todavía bastante numeroso al comenzar la Edad Media.—Este elemento griego desapareció también del sur de Italia, donde se había mantenido desde la colonización helénica. En el Mediodía de la Galia, se había absorbido muy pronto en la civilización latina.—La Romania perdió, no obstante, en Galia una provincia que ciertamente le había pertenecido, la península a la cual los colonos venidos del otro lado del canal de la Mancha hicieron dar el nombre de Bretaña; pero no cabe dudar que esta provincia, en la época de su desembarco, estuviera casi totalmente despoblada.

Las pérdidas que la Romania experimentara hace catorce siglos no han dejado de tener compensaciones. No solamente absorbió todas las tribus germánicas que penetraron en el corazón de su territorio, sino que ensanchó por todas partes las fronteras que le fueron trazadas en la época de las invasiones. En casi todos los puntos donde

se halló en contacto con el elemento alemán, en Flandes, en la Lorena, en Suiza, en el Tiról, en el Friul, realizó un avance que la devolvió parte más o menos considerable de su antiguo territorio. En Inglaterra, los normandos latinizados reconquistaron el territorio durante siglos para el mundo romano, y su lengua no ha cedido ante la de los sajones sino mezclándose en una proporción tal que el estudio de la lengua y de la literatura inglesas es inseparable del de las lenguas y literaturas romances. He hablado ya de la supresión del griego en Italia, de la Dacia reconquistada por los romanos. En el Nuevo Mundo, la Rumania se ha anexionado inmensos territorios. Empieza a entrar de nuevo en posesión del norte de Africa. El latín, en sus diferentes dialectos populares—que son las lenguas romances—, se habla hoy por un número de hombres mucho más considerable que en tiempos del gran esplendor del Imperio...

G. París, en la *Romania*, tomo I (1872).

II.—La «villa» galo-romana.

Puede conjeturarse con apariencias de verdad que, en la Galia, antes de la conquista de César, el régimen dominante era el de la gran propiedad. Los romanos no tuvieron que introducir en dicho país ni el derecho de propiedad ni el sistema de los grandes dominios cultivados por una población sierva.

Sea lo que quiera, vemos en la Galia de la época del Imperio los mismos hábitos rurales que en Italia. Tácito habla de una finca del galo Cruptorix, y la designa con la palabra *villa*. Lo que quizá constituyó novedad, fue que cada *villa* tomó un nombre propio, según costumbre romana. Conforme a esta misma costumbre, los nombres de las fincas se tomaron casi siempre de los de los hombres. Ausonio cita la *villa* Pauliacus y la Lucaniacus. Sidonio Apolinar, en sus cartas, tiene muchas veces ocasión

de mencionar sus fincas o las de sus amigos. Posee una que se denomina Avitacus. Una finca de la familia Siagrius se llama Taionacus; la de Consencio, amigo de Sidonio, se llama *ager Octavianus*. Más tarde, los títulos escritos en la Galia nos muestran una serie de posesiones que tienen todas un nombre propio. Se llaman, por ejemplo, Albinicus, Solemniacensis, Floriacus, Bertiniacus, Latiniacus, Victoriacus, Pauliacus, Juliacus, Atiniacus, Cassiacus, Gaviniacus, Clipiicus. Hay varios centenares de esta clase (1). Estos nombres que encontramos en los títulos del siglo VII, proceden ciertamente de época anterior. Las posesiones los recibieron bajo la dominación romana. Son latinos, y en su mayor parte vienen de nombres de familia romanos. No quiere decir esto que familias italianas hayan venido a apoderarse del suelo. Los galos, al hacerse romanos, habían tomado nombres latinos y habían aplicado sus nuevos nombres a sus tierras. Algunos habían conservado el nombre galo latinizándolo, y así vemos algunas fincas cuyo nombre es una radical gala con forma latina. En tiempos posteriores, estos nombres de propiedades han venido a ser los de nuestros pueblos de Francia. Se ve fácilmente el origen. Los dueños primitivos se habían llamado Albicus, Solemnis, Florus, Bertinus, Latinus o Latinius, Victorious, Paulus, Julius, Atinius, Cassius, Gabinius, Clipius, y por esto nuestros pueblos se llaman Aubigny, Solignac, Fleury, Bertignolle, Lagny, Vitry, Pouilly, Juilly, Attigny, Chancy, Gagny, Clichy.

Difícil es decir cuál era en la Galia la extensión común de una propiedad rústica. Es preciso primero poner aparte la Narbonense, que se había cubierto de colonias romanas y donde el suelo había sido distribuido en pequeñas porciones. Deben también ponerse aparte algunos territorios del norte, próximos a la frontera y donde

(1) Se nota que los galos adoptaron el sufijo *acus* en vez de *anus* que se usaba en Italia.

se establecieron colonias militares de veteranos o colonias de germanos. Aquí también se constituyó la propiedad pequeña o media, y no se percibe que se modificara mucho. Otra cosa ocurrió en el resto de la Galia. En ella no hay ninguna colonia, ninguna constitución ficticia de propiedad. O bien las propiedades siguieron en manos de la antigua aristocracia que se había hecho romana, o pasaron a poder de gentes enriquecidas. En uno y otro caso, no se ve que la tierra se haya podido dividir mucho. Es muy de creer que hubo cierto número de propiedades muy pequeñas, pero lo que prevaleció fue la gran propiedad. La pequeña se esparció aquí y allá en el suelo galo, pero no ocupó sino una pequeña parte de él, la media y la grande lo ocuparon casi todo.

La literatura de los siglos iv y v nos proporciona algunos ejemplos. El poeta Ausonio describe una propiedad patrimonial que posee en la comarca de Bazas. Es, a sus ojos, muy pequeña, y así la llama *villula* o *herediolum*, y se precisa «toda la modestia de sus gustos» para que se contente con ella. Y todavía vemos que comprende 200 arpentas de tierra de labor, 100 de viñas, 50 de prados y 700 de monte. He aquí, pues, una finca que se reputa pequeña y que comprende 1.050 arpentas. Ahora bien, si se juzga pequeña, es comparándola con muchas otras. Creeríase sin esfuerzo que una propiedad de un millar de arpentas no era sino reducida a los ojos de aquellos hombres.

Las que Sidonio Apolinar describe, sin consignar la medida, parecen ser mayores: El Taionnacus comprende «prados, viñedos, tierras de labor». El Octaviacus contiene «campos, viñedos, olivares, una llanura y una colina». El Avitacus «se extiende en montes y praderas, y sus hierbas alimentan grandes rebaños». Pocos años más tarde, vemos que la finca Sparnacus se vende en 5.000 libras de peso en plata. Esta suma enorme, sobre todo en una época de crisis y en las circunstancias en que vemos se realizó, supone que la finca era muy vasta.

Y todavía hay que precaverse contra la exageración.

Figurarse inmensos *latifundia* sería grande error. Que una región o un distrito entero pertenezca a un propietario, es cosa de que no se encuentra ejemplo ni en la Galla, ni en Italia, ni en España. Nada semejante indican Sidonio, ni Salviano, ni los títulos que poseemos. Nuestra impresión general, a falta de afirmaciones, es que las grandes propiedades de la época romana no excedían casi de lo que hoy comprende el término de un pueblo. Muchas no tenían lo que nuestros lugarejos. Y por bajo de ellas había aún propiedades más pequeñas. Es asimismo observación que debe hacerse. Sabemos por los escritores del siglo IV que se formó en dicha época una clase de propietarios muy ricos. Es uno de los hechos más importantes y mejor consignados de esta parte de la historia. Ahora bien, aquellas grandes fortunas, acerca de las cuales poseemos algunos datos, no estaban formadas por la extensión hasta el infinito de una sola propiedad, sino que se constituyeron por la adquisición de numerosas fincas muy alejadas unas de otras. Las más opulentas familias de entonces no poseían un distrito entero o una provincia, sino veinte, treinta, cuarenta fincas dispersas en varias provincias, a veces en todas las del Imperio. Eran los *patrimonia sparsa per orbem* de que habla Amiano Marcelino. Tal es la naturaleza de los bienes raíces de los Anicio, los Simmaco, los Tertulo, los Gregorio en Italia, de los Siagrió, los Paulino, los Ecdicio, los Ferreolo en la Galla.

*
* * *

La *villa*, la finca rural, era un organismo bastante complejo. Comprendía, en cuanto era posible, tierras de todas clases, campos, viñedos, prados, monte. Comprendía también hombres de todas las condiciones sociales, esclavos sin tierras arrendadas, esclavos con ellas, libertos, colonos, hombres libres. El trabajo se ejecutaba por dos órganos bien distintos, que eran: el uno el grupo ser-

vil o *familia*, el otro la serie de los pequeños arrendatarios. El terreno estaba también dividido en dos partes: una en manos de los arrendatarios, otra que el propietario conservaba. Hacía cultivar ésta, ya por el grupo servil, ya por las prestaciones de los arrendatarios, ya combinando uno y otro sistema. Había, en este último caso, un grupo servil poco numeroso, al cual venían a añadirse los brazos de los arrendatarios en los momentos del año en que se necesitaban muchos. De esta suerte el propietario sacaba de su finca doble renta: de una parte las cosechas y los frutos de la porción reservada, de otra los censos y rentas de los arrendatarios. Su regidor o su intendente, *procurator*, *actor* o *villicus*, administraba y vigilaba las dos porciones igualmente, percibiendo las rentas de la una, dirigiendo los trabajos de todos en la otra.

Esta finca... estaba cubierta también de tantas construcciones como eran necesarias para la población y para las necesidades diversas de una aldea. Se comprende la imposibilidad de hacer una descripción precisa. Vemos solamente que se distinguían tres clases de construcciones bien distintas: 1.º, la vivienda del propietario; 2.º, los alojamientos de los colonos, con todo lo que servía para las necesidades generales del cultivo; 3.º, las viviendas de los pequeños terratenientes.

Respecto a estas últimas sabemos muy poco, pues los escritores antiguos nunca las han descrito. Unas veces estaban aisladas, colocadas cada una de ellas en el lote de tierra que el hombre cultivaba..., otras estaban agrupadas y formaban una aldehuela que se denominaba *vicus*. En las propiedades más grandes podía verse, según dice Julio Frontino, una serie de aquellos *vici* que formaban a modo de cinturón alrededor de la *villa* del dueño.

Dividíase siempre ésta en dos partes perfectamente separadas, que se distinguían mediante las expresiones *villa urbana* y *villa rustica*. La primera, en una propiedad rural, era el conjunto de las construcciones que el

dueño reservaba para él, para su familia, para sus amigos, para toda su servidumbre particular. En cuanto a la *villa rustica* era el conjunto de las construcciones des-

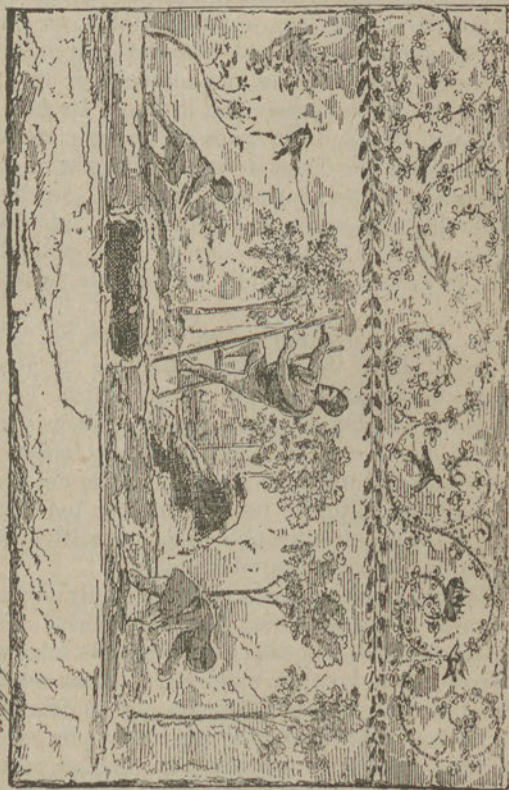


Fig. 2.—Cultivo de la vid, según un fresco del año 300 próximamente.

tinadas al alojamiento de los colonos labradores. Allí estaban también los animales y cuanto se utilizaba en la labor.

Varrón, Columela y Vitruvio han descrito esta *villa*

rustica. Debía contener un número suficiente de pequeñas habitaciones, *celle*, destinadas a los colonos, y estas habitaciones debían estar, en cuanto fuera posible, «abiertas a mediodía». Para los colonos holgazanes o rebeldes estaba la *ergástula* en el subsuelo. Debía recibir luces por ventanas bastante numerosas «para que la habitación fuese sana», pero bastante estrechas y altas para que los hombres no pudieran escaparse. A pocos pasos de allí estaban los establos, que, en cuanto fuera posible, debían ser dobles, para invierno y para verano. Al lado de los establos estaban las pequeñas habitaciones de los boyeros y de los pastores. Se veían luego los pajares para el trigo y la hierba, las bodegas para el vino, los almacenes para los frutos. Una cocina ocupaba edificio especial. Debía ser alta de techo y bastante grande «para servir de lugar de reunión en todo tiempo a la servidumbre». No lejos estaba el baño de los esclavos, que no lo utilizaban, por otra parte, más que los días feriados. La granja tenía naturalmente un molino, un horno, un lagar para el vino, una prensa para el aceite y un palomar. Añadid, si la finca era completa, una forja y un taller de calderería. En medio de todos estos edificios se extendía amplio patio. Los latinos le llamaban *chors*, nosotros le encontramos en la Edad Media con el mismo nombre ligeramente alterado, *curtis*.

A poca distancia está la *villa* del dueño. Este propietario es rico, por lo común, y le ha gustado edificar. Varrón observaba ya, no sin disgusto, que sus contemporáneos «cuidaban más de la *villa* urbana que de la rústica». Columela nos la describe. Contiene habitaciones de verano y habitaciones de invierno, porque el dueño la habita o puede habitarla en cualquier estación. Tiene, pues, doble comedor y doble serie de alcobas. Encierra grandes salas de baño, en que todo un grupo de gente puede bañarse a la vez. Hay también largas galerías, más grandes que nuestros salones, donde los amigos pueden pasearse conversando. Plinio el Joven, que posee diez hermosas propiedades, describe dos de estas habita-

ciones. Todo cuanto puede imaginarse en comodidad y lujo se encuentra reunido en ellas. No supondremos, sin duda, que todas las casas de campo fueran semejantes a las de Plinio; pero las había más magníficas aun que las suyas, y desde lo alto a lo bajo de la escala, todas las casas de campo tendían a aproximarse al modelo que describe. Imitaba y era imitado. El lujo de las quintas era, en aquella sociedad del Imperio romano, el modo mejor de gozar de la riqueza y también el medio más loable de ostentarla. Como ya no había elecciones libres, el dinero que no se gastaba en comprar votos se empleaba en edificar y adornar las casas. Lo que puede, por otra parte, atenuar los inconvenientes de un régimen de gran propiedad, es que el propietario se complazca con su finca y la dé, en mejoras y embellecimientos, el beneficio que de ella obtiene.

Si de Italia pasamos a la Galia y de la época de Trajano al siglo v, vemos todavía vastas y magníficas casas de campo. Sidonio Apolinar hace una descripción bastante animada, a pesar de la vaguedad habitual de su estilo, de la *villa* Octaviana, que era propiedad de su amigo Consencio. «Ofrece a la vista muros altos y que han sido construídos con arreglo a todos los principios del arte». En ella hay «pórticos, termas de admirable grandeza». Sidonio describe también la *villa* Avitacus. Se llega a ella por amplia y larga avenida que es su «vestíbulo». Se encuentra primeramente el *balneum*, es decir, un conjunto de construcciones que comprende termas, una piscina, un *frigidarium*, una sala de perfumes. Es todo un gran edificio. Saliendo de él se entra en la casa. El departamento de las mujeres es el primero que se encuentra, comprendiendo una sala de trabajo donde se teje la tela. Sidonio nos conduce luego a través de largos pórticos sostenidos por columnas y desde los que la vista se extiende por un lindo lago. Luego viene una galería cerrada en que muchos amigos pueden pasearse. Conduce a tres comedores. De éstos se pasa a una gran sala de distracción, *diversorium*, donde se puede a voluntad dormir, hablar

o jugar. El escritor no se toma el trabajo de describir los dormitorios, ni de indicar siquiera su número. Lo que dice de las casas de campo de sus amigos, hace suponer que algunas eran más lujosas que la suya. Aquellas lindas moradas, que un momento cubrieron toda la Galia, no han perecido sin dejar huellas. Se encuentran vestigios de ellas en todas partes de Francia, desde el Mediterráneo hasta el Rhin y hasta el fondo de la península de Bretaña.

En la descripción de la *villa* Octaviana debemos notar una capilla. En efecto, una ley del año 398 indica como «costumbre» que los ricos propietarios tuvieran una iglesia en su finca.

El lenguaje usual en el Imperio designaba la casa del dueño con la palabra *prætorium*. Esta palabra se encuentra ya, con el mismo significado, en Suetonio y en Estacio, y se repite varias veces en Ulpiano y en los juriscultos del Digesto. Es sobre todo frecuente en los autores del siglo iv, como Paladio y Simmaco. Ahora bien, por su raíz misma, indicaba la idea de mando, de precedencia, de autoridad. Se había aplicado en el campamento romano a la tienda del general, y en las provincias al palacio del gobernador. La historia de una palabra marca el curso de las ideas. Nadie duda que, en la mente de los hombres, esta morada del dueño fuese, con respecto a todas las demás construcciones dispersas en la finca, la casa que mandaba. Llamarla *prætorium* era como si se hubiera dicho la casa señorial.

Un escritor de la época, Paladio, recomendaba construirla a media ladera y siempre más alta que la *villa rustica*. Esta última, con sus moradores, con su serie de establos y granjas, con su molino, su lagar, sus talleres, con todo su numeroso personal, constituía más de lo que nosotros llamamos una casa de labor. Formaba una especie de aldea, que era propiedad del dueño y que llenaban sus servidores. La *villa rustica* en la parte baja de la colina y la *urbana* a media ladera, eran ya la aldea y el castillo de las épocas siguientes.

Verdad es que este castillo del siglo iv no tenía el as-

pecto del del x. Las *torres* de que se ha hablado a veces no eran torres feudales. No se veían allí fosos, ni recinto, ni rastrillo, ni almenas, sino más bien avenidas y pórticos que invitaban a entrar. Era que se vivía en una época de paz en que las gentes se creían seguras. Apenas vemos, a mediados del siglo v, algunos hombres como Poncio Leoncio fortificar su *villa* y rodearla de gruesa muralla «que el ariete no puede derribar». Entonces solamente, para resistir al pillaje de la invasión, se idea transformar la *villa* en fortaleza. Hasta entonces la *villa* era un *casti- llo*, pero un castillo de los tiempos pacíficos y venturosos, elegante, suntuoso y abierto.

Allí pasaban los grandes propietarios la mayor parte de su vida, rodeados de su familia y de numeroso cortejo de esclavos, de libertos, de clientes. Aquellos hombres, se ve bien, amaban la existencia campesina, no cabe dudar de ello cuando se leen las cartas de Simmaco o las de Sidonio Apolinar. Edificaban, dirigían los cultivos, hacían obras de riego, vivían entre sus campesinos. Un Siagrius, en su hermosa finca de Taionnac, «segaba la hierba y vendimiaba». Un Consencio, hijo y nieto de los más altos dignatarios del Imperio, es representado por Sidonio «cogiendo el arado», como la antigua leyenda había representado a Cincinato. Los amigos de Ausonio, los de Simmaco, son en su mayor parte grandes propietarios y se complacen en la vida rural. Historiadores modernos han dicho que la sociedad romana no quería sino la vida de las ciudades, y que los germanos enseñaron el amor al campo... Todos los escritos que tenemos del siglo iv y del v pintan, por el contrario, la aristocracia romana como una clase rural tanto como urbana. Era urbana en el sentido de que ejercía las magistraturas y administraba las ciudades; era rural por sus intereses, por la mayor parte de su existencia, por sus gustos.

Era que la vida, en aquellas hermosas residencias, se pasaba a lo gran señor. Paulino de Pela, recordando en sus versos los tiempos juveniles, describe «la amplia morada donde se juntaban todas las delicias de la existen-

cia», y donde se reunía «la muchedumbre de los criados y los clientes». Era la víspera de las invasiones. «La mesa estaba servida con elegancia, brillante el mobiliario, preciosa la plata, las cuadras bien provistas, las carrozas cómodas». Los placeres de la vida en la casa de campo eran la conversación, el paseo a caballo o en coche, el juego de pelota, los dados y, sobre todo, la caza. La caza fue siempre afición de los romanos. Varron habla ya de los vastos vedados, llenos de ciervos y corzos, que los dueños se reservaban para su distracción. Los amigos a quienes escribía Plinio, dividían el tiempo «entre el estudio y la caza». El mismo, mediano cazador que llevaba consigo un libro y tablillas, se alaba no obstante de haber matado en una jornada tres jabalíes. Los juriconsultos del Digesto mencionan, entre las cosas que forman comúnmente parte integrante de la finca, los avíos de caza, los monteros y la jauría. Más tarde, Simmaco escribe a su amigo Protadio y se burla de sus expediciones de caza que no acaban y de «la genealogía de sus perros». Los galos eran también grandes cazadores. Lo habían sido antes de César y lo fueron después de él. No hay más que ver los mosaicos que, como el de Lillebonne, representan escenas de caza. Mirad a los amigos de Sidonio. Ecdicio «persigue al animal a través de los montes, pasa los ríos a nado, no quiere más que los perros, los caballos y los arcos». Verdad es que inmediatamente el mismo individuo, a la cabeza de unos cuantos jinetes alistados en sus tierras, hará huir a una tropa de visigodos. He aquí otro amigo de Sidonio, Potentino, «que descuella en tres cosas, cultivar, construir, cazar». Veccio, gran personaje y elevado funcionario, «no cede a nadie en criar caballos, enseñar perros, manejar halcones». La caza era uno de los derechos del propietario en sus tierras y de él usaba gustoso. De esta suerte, muchas de las cosas que la Edad Media nos presenta eran más viejas que ella.

Fustel de Coulanges, *El alodio y la propiedad rural durante la época merovingia*. París, Hachette, 1889.

III.—El cristianismo.

Progresos de organización.—El Imperio cristiano.

... La organización de la Iglesia se completaba con sorprendente rapidez. El gran peligro del gnosticismo, que era dividir el cristianismo en sectas innúmeras, se conjura a fines del siglo II. Las palabras Iglesia católica se pronuncian en todas partes, como el nombre de ese gran cuerpo que va a atravesar los siglos sin dividirse. Y se ve bien ya cuál es el carácter de ese catolicismo. Los montanistas son tenidos por sectarios, los marcionistas quedan convictos de falsear la doctrina apostólica, las diferentes escuelas gnósticas se rechazan cada vez más del seno de la Iglesia general. Hay, pues, algo que no es el montanismo, ni el marcionismo, ni el gnosticismo, que es el cristianismo no sectario, el cristianismo de la mayoría de los obispos, que se resiste a las herejías y acaba con todas, no teniendo, si se quiere, más que caracteres negativos, pero preservado, por sus caracteres negativos, de las aberraciones pietistas y del disolvente racionalista. El cristianismo, como todos los partidos que quieren vivir, se disciplina él mismo, corta sus propios excesos... El justo medio triunfa. La aristocracia pietista de las sectas frías y la aristocracia especulativa de los gnósticos han de ver igualmente rechazadas sus pretensiones....

Fue el episcopado el que, sin ninguna intervención del poder civil, sin el menor apoyo de la fuerza armada ni de los tribunales, estableció de tal suerte el orden por encima de la libertad en una sociedad fundada al principio en la inspiración individual. He aquí la causa de que los ebionitas de Siria, que no tienen obispos, no concibían tampoco la idea de catolicismo. A primera vista, la obra de Jesús no había nacido viable: era un caos. Fun-

dada en una creencia en el fin del mundo que el trascurrir de los años había de demostrar errónea, la congregación galilea parecía no poder hacer otra cosa que disolverse en la anarquía... La inspiración individual crea, pero después destruye inmediatamente lo que ha creado. Después de la libertad, es necesaria la regla. La obra de Jesús puede considerarse salvada el día que se convino en que la Iglesia ejerce un poder directo, un poder que representa el de Jesús. La Iglesia, desde entonces, domina al individuo, le arroja, en caso necesario, de su seno. Muy pronto la Iglesia, corporación inestable y cambiante, se personifica en los ancianos, y los poderes de la Iglesia vienen a ser los de un clero dispensador de todas las gracias, mediador entre Dios y el fiel. La inspiración pasa del individuo a la comunidad. La Iglesia ha llegado a ser todo en el cristianismo. Un paso más, y el obispo llega a ser todo en la Iglesia. La obediencia a esta última, luego al obispo, es considerada como el primero de los deberes, la innovación es muestra de falsedad, el cisma será en lo sucesivo para el cristiano el más horrendo de los crímenes...

La correspondencia entre las Iglesias vino a constituir muy pronto un hábito. Las cartas circulares de los jefes de las grandes Iglesias, leídas el domingo en la reunión de los fieles, eran una continuación de la literatura apostólica. La iglesia, como la sinagoga y la mezquita, es cosa esencialmente ciudadana. El cristianismo (otro tanto puede decirse del judaísmo y del islamismo) será una religión de ciudades, no de campesinos. El campesino, el *paganus*, será la última resistencia que encuentre el cristianismo. Los cristianos del campo, muy poco numerosos, iban a la iglesia de la ciudad vecina.

El municipio romano vino a ser de esta suerte la cuna de la Iglesia. Como los campos y las poblaciones pequeñas recibieron el Evangelio de las grandes ciudades, recibieron también el clero, siempre sometido al obispo de la gran ciudad. Entre las ciudades, sólo la *civitas* tiene una verdadera iglesia, con un *episcopus*. La ciudad pe-

queña se halla bajo la dependencia eclesiástica de la grande. Esta primacía de las grandes ciudades fue un hecho capital. Una vez convertidas éstas, las poblaciones pequeñas y los campos siguieron el movimiento. La diócesis fue de esta suerte la unidad original del conglomerado cristiano.

En cuanto a la provincia eclesiástica, que implicaba la precedencia de las grandes Iglesias sobre las pequeñas, correspondió en general a la provincia romana. El fundador de los marcos a que se ajustó el cristianismo fue



Fig. 3.—Obispo.

Augusto. Las divisiones del culto de Roma y de Augusto fueron la ley secreta que reguló todo. Las ciudades que tenían un flamín o *archiereus* fueron las que más tarde tuvieron un arzobispo, y el *flamen civitatis* vino a ser el obispo. A partir del siglo III, el flamín duumviro ocupó en su ciudad el rango que, ciento o ciento cincuenta años más tarde, tuvo el obispo en la diócesis. Juliano intentó más tarde oponer los flamines a los obispos cristianos y hacer curas de los *augustales*. Así, la geografía eclesiástica de un país es, con muy pocas variantes, la geografía de este mismo país en la época romana. El

cuadro de los obispados y arzobispados es el de las *civitates* antiguas, según sus lazos de subordinación. El Imperio fue como el molde en que tomó forma la nueva religión. La armazón íntima, las divisiones jerárquicas fueron las del Imperio. Las antiguas listas de la administración romana y los registros de la Iglesia en la Edad Media y aun en nuestros días no difieren casi.

Roma era el lugar donde se elaboraba esta gran idea de catolicismo. Su Iglesia tenía una primacía indiscutible. La debía en parte a su santidad y a su excelente reputación. Todos reconocían que esta Iglesia había sido fundada por los apóstoles Pedro y Pablo, que estos dos após-

toles habían padecido martirio en Roma, que el mismo Juan había sido metido allí en aceite hirviendo. Se mostraban los lugares santificados por las Actas apostólicas, en parte verdaderos y en parte falsos. Todo esto rodeaba a la Iglesia de Roma de una aureola sin semejante. Las cuestiones dudosas se llevaban a Roma para ser sometidas a arbitraje, ya que no a solución. Se hacía el razonamiento de que, puesto que Cristo había hecho de Cefas la piedra angular de su Iglesia, este privilegio debía extenderse a sus sucesores. El obispo de Roma venía a ser el obispo de los obispos, el que advierte a los demás.... La obra de que forma parte el fragmento conocido con el nombre de *Canon Muratori*, escrita en Roma por el año 180, nos muestra ya a Roma regulando el canon de las iglesias, dando por base al catolicismo la Pasión de Pedro..... Los ensayos de símbolo de fe comienzan también, en la Iglesia romana, por este tiempo. Ireneo refuta todas las herejías según la fe de esta Iglesia, «la más grande, la más antigua, la más ilustre; que posee, por una sucesión continua, la verdadera tradición de los apóstoles Pedro y Pablo, a la cual, a causa de su primacía, *propter potioorem principalitatem*, debe recurrir el resto de la Iglesia». Toda Iglesia que se suponía fundada por un apóstol tenía un privilegio. ¿Qué decir de la que se creía fundada por los dos más grandes apóstoles a la vez?

... Puede decirse que la organización de las Iglesias ha pasado por cinco grados progresivos. En primer lugar, la *ecclesia* primitiva, cuyos miembros todos están inspirados igualmente por el Espíritu Santo.—Luego los ancianos o *presbyteri* adquieren, en la *ecclesia*, derecho de vigilancia considerable y la absorben.—Más tarde el que preside a los ancianos, el *episcopos*, absorbe casi todos los poderes de los ancianos, y por consiguiente los de la *ecclesia*.—A renglón seguido los *episcopi* de las diferentes Iglesias, en correspondencia unos con otros, forman la Iglesia católica.—Entre los *episcopi* hay uno, el de Roma, destinado evidentemente a un gran porvenir. El Papa, la Iglesia de Jesús trasformada en monarquía, se perciben

en oscura lontananza... Añadamos que esta transformación no ha tenido, como las demás, carácter universal. Sólo la Iglesia latina se ha prestado a ella, y aun en su seno, la tentativa del Papado ha concluído por producir rebelión y protesta.

*
* *

La Iglesia, al acaparar la vida en el siglo III, agotó la sociedad civil, la desangró, hizo en ella el vacío. Las pequeñas sociedades mataron la gran sociedad. La vida antigua, vida enteramente exterior y civil, vida de gloria, de heroísmo, de civismo, vida de foro, de teatro, de gimnasio, es vencida por la existencia judía, antimilitar, de gentes pálidas, encerradas entre cuatro paredes. La política no quiere personas demasiado alejadas del mundo. Cuando el hombre se resuelve a sólo aspirar al cielo, ya no tiene patria en este mundo... El cristianismo mejoró las costumbres del mundo antiguo, pero, desde el punto de vista militar y patriótico, acabó con el mundo antiguo. La ciudad y el Estado no se acomodarán, más tarde, con el cristianismo sino haciendo sufrir a éste las más hondas modificaciones.

«Viven en el mundo, dice el autor de la Epístola a Diognetes, pero en realidad tienen su patria en el cielo». Efectivamente, cuando se pregunta al mártir cuál es su patria, responde: «Soy cristiano». La patria y las leyes civiles son la madre y el padre que el verdadero gnóstico, según Clemente de Alejandría, debe despreciar para sentarse a la diestra de Dios. El cristiano se siente embarazoso, incapaz, cuando se trata de las cosas del mundo; el Evangelio hace fieles, no ciudadanos. Lo mismo ocurrió con el islamismo y el budismo. El advenimiento de estas grandes religiones universales puso fin a la antigua idea de patria. Ya no se fue romano o ateniense, sino cristiano, musulmán, budista. Los hombres en lo sucesivo van a ser clasificados por su culto, no por su patria. Se divi-

dirán en punto a herejías, no en cuestiones de nacionalidad.

Fue lo que vió perfectamente Marco Aurelio y lo que le hizo tan poco favorable al cristianismo. La Iglesia le pareció un Estado dentro del Estado. «El campo de la piedad», ese nuevo «sistema de piedad fundado en el *Logos* divino», no tiene nada que ver con el campo romano, el cual no pretende en modo alguno formar súbditos para el cielo. La Iglesia, en efecto, se presenta como una sociedad completa, muy superior a la sociedad civil, el pastor vale más que el magistrado... El cristiano no debe nada al Imperio, y el Imperio le debe todo, porque la presencia de los fieles, diseminados por el mundo romano, detiene la cólera celeste y salva al Estado de su ruina. El cristiano no se regocija con las victorias del Imperio, y los desastres públicos le parecen una confirmación de las profecías que condenan al mundo a perecer por los bárbaros y por el fuego...

Sin embargo, razones antiguas y hondas querían, no obstante las apariencias contrarias, que el Imperio se hiciera cristiano. La doctrina cristiana acerca del origen del poder parecía hecha expresamente para llegar a ser la doctrina del Estado romano. La autoridad es amante de la autoridad.

Hombres tan conservadores como los obispos debían sentir una tentación terrible a reconciliarse con la fuerza pública. Jesús había trazado la regla. La efigie de la moneda era para él el criterio supremo de la legitimidad, más allá del cual no había nada que buscar. En pleno reinado de Nerón escribía San Pablo: «Sométanse todos a los poderes reinantes, porque no hay poder que no venga de Dios. Los que existen están ordenados por Dios, de suerte que el que a ellos se opone se resiste al mandato divino». Pocos años más tarde, Pedro, o el que escribió en su nombre la epístola conocida con el nombre de *Prima Petri*, se expresa de modo casi idéntico. Clemente es también súbdito, imposible más devoto del Imperio romano. Por último, uno de los rasgos de



Lucas es su respeto a la autoridad imperial y las precauciones que adopta para no ofenderla.

Ciertamente, había cristianos exaltados que compartían enteramente las cóleras judías y no soñaban más que con la destrucción de la ciudad idólatra, identificada por ellos con Babilonia. Tales eran los autores de apocalipsis y los de escritos sibilinos. Para ellos, Cristo y César eran dos términos inconciliables. Pero los fieles de las grandes Iglesias tenían ideas enteramente distintas. El año 70, la Iglesia de Jerusalén, con un sentimiento más cristiano que patriótico, abandonó la ciudad revolucionaria y fue a buscar la paz al otro lado del Jordán. San Justino, en sus Apologías, no combate jamás el principio del Imperio. Quiere que el Imperio examine la doctrina cristiana, la apruebe, la refrende de algún modo y condene a los que la calumnian. Se vió al primer doctor de la época de Marco Aurelio, Melitón, obispo de Sardes, hacer ofertas de servicio mucho más caracterizadas todavía y presentar al cristianismo como la base de un Imperio hereditario y de derecho divino... Todos los apologistas halagan la idea favorita de los emperadores, la de herencia en línea directa, y les aseguran que el resultado de las oraciones cristianas será que su hijo reine después de ellos...

El odio entre el cristianismo y el Imperio era el odio de gentes que debían amarse algún día. En tiempo de los Severos, el lenguaje de la Iglesia sigue siendo lo que fue en tiempo de los Antoninos, quejumbroso y tierno. Los apologistas ostentan una especie de legitimismo, la pretensión de que la Iglesia ha saludado siempre, en primer lugar, al emperador. El principio de San Pablo daba su frutos: «Todo poder viene de Dios; el que tiene la espada la ha recibido de Dios para el bien».

Esta actitud correcta, con respecto al poder, dependía de las necesidades interiores tanto como de los principios mismos que la Iglesia había recibido de sus fundadores. La Iglesia era ya una gran asociación esencialmente conservadora, y necesitaba orden y garantías legales. Esto se vió admirablemente en el hecho de Pablo de Samosa-

ta, obispo de Antioquía en tiempo de Aureliano. El obispo de Antioquía podía ya pasar en dicha época por un gran personaje. Los bienes de la Iglesia estaban en sus manos, multitud de gentes vivían de sus favores. Pablo era hombre brillante, poco místico, mundano, un gran señor profano, que trataba de hacer el cristianismo aceptable a las gentes de sociedad y a las autoridades. Los pietistas, como era de esperar, le juzgaron herético y lograron su destitución. Pablo se resistió y no quiso abandonar la mansión episcopal. He aquí por dónde son cogidas las sectas más altivas, poseen, ¿y quién puede arreglar una cuestión de propiedad y de goce si no es la autoridad civil? La cuestión fue elevada al emperador, que a la sazón se hallaba en Antioquía, y se dió el espectáculo original de un soberano infiel y perseguidor encargado de resolver quién era el verdadero obispo. Aureliano... hizo que le presentaran la correspondencia de los obispos, notó el que estaba en relaciones con Roma y dijo que éste era el obispo de Antioquía.

... Un hecho se hacía evidente, y es que el cristianismo no podía vivir ya sin el Imperio, y que éste, por otra parte, no podía hacer nada mejor que adoptar el cristianismo como religión suya. El mundo quería una religión de congregaciones, de iglesias o de sinagogas, de capillas; una religión en que la esencia del culto fuese la reunión, la asociación, la fraternidad. El cristianismo satisfacía todas estas condiciones. Su culto admirable, su moral pura, su clero sabiamente organizado, le aseguraban el porvenir.

Varias veces, en el siglo III, esta necesidad histórica estuvo a punto de realizarse. Se vió sobre todo en tiempo de los emperadores sirios, a quienes su calidad de extranjeros y lo ínfimo de su estirpe ponían al abrigo de prejuicios, y que, a pesar de sus vicios, fueron los primeros en tener una amplitud de ideas y una tolerancia desconocidas hasta entonces. Lo mismo volvió a verse en tiempo de Felipe el Arabe, en Oriente en tiempo de Zenobia, y, en general, en la época de los emperadores



dores a quienes su origen ponía fuera del patriotismo romano.

La lucha redobló en furor cuando los grandes reformadores, Diocleciano y Maximiano, creyeron poder dar al Imperio nueva vida. La Iglesia triunfó por sus mártires, el orgullo romano se doblegó. Constantino vió la fuerza interior de la Iglesia, las poblaciones del Asia Menor, de Siria, de Francia, de Macedonia, en una palabra, de la parte oriental del Imperio, ya más que a medias cristianas. Su madre, que había sido criada en un mesón de Nicomedia, hizo brillar ante sus ojos un Imperio de Oriente que tuviera su centro hacia Nicea y cuyo nervio sería el favor de los obispos y de aquellas muchedumbres de pobres matriculadas en la Iglesia, que en las grandes ciudades formaban la opinión. Constantino inauguró lo que se llama «la paz de la Iglesia» y lo que fue en realidad la dominación de la Iglesia...

La reacción de Juliano fue un capricho sin trascendencia. Después de la lucha vino la unión íntima y el amor. Teodosio inauguró el Imperio cristiano, es decir, lo que la Iglesia ha querido más en su larga existencia, un Imperio teocrático cuyo marco esencial es la Iglesia, y que, aun después de su destrucción a manos de los bárbaros, sigue siendo el sueño eterno de la conciencia cristiana, al menos en los países latinos. Algunos creyeron, en efecto, que con Teodosio el objetivo del cristianismo estaba logrado. El Imperio y el cristianismo se identificaron hasta tal punto que muchos doctores concibieron el fin del Imperio como el fin del mundo, y aplicaron a este acontecimiento las imágenes apocalípticas de la catástrofe suprema. La Iglesia oriental, que no fue molestada en su desarrollo por los bárbaros, no se apartó nunca de este ideal. Constantino y Teodosio siguen siendo los dos polos, y en eso se está todavía, al menos en Rusia... En cuanto al Imperio cristiano de Occidente, si pereció pronto, no fue destruído más que en apariencia...; sus secretos se perpetuaron en el alto clero romano... Un santo Imperio con un Teodosio bárbaro, espada en mano para

proteger a la Iglesia de Cristo, he aquí el ideal del Papa-latino en la Edad Media...

(E. Renan, *Marc-Aurèle*. París, Calmann-Lévy, 1882.)

IV.—La sociedad romana.

Según Amiano Marcelino, San Jerónimo y Simmaco.

Se ha preguntado muchas veces lo que había que pensar acerca de la moralidad pública en el siglo IV, sobre todo en las clases altas del Imperio. En general, nos inclinamos a juzgarla severamente. Cuando pensamos que aquella sociedad se hallaba en sus últimos momentos, y que ya no podía vivir más que unos cuantos años, estamos tentados a explicar sus desventuras por sus pecados y a creer que había merecido la suerte que iba a padecer. Por eso damos tan fácilmente crédito a los que nos hablan mal de ella. Hay sobre todo dos contemporáneos, Amiano Marcelino y San Jerónimo, que se han complacido en maltratarla, y como pertenecen a dos partidos contrarios, parecen natural pensar que, puesto que concuerdan, han dicho la verdad. Confieso, no obstante, que su testimonio me es sospechoso. Amiano ha consagrado a los senadores de Roma dos largos capítulos de su Historia; pero estos capítulos tienen en su obra carácter especial, y en ellos se ve, leyéndolos con cuidado, que ha querido escribir párrafos efectistas, que sorprendieran al lector, y que en estos pasajes, que disuenan por completo del resto, es más retórico que historiador... ¿Qué nos dice, por otra parte, que no sepamos de antemano? Nos enseña, lo cual no nos sorprende gran cosa, que hay en aquel gran mundo muchos espíritus muy pequeños: tontos que se creen grandes hombres porque sus aduladores les han erigido estatuas; vanidosos que se pasean en carros magníficos, con trajes de seda, cuyos mil colores agita el viento; gloriosos que hablan sin cesar de su fortuna; afeminados a quienes el menor calor abruma, «que, cuando una mosca se

posa en su ropaje de oro o un pequeño rayo de sol se desliza por alguna raja de su quitasol, se afligen por no haber nacido en el Bósforo Cimeriano»; ateos que no salen de su casa sino después de haber consultado a los astrólogos; pródigos, acariciadores y bajos cuando quieren pedir dinero prestado, insolentes cuando hay que devolverlo, y otros personajes de este jaez, que se encuentran en todas partes. Al lado de estos defectos, que nos parecen en suma bastante ligeros, señala vicios más graves. Algunos de ellos pertenecen más especialmente a la raza romana, y los moralistas de los siglos anteriores los han revelado ya, otros son de todos los países y de todos los tiempos, y puesto que desgraciadamente ninguna sociedad humana se libra de ellos, es natural que se encuentren también en las gentes del siglo iv. Pero lo que le parece más odioso de todo, lo que excita con más frecuencia su mal humor, es que los grandes señores romanos no guardan miramientos con las gentes de letras y los sabios. Reservan sus favores para los que les halagan con bajeza o les divierten. En cuanto a las gentes honradas y sabias, se las tiene por fastidiosas e inútiles, y el mayordomo las pone sin consideración a la puerta del comedor. Esas quejas las conocemos, no son nuevas para nosotros. Una de las razones serias que tiene Juvenal para hablar mal de su tiempo, es que el cliente romano, «que ha visto la luz en el Aventino y que ha sido alimentado desde su infancia con la oliva sabina», no tenga tan buenos puestos como el parásito griego en la mesa del dueño, que no se le sirvan los mismos platos y que no beba el mismo vino. Amiano ha debido, indudablemente, sufrir alguna humillación de este género. Probable es que cuando volvió del ejército, en el que se había batido bien, y en el momento que empezaba a escribir la historia de sus campañas, no fuera recibido por todos como él creía deber serlo. De donde deduce naturalmente que una sociedad que no le concedía siempre su puesto, no tenía para nada el mérito en cuenta. «Hoy, dice, el músico ha arrojado de todas partes al filósofo, el orador es sustituido por el que

enseña su oficio a los histriones, las bibliotecas se cierran y parecen sepulcros». Dificil es creer que estas palabras severas se aplicaran a gentes como Simmaco y sus amigos, que tan amantes eran de los libros y tanto honraban a las gentes de letras. Pero Amiano parece reconocer, por otra parte, que no hay que atribuir demasiada importancia a sus reproches y hacerlos pesar sobre todo el mundo. Nos dice, al comenzar sus violentas invectivas, que Roma es siempre grande y gloriosa, pero que su esplendor está comprometido por la ligereza criminal de algunas personas (*levitate paucorum incondita*) que no piensan suficientemente de qué ciudad tienen la honra de ser ciudadanos. Así, según él mismo confiesa, los culpables no son más que excepción.

Las cóleras de San Jerónimo no me inspiran más confianza que los epigramas de Amiano. Era un santo muy arrebatado, y sus mejores amigos, como Rufino y San Agustín, han tenido ocasión de sentirlo. Las gentes de este carácter pasan sin transición de un extremo a otro, y por lo común detestan más lo que más han querido. Fue precisamente lo que hizo a San Jerónimo tan duro para con la sociedad romana. Le había entusiasmado con exceso y nunca pudo perdonarla el atractivo que había tenido para él. Los goces delicados de su vanidad literaria, sus frecuentes conversaciones con mujeres espirituales, el placer con que le escuchaban éstas, los aplausos que tributaban a sus obras, todo ello formaba parte de aquellas «delicias de Roma», cuyo recuerdo punzante le seguía al desierto y turbaba su penitencia. Las ha hecho pagar con sus invectivas la pena que sentía por separarse de ellas. Roma es para él otra Babilonia, «la cortesana vestida de púrpura». La reprocha en general toda clase de excesos; pero es notable que cuando se llega a las acusaciones precisas, no encuentra censurable en ella casi más que las trivialidades de la vida mundana. ¿En qué se pasa el tiempo en la gran ciudad? En ver y ser visto, en recibir visitas y en hacerlas, en alabar a las gentes o hablar mal de ellas. «La conversación comienza, no se

termina de charlar. Se destroza a los ausentes, se cuentan historias del prójimo, se muerde a los demás y, a su vez, se es mordido». Esta pintura es agradable; pero ¿qué prueba, si no que la sociedad de todos los tiempos se parece? Notemos que San Jerónimo ataca aquí a todo el mundo, sin distinción de culto. Se ha querido utilizar su testimonio como prueba de que la sociedad pagana era con mucho la más corrompida. Error, era todavía más duro con los cristianos que con ella. Nos hace ver que los vicios de la vieja sociedad habían pasado a la nueva, sin variar casi de forma, que no siempre era posible distinguir a la viuda y a la virgen que habían recibido las enseñanzas de la Iglesia de las que habían permanecido fieles al antiguo culto, que había clérigos petimetres, monjes captadores de herencias, y, sobre todo, sacerdotes parásitos que iban todos los días a saludar a las bellas damas: «Se levanta a toda prisa, en cuanto el sol comienza a aparecer, y traza el plan de sus visitas, elige los caminos más cortos y coge todavía en el lecho a las damas que va a visitar. Si ve un cojín, un paño elegante o cualquier objeto de esta clase, le alaba, le tienta, le admira, se lamenta de no tener en su casa nada tan lindo, y tan bien habla que se lo regalan. Donde quiera que fuéiseis, siempre es la primera persona con que tropezáis. Sabe todas las noticias, corre a referirlas a todo el mundo, en caso necesario las inventa, o, eso siempre, las adorna cada vez con nuevos incidentes». ¿No parece como una primera aparición del abate del siglo xviii?

Hay, pues, razones para no creer sino a medias a San Jerónimo y a Amiano, y aun cuando del todo se les creyera, su testimonio parece menos abrumador para su siglo de lo que se ha supuesto. En todo caso, las cartas de Simmaco (1) hacen concebir mejor opinión de él, y con

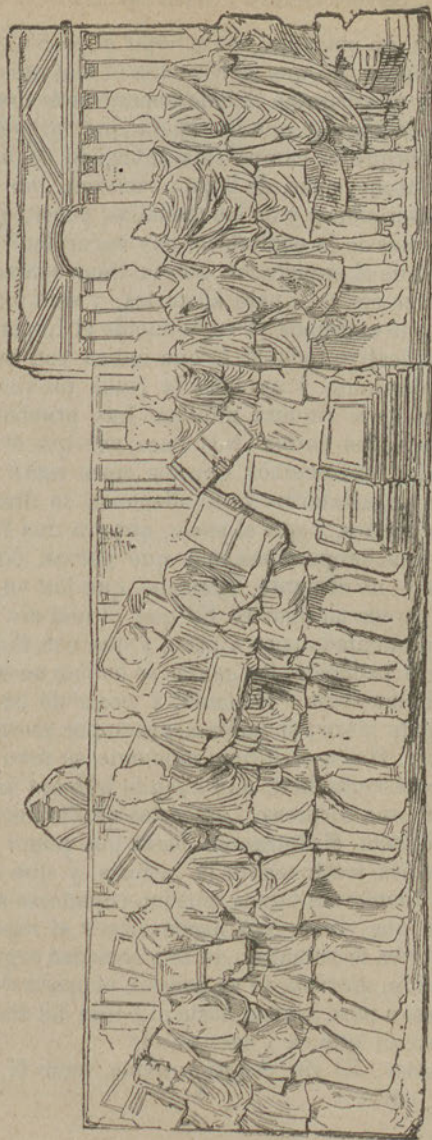
(1) Simmaco (Q. Aurelius Symmachus), había desempeñado los más elevados cargos del Imperio. Había sido cuestor, pretor, pontífice, gobernador de varias grandes provincias, prefecto de la ciudad y cónsul ordinario. Era lite-

tanto mayor gusto le doy crédito cuanto que no ha pretendido juzgar a su época y hacer un tratado de moral, lo cual fuerza siempre a adoptar determinada actitud. Dice sencillamente lo que piensa, se muestra a nosotros como es y pinta a las gentes sin darse cuenta. Sus cartas son propias de un buen hombre, que da a todos los mejores consejos. A los que gobiernan provincias agotadas por el fisco y la guerra, predica humanidad. Recomienda a los ricos la beneficencia, en términos que recuerdan la caridad cristiana. A veces se mezcla resueltamente en la vida privada de sus amigos, y se atreve, por ejemplo, a pedir a uno de ellos que renuncie a los beneficios de una herencia injusta. Por su parte, se ocupa en hacer el bien por todos lados. Ayuda a sus amigos en desgracia, se cuida de sus asuntos, implora en su favor el auxilio de los poderosos, casa a sus hijas, y después que mueren redobla sus afanes en favor de los hijos que dejan sin protección y muchas veces sin bienes de fortuna. Su correspondencia no sólo le da a conocer, sino que a veces permite juzgar a aquéllos con quienes mantenía relación. Sus hijos forman hogares tranquilos, sus amigos, la mayor parte, se le asemejan, y cuando se ha terminado de leer sus cartas, parece que se acaba de tratar con un conjunto de personas buenas. Sé bien que sus juicios tienden a ser demasiado benévolos, que gustoso atribuye a los demás sus buenas cualidades, que no ve el mal que él sería incapaz de hacer; pero, a pesar de este defecto, es imposible no tener muy en cuenta su testimonio. La impresión que queda de aquel gran mundo de Roma, tal como se vislumbra en sus cartas, le es en suma favorable y recuerda la sociedad de Trajano y de los Antoninos tal como nos la muestran las cartas de Plinio.

rato muy distinguido, orador célebre, que se ponía al nivel y a veces por encima de Cicerón... Pagano convencido, lo que le hacía sobre todo afecto al culto de los antepasados, amaba en todo el pasado, y todas las costumbres antiguas le eran igualmente queridas...

He aquí una noticia más que debemos a la correspondencia de Simmaco y que contraría un poco la opinión que nos formábamos de aquella época. Nos parece que las gentes de su generación, que fue la última del Imperio, debían tener algún presentimiento de los peligros que les amenazaban, y que era imposible que, poniendo alguna atención, no se oyeran los chasquidos de aquella máquina que estaba tan cerca de deshacerse. Las cartas de Simmaco nos muestran que no nos equivocamos. Por ellas vemos que las gentes más distinguidas, los gobernantes, los políticos, no se daban casi cuenta de que el fin se acercase. A la víspera de la catástrofe todo marchaba como de ordinario, se compraba, se vendía, se hacían reparaciones en los monumentos y se edificaban casas para la eternidad. Simmaco es un romano de los tiempos antiguos, que cree eterno el Imperio y no se figura que el mundo pueda seguir existiendo sin él. A pesar de los avisos recibidos, su optimismo es imperturbable. Tendría ciertamente muchas razones para ser un descontento: el Senado, al cual tiene tanto orgullo en pertenecer, no es ya casi nada, y se persigue el culto que profesa. No obstante, no cesa de alabar a sus dueños y está satisfecho de su época. Era una de esas almas cándidas que consideran verdades indudables que la civilización siempre vence a la barbarie, que los pueblos más instruidos son inevitablemente los más honrados y fuertes, que las letras florecen siempre que son alentadas, etc. Ahora bien, ve que precisamente las escuelas nunca han sido más numerosas, la instrucción ha estado más extendida, la ciencia más honrada, que las letras hacen llegar a todas partes, que el mérito personal abre todos los caminos, y así exclama, entusiasmado: «Vivimos realmente en un siglo amigo de la virtud, en el que las personas de talento no pueden culpar sino a sí mismas caso de no lograr las posiciones de que son dignas». Y no le parece posible que una sociedad tan ilustrada, que tanto aprecia las letras y tan amplio lugar concede a la instrucción, se vea arrastrada un día por los bárbaros.

Fig. 4.—Los registros del fisco quemados en el Foro (baño-relieve de la Tribuna de las arengas).



Por orden del emperador, los escribas llevan, para con ellos hacer una hoguera, los registros en que se consignan los nombres de los ciudadanos que deben cantidades al fisco. En el fondo, la fachada del templo de Vespasiano; luego una arquería del Tabularium, el templo de Saturno y las bóvedas desmochadas de la basilica Julia.

Le ocurre, no obstante, ver y notar al paso algunos incidentes enojosos, en que se revelaba el mal que padecía el Imperio y que habrían debido hacerle reflexionar. Por ejemplo, cuenta a uno que le espera que no puede salir de Roma porque el campo está infestado de bandidos. ¿Qué se ha hecho, pues, de la *pax romana*, tan ensalzada en las inscripciones y en las medallas, puesto que, a las puertas mismas de la capital, no hay seguridad? Otra vez se queja de que el emperador, que no tiene soldados, pide a los ricos sus esclavos para alistarlos, y esta medida no le revela a qué extremos se ve reducido el Imperio. Pero lo más significativo todavía, lo que indica con más claridad hondo desorden y anuncia la ruina próxima, es el triste estado de la riqueza pública. Las pruebas las da Simmaco en todas partes. Nos hace ver que el fisco ha agotado todos los recursos, que los ricos están exhaustos, que los arrendatarios ya no disponen de dinero para pagar a los dueños, y que el suelo, que era una fuente de ingresos, ya no proporciona más que gastos. Son síntomas graves y, no obstante, Simmaco, que los ve, que los señala, no parece alarmarse. Es que el mal era antiguo, que había aumentado poco a poco, y que con tanto tiempo de haberle padecido, las gentes se habían acostumbrado. Como Roma seguía viviendo, a pesar de las razones que tenía para morir, se había acabado por creer que viviría siempre. Hasta el último momento se tuvo esta ilusión, y la catástrofe final, aun cuando hubiera debido esperarse, fué una sorpresa. Las cartas de Simmaco lo ponen en evidencia. Muéstrannos hasta qué punto políticos espertos en las lecciones de la historia, y que conocían a fondo los tiempos antiguos, pueden engañarse acerca de la época en que viven. Nos hacen asistir al espectáculo, lleno de graves enseñanzas, de una sociedad orgullosa de su civilización, gloriosa de su pasado, ocupada del porvenir, que paso a paso avanza hasta el borde del abismo, sin darse cuenta de que va a caer en él.

(G. Boissier, *El fin del paganismo*, tomo II, Madrid, Jorro, editor.)

BIBLIOGRAFÍA. — T. Hodgkin, *Italy and her invaders*. Véanse los tomos I y II para las invasiones visigodas, hunas y vándalas en Italia, el III y el IV para la invasión ostrogoda y la restauración del Imperio, el V y VI para los lombardos, hasta el año 744. Oxford, 1892-1895. Véase C. Cipolla, *Per la storia d'Italia e de' suoi conquistatori nel medio evo piu antico*, Bologna, 1895.

CAPÍTULO II

Los bárbaros.

PROGRAMA.—*Invasiones germánicas: Alarico. Simple enumeración de los Estados fundados por los germanos.—Los hunos y Atila.—Los godos y Teodorico.*

Los francos: Clodoveo. Conquista de la Galia y de una parte de la Germania.

Costumbres de la época merovingia. Ley sálica. Los reyes, los grandes, los obispos; Gregorio de Tours. Las regiones francas: Neustria, Austrasia, Borgoña, Aquitania.

BIBLIOGRAFÍA

Como es natural, en Alemania se han estudiado más cuidadosamente **los orígenes y las invasiones germánicas**. No tenemos en francés casi más que libros ya viejos: los de Ozanam (*Études germaniques*, 1845); — de Amadeo Thierry, (*Récits de l'histoire romaine au V^e siècle*, 1860); — de E. Littré (*Études sur les barbares et le moyen âge*, París, 1867); — de A. Geffroy (*Rome et les barbares*, París, 1874).—El tomo II de la *Histoire des institutions* de Fustel de Coulanges se titula: *L'invasion germanique et la fin de l'Empire*, París, 1891). Véase también J. Zeller, *Entretiens sur l'histoire du moyen âge*, 1.^a parte, hasta el año 814, París, 1884, 2 vols., 3.^a ed.—El libro, muy popular en Inglaterra, de Ch. Kingsley, *The Roman and the Teuton* (London, 1879), es declamatorio. Léanse con preferencia: E. V. Wittersheim, *Geschichte der*

Völkerwanderung, Leipzig, 1880-81, 2 vols., 2.^a ed., revisada por F. Dahn; — F. Dahn, *Urgeschichte der germanischen und romanischen Völker*, Berlín, 1880-1889, 4 vols.; — del mismo, *Die Könige der Germanen*, Würzburg y Leipzig, 1861-1894, 7 vols.; — W. Arnold, *Ansiedelungen und Wanderungen deutscher Stämme*, Marburg, 1881, 2.^a ed. Citemos aún, en segunda línea, las Historias generales de G. Kaufmann (*Deutsche Geschichte bis auf Karl den Grossen*, Leipzig, 1880-1881, 2 vols.), y de O. Gutsche y W. Schultze (*Deutsche Geschichte von der Urzeit bis zu den Karolingern*, Stuttgart, 1887 y siguientes). Acerca de los establecimientos godos en Italia: Z. Hodgkin, *Italy and her invaders*, London, 1892, 3 vols. Acerca de Atila y los hunos, E. Drouin, art. *Huns* en la *Grande Encyclopédie*, tomo XX (1894), pág. 405.

La **Historia general de los reinos francos** interesa a la vez a Francia, a Alemania y a Bélgica. La obra de Agustín Thierry (*Récits des temps mérovingiens*, París, 1840, 2 vols.), tuvo mucho éxito. Está hecha con trozos de Gregorio de Tours hábilmente unidos.—Todos los hechos que se conocen han sido recogidos y discutidos cuidadosamente por G. Richter, *Annalen des fränkischen Reichs im Zeitalter der Merovinger*, Halle, 1873.—Véase también F. Dahn, *Die Könige der Germanen* (ya citada), tomo VII, *Die Franken unter den Merovingern*, Leipzig, 1894;—W. Junghans, *Histoire critique des règnes de Childerich et de Chlodovech*, París, 1879, traducción del alemán; — G. Kurth, *Histoire poétique des Mérovingiens*, París-Bruselas, 1893.—Puede recomendarse de antemano un libro de vulgarización que publicará M. Prou con el título de *La Gaule mérovingienne*.

Las **instituciones francas en la época de los merovingios** han sido estudiadas con talento por J. M. Lehuërou, cuya *Histoire des institutions mérovingiennes et du gouvernement mérovingien* (París, 1842), está ya atrasada. Muy eruditos, pero de difícil lectura, son los libros de J. Tardif (*Etudes sur les institutions politiques et administratives de la France, période mérovingienne*, París, 1882) y de G. Waitz (*Deutsche Verfassungsgeschichte*, tomo II, Kiel, 1882).—Los tres volúmenes de la *Histoire des institutions politiques de l'ancienne France* de M. Fustel de Coulanges que se consagran a la monarquía merovingia (*La monarchie franque*, 1888; *L'alleu et le domaine rural*, 1889; *Les origines du système féodal*, 1890) no son los mejores de esta gran obra.—Comparad L. Vanderkindere, *Introduction à l'histoire des institutions de la Belgique au moyen âge*, Bruxelles, 1890.—Resumen concienzudo, muy bien informado, en P. Viollet, *Histoire des institutions politiques et administratives de la France*, tomo I, París, 1890. Acerca de la iglesia franca, véase la admirable *Kirchenges-*



chichte Deutschlands de A. Hauck, tomo I, *bis zum Tode des Bonifacius*, Leipzig, 1887.—Respecto a la historia de la civilización y del derecho en la época merovingia, véase la Bibliografía de los capítulos VI y XIV.

La fuente principal para la historia de los francos merovingios es la Crónica de Gregorio de Tours. Véase, acerca de **Gregorio de Tours**: G. Monod, *Etudes critiques sur les sources de l'histoire mérovingienne*, París, 1872;—M. Bonnet, *Le latin de Grégoire de Tours*, París, 1890. Primera parte.

La **historia local de las regiones francas**, Neustria, Austrasia, Borgoña, Aquitania, etc., no está terminada. Se consultará con provecho: A. Longnon, *Géographie de la Gaule au VI^e siècle*, París, 1878;—A. Loth, *L'émigration bretonne en Armorique du V^e au VII^e siècle de notre ère*, París, 1884; A. Jahn, *Die Geschichte der Burgundionen und Burgundien bis zum Ende der 1^{sten} Dynastie*, Halle, 1874, 2 vols.;—Ch. Pfister, *Le duché mérovingien d'Alsace et la légende de sainte Odile*, París, 1892;—Cl. Perroud, *Des origines du premier duché d'Aquitaine*, París, 1881.

No se ha dicho la última palabra acerca de los reinos bárbaros, francos, godos, etc., que se fundaron a expensas del Imperio romano. Partes importantes de la historia merovingia han sido renovadas muy recientemente por los señores J. Havet, B. Krusch, etc.—M. Ch. Bayet prepara un *Manuel des institutions françaises, Période mérovingienne et carolingienne*.

I.—La fe y la moral de los francos.

La Iglesia había tenido su edad heroica intelectual. Cuando los Apóstoles, llevandó por el mundo la primera religión hecha no para un pueblo sino para la Humanidad, predicaron el reino de Dios en que los hombres están estrechamente unidos entre sí y con Dios, la filosofía, después de algunos instantes de vacilación, de duda y de desdén, estudió esta solución, la más admirable que se hubiera encontrado para el problema de las relaciones del hombre con Dios y con el hombre. Platónicos, que profundizaban sin cansarse en la enseñanza del maestro respecto a la manifestación de lo infinito en lo finito y de Dios en la Naturaleza y en el alma, discípulos conscientes o inconscientes de Zoroastro, que explicaban el ori-

gen del mal por la coexistencia de dos principios, llevaron al examen de las doctrinas nuevas las tradiciones de sus escuelas. Hubo en los siglos I y II una especie de reconocimiento hecho por el espíritu humano en torno del cristianismo, después del cual los filósofos entraron en la Iglesia, pero sin dejar de ser filósofos. La escuela de Alejandría enseñó que la filosofía había sido la preparación del cristianismo entre los paganos, como el Antiguo Testamento lo fue entre los judíos. Juntó el Antiguo Testamento y la filosofía mediante la teoría de que el Verbo, que ha sido la palabra de Dios desde un principio, ha sembrado la verdad en los escritos profanos lo mismo que en la Sagrada Escritura. Creyó o aparentó creer que Platón había conocido los Libros Santos y le trasformó en discípulo de Moisés. Hizo así de la historia intelectual y moral de la Humanidad una gran síntesis que dió por pedestal al cristianismo. \

En el tiempo mismo en que la crítica platónica se ejercía libremente sobre el dogma, nació la autoridad. La lucha del cristianismo contra los paganos y contra aquellos filósofos que, no siendo cristianos más que por metafísica, menospreciaban la fe positiva, hizo nacer dos ideas correlativas: la idea de una Iglesia católica única en posesión de la verdad y la idea eclesiástica de la herejía. Herejía significaba en el lenguaje filosófico abrazar una opinión, y significó en el lenguaje eclesiástico elegir una opinión mala, error nocivo y condenable. Para prevenir a los fieles de la perdición, la Iglesia escribió la regla de la fe. Pronto la herejía se mostró en una forma extraña: el maniqueísmo, producto de una mezcla de la filosofía griega con la religión zoroastriana, redujo a Cristo a la cualidad de espíritu luminoso y de combatiente ilustre en la lucha entre el bueno y el mal principio. Así el genio helénico, siempre activo, amenazaba perder al cristianismo en concepciones raras. La sabiduría de los antiguos y su método, su idealismo y su dialéctica, que habían servido para formar el dogma, se empleaban en destruirlo. Entonces se sublevó el espíritu latino.

La Iglesia de Occidente había seguido siendo durante mucho tiempo discípula de las Iglesias orientales: el Oriente hablaba, escuchaba el Occidente. La lengua de la Escritura y de los Apóstoles, de los teólogos ortodoxos o heréticos era la lengua griega; pero en el siglo III Tertuliano introdujo la lengua latina en las controversias y reveló un espíritu muy distinto al espíritu oriental, más estrecho, más prosaico, pero más firme. Tertuliano tiene ciertas máximas breves, dictadas por un sentido común bastante ordinario, y por lo mismo muy comprensibles. «No se puede, sin embargo, buscar indefinidamente, dice, *infinita inquisitio esse non potest*». Por otra parte, ¿a qué investigar? «No es necesaria la curiosidad, *curiositate opus non est*, después de Cristo y el Evangelio». Hay una regla a que precisa atenerse: «La plenitud de la ciencia consiste en ignorar lo que es contrario a esta regla». Maravilla ver cómo el cristianismo, extendiéndose por el mundo, se adaptaba a los diferentes medios. En tiempo de la antigüedad pagana, los griegos habían pensado en tanto los romanos obraban. La vida intelectual romana, muy tardía, había sido el reflejo de la vida intelectual helénica, y Roma no había mostrado su originalidad sino en la esfera del Derecho. En tiempos de la antigüedad cristiana, el espíritu helénico investiga sin cesar y siempre diserta. El cristiano romano fija la doctrina y está en seguida dispuesto a legislar acerca de la disciplina y la fe.

La autoridad encontró pronto un órgano regular en la jerarquía que se formaba y en el poder imperial. Apenas el emperador hubo entrado en la Iglesia, la libertad salió de ella. La herejía vino a ser cuestión de Estado. Antes, podía no perturbar más que una o dos provincias, y los obispos de las comarcas en que tenía lugar se contentaban con rechazar en un concilio las opiniones heterodoxas; en lo sucesivo ocupó a la cristiandad entera. Arrio es juzgado por la Iglesia universal, el emperador presente y presidiendo, y los concilios hacen de sus resoluciones artículos de fe, que el emperador transforma en artículos de ley.

Como el triunfo de la Iglesia sobre el paganismo la dispensa de toda tolerancia para con los disidentes, el hereje viene a ser el principal enemigo. Ya se pronunciaban palabras peligrosas: «Más vale errar en las costumbres que en la doctrina...; preferible es el pagano al hereje...»

Por lo menos, las controversias siguen siendo grandes en los siglos iv y v. Se discute acerca de la naturaleza del Verbo en pro o en contra de Arrio, acerca del destino de las almas, en favor o contra Orígenes, sobre el libre arbitrio afirmando o negando lo que dice Pelagio. Los adversarios son de primera calidad, porque la ortodoxia es defendida por San Agustín y San Jerónimo, y las escuelas teológicas de Alejandría y de Siria proceden siempre según las reglas de un método científico. Pero el tiempo avanza y la cultura antigua se va perdiendo. La Iglesia olvida lo que la debe, la desdeña como superflua y desconfía de ella porque la considera cómplice del paganismo, de que es el último refugio. Rechaza no solamente la filosofía, sino toda la literatura. «Parece que enseñas la Gramática, escribe el Papa Gregorio Magno a un obispo. No puedo repetir esto sin avergonzarme, y estoy triste y gimo porque las alabanzas a Cristo no pueden encontrarse en una misma boca con las alabanzas a Júpiter». El horizonte intelectual, tan vasto en otro tiempo, se reduce y se cierra, y la Iglesia pretende bastarse a sí misma. ¡Y todavía si la actividad del espíritu hubiese perdurado en ella! Pero, ¿sobre qué hubiera recaído? «No investigamos ya», había dicho Tertuliano, y, en efecto, ya no se investiga. Toda la sabiduría está ya adquirida, figura en ciertos libros cuya lista ha hecho un decreto pontificio. El error está en otros libros, el mismo decreto los pone en el *Índice*. Las escuelas teológicas de Oriente caen en decadencia, y el Occidente no ha tenido una sola que merezca ser citada. En tanto las escuelas de letras profanas encuentran todavía discípulos para su enseñanza envejecida, no hay «maestros públicos que enseñen las divinas Escrituras». Es Casiodoro quien lo dice, lamentándose. Así, para suplir las faltas de maes-

BIBLIOTECA CENTRAL CIRCULANTE
SECCION NACIONAL DE LECTURA
51
MAY 1910

tros, escribe él *De Institutione divina litterarum*, es decir, un Manual en que los sacerdotes puedan aprender fácilmente todo lo que necesitan saber. Casiodoro se lo dice en términos propios y les manifiesta «que, en vez de buscar presuntuosamente novedades, es preferible satisfacer la sed en la fuente de los antiguos», de los antiguos de la Iglesia, entiéndase bien. La época del Manual ha llegado en efecto, porque la palabra viva ya no se deja oír. El período de la iniciativa individual está cerrado, y ya no queda sino catalogar los resultados adquiridos. Por eso Juan el Escolástico dispone en orden metódico los cánones de los concilios, para que toda pregunta, cualquiera que sea, halle su respuesta. Así, después de haber terminado un libro, se hace el índice de las materias que contiene.

*
* * *

La grande originalidad de la religión nueva estaría en ser una moral al mismo tiempo que una teología. Depurar en todas partes, aun en Israel, donde era más pura, la noción de lo divino, confundir la moral con la religión, orientar hacia el cielo almas que no tenían más que un horizonte terrenal, acabar con los sacerdocios particulares y los cultos locales, poner a todos y a cada uno en presencia de Dios, tal era la misión del cristianismo. No se había conocido, no se conocería ya nunca un esfuerzo semejante para elevar la materia hacia lo ideal; pero la materia ha pesado sobre las alas del espíritu y le ha retenido entre cielo y tierra, más cerca de la tierra que del cielo... En el mismo lugar donde Cristo había vivido, ¿cuántos eran capaces de hacer de su alma un templo de Cristo?

Los hombres no se sintieron bastante próximos a un Dios que llenaba el mundo y, en todas partes presente, no se ponía en parte alguna en comunicación íntima con sus fieles. Buscaron escalones para llegar hasta él. Halla-

ban en las Escrituras los espíritus buenos y malos, y les dieron formas más precisas. Entre los demonios pusieron los dioses de la antigua mitología, a los que la Iglesia misma concedió extraña supervivencia, en forma de tentadores encarnizados en la perdición de las almas. Fúnesto poder milagroso se atribuyó a las estatuas de las antiguas divinidades y a las ruinas de sus templos. No solamente inquietaban estas imaginaciones al populacho. El Papa Gregorio Magno refiere en uno de sus diálogos la aventura de un judío que, sorprendido por la noche, no encontró otro refugio sino un templo abandonado de Apolo. Las tinieblas y la soledad le asustaron. Había oído decir que los demonios abundaban en aquella ruina y, aun cuando fuese judío, se persignó. Bien hizo, porque a media noche el templo se llenó de fantasmas que se reunieron en sesión presididos por Apolo, al cual dieron cuenta de las tentaciones con que habían acometido a los cristianos. De esta suerte toda una legión infernal estaba organizada para la guerra contra las almas. Pero frente a ella se alineó la legión celestial. El culto de los ángeles se organizó, iglesias fueron colocadas bajo la vocación de los más grandes y cada alma creyó tener su ángel guardián. Aquellos espíritus puros estaban aún demasiado por encima del hombre, y la tierra a que descendían no era su patria. Por el camino de la tierra al cielo, la Iglesia hizo subir a los mártires y a los santos. Mártires y santos vinieron a ser los compañeros de Dios en la Gloria eterna, pero al mismo tiempo permanecieron afectos al lugar de la tierra donde habían vivido. La antigua creencia popular de que el alma no se aleja de su mortal despojo, había producido entre los paganos los ritos ingenuos del culto de los muertos, y contribuyó ciertamente a producir entre los cristianos el culto de los mártires. Se imaginó estar cerca de los santos cuando se tocaban sus restos, y aun esta opinión dió lugar a singulares escándalos. En Egipto hubo que prohibir a los cristianos conservar en sus casas los cuerpos de los que se consideraban santos, como se conservaban en otro tiem-

po los restos de los antepasados. En otros lugares, había ladrones de cuerpos santos, y una ley de Teodosio prohibió «exhumar a los mártires y venderlos». Para evitar estas profanaciones, se trasladaron las reliquias a las iglesias, donde se colocaron comúnmente debajo de los altares, y comenzó el culto de los santos. Los cristianos ilustrados, los doctores y los obispos previnieron a los fieles contra los peligros de una idolatría nueva. A los polemistas paganos que les reprochaban haber trocado los ídolos por los mártires, respondieron que la Iglesia venera a sus santos para proponer su vida como ejemplo y que reserva la adoración para Dios solo, pero el común de los hombres veía los dioses y los héroes de otros tiempos en aquellos personajes sagrados que se invocaban por su nombre, cuya historia sabía y cuyas tumbas tocaba. En las iglesias colocadas bajo la advocación de tal o cuál bienaventurado, las oraciones, en vez de subir hasta Dios, se detuvieron en el mediador, tanto más gustosas cuanto que éste manifestaba con milagros más frecuentes su particular poder. La relación simple y directa del hombre con Dios se complicó con esta multitud divina de intermediarios y lo universal divino se localizó.

Al mismo tiempo, la sencillez del culto primitivo era alterada por la organización de un ceremonial solemne. Los modestos lugares de reunión en que los primitivos cristianos oraban, predicaban y celebraban la conmemoración de la Cena son sustituidos por templos soberbios divididos en dos partes: una reservada a los fieles; otra, muy alta, donde está el clero sentado en tronos. La estética del servicio divino, que los paganos habían llevado a la perfección y que las primeras comunidades cristianas habían desdeñado, reaparece. La Iglesia habla a la imaginación y a los sentidos por la hermosa ordenación de sus pompas y el esplendor de las vestiduras sacerdotales, mediante los perfumes, la música y las pinturas que reproducen en las paredes las grandes escenas de la historia de la fe. Cuanto más se multiplican y embellecen estas piadosas representaciones ofrecidas por el clero, más

se ven los fieles reducidos al papel de espectadores. Su voz no se mezcla ya con la de los sacerdotes sino para cantar el *Kyrie eleison*, han de oír y callar, obedeciendo el precepto de Moisés, que ha dicho: «Escucha, Israel, y calla». Y tampoco oyen ya sino raras veces la predica-

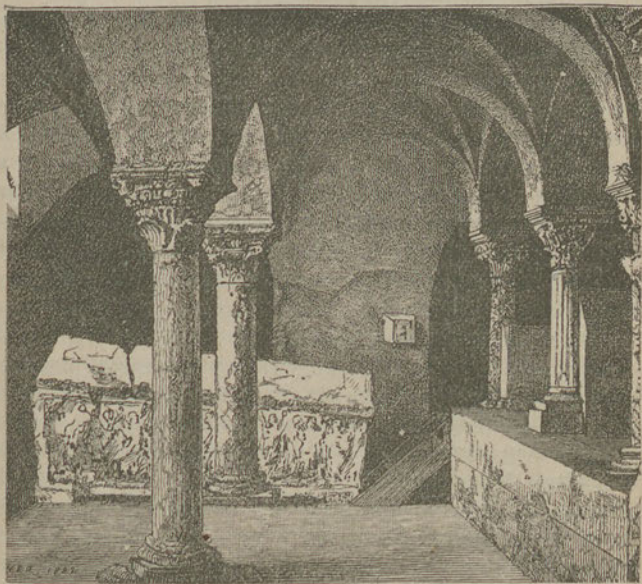


Fig. 5. — Cripta de Juaurre (arquitectura merovingia).

ción, que era en otro tiempo la parte esencial del servicio divino y que cae en desuso. Asistir a la celebración de los sagrados misterios es una especie de acto material. La Iglesia lo hace obligatorio y multiplica las fiestas, que cada vez son más brillantes.

Poco a poco la devoción se torna una costumbre, *con-*

suetudo devotionis, como dice el Papa León Magno, que viene a ser obligatoria como la fe misma, porque la Iglesia la hace preceder de la tradición apostólica y de la enseñanza del Espíritu Santo. Las manifestaciones exteriores adquieren gran importancia. En la Iglesia primitiva, el ascetismo era venerado como medio de llegar a la virtud, pero no se imponía a nadie. En lo sucesivo es prescrito por toda clase de reglas minuciosas. La renuncia del mundo y el absoluto desprecio de la carne, manifestado por el horror creciente al matrimonio, que se ve rebajado a la categoría de flaqueza necesaria, se reputan las más altas virtudes. Son virtudes menores el ayuno y la abstinencia, ordenados en ciertos días de la semana y en determinadas épocas del año. La limosna tampoco se libra. Conforme a la costumbre de toda la antigüedad pagana y para obedecer a Moisés, que ha dicho: «No te presentarás ante el Señor con las manos vacías», la Iglesia reclama las primicias y el diezmo.

Hay el peligro seguro de que el fiel que satisface el diezmo, ayuna en los días prescritos y asiste con puntualidad a los oficios divinos, estime haber cumplido con su deber de cristiano. Cuanto más y más rigurosas son las obligaciones exteriores, más vago e imperceptible es el verdadero deber íntimo. Ya, por otra parte, la Iglesia ofrece a la conciencia del pecador medio fácil de tranquilizarse. Se lee en San Ambrosio la terrible fórmula: «Tienes dinero, redime tu pecado», y Salviano enseña en su tratado de la *Avaricia* que la liberalidad respecto a la Iglesia es el medio más seguro de redimirse del pecado. Pero en el culto de los santos es donde aparece mejor el bajo carácter de los actos materiales de fe. El contacto con una reliquia milagrosa no proporciona solamente la curación de una enfermedad, sino que tiene efectos bienhechores sobre el alma misma. Gregorio Magno, al enviar a un rey bárbaro parte de las cadenas del bienaventurado Pedro y de los cabellos de San Juan Bautista, le dice que las cadenas que han rodeado el cuello del apóstol le librarán de sus pecados y que el precursor le augurará con

su intervención la ayuda del Salvador. Por eso las reliquias se buscan apasionadamente. Los príncipes no cesan de pedir las al Papa, y los más altos se muestran singularmente ambiciosos. ¿No idea la emperatriz Constantina pedir en una ocasión a Gregorio la cabeza del apóstol San Pablo? El buen Papa hubo de dar a entender que el santo no se dejaría cortar la cabeza. «Los cuerpos santos, dice, hacen brillar en torno suyo los milagros y el terror, y ni siquiera para rezar nos acercamos a ellos sin gran miedo. El que osase tocarlos perecería. Por eso los romanos, cuando se les piden las reliquias con motivo de la consagración de una iglesia, se contentan con colocar en la tumba un pedazo de tela. Lo envían luego a la nueva iglesia, donde opera tantos milagros como las reliquias mismas. Todo lo que puede hacer Gregorio para complacer a su «dueña serenísima» es enviarla trozos de las cadenas que el bienaventurado Pablo llevó al cuello y en las manos. Cogerá, pues, una lima para obtener limaduras, pero no es seguro que lo logre, porque ha ocurrido limar durante mucho tiempo las cadenas sin obtener nada. ¡Dichosos príncipes, que de esta suerte podían recibir y conservar en sus palacios tan preciados objetos! El común de los fieles se trasladaba cerca de ellos para recoger el beneficio de su poder milagroso. Ha comenzado la época de las peregrinaciones; los cristianos más fervientes van a Tierra Santa para llenar botellas con agua del Jordán, recoger puñados de polvo allí donde pisara el Salvador o pedazos de la verdadera Cruz, que «guarda en su memoria insensible una fuerza vital, como dice San Paulino de Nola, y, reparando siempre sus energías, permanece intacta, aun cuando distribuya a diario su materia entre fieles innumerables». Esta peregrinación es la más loable de todas, pero muy numerosos son los santuarios a donde se van a llevar los homenajes y los votos. La fatiga misma del viaje es un mérito de que se prevalecen cerca del santo. Luego se le llevan presentes, objetos preciosos, dinero, se le hacen donaciones de tierras. Así reaparece con la multiplicidad de los cultos aquel cam-

bio de servicios entre el cielo y los hombres que era uno de los caracteres del paganismo.

La moral cristiana se ha acomodado, pues, a la flaqueza del hombre. No hay que ver en ello materia de sarcasmo ni de declamaciones. Toda religión es un esfuerzo del hombre hacia Dios, una transición de lo humano a lo divino, o, si se cree que lo divino está repartido en la naturaleza y se concibe por el hombre, toda religión es una manifestación de lo divino en el hombre. Por elevada que haya sido la concepción primera, el hombre hace valer los derechos de su flaqueza natural y permanece sometido al imperio de los hábitos adquiridos. La concepción de la religión cristiana era demasiado alta, porque es un mundo sobrenatural el que alienta en el Evangelio. Apenas si en él se advierte la presencia de la tierra, los pies del Salvador se deslizan por ella como por encima de las olas que sostuvieron sin ceder su cuerpo ingrávido. Cristo parece siempre próximo a subir al cielo. Para vivir con él, precisa haber abandonado todo lo que es del mundo: familia, amigos, casa, aun el trabajo, y confiarse a Dios que alimenta a los pájaros y viste de esplendor el lirio que no se mueve. Una sola lectura trasporta al hombre a indecisa región ideal, a los confines entre lo humano y lo divino, la lectura del Evangelio. Pero, ¿cuántos espíritus pueden habitar el ideal? ¿Cuánto tiempo los mejores pueden permanecer en él? En las encrucijadas de las poblaciones judías, griegas o romanas, en las campiñas cultivadas por los esclavos, en las sillas curules, en los *atria*, en los talleres, en las cabañas vivía la humanidad verdadera, de la que Cristo había sacado doce apóstoles, entre los que figuraron un traidor y pusilánimes, porque el discípulo muy amado se encontró solo al pie de la cruz. La humanidad verdadera tomó de la religión de Cristo lo que pudo comprender, se esforzó por elevarse hasta ella, pero la hizo descender también a su alcance. Nadie duda que, hecho el balance de todas las supersticiones y de todos los errores, permaneció mejor de lo que era antes. La fe y la moral cristianas, aun alteradas, fueron bienhechoras;

pero la Iglesia, que no pudo impedir estas alteraciones, que las aceptó aún, provocadas o agravadas, no podía tener ya la enérgica actividad de los días primeros. La inteligencia del cristiano del siglo vi, aprisionada en las fórmulas de un código minucioso de creencias, no tiene ya nada que desear, nada que investigar, está atacada de inercia. Un cristiano como San Pablo, cuyo espíritu llenaban algunas grandes ideas, y en cuyo corazón bullía el amor a Dios, no creía haber hecho nunca lo bastante en obediencia de su misión divina. El mundo, que abrazaba en una sola mirada y que recorría con paso ligero, era demasiado reducido para él. ¡Qué diferencia entre San Pablo y aquel Papa, su sucesor, que lima gravemente, y no sin miedo, las supuestas cadenas del más grande de los apóstoles!

* * *

La religión, tal como la historia la había formado, se encuentra en el alma del personaje más grande de la Iglesia en los tiempos merovingios, el obispo Gregorio de Tours. La dignidad de su vida, su caridad, su bondad, son como la supervivencia de lo divino en la decadencia de la Iglesia; pero ¡qué flaquezas en aquel espíritu y qué desorden en aquella conciencia! Gregorio tiene buen sentido, hasta penetración, tiene juicio, pero ha recibido de sus maestros una educación insuficiente, y la educación general, tan poderosa en sus efectos, que da a los inteligentes manera de compenetrarse con la época en que viven, era en el siglo vi detestable y funesta. Gregorio carece de cultura filosófica y sólo posee muy mediana cultura literaria; desconoce en absoluto la lengua griega y sabe mal la latina. Se consuela, es cierto, de su «rusticidad» pensando que así se hace comprender de los rústicos, y con gusto le perdonamos solecismos y barbarismos; pero, de igual modo que la inteligencia de un contemporáneo de Augusto o de Luis XIV refleja la suena



ordenación de las cosas, así el desorden de las instituciones y las costumbres perturba a aquel contemporáneo de Chilperico. El mismo individuo que no comprende la lógica de una sintaxis ve confusamente las relaciones de las ideas entre sí, no calcula la proporción de los hechos, aumenta los pequeños y pasa por los grandes a la ligera. Habría podido ser, en otra fecha, un escritor de gusto y de ingenio, y si titubea en sus libros, si se detiene muy ocupado donde habría que andar, si camina donde habría que permanecer quieto, si se parece, en fin, al ciego que a tientas busca su camino, débese a que la clara vista que le dió naturaleza se ve enturbiada por la oscuridad ambiente. La historia ve muchas veces sucederse generaciones a las que la oscuridad de su siglo ha cegado al parecer.

Gregorio distingue no obstante un punto luminoso, pero uno sólo, la ortodoxia. Toda su inteligencia se ve atraída y se aplica a ella. No sospecha, entiéndase bien, la historia de la formación del dogma y esa adaptación maravillosa del cristianismo al estado intelectual del mundo griego y romano, todo ello se ha perdido en la oscuridad profunda. No lamenta su ignorancia, que ni siquiera percibe. La ortodoxia le basta, es la regla absoluta, la ley suprema; pero su vista, a fuerza de contemplarla, está como fascinada por ella. Esta fe estrecha y tranquila ejerce sobre su razón y sobre su conciencia el influjo pernicioso de la idea fija. Unida a los desórdenes de una época en que la cotidiana multiplicidad de los crímenes embotaba el horror con que merecen ser mirados, malogra la honradez natural del buen obispo. El pernicioso influjo del medio no le hace incurrir en malas acciones, pero le inspira juicios inmorales. Es bueno hasta la más delicada ternura, y cuando se lee en su libro, enteramente lleno de relatos de perfidias, de villanías y de matanzas, un pasaje en que deplora que la peste le haya arrebatado «criaturas que le eran gratas y queridas, que había cobijado en su seno, sostenido en sus brazos y alimentado con propia mano lo mejor que pudiera», se siente emoción profunda

al tropezar de pronto con un hombre y con la humanidad entre aquellos bandidos y aquel desorden. Diríase que era San Vicente de Paul apareciendo en un presidio. Ni una de las manifestaciones de la caridad cristiana falta en la vida de Gregorio. Es protector de los débiles y de los pobres; perdona a sus enemigos, al obispo que le ha calumniado, a los ladrones que le han detenido en un camino y a los que llama, después que han escapado, para ofrecerles bebida. Suave para los humildes, es altivo en presencia de los grandes. No cede a las amenazas ni a los halagos de un Chilperico, y cuando éste, para lograr que asienta a la condenación de Pretextato, el obispo de Rouen, le amenaza con sublevar el pueblo de Tours, Gregorio responde a aquel rey que va a violar los cánones, que el juicio de Dios está suspendido sobre su cabeza. Chilperico, para calmarle, le invita a sentarse a su mesa y, mostrándole un plato, le dice: «He mandado preparar esto para ti; es ave con guisantes». Pero Gregorio responde, con aquella ingenuidad solemne que ponen muchas veces en sus palabras la conciencia de su alta dignidad y el hábito del lenguaje eclesiástico: «Mi alimento es cumplir la voluntad de Dios, y no deleitarme en esas cosas». Sabía bien, no obstante, que era peligroso desafiar a Chilperico y a Fredegunda; pero entre el martirio y la desobediencia a los mandatos de Dios, habría escogido gozoso el martirio. Y aquel hombre tan tierno de corazón, de conciencia tan delicada, refiere grandes crímenes sin conmoverse, y muchas veces aun pareciendo aprobarlos. Para escoger un ejemplo muy conocido, Clodoveo utilizó todas las formas del crimen cuando quiso apoderarse del reino de Sigeberto. Sigeberto, rey de Colonia, fue asesinado por su propio hijo Cloderico, a instigación de Clodoveo; Cloderico fue asesinado por mandato del mismo Clodoveo, el cual va a Colonia y reúne a los francos: «No he intervenido para nada en estas cosas, les dice. No puedo, efectivamente, derramar la sangre de mis parientes puesto que es cosa prohibida; pero lo hecho está hecho y tengo un consejo que daros... Veníos a

mí para que estéis bajo mi protección». Los francos le aplauden clamorosamente y, golpeando los escudos, le alzan sobre el pavés y le ponen en posesión del tesoro y del reino, «porque Dios, dice Gregorio a guisa de moraleja, hacía caer todos los días sus enemigos a sus golpes, porque este rey iba ante el Señor con corazón recto y hacía lo que era agradable a sus ojos». Y el obispo enumera otros asesinatos cometidos por Clodoveo con tanta calma como si recitase una letanía. ¿Cómo, pues, aquel santo hombre compromete su virtud y la grandeza misma de Dios en semejante panegírico de un malvado bárbaro, y qué entiende por corazón recto? ¿Dónde habrá corazones perversos, si reconoce en Clodoveo la rectitud de miras? Nada más sencillo que su criterio. Son rectos todos los corazones que confiesan, perversos todos los que niegan la Trinidad, «reconocida por Moisés en el matorral ardiente, seguida por el pueblo en la nube, contemplada con terror por Israel en la montaña, profetizada por David en el salmo». Gregorio no se cansa de repetir que basta ser hereje para resultar castigado en este mundo y en el otro, y da sus pruebas: el arriano Alarico ha perdido a la vez su reino y la vida eterna, en tanto Clodoveo, con ayuda de la Trinidad, ha vencido a los herejes y extendido los límites de su reino hasta los confines de la Galia. Gregorio no dice que Clodoveo esté en el Paraíso gozando de la gloria eterna, pero con seguridad ni siquiera se le ocurrió que aquél que confesaba la Trinidad pudiera ser relegado a los infiernos y con la muchedumbre de los que han blasfemado de ella.

Después de la ortodoxia, la virtud principal a los ojos de Gregorio es el respeto a la Iglesia ortodoxa, a sus ministros, a sus derechos, sus privilegios y sus propiedades. ¡Desgraciado el que desobedece a un obispo, porque es castigado inmediatamente como hereje! Un miserable conspiraba contra un obispo. Se le encontró la mañana del día fijado para el delito muerto en una silla agujereada, y como el heresiarca Arrio había muerto de este mismo feo modo, Gregorio, cuya lógica tiene sus sorpre-

sas, deduce de la identidad del castigo la identidad del delito. «No se puede, dice, sin herejía desobedecer al sacerdote de Dios». ¡Desgraciado del que viola el asilo de una iglesia! ¡El santo a que está consagrada no tolera tal sacrilegio! Un individuo persigue a un esclavo dentro de la basílica de San Loup, se apodera del fugitivo y se burla de él: «La mano de Loup no saldrá de su tumba para arrancarte de mi poder». Inmediatamente el que así dice siente la lengua sujeta por el poder de Dios. Corre por todo el edificio aullando, porque ya no puede hablar como los hombres. Tres días más tarde muere entre atroces tormentos. ¡Desgraciado del que toca a los bienes de la Iglesia! Nantino, conde de Angulema, se ha apropiado tierras eclesiásticas. La fiebre le abrasa y su cuerpo ennegrecido parece haberse consumido entre carbones ardientes. Un agente del fisco se apodera de carneros que pertenecían a San Julián. El pastor quiere defenderlos diciendo que el rebaño es propiedad del mártir: «¿Crees tú, responde el burlón personaje, que el bienaventurado San Julián come carne de carnero?». También le abrasó la fiebre, hasta el punto de que el agua con que se hacía inundar se trasformaba en vapor al contacto con su cuerpo. ¡Desgraciado, en fin, del que no obedece los mandamientos de la Iglesia! Un aldeano que iba a misa, ve un rebaño que destroza su tierra. «¡Ay!, dice, he aquí perdida mi labor de todo el año». Y coge un hacha; pero era domingo. La mano que violaba la ley del descanso dominical se contrae y queda cerrada, siempre sosteniendo el hacha. Fue necesario, para abrirla, un milagro obtenido a fuerza de lágrimas y oraciones.

Siempre en los relatos de Gregorio aparece el poder de los santos, propicio para los buenos y terrible para los malos. Es el gran pontífice del culto de los bienaventurados. Ha empleado una buena parte de su existencia, atormentada por tantos cuidados, en celebrar su gloria. Laborioso escritor, conserva al alcance de la mano su *Historia de los Francos*, que es su obra principal y uno de los más curiosos monumentos de la historia

de la civilización, pero en su mesa de trabajo se veía siempre algún manuscrito empezado en el que desarrollaba inagotable serie de milagros: milagros de San Martín, de San Julián, milagros de los Padres de la Iglesia. Tenía especial veneración a San Martín, del que era sucesor en la sede de Tours. En la ingenuidad de su celo por la gloria de este privilegio, trata de elevarle a los primeros lugares de la jerarquía celestial. No quiere que sea inferior a los apóstoles ni a los mártires y, para igualarle a los mayores testigos de la fe, juega con las palabras. Si el bienaventurado no ha vivido en tiempo de los apóstoles, ha tenido al menos la gracia *apostólica*; si no ha muerto atormentado, ha sido «mártir por los lazos secretos que se le han tendido y por las injurias públicas de que se le ha hecho objeto». Por lo demás, la fama de San Martín ha llenado el mundo entero. Ya Sulpicio Severo escribió una historia de su predicación y de sus milagros. Gregorio la continua, añadiendo capítulos y más capítulos a medida que los milagros se sumaban a los milagros. Desde la tumba sagrada de que es guardián, el obispo considera el mundo. Su *Historia de los Francos* va precedida, a la manera de los escritores cristianos, de una historia universal que comienza con el Universo mismo y que termina con la muerte de San Martín. Las primeras palabras son: «Al principio, Dios creó el cielo y la tierra», y las últimas: «Aquí termina el libro primero, que comprende 5.546 años, desde el principio del mundo hasta el tránsito a la otra vida de San Martín el obispo». A través del relato de las guerras y de los crímenes, Gregorio sigue la acción milagrosa del santo. Cerca de Tours, y después de haber prohibido como el mayor de los delitos ofender a San Martín, Clodoveo consigue su principal victoria. En Tours le fueron entregadas las insignias proconsulares y celebró su triunfo. Hasta los peores reyes tienen consideraciones a Martín. Un día Chilperico le pidió consejo en una carta que depositó en la tumba con una hoja en blanco reservada para la respuesta; pero el mensajero del malvado príncipe esperó en vano

tres días. La hoja siguió en blanco, porque el santo reservaba sus favores para los que con devoción sincera le atendían. Gregorio no duda que su patrono cuide de todas las cosas, de las pequeñas como de las grandes, y le pide protección, consejo, ayuda contra todos los males, y en particular contra la enfermedad. Se ha curado de una disentería mortal bebiendo una poción en la que se echó polvo recogido en la tumba. Por tres veces, el simple contacto con el tapiz tendido delante de la tumba le ha curado de dolores en las sienes. Una oración hecha de rodillas sobre el pavimento, con efusión de lágrimas y gemidos, y seguida del contacto con el tapiz, le ha desembarazado de una espina que le obstruía el gástrico hasta el punto de no dejar paso siquiera a la saliva. «No sé qué ha sido del aguijón, dice, porque ni le he vomitado ni le he sentido pasar a mi vientre». Un día que su lengua, tumefacta, le llenaba la boca, la redujo al estado natural lamiendo los balaustres que rodeaban el sepulcro. San Martín no se desdeña siquiera de curar el dolor de muelas, y Gregorio, agradecido a todos estos beneficios, maravillado de aquel poder, exclama: «¡Oh triaca inenarrable, inefable pigmento, admirable antídoto, celestial purgante, superior a todas las habilidades de los médicos, más suave que los aromas, más eficaz que todos los unguentos reunidos, limpia el vientre tan bien como la escamonea, el pulmón tan perfectamente como el hisopo, despeja la cabeza lo mismo que el pelitre!»

Tal era la religión de Gregorio de Tours: creencia en el dogma literal y sin examen, observancia minuciosa de las prácticas de devoción, superstición repugnante. Ciertamente, Gregorio vale más que esa religión que se ha impuesto a su espíritu. Hay momentos en que trata de desprenderse de ella y elevarse a Dios, al cual llega sin demasiada dificultad conducido y llevado por los santos. Tiene una concepción muy hermosa del papel de los santos en el mundo, y la expresa con elocuencia ardorosa de inspiración sagrada. «El profeta legislador, después que ha referido cómo Dios desplegó el cielo con su diestra

majestuosa, añade: «Y Dios hizo dos grandes luminares, luego las estrellas, y colocó aquéllos en el firmamento del cielo para que presidiesen el día y la noche». De igual modo Dios ha dado al cielo del alma dos grandes luminares, a saber, Cristo y su Iglesia, para que brillasen en las tinieblas de su ignorancia. Luego ha colocado estrellas, que son los patriarcas, los profetas y los apóstoles, para que nos instruyan en sus doctrinas y nos iluminen con sus maravillosas acciones. En su escuela se han formado esos hombres que vemos, semejantes a astros, brillar con la luz de sus méritos, resplandecer con la hermosura de sus enseñanzas. Han iluminado el mundo con los rayos de luz de su predicación, porque han ido de lugar en lugar, predicando, edificando monasterios para consagrarlos al culto divino, enseñando a los hombres a menospreciar los cuidados temporales y apartarse de las tinieblas de la ignorancia para seguir al verdadero Dios». Merced a su nacimiento y a su educación, Gregorio ha conocido y amado a alguno de esos continuadores de los patriarcas y de los apóstoles. Es de familia de santos, el bisabuelo de su madre fue San Gregorio, obispo de Langres, que «tuvo por hijo y sucesor a Tétrico», doblemente sucesor, porque Tétrico fue a la vez obispo de Langres y santo. San Nizier, el obispo de Lyon, era tío materno de Gregorio, el cual en su infancia, cuando aprendía a leer, dormía con el venerable anciano. A su muerte le fue dada una preciosa reliquia, una servilleta cuyos hilos sueltos bastaban para realizar grandes milagros. Del lado paterno, Gregorio encontraba cuatro personajes santos: San Gall, el obispo de los arvernos, que el día en que le llevaban a enterrar se volvió en el ataúd para que su cara mirase al altar; San Ludre, que, una noche en que unos clérigos se apoyaban en su tumba la sacudió para recordarles el debido respeto; Leocadio, ciudadano de Bourges, que siendo todavía pagano acogió en su casa a los primeros misioneros del Berry; Vetio Epagato, por último, que fue uno de los mártires de Lyon en el siglo II. De esta suerte Gregorio se remontaba por una cadena no interrumpida de bienaven-

turados hasta el día en que el cristianismo fue predicado en la Galia. Por ellos llegaba a los apóstoles, a los patriarcas, los profetas y la creación. Como sabía pocas cosas, como la historia del mundo estaba para él contenida en la historia de la Iglesia, su mirada, deslizándose por la antigüedad profana casi desvanecida en la nada, llegaba al *principium mundi* en que se sentaba en su trono la indivisible Trinidad. No tiene sino noción muy imperfecta de la sucesión de los tiempos, junta y confunde casi en el mismo plano todas las figuras celestiales, como los viejos pintores representaban a sus personajes y la naturaleza sin perspectiva, sobre fondo dorado. El «mundo del alma», como dice, se le aparece con formas precisas. Su fe tiene necesidad de estas representaciones materiales, pero, por tosca que sea, le lleva más allá de las miserias que ve a su alrededor, le hace vivir en un mundo encantado, enteramente penetrado de lo divino, y es justo que este compañero de los seres celestiales haya sido reconocido santo después de su muerte. La Iglesia no ha hecho más que conservarle donde había vivido, entre los santos.

Gregorio constituye, pues, una excepción en la Iglesia merovingia, y, para estudiar el influjo de esta Iglesia sobre los pueblos de la Galia, hay que separar de la religión del obispo de Tours los rasgos que la embellecen. Hay que poner también a su lado y de algunos obispos, buenos y santos como él, a aquellos extraños eclesiásticos cuyos vicios pone de manifiesto y refiere los crímenes: el obispo de Vannes, Eonio, aquel borracho que un día, en plena misa, lanzó un aullido de bestia y cayó sangrando por boca y narices; Bertram y Paladio, que traban disputa en la mesa de Gondebaldo y se echan en cara sus perjuros con gran alegría de los convidados, que ríen a mandíbula batiente; Salonio y Sagitario, que van a la guerra con casco y coraza, y hacen durante la paz el oficio de salteadores, atacando a las mismas gentes de iglesia, como aquel día que invaden a la cabeza de sus bandas la casa de un obispo ocupado en celebrar una fiesta, maltratan

al anfitrión, matan a los convidados y huyen cargados de botín; bandidos incorregibles, depuestos por un concilio, pero restablecidos, encerrados por Gontrán en un monasterio, luego libertados — tanta indulgencia había para los crímenes episcopales— que representaban la comedia de la penitencia, repartían limosnas, ayunaban, salmodiaban noche y día, y luego volvían a su vida habitual, es decir, bebían de noche cuando se entonaban los maitines, dejaban la mesa a los primeros resplandores del día y se levantaban a tercia hora para bañarse y volver a sentarse a la mesa, en la que permanecían hasta ser de noche; Badegiselo del Mans, que «no ha dejado pasar un día, ni siquiera una hora, sin cometer algún acto de bandidaje»; Pappole de Langres, cuyas iniquidades no quiere referir Gregorio, preterición que autoriza a suponer cosas monstruosas, porque el buen obispo no es pudibundo. Al lado de estos príncipes de la Iglesia secular podría nombrarse a tal abad asesino y adúltero, a tal ermitaño que, habiendo recibido de algunos fieles en testimonio de veneración un repuesto de vino, empezó a beber y a correr los campos armado con piedras y palos, hasta el punto que hubo que encadenarle en su celda; finalmente, a aquella religiosa del convento de Santa Radegunda, Crodiolda, una princesa merovingia que se sublevó contra su abadesa Leudovera. En vano Gregorio la recuerda que los cánones castigan con la excomunión a las religiosas que abandonan el claustro, se va al lado del rey Gontrán, su tío, y logra de él que una comisión de obispos examine sus quejas. De vuelta a Poitiers, encuentra la casa en gran desorden. Varias de sus compañeras se han casado. Temiendo entonces la sentencia episcopal, arma una banda de tunos. Los obispos llegan y excomulgan a las amotinadas, pero éstas los sitian en una iglesia, de la que huyen, no sin haber recibido muchos golpes. Por su parte Leudovera, que ha sido expulsada, arma a sus servidores. Poitiers es presa de la guerra civil. «No hay día sin asesinato, ni hora sin disputa, ni minuto sin lágrimas». Por último dos reyes, Childeberto y Gontrán, se unen contra

aquellas mujeres. Un conde se apodera por asalto del monasterio, un concilio condena a las sublevadas a hacer penitencia, pero Childeberto obtiene su perdón. Tales escándalos muestran la gente que rodeaba a Gregorio, y explican en parte por qué la Iglesia merovingia no pudo corregir las costumbres de los francos y de los romanos, pero sería juzgar superficialmente las cosas atribuir a la perversión de los eclesiásticos el desorden moral de la sociedad merovingia. Esta perversión es, no una causa, sino una consecuencia de la corrupción de la religión cristiana, porque la religión, tal como la entendía y practicaba Gregorio de Tours, descendiendo del alma excepcional del santo obispo a la masa ignorante, no podía producir en ésta más que una idolatría grosera e inmoral.

* * *

Sin duda, hay en la Iglesia como en la conciencia de Gregorio una supervivencia de lo divino. Aun degenerada, es bienhechora, porque los esfuerzos dirigidos al bien no se pierden nunca, y si la historia del cristianismo muestra que la busca de una perfección ideal es quimérica, si el contraste entre la fealdad de las cosas y la belleza del ensueño es entristecedor, es un consuelo pensar que la quimera y el ensueño tienen en este mundo su utilidad. Por indignos que sean tantos eclesiásticos, la Iglesia ejerce una alta magistratura de humanidad. Es la protectora legal de los míseros. Al obispo se confían las causas de las viudas y de los huérfanos, y él viste y da de comer a los pobres. Hace que el archidiácono visite a los presos todos los domingos, da asilo a los leprosos, que son condenados porque su enfermedad produce espanto y horror. Los concilios protegen al esclavo, cuya condición es más atroz en el siglo VI que lo era en Roma, en la época en que la legislación imperial había tenido lástima de él, y en Germania, donde no se conocía la esclavitud doméstica,

la más tremenda de todas. Un contemporáneo de Gregorio, aquel Rauching que aplicaba a los miembros desnudos de sus servidores antorchas encendidas, hasta que el fuego hacía caer la carne y calcinaba los huesos, recuerda a aquellos romanos que alimentaban las murenas de sus estanques con carne humana, o a aquellas matronas que hundían agujas de oro en el pecho de sus sirvientas. La Iglesia repite a aquellos bárbaros la prohibición de matar al esclavo, y añade la de venderlos fuera de la provincia y separar a los esposos que ella ha unido en nombre de Dios. Hace más, proclama «la igualdad del dueño y del esclavo ante el Dios que no establece en el cielo diferencia entre las personas». Como la ley romana le ha dado el derecho de emancipación, que practica en sus templos, coloca la liberación de los esclavos en el número de las obras pías, y las fórmulas, las leyes mismas, prometen al dueño liberador que «recibirá su recompensa en la vida futura al lado del Señor». Trata bien a sus propios siervos. En la escala de la servidumbre, los siervos de la Iglesia figuran a la cabeza al lado de los del rey. Buena propietaria, hace soportable la suerte de estos obreros de sus tierras, y el número de los sin ventura que se refugian bajo su protección prueba que entonces ya se sabía lo que más tarde dirá el proverbio: bueno es vivir bajo el báculo.

La Iglesia acepta, es verdad, más de una costumbre bárbara, por ejemplo, las pruebas judiciales. Cuando un acusado, para probar su inocencia, ofrece sostener en la mano un hierro ardiente, el hierro se calienta junto al altar; si se le arroja todo agarrotado en una cuba cuyo fondo debe tocar, un sacerdote bendice el agua; si ha de batirse con su adversario, la Iglesia bendice las armas de los dos campeones. Se utiliza la Sagrada Escritura para justificar estas rudas extravagancias. ¿No ha salvado Dios a Lot del fuego de Sodoma, a Noé de las aguas del diluvio, y no ha combatido en duelo David con Goliat? Como se creía que Dios ponía de manifiesto la inocencia y descubría al criminal, la Iglesia no podía recusar al juez

nfalible; pero, al menos, su benéfico influjo se hace sentir en las luchas particulares. Entre dos partidos dispuestos a venir a las manos «interviene», como dicen las fórmulas, para «restablecer la concordia y la paz». Pide al ofendido que acepte la *composición*, y ayuda al ofensor a pagarla. Revela a los bárbaros sentimientos desconocidos, expresando el horror que le produce la sangre vertida: *Ecclesia abhorret a sanguine*. A los criminales y a los desgraciados, a quienes amenaza un castigo justo o inmerecido, abre sus asilos, en que los defiende, no contra el juez, sino de la violencia inmediata; porque el derecho de asilo, tal como entonces se practicaba, no era una usurpación de la Iglesia sobre el poder público. Entregaba a los refugiados después de haber obtenido la promesa de que serían juzgados regularmente y de haberlos asegurado, en cuanto era posible, contra la pena de muerte.

La Iglesia ha pronunciado, pues, palabras hermosas y dulces, perpetuado en medio de las violencias el sentimiento de la misericordia, enjugado muchas lágrimas, ahorrado tormentos a la carne humana. Ha recordado a los bárbaros que tenían un alma que el pecado ponía en peligro. *Remedio del alma*, esa expresión que se lee en las cartas de donación era bienhechora. El medio más frecuentemente empleado para asegurar el remedio al alma era, sin duda, la liberalidad para con la Iglesia. ¿Qué importa? Ella sola sabía entonces hacer uso de las riquezas, y luego basta que el remedio haya sido algunas veces la emancipación de esclavos o la fundación de una obra de caridad para que la humanidad quede agradecida a los que han dado con las palabras *remedium animæ*. Pero estas palabras nos descubren también el secreto de la religión merovingia, egoísta, interesada, que se basa por entero en un cálculo, fácilmente satisfecha con prácticas exteriores y que confunde el acto púdico con la piedad. La nación de los francos imagina que es comprada a Dios por un contrato que regula los deberes mutuos. «¡Viva Cristo, que ama a los francos!» dice un artículo del ambulo de la ley sálica, y

esta exclamación, que se creería lanzada en un campo de batalla después del triunfo, significa: «¡Viva Cristo, porque ama a los francos!» ¿Por qué los francos se atribuyen derechos al amor de Cristo? Porque son el pueblo que «ha reconocido la santidad del bautismo y suntuosamente adornado los cuerpos de los mártires con oro y piedras preciosas». Ser bautizado, dar tumbas y relicarios para las reliquias de los santos, edificar iglesias y enriquecerlas, eso proporciona un crédito contra Dios. El que lo ha adquirido se presentará sin temor al juicio final, diciendo, como se lee en un sermón atribuído a San Eloy: «¡Da, Señor, porque nosotros hemos dado!» *Da, Domine, quia dedimus!* El poder del dinero es tal, que crea la libertad del mal por lo mismo que destruye sus efectos. Los hombres imaginan que hay una compensación regulada para los pecados, como el *wergeld* compensaba tal ofensa o tal atentado, y lo borraba. Esta costumbre germánica fue adoptada por la Iglesia lo mismo que las pruebas judiciales, y ya se escriben libros penitenciales en que la tasa de los pecados constituye una verdadera dispensa de las virtudes.

La mayor muestra de la impiedad de aquellos paganos cubiertos con las apariencias del cristianismo, es que reducen a Dios y a sus santos a la calidad de fuerzas que el hombre puede subyugar y utilizar a su antojo. Se les proponen tratos en todo momento. La mujer de un sacrílego atacado de un mal terrible por haber blasfemado de un santo, pide a éste la curación del enfermo y deposita presentes en su iglesia. El enfermo muere y la viuda recoge lo que ha dado, porque no ha dado sino condicionalmente. La abuela de un niño que acaba de morir lleva el cadáver a una iglesia consagrada a San Martín y en la que había reliquias que su familia había ido a buscar a Tours. Explica al santo con qué esperanza sus parientes habían hecho un largo viaje para ir en busca de aquellos preciosos restos, y le ama tanto que no resucita al muerto, con no prosternarse más y no hacer lucir en su iglesia el resplandor de los santos. Los sacerdotes mismos

pretenden obligar a sus santos. Un oficial del rey Sigeberto había tomado posesión de un dominio que pertenecía a la iglesia de Aix. El obispo, dirigiéndose al santo patrón, le dice: «Gloriosísimo, no se encenderán aquí más cirios ni se cantarán más salmos en tanto no hayas vengado a tus servidores de sus enemigos y restituído a la santa iglesia los bienes que la han robado». Luego pone espinas en la tumba, espinas en la puerta de la iglesia. Los santos, acometidos de esta manera, acceden: San Martín devuelve la vida al cadáver y el otro santo hace morir al expoliador. La Iglesia, desde el púlpito, refería estos milagros; plumas eclesiásticas perpetuaban su recuerdo. ¿Cómo los sencillos fieles habrían imaginado que el poder venal de los seres celestiales podía ser requerido aun para el mal? Mummolo, uno de aquellos romanos cuyo ejemplo se cita para probar que los de su nación no cedían a los francos en punto a malas pasiones, sabe que Eufronio, mercader sirio establecido en Burdeos, posee reliquias de San Sergio. Ahora bien, contaban que un rey de Oriente, que había atado a su brazo derecho un pulgar de este santo, no tenía más que abrir el brazo para poner en fuga a sus enemigos. Mummolo va a casa de Eufronio, y, a pesar de las súplicas del viejo que le ofrece 100, luego 200 monedas de oro, hace que un diácono abra el relicario que había traído, se apodera de un dedo del santo, arrima un cuchillo, corta hasta dividirlo en tres trozos, el dedo, y, después de haber orado, se lleva uno. «No creo, dice Gregorio, que haya sido un gusto para el bienaventurado», pero era lo que menos preocupaba a Mummolo. Creía haber quedado bien con San Sergio por aquellas ceremonias que había hecho de arrodillarse y rezar, y no dudaba de la eficacia del talismán. Así pensaba Chilperico, que, habiendo violado la promesa hecha a sus hermanos al apoderarse de París, penetró en la ciudad, precedido de reliquias que debían ponerle al abrigo de todo mal. Fredegunda hizo más todavía. Cuando contrató a dos sicarios para que asesinasen a Sigeberto, les dijo: «Si volvéis vivos, honraré a vosotros y a vuestra estirpe».



perecéis, repartiré en vuestro nombre limosnas en los lugares donde se venera a los santos». No dudaba de que los santos, bien pagados por ella, cumplieran con aquellos dos miserables en la otra vida las buenas promesas que ella les hacía si se libraban del castigo de su crimen.

Gregorio nos pone en conocimiento de muchos personajes cuyas palabras y el relato de las menores acciones hace llegar a nosotros. Gracias a él, vivimos en la intimidad de los mismos. ¿Vemos entre ellos uno solo del que pueda decirse que sea cristiano? ¿Será aquel Gontrán, hombre «de sabiduría admirable, y que tenía aires, «no solamente de rey, sino de sacerdote del Señor?» Vivo aun, hacía milagros. Una pobre mujer, cuyo hijo estaba moribundo, se llega a él un día pasando por entre la multitud, corta tiras de sus vestiduras, las pone en infusión en una copa y da de beber el contenido al enfermo, el cual sana. ¿Qué cristiano era, pues, aquel misterioso personaje? Se complacía viviendo con concubinas. Cometió cierto número de acciones atroces, por ejemplo, al morir una de sus mujeres, hizo perecer a los dos médicos que la habían asistido sin éxito. Un día, cazando en los Vosgos, encuentra un animal muerto. Interroga al guarda, que denuncia al chambelán Chundo. Este niega el hecho y se decreta el duelo. Se escogen dos campeones. El del acusado, que era su propio sobrino, resulta con el vientre atravesado de una cuchillada en el momento de ir a acabar con su adversario, al que había derribado en tierra. Chundo, viéndose condenado, huye en dirección a la basílica de San Marcelo, pero Gontrán da voces para que le detengan antes de que llegue al umbral sagrado, y, en cuanto le cogen, le hace lapidar. El mismo príncipe ha cometido varios perjurios, y ninguna palabra era más insegura que la suya, pero en último resultado era menos malo que los otros reyes y tenía aficiones eclesiásticas, le agradaba la compañía de los obispos, los visitaba, comía con ellos. Gustaba de las ceremonias religiosas, con cuyo efecto contaba la Iglesia para sorprender y encantar a los bárbaros, que, deslumbrados por el resplandor de las lumina-

rias, respirando a pulmones llenos el aroma de los perfumes, escuchando los cánticos de los sacerdotes y en recogimiento por la celebración de los misterios, se creían trasportados al Paraíso. Gontrán parece haber sido, sobre todo, aficionado al canto. Un día que había reunido en su mesa a varios obispos, rogó a Gregorio que hiciese cantar un salmo a uno de sus clérigos, luego pidió sucesivamente a todos los obispos que hicieran otro tanto, y cada uno cantó lo mejor que pudo un salmo. El «buen rey» tenía otra virtud, que era su respeto a la persona de los obispos. ¿Cómo no habría temido desagradarlos? Un día hizo prender a un obispo de Marsella, y la Providencia divina le envió una enfermedad para castigarle. Otra vez encerró en un convento a Salomé y Sagitario para que hiciesen penitencia; pero inmediatamente su hijo cayó enfermo y sus servidores le suplicaron que pusiese a los obispos en libertad, no fuera a perecer el niño. «¡Soldadlos, exclamó, para que rueguen por mis hijos!» No obstante, sabía bien que sus prisioneros eran bandidos, pero temía el carácter sagrado que ostentaban. Sentía una especie de terror inspirado por los sacerdotes de todas las épocas a las gentes sencillas de todos los países. ¡Y con esas supersticiones, esas falsas apariencias, y esas simplezas Gontrán pasó por buen cristiano, sacerdote y santo!

¿Por qué, pues, aquellos hombres no eran cristianos?... Los merovingios no fueron cristianos porque la Iglesia galo-franca no era ya capaz de transmitir el cristianismo. Encerrada en aquella ortodoxia literal cuyos términos quedaron fijados para siempre, a la vez ignorante y segura de sí misma, no sabe ya penetrar en el alma de un pagano, estudiarla, analizar en ella las creencias y los sentimientos religiosos, hallar el punto de partida para una predicación y adaptar su enseñanza, como habían hecho en otro tiempo los cristianos filósofos, al estado de las inteligencias y de los corazones. ¿Qué había que hacer para transformar a Clodoveo en cristiano? Había que encontrar la noción del Dios supremo en la religión germánica

entre la multitud de los genios y por encima de las grandes figuras que representaban las ideas del amor, de la fecundidad de la tierra y de la fuerza del sol, que insistir en el sentimiento cristiano de la nada de esta vida colocada entre el día y la noche, que emplear los mitos populares de dioses que han vivido entre los hombres, partir de Odín para llegar a Cristo, y preparar de esta suerte a un guerrero hijo de guerreros e hijo de dioses, a un soberbio que sólo amaba la fuerza, a un impulsivo que no sabía más que odiar y para quien el derecho de venganza era una institución regular, a fin de que inclinase la cabeza ante el Dios que ha querido nacer entre los más pobres y morir de muerte ignominiosa, para enseñar a los hombres, con el ejemplo de su caridad hacia los hombres, el deber de ser caritativos los unos con los otros. Proponer a Clodoveo el cristianismo era pedirle la transformación de todo su sér. Ahora bien, si se cree a Gregorio de Tours, cuando Clodoveo dudaba reconocer en el Crucificado al señor del mundo y censuraba a su mujer por «adorar a un dios que no era de la raza de los dioses», Clotilde le decía ser vergonzoso que adorase ídolos y a Júpiter, que ha mancillado a los hombres con su amor y se ha casado con su propia hermana, puesto que Virgilio hace decir a Juno que es «hermana y esposa del señor de los dioses». Pero Clodoveo no tenía ídolos, no conocía a Júpiter ni a Juno, no comprendía, por consiguiente, aquella dialéctica atrasada, que en otro tiempo se usó en contra de los paganos de Atenas y de Roma, y que la Iglesia no se tomaba el trabajo de renovar. Por eso las respuestas del rey bárbaro muestran que no entiende lo que se le acaba de decir. El día en que vio a los suyos ceder en el campo de batalla pensó en el Dios de Clotilde, no para recordar la infantil teología que ésta le había enseñado, sino para invitar a Cristo a dar muestras de su poder. «Clotilde dice que eres el hijo de Dios vivo y que das la victoria a los que en ti confían. He invocado a mis dioses, pero no me prestan la menor ayuda. Veo bien que su poder es nulo. Te imploro y quiero creer en ti, pero

sácame de las manos de mis enemigos». Entre sus dioses y Cristo ha instituído, pues, una especie de duelo judicial, y cuando Cristo se ha mostrado el más fuerte, le adora, no por haber nacido en un portal y haber muerto en la cruz, sino porque había roto la cabeza a sus enemigos.

Poco importa que Gregorio nos haya contado exactamente la historia de la conversión de Clodoveo, basta que se la represente como lo hace para que sepamos que uno de los obispos mejores y más ilustrados de la Galia no sospecha siquiera la necesidad de ir en busca de un método de predicación especial para los paganos germánicos. No hay prueba más convincente de la pereza intelectual en que la Iglesia había caído. Esta pereza es la causa principal de su impotencia, como la energía intelectual de los primeros siglos había sido la principal causa de las victorias conseguidas sobre el paganismo griego y romano. La actividad del espíritu se ha sostenido durante la lucha contra las herejías, pero los combates que la Iglesia libra entonces son guerra civil, y como la guerra civil hace olvidar al enemigo de fuera, la guerra contra el herético ha hecho olvidar al pagano. Victoriosa segunda vez, ¿recordará la Iglesia que quedan gentiles y que su misión es continuar la obra de los apóstoles? No, porque en la lucha ha experimentado pérdidas sensibles. Ha perdido aquellos instrumentos de la sabiduría antigua que sirvieron para levantar el edificio del dogma. El edificio permanece aislado, melancólico, en la oscuridad que se ha hecho en el mundo después que se ha extinguido la civilización antigua. El sacerdote ya no persigue la libre adhesión de las inteligencias, impone una doctrina reducida a fórmulas cuya historia ya no conoce, qué no comprende y no se preocupa de que sea comprendida. Al mismo tiempo que el vacío se ha hecho en las inteligencias, la conciencia del cristiano se ha cargado con todo el peso de las supersticiones más estúpidas. Ocupado en tantos deberes menudos, encadenado en una devoción complicada, ha hecho bastante cuando se ha ocupado de

sí mismo y se ha puesto en regla con los sacerdotes y con los santos.

(E. Lavisse, *Études sur l'histoire de l'Allemagne*, en la *Revue des Deux Mondes*, 15 de marzo de 1886.)

II.—La decadencia merovingia.

El rey merovingio, que gobernaba la Galia romana, procedía a la vez del rey germánico y del emperador romano. Por eso es interesante investigar a cuál de estos dos personajes debe más. Esta investigación ha dado lugar a la polémica entre *romanistas* y *germanistas*. Los primeros quieren el triunfo del espíritu romano, los segundos el del espíritu germano; pero hay que guardarse de simplificar las cosas de este modo, porque las cosas nunca son sencillas. Cuando se han distinguido en los documentos o los hechos de la historia merovingia tales o cuales elementos romanos o germánicos, no se está autorizado para decir: esto es romano, esto es germánico, y la mezcla ha producido la sociedad merovingia. Método tal olvida alguna cosa, que es la historia, es decir, un encuentro de hechos y circunstancias que producen lo nuevo. Hecha esta salvedad, es cierto que Clodoveo y sus hijos, muy confusamente, sin haberlo deliberado, por la fatalidad de las circunstancias, han seguido unas veces los sentimientos y los hábitos germánicos, otras los errores del poder imperial.

La realeza germánica no era débil hasta el punto de no tener porvenir. Sin duda, el pueblo ventilaba los asuntos corrientes en la aldea o en la centenia, y los más importantes en el *concilium*. El rey no ordenaba la guerra sino después que el pueblo la había dictado; pero un personaje único siempre tiene considerable importancia en un Estado sencillo, en el que no hay idea de las sinecuras, y cuya contribución enteramente primitiva no prevé todas las necesidades. Los germanos no eran sal-

vajes, tenían un derecho que regulaba las relaciones entre los hombres, la observancia de este derecho era la paz, y al rey encargaban de hacer observar el derecho y de asegurar la paz. De esta suerte, le atribuían el alto cargo de protector de su pueblo. Los germanos, por otra parte, obedecían a ese instinto ingenuo que impulsa a los hombres a elevar por cima del común a la persona de su jefe, a fin de explicarse ellos mismos su obediencia, y creían que sus reyes descendían de los dioses. La familia real se mezclaba demasiado con el pueblo, y se la veía demasiado cerca para que el rey fuera objeto de un culto a la manera de los monarcas orientales, y ocurrió más de una vez que se creyera en la posibilidad de prescindir de él. Así los hérulos degollaron un día a sus príncipes e intentaron vivir sin rey; pero se arrepintieron muy pronto, y entonces, no creyendo que les fuera lícito elevar al primer llegado a la dignidad suprema, enviaron embajadores a una isla lejana donde se había establecido una de sus colonias, a fin de que les envíasen un miembro de la familia sagrada. En otros pueblos la augusta persona ha sido frecuentemente maltratada. Los burgundos mataban a su rey en caso de derrota o cuando la cosecha había sido mala, pero ello prueba que le atribuían la facultad de vencer a sus enemigos y a los elementos, como hacen esos labriegos que apedrean la imagen del santo por no haber cuidado de sus mieses. La prueba de que el rey estaba fuera y por encima del derecho común, es que su vida no era estimada, a excepción de una sola ley bárbara, en la tarifa del *wergeld*. Se creía demasiado preciosa para que pudiera compensarse con dinero. El rey ennoblecía, por decirlo así, cuanto tocaba; su favor elevaba al hombre libre sobre sus conciudadanos y aun al esclavo por encima del hombre libre. Ser convidado del rey triplicaba la valía de un individuo. Protector de todo su pueblo, el rey podía conceder protección a personas que de esta manera venían a ser privilegiadas. Su autoridad, aun cuando fuera contradicha y limitada por toda clase de resistencias, no estaba, pues, definida claramente. Mezclábase a ella una

especie de derecho vago que las circunstancias podían hacer temible.

El *princeps* romano no figura como el rey germánico al principio de una historia, su poder es la conclusión de la larga historia de la ciudad romana. En ningún tiempo esa ciudad se ha parecido al pequeño Estado germánico llamado *civitas* por los escritores latinos, que tienen la costumbre de asimilar las instituciones extranjeras a las suyas, aun cuando no sea legítimo hacerlo así. Verdad es que en Germania, lo mismo que en Roma, el punto de partida de la organización política ha sido la familia, pero el tránsito de la familia al Estado se ha verificado muy rápidamente en el estrecho recinto de la ciudad romana, y no se ha terminado jamás entre los campesinos germanos, diseminados en casas aisladas o repartidos en vastas aldeas. El pueblo germánico ha conservado el desorden de una organización incompleta, mientras que en Roma ha reinado la disciplina del *imperium*, es decir, del poder absoluto ejercido por el magistrado en nombre y para bien de la *respublica*. Estos dos términos, en efecto, que el lenguaje moderno opone uno a otro, se completan enteramente, siendo la *respublica* el lugar ideal donde se ejerce el *imperium*. El magistrado romano ha sido en un principio único y vitalicio, y se ha llamado rey. La magistratura se ha repartido después entre los dos cónsules, luego el consulado se ha desmembrado; pero todas las magistraturas derivadas de la realeza han conservado el *imperium*. Finalmente, a consecuencia de las guerras, de la conquista del mundo y de las revoluciones, el magistrado vuelve a ser único y se llama *emperador*. Respetada durante bastante tiempo las viejas formas de la constitución, los magistrados, los comicios, el Senado, luego va haciéndolas desaparecer una tras otra. En él se había realizado la gran síntesis de los diversos poderes cuya existencia simultánea había dado a Roma una especie de libertad política, pero muy diferente de la nuestra, porque jamás había tenido por objeto hacer frente al poder y anularlo.

El emperador se encontró, por tanto, revestido de to-

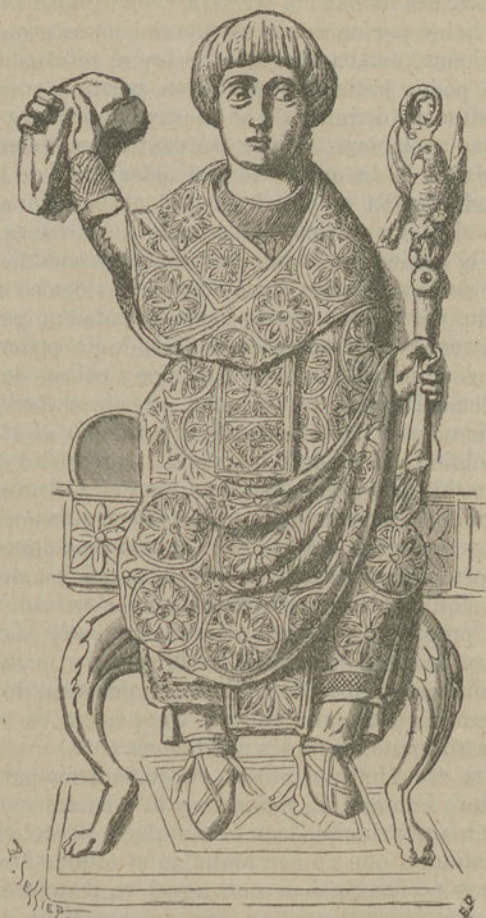


Fig. 6.—El emperador Anastasio con traje consular.

dos los poderes. Tuvo el poder militar. Aun en el fondo de su palacio, se suponía que mandaba y combatía, y, cuando

sus generales lograban triunfos, él vencía. Tuvo el poder legislativo: era llamado la ley viva, *lex animata in terris*, y como la ley personificada es superior a sus propias manifestaciones, estaba fuera de las leyes, *solutus legibus*. Tuvo el poder judicial: juzgaba en persona y no había más sentencia definitiva que la suya, porque a él llegaban las apelaciones contra las sentencias dictadas por sus oficiales. Toda autoridad era delegación de la suya. El mundo estaba administrado por el *palatium*, en el que los diversos oficios, sabiamente distribuidos, se repartían el gobierno central. Del palacio descendía una jerarquía de funcionarios, cada uno de los cuales tenía su cometido, porque el Imperio había inventado o perfeccionado al menos el sistema de la división de poderes. Por último, el emperador es gran pontífice y cabeza de la religión. Personificación de la ciudad, cuya *majestad* y santidad residen en él, ha sido, desde un principio, objeto de un culto público. En el siglo III, cuando la dignidad imperial fue revestida por príncipes que vivían en Oriente, el Imperio tomó el carácter de aquellas monarquías orientales en que el príncipe era un dios. El *princeps* desdeña entonces ostentar los títulos de las viejas magistraturas, no se dice siquiera *imperator*, es el dueño, *dominus*. Es dios por su propia cuenta, *praesens et corporalis deus*. Las gentes se prosternan ante él. Se le adora, y, para recibir estos homenajes, aparece cubierto de púrpura, de seda y oro, y con diadema a la cabeza. Su palacio es sagrado, sagrada su mano, sagrados sus bienes.

Contra este ídolo se sublevó el cristianismo para honra del género humano. El *princeps* y el cristianismo se trataron en un principio como enemigos irreconciliables. Los cristianos, que no comprendían el mundo sin el emperador y no imaginaban que aquel emperador-dios pudiera jamás hacerse cristiano, anunciaban el fin de los siglos e invocaban el juicio final. No obstante, los dos adversarios se aproximaron en el siglo IV, y los dos términos de la antinomia se conciliaron. Pero el emperador, el mismo día en que reconoció a la Iglesia el derecho de existir,

entró en ella como triunfador, siempre revestido de púrpura, de seda y de oro, y con la corona a la cabeza. Su palacio, su cámara, su mano, su tesoro siguen siendo sagrados. Da a la Iglesia sus primeros privilegios, apoya sus preceptos con la fuerza del brazo secular, ordena la celebración del domingo, decreta la supresión del viejo culto pagano que llama *superstitio e idolarum insania*, y el cierre de los templos, so pena de ser castigado por la «espada vengadora»; pero jamás se ha considerado servidor de la Iglesia. Ya no es dios, pero es siempre el jefe de la religión. Cuatro años después del edicto de tolerancia firmado por Constantino, se llama todavía *pontifex maximus*, y aun cuando Graciano haya renunciado al título, el emperador seguirá siendo gran pontífice. Constantino presidió el concilio de Nicea. Hizo, en las proclamas imperiales en que exhorta a sus súbditos a convertirse al cristianismo, los primeros sermones que pronunció un emperador. Le fueron dictados, pero sus sucesores hacían ellos mismos sus sermones, regularmente, como un deber de su oficio imperial. Serán teólogos, unas veces ortodoxos y otras heréticos, pero imponiendo siempre sus creencias. Darán su bendición. El pueblo y los obispos se prosternarán ante ellos. Caminarán escoltados por los turiferarios. Sus imágenes serán santas y aparecerán rodeadas de la aureola. ¡Singular historia la de esa aureola! Sus rayos están tomados de la divinidad de los reyes de Oriente, de la divinidad de la antigua Roma, de la divinidad misma de Cristo y de la santidad de los apóstoles, porque todo se mezcla y se confunde en la persona del *princeps*, y su grandeza es verdaderamente majestuosa, porque refleja a la vez la majestad de la historia profana y la majestad de la historia sagrada.

Rey germano, *princeps* romano, ¡qué diferencias entre estos dos personajes! Y, sin embargo, los reyes merovingios no podían sustraerse a la obligación de representar los dos papeles.

* * *

Han representado el personaje imperial. Habitan un *palatium* que llaman sagrado. Tienen un *consistorium* para ayudarles en el gobierno, una corte y dignatarios, la mayor parte de los cuales ostentan títulos romanos. Promulgan edictos y decretos lo mismo que el emperador. Toman medidas de orden público y mantienen el sistema



Fig. 7.—Anillo de sellar, de oro, descubierta en 1653 en la tumba de Childerico I, padre de Clodoveo. El original fue robado en 1831 del Gabinete numismático de la Biblioteca Nacional de París.

de los impuestos romanos. Están representados en las provincias por oficiales. Jueces supremos, se sientan en el tribunal «para oír y juzgar a todos». Se les califica de «Vuestra Excelencia, Vuestra Serenidad, Vuestra Gloria, Vuestra Magnificencia, Vuestra Sublimidad». Los hagiógrafos les llaman *Augustus* y hablan de su «memoria divina». Ellos mismos dicen que «Dios les ha confiado el encargo de reinar» y que son sus mandatarios.

¿Qué hay de efectivo bajo estas bellas apariencias? Una comparación exacta entre el *palatium* merovingio y el *palatium* romano mostraría que el primero es una baraunda, en tanto el segundo está bien ordenado; que muchos oficios designados con nombres romanos son de origen germánico, y que otros eran desconocidos en la corte imperial; que el *consistorium* franco, cuya composición y atribuciones están mal definidas, se parece solamente en el nombre al *consistorium principis*, en el que todos los asuntos eran discutidos en presencia del emperador por el cuestor del sagrado palacio, que era una especie de ministro de Estado, y por los jefes de los servicios civiles y militares. ¿Y qué comparación cabe entre la administración romana y la administración merovingia? ¿Dónde está la jerarquía de los oficiales? ¿Dónde la separación de los poderes? La principal división administrativa, en tiempo de los merovingios es el condado, y la han encontrado ya hecha, era muy antigua. Al organizar Roma la Galia, había hecho del territorio de cada pueblo galo una *civitas*,

respetando así una clasificación geográfica consagrada por larga tradición. La Iglesia hizo de la *civitas* la diócesis, y los merovingios hicieron el condado; pero confiaron al conde la delegación del poder real entero. El conde fue juez, guardián de la paz general, recaudador que debía rendir todos los años cuentas al tesoro, jefe militar encargado de la recluta y del mando del contingente. Se le exigía mucho más que al funcionario romano, aun cuando no era, con seguridad, tan experimentado. Añádase a esto que la administración se hacía mucho más difícil en el momento mismo que los administradores venían a ser más incapaces. Al régimen de la ley única había sucedido el régimen de las leyes personales, y era preciso que aquel juez juzgase según sus propias leyes al romano, al franco, al burgundo que vivían en su condado. Como recaudador tuvo mucho que hacer con los francos, que no querían pagar el impuesto, y con los romanos, que supieron sustraerse a él en cuanto comenzaron los desórdenes. Como ya no había ejército permanente, fue muy difícil a aquel jefe militar reunir y mandar tropas de hombres a los que el Estado ya no daba víveres, armas ni sueldo. En todos los términos de esta comparación entre el antiguo orden de cosas y el moderno, se habrían de hacer las mismas reflexiones. El rey merovingio es el juez supremo, pero no hay que confiar demasiado en la fórmula solemne que le muestra administrando justicia rodeado «de sus padres los obispos, de sus grandes, de sus referendarios, de sus domésticos, de sus senescales, de sus chambelanes, de sus condes del palacio y de la muchedumbre de sus fieles»; porque buen número de crímenes enormes y públicos se han cometido sin ser castigados, y se ve muchas veces al rey utilizar procedimientos sumarios. En cuanto a las apelaciones, su número quedaba reducido por la costumbre de las pruebas judiciales, de las que no se podía apelar a él, puesto que se creía haber sentenciado el mismo Dios. Por otra parte, la apelación se habría hecho casi imposible por los desórdenes y las guerras civiles. El rey merovingio no es, por tanto, juez en el mis-

mo grado que el emperador. Por último, si es realmente legislador, ¡qué pobre resulta la legislación merovingia!

Aparece sencillísimo que los bárbaros adoptasen las formas antiguas de gobierno, puesto que no tenían idea alguna propia de un gobierno nuevo. Sus súbditos los han llamado dueños, excelencias, serenidades, majestades, sus obispos los han saludado como delegados y representantes de Dios. Siempre gusta oírse decir estas cosas y pronto se comprenden. Encontraron un sistema tributario completamente establecido y muy productivo, natural era que lo conservasen todo el tiempo posible. Por poco versado que se esté en la ciencia política, siempre se sabe aprovecharse del contenido de una caja. Pero los reyes francos no podían darse cuenta de la naturaleza íntima del gobierno romano. No se improvisa el *princeps* de un día a otro. El *princeps* y sus súbditos habían sido formados por una transmisión secular de sentimientos y de ideas que eran cosa enteramente nueva para los merovingios. Estos se dejaron seducir por apariencias, en ellas se envolvieron como se cubrían con vestiduras romanas; pero imagino que el rey Clodoveo, el día que se adornó con las insignias enviadas de Constantinopla, habría producido al emperador el efecto de un torpe aldeano revestido con los ornamentos de los clarísimos. En las formas del gobierno imperial, como envueltos en las vestiduras romanas, los merovingios aparecían endomingados.

Hay, sin embargo, una tradición del gobierno imperial que conservaron. La unión del Estado y de la Iglesia perduró, y aun se hizo más íntima. El rey fue quien eligió los obispos. Las reglas canónicas eran no obstante precisas: el obispo debía ser elegido por el clero y por el pueblo, luego aceptado por el rey, últimamente consagrado por el metropolitano previo el consejo de los obispos de la provincia. Pero los merovingios abusaron del derecho que tenían de aceptar o rechazar la persona del elegido y de este derecho hicieron una fuente de ingresos. «Ya, dice Gregorio, comenzaba a dar fruto esta semilla de iniquidad; el sacerdocio era vendido por los reyes y comprado por los

clérigos». Luego ocurría que el rey, después de haber desaprobadado una elección, designase él al obispo. Otras veces le nombraba sin preocuparse de los electores. Chilperico, por ejemplo, dispuso de sedes episcopales en favor de seglares. La Iglesia no siempre dejaba pasar sin protestas semejantes usurpaciones. Cierta Ermerio, nombrado obispo por Clotario, fue depuesto, después de muerto dicho príncipe, por un concilio provincial que designó para sustituirle a Heraclio. El elegido se presenta al rey Cariberto y le dirige un lindo discurso en que no deja de prometerle un reinado largo y próspero si observa los cánones. «Ah, ¿crees tú, responde Cariberto rechinando los dientes, que los hijos del rey Clotario no sabrán hacer respetar las resoluciones de su padre?» Y manda arrojar a Heraclio a un carro lleno de espinas y que le lleven al destierro, ordena el restablecimiento de Ermerio y castiga con una multa enorme a los Padres del concilio que le han depuesto. Pero las más de las veces la Iglesia se sometía. Ella había dado a los reyes francos aquel poder sobre la Iglesia. Como San Remigio hubiera un día ordenado sacerdote, a ruegos de Clodoveo, a un seglar llamado Claudio, fue censurado por los obispos. «Lo he hecho, respondió, sin que por ello me hayan dado nada, a petición del muy excelente rey, que es el predicador y el defensor de la fe católica. Me escribís que lo ordenado por él no es canónico. Cumplid vuestro elevado sacerdocio... El triunfador de las naciones ha mandado y yo he obedecido». La Iglesia, en efecto, tenía obligaciones demasiado grandes con respecto a los merovingios para no cumplir sus voluntades. Se ha dicho muy bien; sentía por estos príncipes, los únicos reyes bárbaros que eran ortodoxos, la peligrosa ternura de una madre para su hijo único.

Los reyes se sientan en los concilios y los presiden. Un concilio se reunió en Orleans, el último año del reinado de Clodoveo, y los obispos fueron convocados «por su señor, el hijo de la Iglesia católica, el rey Clodoveo». El rey presenta los asuntos a discusión. A las preguntas suyas los obispos responden con decisiones que someten

a «un tan poderoso rey y señor, a fin de que, con su elevada autoridad, las haga obligatorias». Los sucesores de Clodoveo mantienen cuidadosamente los derechos reales en esta materia. Como los obispos del reino de Sigeberto hubieran querido reunirse sin su autorización, el rey se lo prohibió, dado que «no puede celebrarse un concilio en su reino sin su permiso». Y realmente las actas de los concilios consignan, por lo común, la mención del «consentimiento», de «la invitación», de «la orden» del rey.

El rey merovingio tiene, por tanto, gran autoridad en la Iglesia y sobre la Iglesia. La deja en cambio mezclarse en los asuntos del Estado. El obispo ha conservado en la ciudad la elevada situación que le había dejado el Imperio, es en ella un personaje tan importante como el conde, y el acuerdo entre el conde y él tan necesario se ve ya, en tiempo de Gregorio de Tours, que el rey confía al clero y al pueblo la designación de un conde. El obispo, que es el juez de la población clerical, es también en muchos casos juez de los seglares. En primer lugar es el protector de las viudas, de los huérfanos y de los libertos. Luego, la confusión que se establece entre la noción del pecado y la del delito le autoriza a reclamar como de su jurisdicción ciertos delitos. Así los dos órdenes, eclesiástico y civil, se acercan y confunden, y el primero, efecto de su carácter sagrado, adquiere la preeminencia. Un edicto de Clotario II atribuye al obispo una especie de derecho de inspección sobre el conde. Los mismos concilios son requeridos para el servicio del Estado, *pro utilitate regni*. El rey Gontrán quiere que los obispos juzguen su querrela con Sigeberto, más tarde con Brunequilda. Gregorio de Tours lo lamenta: «La fe de la Iglesia no está en peligro, dice, no aparece ninguna herejía». Pero los obispos mismos ponen, entre los asuntos que hay que tratar, algunos de Estado, y juntos aparecen ante los reyes para darles a conocer su opinión acerca de los hechos políticos. En las discordias y en las guerras ofrecen y hacen aceptar su arbitraje.

Uno de los monarcas merovingios quiso llegar a enten-

der en cosas espirituales. Chilperico, habiendo ideado reformar el dogma de la Trinidad, refiere su proyecto y sus razones a Gregorio de Tours. «Y he aquí, dice en conclusión, lo que quiero que creáis tú y los otros doctores de las Iglesias.» Gregorio se defiende, y, como el rey le advierte que se dirigirá a otros más discretos, el obispo dice: «El que aceptase tus proposiciones no sería sabio, sería tonto». En este particular, como es sabido, Gregorio no admitía discusión. Otro obispo, cerca del cual el rey renovó su tentativa, quiso arrancarle de las manos el pergamino en que había escrito su profesión de fe. Chilperico «rechinó los dientes» y calló. Parece, por lo demás, que fue el único teólogo de la familia, ese singular personaje al cual Gregorio castiga con una maldición merecida, pero cuyo carácter nos interesa en sumo grado, porque ha sido el imitador más fiel del gobierno imperial y el discípulo inhábil de la civilización antigua. Escribía *præceptiones* y versos latinos, era filólogo y ordenó que se añadiesen letras al alfabeto. Su teología, su filología, su poesía, sus *præceptiones* se parecen y tienen el mismo valor. Su gobierno cojea lo mismo que sus versos. Parodia a Augusto igual que a Virgilio, y es el prototipo de aquella realeza de imitación que tenía burdas apariencias del esplendor antiguo.

Felizmente, aquellos reyes no eran bastante buenos cristianos para hacerse heréticos. Habían unido inocentemente su fortuna a la de la Iglesia. Hacían de su ortodoxia una especie de dignidad. Los más bárbaros de ellos, verdaderos bandidos, hablan «del interés del catolicismo, *profectus catholicorum*». Proscriben el paganismo en sus leyes, excluyen del Estado a los que están excluidos de la Iglesia. «El que no quiera obedecer a su obispo, dice un decreto de Childeberto, será expulsado de nuestro palacio, y sus bienes se darán a sus sucesores legítimos». Lo cual acaba de mostrar que la Iglesia merovingia es una institución del Estado.

No es de admirar que la tradición romana se haya conservado en este punto, cuando tan rápidamente se ha per-



dido en todo lo demás. El resto, sabia administración, jurisprudencia, artes, letras, era el pasado, y estaba enterrado bajo las ruinas de la civilización antigua. Pero la Iglesia, que sobrevivía a esta ruina, y que los bárbaros encontraban en todas partes viva y poderosa, seguía observando con los reyes los hábitos que había adquirido con los emperadores. Con ello obtenía su provecho, honores, privilegios, el apoyo del brazo secular. Después de haber profesado en sus primeros días, cuando aun estaba imbuída por completo del espíritu del Nuevo Testamento, indiferencia con respecto al poder, había comprendido el valor del concurso que le prestaba. Había respetado el pleno poderío imperial, le había luego comunicado, por decirlo así, a los reyes bárbaros. Iglesia y monarquía, trono y altar, como se dirá más adelante, comenzaron entonces esa alianza íntima que debía persistir durante siglos y que perdura aún entre sus restos.

*
* * *

El rey merovingio ha representado el personaje germánico mejor que el romano, y ciertos actos, cuyas consecuencias fueron considerables, no eran sino los resultados de viejos hábitos a que permaneció fiel.

Los cuatro hijos de Clodoveo se reparten su herencia. Creen hacer la cosa más natural del mundo, y no vemos que hayan sorprendido a nadie. Como no había derecho de primogenitura en las familias reales, todos los príncipes tenían, al nacer, aptitud para reinar, y cuando la costumbre de la elección se hubo perdido, los hijos de un rey sucedieron juntos a su padre. Los francos, aun cuando tuvieran a la vista la indivisible monarquía imperial, se representaron la realeza, no como una magistratura suprema, única y por decirlo así unipersonal, sino como un patrimonio compuesto de derechos, honores y propiedades, muy a propósito para ser repartido. Los hijos de

Clodoveo hicieron, por tanto, cuatro partes iguales de la herencia paterna, y como los repartos se renovaron cada vez que moría un rey, formáronse en la Galia regiones políticas permanentes. La Neustria, la Burgundia y la Austrasia aparecieron las primeras. El territorio de los francos salios estaba comprendido en la Neustria; la Austrasia, en el país de los francos ripuarios; en Burgundia, los burgundos habían quedado después de la victoria de los francos y la muerte de su último rey. Francos de Neustria, francos de Austrasia, burgundos tenían su ley particular. Había, por tanto, razón para que se distinguieran unos de otros. No era la misma la situación de Aquitania, de donde los visigodos habían desaparecido, acudiendo los francos en corto número. La población romana era allí, como en todas partes, incapaz de organizarse. Habituada a la obediencia, habiendo perdido los hábitos de energía, aquella masa humana, en otro tiempo confundida dentro de la unidad imperial, era materia propia para distribuir entre bárbaros. La Aquitania fue, efectivamente, unas veces dividida entre los tres reyes del norte y del este, otras atribuída a uno solo o a dos de ellos, y siguió siendo campo apropiado para expediciones de bandidaje, hasta el día en que los vascones, bajando de las montañas, la dieron su pueblo bárbaro y fuerzas para conquistar la independencia.

Estas regiones vinieron a ser Estados que reclamaban un gobierno particular cuando ocurría que un solo príncipe reinase en toda la monarquía. Así Clotario se vió obligado a dar por rey a los austrasianos a su hijo Dagoberto, y Dagoberto, cuando hubo sucedido a Clotario, fue requerido para que enviase a su hijo Sigeberto, niño como era, para que reinase en Austrasia. Como cada uno de los reyes era soberano absoluto, el Imperio merovingio no tuvo unidad. Fue dividido en trozos, y sabido es que entre estos trozos la guerra era perpetua y atroz. He aquí uno de los resultados de la concepción germánica de la realeza.

De igual modo que no sabían elevarse a la idea abstracta de la realeza, los merovingios no comprendían la

relación entre príncipe y súbdito, entre Estado e individuo. La importancia de la persona del rey, que es carácter distintivo de la antigua constitución germánica, persiste en la Galia merovingia. Es aun mayor en ella, porque resulta singular y no se ha notado bastante lo siguiente: el rey germano primitivo es más un hombre público que el rey merovingio, la *civitas* de Tácito es más un Estado que el reino de Sigeberto o de Chilperico. Sin duda, el rey primitivo no es un ente de razón. Se le elige en la familia privilegiada porque es joven, sano y robusto. A una persona bien determinada se atribuye el cargo de protector del pueblo, y con mayor razón, a una persona efectiva están unidos los *comites*, que combaten a su lado en tiempo de guerra y comen en su mesa en época de paz. Pero no por eso deja de tener el pueblo una vida política regulada por la costumbre. Tiene su lugar y su papel en los tribunales y en las Asambleas, y porque hay pueblo, el rey es un personaje de Estado al propio tiempo que es el patrono de sus clientes particulares. Trasladados al territorio romano, los merovingios tienen que habérselas con una masa de hombres que no son un pueblo. Por otra parte, no saben penetrarse del papel del *princeps* y gobernar como lo hacía el emperador. No han adquirido costumbres nuevas, y entre las antiguas han conservado sobre todo el hábito de las relaciones privadas, que van pronto a sustituir a las relaciones políticas. Así los reyes francos, en el momento mismo en que se establecen en provincias del Estado romano, pierden aquella noción del Estado que los germanos vislumbraban y que han precisado poco a poco en los reinos escandinavos y anglosajones, donde no encontraron los restos de las instituciones romanas.

Sería interesante seguir a través de la historia merovingia las manifestaciones de esa política infantil que ni siquiera sospecha la existencia de los principios más elementales y no comprende más que lo visible, lo tangible, lo concreto. Veríase que es una suerte para un rey ser hermoso. Los francos se sienten orgullosos de la hermo-

sura de Clodoveo y de su cabellera, que en torrentes cae sobre sus hombros. Un viejo débil ya no es digno de reinar. Clodoveo, para excitar al parricidio al hijo del rey de Colonia, le dice: «Tu padre envejece y cojea de un pie



Figs. 8 y 9.—Traje germánico (siglos v al viii), según una miniatura (Lindenschmidt, *Handbuch der deutschen Alterthumskunde: Die Alterthümer der merovingischen Zeit*. Maguncia, 1858, en 4.^o).

enfermo». El rey merovingio no imagina que la paz pueda ser asegurada por instituciones regulares, y si Gontrán pide a los francos que le dejen vivir tres años, es porque su sucesor Childeberto no alcanzará la mayor edad sino en dicho período. Hay, pues, que tener paciencia hasta entonces, porque de otro modo el pueblo, privado

de su protector, perecería. No hay por tanto leyes, no hay Estado, una persona lo sustituye todo. De esta suerte el gobierno no es otra cosa que las relaciones de esa persona con tales y cuales individuos.

El rey merovingio es, propiamente hablando el jefe de una gran clientela, tiene compañeros que viven bajo su mismo techo y comen a su mesa, *contubernales* y *convive*. Rico y gran propietario, da tierras a la Iglesia, las da a todos los que cree capaces de servirle y que son, como dicen los escritores de la época, hombres útiles (*utiles*). Por otra parte, el estado general de las costumbres y de la sociedad, las guerras políticas y particulares, las violencias de toda especie obligan a gran número de pobres gentes a buscar un protector. Uno de los procedimientos más usados era la *recomendación*. Un hombre libre, que no podía defenderse, iba en busca de otro más poderoso que él, pedía con qué vivir y vestirse, y se comprometía en compensación a servir. Su condición venía a ser de *ingenuili ordine servitium*, palabras difíciles de traducir (literalmente significan servidumbre de orden libre) y que muestran cuánto se oscurecía la noción de la libertad. Otros hombres, para poner en seguridad sus bienes, los cedían a una iglesia o a un propietario rico, que se los volvía a entregar a título de *beneficio*. Cambiando así la condición de sus bienes, se disminuía la libertad, se venía a estar obligado a un bienhechor. Ahora bien, es natural que la protección del rey fuera muy buscada, que se hayan encomendado a él las gentes, que le hayan cedido la propiedad de sus tierras para recibirlas de él como beneficio, y así fue como de la masa de los súbditos se separaron grupos de hombres que, con títulos muy diversos, poderosos unos y otros miserables, entraron en relaciones particulares con el príncipe.

Estas relaciones son las que mejor se comprenden en las civilizaciones primitivas. Los reyes merovingios estaban tan bien dispuestos a practicarlas que consideraban a sus condes y a sus duques, no como oficiales a la manera de los gobernadores romanos, sino como servidores

de su persona. Los cargos eran por otra parte una especie de renta; los distribuían como las tierras por liberalidad. En este punto también la relación personal sustituye a la relación política. El súbdito desaparece y cede el puesto a ese nuevo personaje que va a desempeñar tan gran papel y que se llama *hombre del rey, fiel, leudo*.

Coloquemos de nuevo ahora en medio de las circunstancias históricas al rey y a los fieles. La guerra civil empieza con los hijos de Clodoveo y se hace perpetua en tiempo de sus nietos. Todo lo que quedaba de las instituciones romanas se desvanece, ya no hay hacienda del Estado, y el servicio militar, que se ve organizado en la época de los primeros merovingios, ha desaparecido ciertamente en el siglo VII. No quedan, pues, al rey otros medios de gobierno que la fidelidad de sus leudos. Pero ya éstos constituyen una aristocracia temible, en la que se encuentran los convidados del rey, los duques, los condes, los grandes propietarios seculares y los obispos, que son también grandes propietarios y oficiales del rey. Esta aristocracia, cuyo concurso es en todo momento necesario, se mezcla en la vida política y reclama su parte en el gobierno. En tiempo de los nietos de Clodoveo, interviene en todas las circunstancias importantes. Después que Sigeberto es asesinado, los grandes de Austrasia se apoderan de su hijo menor de edad y reinan en su nombre. Después del asesinato de Chilperico, los grandes de Neustria llevan a Fredegunda cerca de Rouen y la arrebatan a su hijo, «prometiéndole que le criarán y educarán con el mayor esmero». Si un rey quiere concertar un tratado, los grandes están presentes y participan en el acto. Si un rey o una reina quieren gobernar sin los grandes o contra ellos, se entabla una lucha a muerte. Brunequilda hiere sin piedad a obispos y leudos, hasta que sucumbe, traicionada, juzgada, condenada por ellos.

Estos conflictos eran tanto más frecuentes cuanto que los derechos recíprocos del rey y de los leudos eran muy inciertos. Cuando el rey daba tierras, no imponía ninguna obligación, pero lo hacía con la idea de que aquéllos

con quienes era ejercida su liberalidad le permanecieran fieles, y se creía con derecho a recuperar lo que había dado en caso de infidelidad. Como era juez de la fidelidad de los suyos y podía ser llevado por capricho o por necesidad a deshacer lo que había hecho, los grandes no se sentían en posesión segura de las tierras reales. Por eso quisieron ponerse a cubierto de las reivindicaciones siempre posibles. Cuando el año 587 Gontrán de Borgoña y Childeberto de Austrasia se encontraron en Andelot para arreglar asuntos comunes, los obispos y los grandes, que habían desempeñado el oficio de mediadores, incluyeron en el tratado el artículo siguiente: «Que todo lo que los dichos reyes han dado a las iglesias o a sus fieles, o quieran dar todavía, sea confirmado con estabilidad». Pocos años más tarde, la aristocracia, después de haber vencido a Brunquilda, hacía que Clotario II consignase en el edicto del año 614: «Todo lo que nuestros padres, los príncipes mis predecesores, han concedido y confirmado, debe ser confirmado». No se decía con ello que las donaciones fueran perpetuas e irrevocables, no se establecía ningún principio nuevo; pero los derechos de los que disfrutaban la posesión de tierras reales eran defendidos por esta doble declaración, y no hay duda de que la facultad que el rey se atribuía de recobrar las donaciones queda limitada por los artículos del tratado de Andelot y del edicto del año 614. Pero este último contenía disposiciones más importantes todavía. La Iglesia hacía confirmar todos sus privilegios, y el rey prometía observar las reglas canónicas y dejar que el pueblo y el clero eligieran a los obispos. Por último, como la aristocracia había de temerlo todo de la violencia o simplemente de la vigilancia y del celo legítimo de los oficiales, si eran elegidos en el *palatium* entre un personal enteramente afecto al rey, hizo decretar que el conde sería elegido entre los habitantes del condado, «a fin, decía el edicto, de que pudiera estar obligado a indemnizar de sus propios bienes lo que hubiera cogido injustamente».

¿Será esta aristocracia, al menos, capaz de gobernar?

¿Se contentará con limitar el poder y participar en los asuntos? ¿Pondrá en ello espíritu político y constancia? Se la creería capaz de hacerlo al leer ese edicto del año 614, que, al ordenar al rey juzgar a cada cual según su ley y no condenar a nadie sin formación de juicio, no establecer ningún tributo nuevo ni cometer ningún acto arbitrario, parece un monumento de sabiduría política comparable a la Carta Magna de Inglaterra. Pero la Constitución inglesa se ha desarrollado en un terreno muy poco extenso y bien preparado por los reyes mismos para hacer fructificar los gérmenes de la Carta Magna. Inglaterra tenía una aristocracia bien establecida, una Iglesia poderosa, ilustrada, organizada, una clase media naciente. El Imperio merovingio era grande y desemejante, la monarquía se enredaba en las tradiciones romanas y en las tradiciones germánicas, la aristocracia completaba su fortuna arruinando y confiscando la libertad de los pequeños. Las ciudades antiguas se iban perdiendo y no aparecían otras nuevas, la Iglesia no tenía disciplina ni costumbres. El documento del año 614, que parece inaugurar un orden nuevo, no es sino el comienzo del caos.

La aristocracia franca no deseaba seguir siendo el gran Consejo común de la monarquía. Lejos de querer mantener la unidad, ella exige la organización de gobiernos para la Neustria, la Austrasia y la Borgoña. Ella hace irremediable la división en tres reinos y más violentas las antipatías que comienzan a manifestarse entre ellos, ella interviene con todas sus fuerzas en las guerras civiles y acaba la dislocación del imperio. Prepara al mismo tiempo la dislocación de los tres reinos, en los que se forman circunscripciones territoriales que son casi señoríos, porque todos los que viven en los dominios de los grandes o de la Iglesia, y que en grados diversos han enajenado su libertad personal, constituyen una comunidad aparte, cuya cabeza es el propietario. Ya los documentos públicos y las fórmulas reconocen la existencia de estos grupos. En aquella penuria de nociones políticas y en aquel desorden general, lo único claro y preciso es el derecho del

dueño sobre los que alimenta y protege. Los reyes mismos obedecen al instinto que lleva a aquella sociedad a sustituir en todas partes las relaciones particulares a las públicas. En la época romana, ciertas clases de personas tenían la inmunidad, es decir, no pagaban impuesto. Los merovingios distribuyen estas inmunidades, pero las aplican a un territorio, y su resultado es prohibir que ningún oficial público penetre en él, administre justicia y ejerza los derechos del fisco sobre los habitantes. El rey, es verdad, no abdicaba de su soberanía por estas concesiones, y la inmunidad merovingia no era más que la atribución de las rentas reales a un propietario, pero daba a éste el medio de ser algún día juez y soberano.

En este Imperio dividido en reinos enemigos, en estos reinos divididos en señoríos nacies, ¿qué queda al rey? Cuando se le ha privado del derecho de instituir los obispos y, por decirlo así, se ha separado la Iglesia del Estado, se le ha quitado la única fuerza que asumiera a imitación del príncipe romano. Cuando se le ha obligado a elegir el conde entre los propietarios del condado, ha dejado de disponer del cargo, que iba a ir a parar por la fuerza de las cosas a la familia más poderosa del condado. Queda al rey su título y el respeto que su raza inspira. La dinastía seguirá protegida durante mucho tiempo por estas fuerzas ideales; pero su única fuerza efectiva es el apoyo de los fieles. Tomar al rey un fiel, es cogerle un consejero y un soldado. Por eso los reyes intentan defenderse contra estos atentados y se lee en el tratado de Andelot esta disposición significativa: «Que ninguno de los dos reyes solicite a los leudos del otro para que vengan a su lado ni los acepte si espontáneamente llegan». Pero compromiso tal no podía ser respetado en la guerra civil, y la guerra civil perpetua era una ocasión para los leudos de conceder su fidelidad al que mejor la pagase. Era preciso que el príncipe distribuyera sin cesar nuevos favores. La donación, una vez hecha, era considerada irrevocable por el que la recibía y la vaga condición de fidelidad se olvidaba pronto. Quitar lo dado a éste para pasárselo a

aquél, era crearse un enemigo seguro para adquirir un amigo dudoso. Había, pues, que dar, dar siempre hasta arruinarse. Eso hicieron los merovingios y la ruina vino. Era la conclusión fatal. Si se desechan las teorías, las de los romanistas igual que las de los germanistas, si se despoja a los hechos de esa poesía dramática que les da la historia para considerarlos *in abstracto*, cabe explicar en pocas palabras los destinos de la primera dinastía franca: el rey merovingio, al principio, es un advenedizo que dispone de rico tesoro de bienes y honores, no ha encontrado otra política sino gastar ese tesoro día tras día, y así había de concluir y ha concluído en la bancarrota.

E. Lavisse, *Études sur l'histoire d'Allemagne*, en la *Revue des Deux Mondes*, 15 de diciembre de 1885.

III. — Historia poética de los merovingios.

«Todos los pueblos tienen relatos épicos, es decir, recuerdos históricos idealizados». Los bárbaros de Germania, en la época de Tácito, celebraban sus derrotas, sus victorias y las hazañas de sus grandes hombres. Casiodoro habla de los cantos nacionales de los godos. El héroe por excelencia del pueblo godo, Teodorico, ha ocupado en la literatura épica de la Edad Media, con el nombre de Dietrich von Bern, puesto de honor. Paulo Diácono refiere piadosamente las tradiciones poéticas de los lombardos. Las leyendas de los vándalos y de los frisones, que no han tenido cronista, y de los anglosajones, cuyo cronista Beda se ha mostrado hostil a los recuerdos profanos, han perecido; pero Widukind, en el siglo décimo, recogió la sustancia de las viejas canciones sajonas, y Saxo Grammaticus, en el doce, escribió la historia primitiva de Dinamarca con trozos de poemas escandinavos. Que los francos hayan poseído también una especie de Romance-

ro de sus destinos nacionales es, *à priori*, muy probable. Carlomagno, según dice Eginhardo, ordenó consignar por escrito las viejas canciones bárbaras de su pueblo, *barbara et antiquissima carmina*. Esta colección imperial desapareció desgraciadamente muy pronto; pero los cronistas de los francos merovingios, Gregorio de Tours, Fredegario y el monje neustriano autor del *Liber historiae*, han tenido, como los de la mayor parte de las restantes naciones bárbaras, que hacer entrar en la trama de sus libros algunos de estos viejos y poéticos relatos perdidos para siempre...

Gregorio de Tours, según M. Kurth, ha tomado de los recuerdos de los francos con parsimonia y con repugnancia. Aun cuando muy ignorante, se había efectivamente rozado con la literatura clásica, era además cristiano y hacía, por último, las cosas a conciencia. Tres razones para que la crudeza de mal gusto, la tosquedad y la inverosimilitud de las tradiciones germánicas le impidieran amarlas. Añadid a esto que, no conociendo el idioma franco, no pudo nunca leerlas más que en versiones galo-romanas. Gregorio no se resignó nunca a recurrir a los relatos de los bárbaros sino a falta de fuentes más seguras, y siempre se reservó el derecho de arreglarlos. Los resume, quitando del relato legendario los pormenores episódicos, los adornos, las hipérboles, es decir, todo lo que les daba perfume y colorido. La historia tan conocida del destierro de Childerico a Turingia proporciona un ejemplo excelente de estas simplificaciones voluntarias. «Childerico, cuenta Gregorio, forzaba a las hijas de los francos y no se libró de la cólera de éstos sino huyendo. Antes de desterrarse tuvo cuidado de partir una moneda de oro con uno de sus fieles, que prometió avisarle cuando hubiera llegado el momento de volver. Los francos eligieron por jefe a Egidio, general romano, y esto duró ocho años. Trascorrido este tiempo, el fiel de Childerico había logrado en secreto reconciliar al pueblo con la memoria de su rey, *pacatis occulte Francis*, y envió al desterrado la señal convenida. Y Childerico fue restaurado». Si con

esta narración sumaria, descarnada, se comparan los relatos correspondientes de Fredegario y del *Liber historiae*, se acusa muy claramente el método favorito del obispo de Tours. Fredegario y el monje neustriano, tratando de completar independientemente uno de otro, con ayuda de la tradición popular que persistía en su tiempo, la anécdota abreviada por Gregorio, saben ambos el nombre del leudo fiel, que era Wiomad. Los artificios de Wiomad para reconciliar a los francos con su señor eran el asunto de la canción bárbara referente al destierro de Childerico. Fredegario y el *Liber historiae* los refieren con complacencia, pero son a la vez tan complicados y tan ingenuos esos artificios, que se ve muy bien a qué ha obedecido Gregorio, un poco extrañado, al resumirlos en estas palabras: «*pacatis occulte Francis*».

Las exploraciones más minuciosas que se hagan en la Crónica de Gregorio de Tours no permitirán descubrir más que esqueletos de canciones francas o galo-francas, documentos revestidos como hechos históricos y tan bien disfrazados que nadie, durante mucho tiempo, ha sospechado su naturaleza. Fredegario y el autor del *Liber historiae*, por el contrario, muy crédulos, muy ignorantes, no eran capaces de hacer la crítica de las fuentes que utilizaban. Sin embargo, no se podría juzgar con conocimiento de causa la epopeya merovingia por lo que de ella han conservado. Su pureza de espíritu les ha impedido aprovechar los recursos que la poesía popular les hubiera ofrecido abundantemente. Han limitado su ambición a copiar las antiguas crónicas. Si han intercalado en sus compilaciones algunos relatos populares ha sido por excepción y para suplir la extrema brevedad de Gregorio, cuyos motivos no se explicaban. Por otra parte, el lenguaje original de las canciones francas no les era tampoco familiar. El historiador de los lombardos, Paulo Diácono, era lombardo. Todos los historiadores de los francos han sido *romani*...

Restaurar en estas condiciones el ciclo de la epopeya franca, la «historia poética de los merovingios», es em-

presa muy peligrosa. ¿Es posible distinguir en el texto de Gregorio de Tours y de sus continuadores el poema desfigurado del se dice o de la simple leyenda que no han sufrido jamás elaboración épica? ¿Por qué señales? ¿Mediante qué reactivos? El aspecto más o menos poético de la narración no proporciona, desde este punto de vista, indicaciones seguras, porque, entre las anécdotas de Gregorio que parecen a primera vista llevar el sello de la poesía popular —tal la historia del vaso de Soissons, la del martillazo en el momento que Clodoveo pone los cimientos de la iglesia de los Santos Apóstoles—, unas, de procedencia hagiográfica, deben todo su brillo a las flores de la retórica clerical, y toda la poesía de las otras está en el simple enunciado de sucesos reales que han tenido lugar en tiempos en que la realidad no era vulgar. Por el contrario, cuando los cronistas resumen muy probablemente canciones arcaicas, lo hacen a veces en términos muy llanos: «Wiomad, dice Fredegario (III, 11), era el más fiel de todos los francos a Childerico, había logrado salvarle cuando los hunos le condujeron cautivo a él y a su madre...» Ciertamente, la frase no tiene colorido, pero basta para persuadir de que los francos, como también otras naciones germánicas, tenían un tesoro de tradiciones relativas a las invasiones del temible rey de los hunos, el Atila del *Nibelungenlied*, y de que la juventud de Childerico fue objeto de cantos muy antiguos, todavía populares en el siglo VI, que celebraban las estratagemas del ingenioso Wiomad para procurar la evasión del príncipe salio y de su madre. Compárense con los «poemas de evasión» del *Heldenbuch* de los pueblos alemanes, la evasión de Walther y de Hildegunda, rehenes en poder de Atila, en el Waltharius de Ekkehard, etc.— M. Kurth, que ha emprendido la tarea difícil de discernir en las crónicas merovingias los vestigios de la epopeya popular de los francos merovingios, se ha equivocado sin duda muchas veces. Algunas de sus hipótesis y de sus conclusiones tienen muy poca base; pero su tesis fundamental no es absurda, y su libro, siempre

que se lea con discernimiento, resulta ingenioso, instructivo...

Faramundo no debe su título y su fama de primer rey de los francos más que al error de un monje neustriano que escribía el año 727, en el monasterio de Saint-Denis, una crónica llena de fábulas. La historia de Clodion, de Meroveo, se pierde en la oscuridad. Childerico es el más antiguo príncipe de los salios que seguramente ha excitado la vena poética de su pueblo. Hemos hablado ya de dos canciones que le fueron consagradas, acerca de su cautiverio entre los hunos, respecto a su indisposición y reconciliación con los suyos. Una tercera celebraba su casamiento con Basina y las visiones proféticas de su noche de bodas. La reina Basina de Turingia, que abandona a su marido para unirse a Childerico, y que, interrogada por éste acerca del motivo de su venida, responde crudamente: «Es porque sé lo que vales. Si hubiera creído que había, aun al otro lado del mar, alguien más hombre que tú, a él me habría entregado», esa reina Basina es el prototipo de las heroínas de nuestras canciones de gesta, tan prontas a arrojarse en los brazos de los caballeros de su elección. — Después de Childerico, Clodoveo. Más todavía que sus guerras, los amores de Clodoveo han producido en la imaginación popular honda impresión. La historia de la reina Clotilde, sustraída a las persecuciones de su tío Gundebaldo por los emisarios del rey de los francos, que se casa con ella y la vengó, es una verdadera «leyenda nupcial» del tipo de las de los *sagas*. Se basa sin duda en algunos datos positivos, pero ha sido influida por las aventuras de Santa Radegunda (tan conformes con las que los contemporáneos de esta santa han atribuido a Clotilde), y finalmente estilizada. — La fortuna poética de Teodorico o Thierry de Austrasia, hijo mayor de Clodoveo, cuya actividad se empleó más bien en territorio alemán, ha sido excepcional. Los anglo-sajones del siglo VII, los sajones continentales del X, le tenían por uno de los héroes más famosos de la epopeya germánica. Con el nombre de *Hug-Dietrich* (Teodorico el

Hugo, es decir, el Franco) (1), el hijo de Clodoveo ha gozado en Alemania, en la Edad Media, una reputación apenas menor a la de su ilustre homónimo, Teodorico, rey de los ostrogodos. Su victoria en Frisia sobre los normandos de Hygelac, sus terribles guerras de Turingia contra el rey Hermanfried, fueron el tema de cantos anglo-sajones y sajones que se han conservado, y en el admirable relato que de estos acontecimientos hace Gregorio de Tours (III, 4, 7 y 8), se siente, por decirlo así, palpitar confusamente las alas de la leyenda aprisionada. Pero Gregorio no se interesa gran cosa por los austrasianos. Del ciclo de las canciones relativas a Teodorico y a su hijo, aquel joven y caballeresco Teodeberto de hermosura real, el *Wolf-Dietrich*, el rey *Ortnit* de los narradores del



Fig. 10. Moneda de Teodeberto.

otro lado del Rhin, nada o casi nada ha querido saber. Ha condenado de esta suerte a la posteridad a conjeturar su existencia. Fredegunda y Brunequilda son figuras de gran relieve. Nadie duda que la imaginación popular ha enmendado y embellecido su biografía. Pero Fredegunda y Brunequilda vivieron en plena luz histórica. No poseemos nada de su «historia poética», tenemos su historia. Y vale mucho más. No exageremos, en efecto, los méritos de la epopeya bárbara. Esa poesía épica, «cuyo inmenso hogar, según M. Kurth, ardía en el seno de la raza germánica, proyectando hasta las más lejanas chozas las sombras gigantes de los héroes», esa poesía épica, demasiado rica en episodios convencionales y en enumeraciones genealógicas, a juzgar por los monumentos escandinavos, parecería

(1) Los bárbaros del Norte daban a los francos el nombre de *Hugas*.

sin duda bastante fría hoy, y singularmente inferior, en todo caso a las descripciones y retratos del natural de un testigo sincero, clarividente, tal como Gregorio de Tours. Los *Relatos merovingios* de Agustín Thierry no comienzan sino con los hijos de Clotario, porque, sobre todo a partir del advenimiento de los hijos de Clotario, Gregorio, habiendo visto directamente las cosas y las gentes de que habla, es preciso y animado. ¡Cuántas canciones estilizadas acerca de Childerico y de Clodoveo no se darían por otra *Historia Francorum*, escrita por San Remigio!

Fredegunda, Brunequilda, Clotario II, Dagoberto son, en las crónicas merovingias, personajes fundamentalmente históricos, demasiado próximos a los narradores para que éstos hayan podido considerarlos a la distancia que supone la epopeya. Se recogen, no obstante, con razón todos los indicios que tienden a determinar que las canciones y las leyendas épicas no han sido menos abundantes, en el país de los francos, en el siglo VII que en el VI. Es que la epopeya carolingia, cuyos destinos en la Edad Media fueron tan brillantes, no es «una de esas plantas extrañas que nacen en una noche en un lugar vacío, sino que ha sido determinada y preparada por vegetaciones poderosas, arraigadas desde largo tiempo en el suelo». La epopeya carolingia deriva de la epopeya merovingia y en particular de las leyendas galo-francas, perdidas, cuyo Carlomagno era Dagoberto. Faron, obispo de Meaux, aparece como el Turpín de Clotario II. La *Vida de San Kilian* dice expresamente que, acerca de la guerra de Dagoberto, hijo de Clotario II, con los sajones, se hicieron canciones en lengua romance vulgar, y algunos trozos de esas canciones se han conservado en poemas bastante posteriores, relativos a las empresas de Carlomagno en Sajonia. Una calaverada de la juventud de Dagoberto (que insultó, cortándole la barba, a su preceptor Sadregisilo) fue relatada en un poema cuyo eco ha llegado hasta la canción de *Flovent*, escrita en el siglo XII. — «El año catorce del reinado de Dagoberto, dice Fredegario, los vascones se sublevaron. El rey puso un ejército en campaña al

mando de un referendario y de once duques. La expedición habría sido dichosa si el duque Hariberto no se hubiera dejado sorprender y acabar con los suyos, a la vuelta, en el valle del Soule...» Es muy probable que este desastre del val de Soule haya dado asunto para una cantilena, prototipo de la que se consagró, después del año 778, a los doce pares de Roncesvalles. — Por último, el continuador de Fredegario dice que, el año 642, los de Maguncia fueron causa, por su traición, de la derrota del rey Sigeberto a orillas de Unstrut, de donde el acto de Maguncia, la actitud de los traidores, ha salido, sin duda, más tarde. — Roldán y Ganelón, Hariberto y los maguntinos del Unstrut, la comparación es fácil y se ha hecho más de una vez. «Antes de Carlomagno, muchos otros han vivido y fueron celebrados que perdieron su brillo poético cuando el emperador y su corte vinieron a ser el centro de todos los recuerdos heroicos y nacionales». Carlomagno heredó a Carlos Martel, que había heredado a Dagoberto, el que, a su vez, había recogido la herencia de Clodoveo, y éste de muchos otros. — He aquí los orígenes más remotos de la epopeya franca, el tallo, si no las raíces de esa hermosa flor abierta, la *Chanson de Roland*, en que se resume el esfuerzo épico acumulado de diez generaciones, germánicas y románicas.

Ch-V. Langlois, publicado en el *Journal des Débats* del 5 de mayo de 1893.

CAPÍTULO III

Imperio Romano de Oriente.

PROGRAMA. — *Justiniano, costumbres bizantinas, la Corte, las leyes, la iglesia de Santa Sofía.*

BIBLIOGRAFÍA

La mejor **Historia general del Imperio bizantino** ha sido, durante mucho tiempo, la de E. Gibbon, *The history of the Decline and Fall of the roman Empire*, que, desde fines del siglo XVIII se ha reeditado y traducido con frecuencia. Se leerá con preferencia la excelente obra de J. B. Bury, *A history of the later roman Empire from Arcadius to Irene*, London, 1889, 2 vols. en 8.º, o la de G. F. Hertzberg, *Geschichte der Byzantiner*, Berlín, 1883, en 8.º

Citemos, entre las monografías importantes y fáciles de conseguir: Ch. Diehl, *Etudes sur l'administration byzantine dans l'exarchat de Ravenne (568 751)*, París, 1888; L. Drapeyron, *L'empereur Héraclius et l'empire byzantin au VII^e siècle*, París, 1869; — A. Gasquet, *L'empire byzantin et la monarchie franque*, París, 1888; — G. Schlumberger, *Un empereur byzantin du X^e siècle, Nicéphore Phocas*, París, 1890; — A. Rambaud, *L'empire grec au X^e siècle, Constantin Porphyrogénète*, París, 1870; — C. Neumann, *Die Weltstellung des byzantinischen Reiches vor den Kreuzzügen*, Leipzig, 1894.

Acerca de la obra jurídica de Justiniano y el **derecho bi-**

zantino, véase P. Krueger, *Histoire des sources du droit romain*, París, 1894 (traducida del alemán).

Respecto a **las costumbres y los monumentos de Bizancio**, véanse, en la *Revue des Deux Mondes*, los artículos de M. R. Rambaud (*L'Hippodrome à Constantinople*, 15 de agosto de 1871; *Empereurs et impératrices d'Orient*, 15 de enero y 15 de febrero de 1891); — J. Labarte, *Le palais impérial de Constantinople et ses abords*, París, 1861; — Ch. Bayet, *L'art byzantin*, París, 1883; — N. Kondakoff, *Histoire de l'art byzantin considéré principalement dans les miniatures*, París, 1886-1891, 2 tomos.

La inmensa **literatura bizantina** ha sido, por decirlo así, revelada al público ilustrado por la excelente *Geschichte der byzantinischen Litteratur* de K. Krumbacher (München, 1891). Véase la *Revue des Deux Mondes*, 15 de marzo de 1892.

Un resumen de la **historia de los eslavos, de los lituanos y de los húngaros**, desde los orígenes hasta fines del siglo XIII, hecho por E. Denis, se contiene en la *Histoire générale du IV^e siècle à nos jours*, tomo I (1893), págs. 688-741, y tomo II (1893), págs. 745-796.

I.—Constantinopla y el Imperio bizantino.

Todas las razas de la Europa oriental se encontraban representadas en los países que confinaban con el Imperio griego: la raza latina y aun la raza germánica por los italianos y los dálmatas; la raza árabe en Sicilia, en Creta, en Oriente; la raza armenia por el reino pagratida y los principados feudatarios; las razas turcas y uralianas por los búlgaros del Volga, los uzos, los petchenegos, los khazares, los magiares; la raza eslava por los rusos, los búlgaros danubianos, los serbios, los croatas.

Entre los súbditos mismos del Imperio griego, en el corazón de sus provincias, estas distintas razas tenían numerosos representantes. La raza latina se veía representada por los valacos del Pindo y del Balkán; la árabe, por los prisioneros bautizados; la armenia, por los colonos de los temos de Tracia, de Macedonia, Anatólico y Tracesiano; la turca, por las colonias del Vardar y de la Ocrida; la eslava, por los milingos, los ezeritas, los opsicianos, etc.

No inquietaban demasiado al Imperio griego estas infiltraciones de las razas bárbaras. Todos aquellos elementos extraños que penetraban en su economía íntima, trataba de asimilárselos. Lejos de excluirles de la república, les abría su ejército, su corte, su administración, su iglesia. A aquellos árabes, a aquellos eslavos, turcos, armenios pedía soldados, generales, magistrados, patriarcas, emperadores. Trataba de remozarse con lo que había de juvenil en aquel mundo bárbaro. La cuestión de nacionalidad era para él muy secundaria. El Imperio griego de Oriente era, como la monarquía pontificia de Roma, no un Estado constituido por tal o cual nación, por esta o la otra raza humana, sino una institución patrimonio común del género humano. La Santa Jerarquía bizantina, como el Sacro Colegio de los cardenales romanos, se reclutaba entre las notabilidades del mundo entero. De igual modo que en la Edad Media se vieron Papas italianos, franceses, ingleses, alemanes, españoles, así hubo *basileus* armenios, isaúricos, eslavos, con tanta frecuencia como bizantinos. Poco importaba el idioma o la raza, bastaba estar bautizado. El bautismo abría al neófito bárbaro las puertas del Estado al mismo tiempo que las de la Iglesia.

En los ejércitos de Justiniano hay antos, eslavos, godos, hérulos, vándalos, lombardos, armenios, persas, moros, hunos. Combaten en Italia, en España, en Africa, en Egipto, en el Danubio y en el Eufrates. Reclutados en todos los países, se les envía a morir a todos los climas.— Mediante el valor y el genio de sus soldados, estrategas, emperadores bárbaros, la sociedad griega resistió las invasiones bárbaras. Los nombres militares más grandes de la historia bizantina no son nombres griegos.

* * *



Pero hay sobre todo dos razas cuyo influjo en las provincias, en los ejércitos, en la corte fue preponderante. Ambas tuvieron la honra de verse representadas en el trono: la raza eslava y la raza armenia.

Acerca del origen eslavo de la dinastía de Justino I no parece haber dudas. Los nombres Istok, Beglenica, Upravda, que fueron, antes de la elevación de esta familia al Imperio, los de Sabbatius, Vigilantia y su hijo Justiniano, son prueba bastante concluyente acerca del origen de aquellos aldeanos de Bederiana. No olvidemos que colonias eslavas, desde la época de Constantino el Grande, habían sido establecidas en la Tracia.

La Armenia, más pobre que los países eslavos, era más abundante también en aventureros. De Caldea, de la Georgia, de la Persia-Armenia, de la Armenia propia, una nube de soldados de fortuna corrían al asalto de los grados militares, de las dignidades aúlicas, del mismo Imperio bizantino. La primera dinastía armenia fue fundada por León V. Después del asesinato del semiarmenio Miguel III, Basilio fundó una dinastía enteramente armenia que duró cerca de dos siglos (867-1056). Hubo, durante el siglo x, tres interrupciones no más en la sucesión legítima, tres tutores de Porfirogenetos en minoría de edad, tres invasores de sus tronos: Lecapeno, Focas, Zimisceo. Los tres eran armenios.

* * *

El Imperio bizantino puede apenas llamarse Imperio griego.

La unidad que le negaba su constitución etnográfica la buscó en la administración, en la religión, en la creación de una literatura que le fue propia.

A la vez idioma administrativo, de la Iglesia, de la literatura, el griego tenía falsa apariencia de idioma nacional.

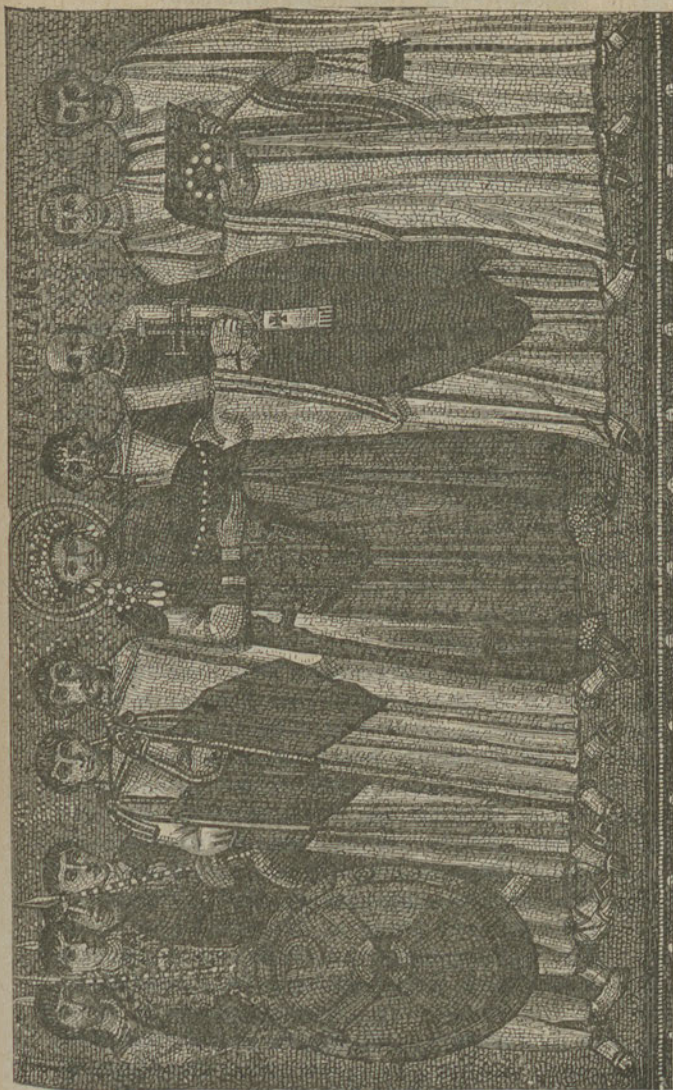


Fig. 11.—El emperador Justiniano y su corte (mosaico de San Vitale, de Ravena).

Ahora bien, el centro administrativo, el centro religioso, el centro literario del Imperio fue Constantinopla.

Como capital, su situación es única. He aquí un Imperio dividido en dos partes casi iguales: de un lado, la Península ilírica y las provincias europeas; de otro, la Península anatólica y las provincias de Asia. Hay en este Imperio un dualismo fatal. En sus provincias de Occidente, influjo italiano, eslavo, germano; en sus provincias de Oriente, influjo árabe, armenio. Suponed que Constantinopla no existe, que no hay en el Bósforo más que la pequeña Bizancio anterior a Severo, y cada una de estas dos mitades se dejará llevar de su tendencia dominante; aquí todo el Oriente, allá todo el Occidente.

Pero en el encuentro de los dos continentes se alza Constantinopla. No pertenece a Asia ni a Europa. Bizancio en la costa europea, Escutari en la asiática, son una sola y misma ciudad. No es una ciudad común, sino una inmensa capital, superior en población a la vieja Roma, de un poder de atracción enorme. Las provincias asiáticas ya no pueden volverse a Oriente, las provincias de Europa a Occidente, son atraídas hacia Constantinopla.

Entre las dos penínsulas, se halla colocada como un germen vivo entre dos cotiledones. Esos elementos tan desemejantes de las provincias de Asia y de las de Europa, ella se los asimila, los elabora y los transforma. A su seno acuden de Occidente aventureros dálmatas, griegos, tracios, eslavos, italianos; de Oriente, aventureros isáuricos, frigios, armenios, caucasianos, árabes. En poco tiempo los hace griegos. Olvidan sus idiomas bárbaros para aprender la delicada lengua griega; sus supersticiones odónicas, helénicas, musulmanas, ceden el puesto a una ardiente y refinada ortodoxia. Bizancio los recibe incultos y salvajes y los devuelve a la inmensa circulación de Europa ilustrados, sabios, teólogos, hábiles administradores, dóciles funcionarios. De un campesino de Bederiana hace un Justiniano; del hijo de un palafrenero de Frigia, el sabio Teófilo; de un aventurero macedonio, el gran emperador Basilio; del eslavo Nicetas, un patriarca.

La corte y la ciudad contribuían a esta transformación. Aquella corte era la más vieja de Europa, de ceremonial antiguo, respetable, exigente, minucioso, excelente disciplina para los bárbaros. Era al mismo tiempo un centro de ciencia administrativa y diplomática, de ingenio, de intrigas y de luchas, de actividad buena o mala, donde el más bárbaro se refinaba a simple vista.

En Constantinopla, los bárbaros se hallaban en contacto con la masa griega más compacta del Imperio, con una población apasionada por la ortodoxia, de delicadeza ateniense en materia de lenguaje, donde se encontraba reunido el mayor número de teólogos, de gentes de letras y de artistas que pudiera hallarse en ciudad alguna de la cristiandad.

Santa Sofía y sus esplendores artísticos y litúrgicos, el Sacro Palacio y sus intrigas, el Hipódromo y sus pasiones, he aquí los tres centros de educación de todo bárbaro que iba a hacerse bizantino.

Bizancio hacía el Imperio y, en caso preciso, lo rehacía. A veces era todo el Imperio.

En tiempos de Romano Lecapeno y de Simeón, era casi todo lo que quedaba a la monarquía de sus provincias europeas. En tiempo de los Heráclidas, en el de los Comnenos, era casi todo lo que le quedaba de sus provincias de Asia. Pero cuando llegaba ocasión favorable, reaccionaba aquí contra los búlgaros, allá contra los árabes, contra los seldjuicidas. Por su política, creaba otra vez el Imperio, tan pronto al este como al oeste del Bósforo. En tanto no sucumbiera aquella prodigiosa fortaleza de Constantinopla, no se había hecho nada; la monarquía quedaba en pie, el Eufrates y el Danubio podían ser otra vez fronteras. Cuando al fin los otomanos se hubieron apoderado de todo, Constantinopla constituyó ella sola todo el Estado. Bizancio sobrevivió cerca de un siglo al Imperio bizantino.

¿Cómo se llama ese Imperio en la historia? ¿Imperio romano? Ya no había romanos. ¿Imperio griego? Había en sus confines cosa muy distinta a los griegos. Se llama

Imperio bizantino. Todo un Imperio parecía no ser más que los arrabales de aquella ciudad extraordinaria. Lo mismo que en las pequeñas repúblicas de la antigüedad, una misma palabra servía para designar la ciudad y su territorio: Πόλις. Para los chinos de la Edad Media, la monarquía de Constantino no es ya el *Thsin*, es decir, el Imperio, sino el *Fu-lin*, la Ciudad.

A. Rambaud, *L'Empire grec au X^e siècle*, París, Franck-Vieweg, 1870.

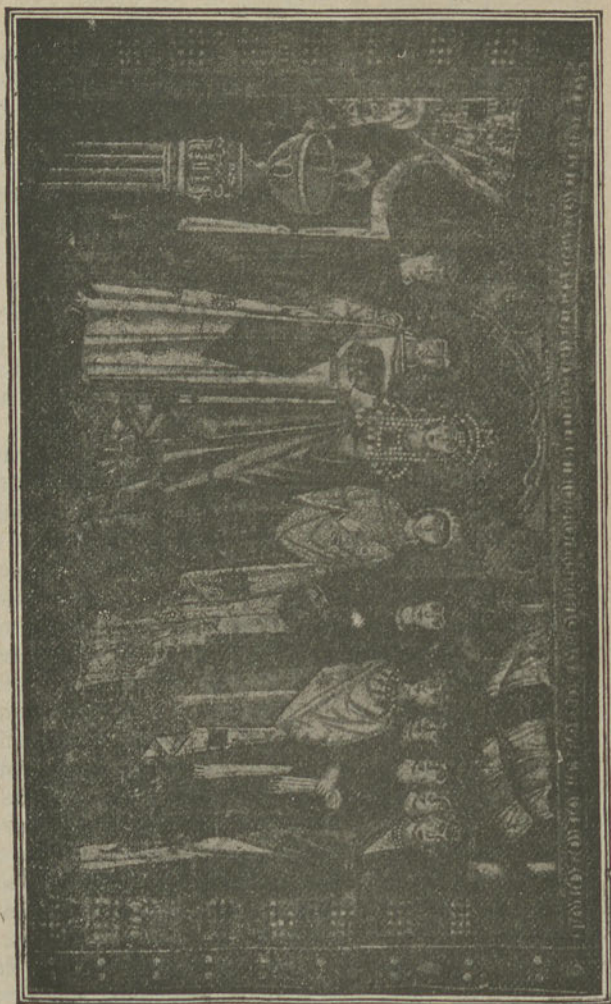
II.—Formación y expansión del arte bizantino.

Es un hecho indudable que el arte bizantino procede en parte del arte antiguo. El poder de las tradiciones ha sido siempre grande en el Oriente helénico. Hoy todavía, las viejas leyendas mitológicas no han desaparecido de las campiñas de Grecia. A cada momento, en los relatos, en las canciones, en los usos de la vida popular, revive el recuerdo de las divinidades del Olimpo. Algunas se han confundido con los santos de la religión nueva; pero debajo de esta fisonomía prestada se perciben sus rasgos medio borrados. Esa fidelidad a las tradiciones debió encontrar su puesto en las cosas del arte. Cuando los artistas bizantinos crearon un estilo nuevo, su espíritu estaba lleno de los recuerdos del pasado, vivían en medio de sus obras ¿Podían sustraerse al influjo de modelos de tan penetrante belleza? ¿Eran incapaces de saborear su encanto? Los monumentos prueban, por el contrario, que supieron comprenderlos y que no se apartaron de algunos de los principios esenciales que habían dirigido la marcha del arte antiguo. Como sus predecesores de la buena época griega, buscaron la grandeza y la armonía en el orden de las composiciones, la nobleza de las actitudes, la belle-

za de ciertos tipos, la elegancia de los paños. Sin duda no tratamos de hacer comparaciones, y si por algunas excelencias las obras bizantinas hacen pensar en los monumentos antiguos, de ellos las apartan muchos defectos. Los artistas bizantinos exageran la simetría de sus composiciones, tienen menos flexibilidad y delicadeza, una concepción menos fácil y menos viva de lo bello. No importa, han aplicado todavía algunas de las reglas principales de la estética antigua, y eso sólo basta para dar a sus producciones singular valor.

Pero con estos elementos de origen griego se han mezclado otros influjos, algunos de los cuales procedían del lejano Oriente. Entre sus más hermosas posesiones, contaba entonces el Imperio de Oriente las ricas provincias de la Siria, que formaban como una zona intermedia respecto al Asia central y Grecia. Por su misma situación, Constantinopla se unía a estos países, gran parte de las gentes que la habitaban procedían de ellos, y las costumbres, las artes debían resentirse de este hecho. Además, estaba sin cesar en relaciones mercantiles y políticas con las más poderosas monarquías del Oriente, y sobre todo con Persia. En la arquitectura, estos influjos se dejan sentir muy bien; pero lo mismo ocurre en la ornamentación, donde se encuentran a cada momento motivos copiados del lejano Oriente, tratados con el mismo espíritu y dentro del mismo estilo. De allí, sobre todo, tomaron los artistas bizantinos la afición a la riqueza y el lujo que se muestra en todas sus obras, de allí les vino también la tendencia a expresar de una manera convencional todos los pormenores del adorno. El arte, en aquello que pide a la fauna y a la flora, unas veces reproduce fielmente la naturaleza, otras la altera e imagina tipos artificiales, sin cesar repetidos, y en que la imitación de las formas reales desaparece casi por completo. Los bizantinos han seguido este último camino y muchas veces han adoptado modelos consagrados desde hacía largo tiempo en Oriente. Se ven entre ellos esos complicados enlaces, esas flores raras, esos animales

Fig. 12.—La emperatriz Teodora (mosaico de San Vitale, de Ravena).



fantásticos tan frecuentes en los monumentos de la India o de Persia.

Sin embargo, el arte bizantino no se ha contentado con combinar elementos de origen diverso, sino que se ha mostrado realmente creador. Le corresponde el mérito de haber sido el primero en dar a las concepciones cristianas una fisonomía individual bien marcada. En efecto, en el dominio religioso es donde principalmente se manifiesta con toda su originalidad y todo su brillo. No es de admirar, si se piensa cuán poderosa era la religión entre los griegos de la Edad Media y cuánto se mezclaba a todas las cosas. Los artistas se han admirado frecuentemente de ciertos caracteres predominantes del cristianismo, el esplendor de la religión triunfadora, la majestad divina, la representación protectora de los santos, y se han dedicado a expresarlos con energía. Esto explica que, a pesar de una variedad bastante grande de asuntos, el arte bizantino ofrece ya, desde entonces, mucha uniformidad. Se percibe que gira sin cesar alrededor de las mismas ideas. ¿No es esto conformarse a las verdaderas condiciones del arte religioso? La fidelidad a modelos fijos, a concepciones dominantes, es rasgo común de todas las religiones. El espíritu del pueblo los concede una significación sagrada y consideraría profanación que se dejase campo libre al capricho de los artistas. En la sociedad bizantina la Iglesia los vigila y dirige, y muy pronto la mayor parte de ellos la pertenecen. Por otra parte, hay en esta misma repetición una grandeza efectiva: una religión considerada inmutable necesita formas artísticas que no varíen a capricho de la moda, y en las iglesias donde ha de dominar la idea de eternidad, conviene que el arte eleve nuestro espíritu mediante la eternidad aparente de sus tradiciones. En este respecto, los bizantinos fueron grandes maestros. Trátese del pensamiento o de la ejecución, comprendieron las verdaderas reglas de la decoración religiosa, y es de notar que en nuestros días los pintores que han querido hacer revivir entre nosotros esta forma del arte se han inspirado a veces en sus obras. Por otra parte

te, esta uniformidad general no conduce a una inmovilidad estéril, y el arte bizantino conoció también las transformaciones y la diversidad de las escuelas.

* * *

En Oriente, la acción del arte bizantino se ha ejercido donde ha penetrado el cristianismo griego. Así, gracias a Bizancio, el cultivo de las artes se introdujo en Rusia. En el siglo x, la civilización estaba todavía en mantillas entre los pueblos eslavos, mezclados con elementos escandinavos, que habitaban el país. Ya, no obstante, el poderío y la gloria de Bizancio habían llamado la atención de aquellos bárbaros. Unos habían intentado conquistarla, como Rurik, Oleg e Igor; otros habían ido a Constantinopla en calidad de amigos, como Olga. Convertida al cristianismo, la princesa rusa no consiguió, sin embargo, propagarlo entre sus súbditos. Para realizar semejante revolución, era necesaria la autoridad de un príncipe enérgico y violento. Tal fue la obra de Vladimiro, que, habiendo instituído una información relativa a la mejor de las religiones, eligió la de los griegos. Las razones que le decidieron tocan al arte; le atrajo al culto ortodoxo la riqueza de sus templos y el esplendor de sus ceremonias. Bautizado él, impuso el bautismo a sus súbditos, y en las dos grandes ciudades de Kief y Novgorod, iglesias sucedieron a los ídolos de los antiguos dioses.

En dicho momento, el arte que se manifiesta en Rusia es de importación extranjera, como las creencias de que es expresión. Hasta entonces los rusos no habían conocido casi más que las construcciones de madera. Fueron arquitectos bizantinos los que erigieron las primeras iglesias de piedra y obra de fábrica, pintores bizantinos los que las decoraron. La Iglesia del Diezmo, en Kief, la de Santa Sofía, en Novgorod, cuya edificación dirigió el sacerdote griego Joaquín, fueron los primeros monumen-

tos de este arte religioso. En tiempo de Iaroslaf el Grande (1016-1054), sucesor de Vladimiro, Kief llega a ser una ciudad de aspecto imperial. «Iaroslaf quiso hacer de su capital una rival de Constantinopla. Como Bizancio, tuvo su catedral de Santa Sofía y su Puerta de oro. Adán de Brema la llama *«aemula sceptri Constantino-politani et clarissimum decus Graeciae...»* (1). Iaroslaf no tiene bastantes artistas griegos para decorar todos los templos, bastantes sacerdotes griegos para servirlos. Kief es entonces la ciudad de las cuatrocientas iglesias que admiraban los escritores de Occidente... La maravilla de Kief era Santa Sofía. Los mosaicos de la época de Iaroslaf subsisten aún, y puede admirarse «en el muro indestructible», la colosal imagen de la Madre de Dios, la Cena en que Cristo aparece doble, presentando a seis de los discípulos su cuerpo y a los otros seis su sangre, las imágenes de los Santos y de los Doctores, el ángel de la Anunciación y la Virgen. Los frescos conservados o cuidadosamente restaurados abundan todavía y cubren por todas partes los pilares, los muros y las bóvedas de fondo dorado. Todos los letreros están en griego, no en lengua eslavona.

No solamente en los pueblos cristianos de Oriente, rusos, armenios, etc., se encuentran trazas del arte bizantino, sino que a su vez lo han copiado los enemigos más encarnizados del cristianismo y del Imperio griego. Sin duda, el arte árabe ha adquirido muy pronto un carácter original, pero en el primer momento no encontró en sí mismo los elementos de que se formó. Cuando los árabes emprendieron las conquistas que habían de extender su dominación desde el Asia Menor a los Pirineos, el arte no existía todavía entre ellos sino en sus formas más sencillas. En la mayor parte de los países donde se establecieron adoptaron, por consiguiente, los monumentos que

(1) Rambaud, *Histoire de Russie*, 2.^a edición, páginas 63 y 64.

encontraban edificados, los imitaron, y sólo poco a poco modificaron su estructura y su ornamentación. Ahora bien, las primeras provincias de que se apoderaron eran griegas. Puestos por tanto en relación con el arte bizantino, sufrieron su influjo.

En Siria, los árabes no se preocupan en un principio de edificar mezquitas, quitan los templos a Cristo y los consagran a Alá. A veces, durante algunos años, los dos cultos viven uno al lado del otro dentro de un mismo edificio. En Damasco, Omar divide la iglesia de San Juan, la parte oriental pertenece a los musulmânes, mientras la occidental se deja a los cristianos, que no fueron arrojados de ella sino setenta años más tarde. Cuando los califas desean, a su vez, edificar mezquitas, se dirigen a los bizantinos. «Walid, queriendo que se construyera la mezquita de Damasco, envió una embajada al emperador de Constantinopla, que, ante dicha demanda, le envió doce mil artífices. La mezquita, dice Ben-Batuta, fue adornada con mosaicos de admirable belleza. Mármoles incrustados formaban, mediante hábil combinación de colores, figuras de altares y representaciones de toda especie» (1). No temían siquiera, a pesar de los preceptos de Mahoma, introducir figuras en el adorno de sus edificios religiosos, imitando en esto el ejemplo de los cristianos. El padre de Walid, Abd-el-Melik, había hecho representar en una mezquita de Jerusalén el paraíso y el infierno de Mahoma. Los califas de Damasco invitaban a ir a su corte a maestros bizantinos, y sin duda bajo su dirección se formaban artistas árabes. No puede admirar, por tanto, que las antiguas mezquitas de Siria presenten tanta analogía con las iglesias griegas.

* * *

(1) Lavoix, *les Arts musulmans; de l'emploi des figures* (*Gazette des Beaux-Arts*, 1875).

En el sur de Italia, el papel representado por Bizancio es evidente. Durante varios siglos, toda una parte de esta comarca estuvo unida al Imperio de Constantinopla por la religión, por el gobierno, por la lengua misma. La antigua Magna Grecia merecía siempre este nombre. Aun la disputa de los iconoclastas, que separó al Oriente del resto de Italia, fortaleció en el sur el helenismo. Los partidarios de las imágenes se refugiaron allí en gran número y los emperadores griegos los dejaron vivir tranquilos. Hubo en estas provincias una verdadera colonización griega, y una colonización en parte monástica. Sólo en la Calabria se conocen los nombres de noventa y siete conventos de la orden de San Basilio, que se fundaron en aquella época. Esta comarca fue el centro de aquella civilización neo-helénica. Bizancio era querida allí, y cuando llegaron los normandos, en muchos sitios tropezaron con enérgica resistencia. Roberto Guiscardo no se apoderó sin trabajo de Tarento, de Santa Severiana, y todavía no pudo separar violentamente a las poblaciones del helenismo. Fue necesario más de un siglo para que el rito latino sustituyera al rito ortodoxo, y en el siglo XII, en determinadas comarcas, se empleaba todavía la lengua griega. Lo mismo ocurrió en Sicilia. En otras provincias, la cultura bizantina, menos poderosamente arraigada que en estas dos comarcas, era no obstante muy intensa también. «¿Hay necesidad de recordar lo que los normandos mismos, después de la conquista, en el primer período de su dominación en el Mediodía de Italia, tomaron de la civilización greco-bizantina? No solamente adoptaron el griego como una de las lenguas oficiales de su cancillería, porque era la que usaba una parte de sus súbditos, sino que su arquitectura siguió siendo enteramente bizantina hasta el año 1125 próximamente. Las primeras monedas que acuñan en la Apulia y en la tierra de Otranto son imitación de las del Imperio de Oriente. El nuevo traje, caracterizado por el largo ropaje a la oriental y por un gorro frío, que el Occidente entero adoptó por el año 1090, un poco antes de la primera Cruzada, en lugar del traje corto

que prevaleció hasta entonces, les debió su introducción primera. Y no es otra cosa que el traje griego» (1). Los príncipes normandos fundaban tantos monasterios griegos como monasterios latinos. En su corte los poetas, los historiadores, los teólogos bizantinos eran tan numerosos como en la corte imperial. Tan sólo por el siglo XIII los reyes y la Iglesia emprendieron la labor de extirpar a la fuerza el elemento oriental.

*
* *
*

Al otro extremo de Italia, Venecia es una ciudad griega. Su prosperidad ha aumentado a medida que declinaba la de Ravena, su vecina. Despoblada por Justiniano II, arruinada por la avidez de los exarcas, la capital de la Italia bizantina había decaído ya mucho de su esplendor cuando, a mediados del siglo VIII, cayó en manos de los lombardos para pasar pronto a las del Papa. Al contrario, Venecia supo mantener su independendencia contra los lombardos y los francos. La suzeranía nominal de los emperadores griegos, que aparentó reconocer, fue la condición misma de su fortuna. Dotada por ellos de multitud de privilegios, multiplicó sus factorías en las costas del Mediterráneo y pronto acaparó la mayor parte del comercio entre Oriente y Occidente. Pero, con los productos del Imperio, los mercaderes venecianos llevaban a su patria la civilización bizantina. Todo en ella recordaba a Grecia, el traje, las costumbres, el ceremonial de la corte de los dogos y aquellos títulos de *hypatos* y de *protospatario* con que les adornaba la corte imperial. De Orien-

(1) Fr. Lenormant, *la Grande-Grèce*, 1881; tomo II, páginas 406 y 407. El autor ha puesto empeño en hacer resaltar la importancia del elemento griego en la historia de la Italia meridional durante la Edad Media.

te, Venecia aprendía algunas de aquellas industrias del lujo en que a su vez sobresalió, tales como las labores en vidrio y en cristal y el dorado de los cueros.

Así, durante varios siglos, los monumentos venecianos recuerdan muchas veces los que se alzaban en Constantinopla. Cuando el dogo Pedro Orseolo, el año 976, emprendió la edificación de la maravillosa iglesia de San Marcos que no fue consagrada hasta 1085, ¿se dirigió a arquitectos nacidos en Grecia? Ningún documento lo prueba; pero es lo cierto que los constructores de este monumento, cualquiera que fuese su lugar de origen, practicaban la arquitectura bizantina en toda su pureza. Hasta los mismos materiales, mármoles, columnas, parecen en gran parte tomados de Oriente. No obstante, aun en Venecia, los tipos griegos no dominaban exclusivamente. En las cercanías, en Murano, en Torcello, en Grado, etc., las formas latinas reaparecen en la época en que se construía San Marcos, o bien, en los edificios del orden civil lo mismo que en las iglesias, los dos estilos se combinan, mezclan sus disposiciones y su ornamentación.

Si se trata de adornar estos monumentos, al Oriente también se dirigen los venecianos. Los escultores de la Pala d'Oro son bizantinos, y lo mismo ocurre con una parte de las hermosas piezas de orfebrería del Tesoro. Una de las puertas de la iglesia fue hecha en Constantinopla, otras dos parecen venecianas, pero imitación de aquel modelo extranjero. Los artistas griegos establecidos en Venecia formaban en el siglo xi una corporación. Fueron ellos, todo lo indica, los que empezaron a hacer los mosaicos de San Marcos, y durante mucho tiempo los artistas del país, formados en su escuela, conservaron el estilo. Su influjo no se limitaba a los muros de la ciudad. En la iglesia de Murano, la Virgen que adorna el ábside es de estilo bizantino (siglo xii). Muy cerca de allí, en Torcello, la mayor parte de los mosaicos son también suyos (siglos xi y xii): en el ábside central, la Virgen y los Apóstoles; en la pared occidental, el Juicio final; en un ábside

lateral, Cristo rodeado de los arcángeles, aun cuando, en esta última composición, se encuentra la huella evidente de la colaboración de los italianos.

* * *

En Francia, el influjo de los bizantinos jamás ha tenido lugar de modo tan sensible y duradero como en

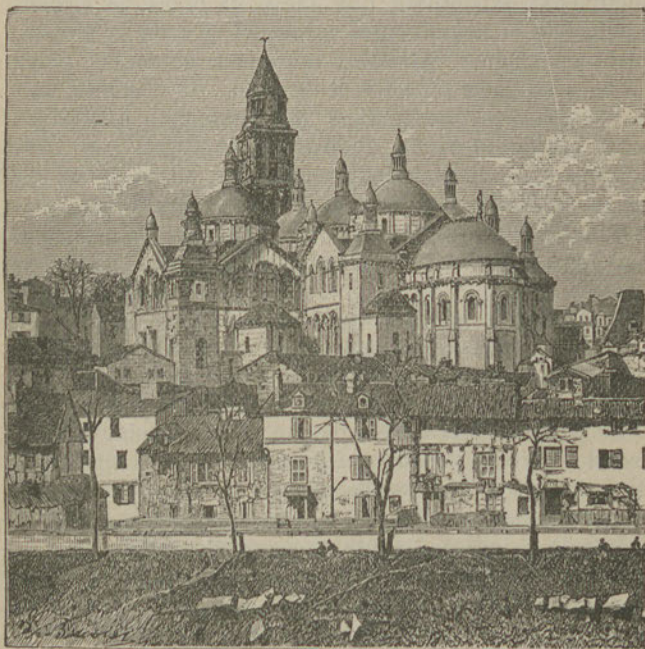


Fig. 13.—Iglesia de cúpulas: Saint-Front de Périgueux.

ciertas regiones de Italia. Por otra parte, durante varios siglos de la Edad Media, se desarrolló entre nosotros

el arte cristiano de Occidente con más poder y encanto. Francia tenía, en los siglos XII y XIII, una arquitectura y una escultura originales, llenas de vida y de gracia, que se propagaban a su vez por los países vecinos y hasta el Oriente. — Hay, no obstante, en Francia una región en que la arquitectura bizantina de cúpulas se manifiesta en todo un grupo de iglesias. Saint-Front de Périgueux, de fines del siglo X, es el modelo más célebre. La cúpula se encuentra también en el resto del Angoumois, en el Sain-tonge... ¿De dónde proceden esas copias tan características de la edificación bizantina? Es un hecho de que no da cuenta la historia. En el resto de Francia, por otra parte, si las iglesias en sus formas no recuerdan en el mismo grado el arte griego, se refieren frecuentemente a él por la ornamentación. Los frescos de Saint-Savin, cerca de Poitiers, presentan semejanzas con las pinturas griegas. En el claustro de Moissac, algunos personajes esculpidos a principios del siglo XII llegan de Bizancio. Las fisonomías, las actitudes, los pliegues de las ropas, todo lo indica. Sin embargo, este influjo extranjero no fue entre nosotros absoluto ni de larga duración. Pronto, el espíritu fuertemente animado de nuestros artistas, si copió de Bizancio, no se conformó con ingratas copias. El arte de Oriente contribuyó más bien a despertar en ellos la conciencia de las propias cualidades. Ya a fines del siglo XII, las formas de la arquitectura son nuevas en Francia. Las flores de los adornos son copia de las de los prados y los bosques vecinos, y los personajes de las estatuas y de los relieves han nacido en el país donde se hicieron las esculturas...

(Ch. Bayet, *L'art byzantin*, en la *Bibliothèque de l'enseignement des Beaux-Arts*. París, A. Quantin, 1883.)

III.—Emperadores de Oriente.

El jefe del Estado bizantino llevaba el título de *Basileus*, el mismo que los griegos de las antiguas repúblicas daban al rey de Persia y a los otros dinastas bárbaros y que suponía en su espíritu ese matiz de desprecio que los romanos unían a la palabra *Rex*. Este título había acabado, en Bizancio, por sustituir a los de *Imperator*, *Princeps* y *Cæsar* que habían ostentado los príncipes del antiguo Imperio, pero ninguno de los cuales correspondía ya a la realidad. Bien que la sustitución de este vocablo a los antiguos bastaría para indicar que una profunda revolución política y etnográfica se había realizado, que el Estado bizantino era otra cosa que la continuación del Estado romano, que el mando había pasado de una raza a otra, del pueblo conquistador del mundo al más culto de los pueblos conquistados. En verdad, éste había olvidado su antiguo nombre; los bizantinos se daban el nombre de *romanos* y reservaban el de *helenos* para sus antepasados paganos y aun para los paganos de todas clases que todavía podía haber en el mundo, por ejemplo, los eslavos idólatras del Peloponeso. En el fondo, el nombre de romanos les convenía aun mejor que el de helenos, porque la población del Imperio estaba lejos de ser toda helénica. A lo sumo si los griegos de raza constituían la mayoría. Sin hablar de los *temos* o provincias de lengua italiana, la península balcánica era en su mitad eslava y la de Asia Menor era mitad armenia, mitad árabe o turca. Ahora bien, lo que unía a todos esos pueblos era que todos profesaban la misma religión que el emperador, que se esforzaban, sin conseguirlo siempre, en hablar la misma lengua, que veían en él el heredero de los Césares de la antigua Roma. El Imperio bizantino no era la expre-

sión política de una nación, era una creación artificial que gobernaba veinte nacionalidades distintas y las reunía en esta fórmula: un solo dueño, una sola fe. Se enorgullecía con una pura ficción, la herencia de Roma, pero tenía una fuerza real, la unidad religiosa. Se llamaba oficialmente Imperio romano, aun cuando el latín, a partir del siglo VII o del VIII, hubiera pasado en Oriente a la situación de lengua extranjera, de lengua muerta. Le llamamos nosotros Imperio griego porque el idioma griego era la lengua de la Iglesia y del Estado. En realidad, era simplemente un santo Imperio como el de Alemania, existente por y para una religión. Más sencillamente todavía, era el Imperio, puesto que no admitía la legitimidad y ni siquiera la existencia de ningún otro. No poseía ejército nacional, puesto que jamás ha habido nación bizantina. Todos los pueblos del Oriente, a veces del occidente, del mediodía y del norte, se encontraban en los campamentos del *Basileus*. No solamente sus provincias italianas, eslavas, albanesas, rumanas, turcas, armenias, árabes le proporcionaban reclutas, sino que, como una buena parte de las tropas eran mercenarios o auxiliares extranjeros, presentaban infinita variedad desde el punto de vista etnográfico... Los jefes de aquel ejército no son necesariamente griegos ni siquiera naturales del Imperio, porque el eunuco Narsés era un esclavo de origen persa. De los otros generales de Justiniano, Faras, que venció en Africa al rey de los vándalos, Gelimer, era hérulo; Mundas, gépido; Chilbad, vencedor de los eslavos, eslavo; Peran, un rey de Iberia; Filemuth y Akum, hunos. Lo mismo ocurrió en tiempo de los sucesores de Justiniano. Es más, los emperadores mismos, con gran frecuencia, no fueron de raza griega. La dinastía que comienza con Justino y Justiniano no es seguramente helénica, porque, antes de llevar este nombre romano, el gran legislador se llamaba Upravda, y sus padres, respectivamente, Istok y Beglenitsa, los tres nombres eslavos. Hubo varias dinastías armenias: primero la que lleva efectivamente este nombre en la Historia y que comienza con León V; luego la que



lleva el nombre de *macedonia* y que comienza con Basilio I, otro gran legislador. Romano Lecapeno, Nicéforo Focas, Juan Zimisce son emperadores armenios. León V, llamado el khazar, pertenecía, por parte de madre, a un pueblo turco-finés de las orillas del Don.

El Imperio era una institución cosmopolita, como fueron la Santa Sede y el Sacro Colegio durante toda la Edad Media. La fe y no la nacionalidad hacía el «romano» de Bizancio. De cualquier raza que se procediera, bastaba entrar en el regazo de la Iglesia para entrar en el del Estado. El bautismo ortodoxo confería el derecho de ciudadanía. La Bizancio cristiana presentaba, entre tantos otros, este punto de semejanza con la Bizancio musulmana. Se adquiría la calidad de «romano» abrazando el cristianismo, como más tarde se llegó a ser turco profesando el Islam...

En toda la historia bizantina, el derecho es muy poca cosa, el hecho es todo. Ahora bien, el hecho es sobre todo la usurpación pura y simple, por el complot de palacio y del harén, por la insurrección de la plebe, por la rebelión militar. Se ha calculado que de ciento nueve emperadores bizantinos que reinaron, solos o asociados, desde Arcadio a Constantino Dragazes, treinta y cuatro solamente murieron en el lecho imperial y ocho en la guerra o por algún accidente. En cambio contáronse doce que de grado o por fuerza abdicaron, doce que terminaron sus días en un convento o en una prisión, tres a los que se hizo perecer de hambre, dieciocho que fueron mutilados o a los que se sacaron los ojos, veinte envenenados, ahogados, estrangulados, muertos a puñaladas, precipitados de lo alto de una columna. Esto representa, en el transcurso de mil cincuenta y ocho años, sesenta y cinco revoluciones palatinas, callejeras o de cuartel, con sesenta y cinco destronamientos...

*
* * *

El soberano de Bizancio procedía, en ciertos respectos, del *Imperator* de Roma; pero en Bizancio el carácter civil del poder tiende a prevalecer sobre el carácter militar. El Imperio, según la expresión de Finlay, deja de ser «propiedad de las legiones con el emperador como hombre de cuentas». La preponderancia pasa de los hombres de espada a los de ley, de iglesia, de administración, de palacio, de harén, y los ejércitos son frecuentemente mandados por eunuocos. Ya en el siglo v, León I, por isaurio (es decir, casi bárbaro) y militar que fuera, formulaba esta aspiración: «¡Ojalá el sueldo de mis tropas vaya a parar siempre a doctores!» Estamos lejos de Septimio Severo, cuyas últimas palabras a sus hijos fueron: «Hacedlo todo por los soldados». — Sin duda, la situación peligrosa del Imperio imponía muchas veces a los emperadores la obligación de mandar en persona los ejércitos. Muchos soberanos fueron ante todo valientes soldados, pero casi todos los príncipes guerreros eran hombres nuevos, llegados por la fuerza, obligados a sostenerse por la victoria. En cuanto la dinastía parece fundada, si el peligro exterior no es demasiado apremiante, el emperador delega el mando de los ejércitos. Ni León VI, ni Constantino Porfirogeneto, por ejemplo, hijo y nieto respectivamente del belicoso Basilio I, hicieron colgar a la puerta de su palacio el escudo, la coraza de oro y la espada que anunciaban su próxima salida a campaña. Toda la dinastía macedonia, aparte el Bulgaróctono, fue una serie de príncipes literatos y sedentarios. Hasta se había extendido la creencia en una supuesta ley del Basileus Teófilo, que prohibía a los emperadores aparecer en el ejército. En tiempos de esa dinastía, que contó también reinados de mujeres, las hazañas guerreras fueron realizadas, no por los soberanos legítimos, no por los *porfirogenetos*, nacidos de la sangre de Basilio I, sino por emperadores que se habían impuesto a ellos como tutores, como asociados, como maridos de las princesas porfirogenetas, y que, teniendo que hacer fortuna o que justificar su intrusión, se batían como soldados. Tales fueron Romano Lecapeno, Nicéforo

Focas, Juan Zimisces, Romano Argiro, que reinaron sin que la dinastía imperial fuera destronada. Como regla, el poder imperial es sobre todo un poder civil. Las ceremonias palatinas, acerca de las cuales Constantino VII publicó una compilación infinitamente detallada, no tienen en absoluto carácter militar. En las monedas, los emperadores nos aparecen raras veces con armadura, y sí casi siempre con las insignias de la autoridad pacífica: largas vestiduras, el globo del mundo, la mano de justicia, la cruz, el código.

El poder imperial era despótico, y no obstante sobrevivió aún el recuerdo de los tiempos en que el primero de los Augustos no había sido más que *princeps*, el príncipe de un Senado en una República. De donde, en el lenguaje oficial, una singular mezcla de jerga servil y de fraseología republicana. Desde Diocleciano, los emperadores habían tomado de los déspotas del Oriente aquellas insignias reales que habían sido objeto de menosprecio y de odio para los antiguos romanos: la diadema y el trono. Sus súbditos se intitulaban sus *esclavos* (*douloi*). Se prosternaban ante los soberanos, le besaban los pies. Para dar una orden, los emperadores no necesitaban hablar, bastábales hacer una señal imperceptible, «parpadear», dice el *Libro de las ceremonias*. No se hablaba de ellos, ellos no hablaban de sí mismos más que en términos abstractos: «Vuestra Majestad, Nuestra Realeza». — La letanía de los epítetos fastuosos unidos a su nombre rivalizaba en servilismo con las que los orientales prodigaban a sus shahs, a sus sultanes, a sus califas. Las estatuas de los emperadores eran veneradas como las de los santos, y ello era motivo para que los príncipes iconoclastas encontrasen buenas razones contra las imágenes de los bienaventurados. El alto funcionario o el general victorioso que recibía una misión imperial, escrita con tinta de cinabrio y provista de la bula de oro, antes de abrirla, la llevaba a su frente, a sus ojos, a sus labios, como hacen los esclavos de los sultanes. Sin duda, la religión enseñaba que el emperador era mortal como los demás hombres, la expe-

riencia lo probaba; pero como hombre, no como Basileus, era mortal. Justino, sucesor de Anastasio, al anunciar a sus soldados el fin de su predecesor, decía: «Nuestro dueño, *como hombre*, acaba de morir».

El poder del príncipe era absoluto y se extendía a todo, aun a la religión. Las leyes, él las hacía y las deshacía, porque era la ley viva. El príncipe tenía autoridad sobre las modas. El viejo Miguel Stratiótico dictó una ley que obligaba a los ciudadanos a llevar el tocado que había estado en boga en la época de su primera juventud. Teófilo, que se había quedado calvo, promulgó una Novela induciendo a todos a afeitarse la cabeza. León VI, interviniendo en el arte culinario, prohibía alimentarse con sangre de animales. Codino manifiesta que el emperador tiene derecho a cambiar el significado de las palabras. Nada le impedía ser tirano de las sílabas, como intentó serlo nuestro Chilperico. Por lo demás, ¿no se ha dicho de los reyes y de las reinas de la Gran Bretaña que lo pueden todo, excepto cambiar a un hombre en mujer?

Al lado de estas teorías absolutistas, sorprende por completo encontrar en los escritores bizantinos las viejas palabras clásicas libertad, esclavitud, tiranía. Siguen hablando el lenguaje de Demóstenes y de Cicerón. Los emperadores mismos no tienen la menor dificultad en usarlo. Justiniano cambiaba el nombre del Pontus Polemoniacus, porque Polemón había sido «un tirano». Después de la reconquista del Africa, felicitaba en estos términos a sus nuevos súbditos: «Deben saber de qué dura servidumbre han sido libertados y de qué libertad han sido dotados bajo nuestro feliz Imperio». Pero ¿quién no ve que todos estos vocablos han cambiado de sentido? La barbarie con su libertad anárquica, es la esclavitud; las instituciones romanas, despóticas, pero nacionales, son la libertad. Fuera del romanismo, fuera del Imperio, no hay más que servidumbre y abyección. Es lo que da a entender muy bien este pasaje de Lydus: «Es contrario a la libertad romana tener un dueño; los romanos no deben obedecer más que a un Basileus». Miguel II, al ir contra el usurpador Tomás,

exhorta a sus soldados «a ser hombres, a no prostituir a un execrable tirano su libertad». Teófilo, cuando obligaba a sus súbditos a afeitarse la cabeza, se proponía «restaurar entre los romanos la virtud de sus antepasados». Con la sanción del látigo trabajaba para restaurar este liberal pensamiento, sin temor a ver que saliera un Bruto de ese retorno a la costumbre republicana.

Bizancio seguía teniendo su Senado, sus cónsules, sus curias. León VI fue el primero en decretar la abolición, pero sus tres Novelas no produjeron ningún cambio en la realidad, porque hacía mucho tiempo que la revolución se había verificado. Reforma gramatical y no política. Eran leyes derogadas de hecho, caídas en desuso, «vagando en vano alrededor del suelo legal» las que se tomaba el trabajo de derogar. En lo sucesivo, nos dicen esas Novelas, no habrá ya Senado, cónsules ni curias «porque como la Majestad imperial se ha abrogado las atribuciones senatoriales, el Senado ha llegado a ser inútil». Lo mismo ocurre con los cónsules. En una palabra, «las cosas civiles se han trasformado y todo depende en adelante de la solicitud y de la administración de la Majestad imperial».

He aquí, pues, la teoría del absolutismo bizantino formulada en su extremo rigor. Pero no cesamos de ir de contradicción en contradicción. Después como antes de León VI, hubo en Bizancio Senado. A lo sumo si la Novela 78 tuvo por resultado privarle del poder legislativo. En vano el emperador, en principio, era el autor de la ley, la limitaba y le contenía. Si el Corán ha podido a veces servir de freno al despotismo, ¡cuánto mejor la ley romana con su majestad y su claridad soberana! En principio, el emperador legislaba. En realidad, era un cuerpo de jurisconsultos, imbuídos de la tradición y que, bajo los soberanos más ignaros y más ineptos, bajo un Miguel el Borracho lo mismo que en tiempos de un Basilio el Magno, guardaba intacto el depósito de la doctrina, oponía a los caprichos y a la versatilidad del príncipe la fijeza del derecho escrito. El Senado no es nada, él es todo. Los su-

cesores de León VI continúan sometiendo a la aprobación de este alto cuerpo las leyes más importantes. Le piden jueces para los grandes procesos políticos. Ningún advenimiento de emperador hay, aun cuando fuese a consecuencia de un complot o de una sublevación militar, que no reclame la sanción del Senado, con igual razón que el consentimiento del pueblo y la bendición del patriarca. Casi todos los grandes cargos están en manos de familias senatoriales o dan acceso al Senado. Es lo que los rusos del siglo xviii llamaban la *generalidad*, es decir, la reunión de los generales y los jefes de servicio. Es el centro de unión de la aristocracia bizantina, porque en Bizancio había una nobleza, nobleza administrativa, es cierto, pero cuyos miembros encontraban en los cargos que tenían del emperador, en la importancia que les había conferido, medios de resistirle. Sabían, como nuestros viejos parlamentarios franceses, presentar quejas, aportar sabia lentitud a la ejecución de las órdenes que desaprobaban, oponer al torrente del capricho la fuerza de inercia, hacer arrepentirse al emperador, o, cuando su tiranía era enteramente desenfrenada, prepararle en la sombra un sucesor.

En segundo lugar, había un clero, agrupado alrededor del patriarca y del Santo Sínodo, y que, a pesar de su sujeción, poseía una autoridad inmensa. Soportaba, toleraba mucho; pero su condescendencia tenía límites. En caso preciso, se encontraban hombres como Teodoro el Confesor, como Teodoro el Estigmatizado, como el patriarca Nicolás, que protestó contra las cuartas nupcias de León VI, como el patriarca Poliuto, que censuró francamente el matrimonio de Nicéforo Focas con la mujer de su predecesor y luego fustigó a los asesinos de aquel mismo Nicéforo.

De esta suerte el clero y la nobleza, el Santo Sínodo de una parte, el Senado de otra, es, como en nuestro antiguo régimen, el derecho de los Parlamentos y el derecho de las asambleas del clero limitando el despotismo de un Luis XIV.

En tercer lugar, había las resistencias armadas de las tribus montañosas, pueblos lejanos, entre los cuales no era prudente que los recaudadores de impuestos ilegales y agentes del despotismo se aventurasen demasiado.

Finalmente, había en Constantinopla una opinión pública. Aun en los tiempos tranquilos, en que el pueblo no estaba de humor para revoluciones, sabía hacerse oír. Por una sorda agitación, rumores, clamores aun (*kataboéseis*), obligaba a un Miguel III a tomar como colega a Basilio I. Las más de las veces se manifestaba por dichos agudos, epigramas que recorrían la ciudad. Se fijaban en el pedestal de las estatuas, como en la Roma papal en el pedestal de Pasquino. Cuando Miguel Estratiótico trató de hacer volver las modas de su juventud, como era al propio tiempo gran constructor, no podía mover una piedra en Bizancio sin que se contase que siendo niño había perdido jugando un huesecillo y que para encontrarlo levantaba los suelos. El pueblo daba sobrenombres a veces poco amables a sus dueños: Constantino *Copro-niano* (porque había mancillado las pilas bautismales), Miguel el *Calafate*, Miguel el *Borracho*. Cuando Alejo Comneno fue derrotado por Roberto Guiscardo, su hija nos dice que se le cantaron canciones en toda la ciudad, y por todas partes se repetían las palabras de su enemigo: «Le ha llevado a la boca del león». — Cuando la gota impedía al mismo Alejo ir contra los turcos, en todas las tabernas y en todos los salones de la ciudad se ponía la cosa en comedia. Unos se disfrazaban de médicos complacientes, otros de cortesanos que se deshacían en reverencias, éste de emperador que era suavemente llevado en litera, aquéllos de diablos que, en su ausencia, hacían todo género de barrabasadas. Bizancio tenía su comedia política y sus *farsas* como la Atenas de Aristófanes, como el París de los compadres de la Basoche. Los libelistas ni siquiera respetaban lo que el buen Luis XII quería que se respetase, «el honor de las damas». ¡Cuántas canciones no se hicieron contra Teodora, la esposa de Justiniano! El eco de ellas ha llegado hasta Sardou.

El príncipe estaba muy obligado a contar con el pueblo, con la plebe. Si abandonaba su capital para ir con el ejército, hacía sus recomendaciones al prefecto de la ciudad, el cual debía: 1.º, asegurarse de que el trigo no faltaría, porque nada como el hambre dispone para los motines; 2.º, vigilar a aquellos noticieros que Ana Comneno nos representa, como los de La Bruyère, discutiendo los planes de campaña, indicando lo que había que hacer contra el enemigo, colocando aquí a los auxiliares dálmatas y allí a los mercenarios albaneses, bloqueando las plazas y tendiendo puentes sobre los ríos; 3.º, castigar a los que propagaban malas nuevas, desmentir éstas en bandos anunciando al pueblo que «el emperador y el ejército estaban bien»; 4.º, en caso necesario hablar, pero muy vagamente, de un despacho que había llegado del campamento, de noticias traídas por un viajero, de partes de victoria esperados de un momento a otro.

De aquí también, para divertir al pueblo, todas aquellas fiestas civiles y fiestas eclesiásticas, los teatros y los juegos del Hipódromo, las procesiones en que el emperador tiraba el dinero a puñados, los banquetes monstruo, semejante a los *congiaria* de Roma, en los que tomaban parte todos los ciudadanos, las solemnidades de los triunfos, en las que desfilaban los emires y los kanes vencidos, los prisioneros eslavos o sarracenos, las máquinas de guerra, los camellos, los elefantes cogidos al enemigo. Para atraer el pueblo a la dinastía, se fundaban hospicios para los ancianos, hospitales para los enfermos, depósitos de trigo que el ceremonial obligaba al emperador a visitar con gran pompa una vez al año. Romano Lecapeno hacía cerrar con tablas los pórticos donde se refugiaban los *laxaroni* de la capital. La emperatriz Irene desempeñaba los efectos que los pobres se habían visto obligados a depositar en los Montes de Piedad de la época. Otros soberanos satisfacían el importe de los pagarés suscritos por los ciudadanos pobres y los quemaban entre regocijos en una de las plazas públicas, doble largueza para con los acreedores y para con los deudores. Otros libertaban a los

prisioneros por deudas, o a los cautivos entre los bárbaros. Ningún medio de popularidad era olvidado. El más seguro era el que empleaba Teófilo y que consistía en recorrer de incógnito, como su contemporáneo Harún-al-Raschid, las calles de la capital, escuchando las quejas del pueblo contra los funcionarios, a fin de hacer pronta y severa justicia. Como San Luis bajo la encina de Vincennes, Teófilo juzgaba personalmente en la Fialé, Basilio I en el Genikos, el César Bardas en el Hipódromo. El derecho de petición era uno de los derechos imprescriptibles del pueblo de Bizancio. El príncipe recibía directamente las súplicas de los más humildes de sus súbditos o confiaba este encargo al oficial de peticiones. Cuando el emperador montaba a caballo para recorrer la ciudad, «los tambores batían, las trompetas resonaban, los clarines de plata de los *buccinatores* desgarraban los aires, y todo el pueblo era advertido para ir a presentar sus peticiones al emperador» (Codino). En las procesiones más solemnes, el Basileus se paraba para escuchar lo que se quería decirle y recoger los memoriales. La justicia que administraba era frecuentemente una justicia oriental, a la turca. Teófilo, sobre todo, es célebre por rasgos de este género: los bufones del Hipódromo, en una pantomima, revelaron un robo cometido por un alto funcionario, y éste fue al momento quemado vivo en una de las plazas de Bizancio. Se veía, representadas en bronce, las dos manos que mandó cortar a un mercader que había usado medidas falsas. Se mostraba un horno al que mandó arrojar a un panadero que estafaba a sus parroquianos. Un funcionario, que por levantar varios pisos su palacio, había quitado el aire y la luz a la cabaña de una pobre mujer, fue azotado y el palacio se dió a la demandante. Cuanto más repentino, violento, desproporcionado a la culpa era el castigo, más sorprendía la imaginación de las masas y más popular se hacía el justiciero. Era preciso también que el príncipe supiese, en caso preciso, condenarse él mismo como condenaba a los prevaricadores. Un cortesano había regalado un magnífico caballo a Teófilo. Durante una procesión, una

vieja se adelanta rápidamente, coge el caballo de la brida y dice que se le han robado. El príncipe se apea, restituye el corcel y sigue su camino a pie. Para conservar la memoria de aquel hecho, el ceremonial prescribió que en lo sucesivo el caballo montado por el emperador iría siempre seguido por una fila de caballos con sus sillas dispuestas. Si el príncipe había de restituir de nuevo, no tendría el disgusto de tener que caminar a pie. Seis siglos después del suceso, la costumbre se conservaba aún.

El pueblo tenía su papel en todas las ceremonias de la ciudad y de la corte. Estaba representado en ellas por las cuatro facciones de los Verdes, los Azules, los Rojos y los Blancos. Estas facciones eran a modo de guardias nacionales, encargadas de formar fila al paso del emperador, de aclamarle y de cantar himnos, acompañados por los órganos de plata. Estaban armados con picas y escudos. El embajador italiano Luitprando, a quien los malos tratos recibidos de Nicéforo Focas ponían de muy mal humor, nos pinta a aquellos milicianos con los más sombríos colores, vestidos con harapos galoneados, los pies descalzos, las armas roñosas. Era todo lo que quedaba de aquellas *facciones* célebres que habían agitado el Hipódromo y el Imperio, y dado la batalla a Justiniano. Era lo que representaba al pueblo romano; pero domado, domesticado, reducido a un papel de parada, no lanzando más que gritos acompasados y dirigidos por los maestros de ceremonias. A veces también aparecía otro pueblo, el que tomó por asalto el palacio de Miguel el Calafate y lapidó al príncipe en la calle...

* * *

Conviene insistir en el carácter religioso de la monarquía bizantina. Seguramente se encuentra también en las monarquías europeas, sobre todo en la francesa, y aun, fuera de la cristiandad, en las monarquías de Oriente;

pero en Bizancio este carácter religioso presenta matices que no se ven en ninguna otra parte. Los potentados del antiguo Oriente, del antiguo Egipto, eran en la tierra las encarnaciones de la divinidad, Mithra u Osiris. Habían nacido de los dioses, eran ellos mismos dioses, se les hacía objeto después de muertos, y a veces en vida, de honores divinos. Las dinastías del cielo y de la tierra se confundían. Los rajás de la India, unos descenden del sol y los otros de la luna. Los reyes de Persia eran hermanos de estos dos astros, y el emperador de la China es hijo del cielo. En las orillas del Tíber la diosa Roma, es decir, la Patria, había encarnado en un hombre, y el pueblo romano se había hecho César.

El emperador se dejó primero erigir altares con la diosa de Roma, como Augusto en la plaza de los Terreaux de Lyon, y luego los aceptó para él solo. El que insultaba su estatua, siquiera su efigie impresa en las monedas, era sacrílego. Sacrílego también el conspirador político: el delito de lesa majestad implicaba un delito contra la religión. No es de admirar si los poetas se obstinaban en colocar al emperador todavía vivo en el cielo, entre los signos del zodíaco; si se adornaba con el nombre y los atributos de Júpiter o de Hércules, como Diocleciano y Maximiano; si el plato de setas de Agripina hacía a Claudio morador del Olimpo, y si Vespasiano, burlón ante la muerte, decía: «Siento que me vuelvo dios»...

Sí, pero todos aquellos reyes de Persia o de Egipto, todos aquellos emperadores de Roma eran paganos, y los de Bizancio eran cristianos. Se redujeron, pues, a ser los representantes y vicarios de Dios. Así hicieron los soberanos musulmanes, por igual razón, contentándose con ser la «sombra de Alá en la tierra». El Basileus no podía ser dios, sino solamente sacerdote. Aspiró, pues, a los honores, no ya de la apoteosis, sino del sacerdocio. Constantino sabía lo que quería decir proclamándose obispo de las cosas de fuera. Los Padres del concilio de Calcedonia decían a Mauricio: «Eres a la vez sacerdote y emperador, vencedor en la guerra y doctor de la fe». León el Isáuri-

co, significando al Papa Gregorio III sus decretos iconoclastas, los motivaba así: «Dado que soy rey y sacerdote». Los primeros sucesores del gran Constantino, para asistir a las ceremonias religiosas, franqueaban las puertas del iconostasis, penetraban en el *sancta sanctorum* y se colocaban entre el clero. San Ambrosio, en Milán, fue el primero que obligó a Teodosio a repasar las puertas sagradas y a mantenerse entre los seglares. El príncipe se sometió, alegando que no había pretendido usurpar los derechos de los clérigos, pero que tal era la costumbre en Bizancio. Y en efecto, de vuelta a su capital, como se sentase en la iglesia entre los seglares, el patriarca Nectario le invitó a ocupar otra vez su puesto en el santuario, a *eclesiastixar* (ἐκκλησιασίζειν) entre los clérigos. La diferencia entre el espíritu de la Iglesia latina y el de la Iglesia griega se acusa aquí bien claramente. Los sucesores de Teodosio no tuvieron que habérselas con la Iglesia griega. No conservaron, sin embargo, sin discusiones su puesto al otro lado de la cerca de los iconos dorados. Justiniano Rhinotmeto hizo que decretase lo siguiente el concilio *in Trullo*: «No es lícito a ningún seglar penetrar en el santuario. Esta prohibición no concierne al emperador, cuando quiere ofrecer sus dones a Dios, según costumbre». La costumbre nos parece firmemente establecida en el siglo x, en las *Ceremonias* de Constantino Porfirogeneto. Lo importante para el emperador era no ser un simple fiel. Para obtener esta distinción, se sometió a hacer ricas ofrendas cada vez que penetraba en el santuario; para justificarla, aceptó los títulos y los cargos más humildes de la jerarquía eclesiástica. No ambiciona ya ser obispo como Constantino, ni siquiera sacerdote, se contenta con ser *lector*, diácono o subdiácono. Con tal motivo se le prohíbe contraer segundas nupcias; pero goza de prerrogativas que no tienen los seglares. Toca la sabanilla del altar y puede posar los labios en ella, no en medio como el sacerdote, sino en la orilla como los clérigos de orden inferior. Coge por su mano el pan bendito y comunica con los sacerdotes. Lector, diácono, subdiácono, lee la

Epistola en el *ambon*, lleva el Evangelio en sus manos, recibe del patriarca el incensario y con él incienso la Santa mesa. Enciende los cirios, cambia la sábana del altar, la quita el polvo con un plumero de plumas de pavo real. Sabido es que nuestros reyes de Francia tenían el privilegio de comulgar en las dos especies y de participar en ciertas ceremonias del ritual, que nuestros Capetos eran canónigos de Saint-Denis y abades de San Martín de Tours. Respecto a los emperadores bizantinos, la aceptación de títulos inferiores de la jerarquía eclesiástica constituía un rebajamiento. Sin hablar de las ambiciones de Constantino, no podían olvidar que el título de soberano Pontífice lo habían tenido los emperadores paganos, de los que se consideraban sucesores.

La Iglesia les permitió tomar su revancha en otros puntos. Hizo de la entronización del emperador una ceremonia religiosa, un sacramento. Cuando la elección imperial no era ya más que una vana fórmula, la costumbre de los antepasados estaba abolida, la voluntad y el consentimiento de los súbditos eran cosas supuestas, Dios mismo sustituía al pueblo y al Senado de antaño. Se suponía que Dios *elegía* (*χειροτόνειν*) al príncipe. Cristo es el gran elector, y el emperador, entre sus títulos, ostenta el de *elegido* de la Trinidad, nombrado por el sufragio (*pséfos*) del Rey de los reyes. En las monedas bizantinas se ve frecuentemente una mano que, por cima de la cabeza del Basileus, sale de entre una nube para bendecir y para elegir. Cuando el emperador ha sido, a la moda de los bárbaros, alzado sobre un escudo y ha recibido de esta suerte la investidura militar, se procede a la coronación, ceremonia civil y sobre todo religiosa. ¿Dónde se verifica esa coronación? En tiempo de los primeros emperadores, en general, en alguna sala de palacio; luego, cuando se cree necesario imprimir a la dignidad imperial carácter cada vez más sagrado, en una iglesia, únicamente casi en Santa Sofía, entre los cantos religiosos, las humaredas del incienso y la mayor pompa eclesiástica que cabe imaginar. Ya no por mano del mismo emperador, sino por mano del pa-

triarca, la corona, cogida del altar, es depositada en la cabeza imperial. Ultimamente, por confusos que sean en ocasiones los textos y a pesar del silencio del *Libro de las ceremonias*, puede afirmarse que el emperador recibía la unción. Simeón de Tesalónica lo dice expresamente: «El patriarca hace la cruz, con el óleo santo, sobre la frente del príncipe, en memoria de Aquél que es Rey del universo y que, por este simulacro de su propia unción, le constituye poder sobre la tierra... El aceite, untado en forma de cruz por el patriarca, muestra que es Cristo quien hace la unción».

Este sacramento, que la Iglesia ha creado para el emperador, que le marca con el sello de Dios, si no con el mismo título que al obispo o al sacerdote, al menos con título análogo, da a su persona un carácter especialmente augusto. Recordemos que la consagración de Reims hacía a nuestros reyes inviolables, y que Juana de Arco pensaba haber hecho del delfín un rey únicamente porque le había abierto, las armas en la mano, el camino que conducía a la santa ampolla. Fue necesaria toda la inestabilidad de las instituciones en Bizancio para que no se lograra el mismo resultado. Ya, no obstante, el emperador elegido de Dios, ungido de Dios, adquiriría considerable autoridad. Cesaba de ser únicamente hechura de las legiones, o de un pueblo amotinado, o de intrigas del Senado y del Palacio, para ser verdaderamente rey. Las *facciones*, en sus aclamaciones acompasadas, le proclamaban santo (*hagios*). En nombre de Dios reinaba. En las monedas se lee: «N... en nombre de Cristo, Rey eterno, Rey de Romanos». Reinaba por El, bajo su vista, bajo su mano, de donde ese ojo que, en las medallas, ocupa a veces el lugar de la mano que elige y bendice. Ha recibido de El el encargo, como decía el gran Constantino, «de disipar y barrer el error, desde el Oriente al Océano británico, de instruir y llevar a Dios al género humano». Sí, al género humano, porque no es solamente el soberano de Bizancio, es el dueño del Universo (*kosmicos autocrator*), el señor de toda la tierra habitada (*oikouméné*), el monar-

ca *ecuménico*, como es ecuménica la misma Iglesia. No solamente Grecia y Asia, sino Italia, España, las Bretañas, las Galias, le pertenecen legalmente, ninguna usurpación de emperador o de rey bárbaro ha podido anular sus derechos. El autócrata griego había podido hablar al embajador de Carlomagno en los términos que le atribuye, mofándose, el monje de San Gall: «¿Por qué tu príncipe se cansa en pelear contra los sajones?... Te los doy, tómalos, así como el país que les pertenece». De igual modo que no hay más que un Dios, no existe en el mundo, para las cosas temporales, más que un vicario de Dios, el *Basileus*. Más aún, es Dios tanto como hombre, tanto como un cristiano puede serlo. En ciertos días representa el personaje de Cristo. En la fiesta de Pascuas, nos dice M. Schlumberger, se muestra a sus súbditos con el traje de Jesús resucitado, «con cintas doradas alrededor del cuerpo, que representan las de Cristo en la tumba, las piernas envueltas en un sudario, sandalias doradas en los pies, con el cetro crucigero en una mano y en la otra la *akakia*, almohadilla de tela purpúrea envuelta en un saco y llena de polvo de las tumbas». A su alrededor altos dignatarios, en número igual al de los Apóstoles, vestidos con trajes semejantes, aparecen llevando también la cruz en sus manos.

Pero, finalmente, el emperador no era Dios más que por delegación y no por propio derecho, como los emperadores paganos. No era Cristo sino por delegación de Cristo y como un elegido. El verdadero emperador de Constantinopla es Jesús. ¡Cuántos monumentos iconográficos nos representan al *Christos Basileus* con la corona, las vestiduras y todas las insignias imperiales! En tiempo de los primeros emperadores, las monedas representaban de un lado la efigie del príncipe reinante, de otro una Victoria a la que sucedió muy pronto una cruz sobre unos escalones. Luego se hace frecuente la inscripción: «Jesucristo vencedor». En las medallas de León VI, el reverso lleva la efigie de la *Théotokos* (Madre de Dios), que comparte así con el emperador los honores monetarios. En tiempo

de Romano Lecapeno, los emperadores (eran entonces cuatro o cinco asociados) están, a uno y a otro lado, sentados en el trono imperial, los pies descalzos, la mano alzada para enseñar y bendecir, la cabeza rodeada de un nimbo, Cristo «Rey de reyes». En tiempo de Romano II y Nicéforo, los poderes celestiales tienen aún más intervención que los de la tierra. En el reverso, Cristo con los pies descalzos sigue ocupando el trono; en el anverso, el emperador figura con la Théotokos. Por último, en tiempo de Zimisces (que sin duda tenía conciencia de su usurpación), el emperador desaparece por completo: de un lado, la efigie de Cristo; de otro, estas palabras: «Jesucristo, Basileus de Romanos». Solamente en las monedas de los herederos legítimos, Constantino VIII y Basilio II, los príncipes reaparecen en el anverso, dejando, por lo común, el reverso a Aquél de quien se reconocen lugartenientes. En las recepciones de embajadores, al lado del trono ocupado por el emperador, hay un trono vacío. Es el del verdadero Rey. A los enviados bárbaros conducidos al pie del estrado les impresiona menos la majestad del Basileus visible que el misterio de ese trono vacío y de ese Basileus invisible. A veces, en el sitio no ocupado, se coloca un Evangelio abierto, esa ley suprema de los bizantinos, o bien alguna imagen reverenciada, como la de Edesa, después que se hubo reconquistado el Asia.

De igual modo que el Basileus reina por Cristo, por El gobierna. Basilio I sabía por sueños que el Cielo le enviaba la solución de las cuestiones difíciles: «¿Qué es de admirar, decía, si los que ejercen el poder en el mundo como un sacerdocio (*liturgia*), y cumplen un ministerio (*diakonia*) verdaderamente divino son guiados por la Providencia hacia la salvación y aprenden de ella las cosas futuras? Inspirado de Dios, poseído del Espíritu Santo, el Basileus daba órdenes como la sibila antigua dictaba oráculos. *Thespisma*, en el lenguaje oficial, es sinónimo de decreto imperial.

Por Cristo también el Basileus era victorioso. No se emprendía campaña sin haber consultado al Cielo. Alejo

Comneno colocaba debajo de la sabanilla del altar dos planes de operaciones militares, pasaba la noche en oración y por la mañana cogía aquel de los dos planes que la Providencia le ponía a la mano. Juan Zimisce, a punto de partir contra los rusos, visitaba las iglesias y con la más completa convicción pedía a Santa Sofía, la Sabiduría divina, que le enviase un ángel para ir a la cabeza del ejército. No precedían a las legiones las banderas militares, el estandarte imperial, sino la imagen de la Virgen conductora o las de San Miguel, de San Teodoro, de San Jorge. María era, no solamente la conductora, sino el «collega de los generales» (*systrategos*). Heraclio clavaba imágenes de la Virgen en el palo mayor de sus navíos y hacía que se llevase la verdadera Cruz a la vanguardia de su ejército. Los cantos de guerra con que se animaba a las tropas eran himnos, el canto de Moisés en el paso del mar Rojo, los salmos de David, o bien el *Staurikon*, el canto de la cruz. Su grito de guerra era: «¡Cristo vencedor!» Las exhortaciones de los emperadores y de los generales eran sermones. ¿Qué más natural, puesto que todo enemigo del Imperio era necesariamente un enemigo de Dios y que fuera del romanismo no había más que infieles, como los musulmanes y los paganos, herejes, como los maniqueos, y, a partir del siglo XI, cismáticos, como los pueblos latinos? Basilio I no tenía escrúpulo en pedir a la Virgen que por favor atravesara con sus flechas la cabeza de su enemigo, el herético Crisoquir. Se había conseguido la victoria, se atribuía a una intervención divina. San Demetrio era el que había salvado Tesalónica; San Andrés, quien había hecho levantar el sitio de Patras; San Teodoro, quien había vencido a los moros en Dorostol (Silistria). La Virgen conductora había hecho maravillas contra los árabes, la imagen de Edesa contra los persas. El *maforion* (escapulario o mantilla) de la Madre de Dios, sumergido en las olas del Bósforo, había levantado la tempestad que se tragó a la flota rusa. Así, cuando se celebraba el triunfo en el Hipódromo, la Théotokos aparecía en el carro tirado por caballos blan-

cos mientras el emperador seguía a pie con una cruz al hombro.

Las leyes del Imperio rigen la Iglesia y los decretos de los concilios son obligatorios en el Imperio. La herejía, la apostasía, el sacrilegio son delitos de Estado, la rebelión contra el Imperio es un sacrilegio. Sublevarse es «mostrar el talón de la apostasía». Contra los rebeldes se emplea a la vez la espada temporal y la excomunión. Una Novela de Constantino VII se titula: «Del anatema contra los apóstatas», es decir, los conspiradores. M. Schlumberger nos muestra a Nicéforo Focas anatematizado cuando se sublevó para apoderarse del trono: «sus huesos no debían reposar en la tumba». Pero esta misma arma del anatema, pocos días después, cuando hubo recibido la unción santa, se volvía contra sus adversarios.

Como el emperador es la imagen de Dios, el Imperio debe ser la imagen del Cielo. «Cuando mostramos en el poder imperial ese orden y esa armonía, nos dice el autor del *Libro de las ceremonias*, nos representamos en miniatura el orden y el ritmo que el Demiurgo ha puesto en el Universo». El Imperio es, por tanto, la reproducción terrenal de la Ciudad de Dios. Es el Estado cristiano por excelencia: romanidad y cristiandad son sinónimos. Tan es la idea religiosa la dominante en esa monarquía, que la distinción entre lo civil y lo eclesiástico es imposible, en lo cual difiere de los reinos de occidente y se aproxima a las monarquías de los califas. Entre la Iglesia y el Estado no hay lucha y sí armonía, casi confusión. No es desdoro para el Patriarca ser nombrado por el emperador, ni para la Iglesia estar subordinada al Estado, porque el Estado es apenas seglar. No extiende sobre ella una mano profana el emperador cuando trata de reformarla, es ella misma la que se reforma por uno de sus miembros. Los príncipes más religiosos, los más íntimamente devotos, como Basilio I o Nicéforo Focas, no tienen escrúpulo alguno en restringir los abusos del derecho de asilo o en limitar las posesiones de los conventos.

La jerarquía civil de Bizancio se llamaba la santa je-

rarquía. El emperador confería un cargo o una dignidad como hubiera administrado un sacramento: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, mi Majestad, que me viene de Dios, te hace patricio». Para recibir este sacramento administrativo había que hallarse en estado de gracia, dispuesto a comulgar y tener el temor de Dios...

Las leyes se promulgaban en nombre del «Señor Jesucristo, nuestro dueño». A la cabeza del código de Justiniano, en el lugar donde en nuestros códigos modernos se encuentra la exposición de motivos, no se habla más que de la Trinidad, de la fe católica y de las prohibiciones dirigidas contra la herejía.

La existencia que la etiqueta bizantina imponía al emperador era verdaderamente una vida pontifical, para valerlos de una expresión de Cristino de Pisano a propósito de la corte de Carlos V. Su vestimenta civil recordaba la de los sacerdotes. Debajo, una larga clámide blanca que es el alba de nuestros sacerdotes; encima, una especie de larga casulla que cubre los hombros y los brazos, brillante de oro y pedrerías, rígida y pesada como una capa pluvial. La corona, con la cruz encima, es casi la tiara del patriarca y de los metropolitanos de la Iglesia oriental. De esta corona descienden, a lo largo de las dos mejillas, los *praependulia*, arracadas o ríos de diamantes y de pedrerías que se unen debajo de la barbilla. El Basileus, así engalanado, no muestra casi el rostro, casi las manos, casi la carne, como la Théotokos y los santos de los iconos, cuya imagen está escondida debajo de una corteza de oro y piedras. Así, inmovilizado, fajado, sofocado, abrumado bajo este pesado y espléndido atavío, el Basileus, sentado tieso en el trono de Salomón, las manos ocupadas por las insignias imperiales, no puede hacer un movimiento. Se ofrece a los homenajes de los cortesanos y a la piedad del pueblo en una especie de inmovilidad hierática, como un ídolo de Oriente, entre las nubes de incienso y los cantos de iglesia. Una etiqueta más rígida que sus ropas, que fija en los más ínfimos pormenores el

Libro de las ceremonias, le aprisiona más estrechamente aún. Le dicta el empleo de cada día del año, de cada minuto del día. Prescribe la forma de la corona o del vestido que debe llevar en cada ceremonia. Sus cambios de traje son tan frecuentes como los del patriarca, oficiando con gran pompa en Santa Sofía. Unas veces llevará la diadema imperial y otras la *krinonia*, adornada con lirios en honor de la Virgen. Cubrirá sus hombros unas veces con el *sagion* y otras con el *tsitsakion*, con el *dibetésion* o el *scaramangion* de pieles preciosas. Calzará brodequines purpúreos o sandalias doradas. Todos estos cambios se realizan detrás de un velo tendido por eunucos y por mano de éstos; porque nadie más que ellos puede tocar ese atavío sagrado. Cuando el emperador se arrodilla para la comunión, dos ostiarios (ujieres eunucos) levantan por ambos lados su vestidura sacerdotal, como se hace cuando se arrodilla el sacerdote oficiante. Esos paños, esas coronas, que participan de la santidad de las ceremonias, cuyo brillo realzan, no son depositados luego en un guardarropa profano, sino que se conservan en las sacristías, se extienden en el altar de Santa Sofía, se cuelgan de las bóvedas del templo. La Iglesia es el vestuario del Basileus. Si los reyes bárbaros ambicionan esos oropeles sagrados, habrá de responderseles que fueron traídos al gran Constantino por ángeles del cielo, y que enfermedades horribles castigarían a los sacrílegos que osasen revestirse con ellos.

El Basileus pasa la vida entre cánticos, salmos y procesiones. El recinto de su palacio tiene menos habitaciones que iglesias. Su sala del trono está llena de reliquias: la vara de Moisés, la verdadera cruz, etc. Su comedor, su dormitorio están adornados con imágenes gigantescas, sobre fondo de oro, del Cristo severo o de la *Théotokos* im-pasible. El *papias* o portero del «Palacio guardado por Dios» es un clérigo. Las puertas son las *puertas santas*, y, como las del iconostasis, que no se abren durante la ceremonia religiosa más que en determinados momentos, no giran sobre sus goznes sino a ciertas horas y se cierran

en seguida para ocultar a los profanos los misterios del interior. Todos los meses se procede con gran pompa a la bendición de la morada imperial, y a través de los *triclina* (comedores), la *cubicula* (alcobas), los *kaetones* (salones o gabinetes), se pasean las santas imágenes. El Basileus es en su palacio el comensal de Dios, de la Virgen, de los bienaventurados y de los ángeles. En cambio, tiene en las iglesias su habitación propia, su tocador, como el *Metatorion* de Santa Sofía o de los Santos Apóstoles. El emperador está en su casa en la casa de Dios, como Dios en la casa del emperador.

Se cita la etiqueta de la corte de Francia y las ceremonias que constituían como un «culto del rey». ¡Cuánto más marcado está ese carácter de culto en las prácticas de la corte bizantina! La misma palabra, *offikia*, sirve para designar las ceremonias eclesiásticas y las ceremonias áulicas, Codino y el Porfirogeneto las describen en la misma obra. La misma fórmula, en unas como en otras, señala el fin. Al final de la misa, se dice: *Ite missa est*. En palacio, en un griego bárbaro o un latín corrompido, el emperador dice al encargado: *Apelthe, poiéson minsas*. En tiempo de Luis XIV había, al levantarse el rey, las *entradas*. En Bizancio se llama a esto los *vela* (velos o levantar de cortina). En un orden inmutable, el encargado introduce sucesivamente a los patricios, los magistris, los protospatarios y espatarios, los *hypati* (cónsules), los stratores, los condes, los candidatos, luego a las muchedumbres, sin cesar crecientes, de los oficiales de tierra y de mar, y de los funcionarios de todos los órdenes.

El ceremonial también determina qué día debe el emperador ir a arrodillarse a la iglesia de los Santos Apóstoles delante de las tumbas de sus predecesores, sumergirse, con *leution* o camisa bordada de oro, en el *natatorium*, piscina sagrada de Santa María, visitar el monasterio de la Fuente, fuera de murallas, o algún otro santuario, y presidir en su palacio las fiestas de las vendimias o las locuras disciplinadas del Carnaval bizantino.

Con una vida tan sacerdotal, tan ocupada de represen-

tación y de oficios, tan acaparada por los sacerdotes y los dignatarios de palacio, tan minuciosamente reglamentada por un ritual augusto y complicado, ¿es de admirar que la mayor parte de los emperadores hayan perdido toda iniciativa y toda energía, que los Heraclio, los Basilio I, los Nicéforo Focas, los Zimisce, los Basilio II, hayan sido excepciones en Bizancio?

A. Rambaud, *Empereurs et impératrices d'Orient, Revue des Deux Mondes*, 1891.

CAPÍTULO IV

Los árabes.

PROGRAMA.—*Mahoma: el Corán. El Califato árabe. La civilización árabe.*

BIBLIOGRAFÍA

Los libros acerca de los **orígenes del islamismo**, respecto al **Califato árabe** y la **civilización musulmana** en la Edad Media, no son escasos. Algunos de los primeros especialistas de esta época han escrito, para el público, páginas muy hermosas que el público conoce muy poco, y las obras más conocidas no son las mejores. — A los libros generales de los Sres. L.-A. Sédillot (*Histoire générale des Arabes*, París, 1877, 2 tomos) y G. Le Bon (*La civilisation des Arabes*, París, 1883) han de preferirse los de sir W. Muir, *The life of Mahomet, from original sources*, London, 1894; *The Caliphate, its rise, decline and fall*, London, 1892, de A. v. Kremer, *Kulturgeschichte des Orients unter den Chalifen*, Wien, 1875-1877, 2 vols., y de A. Müller, *Der Islam im Morgen-und Abendland*, Berlín, 1885-1887, 2 tomos.

Recomendamos sobre todo la lectura de algunas monografías, artículos de revistas y trozos sueltos que han publicado los Sres. Dozy, Renan, Wellhausen, Noldeke, I. Goldziher (*Muhammedanische Studien*, Halle, 1889-1890, 2 volúmenes); H. Grimme, *Mohammed, I, Das Leben*, Munster, 1892, S. Guyard (*La civilisation musulmane*, París, 1884); J. Dar-

mesteter (*Le Mahdi depuis les origines de l'Islam y Coup d'oeil sur l'histoire de la Perse*, en la *Revue politique et littéraire*, 1885, tomo I); C. Snouck Hurgronje (en la *Revue de l'histoire des religions*, 1894), etc.

Acerca del **arte musulmán** véanse los dos tomos recientemente publicados por M. Gayet en la «Bibliothèque de l'enseignement des Beaux-Arts»: *L'art arabe*, París, s. a.; *L'art persan*, París, s. a. Acerca de la leyenda de Mahoma en la Edad Media, véase E. Renan, en el *Journal des Savants*, 1889, págs. 421 y siguientes.

El Corán y la Sunna.

El libro que contiene las revelaciones hechas a Mahoma y que es al propio tiempo la fuente, si no la más completa, al menos la más digna de fe de su biografía, es desordenado y tiene cosas raras. Es una colección de historias, de exhortaciones, de leyes, etc., colocadas unas al lado de otras sin que se haya seguido el orden cronológico ni otro alguno.

Mahoma denominaba a toda revelación que formaba un conjunto *sura* o *Corán*. La primera de estas dos palabras es hebrea y quiere decir propiamente una serie de piedras en una pared, y, de ahí, la línea de una carta o de un libro. En el Corán, tal como ha llegado a nosotros, tiene el sentido mucho más amplio de *capítulo*. La palabra *corán* es propiamente un infinitivo que significa leer, recitar, exponer. Esta denominación está igualmente tomada de los judíos, que usan el verbo *kara* (leer) en el sentido sobre todo de estudiar la Sagrada Escritura; pero Mahoma entendía bajo la denominación de *Corán*, no solamente cada revelación en parte, sino también la reunión de varias o aun de todas.

Sin embargo, no existía en tiempo de Mahoma una colección completa de los textos del Corán, y si los tres primeros califas hubieran sido menos cuidadosos en este punto, habría corrido mucho peligro de quedar olvidado.

Los primeros que reunieron sus diferentes pasajes fueron el califa Abu-Beker y su amigo Omar. En efecto, cuando en los años onzavo y duodécimo de la hégira el falso profeta Mosailima hubo sido vencido, se observó que muchas personas que de memoria sabían trozos bastante largos del Corán habían perdido la vida en la batalla que decidió la lucha, y por ello Omar empezó a tener miedo de que los que sabían el Corán llegaran a desaparecer y aconsejó al califa que reuniera los trozos dispersos.

Después de haber dudado algún tiempo, porque el Profeta no había dado poderes para emprender obra tan importante, Abu-Beker aceptó la proposición y encargó de este trabajo al joven Zaid-ben-Thabit, que había sido secretario de Mahoma. Zaid no tenía demasiado deseo de realizarla, porque, sirviéndonos de sus propias palabras, hubiera sido más fácil trasladar una montaña que cumplir esta tarea. Acabó no obstante por obedecer, y, bajo la dirección de Omar, reunió los fragmentos que se encontraban en parte consignados en tiras de papel o de pergamino, en hojas de palma o en piedras, y que, en parte, se conservaban solamente en la memoria de determinadas personas. Su colección no tuvo autoridad, por otra parte, porque no estaba destinada al público, sino para uso particular de Abu-Beker y de Omar. Los musulmanes, por consiguiente, siguieron leyendo el Corán como querían, y poco a poco vinieron a diferir unas de otras las versiones. Como semejante situación dió lugar a disputas, el tercer califa, Otman, resolvió mandar hacer una versión oficial del Corán que fuera obligatoria para todos. Esta segunda versión, debida a Zaid lo mismo que la primera, es la única que poseemos, porque Otman mandó destruir todos los demás ejemplares.

Cualquiera que sea la opinión que se profese acerca de si el Corán ha llegado a nosotros tal como lo dejó Zaid, es evidente que la distribución del libro por él hecha, su división en suras o capítulos, es enteramente arbitraria. Se limitó a tomar el tamaño de las suras como principio de clasificación, sin sujetarse siquiera a él estrictamente.

La más larga de las suras es la primera, y la última es al mismo tiempo la más corta. De aquí resulta que las revelaciones que datan de las épocas más distintas y se refieren a los asuntos más diversos se encuentran ahora mezcladas al azar. No hay por consiguiente libro en que domine un caos semejante, y ésta es una de las razones que hacen la lectura del Corán tan penosa y aburrida. Si las suras se hubieran dispuesto en el orden cronológico de su escritura, su lectura sería sin duda más agradable. Se han hecho esfuerzos para restaurar el orden cronológico por sabios modernos y aun por teólogos musulmanes de la buena época (los musulmanes de hoy, que tienen el orden del Corán por divino, verían una muestra de incredulidad en la intención de distribuir cronológicamente las suras), esfuerzos que no han dejado de tener algún éxito. Hay en el estilo del Corán particularidades que pueden servir de punto de partida. Así el lenguaje de los trozos mequinenses es vigoroso y lleno de ardor si se compara con el lenguaje pesado y prolijo de los trozos medinenses. Ciertas alusiones a hechos históricos permiten también determinar la fecha de redacción de algunos trozos. Pero no quiere decir esto que pueda ordenarse todo el Corán cronológicamente. «Aun cuando todos los hombres y todos los Djinnes lo intentasen, no lo conseguirían». Aun cuando podamos ciertamente proponer un orden mejor de las suras que el admitido en la Iglesia musulmana, es dudoso que pueda ofrecerse nunca uno que obtenga la aprobación de todos los hombres competentes.

Para los musulmanes creyentes, el Corán, es decir, la palabra de Dios, que no ha sido creada, es el libro más perfecto que existe, tanto en el fondo como en la forma. Es natural, pero resulta extraño que esta idea preconcebida de los musulmanes haya ejercido sobre nosotros mucho más influjo del que cabría esperar. Se ha tomado muy seriamente por poesía, y admirado en consecuencia, la retórica pomposa y ese amontonamiento, muchas veces insensato, de imágenes que caracterizan las suras mequi-

nenses, y se ha considerado el estilo del libro entero como un modelo de pureza. Ahora bien, es difícil discutir gustos, pero debo decir que por mi parte, entre las obras árabes antiguas de algún renombre, no conozco una que muestre tan mal gusto y sea tan poco original, tan excesivamente prolija como el Corán. Aun de los relatos —y es la parte mejor—, hay mucho que decir. Los árabes se habían hecho generalmente maestros en el arte de contar. La lectura de sus relatos en el *Libro de los Cantos* constituye un verdadero placer artístico. Las leyendas, en su mayor parte tomadas de los judíos, que Mahoma ha referido, parecen bien incoloras cuando se acaba de leer una linda historia de otro cuentista árabe. Tal era la opinión de los de la Meca, que no eran malos jueces. La forma, es verdad, resulta original, pero la originalidad no siempre y en todos los respectos constituye un mérito. El estilo elevado, entre los árabes, eran los versos o la prosa rimada. Pero el arte de hacer versos, que en aquella época casi todo el mundo poseía, no era comprendido de Mahoma. Su gusto era muy extraño a los más grandes poetas árabes contemporáneos suyos, prefería otros muy medianos que sabían revestir pensamientos piadosos con versos de retóricos. Tenía aún por la poesía en general una aversión señalada. Se vió obligado, por tanto, a emplear para sus revelaciones la prosa rimada, y en las suras más antiguas ha permanecido efectivamente bastante fiel a las reglas de este estilo, de suerte que tienen gran analogía con las predicciones de los antiguos adivinos árabes; pero más tarde se apartó de ellas y se permitió multitud de licencias que severamente se habrían hecho notar de haberse hallado en otro libro que el que contiene la Palabra de Dios.—Mahoma escribía con dificultad y su lenguaje no era esmerado. En verdad, como vivió en un tiempo en que el dialecto árabe estaba floreciente, no hay entre su manera de escribir y el estilo de los autores clásicos la diferencia que se ve entre el griego del Nuevo Testamento y el griego puro. Pero siempre la diferencia es sensible. El Corán abunda en palabras poco puras,

tomadas del idioma judío, del siríaco y del etíope. Los comentaristas árabes, que no conocían otra lengua que la suya, se han fatigado en vano para interpretarlo. El Corán contiene, asimismo, más de una falta contra las reglas gramaticales, y si las notamos menos, débese a que los gramáticos árabes han incurrido también en estas faltas, que querían justificar como excepciones a las reglas. No por ello dejan de ser faltas, como se comprenderá cada vez más, a medida que mejor nos libremos de las preocupaciones de la superstición musulmana y concedamos mayor atención a los procedimientos de los primeros filólogos árabes que, libres todavía, raras veces copian, o no copian jamás, sus ejemplos del Corán. Esta circunstancia muestra que no consideraban dicho libro como obra clásica, como autoridad en materia de lenguaje, aun cuando no osasen manifestar claramente su opinión en este punto.

* * *

Si el Corán es en primer término la regla de la fe y de la conducta de los musulmanes, la tradición o *Sunna* ocupa el segundo lugar. El Corán no bastaba, porque los pueblos de Oriente no esperan solamente del fundador de una creencia la solución de las cuestiones religiosas. Pídenle también que determine su constitución política y su derecho, y que regule la vida diaria hasta en sus más insignificantes pormenores. Exigen de él que prescriba cómo deben vestirse, cómo han de peinarse la barba, de qué modo han de beber y comer. Como nada de esto se consigna en el Corán, se recurrió a las palabras y a los hechos del Profeta. Cabe admitir que algunas de las decisiones de Mahoma se consignaron ya por escrito durante su vida; pero generalmente se habían conservado por tradición oral, y la costumbre de escribirlas no se generali-

zó sino a principios del siglo II de la hégira, y muy poco después se empezó a reunir las tradiciones. Es de sentir que no se hiciera antes. Una colección hecha en tiempo de los Omniadas, muy indiferentes en materia religiosa, resultaría probablemente muy poco falseada; pero las primeras colecciones datan de los Abbasidas, que se habían servido precisamente, para subir al trono, de tradiciones falseadas o inventadas. Nada más fácil, cuando se quería defender algún sistema religioso o político, que invocar una tradición forjada por el mismo interesado. La extensión que adquirió este abuso nos es conocida por el testimonio de los autores musulmanes de colecciones. Así Bokhari, que había recorrido muchas comarcas con objeto de recoger tradiciones, manifiesta que de 600.000 relatos que había escuchado, apenas había 7.275 auténticos. No admite más que éstos en su gran obra; pero la norma crítica que seguía, lo mismo que sus émulos, para juzgar de la autenticidad o de la falsificación no era suficiente. Se contentaban con un signo puramente exterior. Toda tradición comprende dos partes: la autoridad, es decir, el buen nombre de las personas de que emana, y el texto. Los musulmanes no fijan su atención más que en la primera. Si la tradición emana de un compañero del Profeta y no hay nada que decir de la larga lista de las autoridades que se la han transmitido sucesivamente, *hay* que admitirla. Sin duda alguna, no hay razón para desechar este criterio. Nosotros también hemos de atender mucho a los nombres y al carácter de las autoridades, y la crítica europea ha tachado ya de embustero a más de uno que, entre los musulmanes, se consigna como digno de fe; pero este criterio no basta. No hay que atenerse a un signo exterior, es necesario comprobar el valor intrínseco de la tradición, ver si es verosímil, si concuerda con otras relaciones dignas de fe. Los autores musulmanes de colecciones no llegaban a esto. No podían hacerlo, por otra parte, sin dejar de ser musulmanes, sin trasladarse del dominio de la fe al de la ciencia.—Sin embargo, ninguna otra religión ha sometido, desde el comienzo del tercer si-

glo de su existencia, las bases en que descansa a un examen crítico tal como lo ha hecho la de los musulmanes, porque cabe calificarle de severo a pesar de la insuficiencia de su principio. Añadamos que los teólogos musulmanes de los siglos II y III han gozado de una libertad de examen que, en nuestro siglo, no se concede a los teólogos ingleses en su propio terreno, y que, además, han trabajado sincera y lealmente, sin tratar en modo alguno de hacer aparecer a Mahoma como un ideal. Por el contrario, nos le presentan tal como era, con todos sus defectos y sus flaquezas. Nos dan a conocer sin subterfugios, lo que sus adversarios pensaban y decían de él. Ni siquiera guardan silencio respecto a aquellas amargas burlas que contienen frecuentemente tan sorprendentes verdades, por ejemplo, las palabras de aquel hombre de Taif: «Puesto que Alah quería realmente enviar un Profeta, ¿no habría podido encontrar otro mejor que tú?» Me admira siempre, no que haya pasajes falsos en la tradición (porque así resulta de la naturaleza misma de las cosas), sino que contenga tantas partes verdaderas (según los críticos más rigurosos, la mitad de Bokhari merece esta calificación), y que, en esos puntos no falseados, se encuentren tantas cosas que deben escandalizar al creyente sincero.

La tradición, que nos trasporta por completo al ambiente de vida de los antiguos árabes, es de una lectura mucho más atractiva que el Corán. En un respecto, sin embargo, es inferior a dicho libro y ha hecho por ello que decaiga el islamismo. Era éste una religión sin milagros, dedúcese de la manera más clara del Corán que Mahoma jamás pretendió tener la facultad de hacerlos. Religión semejante hubiera sido un fenómeno notable en la historia de la evolución humana, un gran paso efectivo en el camino del progreso, y, si el islamismo hubiera permanecido confinado en los límites de Arabia, el mantenimiento de este principio en toda su pureza no habría figurado en modo alguno entre las cosas imposibles. Pero salió bien pronto de dichos límites, y, cuanto

más se encontraron los árabes en contacto con pueblos que tenían milagros que contar de sus Profetas, más quisieron suplir lo que no tenían en este respecto. No obstante, habían de trascurrir todavía bastantes siglos antes de que pudieran aplicarse a los musulmanes estas palabras del poeta:

El milagro es el hijo más querido de la fe

y en los primeros tiempos no ha habido, relativamente hablando, prodigalidad de relatos milagrosos.

Vamos a citar algunos, indicando al propio tiempo la manera como se han producido.

Al comienzo de su misión, Mahoma reconocía que él también había vivido en el error, es decir, que había tomado parte en el culto de los ídolos; pero manifestaba al propio tiempo que Dios le había abierto el corazón. Esta expresión figurada se tomó a la letra y dió lugar al relato siguiente, que se puso en boca de Mahoma: «Un día que estaba tendido de costado, cerca de la Kaba, alguien vino que me abrió el cuerpo desde el pecho hasta el ombligo y que cogió mi corazón. En seguida me fue acercado un recipiente de oro lleno de fe, en él se lavó mi corazón y fue puesto de nuevo en su sitio». Según esta tradición, que se encuentra en Bokharí y que es la más antigua, la purificación del órgano del Profeta habría tenido lugar antes de la ascensión de Mahoma, de que vamos a hablar inmediatamente. Pero otros autores de tradiciones han creído que sería mucho más oportuno que la purificación hubiera tenido lugar antes de la vocación de Mahoma para la profecía. La leyenda fue rectificada, pues, en este sentido; pero como siempre resultaba enojoso que Mahoma se hubiera equivocado alguna vez, el tiempo de la purificación se retrasó cada vez más. Se habló primeramente de sus veinte años, luego de los once, lo cual era preferible, puesto que a los dichos años la responsabilidad empieza, por último de su más tierna infancia. Se refirió en-

tonces a esta última época un relato concerniente a la educación que habría recibido en el campo en la tribu beduína de Beni-Sad; pero este mismo relato parece tener muy poco fundamento. He aquí la leyenda en esta última forma. Es Halima, mujer de la tribu de los Beni-Sad, quien habla:

«Abandoné un día mi morada con mi marido y mi hijo que acababa de nacer y fuí, con otras mujeres de mi tribu, a la Meca a buscar un niño para criar. Era un año de sequía y ya no teníamos qué comer. Iba con nosotros una borrica torda y una camella que no daba una gota de leche. No podíamos dormir porque nuestro hijo gritaba toda la noche de hambre. Yo tenía tan poca leche como la camella. Esperando no obstante mejorar, continuamos nuestro viaje. Al llegar a la Meca buscamos niños que criar. Ya se había ofrecido a todas las nodrizas el niño que había de ser el Profeta, pero ninguna había querido cogerlo y todas habían dicho: «Es un huérfano, no dará mucho que ganar». Hay que saber que nosotras esperábamos que los padres nos pagarían bien, y que, por el contrario, no esperábamos gran cosa de la madre de un niño que no tenía padre. Todas las mujeres que estaban con nosotros habían encontrado niños para criar, menos yo. «No quiero, dije a mi marido, volver de vacío junto a mis amigas, voy en busca del huérfano.—Tienes razón, respondió mi marido, quizá nos bendiga Alah si así haces». Fuí, pues, aun cuando no lo habría hecho de poder encontrar otro niño, y volví con el huérfano a nuestra caravana. Le cogí en los brazos y le di el pecho. Mamó hasta satisfacerse y entonces di también de mamar a mi hijo, que pudo hartarse igualmente. Luego se durmieron ambos, y por vez primera desde hacía mucho tiempo tuvimos una noche tranquila. Mi marido fue luego a ver nuestra camella y vió que tenía las tetas llenas de leche. Púsose a ordeñarla y todos pudimos beber lo bastante. Al día siguiente por la mañana mi marido me dijo: «Seguramente has encontrado un niño bendito». A la vuelta, mi borrica galopaba con tanta ligereza que mis amigas no pudie-



ron seguirme y pensaban que había cambiado de animal. No hay terreno más árido que el de los Beni-Sad, pero, desde que volvimos, nuestros rebaños dieron siempre mucha leche, en tanto los de nuestros vecinos no la tenían. Así decían a sus pastores: «Llevad el ganado a pastar a donde pasta el rebaño de Halima». Así lo hicieron, pero en vano. De esta suerte gozábamos de abundancia y riqueza. Pasados dos años, desteté al niño y creció perfectamente lo mismo que su hermano de leche. Le llevamos a su madre; pero como queríamos conservarle aún a causa de las numerosas bendiciones que nos había valido, la dije: «Es preferible que dejes a tu hijo con nosotros hasta que tenga toda su fuerza, porque temo que el aire malo de la Meca le haga daño». Nos permitió llevárnosle otra vez.

«Un mes más tarde, se encontraba un día con su hermano de leche junto a los rebaños que pastaban detrás de nuestras tiendas, cuando su hermano nos gritó: «Dos hombres vestidos de blanco han cogido a nuestro coreichita, le han tendido en el suelo y le han abierto el cuerpo». Mi marido y yo fuimos corriendo. Encontramos a Mahoma en pie, pero pálido, y le preguntamos qué le había sucedido. Respondió que dos hombres le habían abierto el cuerpo cortándole y que habían buscado algo, pero no sabía qué. Volvimos a nuestra tienda y mi marido me dijo: «Temo que este niño haya tenido un ataque». Le llevamos a su madre y nos preguntó la causa, porque nosotros la habíamos manifestado con anterioridad que queríamos conservar al niño en nuestra casa. «Tu hijo ha crecido al presente, la dije, he hecho por él todo lo que debía. Temo que le ocurra algo malo y por eso te le he traído. —No es ese el verdadero motivo, respondió la madre, cuéntame con franqueza lo que ha sucedido». Cuando me ví obligada a decirlo todo, exclamó: «¿Temes que el diablo haga de él su víctima? —Sí, respondí. —Por Dios, replicó ella, no hay nada de eso, el diablo no puede nada contra él. Mi hijo está llamado a altos destinos. ¿No te he contado su historia? Cuando estaba en cinta, salió de mí

una luz tan brillante que me permitía ver los palacios de Boçrá (1). Y cuando le hube dado a luz, puso sus manitas en el suelo y levantó la cabeza al cielo. Déjale, pues, aquí y vete».

Con el tiempo, cuando los musulmanes estuvieron en contacto diario con sus súbditos cristianos, no les bastó esta forma misma de la leyenda. Porque Mahoma, sin dejar de modificar un poco este dogma, había reconocido que Jesús y su madre estaban exentos del pecado original, y era para los creyentes escándalo perpetuo haber de confesar que el fundador del cristianismo tenía semejante preeminencia sobre el fundador del islamismo. Por tal motivo nació un nuevo dogma: se creyó que el alma de Mahoma había sido creada antes de Adán en estado de completa pureza.

Pero el milagro más grande que Dios hizo por su Profeta fue la ascensión o viaje nocturno. He aquí lo que dió lugar a este hecho. El último año de la estancia de Mahoma en la Meca, sus adversarios, impulsados probablemente por los judíos, le dijeron: «La patria de los Profetas es Siria. Por tanto, si realmente eres Profeta vé allí, y, cuando hayas vuelto, creeremos en ti». Mahoma quedó convencido, a lo que parece, de que la observación tenía fundamento, y, si puede creerse a la tradición, concibió más o menos el plan de hacer el viaje a Tierra Santa; pero una visión que tuvo por la noche le ahorró este trabajo. Visitó Jerusalén de un modo milagroso y contó lo sucedido en el Corán (17, ν 1) cómo sigue:

«Alabanza a Aquél que ha trasportado, durante la noche, a su servidor desde el templo sagrado (2) a ese otro templo más lejano (3) cuyos alrededores hemos bendecido,

(1) Boçrá era para los árabes una importante plaza de comercio. Era sede de un obispado cristiano y la ciudad más próxima entre aquellas en que dominaba la civilización griega.

(2) La Kaba.

(3) El templo de Jerusalén.

para hacerle ver algunos de nuestros milagros. En verdad, Dios oye y ve todo».

La idea pareció ridícula a sus adversarios. Los creyentes mismos tuvieron dudas respecto al milagro, tanto que algunos le consideraron mentira y se apostasiaron. Vióse obligado Mahoma, en consecuencia, a hacer decir a Dios (Corán, 17, v. 62): «La visión que te he hecho percibir no ha tenido otro objeto que poner a prueba a los hombres».

No había sido, por tanto, más que un sueño; pero pocos años más tarde, cuando la fe se hubo afirmado, Mahoma volvió a su idea primera y contó a los suyos pormenores nuevos acerca de su viaje nocturno. Montado en el caballo con alas Borak, había sido trasportado por el arcángel Gabriel al templo de Jerusalén. Allí le habían saludado los antiguos Profetas, que se habían reunido para recibirle. Desde Jerusalén había ido al cielo y había llegado, por fin, a la presencia del Creador, que le dió orden de imponer a sus partidarios la obligación de orar cinco veces al día. La imaginación adornó en tiempos posteriores este relato con colores brillantes; pero se discute todavía entre los musulmanes si hay que considerar el hecho como una visión (según lo indica el Corán), o como un viaje real y corporal.

Generalmente, la biografía del Profeta está adornada con un número muy grande de leyendas, revestidas en más de una ocasión con todo el esplendor de la poesía. Por eso, sin duda, la verdad histórica no puede reconocerse en las versiones más recientes, sobre todo en lo que concierne a la juventud de Mahoma y su estancia en la Meca. Pero las biografías más antiguas no han añadido tan bien lo maravilloso que no se pueda, por lo común, con un poco de tacto crítico, distinguir la verdad de la ficción. Mahoma no ha llegado a ser nunca un sér sobrenatural o mítico.

(Según R. Dozy, *Essai sur l'histoire de l'Islamisme.*)

CAPÍTULO V

El Papado y los duques austrasianos.

PROGRAMA.—Gregorio Magno. *Monasterios y misiones en Occidente*. Carlos Martel. *Relaciones con los Papas*. Advenimiento de Pepino el Breve.

BIBLIOGRAFÍA

Los títulos de algunas obras útiles para el estudio de este capítulo del programa (Dahn, Bury, J. Zeller, etc.) han sido ya indicados.

Se ha escrito mucho acerca de la **Historia de la Iglesia romana antes del siglo VIII**. Consúltense, en primer lugar, los Manuales generales de Historia eclesiástica (enumerados más adelante, en la bibliografía del capítulo XIII). Entre los libros originales, véanse: J. Langen, *Geschichte der römischen Kirche*, tomos I y II (hasta el Pontificado de Nicolás I), Bonn, 1881; — F. Gregorovius, *Geschichte der Stadt Rom im Mittelalter*, tomos I y II, Stuttgart, 1889; — L. Duchesne, *Origines du culte chrétien. Etude sur la liturgie latine avant Charlemagne*, Paris, 1889.

No es menos abundante la bibliografía relativa a los **monasterios** y a las **misiones en Occidente**. El tomo I, ya citado, de la *Kirchengeschichte Deutschlands*, de A. Hauck (Leipzig, 1887) es autoridad respecto a la Galia y a Germania. — Para Inglaterra, véase el excelente Manual de J. R. Green, en la edición ilustrada (véase la bibliografía del capítulo XII), y Ed. Winckelmann, *Geschichte der Angelsachsen*, Berlín, 1883. — Para Armórica, véase A. de la Borderie,

Études historiques bretonnes, París, 1884-1888, 2 tomos. — El libro de M. de Montalembert, *Les moines d'Occident*, París, 1860-1874, 5 vols., ha tenido celebridad; pero hoy ya no se utiliza. — El de A. Lenoir, *L'architecture monastique*, París, 1852-56, 2 tomos, es de considerar todavía. — W. Sickel, *Die Verträge der Päpste mit den Karolingern und das neue Kaiserthum*, en la *Deutsche Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, tomo XI (1893) y XII (1894-1895).

Para la historia de los Carolingios antes de Carlomagno, los *Jahrbücher des fränkischen Reiches* son clásicos: H. E. Bonnell, *Die Anfänge des karolingischen Hauses*, Berlín, 1866; — T. Breysig, 714-741, Leipzig, 1869; — H. Hahn, 741-752, Berlín, 1863; — L. Elsner, *Jahrbücher d. fr. R. under König Pippin*. La obra de A.-F. Gérard, *Histoire des Francs d'Austrasie*, Bruxelles, 1864, está atrasada. — Léase la exposición general de O. Gutsche y W. Schultze, en la *Deutsche Geschichte von der Urzeit bis zu den Karolingern*, ya citada. — Resumen claro y vivo, por E. Lavisse, en la *Historia general desde el siglo IV a nuestros días*, tomo I, cap. V, págs. 204-272 de la edición francesa.

I.—Entrada en escena del Papado.

Hasta fines del siglo VIII, la situación del obispo de Roma fue dependiente. Estuvo en relaciones continuas con los emperadores de Occidente, luego con los de Oriente, porque la caída del Imperio en Occidente y la ocupación de la península por los bárbaros, hérulos primeramente, luego ostrogodos, no libertó al Papado. No puede leerse sin admiración la correspondencia pontificia, en que la humildad de los Papas más grandes llega a la baja. Gregorio Magno hace la corte a las emperatrices al mismo tiempo que a los emperadores. Las encarga que presenten al dueño quejas que no se atreve a expresar. Otras veces, por un artificio de retórica, es Dios mismo quien hace hablar a Mauricio, y Dios toma precauciones para no ofender a este personaje. Pero he aquí que un aventurero llamado Focas ha sublevado al ejército del Danubio, ha entrado en Constantinopla, le ha aclamado el populacho y le ha coronado el Patriarca. Mauricio ha sido

muerto y pasada a cuchillo toda su familia del sin ventura. Pronto Gregorio Magno escribe al asesino: «¡Gloria, exclama, gloria a Dios que reina en lo más alto de los cielos!» Atribuye aquella revolución a la Providencia, que para aliviar el corazón de los afligidos eleva al soberano poder a un hombre «cuya generosidad derrama en el corazón de todos la alegría de la gracia divina». Se regocija de que la bondad y la piedad se hayan sentado en el trono imperial. Quiere que haya «fiesta en los cielos, alegría en la tierra». Al mismo tiempo ofrece a la mujer del emperador, Leoncia, sus felicitaciones: «Ninguna lengua, la dice, podría expresar, ningún alma imaginar el agradecimiento que debemos a Dios» e invita a «las voces de los hombres a unirse al coro de los ángeles para dar gracias al Creador».—Con cualquier motivo, el emperador de Bizancio actúa como soberano en Roma. El Papa de nueva elección debe enviar mensajeros a Constantinopla para participar al príncipe su nombramiento. La ordenación «no puede celebrarse sino con consentimiento del emperador y por su mandato». El Papa llega a pagar determinado tributo hasta el día en que el βασιλεύς dispensa graciosamente de este deber a la Iglesia romana. Las órdenes que proceden de la «ciudad real» son llamadas «divinas» por los Papas, que las solicitan humildemente en todo momento. Para tocar a los monumentos antiguos, por ejemplo, es necesario el permiso del emperador. Focas autoriza a Gregorio Magno para transformar el Panteón en iglesia, y otro emperador permite a Honorio quitar las tejas doradas que cubrían el templo de Roma. Siempre puede el sucesor de Augusto irse a establecer a Roma, donde nadie pretende ocupar su puesto. Constantino II, que reinaba en la postrera mitad del siglo VII, quiso abandonar Constantinopla, donde no era querido, y que, varias veces amenazada por los árabes, se veía expuesta a los mayores peligros. Púsose en camino, pasó por Atenas, por Tarento, haciendo una especie de revista de fantasmas. Cuando se aproximó a Roma, el Papa, con todo el clero, se adelantó a recibirle a seis millas de la

ciudad. Le hizo los honores del santuario de San Pedro y del palacio de Letrán, le cantó la misa y le mandó servir la comida en una basílica. Doce días trascurrieron de esta suerte. Constantino se dió pronto cuenta de que Roma ya no era una capital imperial y partió; pero había mandado recoger y llevar en barcos a Constantinopla estatuas que adornaban la ciudad, como dueño que despoja una vieja residencia en provecho de otra nueva.

* * *

No obstante, en el curso del siglo VII, el Estado bizantino va decreciendo. Los árabes le han arrebatado la Siria y el Egipto casi sin lucha, y el Imperio se ve reducido a la península y una parte del Asia Menor. No ha sabido defender a la cristiandad. Antioquía y Alejandría, las dos grandes metrópolis apostólicas, son musulmanas. Ya el Papa no tiene rivales que temer en las Iglesias orientales, que eran más viejas que la suya. De las sedes fundadas por los Apóstoles una sola queda en pie, Roma, a la que la ruina de aquéllas hace crecer cien codos. Por otra parte, mientras el Imperio ha perdido provincias, el Papado ha conquistado dos: Bretaña y Germania.

Un día, dice la leyenda (era a fines del siglo VI), un monje que paseaba por las calles de Roma se detuvo en el mercado de esclavos. Vió en él jóvenes cuya larga cabellera rubia rodeaba el rostro dulce y blanco. Preguntó de qué país eran y le fue respondido que venían de Bretaña y que eran paganos. El monje suspiró, deplorando que hombres de rostro tan claro estuvieran sometidos al príncipe de las tinieblas. Quiso saber el nombre del pueblo, y cuando le dijeron que eran *anglos* dijo: «¡Angeles, eso es, tienen cara de ángeles y es preciso que lleguen a ser los compañeros de los ángeles en el cielo!» A una nueva pregunta suya, le fue respondido que habían nacido en la provincia de *Daira*. «Bien, añadió, de la cólera (*de*

irá) de Dios. Es necesario que se les libre por la misericordia de Cristo, pero ¿cómo se llama el rey de su país?— *Ella.* — ¡*Aleluia*, exclamó, las alabanzas de Dios serán cantadas en ese reino!» Y el monje quería ir a llevar al país de los anglos la palabra divina; pero fue retenido en Roma donde el pueblo y el clero le reservaban el honor más grande del mundo. Fue Papa, pero no olvidó el país de los esclavos rubios. Gregorio Magno, en efecto, porque es el héroe de esta linda historia, envió a los anglo-sajones misioneros que los convirtieron.

El año 596 cuarenta monjes, conducidos por Agustín, abad de un monasterio romano, desembarcaron cantando salmos en la costa del reino de Kent. Apenas había trascurrido un año cuando el rey era bautizado. Su ejemplo fue seguido, como en otro tiempo el de Clodoveo, por algunos miles de germanos. Gregorio atendía cuidadosamente a los progresos de la misión. Enviaba regalos, reliquias y admirables instrucciones en que recomendaba a sus enviados obrar con dulzura, no chocar con las gentes ni con las costumbres, respetar las fiestas acostumbradas de los paganos y hasta los templos de los dioses, purificándolos. «No se sube a saltos, decía, a la cima de una montaña, sino poco a poco, paso tras paso». Cuando la obra le pareció bastante adelantada, instituyó a Agustín arzobispo de Cantorbery, con la facultad de consagrar a doce obispos que serían los sufragáneos de su sede metropolitana. York había de ser capital de otra provincia eclesiástica. Así empezó la conquista de Inglaterra por la Iglesia romana. Pero no terminó inmediatamente, y la lejana colonia continuó expuesta a grandes peligros. El paganismo se defendió durante cerca de un siglo en los reinos anglo-sajones y hubo en varias ocasiones sangrientas revanchas. Al mismo tiempo se entablaba una lucha entre la vieja Iglesia bretona y la nueva Iglesia, lucha singular y cuyo objeto era de gran importancia. Puede decirse que todo el porvenir del Papado dependía de ella.

Entre estas dos Iglesias no había disidencia dogmática, pero los cristianos bretones, separados del mundo católi-

co por los anglo-sajones, no estaban al corriente de los progresos de la Iglesia romana ni de ciertas modificaciones que se habían introducido en el culto y en la disciplina. Sus sacerdotes vivían sencillamente, sin reglas y, siguiendo la costumbre, usaban unas veces el traje seglar, otras hábito blanco y el báculo. Sus casas eran pobres. Los dones que recibían se gastaban en limosnas, por iglesias tenían cabañas, predicaban y daban la bendición al aire libre. Conocían la Sagrada Escritura mejor que la tradición canónica, el episcopado era entre ellos una dignidad pastoral, no un oficio. Sus obispos, que eran al propio tiempo abades de los grandes monasterios, no tenían idea de la complicada jerarquía que, de grado en grado, terminaba en el Papa. Era esto, a los ojos de los misioneros, cosa extraña y odiosa como la herejía. Así las dos Iglesias, cuando se encontraron en Bretaña, lejos de reconocerse como hermanas, se trataron como enemigas. Agustín, revestido por Gregorio Magno de la primacía sobre la Iglesia bretona lo mismo que sobre la sajona, quiso tratar como superior a aquellos irregulares. Un día, unos obispos bretones fueron a una conferencia a que los había llamado. Cuando llegaron a la sala donde los esperaba, el arzobispo no se levantó. Censuraron a aquel extranjero su orgullo y se negaron a saludarle como jefe. Agustín les invitaba a unir sus esfuerzos a los suyos para la conversión de los anglo-sajones. Los bretones, en efecto, habían descuidado hasta entonces predicar a aquellos bárbaros, quizá por odio hacia ellos y por no prepararles la entrada en el reino de Dios. Después de la llegada de los romanos, emprendieron a su vez misiones, pero para disputar el terreno a sus rivales y alzar altar contra altar. Llegó a ser la enemiga tan violenta que bretones y romanos huían unos de otros como de apestados. Los primeros defendían obstinadamente sus antiguos usos, entre los cuales dos sobre todo parecieron odiosos a los segundos: celebraban la Pascua en una fecha distinta a la de la Iglesia romana y, en vez de marcar la tonsura en la parte superior de la cabeza en forma de corona, se afeitaban el

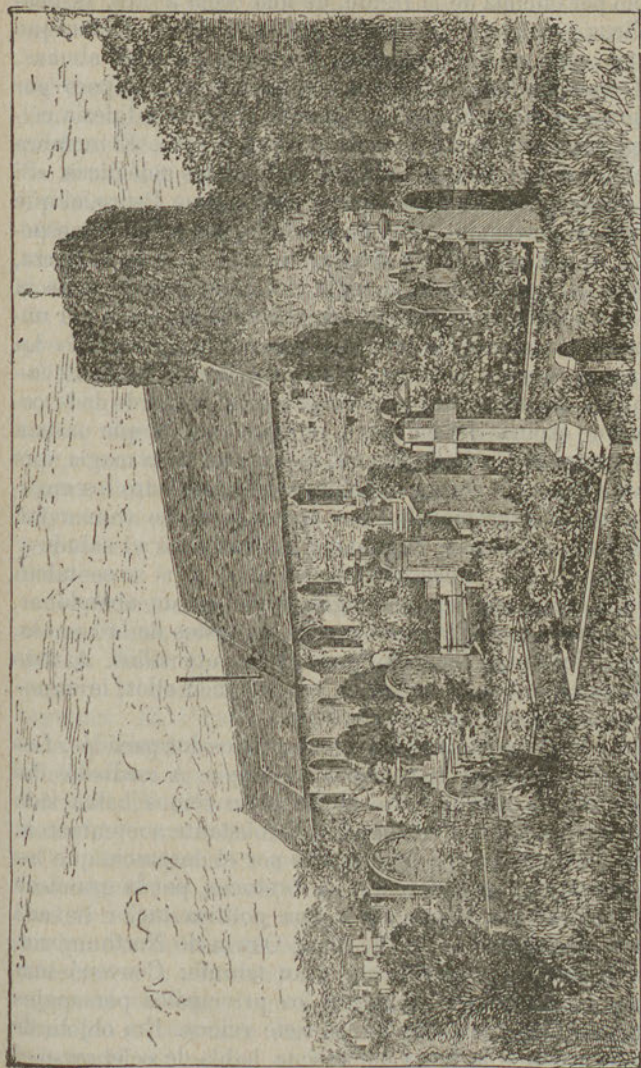


Fig. 14. — Iglesia de San Martín en Cantorbery, fundada por San Agustín.

pelo por encima de la frente. de una oreja a otra. Los católicos —así se llamaban los anglo-sajones— decían que estas costumbres eran «una perdición para las almas». El tema de estas disputas nos parece nimio, pero por cima se agitaba la gran cuestión de si la vieja Iglesia celtica aceptaría la supremacía de San Pedro. El nombre del apóstol aparece a cada momento en las polémicas. «Si es verdad, dice un católico anglo-sajón, que Pedro, el que tiene las llaves del cielo, ha recibido, por privilegio especial, el poder de atar y desatar en el cielo y en la tierra, ¿cómo el que rechaza la regla del ciclo pascual y de la tonsura romana no comprende que debe ser atado por nudos inextricables, más que desatado por la clemencia?» La tonsura romana, añade el mismo escritor, la había llevado San Pedro mismo para conservar el recuerdo de la corona de espinas del Salvador, mientras que la que usaban los bretones era la de Simón, el inventor de la magia, que había utilizado contra el bienaventurado Pedro los engaños de la nigromancia. Los bretones no se conmovían por estos anatemas. Negaban a los católicos el saludo y el beso de paz, jamás comían con ellos, y, si se sentaban a una mesa que sus enemigos acababan de abandonar, empezaban por echar a los cerdos los restos de la comida, y purificaban al fuego los vasos y los utensilios. A todo romano que quería entrar en relación con ellos, le imponían una cuarentena de penitencia.

Mucho tiempo duró la lucha entre los dos partidos. Los bretones parecieron vencer al principio. A mediados del siglo VII, la mayor parte de los siete reinos había sido convertida por sus misioneros. No obstante sucumbieron. Los católicos fueron favorecidos por el desprecio que los anglo-sajones profesaban a los bretones, por la grandeza del nombre de Roma y por una política mejor llevada cerca de los reyes. Uno de éstos, Oswin de Northumbria, les preparó el año 656 un gran triunfo. Convocó una Asamblea a la que asistieron los principales personajes eclesiásticos y seglares de los siete reinos. Era objeto de la discusión si la fiesta de Pascua había de celebrarse el

día de la luna llena de primavera o el domingo siguiente, y si la semana de Pascua empezaría la víspera del día de la luna llena o la noche de este día. De una y otra parte se invocaban las más altas autoridades. El orador católico llegó a citar la frase célebre: «Eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia». El rey, volviéndose en seguida al obispo bretón Colman, le preguntó: «¿Es cierto, Colman, que estas palabras fueron dichas a Pedro por el Señor?» — Es cierto, rey, respondió Colman.— Veamos, añadió el rey, ¿estáis de acuerdo en reconocer que estas palabras fueron dichas a Pedro y que las llaves del Reino de los Cielos le fueron entregadas por el Señor?» Respondieron: «Sí». Entonces el rey terminó de esta suerte: «Y yo os digo que no quiero ponerme en contradicción con el que tiene las llaves del cielo. Quiero, por el contrario, obedecer en todo lo que él ha establecido, no sea que, cuando aparezca en las puertas del Reino de los Cielos, el que tiene las llaves me vuelva la espalda y no haya nadie para abrirme». A esto no había nada que responder y la Asamblea se declaró en favor de los católicos.

Desde entonces la Iglesia bretona no hizo más que decaer y Roma, prosiguiendo sus triunfos, organizó la conquista. Había que arrebatár al enemigo su última arma, que era la ciencia, siempre venerada en los monasterios bretones. El Papa envió a Inglaterra, para ocupar la sede episcopal de Cantorbery, a un hombre sabio y hábil, Teodoro, acompañado de un abad cuyo nombre era Adriano. El primero había nacido en Tarso, en Cilicia, el segundo procedía del monasterio de Nisida, en la Tesalia. En pocos años realizaron una labor considerable. Destruyeron en los siete reinos los últimos restos del paganismo. Instituyeron nuevos obispados, organizaron las dos provincias eclesiásticas de York y de Cantorbery, establecieron la autoridad del Metropolitano y señalaron el rango de los obispos en cada una de ellas. Se celebraron Concilios a intervalos regulares. En su diócesis, bien limitada, el obispo fue el jefe de su clero. Nadie podía

ejercer cargo sacerdotal que él no hubiera autorizado. Ningún sacerdote podía abandonar su parroquia, ningún monje su monasterio. Cada cual tuvo su puesto y conoció exactamente los deberes de su oficio. A la libertad que todos tenían en la Iglesia bretona, sucedió una ordenanza rigurosa. Para instruir al clero se fundaron escuelas. La enseñanza se daba en ellas tan bien, que los escolares aprendieron a hablar el griego y el latín lo mismo que su lengua materna. En ellas se practicó el arte de la escritura. Hermosos manuscritos fueron copiados en pergamino de color y en letras doradas (1). Los bretones eran igualados. En otras cosas se les superaba, porque los obispos anglo-sajones edificaron, en lugar de modestas capillas, iglesias soberbias, como la de Hexhorn, cuyas torres eran tan altas, las columnas tan numerosas, las pinturas tan brillantes, que no las había tan hermosas en el mundo, decíase, a no ser en Italia.

La cultura romana hizo que diera aquel suelo virgen cosechas inesperadas. Los anglo-sajones estudiaban a Tito Livio y a Virgilio, tanto como la Biblia y el Evangelio. Viendo sus esfuerzos de escolares, los *versiculi* en que se presentaban enigmas, los billetes preciosos que cambiaban obispos, abades y religiosas, se les tomaría por alumnos de los retóricos de la decadencia; pero algunos espíritus penetraron hasta el fondo de la luz antigua, como el venerable Beda. Aquellos discípulos de la antigüedad son aficionados a los placeres intelectuales, están llenos de agradecimiento a la Ciudad que les concedió este beneficio. La lucha con los bretones, enemigos de Roma, y la admiración a los grandes escritores clásicos engendraron entonces, en Inglaterra, un sentimiento singular que no

(1) Los escribas y miniaturistas anglo-sajones, instruidos en la escuela de los celtas, de la Gran Bretaña y de Irlanda, ejercieron considerable influjo en la reforma de la escritura y de su ornamentación en Occidente en la época de Carlomagno. Véase el capítulo VI, § 4, «Manuscritos Carolingios».

se puede denominar de otro modo que patriotismo romano. Todos los ojos se vuelven a la capital del mundo. Cada año numerosos peregrinos se ponen en camino para la Ciudad Santa. Los obispos y los abades tienen largas conferencias con el Papa, se penetran del espíritu de su gobierno, se informan de todos los usos, dan cuenta al Pontífice de sus asuntos, reciben instrucciones suyas y, a veces, también tienen a su lado algún romano que va a ejecutar en la isla una especie de inspección. Así el abad Benito, venido al umbral de los apóstoles a fines del siglo VII, volvió a partir acompañado de maestro Juan, archicantor de San Pedro, que enseñaba el canto romano, porque los sacerdotes ingleses querían cantar como se cantaba en Roma. La atracción se hizo tan poderosa que los mismos reyes cedieron a ella. El año 689, el rey sajón Kadwall va a Roma con intención de acabar sus días en un monasterio. Allí muere, y su epitafio le alaba por haber dejado trono, riquezas, familia, reino, para ver la sede del Apóstol.

*Urbem Romuleam vidit, templumque verendum
Adspexit Petri, mystica dona gerens.*

Pronto de aquella colonia papal de Inglaterra, conquistada en cien años por Agustín, Paulino y Teodoro, salieron hombres que llevaron a país bárbaro las ideas y los sentimientos de que estaban animados. Misioneros anglosajones fueron a convertir la Germania y continuar de esta suerte la obra comenzada por los bretones. El antagonismo de las dos Iglesias se encuentra también aquí. En tanto los bretones obraban con toda libertad, sin común acuerdo ni plan coordinado, los ingleses se dejan guiar y piden ser guiados por la mano del Papa. No dan un paso que él no haya autorizado. Dos veces el apóstol de los frisones, Willibrod, ha ido a Roma: la primera a fin de solicitar del Papa autorización para predicar el Evangelio a los paganos, la segunda para ser consagrado obispo. Pero el verdadero conquistador de la Germania es el

monje anglo-sajón Winfrid, que dió a su nombre la forma latina, Bonifacio. Este Bonifacio, un inglés triste, atormentado por el fastidio, metódico, formulista, fue un servidor apasionado de la Iglesia de Roma. Se representaba la Iglesia romana como una persona viva que no puede engañar ni engañarse, y la amaba, como sus hermanas de los monasterios, con místico cariño: «He vivido en la familiaridad, al servicio de la Sede apostólica, *in servitio apostolicæ sedis*, y siempre he confiado al Pontífice todas mis alegrías y todas mis tristezas». El año 719, en el momento de emprender su apostolado, va a arrodillarse a los pies del sucesor de los apóstoles. El Papa le alaba por haber «buscado la cabeza de aquel cuerpo de que es miembro, por someterse al juicio de esa cabeza y por caminar, guiado por ella, en el buen camino. Por la inquebrantable autoridad del bienaventurado Pedro, le permite llevar el uno y el otro Testamento a los infieles que los desconocen». Tres años más tarde, cuando ha estudiado el terreno de su acción, Bonifacio va a presentar su informe al Pontífice, que le consagra obispo, y presta entonces un juramento que le liga íntimamente a Roma. Era el mismo juramento que prestaban los obispos suburbicarios, es decir, los que estaban desde fecha inmemorial sometidos a la autoridad directa del Papa; pero se ha hecho en el texto de la fórmula una modificación importante. Los obispos suburbicarios habitaban en territorio imperial, y así juraban «revelar cualquier conspiración que se tramase contra el Estado o contra nuestro muy piadoso emperador». Bonifacio no conoce al emperador, no tiene otro jefe que el Papa, y lo que promete bajo la fe del juramento es que, «si encuentra sacerdotes rebeldes a las reglas antiguas de los Santos Padres, es decir, a la tradición canónica romana, los denunciará fielmente y en seguida al Señor apostólico». He aquí una variante que interesa a la Historia universal. Unas cuantas palabras variadas en una fórmula anuncian una gran revolución. El Papa, súbdito del emperador en Italia, no tiene que contar con la autoridad imperial en aquella Bretaña que se ha perdido para el Imperio desde

principios del siglo v, y todavía menos en aquella Germania que la Roma pagana no conquistó jamás. Es una tierra nueva, y por el derecho de esa conquista espiritual que ha realizado bajo sus órdenes su legado Bonifacio, está en sus dominios. Dispone como soberano. Coloca a la Iglesia germánica en la misma condición que una iglesia de la campiña romana, y el legado apostólico, cuando parte precedido de una carta en que el Pontífice manda a los obispos, sacerdotes, duques, condes y a todo el pueblo cristiano recibirle y darle de beber, de comer, compañeros y guías, parece el procónsul de una *república* nueva, requiriendo a su paso las ayudas que eran debidas en otro tiempo a los oficiales romanos.

* * *

Mientras tanto, Italia se separaba del Imperio, y la ciudad imperial se trasformaba en ciudad pontificia.

En la Roma en ruinas crecía lentamente la ciudad pontificia. Las basílicas se levantaban entre los templos abandonados, o bien la nueva creencia tomaba posesión de algún santuario para utilizarlo en su culto. La división de Roma en catorce distritos ha desaparecido. Siete distritos se han formado, y cada uno de ellos era la circunscripción de uno de los siete diáconos de la Iglesia romana. Cuando la población se reúne para alguna manifestación piadosa, se agrupa alrededor de las basílicas. El día que Gregorio Magno ordena una procesión expiatoria para lograr que cese la peste, los clérigos parten de la basílica de los Santos Cosme y Damián; los monjes, de la basílica de los Santos Gervasio y Protasio; las religiosas, de la basílica de los Santos Marcelino y Pedro; los niños, de la basílica de los Santos Juan y Pablo; los hombres, de la basílica de San Esteban; las viudas, de la basílica de Santa Eufemia; las casadas, de la basílica de San Clemente. Los siete rebaños de fieles, cada uno de los cuales, era



conducido por los sacerdotes de una de las regiones, se



Fig. 15.—Calle y ábside de la iglesia de San Juan y San Pablo, en Roma.

dirigieron, vestidos de negro y cubiertos con velos y capuchas, hacia Santa María la Mayor. Aquellas grandes

pompas melancólicas, aquellas ceremonias y procesiones, sustituyen a las fiestas de otros tiempos y a los triunfos. El obispo, de quien procede toda la vida eclesiástica, es el gran personaje de la ciudad, su elección el asunto capital. Su puesto es tanto más grande en la ciudad cuanto que no se limita por completo a ella y su autoridad se extiende por el mundo. En los grandes días, él aparece en primer término. Ha ido al encuentro de Atila para desviarle de Roma, ha tratado con Genserico de la capitulación, ha llevado las llaves a Belisario, es contra los lombardos el verdadero defensor, y, en caso necesario, trata con ellos como si fuera el príncipe de la ciudad. Los productos del patrimonio de San Pedro, bien administrados, le permiten hacer cada mes una distribución de víveres. Gregorio Magno se cree tan obligado a dar de comer a los romanos, que, habiendo sabido que un pobre había muerto de hambre en la calle, no osó en varios días subir al altar. Por otra parte, la única industria de Roma es la construcción y el adorno de las iglesias, y los arquitectos, constructores, pintores, escultores, orfebres son los clientes del Papa. Entre los trabajos se repite frecuentemente «la restauración de las murallas», y el Papa es quien la emprende y la paga. Fortificar la ciudad y alimentar a los habitantes, ¿no era hacer oficio de Estado? El obispo, mediante aquellos diarios beneficios, preparaba y legitimaba la autoridad que debía ejercer algún día. Todo le servía, la ruina de la antigua Roma, la desaparición de las viejas familias, la decadencia del Imperio, la invasión de los árabes, su dignidad apostólica, su riqueza.

El Papa se había hecho, por tanto, capaz de resistir al emperador, y como pocas veces ocurre que no se haga uso de un poder adquirido, lo utilizó brillantemente. La ocasión fue pequeña. No se trataba de defender la fe, y el emperador León Isaúrico, contra quien fue dirigida la sublevación, no había puesto en discusión la divinidad ni la naturaleza de Cristo. Hombre de gobierno, legislador, capitán y administrador de primer orden, espíritu ilustrado, había atendido los consejos de aquéllos a quienes ofendían

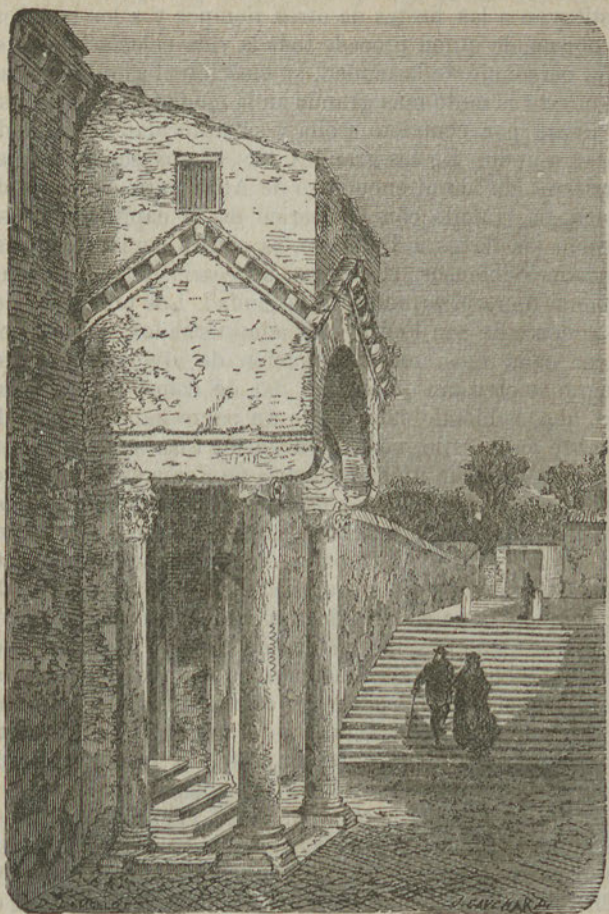


Fig. 16.—Pórtico exterior de la iglesia de San Clemente.

las supersticiones del culto de las imágenes, y había prohibido este culto. Abiertamente el Papa Gregorio II desobedeció las órdenes imperiales y significó en cartas su desobediencia al emperador. Gregorio III hizo más. El año 731, un concilio celebrado en Roma declara «excluído del cuerpo y de la sangre de Cristo al que deponga, destruya, profane o blasfeme de las santas imágenes». Era, en forma de excomuni3n, declarar la guerra al emperador. Ya se habían iniciado verdaderas hostilidades. Gregorio II «se había armado contra el emperador, dice su bi3grafo, como contra un enemigo». La península se pone en movimiento, los ejércitos de la Pentápolis y del Véneto entran en campaña. El emperador rompe toda relación diplomática con el Papa y los sublevados, cuyos mensajeros hace prender en Sicilia. Confisca los bienes pontificios en el mediodía de Italia, que ha seguido siéndole fiel. Al anatema está muy cerca de responder con el cisma. El rompimiento parece completo y definitivo.

No obstante, el Papa vacilaba aún. Es dudoso que entonces quisiera apartarse por completo del emperador. Estaba retenido por la costumbre, por el respeto, pero también por la inquietud que le producían ciertos acontecimientos que tenían lugar en Italia. Los lombardos se aprovechaban del desorden para acrecer su fortuna. Se habían enfurecido con los iconoclastas y se habían unido a los italianos para defender a Gregorio II. Habían llegado a unirse a los romanos, dice el *Liber pontificalis*, «como hermanos por la cadena de la fe, no pidiendo sino una muerte gloriosa en lucha por el Pontífice», pero habían puesto mano sobre Ravena y hecho una tentativa sobre Roma. Ciertamente, el rey Luitprando tenía resuelta voluntad de terminar la conquista de Italia. Necesitaba «Roma capital», pero el Papa estaba muy determinado a no soportar a su lado un rey que habría venido a ser un dueño. Sabía a qué precio el patriarca de Constantinopla pagaba la vecindad del emperador y no había olvidado que Odoacro y Teodorico habían ejercitado seriamente sus derechos reales sobre el obispado de Roma. Por eso

Gregorio II, en el mismo momento que desobedecía al emperador, impedía que los sublevados designasen un Anti-César, y se dirigía al duque griego de Venecia para rogarle que hiciera que Ravena volviese al «regazo de la santa república y al servicio del emperador». Ravena fue recuperada, en efecto, pero Luitprando llegó a acampar delante de Roma. El Papa fue a avistarse con él y «apaciguó su espíritu mediante una admonición piadosa, tanto que el rey se prosternó delante del Pontífice, prometiendo retirarse sin hacer daño a nadie». Gregorio le llevó a la tumba de San Pedro «y le puso con sus piadosas palabras tan compungido que se despojó de sus vestiduras para depositarlas ante el cuerpo del Apóstol. Después de lo cual oró y se retiró». San Pedro había preservado a su sucesor de la fundación de un reino en Italia. Pero Luitprando podía volver, conmoviéndose menos en otra visita y conservar sus vestiduras y su puesto. El Papa buscó aliados entre los mismos lombardos. Alentaba a la rebelión a los duques de Spoleto y de Benevento, que querían hacerse independientes. Cuando el duque de Spoleto hubo sido vencido y se refugió en Roma, se negó a entregarle, y esta vez se vió en guerra franca con Luitprando.

En esta coyuntura se dirigió al duque de los francos. No sabemos justamente lo que le pidió, ni lo que le ofreció. Los datos que han llegado a nosotros acerca de este grave paso son algo posteriores al suceso. El *Liber pontificalis* no habla más que del ruego dirigido por Gregorio a Carlos de que librase a los romanos de la opresión de los lombardos. El continuador de Fredegario afirma que le prometió «separarse del emperador y darle el consulado romano». Como siempre, el Pontífice se encomendó a San Pedro, y entre los presentes de que sus legados estaban encargados, figuraban «las llaves de la verdadera tumba del Apóstol». La embajada sorprendió al duque franco, cuyo espíritu no era enteramente sacerdotal. Carlos Martel no tenía ningún motivo de enemistad contra Luitprando, que le había ayudado poco tiempo antes a arrojar a los sarracenos de la Provenza, y se contentó con

enviar una embajada que llevó regalos a Roma. Gregorio escribió entonces dos cartas suplicantes. Se lamentaba del pillaje de los bienes de la Iglesia, y conjuraba a Carlos para «que no prefiriese la amistad del rey de los lombardos al amor del Príncipe de los Apóstoles». Ningún resultado tuvieron estas negociaciones. Carlos murió el año siguiente (740) y Gregorio en 741. El Papa Zacarías intentó aún una aproximación a los lombardos, pero la fuerza de las cosas debía obligar al obispo de Roma a dirigirse otra vez a los francos, y la embajada de Gregorio señala una de las fechas más grandes de la Historia universal...

Según E. Lavisse, *Études sur l'histoire de l'Allemagne*, en la *Revue des Deux Mondes*, 15 de diciembre de 1886, 15 de abril de 1887.

II.—Pepino «el Breve».

Parece que la filiación de Pepino (el rey Pepino, Pepino «el Breve»), hijo de Carlos Martel, no haya debido olvidarse nunca. No obstante, no hay entre nuestras canciones más que los *Lorenenses* donde Carlos Martel sea designado con exactitud. Sus relaciones con la Iglesia, de cuyos bienes se apodera para subvenir a sus gastos de guerra, son presentadas (en esta canción) con cierta fidelidad. Muerto Carlos Martel (de heridas recibidas en un gran combate), su hijo «Pepinito», todavía de corta edad, es coronado gracias a la vigorosa intervención de Lorrain Hervi. Todo esto es pura invención, pero conserva al menos la tradición auténtica en lo que concierne al padre de Pepino. No ocurre lo mismo en otras cosas. Juan Bodel, en su *Canción de Saisnes*, hace a Pepino hijo de Anseis... Este nombre es en realidad el del bisabuelo de nuestro Pepino, *Ansegisus* o *Ansegisilus*, padre de Pepino II, «el Mediano», como se le llama para distinguirlo

de su abuelo y de su nieto (1). Desde entonces cabe preguntarse si el rey Pepino no ha ocupado, en ciertos relatos legendarios que le conciernen, el lugar de su abuelo, como ha hecho tantas veces Carlomagno con respecto a Carlos Martel. Apoya esta suposición el hecho de que parece que el famoso apelativo *Brevis*, hoy inseparable del nombre del rey Pepino, correspondía originariamente a su abuelo. Ningún contemporáneo, es cierto, lo aplica al uno ni al otro... Pero el hecho de que autores de los siglos XI y XII atribuyan el sobrenombre *Brevis* a Pepino II, el Mayordomo de palacio, parece probar mucho. Es natural, efectivamente, que se haya hecho pasar el sobrenombre de un abuelo completamente olvidado a un nieto mucho más visible (2), mientras lo contrario no se explicaría. El verdadero Pepino el Breve es, por tanto, muy probablemente el hijo de Anseis, el padre de Carlos Martel.

Digo «el verdadero Pepino el Breve»; pero por lo mismo es muy posible que el sobrenombre tenga su origen en la poesía y no en la realidad. Se ha observado efectivamente, con razón, que, respecto al rey Pepino, este sobrenombre va íntimamente unido al episodio de su lucha con un león, episodio que pertenece ciertamente a la leyenda. Si el sobrenombre fue dado en un principio a Pepino II, él debió ser con anterioridad a su nieto héroe del episodio en cuestión. Pero en la tradición que ha llegado a nosotros, no se atribuye más que al rey Pepino, padre de Carlomagno. Esta tradición se presenta en tres formas diferentes. — La más antigua figura en el libro célebre que un monje de San Gall, probablemente Notker el tartamudo, regaló a Carlos el Gordo el año 884. Es curioso

(1) Se sabe que los nombres de Pepino de *Landen* y de *Pepino de Heristal*, que figuran todavía en nuestras Historias, no tienen ningún fundamento histórico y no parecen haber sido inventados antes del siglo XIII.

(2) Lo mismo que Hugo Capeto lleva comúnmente el sobrenombre que corresponde en realidad a su padre y no a él.

observar que ya en la familia imperial la atribución de esta historia al padre de Carlomagno (tatarabuelo de Carlos el Gordo), no daba lugar a ninguna objeción. El lugar de la escena, en el relato de Notker, no está determinado. Pepino, sabiendo que los principales jefes francos le desprecian (evidentemente a causa de su pequeña estatura) hace que le presenten un toro y un león, y cuando el león ha derribado al toro y va a devorarlo, baja solo de su trono, en medio del terror de todos los asistentes, y corta de un tajo la cabeza de los dos animales feroces. Luego, dirigiéndose a los grandes, estupefactos, les dice: «¿Creéis que puedo ser vuestro dueño? ¿No habéis oído contar lo que el pequeño David hizo al inmenso Goliat, o el pequeñísimo (*brevissimus*) Alejandro a sus gigantescos compañeros?» El libro de Notker permaneció casi desconocido en la Edad Media. Por la tradición oral, por consiguiente, un interpolador del biógrafo de Ludovico Pío conocido con el nombre del Astrónomo limosino, debió tener conocimiento de esta historia, a la cual alude, situándola en la quinta real de Ferrières en el Gatinais...

El relato de Adenet le Roi es enteramente distinto al de Notker. La escena ocurre en París. Un león terrible, que era alimentado hacía mucho tiempo, rompe la jaula que le servía de encierro, mata a un guardián, y se lanza al jardín donde el rey Carlos Martel, rodeado de su familia, estaba comiendo. El rey huye con su mujer, pero Pepino se apodera de un chuzo, va al encuentro del león y le hunde el chuzo en el pecho. No tenía a la sazón más que veinte años. ¿Ha seguido Adenet una tradición particular, o se ha limitado a desarrollar el único concepto que le proporcionaba la tradición antigua, a saber, que Pepino había matado un león? La segunda hipótesis sería bastante plausible. La proeza de Pepino no es tan grande aquí como en Notker y un rasgo de valor, enteramente análogo, se ha atribuido a otros que a él. No obstante, como un testimonio notablemente anterior a Adenet nos dice también que Pepino *en París al león venció*, hay que creer más bien que la escena se había localizado de

antiguo en el palacio de París, y desde luego es probable que tomara la forma que tiene en Adenet.

Muy distinta es la manera como el compilador de Lieja Juan de los Prados o de Ultramosa, en el siglo XIV, cuenta la hazaña de Pepino. Este, en vida aun de su padre, ha socorrido al rey Udelón de Baviera contra los húngaros y los daneses. Alcanza, en una selva, al rey Julián de Dinamarca que huía, combate con él y va a darle muerte, «cuando un gran león que vivía en aquel bosque se viene a él corriendo». El león ataca a Pepino y se entabla una lucha terrible. Por último Pepino puede sacar su cuchillo y mata al león. «Luego fue a donde había dejado su caballo, que estaba muy asustado, y ata el león a la cola de su caballo y le lleva arrastrando». De vuelta a Francia, «a donde hizo el pequeño Pepino llevar con él sobre una acémila el león, a saber, la piel rellena de estopa, hicieron todos los francos gran fiesta y fue colgada en el palacio en París». Tenemos aquí, sin duda, otro sencillo desenvolvimiento, debido al autor de alguno de los numerosos poemas que no conocemos y que llenaban la extraordinaria «librería» de Juan de Ultramosa, del dato legendario del león muerto por Pepino. — Sea lo que quiera, el recuerdo de este hecho heroico iba indisolublemente unido al de la pequeña estatura del héroe, y uno y otro se habían fijado en el padre de Carlomagno. La imaginación se complacía en el contraste de su pequeñez con la grandeza legendaria de su hijo. En el poema perdido de la *Coronación de Carlos*, del cual poseemos un extracto noruego, los franceses, viendo al joven rey montado en un brioso caballo, dan gracias a Dios por haber permitido que hombre tan pequeño como era Pepino haya podido engendrar hijo tan grande. Su nombre aparece pocas veces en los textos sin ir acompañado del epíteto «pequeño». Esta pequeñez no es siempre excesiva. Ni siquiera era real, dice Juan de Ultramosa, sino en relación a la elevada estatura de sus contemporáneos. Era posible por lo demás apreciarla, porque, según una leyenda de procedencia erudita que corría en la comarca de Lieja por los

siglos XIII y XIV, Pepino había hecho poner en la iglesia de Herstal un crucifijo que era justamente de su estatura, y dicha estatura era de cinco pies...

Puede persuadirnos también de que la historia del combate con el león y la legendaria baja estatura corresponden realmente al padre y no al hijo de Carlos Martel, el hecho de haber vestigios indudables de relatos épicos formados alrededor del hijo de Anseis. Ya en tiempo de Carlomagno, Paulo Diácono escribía: «Ansehises genuit Pipinum, quo nihil unquam potuit esse audacius». A fines del siglo X, los *Annales Mettenses* refieren como la primera de las hazañas de Pepino II una historia que nos representa, dice M. Rajna, una verdadera «canción de infancia», como conocemos más de una. Gonduino había matado a traición a Anseis. El joven Pepino, criado en sitio seguro, hace de pronto irrupción en el palacio usurpado por el traidor, y «puerili quidem manu, sed heroica felicitate prostravit, haud aliter quam ut de David legitur...» La comparación de Pepino con el pequeño David frente al inmenso Goliath, que aquí se repite, tiende también a hacer creer que era el abuelo del rey Pepino el que tenía el sobrenombre de «pequeño» y la fama de una audacia extraordinaria.

Gastón París, *La légende de Pépin «le Bref»*, en *Mélanges Julien Havet*, París, 1895.

III.—La liturgia galicana y la liturgia romana en la Galia.

Desde antes de San Bonifacio, la liturgia romana había hecho sentir su influjo en la Galia. Los libros galicanos, poco numerosos, se remontan al último período del régimen merovingio. Casi todos contienen fórmulas de origen romano y misas dedicadas a santos romanos. Desde la época de Gregorio de Tours, un libro, romano de

origen, aunque sin carácter oficial, el martirologio jeronimiano, fue introducido en la Galia y adaptado al uso del país... Otros libros o trozos de libros, ya romanos, ya mixtos, se remontan a un tiempo en que el influjo de San Bonifacio no se había ejercido aún sobre la Iglesia franca, al menos en los límites de la antigua Galia.

No cabe dudar que San Bonifacio interviniese grandemente en la reforma litúrgica y en la adopción de los usos romanos... No podía menos de estar fuertemente apoyado por los Papas, cuyo consejero era tanto como legado. Se llevó aún a estas cosas... una pasión agria... Uno de los ritos más conmovedores de la misa galicana es la bendición del pueblo por el obispo, en el momento de la comunión. Tanto era querido este rito que se mantuvo aún después de la adopción de la liturgia romana. Casi todos los sacramentarios de la Edad Media contienen fórmulas de bendición, y hoy todavía están en uso en las iglesias lionesas. Ahora bien, he aquí cómo el Papa Zacarías hablaba de ellas en carta dirigida a Bonifacio:

Pro benedictionibus autem quas faciunt Galli, ut nosti, frater, multis vitiis variant. Nam non ex apostolica traditione hoc faciunt, sed per vanam gloriam hoc operantur, sibi ipsis damnationem adhibentes... Regulam catholicæ traditionis suscepisti, frater amantissime: sic omnibus prædica omnesque doce, sicut a sancta Romana, cui Deo auctore deservimus, accepisti ecclesia.

En el episcopado de San Crodegango (732-766), y con más probabilidad después de su vuelta de Roma el año 754, la iglesia de Metz adoptó la liturgia romana. El canto, la *Romana cantilena*, era, de todas las innovaciones litúrgicas, la más aparente y notada. Es la que ha dejado más huellas en los libros y las correspondencias. El Papa Paulo envió, por el año 760, al rey Pepino el *Antifonario* y el *Responsorial* de Roma. El mismo año 760, el obispo de Rouen, Remedius, hijo de Carlos Martel, habiendo también ido en embajada a Roma, obtuvo del Papa permiso para llevar en su compañía al sub-

director (*secundus*) de la *Schola cantorum*, para iniciar a los frailes «en las modulaciones de la salmodia» romana. Como dicho personaje hubiera sido poco después llamado a Roma, el obispo envió a sus monjes neustrianos a que terminasen su educación musical en Roma, donde se les dió entrada en la escuela de los cantores.

Se trata aquí de hechos aislados. Pero hubo una medida general, un decreto del rey Pepino, mediante el cual se suspendió el uso galicano. Este decreto se ha perdido, pero se ve mencionado en la *admonitio generalis* promulgada por Carlomagno el año 789...

Esta reforma había llegado a ser necesaria. La Iglesia franca, en tiempo de los últimos Merovingios, había caído en el más triste estado de corrupción, de desorganización y de ignorancia. En ninguna parte había un centro religioso, una metrópoli, cuyos usos mejor regulados, mejor conservados, pudieran servir de modelo y ser el punto de partida de una reforma. La Iglesia visigoda tenía un centro en Toledo, una cabeza reconocida, el metropolitano de esta ciudad, un código disciplinario único, la colección *Hispana*. La liturgia de Toledo era la liturgia de toda España. La Iglesia franca no tenía más que fronteras, carecía de capital. El episcopado franco, en tanto el rey o el Papa no asumían su dirección, era un episcopado acéfalo. Cada iglesia tenía su libro de cánones, su uso litúrgico. En parte alguna había regla, sino la anarquía más completa, un desorden que hubiera sido irremediable si los soberanos carolingios no hubieran apelado a la tradición y a la autoridad de la Iglesia romana.

La intervención de Roma en la reforma litúrgica no fue espontánea ni muy activa. Los Papas se limitaron a enviar ejemplares de sus libros litúrgicos, sin preocuparse demasiado del uso que se haría de ellos. Las personas a quienes los reyes francos, Pepino, Carlomagno y Ludovico Pío, encargaron de asegurar la ejecución de la reforma litúrgica, no creyeron que les estaba prohibido completar los libros romanos y aun combinarlos con lo que de la liturgia galicana les pareció bueno conservar. De

aquí nació una liturgia mixta, que, propagada desde la capilla imperial a todas las iglesias del Imperio franco, acabó por encontrar el camino de Roma y suplantó allí poco a poco a los usos antiguos. La liturgia romana, desde el siglo XI al menos, no es otra cosa que la liturgia franca, tal como la habían recopilado los Alcuino, los Helisachar, los Amalario. Es extraño aun que los antiguos libros romanos, los que representaban el puro uso romano hasta el siglo noveno, hayan sido tan por completo eliminados por los otros que ya no subsiste un ejemplar.

No parece que la reforma litúrgica emprendida por los príncipes carolingios haya sido llevada hasta Milán. Las particularidades del uso milanés no eran desconocidas en Francia, pero esta gran iglesia, mejor arreglada sin duda que las de la Galia merovingia, pareció poder prescindir de reforma. Su uso, por lo demás, era ya muy semejante al rito romano. Estaba protegida por el nombre de San Ambrosio. Las fábulas que refiere Landulfo acerca de la hostilidad de Carlomagno con respecto al rito ambrosiano no merecen ningún crédito.

L. Duchesne, *Origines du culte chrétien. Étude sur la liturgie latine avant Charlemagne*. París, E. Thorin, 1889.

CAPÍTULO VI

Imperio franco.

PROGRAMA.— *Carlomagno: la Corte, las Asambleas, las Capitulares; las escuelas, el ejército y la guerra, restauración del Imperio.*

Ludovico Pío. El tratado de Verdun. Desmembración del Imperio en reinos. Los normandos en Europa.

BIBLIOGRAFÍA

Los **Anales del Imperio carolingio** se han trazado lo más cuidadosamente en la colección de los *Jahrbücher der deutschen Geschichte*, por S. Abel y B. Simson (*Jahrbücher des fränkischen Reichs unter Karl dem Grossen*, tomo I, Leipzig, 1888, 2.^a edic.; tomo II, Leipzig, 1883), respecto al reinado de Carlomagno;—por B. Simson (*Jahrb. d. fr. R. unter Ludwig dem Frommen*, Leipzig, 1874-76, 2 vols. en 8.^o), para el reinado de Ludovico Pío;—por E. Dümmler (*Geschichte des ostfränkischen Reichs*, Leipzig, 1887-1888, 3 vols. en 8.^o) hasta el año 840 para todo el Imperio y hasta el 918 para Alemania solamente.—Respecto a la historia de los últimos Carolingios en Francia, véanse los trabajos de los discípulos de M. A. Giry: E. Favre (*Eudes, comte de Paris et roi de France, 882-898*, París, 1893);—F. Lot (*Les derniers Carolingiens, 954-991*, París, 1891).—Para la historia de los Carolingios de Alemania, véase la Bibliografía del capítulo VIII.

Las excelentes obras que acabamos de enumerar son de

una erudición ardua. Es de lamentar que los libros de vulgarización relativos a la **historia general del Imperio carolingio** estén casi todos envejecidos o sean medianos. No podríamos recomendar ni la *Histoire des Carolingiens* de MM. Warnkönig y Gérard (Bruxelles, 1862, 2 vols.), ni el *Charlemagne* de M. Vétault (Tours, 1880, 2.^a edic.) Véase H. Brosien, *Karl der Grosse*, Leipzig, 1885, y la *Deutsche Geschichte unter den Karolingern* de E. Mühlbacher, en la *Bibliothek deutscher Geschichte*, publicada en Stuttgart.—Entre las monografías, las de A. Himly, *Wala et Louis le Débonnaire*, París, 1849) y de E. Bourgeois (*Le Capitulaire de Kiersy-sur Oise, 878. Étude sur l'état et le régime politique de la société carolingienne*, París, 1885), son estimadas.

Las **instituciones de la época carolingia** han sido muy estudiadas. Los tratados generales, en francés, son: el de M. Lehuërou (*Histoire des institutions carlovingiennes*, París, 1843), la obra póstuma, no terminada, de Fustel de Coulanges (*Les transformations de la royauté pendant l'époque carolingienne*, París, 1892. Se sabe (véase pág. 48) que M. Ch. Bayet prepara un *Manuel des institutions françaises. Période mérovingienne et carolingienne*. Véase el *Manuel* ya citado (pág. 47) de M. P. Viollet. Consúltese, en alemán, G. Waitz, *Die karolingische Zeit*, tomos III y IV de su *Deutsche Verfassungsgeschichte*, Kiel, 1883-1885, 3.^a edic.

No existe hasta hoy ninguna obra buena de conjunto acerca del **renacimiento carolingio** del siglo IX, primera y en algunos respectos admirable resurrección de la antigüedad.—Se recomiendan por lo común los libros de B. Haureau (*Charlemagne et sa cour*, París, 1877), de J. Bass Mullinger (*The schools of Charles the Great or the restoration of education in the ninth century*, London, 1877), de K. Werner (*Alcuin und sein Jahrhundert*, Paderborn, 1881). Pero el tema sigue sin tratar. No obstante, algunas partes han sido ya magistralmente profundizadas.—La literatura de los tiempos carolingios ha sido estudiada por A. Ebert (*Histoire générale de la littérature en Occident*, tomos II y III, París, 1884-1889, traducción del alemán), y mejor todavía por A. Hauck (*Kirchengeschichte Deutschlands*, tomo II, *Die Karolinger Zeit*, Leipzig, 1890). M. L. Traube prepara para el *Handbuch* de I. v. Müller una «Historia de la literatura latina en la Edad Media», similar a la Historia de la literatura bizantina de K. Krumbacher (véase pág. 108).—Acercas del arte carolingio, véase: F. v. Reber, *Der karolingische Palatsbau*, München, 1891-1892, 2 tomos; P. Clemen, *Merowingische und karolingische Plastik*, Bonn, 1892; F. Leitschuh, *Geschichte der karolingischen Malerei*, Berlín, 1894.—Acercas de la reforma de la escritura y el adorno de los

manuscritos hay nociones elementales en los *Manuales de Prou* (*Manuel de paléographie*, París, 1892), y de A. Molinier (*Les manuscrits*, París, 1892); pero este tema ha sido renovado en gran parte por las investigaciones de M. S. Berger (*Histoire de la Vulgate pendant les premiers siècles du moyen âge*, Nancy, 1893), cuyos resultados no han llegado aún a los libros de enseñanza.

Respecto a la **Historia económica y social de los tiempos carolingios**, consúltese: A. Longnon, *Polyptyque de l'abbaye de Saint-Germain-des-Prés, rédigé au temps de l'abbé Irminon*. Introducción, París, 1895;—K. Th. v. Inama-Sternegg, *Deutsche Wirthschaftsgeschichte bis zum Schluss der Karolingerperiode*, Leipzig, 1879; K. Lamprecht, *Etude sur l'état économique de la France pendant la première partie du moyen âge*, París, 1889, traducción del alemán.

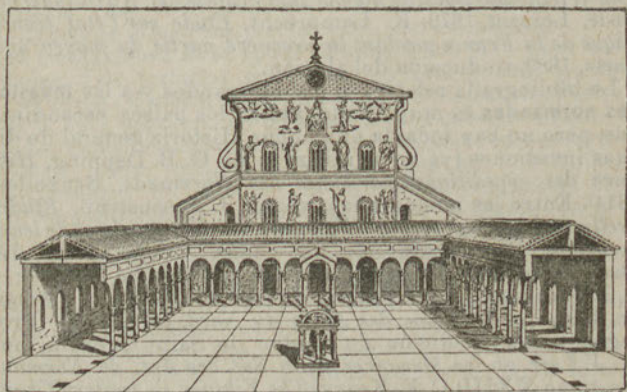
La bibliografía relativa a los normandos y a las **invasiones normandas** es muy abundante en los países escandinavos; pero no hay todavía una buena Historia general de dichas invasiones (ya no se utiliza la de G. B. Depping, *Histoire des expéditions maritimes des Normands*, Bruxelles, 1844). Entre las monografías, véase: J. Steenstrup, *Etudes préliminaires pour servir à l'histoire des Normands et de leurs invasions*, 1882, traducción del danés, tirada aparte del *Bull. de la Soc. des Antiquaires de Normandie*, 1878-79;—J. J. Worsaae, *La civilisation danoise au temps des Vikings*, en *Mémoires de la Soc. des Antiq. du Nord*, 1878-1879;—Prolegómenos a la edición de Dudon de Saint-Quentin, por M. J. Lair, en las *Mémoires de la Soc. des Ant. de Normandie*, tomo XXIII; C. F. Keary, *The Vikings in western Christendom, 789-888*, London, 1891;—Acerca del arte escandinavo, véase H. Hildebrand, *The industrial arts of Scandinavia in the pagan time*, London, 1892.

I.—El acontecimiento del año 800.

La coronación de Carlomagno como emperador de Occidente no es tan sólo el acontecimiento capital de la Edad Media, sino uno de esos rarísimos acontecimientos de los cuales puede decirse que, si no hubieran ocurrido, la historia del mundo no habría sido la misma.

Durante todo aquel sombrío período de la Edad Media, dos fuerzas luchaban por la supremacía: de una parte

los instintos de división, de desorden, de anarquía, que tenían su origen en los impulsos sin freno y la ignorancia bárbara de la gran masa de la humanidad; de otra, la aspiración apasionada de los mejores espíritus a la unidad efectiva de gobierno, aspiración cuya base histórica eran las remembranzas del antiguo Imperio romano, y la expresión más constante la devoción a una Iglesia visible y universal. La primera de estas dos tendencias,



FACCIATA INTERIORE DELLA CHIESA ANTICHA DI S PIETRO IN VATICANO, E SVO ATRIO
Dipinta da Carlo Borghesi, all'ingresso ed Intagliata da Giovanni Battista Borghesi

Fig. 17.— Fachada interior de la antigua iglesia de San Pedro en el Vaticano.

según todo lo que parece, era, en política al menos, la más fuerte; pero la última, servida y estimulada por un genio tan extraordinario como el de Carlomagno, logró en el año 800 un triunfo cuyos frutos ya no debían perderse. A la muerte del héroe, la ola de la anarquía y de la barbarie comenzó a golpear de nuevo con la misma violencia contra las cosas del pasado; pero sin poder en lo sucesivo sumergirlas por entero. Justamente porque se comprendía que ninguno más que Carlomagno hubiera podido triunfar en este punto de las calamidades presentes por la formación y el establecimiento de un gi-

gantesco sistema de gobierno, fue por lo que la excitación, la alegría, la esperanza despertada por su coronación fueron tan hondas. De ello se encontrará quizá la mejor prueba, no en los Anales mismos de aquel tiempo, sino en las lamentaciones desgarradoras que estallaron en el momento en que el Imperio, a fines del siglo IX, comenzó a deshacerse; en las maravillosas leyendas que se agrupan alrededor del nombre del emperador Carlomagno, paladín con respecto al cual ninguna hazaña pareció increíble (1); en la admiración religiosa con que sus sucesores germanos contemplaron y se esforzaron por imitar completamente aquel modelo casi sobrehumano.

Trascribiremos, para saber lo que pensaban los hombres que asistieron el año 800 a la resurrección del Imperio en provecho del cabeza de la dinastía austrasiana, los relatos de tres analistas contemporáneos o que casi lo son, de dos germanos y un italiano. Se lee en los Anales de Lorsch:

«Y a causa de que el nombre de emperador ya no se usaba por los griegos y de que su Imperio era poseído por una mujer, pareció entonces igualmente al Papa León y a todos los santos Padres que asistían al presente Concilio, lo mismo que al resto del pueblo cristiano, que debían tomar como emperador a Carlos, el rey de los francos, que tenía a Roma misma, donde los Césares habían acostumbrado siempre a vivir, y todas las otras

(1) Ya antes de que termine el siglo X, vemos al monje Benito de Soracta atribuir a Carlos una expedición a Palestina y otras hazañas maravillosas. El poema que lleva el nombre del arzobispo Turpin es bien conocido. Las mejores anécdotas relativas a Carlos —y algunas son muy buenas— se encuentran en la obra del monje de Saint-Gall. Varias aluden a su conducta con los obispos, que trató al modo de un maestro de escuela de buen humor. (Respecto a las leyendas con que en la Edad Media ha sido recargada la vida de Carlomagno, véase G. Paris, *Histoire poétique de Charlemagne*, Paris, 1867, y G. Rauschen, *Die Legende Karls des Grossen im XI u. XII Jahrhundert*, Leipzig, 1890).

regiones que gobernaba en Italia, en la Galia y en Germania. Y en cuanto Dios había puesto todas estas tierras en sus manos, parecía justo que con la ayuda de Dios y a ruegos de todo el pueblo cristiano tuviera también



Fig. 18. — Antigua basílica constantiniana de San Pedro.
Restauración.

el nombre de emperador. A cuyo deseo el rey Carlos no tuvo resolución para negarse, sino que, sometiéndose con toda humildad a Dios y a los ruegos de los sacerdotes y

de todo el pueblo cristiano, tomó el nombre de emperador, siendo consagrado por el Señor Papa León».

El relato de la Crónica de Moissac (801) es, con muy pequeña diferencia, el mismo:

«Ahora bien, como el rey, el santísimo día del Nacimiento del Señor, se levantase para oír misa, después de haberse puesto de rodillas delante del relicario del bienaventurado apóstol Pedro, el Papa León, con el consentimiento de todos los obispos y de los sacerdotes, del Senado de los francos y análogamente del de los romanos, colocó una corona de oro en su cabeza, a la vez que el pueblo romano daba grandes voces. Y cuando el pueblo hubo acabado de cantar *Laudes*, fue adorado por el Papa según costumbre de los emperadores de otro tiempo. Porque esto también se hizo por la voluntad de Dios. Porque, en tanto el dicho emperador permanecía en Roma, le fueron presentadas diversas personas que decían que el título de emperador había dejado de estar en uso entre los griegos, y que el Imperio, entre ellos, estaba ocupado por una mujer llamada Irene, que se había apoderado con engaños de su hijo el emperador, le había sacado los ojos y había arrebatado el Imperio; como se escribe de Atalia en el *Libro de los Reyes*. Al oír lo cual, el Papa León y toda la asamblea de los obispos, de los sacerdotes y de los abades, y el Senado de los francos, y todos los ancianos de Roma, tuvieron consejo con el resto del pueblo cristiano a fin de nombrar emperador a Carlos, rey de los francos, viendo que tenía Roma, la madre del Imperio, donde los Césares y los emperadores habían acostumbrado siempre a vivir, y para que los paganos no pudieran mofarse de los cristianos, como lo harían si el título de emperador hubiera dejado de estar en uso entre los cristianos».

Estas dos relaciones son de origen germánico. La que sigue ha sido escrita por un romano, probablemente cincuenta o sesenta años después del suceso. Está copiada de la vida de León III, en las *Vitae pontificum romanorum*, atribuídas al bibliotecario papal Anastasio:

«Después de estas cosas vino el día del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, y todo el mundo se reunió de nuevo en la susodicha basílica del bienaventurado apóstol Pedro, y entonces, el gracioso y venerable Pontífice coronó con sus propias manos a Carlos con una corona preciosísima. Entonces todo el fiel pueblo de Roma, vien-

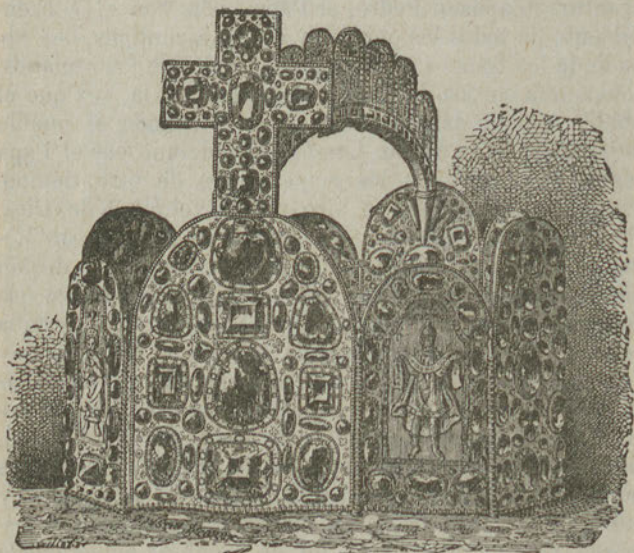


Fig. 19. — Corona llamada de Carlomagno que se conserva en el Tesoro imperial de Viena.

do cómo defendía y cómo quería a la Santa Iglesia Romana y a su vicario, se puso, por la voluntad de Dios y del bienaventurado Pedro, el guardián de las llaves del Reino de los Cielos, a gritar a una sola voz y muy alto: «¡A Carlos, el muy piadoso Augusto, coronado por Dios, el grande y pacífico emperador, larga vida y victoria!» En tanto él, ante la santa urna del bienaventurado apóstol

tol Pedro, invocaba a diferentes santos, fue proclamado tres veces y todos le eligieron emperador de romanos. En seguida, el santísimo Pontífice ungió a Carlos con el óleo santo, y de modo igual a su muy excelente hijo que había de ser rey, el día mismo del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, y cuando la misa hubo acabado, entonces después de la misa el serenísimo Señor emperador ofreció presentes».

Estas tres relaciones no presentan, en punto a los hechos, ninguna seria diferencia, aun cuando el sacerdote romano, como es natural, realza la importancia del papel desempeñado por el Papa, en tanto los germanos, con exceso inclinados a dar al suceso un aspecto racional, hablan de un sínodo del clero, de una consulta al pueblo y de una petición formal dirigida a Carlos, cosas todas que el silencio de Eginhardo en este punto, tanto como las demás circunstancias del hecho, nos prohíben tomar al pie de la letra. De igual modo el *Liber pontificalis* omite la adoración que el Papa hace al emperador, acerca de la cual la mayor parte de los Anales francos insisten de manera que no cabe ponerla en duda. Sin embargo, la impresión que dejan los tres relatos es en el fondo la misma. Muestran las tres cuán poco fácil es atribuir al acontecimiento carácter de estricta legalidad. El rey franco no toma la corona por propio impulso, sino que la recibe más bien como si le correspondiera naturalmente, como la consecuencia legítima de la autoridad que ya ejercía. El Papa se la da, pero no en virtud de un derecho cualquiera que legítimamente posea como cabeza de la Iglesia. Es solamente el instrumento de la Providencia divina, que, sin disputa, ha designado a Carlos como el más adecuado para defender y guiar a la sociedad cristiana. El pueblo romano no elige ni nombra formalmente, sino que con sus aclamaciones acepta al jefe que le presentan. Justamente a causa de la indeterminación en que todo se dejó de esta suerte, basándose, no en estipulaciones expresas, sino más bien en una especie de acuerdo mutuo, en una conformidad de creencias y de

deseos que no preveían ningún mal, este suceso se prestó con el tiempo a tantas interpretaciones distintas. Cuatro siglos más tarde, cuando el Papado y el Imperio se hubieron dejado arrastrar a aquella mortal lucha que decidió de su suerte común, tres teorías distintas relativas a la coronación de Carlos serán defendidas por tres partidos diferentes, las tres plausibles, las tres en ciertos respectos engañosas. Los emperadores suabos consideraron la corona como una conquista de su gran predecesor y dedujeron de aquí que los ciudadanos y el obispo de Roma no tenían ningún derecho sobre ellos. El partido patriota entre los romanos, apelando a la historia de los orígenes del Imperio, manifestó que, sin la aquiescencia del Senado y del pueblo, ningún emperador podía ser nombrado legalmente, puesto que no era más que su primer magistrado y el depositario pasajero de su autoridad. Los Papas señalaron el hecho indiscutible de poner la corona al Papa León y sostuvieron que, en calidad de vicario de Dios en la tierra, era entonces derecho suyo y lo sería siempre conceder a quien le placiera un oficio cuyo titular no se había creado sino para ser su servidor. De estos tres puntos de vista, el último prevaleció en definitiva, aun cuando no tenga mejor fundamento que los otros dos. No hubo en realidad conquista de Carlos, ni donación del Papa, ni elección del pueblo. Por lo mismo que no tenía precedentes, el acto era ilegal. Fue una rebelión de la antigua capital de Occidente, justificada por la debilidad y la perversidad de los príncipes bizantinos, santificada a los ojos del mundo por la participación del vicario de Cristo, pero sin fundamento jurídico e incapaz de determinar uno para el porvenir.

Es cuestión interesante y un tanto dificultosa la de saber hasta qué punto la escena de la coronación, cuyas circunstancias fueron tan imponentes y los resultados tan graves, se premeditó entre los que en ella participaron. Eginhardo dice que Carlos tenía costumbre de decir que, aun tratándose de una fiesta tan grande, no habría entrado en la iglesia, el día de Navidad del año 800, si

hubiera sabido las intenciones del Papa. El Papa, por otra parte, no se habría nunca aventurado a dar un paso tan importante sin haberse asegurado previamente de las disposiciones del rey, y casi no es posible que un acto para el que la asamblea estaba preparada se haya conservado secreto. Sea lo que quiera, la manifestación de Carlos subsiste y no podría atribuirse a puro motivo de disimulo. Hay que suponer que León, después de haberse informado de los deseos del clero y del pueblo romanos, y acerca de los de las grandes personalidades francas, resolvió aprovechar la ocasión y el lugar que se ofrecían tan favorablemente para realizar el plan que meditaba desde hacía tiempo, y que Carlos, arrastrado por el entusiasmo del momento y viendo en el Pontífice el profeta y el instrumento de la voluntad divina, aceptó una dignidad que hubiera quizá preferido recibir algo más tarde o de alguna otra manera. Por tanto, de adoptar una conclusión positiva, debería ser que Carlos, aun cuando se hubiera adherido al proyecto de manera más o menos vaga, quedó sorprendido y desconcertado por su ejecución súbita, que interrumpía el orden cuidadosamente estudiado de sus propios designios. Y aun cuando un acontecimiento que cambió la historia del mundo no debe ser considerado en ningún caso como accidental, puede muy bien haber parecido una sorpresa a los espectadores francos o romanos. Porque no había preparativos visibles en la iglesia, ni el rey fue, como más tarde sus sucesores teutónicos, llevado en procesión al trono pontifical, sino que de pronto, en el momento mismo en que salía del sagrado lugar donde se había arrodillado entre las lámparas siempre encendidas ante la más santa de las reliquias cristianas,— el cuerpo del príncipe de los apóstoles—, las manos del representante de este apóstol colocaban en su cabeza la corona de gloria y le ungían con los óleos que santifican. Aquel espectáculo era propio para llenar el alma de los asistentes de una profunda emoción religiosa, ante el pensamiento de que la divinidad se encontraba entre ellos, y para incitarles a saludar al que

esta presencia parecía consagrar visiblemente con el apelativo de «piadoso y pacífico emperador, coronado por Dios», *Karolo, pio et pacifico Imperatori, a Deo coronato, vita et victoria.*

J. Bryce, *El Sacro Imperio Romano Germánico.*

II.—Los dignatarios de Palacio en la época de los carolingios.

El apocrisario.

San Adalberto, abad de Corbie, se había cuidado de escribir un libro de alguna extensión acerca de los dignatarios palatinos de Carlomagno. Este libro se ha perdido; pero de él tenemos al menos un análisis hecho para la instrucción de Carlomán por un prelado de gran autoridad, Hincmar de Reims. Es el guía que vamos a seguir.

La primera dignidad de Palacio era el apocrisario o archi-capellán. A sus órdenes estaban los clérigos de la capilla del rey y dirigía los oficios de dicha capilla. Pero eran éstos sus menores cuidados, porque entraba además en sus atribuciones la intendencia de todos los asuntos eclesiásticos del reino, y disponía la sentencia de todas las causas del orden canónico, lo que hacía grande su poder. No obstante, este alto cargo se concedía a veces a simples abades. Así, en tiempos de Pepino y en los primeros años del reinado de Carlomagno, era archi-capellán de Palacio el abad de Saint-Denis, llamado Fulrad. Celoso defensor de los derechos del báculo episcopal, Hincmar no admite que un abad haya podido anteponerse a los obispos sin su consentimiento, y supone, por tanto, que este consentimiento fue concedido. Tenemos motivos para creer que Pepino no lo pidió. Aquel abad de Saint-Denis era, por lo demás, hombre de nota. Había

desempeñado aun el cargo de embajador en la Ciudad Eterna, y por sus consejos el Papa Zacarías había de puesto al último de los príncipes merovingios. De esta suerte el establecimiento de la nueva dinastía era en parte obra suya. Esto bien merecía los más elevados favores y no debe admirar ver a los primeros obispos pospuestos, en la corte de Pepino, a tal abad. A la muerte de Fulrad, Carlomagno confirió su título al arzobispo de Metz, Angilramne. Los obispos observaban entonces con bastante fidelidad la obligación de la residencia. Carlomagno hizo comprender al Papa Adriano que a su lado debía haber constantemente un hombre versado en los asuntos eclesiásticos, y el arzobispo de Metz obtuvo en consecuencia permiso para ir a la corte. Fue a su muerte sustituido por Hildebold, obispo de Colonia. Teodulfo, que quizá le debía algunos favores, ha celebrado la gran bondad de Hildebold: «La dulzura de su fisonomía, dice, correspondía a la de su alma». Angilberto le incluye entre los mejores poetas de la corte. En la vida de León III, escrita por Anastasio, Hildebold desempeña gran papel. Es el que primero acude al lado del Papa, tan cruelmente tratado por su clero en sublevación, y es el que hace detener a los culpables...

¿Se quiere formar justa idea de un gran dignatario de la corona en el reinado de Carlomagno? He aquí el modelo más perfecto, Angilberto, a quien una carta del Papa Adriano, fechada el año 794, designa como «ministro de la Capilla Real».

Habiendo ocupado su padre y su abuelo altos cargos en los reinados anteriores, Carlos le había tenido, en su juventud, como comensal y amigo. Al subir al trono le nombró su consejero *silenciario* o *auriculario*, es decir, su confidente oficial, el primero de sus ministros. Angilberto tiene amor a las letras profanas, este otro *Homero* lee corrientemente a Horacio y a Virgilio, es un sabio, hasta es un poeta distinguido. Con estos títulos la Iglesia le quiere, y héle aquí sacerdote. Se le destina ya el *palatium*, varias ciudades metropolitanas se disputan la hon-

ra de poseer un prelado de tanta fama, cuando seduce y hace dos veces madre a Berta, una hija del rey...

Poco tiempo más tarde, es un ducado lo que tiene y no una metrópoli. Se le ve recorrer el Ponthieu, su provincia, administrando justicia en nombre del rey. Pero se siente inquieto porque está enfermo, y la enfermedad que le corroe amenaza, a lo que parece, interrumpir el curso de su existencia. Entonces oye hablar del monasterio de Saint-Riquier, célebre por el número de sus religiosos y por los milagros que realiza el sepulcro del santo fundador. Este relato conmueve a Angilberto y ya no piensa más que en retirarse a Saint-Riquier, si recobra la salud por intercesión del poderoso patrono de los pobres monjes. Pero el terrible Carlos ha hecho consagrar sus amores con Berta y está casado. ¿Qué importa? Si entra en un monasterio, su esposa, obedeciéndole, seguirá su ejemplo y expiarán así, uno y otro, los extravíos de su conducta. Tales eran los pensamientos que Angilberto revolvía en su espíritu, acomodando todo al piadoso designio que se había formado, cuando un rumor alarmante llegó hasta él. Los daneses habían penetrado, por las bocas del Sena y del Somme, en todos los puertos marítimos de Francia. Sus innumerables barcos llenaban los ríos, y las poblaciones ribereñas, espantadas por la irrupción de aquellos feroces devastadores, se refugiaban en las ciudades del centro, implorando el auxilio de las gentes de guerra. Angilberto ya no tiene descanso para pensar en la salvación de su alma, y, como las tropas de que podía disponer no eran capaces de resistir el encuentro con los piratas, acude junto al rey para hacerle el relato de los peligros que amenazan a una de sus provincias. El rey se apresura a poner a las órdenes de Angilberto fuerzas considerables. Era el año 791. Al aproximarse los francos, los daneses huyen y se hace en ellos gran carnicería.

Angilberto vuelve entonces a Saint-Riquier, da gracias a Dios por el triunfo que tan fácilmente ha conseguido, toma el hábito claustral y le impone a Berta, que, me-

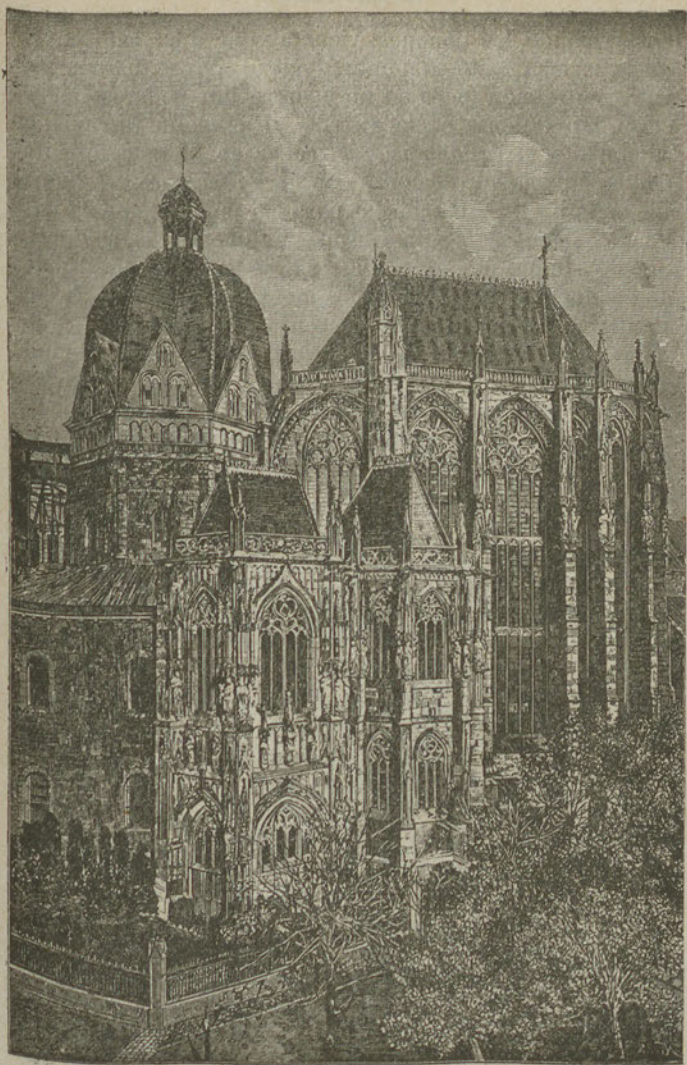


Fig. 20.—Cúpula de la catedral de Aquisgram.

nospreciando los cánones, viene a vivir a su lado en el monasterio. Pronto es nombrado abad. No se dividen los votos, se reúnen todos en un hombre tan poderoso en la corte, tan valiente en la guerra. ¿Va, según la regla, a sujetarse a la residencia y a acabar en el recogimiento una existencia que comenzó con las agitaciones del siglo? La regla no se había hecho para los religiosos de su calidad, o bien se les dispensaba fácilmente de seguirla. Siendo simple monje, el año 792, se le había encargado de conducir al otro lado de los montes, a la presencia del Pontífice Adriano, a aquel desventurado obispo de Urgel, Félix, que habiendo osado investigar el sentido de un gran misterio, logró su condena como nestoriano. Reapareciendo muy pronto en la corte, Angilberto añade al título de abad el de apocrisario, y vuelve de nuevo a la Ciudad Eterna, encargado de transmitir al Papa las actas del Concilio de Francfort. Allí se le encuentra todavía en 796. El año 800, sigue a Carlomagno cuando va a Roma a castigar a los perseguidores de León y a recibir las insignias del poder imperial. El año 811 reside en la corte, presidiendo, con el nombre de Homero, las doctas asambleas de los teólogos y de los poetas palatinos. Luego va a morir a Saint-Riquier, en el mes de febrero del año 814, cuando Carlos, su dueño y constante amigo, moría en su palacio de Aquisgram.

Era ciertamente el apocrisario el que tenía más tarea entre los funcionarios de palacio, pero Carlomagno acudía frecuentemente en su auxilio. Cuando no le preocupaban demasiado las cosas de la guerra, gustábalé saber lo que ocurría en su iglesia, hacía reglamentos para la disciplina y hasta dictaba artículos litúrgicos, o bien, llamando a su lado a los obispos, a los abades de mala nota, no les perdonaba reprimendas, ni castigos en caso necesario. Así recomienda a los clérigos en varias de sus Capitulares que estudien las Escrituras y que crean firmemente en el misterio de la Trinidad. Les induce, además, a aprender de memoria todo el Salterio, con las plegarias, las fórmulas, las oraciones necesarias para administrar el

bautismo; les prohíbe, por último, tener varias mujeres por esposas y comer en las tabernas. ¿Hasta dónde no llegaba entonces la competencia del poder civil en materia de religión? Presentándose un día en su capilla en el momento en que se iba a bautizar a algunos niños, Carlomagno los interroga y ve que no saben convenientemente la oración dominical y el símbolo. Usurpando entonces, para emplear el lenguaje de los canonistas modernos, usurpando las funciones del obispo, interrumpe la ceremonia, envía los niños a sus familias, y les prohíbe volver a la fuente sagrada en tanto no estén mejor instruídos. Otra vez prohíbe a los sacerdotes admitir dinero por administrar los sacramentos, o vender a comerciantes judíos los vasos o los demás ornamentos de las iglesias. Como se juzgaba, y con derecho, más sabio en liturgia que los más grandes prelados de su reino, no dejaba de hacer reglamentos para ordenar, o para prohibir tal o cual práctica en las ceremonias de la misa, en el orden de los días feriados, en la administración de los sacramentos. Las prescripciones de este género abundan en sus Capitulares. A veces aun, desempeñando los últimos oficios del apocrisario, enseñaba la salmodia a los clérigos de su capilla.

He aquí lo que refiere a este propósito nuestro anónimo de San Gall: «Entre las personas afectas a la capilla del muy docto Carlos, nadie designaba a cada cual las lecciones que había de recitar, nadie indicaba el fin, ya con cera, ya con alguna señal hecha con la uña, sino que todos trataban de familiarizarse lo suficiente con lo que había que leer para no caer en falta cuando se les ordenaba de improviso decir una lección. El emperador señalaba con el dedo o con la punta de su bastón a aquél que había de recitar, o que tenía a bien elegir, o enviaba alguno de los que tenía cerca a los que estaban lejos de él. El final de la lección lo indicaba mediante una especie de sonido gutural. Todos estaban tan atentos cuando se daba la señal, que ya la frase hubiera terminado, ya se estuviera a la mitad de la pausa, o en el instante de ella,

el clérigo que había de continuar no comenzaba nunca más adelante ni más atrás, aun cuando lo que empezaba o concluía no pareciese tener ningún sentido. Así hacía el rey para que todos comprendiesen bien lo que leían». Este relato debe ser exacto. Se ve tan bien a todos los personajes designados desempeñar su papel que se les representaría fácilmente en el lienzo. Sería una pintura curiosa y que atraería todas las miradas por la fuerza de su color local, Carlomagno enseñando la salmodia con un bastón en la mano, y tocando con el bastón el hombro de los obispos que han de entonar los responsos...

B. Hauréau, *Charlemagne et sa cour*, París, Hachette, 1877.

III.—Francia y países vecinos después del tratado de Verdun.

El tratado hecho en Verdun el año 843, entre los tres hijos de Ludovico Pío, arreglaba una cuestión que agitaba a Europa desde hacía catorce años. Aseguró la independencia absoluta de cada uno de los príncipes que en él participaron y debe ser considerado como el estatuto constitutivo del reino de Francia, tal como subsistió hasta el final de la Edad Media.

Los cronistas carolingios que hablan del tratado de Verdun no dan acerca de la composición de los tres reinos más que indicaciones sumarias. Al decir de Prudencio de Troyes, el más explícito de ellos, «Luis recibió en su parte todo lo que está del lado allá del Rhin, y, del lado acá, Spira, Worms, Maguncia y su territorio. Lotario tuvo todo el territorio comprendido entre el Escalda y el Rhin hasta el mar, y, del otro lado, el Cambresis, el Hainaut, el *Lommense*, el *Castricium* y los condados que los avicinan al otro lado del Mosa hasta el Saona que se une al Ródano, y a lo largo del Ródano hasta el mar con los condados que bordean una y otra orilla del río. Fuera

de estos límites, debió al cariño de su hermano Carlos la abadía de Saint-Vaast de Arras. Los dos príncipes dejaron a Carlos todas las demás comarcas hasta España».

El texto cuya traducción acabamos de leer viene a completarse muy dichosamente con el acta de reparto del reino de Lotario II, fechada en 870. Este acta, en la que se enumeran con gran cuidado las ciudades y todas las *pagi* que pertenecieron a este hijo del emperador Lotario, nos ha permitido trazar con exactitud absoluta el límite interior de los tres Estados que creara el tratado de Verdun. Completa los datos que trasmite Prudencio, indicando entre las posesiones de Lotario una provincia del otro lado del Rhin, la Frisia, y su estudio atento permite determinar, al contrario de la opinión manifestada en más de un mapa de la edición de Sprüner, que no comprendía, fuera de esta región, ningún *pagus* de la orilla derecha del Rhin.

No hemos comprendido en el reino de Carlos el Calvo la Bretaña, en la que Nomenoé se hizo independiente en este mismo año de 843, y hemos añadido al reino bretón los territorios de Nantes y Rennes, que pronto arrebató a los francos y que, el año 851, fueron oficialmente cedidos por Carlos el Calvo a Erispoe, hijo y sucesor de Nomenoé.

Cuando se firmó el tratado de Verdun, que atribuía a Carlos el Calvo el antiguo reino de Aquitania, Pepino II reivindicaba, no sin cierto resultado, este país que su padre, el rey Pepino, había gobernado durante veintiún años. Se hizo un tratado el año 845 entre los dos competidores. Carlos abandonó la Aquitania a Pepino reservándose Poitiers, Saintes y Angulema; pero esta separación no duró mucho, porque Pepino fue rechazado el año 848 por sus súbditos.

A. Longnon. *Atlas historique de la France*, texto explicativo. 2.º fascículo. París, Hachette, 1888.



IV.—Manuscritos carolingios.

Basta comparar ciertas iniciales de los más antiguos manuscritos carolingios con las de los manuscritos anglo-sajones, para observar entre unas y otras innegables

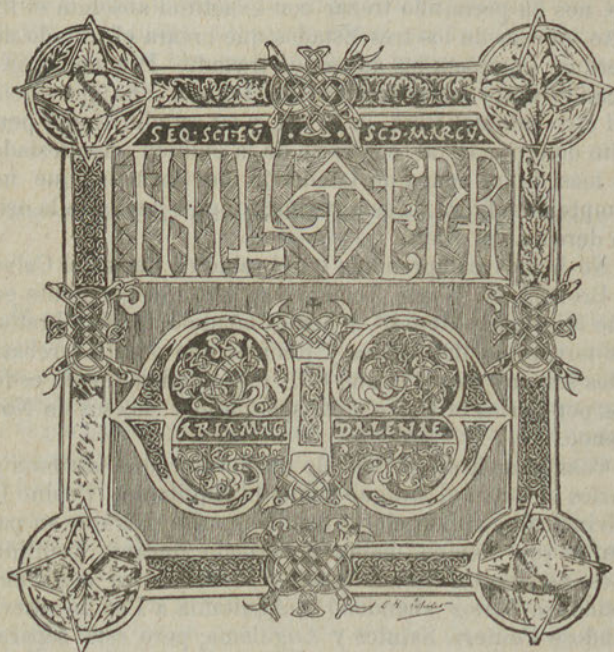


Fig. 21.—Página adornada del Evangelario de Saint-Vaast.

semejanzas. Compárense, por ejemplo, las iniciales encuadradas y de extrañas formas del Evangelario de Estocolmo con las de la segunda Biblia de Carlos el Calvo, y sorprenderá la semejanza: el mismo abuso de las for-

mas geométricas que se da a las letras, el mismo gusto por los puntos rojos o verdes rodeando las grandes iniciales, el mismo uso de orlas de color sobre las cuales se destacan estas letras. Estas semejanzas se observan también en el Evangelionario de Saint-Vaast de Arras, modelo de la escuela franco-sajona del norte de Francia. He aquí un primer elemento (constitutivo del arte carolingio) cuyo origen es bien seguro. Transportado a la Galia y a Germania por las colonias monásticas de los siglos vi y vii, el arte anglo-sajón, depurado y refinado, gozó, gracias a Alcuino y a sus discípulos, de un favor bien merecido en el viii y en el ix.

Pero tiene que luchar con un rival poderoso, el arte antiguo. Ya, no cabría negarlo, la erudición antigua ha ejercido un influjo efectivo en el arte anglo-sajón. En la época de Carlomagno, revive en Galia, y de la mezcla de las dos artes saldrá más tarde el arte románico propiamente dicho. Cómo y por qué en el siglo ix el arte antiguo goza de tal favor, no podría decirse justamente. Ya no poseemos los manuscritos conocidos e imitados por los calígrafos carolingios. No obstante, imposible dudarlos, debían ver e imitar buenos modelos. Se conserva en Utrecht un Salterio célebre, hecho en Inglaterra, en el siglo viii próximamente, por un artista anglo-sajón, pero copiado, a lo que parece, de un manuscrito bastante más antiguo. El texto, escrito en capitales a tres columnas, va ilustrado con multitud de dibujos. Sin duda el artista ha dejado ver su inexperiencia en el trazado de las cabezas y de las extremidades, pero multitud de pormenores prueban que ya directa, ya indirectamente, se inspiraba en imágenes antiguas...

Del arte antiguo y del arte anglo-sajón, por consiguiente, procede en nuestro sentir el carolingio. Los artistas del siglo ix habrán podido inspirarse a veces en algunas pinturas griegas por ellos conocidas, pero el caso es muy raro, y a medida que se adelanta en el siglo, el arte antiguo predomina cada vez más. Compárese solamente el Evangelionario de Carlomagno del año 781 y el Salterio de

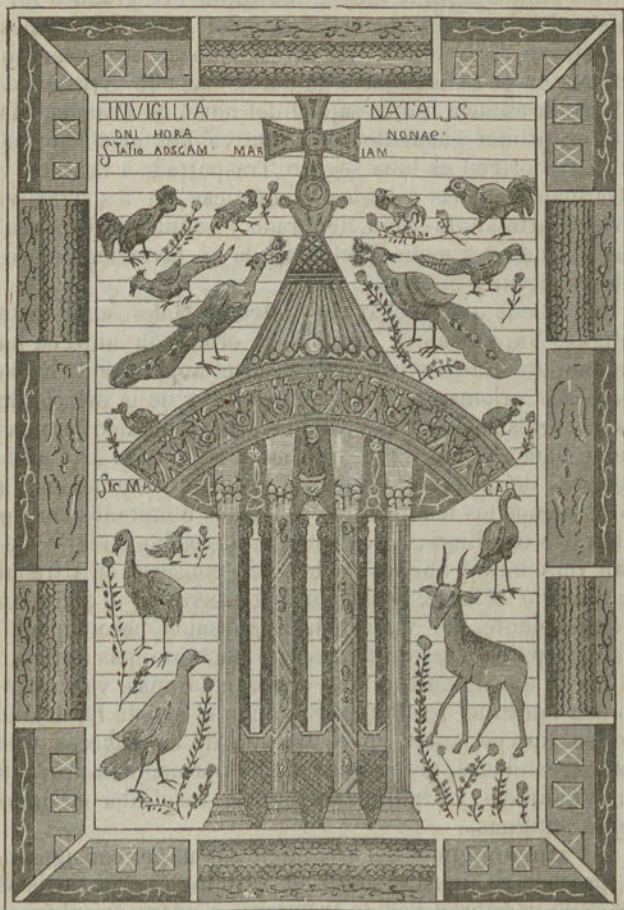


Fig. 22.—Fuente de la vida. Pintura del Evangelionario de Carlomagno.

Carlos el Calvo, y se comprenderá el alcance de nuestra observación.

El primero es un notable producto del nuevo arte en sus comienzos. Escrito el año 781 y presentado por el escriba Gotescale al rey Carlos durante una estancia de éste en Roma, contiene los Evangelios del año. Está escrito en letras de oro sobre pergamino purpúreo, y las titulares son de plata (1). Cada página se compone de dos columnas que van dentro de orlas bastante lindas, imitación, a lo que parece, de los manuscritos de Inglaterra. Se notan, sí, algunos adornos de follaje que recuerdan la ornamentación antigua, pero la mayor parte de los motivos son enlaces, monstruos y dibujos geométricos. Seis pinturas avaloran el volumen: cuatro de ellas representan a los Evangelistas y sus símbolos, la quinta a Cristo glorificado, la última la Fuente de vida. Una especie de kiosco, muy mal iluminado, sostenido por ocho columnas y que corona una cruz patada, cubre la fuente mística a la que llegan a calmar su sed un ciervo y diferentes aves. Otros animales, pavos reales, gallos, patos, cubren el fondo que ocupan también, en parte, plantas de extraña apariencia. El aspecto general es bastante raro y recuerda un poco el Oriente. El significado simbólico de la composición es muy conocido por lo demás, y los artistas occidentales han representado más de una vez la fuente mística de la vida eterna.

El famoso Salterio de Carlos el Calvo, escrito a media-

(1) Los manuscritos escritos con letras de oro, o «cripsográficos», de la época carolingia, son muy numerosos. «Remontan, dice M. S. Berger, en su mayor parte al reinado de Carlomagno y aun a la primera parte de dicho reinado. El Evangelionario de Gotescale se copió entre los años 781 y 788, el Salterio de Adriano I, si realmente le pertenece, es anterior al 795, el *Codex Adae* parece anterior al 803... Es probable que la mayor parte de los manuscritos con letras de oro hayan salido de la escuela palatina. Esta, efectivamente, fue dirigida, a partir del año 782, por Alcuino, que no había fundado todavía la escuela de Tours». (*Histoire de la Vulgate...*, pág. 277).

dos del siglo ix por cierto Liutardo, que consigna su nombre al final, está todo hecho en iniciales de oro sobre vitela blanca. Las iniciales y los títulos aparecen sobre bandas purpúreas, y al frente de cada nocturno se encuentra una página de adorno. Se observan multitud de motivos tomados del arte antiguo, entre otros una greca a dos tintas vista en perspectiva, copiada probablemente de un mosaico. Algunas hojas enteramente purpúreas están recargadas de los más delicados follajes, dignos de los pintores del Renacimiento. Las pinturas son en número de tres. La primera representa a David con sus cuatro compañeros de costumbre. Uno de ellos, que danza, parece copia de un original romano. En la segunda figura se ve al rey Carlos, bajo un frontón a la antigua, de color violeta. El rey está en un trono de orfebrería, lleva corona a la cabeza y sandalias purpúreas. La tercera pintura, pareja de ella, representa a uno que escribe sentado y rodeado de un nimbo. Algunas de las iniciales de este precioso volumen recuerdan aún muy remotamente los manuscritos anglo-sajones; pero todo el resto del adorno es antiguo.

* * *

La Escuela de Tours es una de las escuelas caligráficas más importantes de los tiempos carolingios. Fundada por Alcuino, siguió floreciendo durante mucho tiempo y sus producciones se encuentran diseminadas, en Tours mismo, en París, en Chartres, en Alemania, etc. Se conocen por una semi-uncial particularísima, con algunas letras raras, tal como la *g* que, compuesta de tres trazos rectos, recuerda la misma letra en el alfabeto anglo-sajón. Delisle atribuye a esta escuela algunos de los más hermosos ejemplares del siglo ix; pero sólo citaremos cuatro: la Biblia del conde Vivien, en París, la de Alcuino, en el Museo Británico; el Sacramentario de Autun y el Evangelario del emperador Lotario.

La Biblia regalada a Carlos el Calvo por el conde Vivien (1) es uno de los más hermosos ejemplares del arte carolingio. Las letras adornadas, muchas de ellas sobre fondo de color, son enteramente anglo-sajonas. Por el contrario, la inspiración antigua se acusa en el resto del adorno. En los cánones de los Evangelios, se observan animales tratados con bastante libertad, pero copiados de antiguos modelos, y cabezas de león. Los capiteles de las columnas unos son corintios, otros están formados por enlaces de color...

Con esta Biblia puede compararse la de Glanfeuil (hoy en la Biblioteca Nacional de París), donada a aquella abadía por el conde Roricon, yerno de Carlomagno, la de Zurich, y, sobre todo, la de Alcuino, conservada en el Museo Británico. La creencia de que Alcuino es autor material del último códice se funda en un verso en que este célebre escritor se nombra y nombra a Carlomagno. Las pinturas y los adornos recuerdan completamente la Biblia de Carlos el Calvo: la misma imitación del arte antiguo, con cierta mezcla de adornos anglo-sajones.

El Evangeliario de Lotario, que Sigilao escribió a expensas del príncipe y que fue donado por este último a San Martín de Tours, es también un magnífico ejemplo de lo que sabían hacer los calígrafos del siglo ix. La misma mezcla de las dos artes, pero en este caso el arte antiguo vence. El anglo-sajón ha proporcionado, no obstante, parte de los dibujos de las orlas y de las letras adornadas, muchas de las cuales están rodeadas de esas líneas o de esos puntos rojos a que tan aficionados eran los es-

(1) El conde Vivien fue un gran personaje. Aun cuando seglar, recibió el año 845 de Carlos el Calvo la investidura de la abadía de Saint-Martin y de la de Marmoutier. Fue él quien, el año 846, redujo a doscientos el número de los canónigos de Saint-Martin. Odiado en calidad de seglar, y quizá a causa de la energía o de la dureza de que parece haber dado pruebas en su administración, murió, con alegría de sus frailes, el año 851, en el curso de una campaña contra los bretones. (S. Berger, pág. 217).



Fig. 23.—El emperador Lotario.

cribas del otro lado del canal. En este manuscrito figura el célebre retrato del emperador Lotario, tantas veces reproducido.

Un monje de Marmoutier, Adalbaldo, que vivía a me-

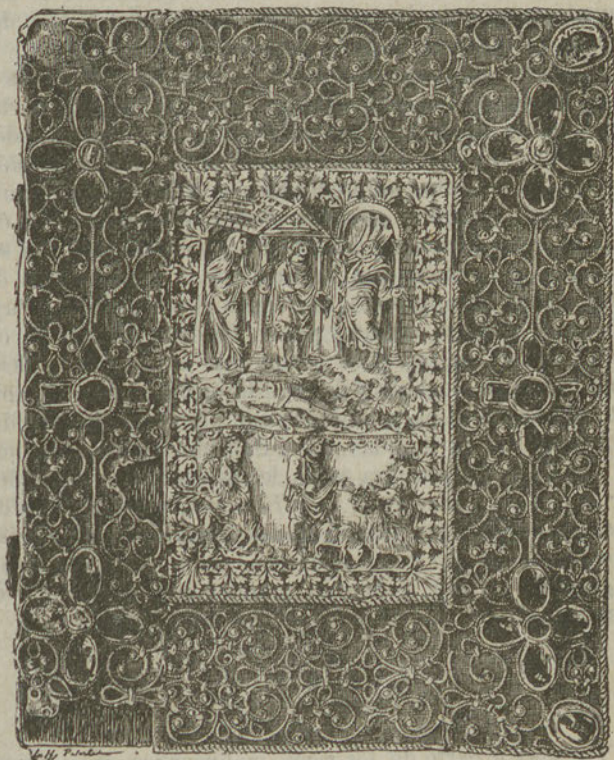


Fig. 24.—Tapa del Salterio de Carlos el Calvo.

diados del siglo IX, es autor de varios códices igualmente notables. Citemos tan sólo el célebre Sacramentario de Autun, que se escribió siendo abad Ragenario (por el

año 845). En él se observan bandas purpúreas recargadas de adornos o letras capitales, orlas con enlaces, bustos a la antigua, los signos del zodiaco, camafeos, medallas. M. Delisle, gracias a una comparación detenida, ha mostrado que los mismos motivos ornamentales se encuentran en este hermoso libro, en la gran Biblia del conde Vivien y en la de Glanfeuil (1).

Una escuela próxima a París, la de Orleans, creada y organizada por el poeta-obispo Teodulfo, se ha hecho igualmente ilustre por trabajos de gran valor en todos respectos. En ella, a lo que parece, se terminó la revisión de los libros santos emprendida por la Escuela palatina, y tenemos dos libros gemelos salidos de los talleres de dicha escuela. El uno se halla hoy en París, el otro, tan semejante al primero que se diría ser dos ejemplares de una misma obra impresa, pertenece al obispado del Puy. En estos códices, escritos ya en Orleans mismo, ya en Saint-Benoit-sur-Loire, se ha querido ante todo emplear una escritura elegante y de gran finura. Respecto al adorno, el escriba se ha contentado con algunas hojas de púrpura con letras doradas (en el Salterio y los Evangelios el fondo es de púrpura y las letras plateadas), grandes orlas con columnas en el *ordo librorum* y los cánones de los Evangelios, por último lindas iniciales, muy sobrias por lo demás. Tal como aparecen, estos dos códices son dignos de un rey, y honran grandemente al saber y el buen gusto de los discípulos de Teodulfo... (2).

* * *

La mayor parte de los ricos manuscritos carolingios, principalmente los códices litúrgicos, tenían en un prin-

(1) Acerca de Adalbaldo y la escuela de Tours, véase S. Berger. *Ob. cit.*, págs. 243 y siguientes.

(2) Respecto a la Biblia de Teodulfo, véase S. Berger. *Ob. cit.*, págs. 145 y siguientes.

cipio suntuosas encuadernaciones. Muchas han perecido, ya arrebatadas por manos profanas, ya sustituidas por otras más modernas. Generalmente estas encuadernaciones consistían en planchas de metal, plata u oro, puestas sobre una tabla gruesa, o laminillas de marfil cinceladas o esculpidas. Pero estas encuadernaciones preciosas han sido recompuestas varias veces, y muchas veces también desde el siglo IX, se han utilizado trozos más antiguos principalmente marfiles. Sería por tanto temerario deducir, *à priori*, la antigüedad del código por la encuadernación.

Uno de los mejores ejemplos que hay que citar es la encuadernación del Salterio de Carlos el Calvo, en la Biblioteca Nacional de París. En una de las tapas se ve a David implorando la ayuda de Dios contra sus enemigos (Salmo 35). El centro de la composición lo ocupa un ángel sentado en un trono, viéndose en la parte anterior a Cristo glorificado al que rodean seis santos. En la otra tapa, que reproduce el grabado adjunto, se ve la entrevista del profeta Nathan y de David, y el apólogo del rico y el pobre. La elección de los asuntos permite afirmar que poseemos la encuadernación hecha exprofeso para este hermoso manuscrito.

A. Molinier, *Les manuscrits*, París, Hachette, 1892.



CAPÍTULO VII

El feudalismo.

PROGRAMA.—*Desmembración de Francia en grandes feudos. Advenimiento de los Capetos.*

Régimen feudal: el homenaje, el feudo, el castillo, el siervo; la tregua de Dios. - La caballería.

BIBLIOGRAFÍA

Los principales libros relativos a los **orígenes del régimen feudal** se han indicado ya, al tratar de las instituciones y de la historia social de los tiempos merovingios y carolingios (capítulos II y VI)—. No indicamos aquí sino las obras que tratan de las **Instituciones feudales** y de la evolución histórica del régimen feudal **desde el siglo X hasta el XIV**.

El artículo «Feudalismo», publicado por Ch. Mortet en el tomo XVII de la *Grande Encyclopédie* (y por separado), es un bosquejo de conjunto, lo mismo que el notable capítulo de C. Seignobos, «El régimen feudal», en la *Histoire générale du IV^e siècle à nos jours*, ya citada, tomo II (1893) páginas 1-64. No hay muchas más cosas. Como los Estados feudales no se formaron del mismo modo en toda Europa, como la organización feudal en la Edad Media tuvo, según los lugares, formas muy distintas, es natural que se haya escrito más bien acerca de las formas regionales que respecto al régimen en general.

Acerca de las instituciones feudales en **Francia** se encontrará en varios «Manuales» recientes buena doctrina y datos bibliográficos abundantes. Véanse: E. Glasson, *Histoire du droit et des institutions de la France*, tomo IV, París, 1891; —A. Luchaire, *Manuel des institutions françaises. Période des Capétiens directs*. París, 1892;—P. Viollet, *Précis de l'histoire du droit français*, París, 1893;—e *Histoire des institutions politiques et administratives de la France*. París, 1890;—M. J. Flach es autor de una gran obra: *Les origines de l'ancienne France. I. Le régime seigneurial*, 1886; *II. Les origines communales, la féodalité et la chevalerie*. París 1893, cuya lectura es instructiva, pero ardua.—Véase A. Longnon, *Atlas historique de la France*, texto, 3.^{er} fasc. París, 1889.

Las instituciones feudales variaban, no solamente de un reino a otro, sino de uno a otro feudo. Algunas de las monograffas locales tienen valor. Consúltese, para **Normandía**: L. Delisle, en la *Bibliothèque de l'Ecole des chartes*, tomos X, XI y XII, y E. A. Freeman, *The history of the norman conquest of England*, tomo I, Oxford, 1870.—Para la **Borgoña**: C. Seignobos, *Le régime féodal en Bourgogne jusqu'en 1360*. París, 1883, y E. Petit, *Histoire des ducs de Bourgogne de la race capétienne*, tomos I a V. París, 1885-1894.—Para el **Languedoc**: A. Molinier, en la *Histoire générale du Languedoc*, tomo VII, Toulouse, 1879.—Para **Flandes**: L. A. Warnkönig, *Histoire de la Flandre et de ses institutions civiles et politiques jusqu'à l'année 1305*, Bruxelles, 1835-1864, 5 volúmenes.—Para la **Champagne**: H. d'Arbois de Jubainville, *Histoire des ducs et comtes de Champagne*, Troyes, 1859-1865, 7 tomos.—Para **Bretaña**: A. de Courson, *La Bretagne du Ve au XII^e siècle*. París, 1863, y A. de la Borderie, *Essai sur la géographie féodale de la Bretagne*, Rennes, 1889.—Para la **Lorena**: E. Bonvalot, *Histoire du droit et des institutions de la Lorraine et des trois Evéchés*. París, 1895.

Respecto al **régimen feudal en Alemania**, en general, véase: G. Waitz, *Deutsche Verfassungsgeschichte*, tomos V (2.^a edición, 1893) a VIII; — G. Lamprecht, *Deutsche Geschichte*, tomo III. Berlín, 1892. Esta obra de vulgarización, que parece considerarse en Alemania como una de las obras maestras de la historiografía contemporánea, ha sido exactamente apreciada por G. v. Below en la *Historische Zeitschrift*, LXXI, 465.

Para la historia del **régimen feudal en Inglaterra**, véase la Bibliografía del capítulo XII.

La **caballería**, tal como en Francia aparece, ha sido estudiada, según las canciones de gesta, por L. Gautier (*La Chevalerie*, París, 1890).—M. P. Guilhaumez prepara un trabajo nuevo acerca de la historia de las instituciones caballerescas.

cas.—Estúdiese, para Alemania: Alwin Schultz. *Das höfische Leben zur Zeit der Minnesinger*, Leipzig, 1889, 2 volúmenes;—K. H. Roth y Schreckenstein, *Die Ritterwürde und der Ritterstand*, Freiburg i. B., 1886; y el libro elemental de O. Henne am Rhyn, *Geschichte des Rittertums*, Leipzig, 1893.

Las instituciones en favor de la paz (**tregua de Dios**, etc.) han sido estudiadas por E. Semichon, *La paix et la trêve de Dieu*, París, 1869, y mejor por L. Huberti, *Gottesfrieden und Landfrieden. Rechtsgeschichtliche Studien. I. Die Friedensordnungen in Frankreich*. Ansbach, 1892. Véase también L. Weiland, en la *Zeitschrift für Savigny-Stiftung*, tomo XIV.

Véase más adelante la Bibliografía de la historia de las poblaciones rurales (capítulo X), la de la historia de las costumbres en general y la de la arquitectura militar en la Edad Media (capítulo XIV).

I.—El advenimiento de la tercera dinastía.

En la historia del desarrollo territorial y político de la casa de Roberto el Fuerte en el siglo x hay que buscar la principal explicación del cambio de dinastía verificado el año 987. Pero se correría el riesgo de equivocarse singularmente respecto al carácter verdadero de esta revolución y de la monarquía que de ella salió si no se intentase, previamente, determinar la naturaleza exacta del poder que los príncipes robertianos del siglo x, reyes o duques, Eudes, Roberto, Raul, consiguieron alzar contra la autoridad de los últimos Carolingios.

La mayor parte de los historiadores se han dedicado a poner de relieve la franca oposición de las dos dinastías que se disputaban el influjo soberano y el título de rey. Se complacen en representarlas como personificación de principios y sistemas políticos distintos en absoluto. Para ellos los robertianos, poseedores del suelo, simbolizan la idea feudal, la herencia de los feudos, la división de la soberanía, la independencia con respecto al poder central. Son además neustrianos, los verdaderos representantes de la nacionalidad francesa y de la raza celto-latina, los

directores naturales del movimiento que tiende a romper definitivamente la unidad carolingia separando para siempre a los francos occidentales de los que habitan al otro lado del Rin. Si pudieron triunfar de sus adversarios, débese a que eran a la vez príncipes feudales y nacionales. Los carolingios, por el contrario, más alemanes que franceses, habrían personificado las ideas romanas e imperiales, el principio de la concentración de los poderes públicos, el amor a la unidad, el odio al particularismo y las instituciones feudales. De esta antítesis perpetua entre las dos casas y los dos principios resulta el gran interés que se concede a la lucha emprendida, durante más de un siglo, entre los robertianos y los últimos descendientes de Carlomagno.

Semejante manera de presentar los hechos no da el sentido exacto de la realidad. Habríase debido notar que de hecho Eudes, Roberto I y Raul, señores feudales elevados a la dignidad real con desprecio de los derechos carolingios, comprendieron y ejercieron absolutamente la realeza del mismo modo que Carlos el Simple, Luis de Ultramar y Lotario. Manifestaron las mismas pretensiones y las mismas tendencias, pusieron en obra los mismos procedimientos. Al cambiar de condición y ser reyes, el marqués de Neustria y el duque de Borgoña sufrían fatalmente las necesidades anejas a su nueva posición. Heredaban las tradiciones y la política de sus predecesores, de igual modo que revestían las mismas insignias y copiaban en sus privilegios las fórmulas de la cancillería carolingia.

Intentaron los reyes de la dinastía de Roberto el Fuerte, al igual de los Carolingios, extender todo lo posible los límites de su autoridad. Se les ve preocupados a todos en reducir a la dependencia del poder central las diferentes partes del país que tendían a separarse de él y conquistar la autonomía. Basta recordar los esfuerzos continuos de Eudes y de Raul para mantener el Mediodía de Francia en la obediencia, y sus relaciones continuadas con los obispados y los monasterios de las más

lejanas regiones del Languedoc y de la Marca de España. Raul, en sus privilegios, cuida siempre de titularse «rey de los francos, de los aquitanos y de los borgoñones». Desde este punto de vista, sería difícil encontrar diferencia apreciable entre la conducta de los robertianos y la de los príncipes legítimos. Unos y otros parecen haber estado convencidos de la necesidad de conservar entre la Francia central y el resto del reino, si no lazos administrativos que cada vez hacía más difícil mantener el movimiento feudal, al menos una apariencia de cohesión y de unidad política.

Por otra parte, todos los reyes del siglo x, de cualquier dinastía que sean, han tratado de mantener, en límites que variaron con su poder efectivo y la naturaleza de su temperamento, contra el desarrollo creciente del feudalismo, las prerrogativas del poder supremo. No han conseguido impedir la trasmisión hereditaria de los feudos, todos se han visto obligados a distribuir entre sus fieles beneficios que no tenían gran esperanza de recobrar; pero no se ve que en este respecto los reyes de origen feudal hayan hecho otra cosa que los carolingios. Al contrario, si hay un reinado en que el gobierno del rey haya parecido querer reobrar contra la usurpación completa de los beneficios y de los cargos públicos, es sin contradicción el de Eudes. Precisamente porque no se mostró siempre dispuesto a aceptar sin condiciones el principio de la herencia de los feudos, porque intentó resistir ante las exigencias de la aristocracia, se enajenó, al final de su reinado, a los mismos jefes feudales que le habían elegido. Carlos el Simple debió principalmente la corona a este movimiento de los grandes.

La teoría que en todas partes quiere ver oposiciones de raza no podría admitirse más cuando se quiere explicar la lucha de los robertianos y de los carolingios, el triunfo de los primeros y la caída de los segundos. Si es cierto que la posesión de París, de Tours y de las partes más ricas de la Francia central ha podido contribuir a realzar a los descendientes de Roberto el Fuerte, es, sin embargo,

inexacto hacer de ellos los representantes exclusivos de la nacionalidad francesa, y de los carolingios la personificación del elemento germánico. Desde que se constituyó el reino de los francos occidentales en beneficio de Carlos el Calvo, los descendientes de Carlomagno que ejercieron el poder al este del Mosa fueron considerados por sus contemporáneos como reyes franceses y tan nacionales como los jefes neustrianos, sus adversarios. Si los robertianos hubieran representado exclusivamente las aspiraciones de la raza celto-latina y el odio al extranjero, sus relaciones con la Germania habrían sido muy distintas. En este terreno todavía, su política es exactamente igual a la de los carolingios. Buscaron aún más que sus rivales la protección de los reyes alemanes. No hay príncipe neustriano, rey o duque, que no haya hecho alianza con los soberanos de Germania. Hugo Capeto se veía aún, por su madre, emparentado de cerca con los reyes sajones.

De esta manera, ni como reyes *feudales*, ni como reyes *nacionales*, los robertianos fueron elevados a la dignidad suprema por el clero y los señores franceses del siglo x. Por otra parte, bajo la dirección de Eudes, de Roberto y de Raul, la monarquía fue exactamente lo que era cuando estaba en manos de los descendientes de Carlomagno.

¿A qué atribuir, pues, la caída de la dinastía legítima y por qué el poder monárquico fue definitivamente transmitido, el año 987, al heredero de Roberto el Fuerte?

Los últimos carolingios no sucumbieron por falta de actividad y de energía. Se abandona hoy la vieja leyenda que, partiendo de una analogía poco fundada entre la decadencia merovingia y el período final de la segunda dinastía, aplicaba erróneamente a los herederos de Carlos el Simple el título de reyes holgazanes. Luis de Ultramar, Lotario y aun Luis V desplegaron recursos de ingenio que les habrían asegurado el éxito si el éxito hubiera sido posible. Pero sufrían el peso de las faltas cometidas por sus antecesores y de la situación desesperada que les habían dejado como herencia... Los carolingios, arruinados, no teniendo ya propiedades ni vasallos,

habían de algún modo perdido pie en el torrente feudal que lo arrasaba todo. Les arrastró, pues, la corriente. Al contrario, los herederos de Roberto el Fuerte, hijos fuertemente en el suelo, permanecieron en pie. Precisamente porque el duque de los francos poseía lo que faltaba a los herederos de Carlomagno (la riqueza territorial), la revolución dinástica del año 987 pudo realizarse en beneficio de los robertianos.

Pero si la cualidad de gran propietario fue la *condición* necesaria para que subiera al trono el último robertiano, hay que buscar en otra parte la *causa* esencial de los acontecimientos del año 987.

¿Era este cambio dinástico, como se ha dicho, consecuencia directa del estado de cosas creado por el triunfo del feudalismo? Ciertamente no... Si sólo hubieran seguido la propia inclinación, los grandes propietarios de feudos que confirmaron la corona a Hugo, habrían prescindido muy bien de la autoridad superior que de esta suerte ponían sobre sus cabezas.—La elección del Capeto prueba cuán poderosa era aún la tradición romana de unidad y de centralización realizada por las instituciones imperiales, recogida y continuada casi en la misma forma por la monarquía semi-ecclesiástica de los merovingios y de los austrasianos. Esta tradición continuaba viva a fines del siglo x, en el momento mismo del pleno desarrollo de un régimen cuyas tendencias eran del todo opuestas. Sin duda hay razón para decir que el poder de la dinastía robertiana y su triunfo definitivo fueron uno de los resultados del desarrollo mismo del feudalismo. El advenimiento de Hugo Capeto, cabeza de una gran familia señorial, era el indicio cierto de la preponderancia del nuevo orden social y político. Pero si el feudalismo hizo la fortuna de los descendientes de Roberto el Fuerte y los designó para ser elegidos por la nación, no hizo necesaria la renovación de la realeza en favor de una tercera dinastía.—A la Iglesia, depositaria de la tradición romana y monárquica, se debe la elección de Hugo Capeto. La Iglesia, representada por tres elevadas

personalidades ganadas a la defensa de los intereses neustrianos, el arzobispo de Reims Adalberon, su secretario y consejero Gerberto, y el obispo de Orleans, Arnul, fue la que preparó y guió todo.

El advenimiento de Hugo Capeto fue, ante todo, obra de la Iglesia. Al tomar definitivamente posesión de la realeza, los robertianos, príncipes feudales, se colocaban por cima y fuera del régimen que había dado origen a su fuerza. Cuando el arzobispo Adalberon dice a los grandes reunidos en Senlis: «Hay que buscar alguien que sustituya al difunto rey Luis en el puesto de rey, no sea que el Estado, sin su jefe, se quebrante y perezca», no se trataba de completar la jerarquía feudal. El Estado de que en este caso se trata no es otro que la antigua monarquía romana y eclesiástica, tal como la ha entendido siempre el episcopado. Esa era la institución política cuyo mantenimiento deseaban tan ardientemente Adalberon y todo el clero, la que por voluntad de la Iglesia y asentimiento de algunos altos barones, Hugo Capeto y sus sucesores recibían la misión de perpetuar y transmitir a los siglos futuros.

*
* * *

De estas consideraciones se desprende la idea que debemos formarnos, en nuestro sentir, de la monarquía de Hugo Capeto. Por su naturaleza y sus rasgos esenciales, esta monarquía no hace más que continuar la de la era carolingia. Como el duque de los francos la recibe en principio tal como la habían poseído sus predecesores, con las mismas prerrogativas y las mismas tendencias, no ha fundado en suma nada nuevo. Al menos así consideraron su situación los mismos Capetos primeros, en cuanto se posesionaron de la dignidad real. Alcanzábaseles que su advenimiento no constituía un estado de cosas nuevo [y que representaban simplemente, después de los

carolingios, un sistema político cuyo origen se remontaba a los primeros tiempos de la monarquía franca. Consagrados por la Iglesia, no dejaron de considerarse como los herederos legítimos de las dos dinastías que habían



Fig. 25.—Sello de Enrique I.

precedido a la suya. La opinión general, en suma, no era contraria a esta manera de ver, a pesar de la lentitud que algunas provincias del Mediodía tuvieron para reconocerles y los rencores de ciertos príncipes feudales. La afirmación de algunos cronistas muy posteriores al advenimiento de Hugo Capeto, según la cual este rey, dudando de su propio derecho, se habría abstenido de ceñir la

corona, es en absoluto inaceptable. Este hecho no puede conciliarse con lo que nos enseñan los documentos contemporáneos auténticos y sobre todo los privilegios reales. En ellos se ve a Hugo Capeto y a sus sucesores evocar, a cada instante, el recuerdo de sus *predecesores* carolingios y merovingios, proclamarse continuadores de su política y ejecutores de sus capitulares y de sus decretos. El primer Capeto es, naturalmente, el que más cuidado pone en afirmar los lazos que unen su gobierno a los que le han precedido; pero sus descendientes no dejan de hacerlo tampoco. Los diplomas reales del siglo xi presentan, en la expresión de este hecho, las fórmulas más precisas y variadas: «Según la costumbre de nuestros predecesores», dice Hugo Capeto en privilegio del año 987 concedido a la abadía de San Vicente de Laon, y en otro de Enrique I, concedido a la abadía de Saint-Thierri de Reims, se lee: *Regum et imperatorum quibus cum officio tum dignitate successimus...*»

A. Luchaire, *Histoire des institutions monarchiques de la France sous les premiers Capétiens*, tomo I, París, A. Picard, 1891, 2.^a edic.

II.—La caballería.

La caballería se desarrolló en la Edad Media en toda Europa paralelamente al feudalismo con el cual tiene numerosos puntos de enlace.—Los orígenes de esta institución son complejos y ciertamente muy remotos. Con razón, opinamos nosotros, se ha recordado, a propósito del acto de ser armado caballero, la antigua costumbre germánica, indicada por Tácito (*Germania*, c. 13), de la entrega solemne de las armas al joven germano, a la edad en que puede llegar a ser guerrero... Los cronistas cuentan la ceremonia en que Carlomagno ciñó solemnemente la espada a su hijo Luis, de edad de trece años (791) y

aquélla en que éste, emperador a su vez, entregó en 838 las «varoniles armas» a su hijo Carlos al cumplir los dieciséis años. Pero lo que debió contribuir más que nada a la formación, al desarrollo y a la organización de la caballería, fue el hondo cambio que parece haber sufrido la organización militar a mediados del siglo VIII. Hasta entonces la infantería había sido la fuerza principal de los



Fig. 26.—Caballero del siglo XI, según la tapicería de Bayeux.

ejércitos germánicos, no figurando los jinetes sino por excepción. A partir de entonces, la caballería adquiere un papel preponderante que conservará hasta el fin de la Edad Media, y viene a ser la fuerza principal, si no única, del ejército. En el lenguaje de la época, la palabra *miles* sigue designando el guerrero de a caballo, pero en francés se le ha llamado siempre *caballero*. En el momento en que aparece la lengua francesa, el noble no sirve más que a caballo y la caballería tiene ya un principio

de organización. Durante el primer período del feudalismo, el caballero es por tanto el jinete en edad de manejar las armas y lo bastante rico para equiparse a sus expensas, lo cual implica que pertenecía a la nobleza hereditaria o que había recibido uno de aquellos beneficios militares de que procedieron los feudos. Las espuelas son el atributo esencial del caballero. Según el antiguo derecho escandinavo, que conviene comparar aquí con las costumbres feudales, cualquiera podía ingresar en la casta de los privilegiados siempre que tuviera un caballo que valiera al menos cuarenta marcos, una armadura completa, y que justificase tener caudal suficiente para satisfacer esta carga. En Francia misma la caballería jamás ha constituido una casta absolutamente cerrada. Sin duda la aptitud propia para ser caballero era característica de la nobleza, pero, no obstante, en principio, cualquier caballero podía armar caballero a otro, y en ciertas comarcas, en el Mediodía de Francia particularmente, se pasaba con bastante facilidad de las labores del campo a la caballería, y los ejemplos de villanos armados caballeros abundan bastante en la historia. Más tarde, en el siglo XIII, los reyes de Francia quisieron prohibir a sus vasallos, y aun a los grandes feudatarios, armar caballeros a los que no eran nobles, pero nunca lo consiguieron completamente. Por el contrario, era costumbre que todos los nobles se hicieran caballeros. Disposiciones regias del siglo XIII llegaron a convertir esta costumbre en ley positiva, y la dieron una sanción castigando con multa a los escuderos nobles que no habían sido armados caballeros al cumplir los veinticuatro años.

El desarrollo del feudalismo en el curso del siglo XI y especialmente el conjunto de las relaciones feudales contribuyeron a fijar, a regularizar y a organizar la institución de la caballería. Constituyó durante todo este período la caballería feudal y los deberes de los caballeros fueron precisamente los que resultaban de su situación de vasallos o de suzeranos, a los cuales se añadió ese sentimiento particular del honor que se llamó en lo sucesivo pre-

cisamente el honor caballeresco. La bravura, la fidelidad, la lealtad fueron entonces las cualidades esenciales del caballero. Las Cruzadas, en que se encontraron y mezclaron los ejércitos feudales de toda Europa, añadieron muy pronto caracteres nuevos. Por ellas, la caballería se hizo al mismo tiempo más cristiana y más universal. Fue como una gran afiliación de todos los gentileshombres de la cristiandad, con sus reglas y sus ritos. A las antiguas obligaciones de ser fiel a su señor y de defenderle contra sus enemigos, se añadieron otras nuevas que pronto ocuparon el primer lugar: defender la cristiandad, proteger a la Iglesia, combatir a los infieles. Esta caballería es la que nos dan a conocer la mayor parte de las canciones de gesta. Con el nombre de Carlomagno, de Roldán, de Renato y de todos los héroes de la época carolingia, es la sociedad caballeresca del siglo XII la que nos muestran con una exactitud y una fidelidad que confirman todas las fuentes históricas.

En aquella época todos los hijos de los gentileshombres se preparan desde la infancia para ser caballeros. A los siete años, al salir de manos de las mujeres, el niño es enviado a la corte de un barón, muchas veces del suzerano de su padre y a veces del rey, y allí es doncel (*domicellus*) o criado (*vassaletus*). Desempeña en calidad de tal servicios domésticos ennoblecidos por el rango de las personas a quienes sirve, y al propio tiempo recibe la instrucción y la educación que exige su prosapia. Más tarde, es escudero (*armiger*) y con este título está afecto al servicio particular de un caballero a quien acompaña cuando va de caza, a los torneos, a la guerra. Completa de esta suerte su instrucción militar hasta que se halla en edad de ser armado caballero. Esta edad ha variado mucho. Hay ejemplos de niños armados caballeros a los diez u once años. Se recuerda que a los doce, en tiempo de los carolingios, se prestaba al soberano el juramento de fidelidad. Con mucha frecuencia a los quince se ingresaba en la caballería. Era la época de la mayor edad entre los germanos, y durante toda la Edad Media, cuan-

do el primogénito cumplía los quince años, el señor podía requerir la ayuda de caballería. No obstante, hubo tendencia a retrasar hasta los veintiún años, es decir, hasta la mayor edad, la época del ingreso en la caballería.

Las más de las veces la fecha de la ceremonia, del *adobamiento* (es la palabra técnica), se elegía y fijaba de antemano. Coincidió por lo común con una gran fiesta ecle-



Fig. 27.—Armando a un caballero, según el mss. fr. 782 de la Biblioteca Nacional de París (siglo XIII).

siástica; pero muchas veces también se armaban caballeros de improviso, en el campo de batalla, después de hechos brillantes, o aun antes de la batalla, en el momento de trabarla.

Al principio y hasta mediados del siglo XII, la ceremonia es muy sencilla todavía. Consiste esencialmente en la entrega de las armas al joven escudero, entrega que un caballero verifica. Dirigiase para el caso la solicitud a un barón poderoso, al suzerano del aspirante, al rey. Era frecuente también que el padre quisiera armar caballero a su

hijo. Los españoles se armaban ellos mismos. La escena tenía lugar casi siempre en la escalinata del castillo, en presencia de la muchedumbre reunida. El padrino o los padrinos, porque era frecuente buscar varios, ponían al candidato la loriga y el yelmo, le ceñían la espada, le calzaban las doradas espuelas, después de lo cual uno de ellos le daba la *acolada*, un formidable cachete en la nuca. Cuando las costumbres se suavizaron, se puso simplemente la mano sobre el candidato, se le dieron espaldarazos con la espada o aun un beso. Al hacer lo cual se dirigían al nuevo caballero palabras muy breves, muchas veces tan sólo estas dos: «Sé esforzado». Se tenía el caballo debajo de la escalinata. Una vez armado, el caballero montaba sin apoyarse en el estribo y daba una carrera, es decir, un galope. Después de lo cual había de correr aún una botarga.

Llamábase así a una especie de ejercicio o más bien de prueba, que consistía en manejar la espada desde el caballo contra una especie de maniquí armado con loriga o yelmo.

Como se ve, el ritual de la toma de armas era muy sencillo al principio, pero se complicó más tarde. Se añadieron primeramente ceremonias religiosas, tal como la vela de las armas en la iglesia, la bendición de la espada, una misa solemne, y poco a poco la ceremonia fue haciéndose más eclesiástica. La antigua toma de armas se trasformó en una especie de sacramento administrado por el obispo; el obispo fue el encargado de armar caballeros, les ceñió la espada, les dió el abrazo y les dirigió un sermón respecto a sus deberes. Con el título de *Benedictio novis militis* viejos pontificales nos han conservado todo el ritual, toda la liturgia de estas ceremonias. Más tarde todavía, añadióse todo un desenvolvimiento simbólico y místico muy complicado y refinado, ayunos, vigiliias, confesiones y comuniones preparatorias, el baño simbólico al salir del cual el neófito era vestido con colores alegóricos. Es el ritual del siglo xv, el que han conocido únicamente los historiadores de la caballería.



Fig. 28.—Godofredo Plantagenet, según una placa esmaltada (Museo del Mans).

Desde finales del siglo XII, en efecto, bajo el influjo del desarrollo de la civilización, debido también a la acción de las historias de la Tabla redonda, el ideal caballeresco se había poco a poco modificado de manera sensible. A la antigua caballería feudal, todavía bárbara y violenta, pero singularmente varonil y propia para desarrollar todas las excelencias del caballero, reemplazaba poco a poco una caballería galante y debilitada en que las buenas maneras sustituían a las brutalidades heroicas, en que la temeridad y la imprudencia, y a veces la extravagancia, ocupaban el lugar del valor verdadero. Era la caballería de aventuras, puesta en boga por aquellas novelas tan extendidas a partir del siglo XIII, de que el *Orlando* de Ariosto y más tarde el *Don Quijote* son maravillosas y crueles parodias. En lugar de los relatos épicos de las viejas canciones de gesta, estas novelas nos muestran siempre a algún lindo caballero caminando a través de países maravillosos en busca de aventuras, haciendo votos extravagantes, teniendo a honor mantener juramentos fútiles, yendo de torneo en torneo, dirigiendo a los más audaces desafíos insolentes, vencedor de los más bravos merced a talismanes, detenido por encantamientos, libre mediante alguna bella princesa por cuyo amor hace nuevos votos, y volviendo a otras aventuras y nuevos combates.

Los torneos, que durante el primer período habían sido imagen de la guerra y ruda preparación para el oficio de las armas, constituyeron la principal ocupación de los caballeros; pero, lejos de preparar para la guerra, aquellas fiestas brillantes y fastuosas, que diferían de ella cada vez más, alejaban de combatir cada vez más a la nobleza, llegando a ser su ocupación principal y contribuyendo a arruinarla. El lujo inaudito que se desplegó en aquellas fiestas, las prodigalidades a que dieron lugar, tuvieron aún por consecuencia introducir en la guerra ideas de lucro y de provecho. Los caballeros pelearon para hacer prisioneros y pedirles luego cuantiosos rescates. Tal era la caballería, tan imprudente y torpe como brillante, que fue durante la guerra de Cien años causa de todos los reve-

ses de Francia. El siglo XII había marcado el apogeo de la institución, los síntomas de decadencia se habían manifestado en el transcurso del XIII, el XIV y el XV marcan el término de la decadencia y de la decrepitud. Hubo, sí, en el siglo XVI, en la personificación de Bayardo, el caballero sin miedo y sin tacha, un intento de renacimiento caballeresco, pero no fue más que una apariencia. Los destinos de la caballería se habían realizado ya y las formas que persistieron algún tiempo todavía no fueron sino vanas supervivencias.

A. Giry, «Chevalerie», en la *Grande Encyclopédie* (H. Lamirault, editor), tomo X.

III.—El feudalismo en el Languedoc.

La transformación del beneficio vitalicio en feudo irrevocable se realizó, en el Mediodía de Francia, del año 900 al 950. Pasada esta fecha, el feudalismo está constituido.

En el Languedoc, muchos enemigos atacaron pronto al régimen feudal. El derecho germánico, origen principal de este régimen, es desde el siglo XI combatido encarnizadamente por el derecho romano, consuetudinario entre los antiguos habitantes del país desde hacía cerca de mil años. La Iglesia, que tuvo que entrar en este marco estrecho, de tierras y de personas superpuestas, acaba por salirse y se hace una existencia independiente. Por último, a partir del siglo XII, los burgueses de las ciudades, enriquecidos por el comercio y la industria, reclaman libertades y fundan en medio de las señorías verdaderas repúblicas. Añadamos también la realeza, que, omnipotente en el Mediodía de Francia desde finales del siglo XIII, transforma rápidamente este régimen decrepito.

* * *

Se observa generalmente en el norte de Francia dos clases de propiedades feudales: el *feudo* y el *censo*, el primero de los cuales no debe más que servicios honrosos, pagando el segundo un censo en metálico y rentas en especie. Es difícil admitir que esta distinción haya existido en el Mediodía, donde el *feudo*, en más de un caso, tenía que pagar rentas en metálico, en tanto los obligados al censo no estaban exentos, tan generalmente como se supone, del servicio militar. Los burgueses, los villanos mismos estaban sujetos a él, y en las ciudades nuevas de la Marca de España, el suzerano se reservaba especialmente el *ostis* y la *cavalcata* sobre todos los habitantes de las nuevas aldeas.

Pero cabe distinguir al menos dos clases de feudos: al principio el feudo parece ser el beneficio hecho hereditario, más tarde es una concesión a título oneroso. Se dieron en feudo tierras, derechos útiles, para asegurar el cultivo de las unas, la percepción de los otros; fue todo un sistema administrativo. Así había en Rouergue un *fevum sirventale*: el vasallo es el *serviens*, el agente del suzerano, cobra sus rentas y vela por sus intereses. Vemos también conceder a título de feudos derechos de peaje, salas bajas en un castillo, iglesias, rentas eclesiásticas. Desde mediados del siglo XI, se es feudatario al recibir del suzerano una suma de dinero: el arzobispo Guifredo de Narbona hizo vasallo suyo al vizconde de Beziers dándole en feudo hereditario cierta suma en dinero o en especie.

La posesión de un feudo, cualquiera que fuese, imponía al feudatario deberes, siendo los principales prestar homenaje y juramento de fidelidad, y el servicio militar.

*
* * *

I.—Se llama *homenaje* al reconocimiento debido por el vasallo a su señor. Es lo mismo que la antigua *recomendación*, el vasallo confiesa pertenecer a un suzerano

por razón de tal o cual feudo, de tal o cual dominio. La forma del homenaje es en un principio la de la antigua recomendación: el vasallo dobla la rodilla y pone las manos en las del suzerano, y ambos cambian el beso de paz.

Las actas más antiguas de homenaje están escritas en un lenguaje bárbaro, mezcla de formas latinas y de formas vulgares (siglos x y xi). Más tarde, en las comarcas de Tolosa y de Carcasona, supera la lengua latina. Desde principios del siglo xii, los homenajes prestados al vizconde Bernardo Aton de Carcasona están en latín. En el Languedoc oriental, al contrario, triunfó el provenzal, y hasta principios del siglo xiii los homenajes prestados ante el señor de Montpellier fueron escritos en lengua vulgar, salvo la fecha y los nombres de los testigos, que se pusieron en latín.

Cuando un feudo se había repartido entre varios hijos, al principio el primogénito era el único obligado al homenaje. El año 1269, Alfonso de Poitiers, renovando una disposición de Felipe Augusto, decidió que cada uno de los copartícipes habría de rendir homenaje por separado. Cuando el feudo caía en manos de una mujer, el marido rendía homenaje en nombre de ella. Si el que poseía el feudo era menor de edad, su tutor quedaba obligado en su puesto a todos los deberes del vasallo, pero el joven feudatario debía renovar personalmente el homenaje una vez llegado a la edad de armarse caballero.

El juramento de fidelidad se prestaba al mismo tiempo que el homenaje y generalmente se consignaba en la misma acta. Se juraba con la mano puesta en los Santos Evangelios o en reliquias; los clérigos manteniéndose en pie delante del libro o del relicario y recitando la fórmula con la mano puesta sobre el pecho (*inspectis sacrosanctis evangeliiis*), los seglares posando la mano sobre el Evangelio o sobre la reliquia (*tactis sacrosanctis evangeliiis*). Pero el juramento de fidelidad no era siempre consecuencia directa de la recomendación (como lo era la prestación de homenaje). En principio todo morador libre de un señorío debía este juramento al señor de la tierra. Se en-

cuentran en el Languedoc ejemplos muy antiguos de juramentos prestados por todos los hombres libres de un señorío. El año 1107, por ejemplo, los burgueses de Carcasona juraron al vizconde Bernardo Aton serle fieles, no engañarle, no perjudicarle, auxiliarle contra cualquiera que intentase quitarle la ciudad. Recordemos que la Iglesia impuso también la obligación de juramento a todos los fieles, cuando, en sus Concilios provinciales, hubo organizado la *tregua de Dios*.

II.—De las obligaciones que incumbían al vasallo era el servicio militar, desde todos los puntos de vista, la más importante. Ella dió al feudalismo su carácter de policía guerrera y le permitió crear un nuevo estado social. En la época carolingia, el servicio militar no era debido sino al soberano, a aquél a quien todos los súbditos habían prestado el juramento de fidelidad. El *senior* no podía exigirle de su *vassus*. Pero se comprende que los condes y otros oficiales reales hayan podido exigir para ellos el servicio de guerra que pedían a los fieles del emperador para éste, porque habían permanecido los únicos representantes del poder central, administraban el territorio y casi todos los hombres libres que lo habitaban habían venido a ser sus recomendados. Además, en el estado en que el país se encontraba, la fidelidad debida al señor suponía sobre todo la defensa de su vida, expuesta a diario en toda clase de encuentros. Las guerras civiles, desde la época de Carlos el Calvo, destrozan de continuo el Mediodía, y todos los poderosos se rodean de gentes suyas que han de ayudarles en el ataque y en la defensa. La obligación de las armas que el vasallo tiene con respecto a su señor, es, por tanto, consecuencia natural del juramento de fidelidad que ha prestado, juramento que le obliga a defender su vida, su honra y sus bienes.

El texto más antiguo que nos muestra el servicio de guerra debido a un particular es una escritura del año 954. Este servicio se representa en ella como requisito indispensable para la infeudación de ciertos castillos. Se debe por el feudatario por y contra todos, a excepción del con-

de de Urgel, suzerano superior. Este documento, escrito en los mismos términos que las actas del siglo XII, presenta ya la enumeración de las distintas formas del servicio militar feudal, la *hostis*, la *cavalcata* y la obligación de entregar las fortalezas a la primera demanda.

Entre estos dos términos, *hostis* y *cavalcata*, la diferencia es mínima. El derecho de requerir ambas a la vez lo tuvieron la mayor parte de los señores meridionales. Estos dos términos parecen solamente designar expediciones más o menos importantes. La *hostis* u *ostis* es la gran expedición regular que supone el sitio de alguna

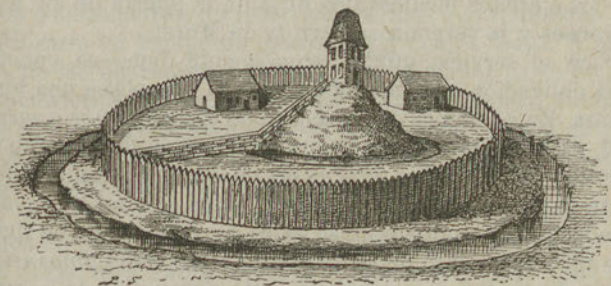


Fig. 20. - Castillo del siglo X, sobre su mota, con recinto de empalizada (según el Diccionario de arqueología de H. de Caumont, *Arquitectura militar*, pág. 393).

fortaleza enemiga; la *cavalcata* (cabalgada) es más bien un paseo militar por territorio enemigo. Lo que sabemos de las guerras feudales de los siglos XI y XII nos hace pensar que consistieron sobre todo en cabalgadas.

En un principio, todo el que está en posesión de un feudo debe, personalmente y a sus expensas, el servicio militar. Puede decirse aún que esta obligación es, con la herencia, la diferencia más grande que existe entre el beneficio y el feudo. Pero nunca este derecho de requisición del suzerano estuvo reglamentado en el Mediodía, o al menos no lo estuvo más que en ciertos señoríos. Ja-

más se estableció en el Languedoc una regla general como la de los cuarenta días de servicio del norte de Francia. Buen número de textos prueban que en dicha provincia los vasallos permanecieron a discreción del señor, que pudo convocarlos con tanta frecuencia y por tanto tiempo como quiso. Este servicio, en apariencia tan riguroso, se suavizó, sin embargo, en la práctica de modo notable. La mayor parte de las ciudades lograron eximirse de él. Un sabio de nuestros días ha podido llegar a decir que en el siglo XIII muchos feudos del Languedoc no lo debían, porque había caído poco a poco en desuso. Esto explicaría en parte la debilidad y la inexperiencia de los ejércitos medioevales durante la guerra de los Albigenses y la vergonzosa derrota de Muret.

Con el servicio militar propiamente dicho se enlaza una obligación que incumbe a todo el que posee una fortaleza. En principio, todo castillo *ha de entregarse a merced*, es decir, que a la primera requisitoria del suzerano, «irritado o tranquilo» (*iratus vel pacatus*), el vasallo debe entregarle su fortaleza. Esta demanda del señor puede obedecer a dos motivos: unas veces la exige a título de simple reconocimiento de su suzeranía (*recognitio dominii*), otras desconfiando del vasallo. Esta alternativa es la que los documentos expresan brevemente en la cláusula *iratus vel pacatus*.—Esta obligación del castillo de ser entregado a merced, que aparece desde mediados del siglo X, acaba por hacerse tan general que, en un documento del año 1190, un vasallo poderoso estipula que quedará libre de ella.

En la época feudal, las guerras particulares fueron continuas y las fortalezas adquirieron rápidamente gran importancia. Simples castillos de madera más o menos fortificados en el siglo X, son de ladrillo o de piedra en el XIII(1).

(1) El castillo feudal del siglo X, dice Viollet-le-Duc, consistía en un recinto de empalizadas rodeado de fosos o de una escarpa de tierra. En medio del recinto se levantaba un montículo artificial o *mota*, encima del cual se edificaba

De esta suerte los suzeranos intentaron dificultar estas construcciones que permitían a sus vasallos oponerles eficaz resistencia. Poco a poco se introdujo en las actas de homenaje una cláusula prohibiendo a los vasallos ensanchar las antiguas fortalezas o construir otras nuevas. En 1128, como el conde de Ampurias hubiera mandado abrir nuevos fosos y levantar nuevas murallas, el conde de Barcelona le obligó a volver el castillo a su primitivo estado. El año 1146, en Barcelona, a pesar de la prohibición del conde, uno de sus vasallos construye una fortaleza. El suzerano se aconseja de sus prohombres, y éstos le deciden a conceder en alodio el nuevo castillo a sus constructores, no reservándose más que el derecho de utilizarlo en tiempo de guerra por y contra todos. A causa de las desventuras de la época, la mayor parte de los monasterios hubieron de pedir a sus suzeranos, durante el siglo XII, permisos análogos. Era el único medio de que sus moradores tuvieran un poco de seguridad, y a veces no la lograron sino a costa de dinero.

A más del servicio de *ostis* y de *cavalcata*, encontramos también, en el Mediodía de Francia lo mismo que en el norte, otra forma de servicio militar impuesta a los vasallos, la *estancia* u obligación de residir durante cierto

una casa cuadrada, de madera, de tres o cuatro pisos, lo que fue más tarde el torreón. Para defender este torreón primitivo de los proyectiles incendiarios, se extendían sobre la plataforma y tapando los muros exteriores pieles de animales frescas. Las empalizadas de defensa avanzada se llamaban *setos* cuando eran de plantas vivas, *plexis* (*plexitium*) cuando de faginas de ramas entrelazadas, *fertés* (*firmitates*) cuando eran recintos de tablas con torrecillas de distancia en distancia. Hay todavía en el centro de Francia, y sobre todo en el Oeste, trazas de estos castillos primitivos. Los castillos de Langeais, de Beaugency y de Loches son del siglo XI. Muy de otro modo formidables son los castillos del siglo XII, todos de piedra labrada, verdaderos campos atrincherados, con su doble recinto de murallas almenadas, sus torreones y sus *bailles*. Véase más adelante la descripción del castillo del Krak de los Caballeros.

tiempo todos los años en el castillo del señor haciendo servicio de guarnición. La historia de la *estancia* de Carcasona es típica. El año 1125, el vizconde Bernardo Aton acababa de entrar en su ciudad de Carcasona, cuyos habitantes estaban sublevados tres años hacía. Su triunfo fue naturalmente seguido de numerosas confiscaciones. Para atraerse a sus hombres de armas, el vencedor distribuyó entre ellos las tierras de los traidores y fundó en la ciudad de Carcasona cierto número de castellanías. Cada torre de la ciudad, con la casa contigua (*mansus*), formó un feudo que trajo consigo, a más de las obligaciones comunes, las siguientes: residencia, ya perpetua (*per totum annum*), ya temporal (cuatro u ocho meses al año), en la ciudad; que el feudatario hubiera de tener a su familia a su lado y prestar un juramento especial, relativo a la buena y fiel guardia de la ciudad y de los arrabales. Todo constituye una *castellanía* y el feudatario se llama *castellanus*. Un juramento colectivo del 4 de abril del año 1126 nos da los nombres de todos estos castellanos. Eran a la sazón en número de dieciséis, el de más consideración el señor del Narbonesado, Bernardo de Canet. Los otros pertenecían a las mejores familias del Carcassés y principalmente a la familia Pelapol, muy importante en Carcasona durante todo el siglo XII...

Según A. Molinier, *Étude sur l'administration féodale dans le Languedoc* (900-1250), en la *Histoire générale de Languedoc* (edic. Privat), Toulouse, tomo VII, 1879, pág. 132.

IX.—Las costumbres feudales en «Raoul de Cambrai».

El conde Raul Taillefer, a quien el emperador de Francia había concedido, en recompensa de sus servicios, el feudo de Cambrai y dado su hermana en matrimonio, ha muerto, dejando a su esposa, la bella Aalais, embarazada

de un hijo. Este hijo es Raul de Cambrai, el héroe del poema. Era todavía muy niño cuando el emperador quiso, siguiendo el consejo de sus barones, dar el feudo de Cambrai y la viuda de Raul de Taillefer al Manceau Gibouin, uno de sus fieles. Aalais rehusó indignada la propuesta, pero, si logró permanecer viuda, no pudo impedir que el soberano diese al Manceau el Cambrésis.

Mientras tanto el joven Raul crecía. Cuando hubo cumplido los quince años, tomó por escudero a un mancebo de su edad, Bernier, hijo bastardo de Ybert de Ribemont. Pronto el joven Raul, acompañado de numeroso séquito, se presenta en la corte del rey, que le arma caballero y no tarda en nombrarle su senescal. Pasados algunos años, Raul, excitado por su tío, Guerri de Arras, reclama abiertamente su tierra. El rey responde que no puede quitársela al Manceau Gibouin a quien se la ha dado. «Emperador, dice entonces Raul, la tierra del padre debe de derecho ir a parar al hijo. Sería censurado por todos si sufriera más tiempo la afrenta de ver mi tierra ocupada por otro». Y termina con amenazas de muerte dirigidas al Manceau. El rey promete entonces a Raul concederle el primer dominio que quede vacante. Cuarenta rehenes garantizan esta promesa.

Un año más tarde, el conde Herberto de Vermandois muere. Raul pide inmediatamente al rey el cumplimiento de su promesa. El rey empieza negándose, el conde Herberto ha dejado cuatro hijos, valientes caballeros, y sería injusto desheredar a cuatro en provecho de uno solo. Raul, irritado, ordena a los caballeros que le han sido designados como rehenes que se entreguen presos. Van éstos al encuentro del rey, que se resigna entonces a conceder a Raul el dominio de Vermandois, pero sin garantizarle en modo alguno la posesión del mismo. Dolor de Bernier que, perteneciendo por su padre al linaje de Herberto, trata en vano de apartar a Raul de su intento.

A pesar de las súplicas de Bernier, a pesar de las prudentes advertencias de su madre, Raul se obstina en invadir las tierras de los hijos de Herberto. En el curso de

la lucha el monasterio de Origny es incendiado, las religiosas que en él habitaban perecen en el incendio, y entre ellas Marsens, la madre de Bernier, sin que su hijo pueda socorrerla. Por consecuencia hay un conflicto entre Bernier y Raul. Este, arrebatado de cólera, injuria gravemente a su compañero y acaba por herirle con un trozo de lanza. Pronto vuelto de su arrebatado ofrece a Bernier una brillante reparación, pero Bernier rehusa altanero y se refugia junto a su padre, Ybert de Ribemont.

Desde este momento empieza la lucha entre los cuatro hijos de Herberto de Vermandois y Raul de Cambrai. Los cuatro hermanos reúnen sus gentes en San Quintín. Antes de ponerse en marcha con dirección a Origny, hacen llegar a Raul proposiciones de paz que no son aceptadas. Un segundo mensajero, que no es otro que Bernier, viene de nuevo a presentar las mismas proposiciones. Raul está dispuesto a aceptarlas, pero su tío, Guerri de Arras, le convence para que no lo haga. Bernier desafía entonces al que había sido su señor, quiere herirle y se retira perseguido por Raul y los suyos. Pronto se entabla la lucha. En ella, Bernier encuentra a su señor y de nuevo le ofrece la paz. Raul le responde con palabras insultantes. Ambos caballeros se acometen y Raul queda muerto.

Guerri pide una tregua para enterrar los cadáveres. Le es concedida, pero a la vista de su sobrino muerto su cólera se despierta y reanuda la pelea. Es derrotado y huye con los restos de su tropa.

Llevan a Cambrai el cadáver de Raul. Lamentaciones de Aalais. Su dolor se redobla cuando sabe que su hijo ha sido muerto por el bastardo Bernier. Su nieto Gualterio viene a su lado. Él heredará el Cambrésis. Jura vengar a su tío. Heluis de Ponthieu, la prometida de Raul, viene a su vez a llorar junto al cadáver de aquel con quien iba a casarse. Se entierra a Raul.

Trascurren varios años. Gualterio es ya mozo, y piensa en vengar a su tío. Guerri le arma caballero y la lucha empieza de nuevo. En San Quintín tiene lugar un primer encuentro. Gualterio mide sus armas por dos ve-

ces con Bernier y las dos veces le derriba del caballo. A su vez Bernier, que en vano ha ofrecido un acuerdo a su enemigo, va al asalto de Cambrai. Gualterio le propone decidir la querrela en combate singular. El día señalado los dos barones luchan, cada uno llevando consigo no más que un compañero, Aliaume de Namur es el de Bernier, y Gualterio va acompañado de su tío-abuelo Guerri. El duelo se prolonga hasta el momento en que los dos combatientes, cubiertos de heridas, no pueden ya sostener las armas. Pero inmediatamente tiene lugar otro duelo entre Guerri y Aliaume. Este último cae herido mortalmente. Gualterio, cuyas heridas son menos graves que las de Bernier, le asiste en sus últimos momentos. Bernier, causante de la desgracia, porque él ha excitado a Aliaume a batirse, acusa a Guerri de haber herido a traición a su adversario. Furor de Guerri, que se precipita sobre Bernier y le hubiera matado de no defenderle Gualterio. Bernier y Gualterio regresan el uno a San Quintín, el otro a Cambrai.

Poco después, en la Pascua de Pentecostés, el emperador llama a sus barones a la corte. Guerri y Gualterio, Bernier y su padre Ybert de Ribemont se encuentran reunidos en la mesa del rey. Guerri hiere a Bernier sin que haya provocación. Inmediatamente pelean todos y con gran trabajo se separa a los barones. Se acuerda que Gualterio y Bernier se batan de nuevo. Se hacen numerosas heridas. Ultimamente, por mandato del rey, son separados, cuando ninguno de los dos puede ya combatir. El rey hace que los curen en su palacio, pero comete el error de colocarlos demasiado cerca uno de otro, en la misma sala, y allí siguen dirigiéndose invectivas.

Mientras tanto Aalais llega también a la corte del rey su hermano. Al ver a Bernier, monta en cólera, y cogiendo un hierro hubiera acabado con él de no habérselo impedido. Bernier salta del lecho y se arroja a sus pies. El, sus tíos y sus parientes imploran merced de Gualterio y de Aalais, que acaban por dejarse conmover. Se establece la paz con gran desencanto del rey, contra el que Guerri

se deshace en amargas quejas, acusándole de haber sido la causa primera de la lucha. El rey escoge este momento para decir a Ybert de Ribemont que, cuando él muera, dispondrá de las tierras de Vermandois. «Pero, responde Ybert, las he dado el otro día a Bernier.—¿Cómo diablos, responde el rey, es que un bastardo puede tener tierras?» La disputa se envenena, los barones se arrojan sobre el rey, que es herido en la lucha. Se retiran después de haber incendiado la ciudad de París, y cada cual vuelve a su tierra, en tanto el rey dirige un llamamiento a sus guerreros para obtener venganza de los barones que le han insultado...

*
* *
*

Investiguemos ahora en la historia qué hechos han podido ser el punto de partida de esta larga serie de relatos.

El héroe de nuestro poema tiene de común con Rolán la circunstancia de que su muerte es referida brevemente por un analista contemporáneo, pero en términos lo bastante precisos para que no sea posible poner en duda el carácter histórico de una porción importante de la primera parte de *Raul de Cambrai*.

«En el año 943, escribe Flodoardo, murió el conde Herberto. Sus hijos le enterraron en San Quintín, y al saber que Raul, hijo de Raul de Gouy, venía para invadir los dominios de su padre, le atacaron y dieron muerte. Esta noticia afligió mucho al rey Luis».

Lo único que, en las palabras del canónigo de Reims, no concuerda más que imperfectamente con el poema, es el nombre del padre de Raul. Pero esta diferencia es en verdad más aparente que real, porque si Flodoardo le llama Raul de Gouy y no Raul de Cambrésis, sabemos por otro lugar que dicho Raul, muerto diecisiete años antes, había sido «conde» y, según todo lo que parece,

conde en el Cambrésis, puesto que Gouy estaba situado en el *pagus o comitatus Camerancensis*, en medio de una región forestal, el Arrouaise, cuyos habitantes presenta el poema como vasallos del joven Raul de Cambrai.

Raul de Gouy no debe ser distinguido de aquel conde Raul que, el año 921, parece actuar como conde del Cambrésis cuando, con el apoyo de Haguenon, el favorito de Carlos el Simple, logra de este príncipe que la abadía de Maroilles sea dada al obispo de Cambrai. Sea lo que quiera, Raul de Gouy tomó parte activa en los acontecimientos que siguieron a la caída de Carlos el Simple. De esta suerte acompañaba, el año 923, a los vasallos de Herberto de Vermandois y al conde Engobrando en un feliz ataque al campamento de los normandos, que, mandados por Röngvald, rey de los normandos de las bocas del Loire, habían acudido, al llamamiento de Carlos, a saquear la parte occidental del Vermandois. Sus tierras, no se sabe por qué, fueron exceptuadas dos años más tarde (925), así como el condado de Ponthieu y el marquesado de Flandes, del armisticio que el duque de Francia, Hugo el Grande, concertó entonces con los normandos. Raul de Gouy terminaba, a fines del año 926, una carrera que, a pesar de su brevedad, parece haberle dado gran fama en su tiempo.

Según el poema, Raul Taillefer habría casado con Aalais, hermana del rey Luis, a la que al morir él habría dejado embarazada de Raul, el futuro adversario de los hijos de Herberto. Estas circunstancias están lejos de ser inverosímiles. Aalais es, efectivamente, el nombre de una de las numerosas hermanas del rey Luis de Ultramar, nacidas del matrimonio de Carlos el Simple con la reina Frederuna, y no es imposible que el año 926, fecha de la muerte de Raul de Gouy, estuviera casada con uno de los condes que habían sido súbditos de su padre. Por otra parte, suponiendo que Raul de Gouy, muerto prematuramente en 926, dejase a su mujer embarazada de un hijo, este hijo póstumo, cuando muere Herberto de Vermandois, el año 943, habría tenido diecisiete años aproxi-

madamente, edad que no se halla en desacuerdo ni con el texto de *Raul de Cambrai*, ni con lo que sabemos de la época carolingia, porque en aquel tiempo se entra-
ba muy joven en la vida activa y sobre todo en la vida militar. Así, para no citar más que un ejemplo entre tantos otros, un rey carolingio, Luis III, el mismo cuya lucha con los normandos cantan un poema en lenguaje fránico y la canción de Gormond, murió de edad de diecinueve años a lo sumo, un año después de haber derrotado a los piratas del Norte, dos después que hubo guiado una expedición a Borgoña contra el rey Boson.

Cualquiera que sea el origen de la condesa Aalais, mujer de Raul de Gouy, su memoria se conservó durante varios siglos en la iglesia catedral de Cambrai y en la abadía de Saint-Géry de la misma ciudad, a causa del legado que a ambas había hecho por el descanso del alma de su hijo sin ventura. Al menos así lo atestigua un diploma de Liebert, obispo de Cambrai, escrito por el año 1050, y la crónica rimada a mediados del siglo XIII por Felipe Mousket...

Las costumbres feudales, en la primera parte del *Raul*, tienen en más de una estrofa señales de cierta antigüedad. Sería difícil, no obstante, distinguir en este caso lo que verdaderamente pertenece al siglo X. La herencia de los feudos no está completamente establecida, pero hay que reconocer que no podían casi los arregladores, sin perjudicar a la distribución del poema, introducir en este punto las costumbres de un tiempo. La reparación a la vez brillante y rara que Raul ofrece a Bernier después del incendio de Origny (1), y que es una de las formas de

(1) He aquí en qué consistía la reparación: Raul ofrecía ir desde Origny a Nesle, localidades que separaba una distancia de «14 leguas» (en realidad de 43 kilómetros), acompañado de cien caballeros, cada uno de los cuales llevaría la silla de su caballo sobre la cabeza, Raul, cargado con la de su antiguo escudero, habría dicho a cuantos encontrara en el camino: «He aquí la silla de Bernier». Las gentes de Raul encontraban muy aceptable para Bernier esta «enmienda», que el ofendido rehusó altanero.

la *harmiscara* de los textos carolingios, parece todavía un rasgo conservado de la canción primitiva sobre la muerte de Raul, pero se sabe cuán difícil es encerrar en límites cronológicos la mayor parte de los usos de la Edad Media. Tal costumbre, olvidada casi totalmente en Francia, ha podido perpetuarse en un rincón de provincia. Ha podido desaparecer por completo de nuestro país y conservarse varios siglos aun en el extranjero. Por eso creemos prudente abstenernos de más amplias consideraciones.

P. Meyer y A. Lognon, *Raoul de Cambrai, chanson de geste*. París, 1882.

CAPÍTULO VIII

Alemania e Italia.

PROGRAMA.—*Los ducados alemanes: Enrique I; las Marcas, Oton I en Italia. Nueva restauración del Imperio.*

El emperador y el Papa. La reforma de la Iglesia. Gregorio VII. La querrela de las investiduras. Alejandro III y Federico Barbarroja.

Inocencio III, Federico II.

BIBLIOGRAFÍA

La **Historia general de Alemania** en tiempo de los últimos Carolingios, en los de los emperadores sajones, franconianos y los Hohenstaufen, ha sido escrita muchas veces.—En la colección de los *Jahrbücher der deutschen Geschichte* se han publicado excelentes anales relativos a los reinados de Enrique I, de Enrique II, de Conrado II, de Enrique III, de Enrique IV y de Enrique V, de Lotario, de Conrado III, de Enrique VI, de Oton IV, de Federico II.—La obra de W. v. Giesebrecht, *Geschichte der deutschen Kaiserzeit* (Leipzig, 1881-1890, 5 vols.), es célebre.—Hay en alemán muchas exposiciones generales, para uso de todos. Sin hablar de la *Deutsche Geschichte*, ya citada, de K. Lamprecht, de la de K. W. Nitzsch (*Geschichte des deutschen Volkes*, Leipzig, 1892, 3 vols, 2.^a edic.), y del estimable Manual sumario de B. Gebhardt (*Handbuch der deutschen Geschichte*, Stuttgart, 1891), en que este período de la histo-

ria de Alemania está bosquejado a grandes rasgos, véanse: H. Gerdes, *Geschichte des deutschen Volkes. Zeit der karolingischen und sächsischen Könige*. Leipzig, 1891;—M. Manitius, *Deutsche Geschichte unter den sächsischen und salischen Kaisern (911-1125)*, Stuttgart, 1899;—J. Jastrow, *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Hohenstaufen*, Berlín, 1893 y siguientes.—Entre las monografías de primer orden: Th. Sickel, *Das Privilegium Otto I für die römische Kirche vom J. 962*, Innsbrück, 1883;—O. Harnack, *Das Kurfürsten-collegium bis zur Mitte des vierzehnten Jahrhunderts*, Giessen, 1883.—En francés hay: J. Bryce, *Le Saint Empire romain germanique*, París, 1890;—C. de Cherrier, *Histoire de la lutte des papes et des empereurs de la maison de Souabe*, París, 1858-1859, 3 volúmenes (ya anticuada);—J. Zeller, *Fondation de l'Empire germanique, Otton le Grand et les Ottonides*, París, 1873;—*L'Empire germanique et l'Eglise au moyen âge*, París, 1876; *L'Empire germanique sous les Hohenstaufen*, París, 1881; *L'empereur Frédéric II et la chute de l'Empire germanique au moyen âge*, París, 1885;—G. Blondel, *Etude sur la politique de l'empereur Frédéric II en Allemagne*, París, 1892.

La **Historia de la Iglesia romana desde el siglo XI al XIII**, ha sido también muy estudiada. Consúltense, entre las obras generales, a más del excelente Manual de K. Müller, (*Kirchengeschichte*, I, Freiburg i. Brisgau, 1892), y los demás Manuales de historia eclesiástica (véase la Bibliografía del capítulo XIII), las narraciones de J. Langen (*Geschichte der römischen Kirche*, tomo III [de Nicolás I a Gregorio VII], Bonn, 1892, y IV [de Gregorio VII a Inocencio III], Bonn, 1893), y de F. Rocquain (*La Cour de Rome et l'esprit de Réforme avant Luther*, tomo I, París, 1893.—El opúsculo elemental de U. Balzani (*The popes and the Hohenstaufen*, London, 1899) no deja de tener mérito.—Hay monografías acerca de los grandes Papas: Gregorio VII, Alejandro III, Inocencio III, Gregorio IX, Inocencio IV, etc., algunas de las cuales son muy buenas. Son principales las de W. Martens, (*Gregor VII, sein Leben u. Wirken*, Leipzig, 1894, 2 volúmenes), de H. Reuter (*Geschichte Alexanders der dritten und der Kirche seiner Zeit*, Leipzig, 1860-1864, 3 vols), de F. Hurter (*Histoire du pape Innocent III*, París, 1843, 3 vols., trad. del alemán). Citemos también, en segundo lugar, los trabajos de O. Delarc (*Saint Gregoire VII et la réforme de l'Eglise au XI^e siècle*, París, 1889-1890, 3 vols.), de J. Felten (*Papst Gregor IX*, Freib. i. B., 1886), y de C. Rodenberg (*Innocenz IV und das Königreich Sicilien, 1245-1254*, Halle, 1892).—Acercas de Roma pontificia en la Edad Media, léase, a más de la célebre *Geschichte der Stadt Rom*, de F. Gregorovius, ya citada, el libro excelente de A. Graß, *Roma nella memoria e*

nelle immaginazioni del medio evo, Torino, 1882, 2 vols.—Véase G. París, en el *Journal des Savants*, 1884, págs. 557-577.

Respecto a la **Historia de Italia**, la obra capital es la de J. Ficker, *Forschungen zur Reichs-und Rechtsgeschichte Italiens*, Innsbrück, 1868-1874, 4 vols., pero existen otros buenos libros que no son bastante conocidos. Citemos, entre muchas monografías importantes: Fr. Lanzani, *Storia dei comuni italiani dalle origini al 1313*. Milano, 1892;—P. Villari, *I primi due secoli della storia di Firenze*, Firenze, 1893;—L. v. Heinemann, *Geschichte der Normannen in Unteritalien und Sicilien bis zum Aussterben des normannischen Königshauses*, I, Leipzig, 1894.

I.—La ciudad de Roma en la Edad Media.

«Se cuenta, dice Sozomeno en el noveno libro de su *Historia eclesiástica*, que cuando Alarico se dirigía a marchas forzadas contra Roma, un santo monje de Italia le exhortó para que perdonase la ciudad y no fuese causa de tan horribles calamidades. Pero Alarico respondió: «No obro así por mi propia voluntad. Hay alguien que me impulsa y no me deja reposo alguno, y que me ha ordenado la destrucción de Roma».

A fines del siglo x, el bohemio Woitech, célebre más tarde en la leyenda con el nombre de San Adalberto, abandonó su obispado de Praga para hacer un viaje a Italia y se estableció en el monasterio romano de Sant'Alessio. Al cabo de algunos años pasados en aquella soledad religiosa, se le invitó a desempeñar de nuevo los deberes de su sede y a ella se consagró otra vez en medio de sus semi-salvajes compatriotas. Pronto, sin embargo, el antiguo anhelo volvió a apoderarse de él. Regresó a su celda de las alturas del Aventino, y allí, vagando entre las viejas reliquias y encargándose de las más humildes ocupaciones del convento, vivió feliz algún tiempo. Por último, los reproches de su metropolitano, el arzobispo de Maguncia, y los mandatos expresos del Papa Gregorio V el

obligaron a repasar los Alpes y se unió al séquito de Otón III, lamentándose, dice su biógrafo, de que no le fuera ya permitido gozar de su amable quietud en el seno de la madre de los mártires, de la morada de los Apóstoles, de la Roma encantada. Al cabo de unos cuantos meses, sufría el martirio en el país de los lituanos paganos del Báltico.

Próximamente cuatrocientos años más tarde y novecientos después de Alarico, Francisco Petrarca escribe en estos términos a su amigo Juan Colonna: «¿No crees que deseo vivamente ver esa ciudad, que no ha tenido ni jamás tendrá igual, que hasta un enemigo ha llamado ciudad de reyes, acerca de cuya población se ha escrito: «Grande es el valor del pueblo romano, grande y terrible su nombre», cuya gloria sin ejemplo y el imperio sin semejante, pasado, presente y futuro, han sido celebrados por los divinos profetas, donde están las tumbas de los apóstoles y de los mártires y los cuerpos de tantos millones de soldados de Cristo?»

El mismo impulso arrastraba de modo irresistible al guerrero, al monje y al erudito hacia la ciudad mística, que era para la Europa de la Edad Media mucho más que había sido Delfos para Grecia o la Meca para el Islam, la Jerusalén de la cristiandad, la ciudad que en otro tiempo había gobernado el mundo y al presente regía el mundo de los espíritus incórporeos. Porque ofrecía a cada clase de hombres un género especial de atractivos. El peregrino devoto iba a orar ante la tumba del Príncipe de los Apóstoles, el enamorado de las letras y de la poesía veía a Virgilio y a Cicerón entre las columnas caídas del Foro, y los reyes germanos iban con sus ejércitos a buscar en la antigua capital del mundo la fuente del poder temporal.

* * *

Sin embargo, Roma no poseía ninguna clase de riqueza. La situación era desfavorable para el comercio. Como no tenía mercado, no fabricaba mercancía alguna, y la insalubridad de su campiña, resultado de largo abandono, hacía inútil su fecundidad. Ya entonces, como hoy, se alzaba, solitaria y abandonada, en medio de un desierto que se extendía hasta el pie mismo de sus murallas. Como en Roma no había industria, no había nada parecido a una clase burguesa. El pueblo no era más que vil populacho, siempre dispuesto a seguir al demagogo que halagara su vanidad, más pronto todavía a abandonarle en el momento del peligro. La superstición era para él cuestión de orgullo nacional, pero vivía demasiado cerca de las cosas sagradas para respetarlas mucho. Maltrataba al Papa y explotaba a los peregrinos que sus altares atraían en multitud, era probablemente la única clase de hombres que en Europa no daba soldado alguno para los ejércitos de la Cruz. Los sacerdotes, los monjes y todos los parásitos diversos de una corte eclesiástica formaban gran parte de la población. El resto era mantenido, en su mayor parte, en un estado de semi-mendicidad, por una cantidad incalculable de asociaciones religiosas que enriquecían los dones o los despojos de la cristiandad latina. Las familias nobles eran muchas, poderosas, feroces. Se rodeaban de bandas de partidarios sin disciplina alguna, y no cesaban de guerrear unas con otras alrededor de sus castillos en la comarca vecina o en las calles mismas de la ciudad. Si las cosas hubieran podido seguir su curso natural, una de aquellas familias, la de los Colonna por ejemplo, o la de los Orsini, habría acabado probablemente por dominar a sus rivales y por establecer, como se vió en las repúblicas de la Romaña y de Toscana, una *signoria* o tiranía local, análoga a las que se implantaron en otro tiempo en las ciudades de Grecia. Pero la presencia del poder sacerdotal fue obstáculo a esta tendencia, y agravó por lo mismo la confusión en la ciudad. Aun cuando el Papa no estuviera reconocido aun como soberano legítimo, era, no solamente la más importante personalidad de Roma,

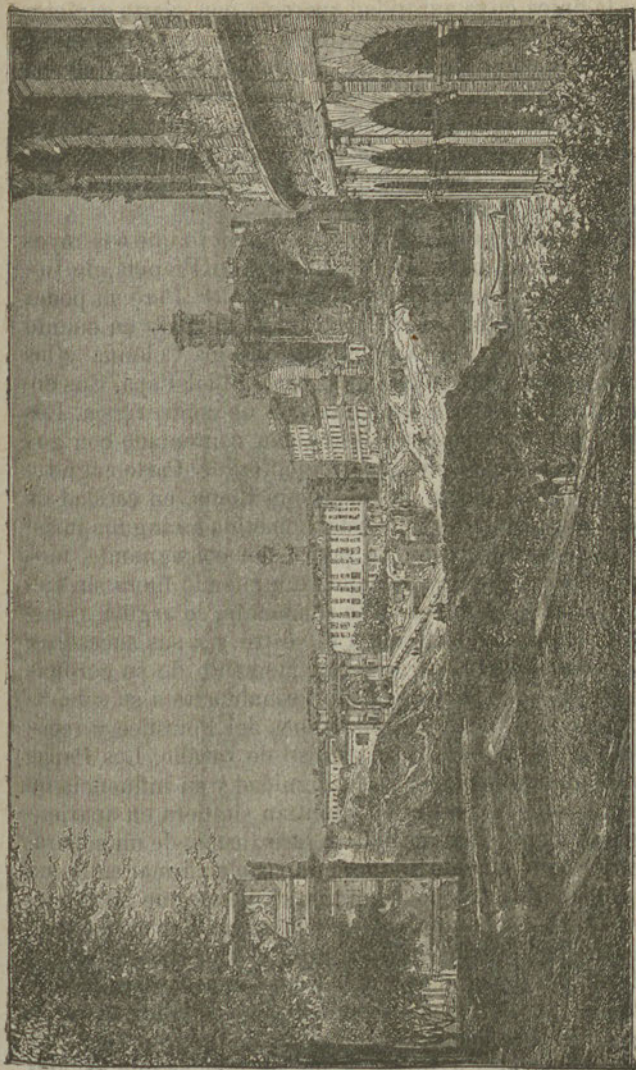


Fig. 30.—Entrada del Foro por la vía Sacra.

sino la única cuya autoridad aparecía con cierto carácter oficial. No obstante, los Pontífices tenían un corto reinado. No disponían de ninguna fuerza militar, con frecuencia no residían en Roma. Pertenecían además muchas veces a una de aquellas grandes familias, y por tal motivo no eran más que un jefe de partido dentro de su ciudad, en tanto se les veneraba en todo Europa en su calidad de Pontífices universales.

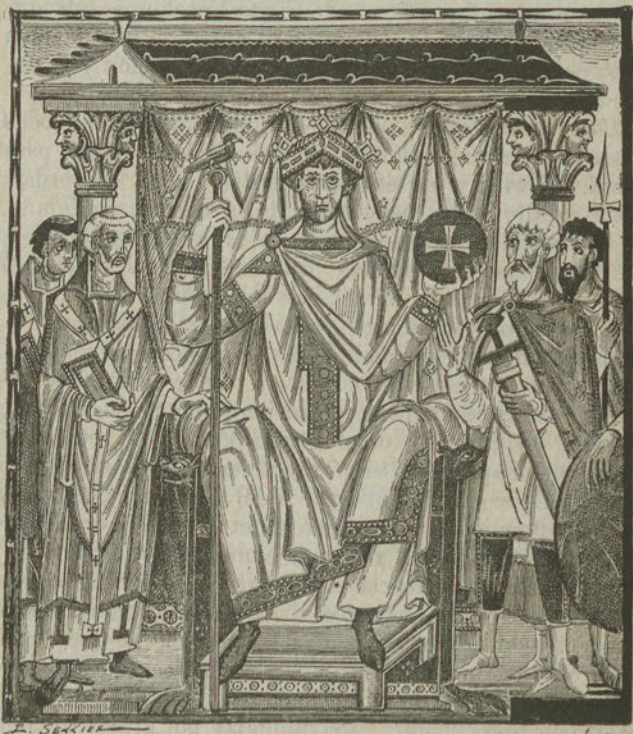
El que hubiera debido ser para Roma lo que sus reyes nacionales eran para las poblaciones de Francia, de Inglaterra o de Alemania, era el emperador. Pero su poder era una pura quimera, importante sobre todo en cuanto servía de pretexto a la oposición que los Colonna y los demás jefes gibelinos hacían al partido del Papa. Sus derechos, aun en teoría, eran materia de controversia. Los Papas, cuyos predecesores se habían contentado con gobernar en calidad de lugartenientes de Carlomagno o de Oton, sostenían a la sazón que Roma, en calidad de ciudad espiritual, no podía estar sometida a ninguna jurisdicción temporal, y que no podía, por consiguiente, formar parte del Imperio romano, aun cuando fuera sin embargo capital del mismo. No solamente, se argüía, Constantino había cedido Roma a Silvestre y a sus sucesores, sino que el sajón Lotario, en el momento de su coronación, había además renunciado formalmente a su soberanía prestando homenaje en manos del Pontífice y recibiendo de él la corona en calidad de vasallo. Los Papas comprendían entonces que su dignidad y su influencia no podían menos de perder, si admitían siquiera en apariencia en el lugar donde residían la jurisdicción de un soberano civil, y aun cuando les fuera imposible afirmar en Roma su propia autoridad, consiguieron al menos que no hubiera en Roma más autoridad que la suya. Por eso se sentían tan contrariados siempre que un emperador venía a pedirles que le coronasen, le suscitaban toda clase de dificultades y trataban de desembarazarse de él lo más pronto posible. Hay que decir aquí algo del programa de esas visitas imperiales a Roma, y de las huellas que los ale-

manes dejaron en ella de su presencia, recordando siempre que, a partir de Federico II, ser coronado en su capital fue para los emperadores la excepción y no la regla.

El viajero que hoy entra en Roma, si llega, como ocurre de ordinario, por la vía de Civita-Vecchia, es introducido en la ciudad por el ferrocarril antes de que se haya dado cuenta. Se lanza a un coche en la estación y le dejan a la puerta de su hotel, en medio de la ciudad moderna, sin haber visto absolutamente nada. Si llega en coche desde la Toscana, siguiendo el camino desierto que pasa cerca de Veyes y por el puente Milvio, goza, es verdad, desde lo alto de las pendientes de la cadena cimianiana, de la espléndida perspectiva de la campiña, semejante a un mar rodeado de colinas brillantes, pero de la ciudad no percibe el menor indicio, salvo la cúpula de San Pedro, hasta que está dentro de sus muros. Cosa muy distinta ocurría en la Edad Media. Entonces los viajeros, cualquiera que fuese su condición, desde el humilde peregrino hasta el arzobispo de reciente nombramiento que llegaba, acompañado de pomposo séquito, a recibir de manos del Papa el *pallium* sacramental, se acercaban a la ciudad por el lado del norte o del nordeste. Siguiendo un paso practicado en el suelo montuoso de la orilla toscana del Tíber, hacían alto en la cima del Monte Mario (1) —el monte de la Alegría— y veían «la ciudad de las solemnidades» extenderse a su vista, desde las enormes edificaciones de Letrán, muy lejos sobre el monte Celio, hasta la basílica de San Pedro a sus pies. No era, como hoy, un océano agitado de cúpulas, sino un conjunto de casas bajas con rojos tejados, interrumpidas por altas torres de

(1) Los alemanes llamaban a esta colina, la más alta de las que rodean Roma o que ésta encierra, y que hace notar el lindo grupo de pinos piñoneros que adorna su cima, Mons Gaudii. El origen del nombre italiano, Monte Mario, es desconocido, a menos que no sea, como algunos piensan, corrupción de Mons Malus.—En esta colina Otón III mandó ahorcar a Crescencio y a sus partidarios.

ladrillo, y aquí y allá por montones de ruinas antiguas, mucho más considerables que lo que de ellas queda. Y por cima de todo esto se erguían esos dos monumentos de



II Fig. 31.—El emperador Oton III, según una miniatura del Evangelario de Bamberg.

los Césares paganos, esos monumentos que contemplan todavía, desde lo alto de su inmóvil serenidad, el espectáculo que les ofrecen los ejércitos de las naciones nuevas y las fiestas de una nueva religión: las columnas de Trajano y de Marco Aurelio.

Desde Monte Mario el ejército teutón, después de haber rezado sus oraciones, descendía al campo de Nerón, espacio formado por los terrenos llanos que terminan en la puerta Sant'Angelo. Allí los representantes del pueblo romano tenían la costumbre de ir al encuentro del emperador recientemente elegido, de pedirle la confirmación de sus privilegios y de recibir el juramento que prestaba de mantener sus buenas costumbres. Entonces se formaba una procesión. Los sacerdotes y los frailes, que habían salido para saludar al emperador cantando himnos, se colocaban delante. Los caballeros y los soldados romanos, cualesquiera que fuesen, venían después, y luego el monarca, seguido de larga columna de caballería trasalpina. Al penetrar en la ciudad, llegábanse hasta San Pedro, donde el Papa, rodeado de su clero, aguardaba en la gran escalinata de la basílica para desear la bienvenida al Rey de Romanos y darle su bendición. Al día siguiente se coronaba al emperador, con ceremonias muy complicadas (1). Su acompañamiento más común, que no menciona el libro del ritual, era el sonido de las campanas tocando a rebato y el estrépito de la pelea de los combatientes alemanes e italianos. El Papa, cuando no podía impedir que el emperador entrase en Roma, le rogaba que dejase extramuros el grueso de sus fuerzas, y si no lo lograba, proveía a su seguridad alentando complots y sediciones contra su demasiado poderoso amigo. El pueblo romano, por otra parte, por violento que se mostrase con relación al Papa, ponía, sin embargo, en él una especie de

(1) Se concedía gran importancia a la parte de la ceremonia en que el emperador tenía el estribo al Papa para que subiera a la silla y llevaba las riendas durante unos momentos. La omisión de esta muestra de respeto por Federico Barbarroja, cuando Adriano IV fue a su encuentro, estuvo a punto de ocasionar un rompimiento entre los dos potentados. Adriano se negó en redondo a dar el beso de paz antes que el emperador se hubiera sometido a la formalidad obligada, y éste se vió obligado a cumplirla al fin, de un modo algo ignominioso.

orgullo nacional. Muy distintos eran sus sentimientos con respecto al capitán teutón que venía de un país lejano a recibir en su ciudad, sin agradecersele no obstante, las insignias de un poder que la bravura de sus antepasados había fundado. Despojado de su antiguo derecho de elegir al obispo universal, trató tanto más obstinadamente de persuadirse de que elegía al Príncipe universal, y su mortificación era siempre mayor cada vez que un nuevo soberano rechazaba con menosprecio sus pretensiones y ponía de manifiesto a sus ojos su ruda caballería bárbara. Por esto una revuelta era en Roma la consecuencia casi obligada de una coronación. Hubo tres sublevaciones contra Oton el Grande. Oton III, a despecho de su cariño apasionado a la ciudad, hubo de luchar con la misma mala fe y el mismo odio, y por último la abandonó desesperado después de inútiles intentos de conciliación (1). Un siglo más tarde, la coronación de Enrique V fue ocasión de tumultos violentos, porque se apoderó del Papa y de los cardenales en San Pedro y los tuvo prisioneros hasta que se hubieron sometido a sus exigencias. Adriano IV, que se acordaba de esto, habría obligado con gusto a las tropas de Federico Barbarroja a permanecer fuera de murallas, pero la rapidez de los movimientos de éstas desconcertó sus planes y previno la resistencia del populacho romano. Habiéndose establecido en la ciudad Leonina (2), Federico interceptó el puente que cruza el Tíber y fue coronado en bue-

(1) Se ha conservado un notable discurso de quejas que Oton III dirigió al pueblo romano, después de una de sus sublevaciones, desde la torre de su casa en el Aventino. Empieza así: «Vosne estis mei Romani? Propter vos quidem meam patriam, propinquos quoque reliqui; amore vestro Saxones et cunctos Theotiscos, sanguinem meum, projecí; vos in remotas partes imperii nostri adduxi, quo patres vestri cum orbem ditone promerent nunquam pedem posuerunt; scilicet ut nomen vestrum et gloriam ad fines usque dilatarem; vos filios adoptavi; vos cunctis prætulí.»

(2) La ciudad Leonina, así llamada del Papa León IV, se extiende entre el Vaticano y San Pedro, y el río.

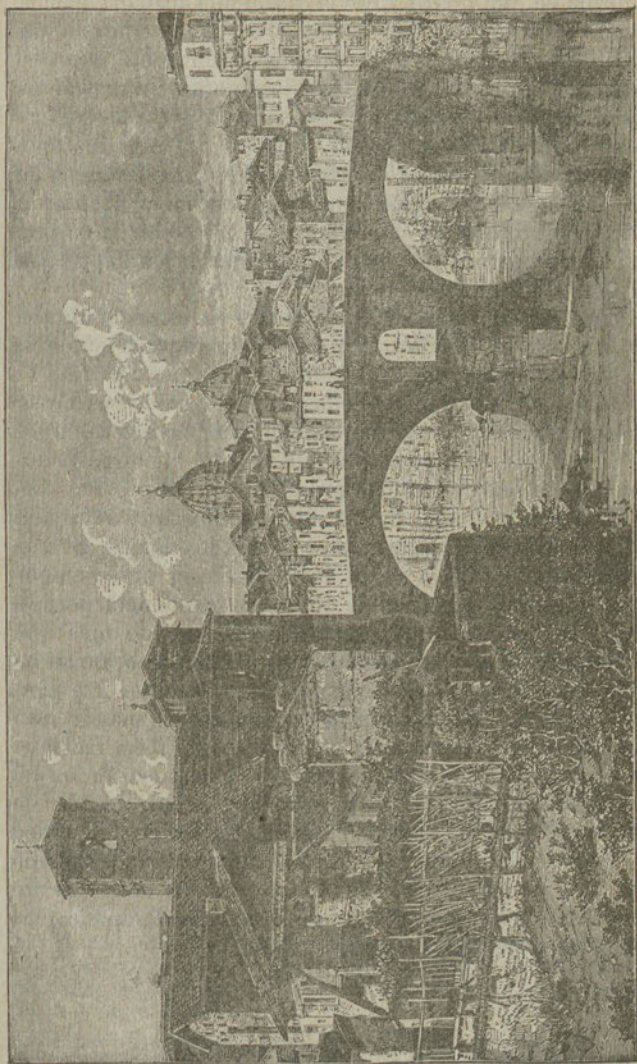


Fig. 32.—San Bartolomeo in Isola, en Roma.

na forma en San Pedro. Pero la ceremonia acababa apenas cuando los romanos, que armados se habían reunido en el Capitolio, forzaron el puente, cayeron sobre los alemanes y fueron rechazados trabajosamente, gracias al esfuerzo personal de Federico. No se aventuró a perseguirlos en el interior de la ciudad, y no fue, en ninguna época de su reinado, capaz de hacerse enteramente dueño de ella. Desengañados igualmente, sus sucesores aceptaron al fin la derrota y se contentaron con recibir la corona en las condiciones que para ello pusieron los Papas, y a regresar sin más insistencia.

Como venían raras veces a Roma y su estancia duraba tan poco, no es de admirar que los emperadores teutones, en los siete siglos que van desde Carlomagno a Carlos V, hayan dejado en Roma huellas menos numerosas de su presencia que Tito o Adriano solamente, menos numerosas aun y menos importantes que las que atribuye la tradición a los que denomina Servio Tulio y Tarquino el Viejo. El efecto principal de los monumentos que subsisten es hacer más sensible la falta de todos los demás. El más importante data de la época de Oton III, el único emperador que trató de hacer de Roma su residencia permanente. Del palacio, que probablemente no fue más que una simple torre que construyó en el Aventino, no se ha encontrado el menor vestigio; pero la iglesia que hizo para que encerrase las cenizas de su amigo, el mártir San Adalberto, subsiste todavía en la isla del Tíber. Habiendo recibido de Benevento cenizas que se supuso ser las del apóstol Bartolomé (1), fue puesta bajo la advocación de este santo, y es al presente la iglesia de San Bartolommeo in Isola, cuyo curioso y pintoresco campanario de ladrillo rojo, gris ya por efecto del tiempo, se alza entre los naranjos de un huerto conventual, desde donde domina las amarillas y revueltas aguas del Tíber.

(1) Al parecer Oton fue engañado y le enviaron realmente los huesos de San Paulino de Nola.

Oton II, hijo de Oton el Grande, murió en Roma y fue inhumado en la cripta de San Pedro. Es el único emperador que ha hallado lugar de reposo entre las tumbas de los Papas. Su sepulcro está cerca del de su sobrino, Gregorio V. Es muy sencillo y de mármol toscamente esculpido. La tapa del soberbio sarcófago de pórfito en que descansó algún tiempo sirve hoy de fuente bautismal en San Pedro. Puede verse en la capilla que sirve para bautizar, a la izquierda entrando en la iglesia, no lejos de las tumbas de los Estuardos. Son todas o casi todas las huellas del paso de sus señores teutones que Roma nos ha conservado. Las pinturas, es cierto, no faltan, desde el mosaico de la Scala Santa en el palacio de Letrán y los curiosos frescos de los Santi Quattro Incoronati (1), hasta el decorado de la capilla Sixtina y las logias de Rafael en el Vaticano, en que los triunfos del Papado sobre todos sus adversarios se representan con arte incomparable. Pero todas estas pinturas carecen de exactitud. Son, en su mayor parte, muy posteriores a los sucesos que representan.

J. Bryce, *El Santo Imperio Romano Germánico*.

II. — Inocencio III, la Curia romana y la Iglesia.

La monarquía pontificia.

En las cartas de Inocencio III relativas a la Iglesia, se revela ante todo un hecho: el poder enorme del Papado y la inmensa extensión de su influjo. Las cartas litigiosas

(1) Estos frescos, completamente curiosos, están en la capilla de San Silvestre, aneja a la antiquísima iglesia de los *Quattro Santi* en el monte Celio, y se supone que fueron pintados en tiempo de Inocencio III. Representan escenas de la vida del Santo, más especialmente aquélla en que Constantino le hace la célebre donación. El emperador tiene con aspecto sumiso la brida del palafrén del Papa.

ofrecen, por sí solas, sensible testimonio de esto. En ellas se ve que, no únicamente los asuntos importantes (*causae majores*), sino todos los de la Iglesia, todas las dificultades, cualesquiera que fuesen, que surgían en su seno, iban a parar a la Santa Sede. Un número muy reducido de estos asuntos era evocado por el Papa. Todos iban a él naturalmente, efecto de una institución que había entrado entonces en las costumbres del clero: aquel derecho de apelación a la Santa Sede, establecido en otro tiempo con brillo por Nicolás I, pero que no había logrado completa extensión sino a partir de Gregorio VII.

Con la elevada idea que tenía de la misión del Papado, Gregorio VII había juzgado que, debiendo a todos la Santa Sede igual protección, convenía que todos pudieran lograr el disfrute de esta tutela suprema. Favorecido por los sucesores de Gregorio, este uso de la apelación había adquirido un desarrollo tan rápido y general que en la época de Inocencio III ningún acontecimiento tenía lugar en la Iglesia sin que en él tuviera intervención el Papado. Por parte de los apelantes se cometían abusos que no escapaban a la atención de Inocencio III. Reconocía que el derecho de apelación, establecido en provecho de los débiles, de los oprimidos, venía a ser con frecuencia, en manos de los opresores, medio de escapar a justos castigos infringidos por los superiores eclesiásticos. Intentó aminorar estos abusos. Cuando confiaba a los obispos locales el conocimiento de ciertas causas, declaraba algunas veces que la sentencia dictada por ellos sería definitiva y sin apelación (*sublato appellationis obstaculo*). No obró así sino raras veces. Si hubiera adoptado en este sentido alguna medida general, hubiera sido atacar la autoridad de la Santa Sede, cegando una de las fuentes más seguras de su poder, y a su espíritu no menos que a su prestigio, despojándole de su carácter de magistratura suprema y siempre accesible. Lejos de querer limitar esta facultad de apelación, trataba de mantenerla en toda su integridad, y llegada la ocasión sabía recordar en términos precisos su voluntad de que nadie osase poner trabas

al ejercicio de este derecho. ¿Qué ocurría con esto? Que las sentencias de los obispos, siempre susceptibles de ser modificadas o anuladas por la Santa Sede, quedaban además suspendidas en sus efectos durante el tiempo, con frecuencia muy largo, que duraba la instancia cerca de la curia romana, y que, por otra consecuencia, los obispos perdían autoridad o crédito a los ojos de los fieles de sus diócesis. A medida que las apelaciones se habían multiplicado, las iglesias locales habían tendido a disminuir ante la Iglesia romana, y en la época de Inocencio III, sólo el número de cartas de litigios que llenan su correspondencia es un indicio del grado de debilidad en que aquellas iglesias habían caído.

Las cartas de privilegio proporcionan un signo no menos característico de la situación de la Iglesia en aquella época y llevan a idénticas conclusiones. Estas cartas, en su mayor parte, no eran otra cosa que documentos que en forma y medida diversas libraban de la jurisdicción episcopal a las personas o las fundaciones que las habían obtenido. Seguramente esta clase de cartas no deben, lo mismo que las cartas litigiosas, atribuirse especialmente a la época de Inocencio III; pero sí es de esta época el número considerable de unas y otras. Dichas cartas de privilegio, otorgadas a algunas personalidades, a capítulos, pero sobre todo a conventos, ayudaban de dos maneras al ascendiente de la Santa Sede, disminuyendo la autoridad de los obispos y proporcionando al Papa servidores devotos. Estas consecuencias no debían escapar a la prudencia de Inocencio III. Su predilección por los monasterios, con detrimento del clero secular, es uno de los caracteres más perceptibles de su correspondencia (1).

Estas disminuciones del poder episcopal resultaban de una situación que sin duda los obispos sufrían a su pe-

(1) En tiempo de Inocencio III vivía Santo Domingo, fundador de la milicia dominicana (*Domini canes*, según el juego de palabras etimológico de la época), tan afectos a la Santa Sede.

sar... Pero se ve a los obispos mismos hacer confesión de su debilidad en las mil preguntas (*consultationes*) que dirigen al Papa acerca de toda clase de asuntos. Poseemos, no ya estas consultas, sino las respuestas del Papa. Estas respuestas, en verdad, están concebidas de modo que es fácil restablecer las consultas que las ocasionan. El Papa responde, en efecto, artículo por artículo, reproduciendo, a cada punto nuevo, la pregunta que se le hace. A tantas preguntas, tantos párrafos distintos. Cuando la carta del consultante es difusa u oscura, resume o aclara primeramente sus puntos principales, y luego entra en materia. Las consultas dirigidas al Papa eran tan numerosas, que ya el primer año de su pontificado Inocencio III confesaba que una de sus principales ocupaciones era responderlas. Si se investiga cuáles eran los temas comunes de esas consultas múltiples, se observa que la mayor parte se referían a puntos de derecho. Inocencio III se admira de verse consultado tan a menudo respecto a esta materia. «Tenéis a vuestro alrededor juristas expertos, escribe al obispo de Bayeux, y vos mismo sois muy instruido en cuestiones de derecho. ¿Cómo es que nos consultáis respecto a cosas cuya claridad no ofrece lugar a duda?» No obstante, lejos de rechazar esta clase de consultas, las alentaba, hasta las exigía. Era su deseo que todas las dudas se sometieran a la Santa Sede. «A aquél que establece el derecho, decía, corresponde discernir el derecho». En la decretal de Graciano, que era entonces autoridad para todas las Iglesias, el Papa es comparado a Cristo, el cual, sometido en apariencia a la ley, era en realidad el dueño de la ley. Las cartas de Inocencio III muestran plena confirmación de esta doctrina. Se ve en ellas que, a los ojos de los obispos, y sin duda a sus propios ojos, el Papa es la personificación del derecho, la ley viva de la Iglesia.

No solamente en cuestiones de derecho pedían los obispos aclaraciones a la Santa Sede. Consultábanla también acerca de las oscuridades del dogma. Como determina el derecho, así el Papa determina la fe. Al menos a él co-

rresponde interpretar las Escrituras (*exponere Scripturas*), y según una opinión contemporánea en que se reconoce el desarrollo de las ideas establecidas por Gregorio VII, todo lo que se separa de la doctrina de la Santa Sede es herético o cismático.—Fuera del derecho y de la doctrina, si se considera en qué consisten las aclaraciones, las opiniones pedidas en todo momento al Papa por los obispos, parece que representa para ellos la sabiduría universal, infalible, y que no debe quedar nada, para su espíritu, desconocido u oscuro. Las preguntas más singulares, las más inesperadas, las más sencillas le son dirigi-



Fig. 33.—Sello de Celestino III, del modelo de los Apóstoles.

das. Un día es un fraile que ha indicado un remedio a una mujer enferma de un tumor en la garganta. La mujer ha muerto, ¿el fraile hará penitencia? Otro es el caso de un escolar que ha herido a un ladrón que de noche penetró en su aposento. El sacramento del matrimonio sirve de motivo para consultas que tienen con frecuencia más de medicina que de derecho canónico. Otras veces se trata de cuestiones puramente gramaticales. «Vuestra Fraternidad, escribe Inocencio III, nos ha preguntado qué debe entenderse por la palabra *novalis*. Según unos, se designa con este nombre la tierra que se deja de barbecho por espacio de un año, y según otros, esta apela-

ción sólo es aplicable a los bosques despojados de sus árboles y puestos luego en cultivo. Estas dos interpretaciones tienen igualmente en su favor la autoridad del derecho civil. Por nuestra parte, tenemos otra interpretación tomada de distinta fuente, y creemos que, cuando ocurría a nuestros predecesores conceder a fundaciones piadosas un privilegio o algún permiso relativo a las tierras así designadas, entendían hablar de campos inaugurados para el cultivo. y que, en memoria humana, no se recordaba haberse cultivado jamás».

De esta suerte no había, por parte de los obispos, ningún impulso, la menor iniciativa. El Papa parece en todas partes obrar y pensar por ellos. Esta ingerencia de la Santa Sede no se hacía sentir únicamente con respecto a los obispos. Cuando se leen las cartas llamadas de *constitución*, en que el Papa establece, unas veces para conventos, otras para capítulos, reglamentos de disciplina, sorprende pormenores que llaman su atención. Las menores particularidades del vestido, la forma y el largo de las telas, la actitud en el coro, en el refertorio, en el dormitorio, son objeto de minucioso reglamento. Hasta de las mantas del lecho se ocupa. Indica los casos en que el abad podrá comer y dormir en una habitación particular en vez de hacerlo en las salas comunes.

Todo esto es característico. Ese Papa que responde a todas las consultas, que resuelve todas las dudas, que obra y piensa en lugar de los obispos, que reglamenta en los monasterios el hábito y el sueño, que juzga, legisla, administra, que establece el derecho y el dogma y dispone de los beneficios, es la monarquía absoluta asentada en el seno de la Iglesia. La obra de Gregorio VII se ha consumado al fin. En vez de aquel clero de genio altivo y a veces rebelde, contra el cual el Papa se vió obligado a luchar, se observa un clero sumiso y siempre dócil a la voz del Pontífice. Los escasos síntomas de independencia que se llega a percibir se manifiestan solamente en algunos obispos que se mezclan en la querrela del Imperio y en los sucesos de la herejía albigena. El Papado no pre-

tende todavía que el nombramiento de los obispos sea cosa suya, no dará a conocer esta pretensión sino más tarde. Pero ya las elecciones episcopales se someten todas a la aprobación de la Santa Sede. Cuando la elección no se aprueba, el Papa fija un plazo de quince días, de un mes a lo sumo, pasado el cual, si no hay acuerdo para nueva elección que pueda ser grata, amenaza con proceder al nombramiento. A veces no hay elección, los interesados ruegan directamente al Papa que designe el obispo que le convenga. La elección, cuando tiene lugar, no es muchas veces sino vana formalidad. Una vez nombrados los obispos, el Papa los traslada a su antojo, los suspende o los destituye. En suma, nadie es obispo sino «por la gracia de la Santa Sede». La frase no existe, pero sí el hecho. Los obispos, puede decirse, son menos obispos que súbditos que gobierna Inocencio III. Como súbditos se comportan, como tales hablan.

Para completar este cuadro, añadamos que ya no hay asambleas generales de la Iglesia. En lugar de aquellos sínodos que, casi todos los años, reunía en Roma Gregorio VII, y en los cuales se sentía vivir de algún modo la Iglesia universal, no se encuentra más que el Consejo particular del Papa, el Consejo de los cardenales. Lo que queda de los Concilios no es más que una apariencia. Ya en tiempo de Alejandro III, no se veía en los Concilios sino un medio de rodear de mayor solemnidad las resoluciones adoptadas por el Papa. El tercer sínodo de Letrán, en 1179, es llamado en escritos contemporáneos «el Concilio del Soberano Pontífice». En el cuarto y famoso sínodo de Letrán, que tuvo lugar en tiempo de Inocencio III el año 1215, y al que asistieron 453 obispos, el papel de éstos consistió únicamente en oír y aprobar las decretales que presentó la Santa Sede. A partir de este momento, la denominación de *obispo universal*, reivindicada en varias ocasiones por los Papas e incluida por Gregorio VII en sus *Dictatus*, llega a ser realidad. Inocencio III es, desde entonces, el obispo único de la cristiandad.

Después de haber hecho notar el poder absoluto del

Papado, habría que estudiar ahora los efectos de dicho poder sobre el conjunto de la Iglesia. Habría que mostrar a los obispos desentendiéndose de sus deberes pastorales en proporción a la escasa acción que se les ha dejado, las discusiones naciendo del derecho de apelación en el seno de las iglesias lo mismo que en los monasterios, una especie de desorganización sustituyendo poco a poco a la unidad por los regímenes de excepción que en grados diversos creaban los privilegios, al clero transformado, por decirlo así, en un mundo de litigantes, a las iglesias empobrecidas por los gastos enormes de los litigios (1), a los obispos cargados de deudas, la justicia comprada en Roma con excesiva frecuencia, en una palabra, a la Iglesia desviándose de su camino, disgregándose por las discusiones intestinas, destrozada su unidad y alterándose ya por la corrupción. Habría que mostrar, en fin, a esa Iglesia romana, en la que se habían absorbido las iglesias locales, viciándose a su vez y siendo «un campo de batalla para los litigantes», una especie de «negociado europeo», donde, entre notarios, escribanos y empleados de todas clases, no había más ocupación que causas y pleitos; en otros términos, dejando de ser verdadera Iglesia para no ser más que la corte de Roma o la *Curia romana*.

Esta situación, señalada con amargura por los contemporáneos, y cuyas huellas se sorprenden en la correspondencia de Inocencio III, ha sido consignada más de una vez por los historiadores. No obstante, sería equivocado hacer pesar sólo sobre la época de Inocencio III la responsabilidad de cosa semejante. Nacida del poder excesivo del Papado, había comenzado con él y se agravó en tiempo de sus sucesores. La lectura atenta de los documentos permite seguir, en su verdadera fecha, los

(1) «Romano plumbo nudantur ecclesiæ», dice Étienne de Tournay, Inocencio III alude frecuentemente a los gastos que, por los viajes frecuentes y las largas estancias en Roma, exigían los litigios.

progresos de un estado de cosas cuya sucesión no se ha señalado suficientemente. Así, no hablando más que del cambio de la Iglesia romana en *curia*, cambio considerado por hombres piadosos de la época como funesto para la religión, se puede colocar su origen hacia mediados del siglo XII (1), un poco antes del momento en que el Colegio de los Cardenales se vió encargado, con exclusión del clero y de los fieles (2), de elegir a los Papas. Lo que puede decirse, en suma, es que el Pontificado de Inocencio III, que señala para el Papado el apogeo del poder absoluto, marca también para la Iglesia el comienzo de una decadencia que, un siglo más tarde, llegará al último grado en tiempo de los Papas de Avignon.

Así fue viciada, en sus efectos, la obra de Gregorio VII. Se había servido del poder de la Santa Sede para reprimir los desórdenes de la Iglesia, y este poder, extendido desconsideradamente por sus sucesores, había producido otros desórdenes. Al mismo tiempo que la Iglesia se alteraba, el Papado, sin quererlo y por las mismas causas, se encontró transformado. Se vió conducido a abandonar las cosas espirituales por la agitación de los negocios, la teología por el derecho.

Ahogado por la cantidad innumerable de asuntos que a él afluían, perdió de vista los horizontes de la espiritualidad. Gregorio Magno se quejaba ya de que su espíritu, cansado de preocupaciones, no fuera capaz de lanzarse a las regiones superiores. ¡Cuánto se habían agravado las cosas desde aquella época! «Arrastrado, escribía Inocencio III, en el torbellino de los negocios que me atan con

(1) «Nunc dicitur Curia Romana quæ antehac dicebatur Ecclesia Romana. Si revolvantur antiqua Romanorum pontificum scripta, nusquam in eis reperitur hoc nomen, quod est Curia, in designatione sacrosanctæ Romanæ Ecclesiæ...» (Gerohi liber *De corrupto statu Ecclesiæ* ad Eugenium III papam.)

(2) El Papa Alejandro III, elegido en 1160, parece ser el último que, en su epístola encíclica, ha dicho: «Fratres assentiente clero ac populo, elegerunt.»



sus nudos, me veo entregado a otro y como arrancado a mí mismo. La meditación me está prohibida, el pensamiento es casi imposible, apenas puedo respirar».—Otra particularidad acerca de la que Inocencio III calla, pero que resulta de hechos dispersos en su correspondencia, es que, obligado por la multiplicidad de los negocios, a los que no podía dar abasto, a ensanchar proporcionalmente la esfera de acción o de influencia de sus cardenales y de sus legados, los dejaba tomar parte de su autoridad y arrogarse una independencia que él no podía reprimir. Puede decirse aún, sin salirse de la verdad, que Inocencio III aparece más de una vez como prisionero, en sus cartas, en el círculo que a su alrededor forman los cardenales. Así, cuando se miran las cosas de cerca, se ve que el Papa, dueño absoluto de la Iglesia, estaba abrumado por los negocios y dominado por sus Consejos.

F. Rôcquain, *La papauté au moyen âge*, París, Didier et C.^{ie}, 1881.

III.—El «Libro de los Censos» de la Iglesia Romana.

El «dinero de San Pedro».

Ya muy pronto, la Iglesia romana poseyó extensas propiedades. Por ello tuvo muy pronto también necesidad de llevar la cuenta de sus rentas, o, como se decía entonces, de hacer un «Políptico». A fines del siglo v, el Papa Gelasio realizó esta labor con tanto éxito que su obra, apenas modificada por San Gregorio Magno, era todavía de uso corriente cuatro siglos más tarde.

Pero durante las pruebas que hubieron de sufrir en el siglo x y en el xi la ciudad de Roma y el Papado, se abrió un verdadero abismo entre los tiempos antiguos y los tiempos nuevos. Los viejos archivos, los antiguos títulos de la Iglesia romana desaparecieron en la tormenta, y

cuando Gregorio VII trató de reorganizarlo todo, costóle gran trabajo reunir los restos que habían escapado del naufragio.

De este momento data en Roma el doble movimiento que lleva de un lado a recoger y coordinar títulos patrimoniales, es decir, a formar cartularios, y de otro a hacer nuevos polípticos, es decir, nuevos libros de rentas. De aquí diferentes intentos a los que el camarlengo Cencio, el oficial encargado de las temporalidades de la Iglesia, dió en 1192 forma definitiva.

La obra de Cencio se compone de dos partes:

1.^a De un registro en que se consignan, provincia por provincia, los nombres de los que han de pagar a la Iglesia romana y la cuantía de sus pagos;

2.^a De un cartulario que contiene los títulos constitutivos de la propiedad y de la suzeranía de la Santa Sede (donaciones, testamentos, títulos de compra o cambio, juramentos de homenaje, etc.)

De estas dos partes, la primera constituye lo que puede llamarse propiamente el *Liber censuum* de la Iglesia romana.

* * *

Libro de censos, o, como dice Brussel, libro de tierras, «es un registro del ingreso verificado año por año de todos los censos y rentas pertenecientes a un *señorío*».

Las listas de los diversos censos y rentas que percibía el Papa a fines del siglo XII, en su calidad de *señor*, eso es lo que constituye el *Liber censuum* de Cencio.

Dentro del mundo feudal, la Santa Sede debía tomar necesariamente la apariencia externa que se imponía entonces a todos los miembros de la sociedad, a las personas morales lo mismo que a los individuos, y vino a ser un señorío.

Se sabe que la Edad Media entendía con esta palabra un conjunto de derechos, de origen y carácter muy di-

versos, en que la propiedad y la soberanía confundidas se señalaban por ciertos servicios y rentas.

En la Italia central, donde la Santa Sede tenía desde hacía mucho tiempo vastas propiedades, que en la época de Carlomagno le habían valido la cesión de una parte del poder público, el señorío del Papa se había establecido de modo enteramente natural, como en otros lugares el de los duques y los condes.

Pero la Santa Sede era un poder de naturaleza especial. Su carácter de fuerza moral y universal la acarreo en el mundo feudal otro señorío de una naturaleza genuina.

A fines del siglo noveno, cuando los príncipes carolingios, que habían sido durante mucho tiempo los «patronos» de las iglesias y de los monasterios, no estuvieron ya en disposición de defender la propiedad de las iglesias contra las usurpaciones de los seculares, se pensó en invocar la protección pontificia. Era la época de los grandes pontificados de Nicolás I y de Juan VIII. Los fundadores de monasterios, deseosos de asegurar la perpetuidad de su obra, solicitaron el patronato de la Santa Sede y «recomendaron» al Apóstol la propiedad del ser moral que constituían. Las posesiones cedidas a ciertos institutos monásticos fueron de esta suerte consideradas como bienes de San Pedro, y para reconocer el dominio eminente así concedido al Apóstol, fueron gravadas con un censo anual en beneficio de la Santa Sede.

Esto tuvo grandes consecuencias en el orden temporal lo mismo que en el espiritual.

De un lado, los monasterios que habían de pagar el censo se emanciparon poco a poco de los obispos para depender directamente de la Santa Sede, y de otro la naturaleza especial del lazo que los unía a Roma determinó, a través de toda Europa, la constitución de un dominio pontificio de carácter especial.

El Papado poseyó sobre las tierras de las más grandes abadías un derecho eminente de propiedad, que se señalaba por el pago de un censo, y no se necesitó más para

que poco a poco la Santa Sede asimilase a este derecho especialísimo el que la costumbre le asignaba sobre buen número de Estados cristianos, y que se manifestaba por rentas análogas.

Después de la disolución del Imperio romano, que había sido durante mucho tiempo para los príncipes bárbaros el origen de toda legitimidad, la Santa Sede había parecido enteramente designada para suceder en este papel al Imperio.

El Apóstol enseña que todo poder legítimo viene de Dios. Pero ¿quién, pues, tendrá la misión de iluminar las conciencias, de manifestarse acerca de la legitimidad de los poderes de hecho, sino el que ha recibido de Cristo el derecho de atar y desatar todo?

Al Papado, pues, han acudido los hombres. Los Estados nacientes y las dinastías nuevas han sentido la necesidad de hacerse reconocer por él. Ha consagrado a Pepino y coronado a Carlomagno, ha erigido tronos y regalado coronas.

El Papado se ha visto revestido de esta suerte de una verdadera magistratura, de un derecho que podría llamarse *supra regaliano*, y este derecho, como los mismos derechos regalianos, ha tomado, en ciertos momentos, una forma feudal.

Los poderes de fecha reciente desearon marcar con signo visible su unión con la Santa Sede y se obligaron a entregarla una renta anual.

Esta renta tomó muy pronto el nombre de «censo» y se confundió inmediatamente con las diversas rentas de origen territorial que la Santa Sede percibía con esta denominación. Se incorporó a la propiedad y figuró entre las rentas del señorío.

Los Papas del siglo XI, y Gregorio VII en particular, trataron de precisar las relaciones que marcaba este censo pagado a Roma por diversos Estados cristianos.

El dominio eminente poseído por el Apóstol sobre los monasterios censatarios se traducía sin dificultad por el señorío. Pero tratándose de los principados y de los rei-

Eugenius episcopus servus servorum dei. Dilectis filiis canonicis Trecentis ecclesie salutem et apostolicam benedictionem. Sicut ea que a nobis statuuntur firma volumus et illibata persistere: ita ea que a fratribus nostris episcopis rationabili providentia fiunt, ut in suo vigore permanent, diligenti nos convenit sollicitudine providere. Quod ergo a discretione religiosi viri Acconis episcopi confirmavit venerabilis frater noster Alberticus hostiensi episcopo tunc apostolice sedis legato rationabiliter factum est, et scriptis utriusque munimine subscriptum: nos quoque auctoritate apostolica confirmamus. Ut videlicet qui decimo in seculo nostra auctoritate domino statuuntur canonici nisi in seculo sequuto adhiberi fuerint: nichil de prebendali beneficio preter viginti solidos annuatim percipiant exceptis illis centis fratribus, quibus prebenda in nostra seculo concessa est. De communitate etiam statuerimus nullis omnino hominum singulariter in posterum prebendam operantur. Salva utrumque in omnibus apostolice sedis auctoritate. Si quis igitur huius nostre confirmationis paginam sciens contra eam temere venire temptaverit: indignationem omnipotentis dei et beatorum Petri et Pauli apostolorum eius se noverit incursurum. Dat. Autisiodori. xvij. kl. septembris.

Fig. 34.—Carta de Eugenio III, 16 de agosto de 1147.

Muestra de la escritura usada en el siglo XII en la Cancillería pontificia.
(Museo de los Archivos departamentales, núm. 39.)

TRANSCRIPCION

Eugenius, episcopus, servus servorum Dei. Dilectis filiis canonicis Trecentis ecclesie, salutem et apostolicam benedictionem. Sicut ea que a nobis statuuntur firma volumus et illibata persistere, ita ea que a fratribus nostris episcopis rationabili providentia fiunt, ut in suo vigore permanent, diligenti nos convenit sollicitudine providere. Quod ergo a discretione religiosi viri Acconis episcopi...

Si quis igitur huius nostre confirmationis paginam sciens contra eam temere venire temptaverit, indignationem omnipotentis Dei et beatorum Petri et Pauli apostolorum eius se noverit incursurum. Datum Autisiodori, XVII. kl. septembris.

nos, parecía difícil admitir que la renta conservase el carácter de simple lazo de derecho privado.

Los Papas vieron en ella un signo de supremacía política y Gregorio VII reclamó el juramento de homenaje a Guillermo el Conquistador, como un suzerano a su vasallo.

Esta tesis de la curia de Roma no fue admitida en todas partes sin discusión, y hay que reconocer que nunca triunfó por completo (1).

No por eso ha dejado de dominar durante varios siglos las relaciones de la Santa Sede con la mayor parte de los Estados europeos, y el principio de ella está claramente enunciado en la primera página del *Liber censuum*.

El camarlengo de 1192 ha anotado cuidadosamente todos los censos a que tenía derecho la Santa Sede, y sin ocuparse de investigar el origen de cada uno, ha consignado en un mismo registro el nombre de todos los que con ellos estaban gravados, porque para él, como para la Cámara apostólica, las iglesias, monasterios, ciudades o reinos, juntos de esta suerte en virtud de un símbolo único, eran todos igualmente del patrimonio de San Pedro, porque todos estaban, como escribía el camarlengo en su prefacio: *in jus et proprietatem beati Petri consistentes*.

La obra de Cencio marca, por consiguiente, el punto de llegada de una larga evolución histórica, que ha constituido, en provecho de la Santa Sede, un señorío de especial carácter y de inmensa extensión.

P. Fabre, *Étude sur le Liber censuum de l'Église romaine*, París, E. Thorin, 1892.

(1) El verdadero carácter del *Denarius Sancti Petri*, con sus modificaciones, no se marca en parte alguna tan bien como en la historia de las relaciones de la Santa Sede con Inglaterra.

IV.—El emperador Federico II.

Para los buenos cristianos, para la Iglesia, para los güelfos, Federico fue una figura del Anticristo. La lucha que sostuvo contra dos Papas inflexibles, Gregorio IX e Inocencio IV, tuvo, a los ojos de los amigos de la Santa Sede, la grandeza de un drama apocalíptico. Sólo Satanás había podido infundir tal malicia en el alma de un príncipe que la Iglesia había recogido muy niño en sus brazos, en la época de Inocencio III. «Era un ateuista», afirma Fra Salimbeno, que enumera todos los vicios del emperador, la picardía, la avaricia, la lujuria, la crueldad, la cólera, y las historias extrañas que se contaban en voz baja, en la soledad de los conventos, acerca de este personaje formidable. En el momento en que Federico acababa de denunciar ante todos los reyes y el episcopado a Gregorio IX como falso Papa y falso profeta, éste lanzaba la encíclica *Ascendit de mari*: «Ved la bestia que sube del fondo del mar, la boca llena de blasfemias, con las garras del oso y la rabia del león, el cuerpo semejante al del leopardo. Abre sus fauces para vomitar el ultraje contra Dios, lanza sin descanso sus dardos contra el tabernáculo del Señor y los Santos del Cielo». Al año siguiente, Gregorio escribía: «El emperador, alzándose por cima de todo lo que se llama Dios y tomando a indignos apóstatas como agentes de su perversidad, se erige en ángel de luz sobre la montaña del orgullo... Amenaza con derribar la sede de San Pedro, con sustituir a la fe cristiana los antiguos ritos de los pueblos paganos, y manteniéndose sentado en el Templo, usurpa las funciones del sacerdocio». «A fuerza de leer a los griegos y a los árabes, escribe el autor anónimo de la *Vida de Gregorio IX*, imagina, réprobo como es, ser un Dios con forma humana». El abogado pontificio Alberto de Beham, familiar de Inocen-

cio IV, escribe también en 1245: «Ha querido sentarse en la cátedra de Dios como si fuera Dios. No sólo ha dirigido sus esfuerzos a nombrar un Papa y someter a su dominación la Sede apóstolica, sino que ha querido usurpar el derecho divino, cambiar la alianza eterna establecida por el Evangelio, las leyes y las condiciones de la vida de los hombres». En 1245 y 1248, Inocencio IV desligaba del juramento de fidelidad al clero y a los súbditos del reino de las Dos Sicilias, apartaba a la Iglesia siciliana de las jurisdicciones imperiales, separaba de la sociedad política, como de la comunión religiosa, a los condes y burgueses fieles al partido del emperador, autorizaba a los señores eclesiásticos para fortificar sus castillos contra el emperador, y juraba solemnemente aplastar hasta los últimos retoños de «aquella raza de víboras».

Pedro de las Viñas y los cortesanos del príncipe suabo respondían con voz tan sonora como la de los campeones de la Iglesia. Pedro era el confidente de Federico: «He tenido, dice su alma al Dante, las dos llaves de su corazón, que abría y cerraba con mano muy suave». Puede creerse que, siempre que escribía, no era más que el eco del pensamiento del emperador. Pero por el modo cómo exaltó la misión religiosa de su dueño, por la exageración de las ideas y de las imágenes, tiene demasiada analogía con las invectivas lanzadas por los defensores de la Santa Sede. Para el canciller, aun para el arzobispo de Palermo Beraldo, para el notario imperial Nicolás de Rocca y los prelatos gibelinos cortesanos de César con ayuda de los textos del Evangelio, Federico es una especie de Mesías, un apóstol encargado por Dios de revelar el Espíritu Santo, el pontífice de la Iglesia definitiva, «la gran águila de alas gigantescas» que Ezequiel ha profetizado. En cuanto a Pedro de las Viñas, será el vicario de Federico, como el primer Pedro fue el de Jesús. Es la piedra angular, la vid fecunda cuyas ramas dan sombra y regocijan al mundo. El Galileo renegó tres veces de su Señor, el de Capua no renegará jamás del suyo. La misión mística de la Iglesia romana está a punto de acabar. «El

alto cedro del Líbano será cortado, gritaban los profetas populares, no habrá más que un solo Dios, es decir, un monarca. ¡Desgraciado del clero! Si cae, un orden nuevo hay ya dispuesto». Inocencio IV encontraba encima de su mesa versos anunciando la próxima caída de la Roma papal. Y los trovadores provenzales, los desterrados de la cruzada albigena, que habían visto sus ciudades entregadas a los inquisidores, cantaban en los palacios de Palermo y de Lucera las estrofas furiosas de Guillermo Figueira: «Roma traidora, la avaricia os pierde y cortáis demasiado la lana de vuestros carneros... Roma, roéis la carne y los huesos de los simples, arrastráis a los ciegos al abismo, perdonáis los pecados por dinero. Carga demasiado pesada, Roma, echáis sobre vuestros hombros... Roma, me alegra pensar que pronto arribaréis a mal puerto, si el emperador justiciero lleva derecha su fortuna y hace lo que debe hacer. Roma, os lo digo en verdad, vuestra violencia la veremos declinar. ¡Roma, que nuestro verdadero Salvador me deje pronto ver esta ruina!»

Pero gritos de guerra y fórmulas de maldición son testimonios bastante vagos para una investigación de la verdad histórica. Hay que dejar que se pose el polvo de este campo de batalla, si se quiere distinguir claramente cuál fue la acción del emperador contra la Santa Sede y la Iglesia cristiana.

Ante todo, es cierto que jamás intentó provocar un cisma en la Iglesia. Llamaba con desprecio a Milán «la sentina de los patarinos». A sus enemigos implacables, Gregorio IX e Inocencio IV, no opuso un antipapa. No apoyó al falso Papa de 1227 que, sostenido por los barones romanos, residió nueve semanas en San Pedro. Invocaba a Dios por testigo de su fidelidad al símbolo aprobado por la Iglesia romana, según la disciplina universal de la Iglesia. En su lecho de muerte, escribe su hijo Manfredo al rey Conrado, «ha reconocido con arrepentido corazón, humildemente, cual cristiano ortodoxo, a la Sacrosanta Iglesia romana, su madre». Así, hasta el final, mantuvo su adhesión exterior al cristianismo romano. El año

1242, en el largo interregno que siguió a la muerte de Celestino IV, y en el momento que volvía sin cesar frente a los muros de Roma, que defendían contra él los barones güelfos, escribía a los cardenales de manera tan apremiante como el mismo San Luis, acerca de la necesidad de devolver sin retraso a la Iglesia su pastor supremo. Elegido Inocencio IV, le felicitó con palabras enteramente filiales; pero seis meses más tarde amenazaba al Senado y al pueblo romano con su cólera si Roma no se sometía «al dueño absoluto de la tierra y del mar, cuyos deseos todos deben realizarse». En abril de 1244, anunciaba a Conrado su reconciliación con el Papa, se regocijaba de haber sido admitido por el Pontífice, en su calidad de «hijo devoto de la Iglesia, y como príncipe católico, en la unidad de la Iglesia»; pero añadía: «como hijo primogénito y único, y *patrono* de la Iglesia, *sicut primus et unicus Ecclesiae filius et patronus*, nuestro deber es aumentar su grandeza... Intentamos con todas nuestras fuerzas, deseamos con corazón sincero, esa reforma de la Iglesia que nos dará la paz, así como a nuestros amigos y fieles, para siempre».

He aquí palabras que aclaran singularmente la historia religiosa de Federico II. El patrono, el protector de la Iglesia, para él no es otra cosa que el dueño absoluto de la Iglesia. Quiere que ésta se doblegue, tan dócilmente como la nobleza feudal y las ciudades, al peso de la ley rígida del Estado. Pretende disponer de las cosas eclesiásticas tan libremente como de los intereses seculares del Imperio. Ya en 1236 escribía a Gregorio IX, con motivo de la colación de los beneficios: «Os irritáis porque hayamos escogido personas jóvenes e indignas... Pero ¿no es, en virtud del derecho divino, un sacrilegio disputar acerca de los méritos de nuestra munificencia, es decir, acerca de si los que el emperador nombra son dignos o no?» Escribirá, en 1246, a todos los príncipes de la cristiandad: «El Pontífice no tiene derecho a ejercer contra nosotros ningún rigor, ni siquiera por causas legítimas». El año 1248, en una carta al emperador de Nicea, su yer-

no, se queja amargamente de las relaciones insoportables que los príncipes de Occidente tienen con los jefes de la Iglesia latina. En todas las agitaciones del Estado, todas

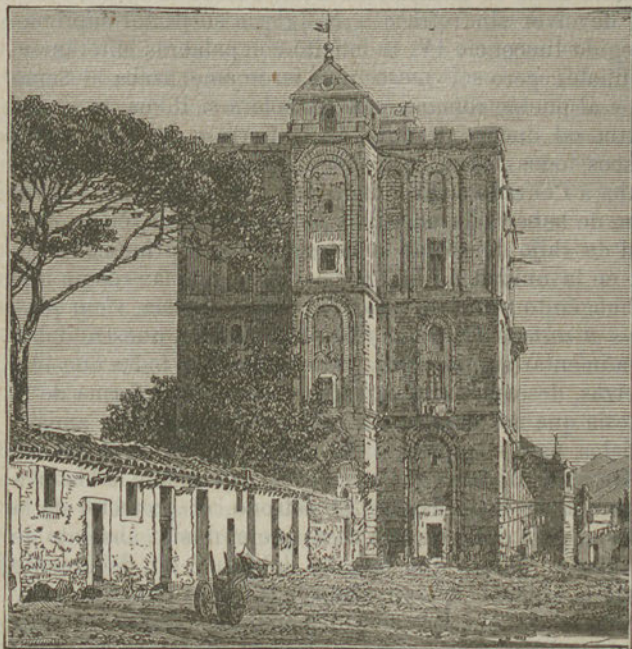


Fig. 35 —La Ziza, palacio de los reyes normandos y suabos de Sicilia, cerca de Palermo.

las revueltas y todas las guerras, denuncia la mano siempre presente de la Iglesia, que abusa de una libertad pestilencial. Para él el Oriente, sólo el Oriente cismático de Bizancio y los califatos musulmanes han resuelto el problema de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. No tienen que entenderse las con pontífices-reyes, entre ellos

la sociedad clerical no es un cuerpo político. Esta es la llaga de Europa y de Occidente. El Asia es bien dichosa, goza de la paz religiosa. El poder del príncipe no conoce allí límite, porque en aquellas comarcas, fuera del santuario, la Iglesia no existe.

Pero este protectorado imperial, este gobierno cesáreo de la Iglesia por el dueño del Imperio tiene por condición necesaria la reforma de la Iglesia. No es suficiente que el Papa y los obispos hayan perdido todo influjo político, que la soberanía temporal del Papa en Roma desaparezca tan-



Fig. 36.—Sello de Federico II.

to como la soberanía feudal de los obispos en su diócesis. Es preciso también que la jerarquía eclesiástica renuncie a su fuerza social, que el campo de su acción se limite al apostolado directo de las conciencias, que por ella los cristianos no sean ya miembros de una sociedad política, sino simplemente almas individuales. En su encíclica de 1246, Federico escribía: «Los clérigos han engordado con las limosnas de los grandes y oprimen a nuestros hijos y a nuestros súbditos, olvidando nuestro derecho paternal, no respetando ya en nosotros ni al emperador ni al rey... Nuestra conciencia es pura, y por consiguiente Dios está de nuestro lado. Invocamos su testimonio acerca de la in-

tención que hemos tenido siempre de reducir a los clérigos de todos los grados, y sobre todo a los más altos de ellos, a condición tal que vuelvan a ser lo que eran en la Iglesia primitiva, haciendo una vida enteramente apostólica e imitando la humildad del Señor. Los clérigos de aquella época conversaban con los ángeles, realizaban brillantes milagros, cuidaban a los enfermos, resucitaban a los muertos, reinaban sobre los reyes por la santidad de su vida y no por la fuerza de sus armas. Estos, entregados al siglo, embriagados de delicias, olvidan a Dios. Son demasiado ricos, y la riqueza ahoga en ellos la religión. Es un acto de caridad aliviarles de esas riquezas que los abruma y condenan». En 1249, acusa, a la vista de la cristiandad entera, a Inocencio IV de haber sobornado al médico que, en Parma, trató de envenenar al emperador. Invoca el concurso de todos los príncipes para la salvación de «la Santa Iglesia, su madre», que tiene el derecho, dice, y la decisión «de reformar para honra de Dios».

* * *

Gregorio IX dijo en algún sitio de Federico II: «Miente hasta el punto de afirmar que son tontos todos los que creen que un Dios creador del Universo y omnipotente ha nacido de una virgen... Añade que no se debe en absoluto creer sino lo que está probado por las leyes de las cosas y por la razón natural». Tal era, en efecto, la verdadera herejía del emperador. Ya no se trata, en este caso, de reducir el poder político de la Iglesia, de arrebatarse a los Papas la dirección suprema de la cristiandad. Quiere llegar al prestigio mismo de la cristiandad, y de igual modo que ha secularizado el Estado, sometiendo todas las fuerzas de la sociedad, la Iglesia como las demás, a la voluntad de un solo dueño, seculariza la ciencia, la filosofía, la fe, dándola por dueña única y soberana a la razón.

Federico II se preocupaba sinceramente de los grandes problemas filosóficos, no como cristiano que pide a la soberanía profana la confirmación de su fe, sino como espíritu libre que aspira a la verdad, por aflictiva que pueda ser para las creencias comunes de su siglo. Dirigía en su corte una verdadera Academia filosófica. Un discípulo de las escuelas de Oxford, de París y de Toledo, Miguel Scoto, cristiano regular, al cual protegió Gregorio IX, le había llevado en 1227, traducidos al latín, los principales comentarios aristotélicos de Averroes, y, entre otros, el del *Tratado del alma*. El año 1229, el emperador, siempre en negociaciones con el Soldán, encargaba a los embajadores musulmanes de preguntas sabias para los doctores de Arabia, de Egipto y de Siria. Más tarde interrogaba otra vez sobre los mismos puntos de metafísica al judío español Judá ben Salomón Cahen, autor de una enciclopedia, la *Inquisitio Sapientiae*. Renovaba por último, hacia 1240, esta investigación racional, en el mundo entero del Islam, luego cerca de Ben Sabin de Murcia, el más célebre dialéctico de España, el cual respondió «por el amor de Dios y el triunfo del islamismo», y el texto árabe de sus respuestas se ha conservado, con el título de *Cuestiones sicilianas*, con las preguntas del emperador, en un manuscrito de Oxford: «Aristóteles, preguntaba Federico, ¿ha demostrado la eternidad del mundo? Si no lo ha hecho ¿qué valen sus argumentos? ¿Cuál es el objeto de la ciencia teológica y cuáles son los principios preliminares de esta ciencia, si, no obstante, tiene principios preliminares, entendamos, si depende de la pura razón? ¿Cuál es la naturaleza del alma? ¿Es inmortal? ¿Cuál es el indicio de su inmortalidad? ¿Qué significan estas palabras de Mahoma: «El corazón del creyente está en manos del misericordioso?»

Estas ideas audaces, a las que no había atendido hasta entonces la Edad Media más que para exorcizarlas, han pasado por la civilización de la Italia imperial, siguiendo siempre, como en un lecho paralelo, la dirección misma de la política del emperador. El partido gibelino se sintió

tanto más libre del lado de la Iglesia de Roma, cuanto que la filosofía patrocinada por su príncipe emancipaba más resueltamente a la razón humana de la obsesión de lo sobrenatural. Y como el fondo de toda metafísica oculta una doctrina moral, los partidarios del emperador, los que amaban el poder temporal, la riqueza y las dichas terrenales, siempre preocupándose bastante poco de la eternidad del mundo y del intelecto único, acogieron con apresuramiento una sabiduría que les tranquilizaba acerca de lo que sigue a la muerte, hacía más dulce la vida presente, desconcertaba al sacerdote y al inquisidor, extinguía las fulminaciones del Papa. Los *epicúreos* de Florencia, en quienes el siglo XII había visto los peores enemigos de



Fig. 37.—Moneda de Federico II.

la paz social, puesto que atraían sobre la ciudad la cólera del cielo, fueron en dos ocasiones, a fines del reinado de Federico y en tiempo de Manfredo, dueños de su república. Los Uberti figuraron entonces a la cabeza del partido imperial en la Italia superior. Dominaron con dureza y elevación de espíritu, y a su lado «más de cien mil nobles, dice Benvenuto de Imola, gentes de alta alcurnia, que pensaban, como su capitán Farinata y como Epicuro, que el Paraíso no debe buscarse más que en este mundo». Hasta fines del siglo XIII, a través de todas las vicisitudes de su fortuna política, aquellos indomables gibelinos sostuvieron su incredulidad religiosa, quizá aun un materialismo radical. «Cuando las buenas gentes, dice Boccaccio, veían pasar a Guido Cavalcanti todo soñador por las calles de Florencia, busca, exclamaban, razones para probar que no hay Dios». Lo mismo se había dicho de Man-

fredo, que no creía, dice Villani: «ni en Dios, ni en los Santos, sino solamente en los placeres de la carne». Se atribuyó al cardenal toscano Ubaldini, que sostuvo valientemente en Roma al partido maldito de los Hohenstaufen, esta frase ya volteriana: «Si el alma existe, yo he perdido la mía por los gibelinos». Se ve que en todos el rasgo característico de la incredulidad es el mismo, y que han rechazado por supersticiosas las creencias esenciales de toda religión. Sépanlo o no, proceden de Averroes. Dante ha agrupado a algunos de ellos, Farinata, Federico II, Ubaldini, Cavalcante Cavalcanti, en la misma fosa infernal; pero el más «magnánimo» de todos, Farinata, no quiere creer en el Infierno, cuya llama le devora. Saca el cuerpo de cintura para arriba, de su abrasado sarcófago, y pasa la vista altanera por la horrible región que despreciará eternamente:

Ed ei s' ergea col petto e colla fronte,
Come avesse l' inferno in gran dispetto.

(*Inf.*, X, 35).

A esa metafísica, a ese hacer desaparecer lo sobrenatural en la vida de las conciencias, corresponde un concepto nuevo de la naturaleza. En este punto el milagro se ha desvanecido, la omnipresencia de Dios, esa alegría de las almas puras, el acecho perpetuo de Satán, ese terror de los espíritus débiles, han desaparecido. Ya no quedan más que las leyes inmutables que regulan la evolución indefinida de los seres vivos, las combinaciones de las fuerzas y de los elementos. El renacimiento de las ciencias naturales tenía por condición primera una teoría enteramente racional de la Naturaleza.

Hacia Aristóteles también, naturalista y físico, los árabes, alquimistas y médicos, llevaron la Italia meridional. Por el año 1230, Miguel Scoto tradujo con destino a Federico el compendio hecho por Avicena de la *Historia de los animales*. Maestre Teodoro era el químico de la corte y preparaba jarabes y diversas clases de azúcares para la

mesa imperial. La gran escuela de Salerno renovaba en Occidente los estudios médicos según los métodos de la ciencia árabe, la observación directa de los órganos y de las funciones del cuerpo humano, la busca de las plantas salutíferas, el análisis de los venenos, la experimentación de las aguas termales. Federico restableció el reglamento de los emperadores romanos que prohibía el ejercicio de la medicina al que no hubiera sufrido examen y obtenido la licencia. Fijó en cinco años las enseñanzas de medicina y cirugía. Hizo estudiar las propiedades de las fuentes termales de Puzzuoli. Él mismo daba prescripciones a sus amigos e inventaba recetas. Le traían de Asia y de Africa los animales más raros y observaba sus costumbres. El libro *De arte venandi cum avibus*, que se le atribuye, es un tratado acerca de la anatomía y la enseñanza de las aves de caza. Los tontos contaban cosas terribles acerca de sus experimentos. Abría el vientre a los hombres, contaban, para estudiar la digestión; criaba niños en el aislamiento para ver qué lengua inventarían, si el hebreo, el griego, el latín, el árabe o el idioma de sus propios padres, dice Fra Salimbeno, cuyo espíritu trastornan todas estas novedades. Hacía que sus sondeadores estudiasen los fondos del estrecho de Mesina, se preocupaba de la distancia que separa a la Tierra de los astros. Los frailes se escandalizaron de aquella curiosidad general, en que veían la muestra del orgullo y de la impiedad. Salimbeno la califica, con inefable desdén, de superstición, de perversidad maldita, de presunción criminal y de locura. La Edad Media no era aficionada a que se escrutase demasiado en la obra divina, que se sorprendiera el funcionamiento de la vida humana o el de la máquina celeste. Las Ciencias naturales le parecían sospechosas de maleficio, de hechicería. Italia, introducida por los Hohenstaufen en los caminos de la observación experimental, debía ser mucho tiempo todavía la única provincia de la cristiandad en que el hombre contemplara, sin inquietud, los fenómenos y las leyes del mundo visible.

E. Gebhart, *L'Italie mystique*, París, Hachette, 1893.

CAPÍTULO IX

Las Cruzadas.

PROGRAMA.—*Fundación del reino de Jerusalén. La toma de Constantinopla. Influjo de la civilización oriental en Occidente. Cruzadas y misiones en el Oriente de Europa.*

BIBLIOGRAFÍA

No hay, en francés, una buena **Historia general de las Cruzadas**. La de Michaud, que se comete el error de leer todavía, no vale nada. La de Wilken (*Geschichte der Kreuzzüge*, Leipzig, 1807-1832), está ya vieja. Hay en alemán tres Manuales: B. Kugler, *Geschichte der Kreuzzüge*, Berlín, 1891, segunda edición; H. Prutz, *Kulturgeschichte der Kreuzzüge*, Berlín, 1888; O. Henne am Rhyn, *Kulturgeschichte der Kreuzzüge*, Leipzig, 1894.

Son innumerables las monografías relativas a la historia de las Cruzadas. Es una de las partes de la historia de la Edad Media que se ha estudiado en nuestros días con más cuidado. Véase, entre otras: C.^{te} P. Riant, *Expéditions et pèlerinages des Scandinaves en Terre Sainte au temps des Croisades*, París, 1865; R. Röhricht, *Beiträge zur Geschichte der Kreuzzüge*, Berlín, 1876, 2 vols; H. v. Sybel, *Geschichte der ersten Kreuzzuges*, Berlín, 1881; J. Tessier, *Quatrième croisade. La diversion sur Zara et Constantinople*, París, 1884; R. Röhricht, *Studien zur Geschichte des fünften Kreuzzuges*, Innsbrück, 1891; del mismo, *Die Kreuzpredigten gegen den Is-*

lam, en la *Zeitschrift für Kirchengeschichte*. VI (1884); A. Lecoq de la Marche, *La prédication de la croisade au XIII^e siècle*, en la *Revue des Questions historiques*, julio de 1890;— H. Derenbourg, *Ousâma-ibn-Mounkidh, un émir syrien au premier siècle des croisades*, París, 1889-1893.

La **historia de los establecimientos de los cruzados en Oriente** (Palestina, Siria, Acaya, Chipre, etc.), ha sido objeto de algunos trabajos de consideración, de los que son los principales: G. Dodu, *Histoire des institutions monarchiques dans le royaume latin de Jérusalem*, París, 1894; G. Rey, *Les colonies franques de Syrie*, París, 1884; G. Schlumberger, *Les principautés franques dans le Levant*, París, 1879; C.^{te} L. de Mas Latrie, *Histoire de l'île de Chypre sous les princes de la maison de Lusignan*, París, 1852-1861, 3 tomos; C. Buchon, *Histoire des conquêtes et de l'établissement des Français dans les provinces de l'ancienne Grèce au moyen âge*, París, 1846; Bonne de Guldenchrone, *L'Achaïe féodale*, París, 1889; W. Heyd, *Histoire du commerce du Levant au moyen âge*, Leipzig, 1885-1886, 2 tomos.

Acerca de la leyenda de **Saladino** en la Edad Media, véase: G. París, en el *Journal des Savants*, 1893.

La **historia interna de Asia** en la época de las Cruzadas está bosquejada de una manera interesante y nueva por L. Cahun en la *Historia general desde el siglo IV a nuestros días*, ya citada, tomo II, cap. XVI.

El programa no habla de las Cruzadas de España. Conúltese, mientras se publica la gran «Historia general de España» que prepara la Academia de la Historia, R. Dozy, *Historia de los musulmanes españoles*.

I.—Pedro el Ermitaño.

Se nan amontonado en torno del nombre de Pedro el Ermitaño, cuya personalidad está tan íntimamente unida a la historia de la primera Cruzada, gran número de leyendas y amplificaciones de retórica. Respecto a su vida, con anterioridad a su primera peregrinación, no poseemos, sin embargo, más que un número sumamente reducido de documentos auténticos. Se llamaba Pedro. Había nacido en Amiens o en los alrededores de esta población y fue monje. Añadamos que no ejerció jamás otra profesión y ha-

bremos dicho todo lo que se sabe de origen cierto. Todos los datos suplementarios que consignan los historiadores modernos son suposiciones y cuentos.

¿Qué no se ha dicho de él? Su peregrinación a Palestina, su encuentro y su conversación con el Patriarca griego de Jerusalén, la visión celestial con que fue favorecido en esta ciudad (1), la misión que allí se le dió de predicar la cruzada, su visita al Papa Urbano II de quien habría obtenido el consentimiento, luego su aparición en Occidente como precursor del Papa y su partida al frente de un gran ejército de cruzados reunido por él, todos estos relatos tradicionales forman como un nimbo alrededor de su cabeza. Resta saber si están corroborados por pruebas firmes.

Es muy probable que Pedro hiciera efectivamente un viaje a Oriente antes del año 1096. Pero el cronista Alberto de Aix se ha hecho intérprete de una pura leyenda atribuyéndole, durante su estancia en Jerusalén, en la iglesia del Santo Sepulcro, una visión que habría sido la causa determinante de la Cruzada. No se sabe siquiera si Pedro, en ocasión de este primer viaje, habría podido llegar cerca de Jerusalén o se habría visto obligado a detenerse antes de haber alcanzado la frontera de Palestina. La tradición referida por Alberto de Aix ha debido formarse durante los veinte primeros años del siglo XII. Ha nacido de la opinión firmemente acreditada entonces de que la empresa había sido preparada *non tam humanitus quam divinitus*. Bajo el influjo de la idea de que el mundo celeste está en intensa relación con el terrenal, y

(1) Habiéndose dormido Pedro en la iglesia del Santo Sepulcro, se supone que vió en sueños a Jesucristo, que le dijo: «¡Levántate, el Patriarca te confiará una misión. Contarás en tu país la mísera situación de los Santos Lugares y despertarás a los creyentes para que libren a Jerusalén de los paganos». En efecto, se supone que el Patriarca le dió una carta para Urbano II, lo cual habría resuelto al Papa a proclamar la cruzada y a confiar a Pedro la predicación de la misma.

viniendo los verdaderos motivos de la Cruzada a borrarse cada vez más de la memoria de los contemporáneos, no es de admirar que la leyenda haya llegado a sustituir por completo a la realidad. Se explica que en los países donde Pedro fue el primero en predicar la Cruzada, tales como el norte de Francia, la Lorena y la comarca del Rhin, la muchedumbre haya podido olvidar todo lo que aparte de él había contribuido al mismo fin, para hacer de él solo el agente esencial de la empresa.

Pedro, al volver de Tierra Santa, ¿tuvo una entrevista con Urbano II, ya en Roma, ya en Francia? ¿Fue el precursor del Papa, al cual habría decidido a organizar la expedición de ultramar? Es muy dudoso, los escritores contemporáneos del siglo XI dan todos a entender que en Francia no fue Pedro el Ermitaño, sino Urbano solo, quien dió impulso al movimiento de la Cruzada. El momento en que Pedro apareció en público por vez primera no podría fijarse antes del Concilio de Clermont. «Es preciso, dice Sybel, dejar al Papa la gloria de que hasta nuestros días el ermitaño de Amiens le ha disputado una buena mitad. Urbano llegó a Clermont en momento en que una tendencia inconsciente impulsaba al mundo hacia el Oriente, pero en que ninguna palabra se había pronunciado todavía en tal sentido. Esta palabra él la dejó oír, y entonces príncipes y caballeros, nobles y villanos, y Pedro entre estos últimos, se alzaron. Demos al Papa lo que es suyo».

Que Pedro haya asistido, como quiere la tradición vulgar, al concilio de Clermont y que en él haya pronunciado una arenga, son hechos también que no tienen caracteres de certeza ni siquiera de probabilidad. Porque fue en el invierno de 1095 a 1096 cuando Pedro predicó por primera vez la Cruzada. Pero, según Orderico Vital, el Ermitaño, seguido de 15.000 hombres a pie y a caballo, llegó a Colonia el sábado de Pascua, 12 de abril de 1096. «Era, dice Guibert de Nogent, la espuma de Francia, *fæx residua Francorum*». ¿Cómo había podido reunir en tan poco tiempo semejante tropa a su alrededor? El ham-

bre de 1095, que arrancó a tantos desgraciados del suelo natal, no basta para explicarlo, es necesario atribuirlo también al prestigio personal del Ermitaño.

Según los testigos oculares, Pedro era hombre inteligente, enérgico, decidido, rudo, entusiasta, un tribuno popular. De pequeña estatura, delgado, moreno de cara y



Fig. 38.—Iglesia del Santo Sepulcro, en Jerusalén.

con larga barba gris, iba vestido con ropaje de lana y hábito de fraile, sin calzas ni calzado. Caminaba montado en un burro, cuyos pelos arrancaba la muchedumbre idólatra para quedárselos como reliquias. Hacía vida austera, no comía pan ni carne, pero bebía vino. Distribuía generosamente los dones que recibía en abundancia.

Hay que reconocer que el éxito de la predicación de aquel hombre fue extraordinario. Las bandas que le se-

guían le rodeaban con tal veneración que sus actos y sus palabras eran para ellas oráculos divinos. Guibert, que había asistido al concilio de Clermont, se ve obligado a decir del Ermitaño: «Jamás he visto a nadie honrado de esta suerte».

Por lo que, el llamamiento del Papa fue, por así decirlo, la luz que proyectó sobre el nombre de Pedro los primeros resplandores de celebridad. Pero desde entonces los relatos en que contaba su peregrinación frustrada y los sufrimientos de los peregrinos, su palabra ardiente, la novedad misma de la Cruzada, le colocaron tan alto en la opinión de las masas que le consideraron como un santo.

La extensión de los países recorridos por Pedro durante su predicación es, por otra parte, una de las causas que más han contribuído a fundar su fama. Entre el concilio de Clermont y su partida para Oriente halló medio de recorrer distancias enormes, atrayendo en todos lados partidarios a la causa del Papa. A donde no podía ir en persona, enviaba sin duda misioneros, como Gualterio sin Hacienda, Reinoldo de Breis, Gualterio de Breteuil y Gottschalk. Parece que comenzó su carrera oratoria en Berry, provincia limítrofe entre Auvernia y la Marche, donde Urbano estaba el invierno de 1095. De allí pasó a la Lorena y a la región del Rhin, pero no se sabe qué camino siguió.

Después de estar una semana en Colonia, atravesó pacíficamente con un ejército inmenso y revuelto de franceses, bávaros y loreneses la Alemania del Sur y Hungría. La travesía de Bulgaria fue, por el contrario, difícil y sangrienta. Las bandas de Pedro estaban diezmadas cuando llegaron a Constantinopla, tres meses y diez días después de su salida de Colonia. Allí encontraron un número bastante considerable de peregrinos llegados de Lombardía, y a Gualterio sin Hacienda, que se había separado del grueso de las fuerzas del Ermitaño a orillas del Rhin para tomar la delantera.

La expedición terminó en el mes de octubre con un

desastre lamentable cerca de Civitot o Hersek, en el Asia Menor. Entre los que escaparon de los golpes de los turcos se citan, a más de Pedro, el conde Enrique de

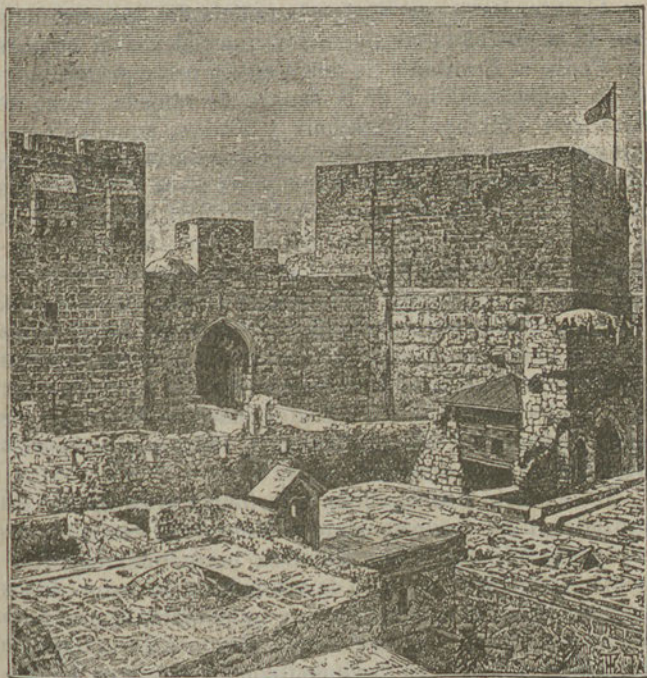


Fig. 39.—Puerta de David, en Jerusalén.

Schwarzenberg, Federico de Zimmern, Rodolfo de Brandis, que, heridos en el combate, sanaron de sus heridas y se unieron más tarde al ejército de Godofredo de Bouillon. Pero la mayoría perecieron, entre otros Gualterio sin Hacienda, atravesado por siete flechas, el conde pala-

tino Hugo de Tubinga, el duque Walther de Teck, el conde Rodolfo de Sarverden. Se ve que los compañeros de Pedro no se habían reclutado exclusivamente, como se dice con frecuencia, entre la hez de los pueblos occidentales.

Al extenderse por Europa la noticia del desastre, bajó sin duda mucho la consideración que rodeaba el nombre de Pedro el Ermitaño. Se debió en un principio atribuirle la responsabilidad de la sangre derramada, como se hizo con Volkmar, Gottschalk y Emich, aquellos hombres que el cronista Ekkehard compara a la *paja*, mientras que Godofredo de Bouillon y los otros jefes amados de Dios son el *buen grano*. En todo caso, después de la derrota de Civitot, el papel del Ermitaño acabó bruscamente. Vuélvesele a ver en el gran ejército de los cruzados en el invierno de 1097, pero en él no tiene influjo. Durante el sitio de Antioquía, en enero de 1098, hasta intentó huir, por lo que se comprende para no soportar más tiempo las fatigas de la expedición. De aquí el rumor que el año 1100 a lo sumo llegó a oídos de Ekkehard, de que «Pedro había sido un hipócrita, *Petrum multi postea hypocritam esse dicebant*».

No obstante Pedro, vuelto a la fuerza al campo de los cruzados, hizo decorosamente el resto de la campaña. Le utilizaron aún los jefes cristianos, para tratar con Kerbogha, luego se le encargó de administrar el tesoro de los pobres del ejército, sobre los que quizá había conservado algo de su primitivo ascendiente. Después de la toma de Jerusalén se quedó en la ciudad con los enfermos, en tanto los hombres válidos hacían contra los sarracenos la marcha que terminó con el decisivo triunfo de Ascalón. Tal es la última noticia auténtica acerca de lo hecho por el Ermitaño durante la primera Cruzada y sobre su estancia en Tierra Santa. Puede creerse verosímil que volviera de Oriente por los años 1099 ó 1100, en compañía de peregrinos nativos de la comarca de Lieja. A instancias de sus últimos admiradores, se supone fundó en las cercanías de Huy una iglesia y un monasterio. En él murió.

Su cadáver fue trasladado en 1242 a la iglesia de Neufmoustier.

(Según H. Hagenmeyer. *La verdad y la mentira acerca de Pedro el Ermitaño, análisis crítico de los testimonios históricos relativos a este personaje y de las leyendas a que ha dado lugar*, trad. francesa de Furcy Raynaud. París, 1883, librería de la Société bibliographique.

II.—Toma de Jerusalén por los guerreros de la primera Cruzada el 15 de julio de 1099 (según los más recientes trabajos históricos).

Parece demostrado hoy que al Papa Urbano II, a él sólo, corresponde la iniciativa de la predicación de la primera Cruzada (1). M. Luis Bréhier, Profesor de la Facultad de Letras de Clermont, ha indicado claramente, hace algunos años, los argumentos en favor de esta hipótesis en un interesantísimo librito titulado *La Iglesia y el Oriente en la Edad Media*. Llenos de compasión por los horrendos sufrimientos de los cristianos en Levante, por la noticia sobre todo de que el Santo Sepulcro y los Santos Lugares habían sido profanados por los turcos, deseosos de poner fin mediante una operación militar en Palestina a los desórdenes y a las violencias que abrumbaban a la cristiandad y de libertar las provincias orientales que habían caído bajo el yugo de los infieles, aquel gran Pontífice realizó el prodigio de reunir en una empresa común pueblos de todas las regiones de Europa, «que sus lenguas, sus costumbres nacionales, sus intereses divergentes tendían a alejar unos de otros». Después de haber recorrido el mediodía y el este de Francia predicando por todas partes la Cruzada, Urbano II, que había convocado para el 18 de noviembre del año 1095 el

(1) He seguido paso a paso, en este artículo, los trabajos de los señores Hagenmeyer y del difunto R. Rœhricht.

famoso concilio de Clermont, se dirigió personalmente a la muchedumbre de los clérigos y de los caballeros reunidos para el caso y les exhortó a tomar las armas para ir a libertar el Santo Sepulcro y a los infortunados cristianos de Oriente. Sus palabras ardientes provocaron el entusiasmo de los fieles que, al grito de ¡Dios lo quiere!, se cruzaron a millares. Una inmensa actividad religiosa y guerrera se manifestó en toda Francia y por todo el Occidente. Todo el mundo se alzó, todo el mundo quiso partir, apresurándose a tomar el camino de Dios. La Cruzada popular y sus bandas innumerables mandadas por Pedro el Ermitaño, Gualterio, apellidado sin Hacienda, el sacerdote alemán Gottschalk, el conde Emcho, Guillermo el Chambelán, vizconde de Melun, y muchos otros, después de haber cruzado Europa, saqueando, degollando a los judíos, fracasó, desde fines del año 1096, en Asia Menor a los ataques de los turcos. La verdadera Cruzada, la de los barones, se organizaba mientras tanto. Las primeras partidas tuvieron lugar en agosto de 1096. Cuatro ejércitos principales: uno compuesto de franceses del norte, de alemanes y de flamencos, mandado por Godofredo de Bouillon, duque de la Baja Lorena, y su hermano Balduino; un segundo, de normandos y de franceses, mandado por Hugo de Vermandois, hermano del rey Felipe I de Francia, por Roberto Courte-Heuse, duque de Normandía, Esteban, conde de Blóis y Chartres, y Roberto de Flandes; un tercero, de franceses del mediodía, al mando de Raimundo de Saint-Gilles, el poderoso conde de Tolosa, y del legado pontificio Adhemar de Monteil, obispo del Puy; un cuarto, de normandos de la Italia meridional, mandados por Raimundo y Tancredo, hijo y sobrino respectivamente de Roberto Guiscardo, partiendo de los puntos más opuestos, realizaron por vías igualmente distintas su concentración en Constantinopla, donde llegaron sucesivamente entre los últimos días del año 1096 y los meses de abril y mayo de 1097.

Paso por alto las dificultades habidas con el *basileus* de Oriente, Alejo Comneno. El 19 de enero de 1097, el gran

ejército de los cruzados, que había pasado a Asia, se apoderaba de Nicea. Internábase luego en la Anatolia y conseguía el 1.º de julio, contra los turcos, una victoria brillante en las llanuras de Dorilea. La travesía del Asia Menor fue infinitamente penosa. Llegado al fin delante de Antioquía el 20 de octubre de 1097, el grueso del ejército de la Cruzada sitió aquella fortaleza formidable situada en el inmenso recinto comprendido entre la montaña y el río Orontes, defendida por 450 torres. Después de un asedio tan largo como terrible, los cristianos entraron por traición en la capital siria el 2 de junio de 1098 y pasaron a cuchillo a los defensores. Paso también rápidamente por la llegada, casi inmediatamente después, del emir Kerboga, el famoso atabek de Mosul, al frente de 200.000 guerreros. El milagroso descubrimiento, la «invención» de la Santa Lanza que había abierto el costado de Cristo moribundo, reanima la moral de los cristianos. En una sangrienta y horrible batalla, ponen en fuga a las tropas de Kerboga el 28 de junio. El camino de Jerusalén quedaba abierto a los cristianos, pero las disensiones de los jefes principales debían retrasar diez meses aun la marcha decisiva. Sólo en el mes de abril de 1099 los cruzados, dejando al príncipe Boemundo en posesión de Antioquía, iniciaron su marcha hacia la Ciudad Santa, que, en el mes de agosto del año anterior, había caído de nuevo en poder del califa fatimita de Egipto.

La travesía de Palestina fue relativamente fácil. Por último el ejército cristiano, infinitamente disminuído en número desde su salida de Europa, el corazón desbordante de incomprensible alegría piadosa, percibió el magnífico panorama de los muros y de los edificios de Jerusalén el martes 7 de junio de 1099. Fue una de las más grandes, una de las más conmovedoras escenas de la Historia. Todos, jefes y soldados, todos aquellos polvorientos luchadores de tantas batallas, derramando lágrimas de alegría, orando con inmenso fervor, hincáronse de rodillas, alzando los brazos en dirección a la Santa Ciudad, objeto constante de sus más lejanos deseos. «Cuando oye-

ron nombrar Jerusalén, dice el gran historiador de la Cruzada, el arzobispo Guillermo de Tiro, avanzaron un poco, hasta que vieron los muros y las torres de la ciudad. Entonces alzaron las manos al cielo, luego se descalzaron todos y besaban el suelo. ¡El que vió aquel espectáculo no pudo tener el corazón tan duro que no se conmoviera! Desde aquel momento, el camino dejó de parecerles malo y avanzaron rápidamente hasta que hubieron llegado frente a la ciudad. Entonces se creyó cumplida la predicción del profeta, que había dicho estas palabras mucho antes de que todo ese pueblo hubiera abandonado su país para sitiar Jerusalén: «¡Levanta los ojos. Despierta, despierta, levántate Jerusalén! ¡Líbrate de las cadenas que oprimen tu cuello. Contempla el poder del Hijo de Dios. El Eterno viene a librarte de los descreídos, hija cautiva de Sión!»

De aquellos inmensos ejércitos que habían partido de Occidente unos años antes, no había ahora frente a la Ciudad Santa más de 40.000 personas, y de ellas apenas 20.000 eran combatientes. De los grandes jefes de la Cruzada varios habían muerto. Boemundo se había quedado en Antioquía, Balduino se había instalado como vencedor en la lejana ciudad de Edesa. Aquel ejército tan reducido veía ante él a Jerusalén perfectamente fortificada, con una guarnición de más de 40.000 hombres, en gran parte soldados del califa de Egipto. Estos habían arrojado de la ciudad al patriarca y a los habitantes cristianos después de haberles sometido a cruel rescate. El terrible calor del verano sirio parecía atroz e insoportable a las gentes del norte. Los cruzados sin ventura, agotados por tantas fatigas, sufrían horriblemente, sobre todo por la falta de agua. Las fortificaciones de Jerusalén eran muy poderosas. Se vió en seguida que era imposible atacar la ciudad por el este y por el sudeste. No fue embesitada primeramente más que del lado occidental por el conde Raimundo de Tolosa, del lado noroeste por Godofredo de Bouillon y Tancredo, del lado norte por los dos Robertos de Flandes y de Normandía. Sin embargo, poco

después el conde Raimundo, contra la opinión de los demás jefes y con gran enfado de ellos, trasladó su campamento del oeste al sur del monte Sión, cuya iglesia encerraba tantas sepulturas ilustres, las de los reyes David y Salomón, la del proto-mártir Esteban, la de la Virgen. Luego aquella santa montaña había visto tantas escenas famosas del cristianismo: la Santa Cena, la aparición de Cristo después de la resurrección a Tomás y a los otros discípulos, el Espíritu Santo descendiendo sobre los Apóstoles. Del mismo modo, más tarde aun, Godofredo de Bouillon trasladó su campamento derecho al norte, al este del del conde de Normandía y de la iglesia de San Esteban, todavía de pie entonces, pero en gran parte destruída.

El 9 de junio, Raimundo Pilet, Raimundo de Turena y algunos otros cruzados tuvieron un combate violento con 200 beduínos. Los pusieron en fuga y les cogieron 30 caballos. Tres días más tarde, el 12 de junio, asustados por la pestilencia que había producido la falta de agua, siguiendo el consejo de los obispos y los clérigos, los jefes del ejército fueron a visitar a un viejo solitario, hombre de Dios, establecido en una alta torre en el monte de los Olivos, donde los sitiadores habían establecido un puesto. Con gran alegría de todos aquellos valientes, el ermitaño venerable les anunció que con seguridad tomarían la población al día siguiente, siempre que hubieran ayunado y orado antes. Tras de lo cual, con hermosa y conmovedora sencillez, el asalto quedó decidido para el día siguiente. La noche se empleó en los preparativos. ¡Ay!, el 13 de junio, a pesar de su brillante valor, los cristianos fracasaron con pérdidas notables. Se peleó desde el amanecer hasta la sexta hora. A lo sumo se pudo derribar el ante-muro del lado norte. La causa de este fracaso era infinitamente sencilla. No había en absoluto maquinaria de sitio, sobre todo escalas. Reinoldo de Chartres había, no obstante, subido el primero hasta lo alto de la muralla, pero, a pesar de su loco atrevimiento, recogieronle con la mano cortada. Un nuevo ataque al día siguiente por la mañana fue asimismo desgraciado. Enton-

ces se empezó con apresuramiento febril a fabricar escalas. El hambre reinaba en el campamento, pero sobre todo la falta de agua era horrible. La fuente famosa de Siloé no podía bastar para tales multitudes de hombres y de animales. Pronto quedó horriblemente infectada. Se exhalaban de ella olores abominables, miasmas pestilenciales. No había tampoco vino.

Esta triste situación no hizo más que aumentar durante los últimos días de junio y los comienzos de julio. La falta de agua se hacía cada día más cruel. En los alrededores de los sitios donde la había, tan escasos, horriblemente sucios, emboscadas enemigas acechaban constantemente a los cristianos sin ventura, mataban a los desperdigados y robaban las bestias de carga. Era necesario traer el agua de muy lejos, de seis millas de distancia próximamente, en odres hechos con pieles de buey y de cabra cosidas. Traíanla también del Jordán. Más tarde se dispuso de un poco de vino, pero muy caro. La falta de madera de construcción para las máquinas, único medio para apoderarse de Jerusalén, era otra calamidad terrible. El 14 (salvo el ataque de por la mañana) y el 15 de junio fueron dos días de inacción.

El 15, el Consejo de los jefes principales decidió construir a toda costa maquinaria de sitio y torres de madera, construcciones colosales con ruedas cuya altura era mayor que la de la muralla. Un cristiano sirio había por fin mostrado a los francos las regiones en donde podrían encontrar la madera necesaria, en particular ciertos territorios montañosos del sur, en dirección a Arabia. Raul de Chartres cuenta también que Tancredo había encontrado en un sitio vigas y postes que, el año antes, habían servido al ejército egipcio para construir sus máquinas cuando se había apoderado de la Ciudad Santa. Los dos condes Roberto de Flandes y de Normandía, con Gerardo de Kérisy y tropas de a pie y de a caballo, fueron en consecuencia a cuatro millas del campamento y trajeron muchos troncos de árboles cargados en camellos. La construcción de las máquinas, sobre todo de las gigantescas

torres de madera, duró cuatro semanas. Se levantaron frente a la torre de David. Raul de Chartres da el título de ingeniero al conde Roberto de Flandes que, habiendo partido con 200 hombres hacia la parte de Naplusa, trajo de allí mucha madera. El trabajo de construcción se llevó con energía a partir sobre todo de la llegada de los genoveses el 20 de junio, llegada de la que voy hablar. Al mismo tiempo, la de las faginas confeccionadas con ayuda de los matorrales se hacía por las mujeres, los niños, los jóvenes y los viejos reunidos en el valle de Belén. Cosían también las pieles de caballo, de buey y de camello que habían de proteger las máquinas contra las piedras arrojadas y el fuego griego.

Un mensaje había llevado a los cruzados que sitiaban Jerusalén el anuncio de la llegada a Jaffa el 17 de junio de una flota genovesa de auxilio, de seis naves, por medio de la cual su ejército podría ser poderosa y constantemente aprovisionado. Se envió a los recién llegados para protegerlos una pequeña tropa mandada por Raimundo Pilet y algunos otros jefes. Cien caballos formaban parte de ella. En el camino tuvo lugar un encuentro mortífero. Quedaron tendidos 200 árabes y turcos, se cogió un gran botín y 103 caballos, con más un gran señor árabe de alta alcurnia al que se dió muerte frente a la torre de David porque no quiso abjurar. Los genoveses traían muchas provisiones, pero la llegada inminente de una poderosa flota egipcia les obligó a abandonar casi todos sus navíos y a acompañar el 19 de junio delante de Jerusalén a los cruzados que habían acudido a su encuentro. Llevaron todas sus provisiones, hasta la madera de sus barcos para ayudar a hacer las máquinas de sitio, y mucho material de otras clases. Numerosos cruzados se conducían indignamente. Corrían a bañarse en el Jordán, cortaban palmas para indicar que su peregrinación había terminado, luego se apresuraban a llegar a Jaffa, tratando de embarcar para volver a Europa.

Mientras tanto la construcción de las máquinas de sitio avanzaba rápidamente. Gastón de Béziers y Guiller-

mo de Ricau se revelaron como expertos en la materia. El obispo de Albara dirigía la preparación de las maderas. Se hacía trabajar a los aldeanos musulmanes. Con frecuencia se empleaban 50 ó 60 para llevar un tronco gigante que cuatro pares de bueyes no conseguían mover ni levantar del suelo. Para resistir a aquellas formidables torres móviles y las máquinas más pequeñas tan numerosas construídas con un celo casi milagroso, los sitiados se esforzaban naturalmente por su parte en reforzar y multiplicar sus medios de defensa, tanto que pronto tuvieron muchas más maquinarias y catapultas que los sitiadores, nueve o diez veces más, dice Raimundo de Aguilers. Hubo también visiones extraordinarias en el campo de los cruzados, por las cuales el alma del difunto legado pontificio, el obispo del Puy, Ademar de Monteil, en otro tiempo uno de los más fogosos protagonistas del ejército, se esforzaba en mostrar a los cristianos cómo llegarían a calmar la cólera de Dios y obtener su auxilio, pero ¡ay, no fueron creídas las exhortaciones del aparecido! Entonces Ademar se apareció de nuevo al sacerdote Pedro Desiderio y ordenó por su mediación a los cristianos hacer penitencia, ayunar, ir con los pies descalzos en procesión alrededor de Jerusalén. Nueve días después el Señor les entregaría la Ciudad Santa. Pedro Desiderio, que por esto se hizo célebre, dió parte de aquella aparición a Hugo de Monteil, hermano de Ademar, y a otros más, tanto que el 6 de julio se reunieron en conferencia los príncipes para cuidar de la realización de aquellas órdenes casi divinas. Después de un ayuno que duró tres días, el viernes 8 de julio el ejército cristiano entero, precedido por numeroso clero vestido de blanco, llevando las santas reliquias, dió en procesión la vuelta a la ciudad. Los pies descalzos, pero armados, aquellos extraños peregrinos fueron acogidos por los gritos del enemigo, que colocaba en lo alto de las murallas cruces y crucifijos cabeza abajo, azotándolos con varas, injuriándolos a grandes voces, escupiendo en ellos, mancillándolos con orina, haciendo un ruido infernal. La procesión, piadosa, lentamente, partiendo de la

colina de Sión, pasando por la iglesia de San Esteban, volvió por el monte de las Olivas y Santa María del valle de Josafat para regresar a Sión, donde un sacerdote cayó muerto, herido por una flecha que dispararon de la muralla. Pedro el Ermitaño, el famoso agitador, y Arnulfo de Rohés, capellán del conde de Normandía, en alocuciones apasionadas, suplicaron a los cristianos desunidos, sobre todo al conde Raimundo y a Tancredo, que se reconciliaran. Lo consiguieron y dieron también ocasión a ricas limosnas. Hasta el último momento, desde lo alto de la muralla, los sarracenos, sobreexcitados, insultaron a la inmensa procesión. Acribillaban a flechazos a los cristianos que, con su imprudencia habitual, se obstinaban en desfilar al alcance de los tiros de las murallas.

A partir de la noche del 9 al 10 de julio, que había visto el final del gran trabajo de la construcción de las máquinas, hasta la jornada del 12, Godofredo de Bouillon y los dos Robertos mandaron desmontar el gran castillo con ruedas, con su torre colosal, y también las máquinas más pequeñas, para trasladar todo más al este, muy cerca del valle de Josafat, donde se instalaron de nuevo en un terreno más llano, frente a una parte de la muralla que parecía menos resistente y peor defendida. Fue, con aquellos calores terribles del verano sirio, una labor sobrehumana. El 12 de julio todo estaba terminado. «¡Vosotros, los que leéis estas líneas, exclama el cronista, no creáis que esto no fue nada!» Se rodó la inmensa máquina por espacio de una milla en el profundo silencio de la noche. Con ella se trasladaron también tres «maganeles», máquinas de menor tamaño. Los defensores de la muralla trataron de hacer retroceder éstas, y como colocaban en lo alto sacos llenos de paja y de avena para contrarrestar el terrible efecto de las grandes piedras que se les lanzaban, los cruzados prendieron fuego a aquellos aparatos protectores por medio de flechas provistas de estopas inflamadas. Se empleó probablemente todavía la jornada del miércoles 13 en otros diversos preparativos.

Al mismo tiempo que se trasladaba el gran castillo de

madera a otro punto del recinto, del lado de mediodía, el conde Raimundo de Tolosa y sus provenzales, ayudados por los genoveses venidos de Jaffa con todo su tan precioso tren de cordajes, cadenas y herramientas de todas clases, habían acabado de construir otro castillo de madera con una torre igualmente gigantesca. Al mismo tiempo también, entre esta máquina colosal y la ciudad sitiada, habían cegado casi por completo el foso en un sitio. Este trabajo, empezado el 12, se terminó en la mañana del viernes 15, no sin que los sitiadores experimentaran graves pérdidas. Para apresurar el gran trabajo de cegar el foso, los príncipes mandaron pregonar a són de trompeta que, por cada tres piedras que se llevasen, pagarían un dinero. ¡La falta de agua continuaba siendo tan grande que uno de aquellos dineros no bastaba para calmar la sed! Una vez cegado el foso y bien allanado el terreno próximo, se rodó aquel nuevo castillo de madera hasta tocar a la muralla. Todo este prodigioso trabajo tenía lugar bajo la lluvia de flechas y proyectiles que incesantemente lanzaban los sarracenos desde lo alto de la muralla.

La noche del 13 al 14 de julio se ordenó al fin pregonar y publicar por todas partes el asalto general. Se habían preparado para él los cruzados con oraciones, vigili-
lias y limosnas. Al amanecer, el ataque comenzó por todos los puntos del recinto. Duró furioso todo aquel día y hasta la noche siguiente. Los sitiados se defendían con heroísmo. Fue de gran resultado la destrucción del antemuro por un poderoso ariete, máquina formidable a la que el fuego griego lanzado por los sarracenos no logró hacer el menor daño. La gran torre del castillo de madera del duque Godofredo quedó asimismo en aquel momento dispuesta para el asalto. Se tapizó antes de nada con pieles de animales: caballos, bueyes y camellos. En la parte superior de aquella colosal construcción, el duque Godofredo y Eustaquio, su hermano, debían instalarse. En el piso intermedio, Lentoldo y Engelberto de Tournay. En el inferior, los que debían poner en movimiento y hacer avan-

zar la máquina. Como el foso estaba ya enteramente cegado y el terreno igualado del todo, se incendió el famoso ariete que tanto había servido hasta entonces y que ya estorbaba los movimientos del gran castillo de madera.

Al amanecer del 15 de julio, aquella gran torre con ruedas con toda su guarnición estaba, pues, allí, aislada, muy cerca de una muralla a la que superaba en una lanza de altura. Por desertores sarracenos muy numerosos se supo que enviados del califa de Egipto debían penetrar aquella misma mañana en la ciudad sitiada. Se preparó una emboscada que se apoderó de ellos. Uno fue degollado al momento. El otro, que fue hecho prisionero, confesó que estaba encargado de prometer a los sitiados de parte del califa que de allí a quince días quedaría levantado el sitio. Se colocó al infortunado en una catapulta que le lanzó contra la muralla, en la que su cuerpo quedó aplastado. Los defensores luchaban con el valor de la desesperación. Habían dispuesto frente a la terrible torre de madera cinco grandes catapultas que no lograron hacerla el menor daño. Aquella resistencia encarnizada al comienzo de la jornada no preocupó menos terriblemente a los sitiados. En lo alto del castillo de madera, se había puesto un crucifijo dorado sobre el que los sarracenos tiraban incesantemente, pero sin llegar a alcanzarle. No obstante, mataron, al lado mismo del duque Godofredo, a un caballero al cual partió la cabeza una piedra lanzada desde la muralla. La lucha siguió tan ardiente todo el día. Incesantemente había que reparar el castillo y las enormes cuerdas que le movían. Se le había acercado con gran esfuerzo y trabajo a la muralla de modo que dominase la defensa, y aquella elevada armazón había sido recubierta por completo con sacos de paja y de arena atados y sujetos con cuerdas de barcos. De aquel alto puesto, sin detenerse un momento, los sarracenos se esforzaban, lanzando toda clase de proyectiles, por arrojar o dar muerte a los guerreros cristianos encerrados en la torre de madera. Pero éstos consiguieron prender fuego

a los sacos de paja y obligaron de esta suerte al enemigo a retirarse. Viendo que no lograban ningún resultado y que todos sus lanzamientos de fuego griego no conseguían dañar la torre, los sitiados izaron en la muralla un enorme tronco de árbol envuelto en toda clase de telas muy inflamables. Este tronco, sujeto en su parte media por una fuerte cadena de hierro, se lanzó entonces entre la muralla y la torre, después de que se le hubo prendido fuego, pero los cristianos sofocaron el naciente incendio arrojando vinagre sobre el tronco del árbol, que ardió sin causar el menor daño. Luego consiguieron atrapar la cadena y subir los restos del tronco. Eran más numerosos en aquel sitio que sus adversarios.

Por último, a las nueve de la mañana, «a la misma hora en que Cristo había sido crucificado», se logró, en la plataforma del gran castillo de madera tender el puente levadizo, lo que permitió a los sitiados llegar a lo alto de la muralla y pasarla. Precipitáronse furiosos a los gritos de «¡Dios ayuda! ¡Dios ayuda!» Entonces la ciudad fue tomada y se triunfó. «Los cristianos, dice Yakut, penetraron en la ciudad por el lado norte, por un lugar cercano a la puerta de San Esteban que los musulmanes llaman Bal-el-Asbat, «puerta de los troncos de árbol». Leutoldo de Tournay fue el primero que pasó la muralla, seguido casi inmediatamente por su hermano Engelberto, luego por el duque Godofredo y su hermano Eustaquio de Boulogne. Otros conseguían en aquel mismo momento subir a la ciudad por medio de escalas, en tanto tropas más numerosas entraban en ella por las puertas que habían roto a hachazos o por las brechas abiertas. Pero no se logró sin pérdidas muy grandes. Al mismo tiempo Guiscardo y Roberto Courte-heuse, seguidos de los suyos, entraban también después de haber abierto brecha en San Esteban. Muchos perecieron aplastados al entrar. Número mucho mayor sucumbieron a los golpes de los sarracenos, que luchaban con la rabia de la desesperación. Los francos se precipitaban tras los fugitivos, hiriéndoles furiosamente con las espadas. Entre los más rabiosos figu-

raban Tancredo y el duque Godofredo, que, al decir de los cronistas, derramó una cantidad de sangre casi increíble. Se perseguía a los fugitivos sarracenos, guerreros, mujeres y niños, por las calles y las plazas, matándoles a todos. En el santo templo de Salomón, la mezquita famosa El-Aksa, miles de musulmanes fueron degollados en aquella terrible lucha de una ciudad tomada. La sangre corría a torrentes, repiten a porfía todos los cronistas con más o menos exageración: «hasta los tobillos», «hasta los talones», «hasta las rodillas», «hasta los frenos de los caballos». Las mismas hecatombes mancillaban el pavimento del templo Domini, la célebre Kubbet-es-Sakra de los musulmanes, o mezquita de Omar. Mateo de Edesa habla de sesenta y cinco musulmanes degollados. El historiador árabe Ben-el-Atir dice setenta mil y entre aquella multitud figuran imames, ulemas, devotos creyentes venidos a Jerusalén para terminar allí su vida en piadosos ejercicios. El patriarca armenio Vahram escapó de milagro a aquella matanza, pero muchos cristianos sirios fueron también degollados. Raul de Chartres dice que el gran jefe de aquella colosal destrucción fue Eberardo del Puiset. Alberto de Aix cuenta que cuatrocientos jinetes enviados por el califa de Egipto en socorro de los sitiados tuvieron justamente tiempo de refugiarse en la torre de David. Los cristianos se apoderaron de sus caballos, de las sillas y arneses abandonados precipitadamente ante las puertas de aquel gigantesco edificio. Se hizo igualmente un increíble botín. Nada más que en la mezquita de Omar los vencedores encontraron, dice Ben-el-Atir, más de cuarenta grandes lámparas de plata, de peso de 3.600 diremes cada una, otra más grande todavía que pesaba diez «rotl», 150 menos pesadas...

Mientras tanto, el conde Raimundo de Tolosa y sus bandas habían dado un furioso asalto a la ciudad por el lado sur. Ya las ante-murallas habían sido derribadas y destruídas. El foso había sido cegado. De esta suerte al final de la jornada del 14 de julio el avance de los sitiadores se había marcado mucho por esta parte. No por eso,

después de la caída de la noche, habían dejado de pasar horas de gran ansiedad, temiendo a cada instante que el enemigo lograra prender fuego a sus máquinas. El 15, a los primeros resplandores de la aurora, la lucha empezó de nuevo en este punto más ardiente que nunca y los sarracenos consiguieron también en él oponer a los asaltantes un número de máquinas superior. Otras circunstancias turbaban grandemente el ánimo de los cristianos supersticiosos. Hechiceras horribles, desmelenadas, de pie en lo alto de los muros o sobre los tejados de las casas próximas, para animar a los defensores, aullaban cantilenas de ritmo muy antiguo y recitaban encantamientos misteriosos que, con sus terribles maldiciones, debían anular todos los esfuerzos de los asaltantes. Se consiguió matarlas a todas con flechas y proyectiles, por que se exponían sin preocuparse. Como una de las máquinas de los cristianos estuviera ya ardiendo y la otra hubiera sufrido mucho, el asalto pareció durante un momento casi abandonado por esta parte, cuando de pronto, a mediodía, los piadosos soldados del conde de Tolosa vieron relucir en el horizonte la silueta de un caballero que desde la cima del monte de los Olivos les hacía señales con su escudo blanco para que avanzasen sin temor. Infinitamente alentados por aquella aparición sobrenatural —quizá subterfugio de algún jefe listo— se precipitaron de nuevo a la muralla. No fue éste, por lo demás, el único milagro. Raimundo de Aguilers dice que muchos entre los cristianos vieron también al difunto obispo del Puy, Ademar de Monteil, lanzarse el primero al asalto y subir la muralla invitando a los demás a seguirle. Alberico añade que aquella sombra misteriosa gritaba al precipitarse al asalto que no estaba sola, sino que guiaba al combate las almas de todos los cruzados que habían caído en el camino.

Era aquel día la fiesta de la Dispersión de los Apóstoles, y así los asaltantes, sin dejar de combatir, cantaban todos en voz alta el oficio de la Resurrección. En resumen, las gentes del conde Raimundo, escalando la muralla, entraron a su vez en la ciudad ya tomada por otra

parte. En aquel momento el gobernador Ifthikar Eddau-leh rindió también la torre de David al conde de Tolosa, que le concedió a él y a su reducida guarnición libre paso sin armas ni provisiones, con facultad para retirarse inmediatamente a Ascalón. Aquella fuerza contaba un número aproximado de 500 combatientes, entre ellos muchos negros de Africa.

Mientras tanto la horrible matanza se proseguía por toda la ciudad. Por doquiera la sangre sarracena corría a torrentes. En el templo de Salomón la matanza se prolongó todo un día. Muchos guerreros se habían refugiado encima del tejado de aquel inmenso edificio, formado por miles de planchas de plomo cuya venta sirvió más tarde al conde Balduino para pagar sus deudas. Tancredo y Gastón de Béziere habían entregado a aquellos desgraciados sus banderas en señal de salvaguardia, pero no les sirvió tal protección sino en tanto los cruzados estuvieron entretenidos en el saqueo de la ciudad. Los vencedores encontraron en Jerusalén mucho oro y plata en moneda o labrados, y también muchas provisiones de todas clases. Multitud de pobres peregrinos se hicieron así ricos en pocos instantes, porque no tenían más que entrar en una casa o en una propiedad para ser inmediatamente, conforme al derecho de guerra de entonces, dueños regulares, absolutos, de cuanto había. Tancredo sobre todo se enriqueció extraordinariamente por el saqueo de las riquezas del templo del Señor o mezquita de Omar que le habían sido indicadas por dos renegados musulmanes desertores de las tropas del califa. Pero se vió obligado más tarde a entregar muchas a otros jefes. A Godofredo de Bouillon solamente, hubo de darle seis camellos cargados. Mientras tanto había ordenado que los judíos levantasen todos los cadáveres amontonados en el templo y que limpiasen el pavimento horriblemente manchado. Luego vendió a vil precio a aquellos mismos judíos, 30 por una moneda de oro. Muchos fueron trasportados como esclavos a la Apulia, muchos otros fueron arrojados al mar o simplemente decapitados. Un historiador árabe llega a decir

que la mayor parte de los judíos de Jerusalén fueron quemados en su sinagoga.

No obstante, la matanza había tenido fin por agotarse las fuerzas de los cristianos y haber cesado toda lucha. No había ya casi nadie a quien matar. Entonces los vencedores, cansados de exterminar a los enemigos de la fe, sintieron sus corazones desbordar en gratitud a Dios. El final de la matanza aquel día se señaló por una inmensa y solemne procesión. Todos aquellos guerreros, las manos todavía tintas en sangre, se encaminaron entre gritos de júbilo y sollozos de alegría hacia el Santo Sepulcro, donde, con sus trajes de guerra manchados con las señales del combate, dirigieron al Altísimo sus acciones de gracias por aquella triunfante entrada en la Ciudad Santa, rescatada al fin de la larga esclavitud, y adoraron devotamente a Nuestro Salvador. El duque Godofredo, con tres únicos compañeros cuyos nombres ha conservado la historia, Baldrico, Adelolfo y Stabelo, sin coraza, cubiertos solamente con blancos ropajes de hilo fino, los pies descalzos, atravesó lentamente toda la ciudad y, saliendo por la puerta cercana al monte de los Olivos, fue también al Santo Sepulcro y dió gracias a Dios entre lágrimas y oraciones, por que «él, pobre pecador, había al fin merecido ver lo que toda su vida había deseado por encima de todo». Luego aquellos valientes, sucumbiendo a la fatiga, se entregaron al sueño.

Al día siguiente por la mañana, 16 de julio, volvióse un poco a la matanza. Los cristianos subieron al tejado del templo, y, a pesar de las súplicas de los sarracenos que en él se habían refugiado, a pesar de las famosas salvaguardias que les había entregado Tancredo, mataron a todos, aun a las mujeres y los niños, en número de varios centenares. Persiguiéronles con la espada desnuda por aquel estrecho espacio en tanto quedó uno solo. Desde abajo también disparaban sobre aquellos desgraciados flechas y dardos. Algunos prefirieron suicidarse arrojándose al vacío desde el tejado. Tancredo se irritó mucho por aquella felonía.

Después de más de dos años de sufrimientos increíbles, de pruebas incesantes, los cruzados habían alcanzado, al fin, su objetivo piadoso. De común acuerdo, después de una primera conferencia de los jefes celebrada el domingo 17, el viernes 22 fue elegido, para defender la nueva conquista, Godofredo de Bouillon, el valiente duque de Lorena. No tomó el título de rey, sino que, por humildad, eligió el de «defensor (o abogado) del Santo Sepulcro y príncipe de la Ciudad Santa». Al mismo tiempo se adoptaron medidas para llevar fuera de la ciudad los miles de cadáveres musulmanes que exhalaban horrible hedor. He aquí, sobre poco más o menos, todo lo que sabemos acerca de la toma de Jerusalén el día 15 de julio de 1099 por los guerreros de la primera Cruzada.

(Gustavo Schlumberger, *Revue hebdomadaire*, 18 de abril de 1914).

III.—Saqueo de Constantinopla por los cruzados en 1204.

Si no se escuchasen más que las lamentaciones de Nicetas acerca de la segunda toma de Constantinopla, la imperial ciudad, teatro de abominaciones sin igual, habría visto perecer, en 1204, a los golpes de bárbaros ignorantes, tanto las obras maestras del arte antiguo que en ella se encontraban reunidas, como los más preciosos y venerables de los objetos consagrados por los recuerdos del cristianismo. Felizmente, en todos estos hechos, hay que guardarse de tomar a la letra tanto el relato de Nicetas, deplorando la destrucción de monumentos que hoy todavía existen, como los asertos de Nicolás de Otranto, que se lamenta de que desaparecieran los relicarios de la Pasión que en realidad no salieron del palacio del Bucolón sino para ir, treinta años más tarde, al tesoro de la Santa Capilla (París). Pero dando siempre lo que correspon-

de a las exageraciones de los vencidos, es imposible negar que, a consecuencia del último asalto dado a Bizancio por los latinos, y a pesar de lo humildemente que los acogieron los griegos, y sobre todo el clero, escenas horribles de asesinato y pillaje se sucedieron en la desgraciada ciudad. Tan sólo, hay que distinguir dos períodos diferentes en la historia de estos hechos lamentables: el primero, corto y violento, duró del 14 al 16 de abril del año 1204, y durante estos tres días tuvieron lugar las profanaciones de que los griegos se quejaron tan justamente al Papa en una curiosa Memoria que ha llegado a nosotros y de que tres cartas de Inocencio III son el eco indignado. Apenas si la guardia puesta por los jefes del ejército en los palacios imperiales pudo preservar las capillas de estos palacios de la rapacidad de los soldados. Ningún santuario parece haber sido perdonado y Santa Sofía debió a sus tesoros maravillosos, y a la inmensa fama de que gozaban, verse teatro de excesos más odiosos que los habidos en parte alguna. A las profanaciones de las iglesias vinieron a añadirse las de las tumbas imperiales, de que Nicetas no teme acusar a Tomás Morosini, patriarca latino elegido, pero que no debieron dar producto, porque Alejo III se había encargado, siete años antes, de despojarlas de todas las joyas que contenían.

En los primeros momentos, el furor de los conquistadores parece haber sido extremado: «Cuando los latinos, dice Ernul, hubieron tomado Constantinopla, tenían al brazo el escudo de Dios y de Nuestra Señora, y, tan pronto como estuvieron dentro, lo arrojaron y cogieron el escudo del diablo. Corrieron a la Santa Iglesia primeramente, y destrozaron las abadías y las robaron». Las urnas de los santos, que eran de cobre esmaltado y por consiguiente no tenían ningún valor para los ladrones, fueron rotas. Se arrancaban las pedrerías y los camafeos que las adornaban y se tiraban las reliquias. Un número infinito de aquellas tapas de metal tan suntuosas que tenían los libros de coro sufrieron suerte parecida. Las imágenes de los santos fueron tratadas a puntapiés o arrojadas al mar.

Al cabo de unos cuantos días, los latinos parecen avergonzarse de tales escándalos y aun estar temerosos de la cólera divina. El Consejo de los jefes se reúne y se adoptan medidas severas para poner coto a todos aquellos excesos. Los obispos del ejército fulminaron la excomunión contra todos los que se hicieran culpables de nuevos sacrilegios, y también contra los que no acudieran a depositar, en lugares designados al efecto, el botín ya cogido. Pocos días más tarde, por lo demás, la elección y la coronación de Balduino I (16 de mayo) vinieron a sustituir un poder regular a la anarquía. Los diferentes cuerpos del ejército fueron acantonados en los distintos barrios de la ciudad, y un orden aparente al menos vino a suceder a las escenas de violencia de los primeros días. Pero aquí comienza, sobre todo en lo que concierne a los tesoros de las iglesias y las reliquias, el segundo período del saqueo, el de la expoliación regular y metódica. Este período parece haber durado varios meses, varios años, diré que casi tantos como el Imperio latino de Oriente.

*
* * *

No es imposible entrar en algunos pormenores acerca de la naturaleza de los objetos sagrados que más especialmente buscaban los latinos, y parece que estos objetos pueden dividirse en dos clases: las reliquias y los ornamentos de iglesia; pero, respecto a los unos como a los otros, los cruzados no parecen haber obrado al azar.

Entre las reliquias, son los trozos de madera de la Verdadera Cruz, desde tanto tiempo hacía objeto de especial veneración en Francia, lo que parece haber excitado más ardientemente su ambición. Constantinopla poseía en este punto con qué satisfacerles. Sin hablar de las reliquias insignes, de las *τίμια Ἐύλα*, grande era el número de aquellos filacteros, de aquellos *encolpia* que se llevaban al cuello y cuyo uso, en las familias ricas, era ya general en la

época de San Juan Crisóstomo. Todos contenían, entre otras reliquias, un pedacito más o menos grande de *lignum Crucis*. Los palacios de las familias más linajudas, los conventos tenían otras cruces más grandes. Las «coronas de luz» de las iglesias los tenían con frecuencia suspendidos por encima de los altares. A la vuelta de los cruzados, los santuarios de Europa los recibieron en gran número, casi siempre agraciados, ya por los que los tenían, ya por los que los recibían en depósito, con algún origen más ambicioso que verdadero. Casi todos se suponía haber sido de Constantino, de Santa Elena o al menos de Manuel Comneno.

Después de la Verdadera Cruz eran las reliquias de la Infancia y de la Pasión de Cristo, las de la Virgen, de los Apóstoles, de San Juan el Precursor, del prótomártir San Esteban, de San Lorenzo, de San Jorge y de San Nicolás las que con más avidez buscaban los latinos. Una idea de que parecen haber estado penetrados y que sin duda les había sido sugerida antes de partir, es el interés que podían tener ciertas grandes iglesias de Europa en poseer reliquias notables y auténticas de los santos orientales a cuya advocación habían sido consagradas, y así las catedrales de Châlons-sur-Marne y de Langres, que recibieron cada una durante la época de las Cruzadas tres envíos sucesivos de restos de San Esteban y de San Mammés, sus patronos respectivos, fueron deudoras a Constantinopla de los más importantes de estos envíos.

En cuanto a los objetos destinados al servicio del culto y la ornamentación de las iglesias, basta recorrer las listas de los presentes enviados en esta época desde Constantinopla a Occidente para quedar admirado de la cantidad considerable de vasos sagrados de oro y plata, incensarios, cruces procesionales, ornamentos de altar y vestiduras eclesiásticas, hasta tapices y paños nuevos de oro, plata y seda, que tomaron el camino de Italia, de Francia y de Alemania. Los dípticos, las tablas de marfil que habían de servir para enriquecer las tapas de los manuscritos de Occidente, figuran también en gran número entre los ob-

jetos recogidos por los cruzados. Por último, pensando, sin duda de lejos, en el adorno de los relicarios todavía



Fig. 40.—Esmaltes bizantinos del relicario de Limburgo (Didron, *Annales archéologiques*).

bárbaros de sus santos, los clérigos del ejército latino hicieron tan amplia provisión de aquellos anillos, de aquellas piedras antiguas, de que llenaron a su vuelta los te-

soros de sus catedrales, y que, sin quererlo, han sido salvados de esta suerte de una destrucción casi segura.

* * *

¿Qué fue de todo este botín religioso? Una parte considerable debió tener mal destino, según veremos más adelante; pero el resto, a consecuencia de las medidas adoptadas por los días de Pascua por los jefes del ejército, ¿fue, con los otros despojos de la ciudad, llevado a los lugares designados al efecto —tres iglesias, según Villehardouin, un monasterio, según Clari— y puesto junto bajo la custodia de diez caballeros y de diez venecianos? No es casi posible dudarlo en cuanto concierne a los ornamentos de iglesia y los vasos sagrados. En cuanto a las reliquias, es verdad que en gran número fueron presentadas, pero hay motivo para pensar que se separaron desde un principio del resto del botín, porque se ve que, a ejemplo de los cruzados de 1097, los de 1204 confiaron al decano de los obispos, a Garnier de Trainel, obispo de Troyes, el cargo que había cumplido en Jerusalén Arnol-do de Rohas, el de *procurator sanctarum reliquiarum*, y que en la casa donde moraba Garnier hallaron asilo todos aquellos sagrados objetos.

Se hizo un primer reparto del botín entre el 22 de abril y el 9 de mayo. Es de creer que los venecianos se reembolsaron de su doble crédito contra los cruzados y contra los Comnenos, y que, una vez cobradas las sumas, se hicieron, como dice Sanudo, dos partes iguales, una para los latinos y otra para Venecia, porciones de que un cuarto volvió, después de la coronación de Balduino I, al tesoro imperial. Según Villehardouin, las tres octavas de los cruzados ascendieron a la suma de 400.000 marcos (20.800.000 pesetas). Pero el mariscal de Champagne no habla de un segundo reparto que detalladamente refiere Roberto de Clari. Según este último, aquellos dos primeros

repartos no habrían sido más que de la *plata gruesa*, las monedas y la vajilla maciza, y en cuanto a las joyas, las telas de oro y seda, habrían sido furtivamente sacadas, hacia el mes de agosto, por los caballeros que habían permanecido en la ciudad durante la campaña de Balduino contra Bonifacio de Montferrato, y repartidas entre estos traidores, para los cuales Clari no encuentra insultos bastante fuertes. Por tanto, en manos de aquellos caballeros felones, y probablemente por orden y a beneficio del dogo, que mandaba en la ciudad en ausencia del emperador, cayeron todos los tesoros robados de las iglesias, y no nos indica nada de qué manera venecianos y turcos se los repartieron.

En cuanto a las reliquias, parece que los obispos latinos, el emperador y los venecianos obtuvieron cada uno su parte.—Garnier de Trainel, que dispuso durante cerca de un año de las reliquias puestas en común, envió algunas muy preciosas a Troyes con Juan l'Anglois, su capellán. De él recibió el arzobispo de Sens la cabeza de San Víctor. Nivelon de Cherisy, obispo de Soissons, enriqueció con reliquias esta ciudad, la célebre abadía de Nuestra Señora y gran número de santuarios de las comarcas vecinas. Conrado de Halberstadt no parece haber recibido peor parte que Nivelon, a juzgar por el valor de los objetos que trajo, la mayor parte de los cuales figuran hoy todavía en el tesoro de la catedral de Halberstadt.—El primer emperador latino de Constantinopla envió por su parte a Europa buena cantidad de objetos preciosos, y Balduino I obedeció en esto los consejos de una política previsora. Jefe de un Estado tan poco firme, tenía necesidad de captarse simpatías y otras alianzas que aquellas con que hubiera podido contentarse el conde de Flandes, y había de olvidar la época en que, sostén de Felipe de Suabia y vasallo turbulento del rey de Francia, había tenido que quejarse de los dos personajes más influyentes de la época: Inocencio III y Felipe Augusto. Por eso a ellos precisamente notificó los primeros su advenimiento, uniendo a las cartas que les envió presentes de conside-

ración. Barozzi, maestro del Temple en Lombardía, es encargado por él de llevar al Papa un verdadero tesoro, en el que figuran una estatua de oro y otra de plata con un rubí pagado en 1.000 marcos y muchas cruces. Felipe Augusto recibe, a más de las reliquias de su patrono y una cruz admirable, dos vestiduras imperiales y un rubí



Fig. 41.—San Luis trasladando las reliquias de la Pasión a la Santa Capilla.

de tamaño extraordinario. Después de la derrota de Andrinópolis, el sucesor de Balduino I, Enrique I, continuó los envíos iniciados por su padre con la esperanza de que estas liberalidades le harían simpático en Occidente. Los príncipes seculares o eclesiásticos que habían tomado la cruz, pero que todavía no habían cumplido su voto, fueron naturalmente objeto de las primeras liberalidades del emperador. Así el duque de Austria recibió un pedazo de la Verdadera Cruz. Bélgica y el norte de Francia, de don-

de podía esperar los auxilios más eficaces, recibieron numerosas muestras de su magnificencia. Clairvaux, donde estaban las tumbas de su casa; Namur, donde reinaba su hermano; Brujas, Courtrai, Liessies conservaron durante mucho tiempo o conservan todavía las riquezas que les envió. Después de Enrique I, hay que descender hasta los años lamentables de Balduino II para ver reaparecer en Occidente nuevas reliquias bizantinas. Por desgracia, entonces, ya no se trata de donativos gratuitos, sino de tratos vulgares. Después de haber vendido, para sostener su ejército, hasta el plomo de los tejados de su palacio, el emperador se ve reducido a abandonar en calidad de fianza a los venecianos las joyas religiosas de la corona imperial. En 1239 San Luis rescata la más preciosa de todas, la Corona de espinas, luego, en 1241, la Gran Cruz, la Lanza y la Esponja, hasta que, en 1247, Balduino II llega a confirmar solemnemente la traslación, a la Santa Capilla de París, de las grandes reliquias imperiales del Bucoléon.—En cuanto a los venecianos, familiarizados de larga fecha con el martirologio bizantino, no tenían, como los latinos, dificultad en descifrar las letras de los relicarios (1) y su elección debió hacerse pronto y bien. Se ve por los relatos de los peregrinos que, en los siglos posteriores, se embarcaron en Venecia para ir a Palestina, que esta ciudad había venido a ser, desde 1204, como una ciudad santa, tan grande era el número de objetos sagrados que ofrecía a la veneración de los fieles. Por otra parte, las reliquias de primer orden y ejemplares de incalculable valor de la orfebrería bizantina que todavía conserva la basílica ducal, puede dar idea de lo que este santuario recibió de Constantinopla después de la cuarta Cruzada.

(1) Parece también que los sacerdotes occidentales lograron bastante pronto identificar las reliquias que habían caído en sus manos. El pobre cura de Chalons, Marcel, que encontró la cabeza de San Clemente, hubo por fuerza de descifrar la inscripción de la placa de oro con la imagen del santo que adornaba el relicario: *ὁ ἅγιος Κλημεντίας*.

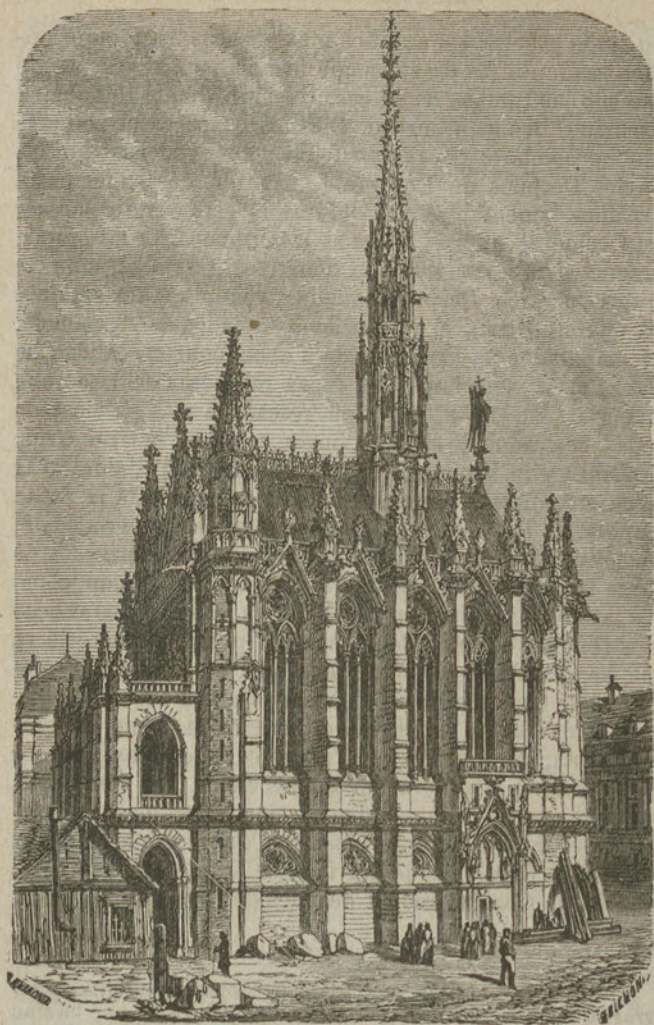


Fig. 42.—La Santa Capilla de Palacio, edificada por San Luis para guardar las reliquias del Bucolón.—(Paris).

Pero, aparte el botín puesto en común, que fue objeto de un reparto regular, el relato del pillaje ha mostrado ya que hubo una inmensa cantidad que se llevaron los vencedores indisciplinados. Verdad es que Hugo de Saint-Paul mandó colgar, el escudo al cuello, a caballeros culpables de no haber presentado lo que habían cogido particularmente a la masa común; pero en materia de reliquias se creía hacer una buena obra robando a los griegos. Martín de Pairis se dejaba tratar por su biógrafo de *praedo sanctus*. Debió, pues, haber en este punto cierta tolerancia, que por otra parte vino a ser legal el 22 de abril de 1205, término asignado para la obligación de presentar los objetos hallados. Ahora bien, pocas semanas más tarde (junio), llegaban de todas partes, de Siria lo mismo que de los diversos países de Occidente, multitud de gentes a las que había atraído la noticia inesperada de la toma de Constantinopla, y que llegaban a pedir su parte de los despojos de la ciudad imperial. Dos años más tarde (setiembre de 1207) se señala la llegada de los refuerzos llevados hasta Bari por Nivelon de Cherisy. Fueron nuevas ambiciones que satisfacer. Por último, durante todo el reinado de Enrique, parece haber habido entre el Occidente y Constantinopla un movimiento no interrumpido de hombres de armas que iban en busca de aventuras a Rumania y no volvían jamás con las manos vacías. Vemos de esta suerte a Dalmase de Sercey y a Ponce de Bussière pasar un invierno entero combinando el robo de la cabeza de San Clemente. ¿Cómo explicar, a no ser por sustracciones fraudulentas, el hecho de que caballeros insignificantes que apenas tenían pendón, como Enrique de Ulmen, hayan podido lograr tesoros tales (hablando solamente de su valor intrínseco) como aquéllos con que este señor de los alrededores de Treveris enriqueció toda la Baja Lorena? (1).

(1) Citaremos, entre las reliquias traídas de Constantinopla después de 1204 y que hoy todavía se conservan en Occidente: la Verdadera Cruz de Helena, la Quadriga, las

Según el conde de Riant, *Des dépouilles religieuses enlevées à Constantinople au XIII^e siècle*, en *Mémoires de la Société des antiquaires de France*, 4.^a serie, tomo VI (1875) (1).

IV.—El Krak de los Caballeros.

Una fortaleza latina en Siria.

Los principados francos de Siria, divididos en feudos, se cubrieron a mediados del siglo XII de castillos, iglesias y fundaciones monásticas. Los monumentos religiosos pertenecen todos al estilo románico, que en esta época levantaba en Francia las iglesias de Cluny, de Vézelay, de la Charité-sur-Loire, etc., pero que en Siria, sufriendo el influjo bizantino, sobre todo en la ornamentación, copió de la antigüedad y del arte árabe. Lo mismo ocurrió con los castillos, varios de los cuales, los de Margat, del Krak y Tortosa, por ejemplo, fueron concebidos de gigantescas proporciones, puesto que sus dimensiones son el doble de las de los más grandes castillos de Francia: Coucy y Pierrefonds.

pedrerías de la Pala d'Oro, en Venecia; las reliquias insignes del Bucolón, en la Santa Capilla de París; filacteros en la catedral de Lyon, en San Pedro de Lille, en Nuestra Señora de Courtrai, en Floreffes; el Santo Bocado, en Carpentras; los relicarios de Paracleto, en Amiens; una cruz de oro, en San Esteban de Troyes; el dedo de San Juan Bautista, en Valenciennes; la *Siegeskreuz* de Nassau, en Limburgo (regalo de Enrique de Ulmen a la iglesia de Steuben, etcétera).—Véase Rohaut de Fleury, *Mémoire sur les instruments de la Passion*, París, 1870.

(1) M. P. Riant ha consagrado dos tomos a la historia de la traslación y de los destinos de los objetos traídos de Constantinopla a Occidente a consecuencia de la cuarta Cruzada: *Exuviae sacrae Constantinopolitanae, fasciculus documentorum quarti belli sacri imperique gallo-graeci historiam illustrantium*, Ginebra, 1877-1878.

Los arquitectos que los construyeron parecen haber tomado por modelo las fortalezas levantadas en Francia, en las costas occidentales, en las orillas del Loire y del Sena, en los siglos XI y XII, pero tomaron de los bizan-

QALA'AT EL-HOSN (LE KRAK DES CHEVALIERS)



Fig. 43.—Qala'at el-Hosn (el Krak de los Caballeros).

tinios el doble recinto, las garitas de piedra, enormes tablones de obra de fábrica que triplican en la base el espesor de las murallas, ciertas obras de defensa destinadas a sustituir a la torre del homenaje francesa. A este tipo franco-bizantino pertenecían la mayor parte de los castillos de los Hospitalarios en Siria.

Los Templarios tenían otra manera de edificar, más parecida a la de los sarracenos. Los caballeros teutónicos tenían también otra. Su fortaleza principal, Montfort o Starkenberg, era un castillo de las orillas del Rhin trasladado a Siria.

Escojamos como ejemplo, entre cien, el Krak de los Caballeros, porque se halla aún sobre poco más o menos en el mismo estado en que lo dejaron los caballeros de San Juan en el mes de abril de 1271. Apenas faltan algunas almenas en la coronación de las murallas, apenas unas cuantas bóvedas se han derrumbado. El conjunto ha conservado un aspecto imponente que da al viajero idea bastante elevada del poderío de la Orden que lo edificó.

* * *

Sobre una de las cumbres que dominan el collado que pone en comunicación el valle del Orontes con la cuenca del Mediterráneo, se alza el Qala'at-el-Hosn.

Tal es el nombre moderno de la fortaleza que encontramos designada por los cronistas de las Cruzadas con el de *Krak* o *Crat de los Caballeros*.

Posición militar de primer orden que domina el desfiladero por el cual pasan los caminos de Homs y de Hamah a Trípoli y a Tortosa, este lugar estaba también maravillosamente situado para servir de base de operaciones a un ejército que combatiese contra los Estados de los soldanes de Hamah.

El Krak formaba al mismo tiempo, con los castillos de Akkar, de Arcas, del Sarc, de la Colée, de Chastel-Blanc, de Areymeh, de Yammur (Castillo Rojo), Tortosa y Markab, así como con las torres y los puestos secundarios que unen entre sí estas diversas plazas, una línea de defensa destinada a proteger el condado de Trípoli contra las incursiones de los musulmanes, que seguían siendo dueños de la mayor parte de la Siria oriental.

Desde lo alto de sus muros la vista abarca, en dirección al este, el lago de Homs y parte del curso del Orontes. Más allá se desarrollan, a lo lejos, las inmensas llanuras del desierto de Palmira. Por el norte, las montañas de los Ansaries detienen la vista, que por occidente se extiende por el valle Sabático, hoy Nahar-es-Sabte, sobre el rico y fértil valle donde estuvieron las ciudades fenicias de Symira, Carné y Amrit, y descubrí en el horizonte las olas resplandecientes del Mediterráneo. Al sur, las dos cadenas del Líbano y del Anti-Líbano bosquejan sus altas cimas coronadas de nieve. Más cerca, al este, como un tapiz de verdor, se extiende al pie del castillo la llanura de la Bukeiah-el-Hosn, la Boquea de los cronistas, teatro de célebre combate.

Los diversos autores, tanto cristianos como árabes, que han escrito la historia de las Cruzadas, hablan frecuentemente de este castillo, llamado por los primeros el Krak y por los segundos Hosn-el-Akrad. Este nombre parece bastante análogo al dado por los francos, que bien podría no ser más que una corrupción de la palabra árabe *Akrad*, kurdo (1).

El conde de Saint-Gilles, el año 1102, después de haberse apoderado de Tortosa, emprendió el sitio del Castillo de los Kurdos, pero lo abandonó y no sabemos en qué época los francos ocuparon esta posición. Un pasaje de Ben-Ferrat hace pensar, sin embargo, que fue por el año 1125. Desde entonces, el Krak parece haber sido un simple feudo cuyo nombre llevaban sus poseedores hasta el año 1145, fecha en la cual Raimundo, conde de Trípoli,

(1) El autor se sirve, en la descripción que sigue, de algunos términos técnicos de arquitectura: garitas, obra de ripio, merlones, pilaretes, soleras, barbacanas, etc. Se encontrará la explicación de ellos en las obras elementales de Arqueología medioeval (véase la Bibliografía del capítulo XIV), principalmente en el *Dictionnaire* de Viollet-le-Duc.—Por lo demás, la descripción es fácil de seguir en los grabados y el plano que damos, según M. Rey, págs. 265, 269 y 273.

hizo donación de él a los caballeros Hospitalarios de San Juan de Jerusalén.

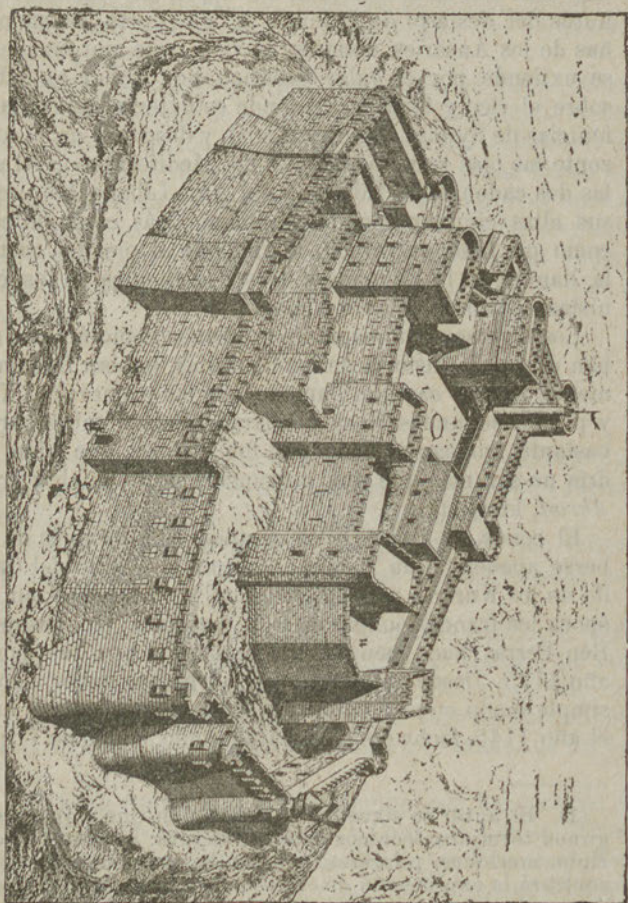


Fig. 44.—Ensayo de restauración del castillo del Krak, según M. Rey.

¿Qué era el castillo en aquella época? Es cosa imposible de responder. Sabemos solamente que tuvo mucho que

padecer a causa de diversos temblores de tierra, especialmente en 1157, 1169 y 1202. Es de creer, pues, que a consecuencia del último temblor citado, el Qala'at-el-Hosn hubo de ser reconstruído casi por entero tal como lo vemos hoy.

Después de su cesión a los Hospitalarios, el gobierno del Krak fue confiado a castellanos de la Orden. El famoso Hugo de Revel desempeñaba este cargo en 1243. Sabemos que la guarnición ordinaria de la fortaleza era de 2.000 combatientes.

El relieve de la montaña sobre la cual se alza el Krak de los Caballeros es aproximadamente de 300 metros sobre el fondo de los valles que por tres lados, aislándola de las montañas vecinas, hacen de ella una especie de promontorio.—La fortaleza tiene dos recintos que separa ancho foso en parte lleno de agua. La segunda forma reduce y domina la primera, cuyas obras todas supera. Contiene las dependencias del castillo: salón, capilla, alojamientos, almacenes, etc. Largo pasaje abovedado, de fácil defensa, constituye la única entrada a la fortaleza. Las murallas y las torres son formidables en todos los puntos donde no hay escarpas que vengan a ofrecer poderoso obstáculo al asaltante.

Al norte y al oeste la primera línea se compone de cortinas que unen torrecillas redondeadas y coronadas por una galería provista de garitas, que descansan en repisas que forman, en la mayor parte del contorno de la fortaleza, un verdadero remate de piedra. Esta coronación presenta gran analogía con los primeros parapetos con garitas que han existido en Francia, donde los vemos aparecer en las murallas de Aigues-Mortes y en el castillo de Montbard en Borgoña, en el reinado de Felipe el Atrevido. Pero en el Qala'at-el-Hosn es imposible no asignarles fecha bastante anterior.

Por cima de esta primera línea de defensa se extiende una banqueta bordeada por un parapeto almenado con saeteras en el centro de cada merlón. Aquí encontramos una costumbre generalmente seguida en Europa en las

construcciones militares durante los siglos XII y XIII, las torrecillas dominan la cortina, y escaleras de unos cuantos escalones conducen desde los caminos de ronda a las plataformas.

Cada torre contiene una sala que recibe la luz por saeteras, y en las cortinas se abren a intervalos regulares grandes nichos abovedados en ojiva, en el fondo de los cuales se han dispuesto altas aberturas para ballestas de cabria u otros instrumentos de guerra del mismo género. En Francia, desde principio del siglo XIII, estas defensas poco altas con relación al suelo ya no se usaban, porque tenían el inconveniente de indicar a los asaltantes los puntos más débiles de la muralla; pero en el Krak no las vemos usadas más que en los lados de la fortaleza que coronan escarpas, y por consecuencia al abrigo del ataque de las máquinas, en tanto por el sur las murallas son macizas a todo lo largo.

La torrecilla que hay en el ángulo noroeste del primer recinto tiene en la parte superior una construcción redondeada próximamente de cuatro metros de altura. Fue, según todo lo que parece, sostén de un molino de viento, a juzgar por el nombre moderno, Bordj-et-Tahuneh (la torre del Molino), así como por los modillones en que se apoyaban los pilaretes y las ligaduras que sostenían esta obra, que debía ser de madera.

Siendo el sur el punto más vulnerable de la fortaleza, allí se hicieron las obras principales, y sobre todo en las torres de los ángulos y en la torre cuadrada que hay en el eje del castillo (en A) se ha tratado cuidadosamente de disponer las defensas más importantes. Por eso estas torres son de proporciones mucho mayores que las demás, y todos los medios de resistencia se encuentran acumulados en ellas. Aun cuando separada del segundo recinto por el foso B lleno de agua, esta primera línea se halla bastante próxima a él para encontrarse protegida por las obras IJK, que la dominan de modo que en el momento del ataque los defensores del reducto podían tomar parte en la lucha.

Se penetra en el castillo (en C) por una puerta ojival encima de la cual se lee, entre dos leones, la inscripción mutilada que allí hizo grabar el sultán Malek-ed-Daher-Bybars después del sitio que en 1271 hizo pasar el Krak a su poder.

En el nombre de Dios clemente y misericordioso.

La restauración de este castillo bendito ha sido ordenada en el reinado de nuestro dueño el Sultán, el rey poderoso, el victorioso, el justo, el defensor de la fe, el guerrero ayudado por Dios, el conquistador favorecido por la victoria, la piedra angular del mundo y de la religión, el padre de la victoria, Bybars el asociado del emir de los creyentes, y esto en la fecha del día del miércoles...

Una rampa abovedada, que forma galería de pendiente bastante suave para que por ella puedan pasar los jinetes, empieza en el vestíbulo que ocupa la base del saliente C y conduce a los dos recintos. Presenta un sistema de obstáculos que se acumulan con minucioso cuidado, muestra muy interesante del arte militar franco-oriental en el siglo XIII.

Hay primero dos puertas sucesivas, delante de cada una de las cuales se ve una mirilla circular abierta en la bóveda y destinada a la vez a dar luz y a que los sitiados puedan llenar de proyectiles al enemigo que, habiendo conseguido forzar la entrada del castillo, hubiera penetrado en la galería. Luego, la rampa franquea a cielo descubierto un terraplén del primer recinto. Gira entonces bruscamente sobre sí misma y se entra en una segunda galería en la que hay una tercera puerta. Un rastrillo y hojas cerraban en otro tiempo esta última puerta, delante de la cual hay una gran barbacana cuadrada, semejante a la que se ve en la puerta Narbonense de la ciudad de Carcasona.

Cuando el visitante ha franqueado el umbral, le sorprende el aspecto imponente, de una majestad triste, que

ofrece el interior desierto de la fortaleza. Sombrío silencio ha reemplazado a la animación y el tumulto de los hombres de guerra, y en medio de esos grandes restos de un pasado glorioso, la vista tropieza por todas partes con escombros.

A la derecha, en D, se encuentra un vestíbulo abovedado en comunicación con la capilla, que parece datar de fines del siglo XII. Es una nave terminada por un ábside redondeado en el que se abre un pequeño vano ojival, y que mide 21 metros de largo por 8,40 de ancho. Su bóveda de cuna está dividida en cuatro bovedillas por arcos apuntados, rebajados que descansan en pilastras remetidas. Se reconoce también en este punto una producción de la escuela de donde salían los arquitectos constructores de las iglesias de Cluny, Vézelay y de la catedral de Autun.

Al otro lado del patio y casi enfrente de la capilla está el salón principal, elegante construcción que parece datar de mediados del siglo XII. Tiene en toda su longitud una galería en forma de claustro, compuesta de seis bovedillas. Cuatro están cerradas con arcos de montante de muy lindo estilo. Las archivoltas de las dos portezuelas que comunican al salón con esta galería están adornadas con ricas molduras, que caen a cada lado sobre dos columnitas, y en los dinteles monolitos que las sostienen se ven restos de escudos de armas, por desgracia mutilados al presente.

En cuanto a la sala propiamente dicha, comprende tres grandes tramos y mide su obra 25 metros de largo por siete de ancho. Los arcos apuntados y ojivas caen encima de ménsulas adornadas con follajes y figuras fantásticas.—Un piso, derrumbado al presente, parece haber completado este edificio y ha sido sustituido por viviendas árabes que se alzan sobre las bóvedas.—Una gran ventana coronada de rosas al norte, otra semejante al sur, así como dos ventanas que se abren en el lado oriental del edificio, daban luz al interior de esta nave.

En uno de los lados del contrafuerte del pórtico se leen

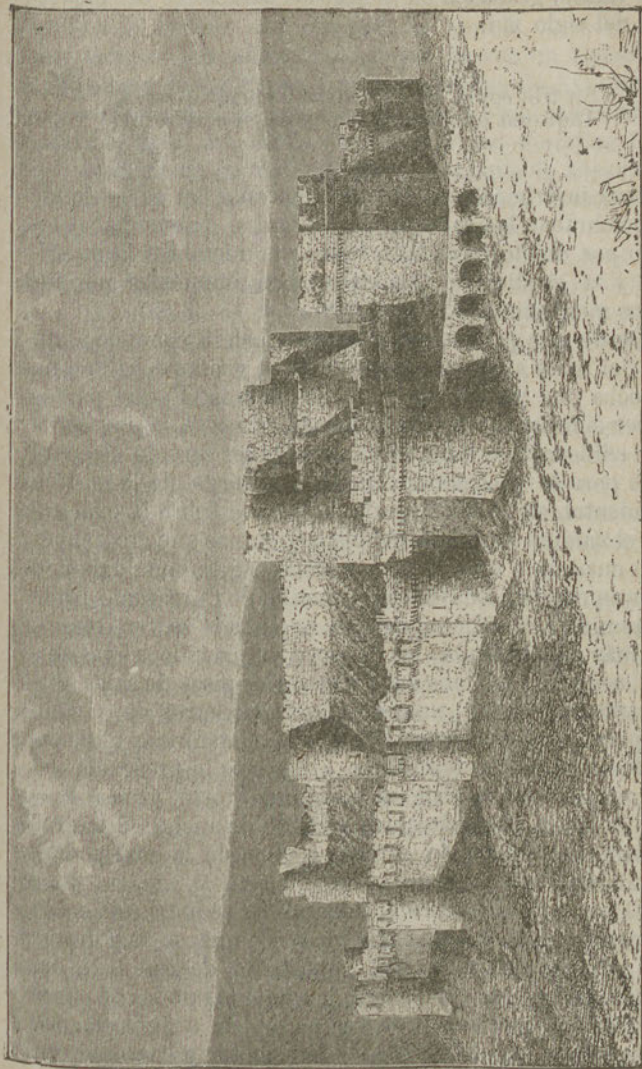


Fig. 45.—Castillo del Krak, estado actual.

dos versos, grabados en hermosos caracteres de mediados del siglo XIII.

Sit tibi copia, sit sapientia, formaque detur,
Inquinat omnia sola superbia, si comitetur.

Esta inscripción, colocada a la entrada del salón donde se celebraban los capítulos de la Orden, parece haber tenido por objeto recordar a todos sus miembros la humildad y la obediencia que les estaban impuestas por sus votos monásticos.

Desde este primer patio, suave escalera conduce al nivel del patio superior E, en donde el visitante halla a su derecha una plataforma de piedra tallada (F) que parece haber sido una era para trillar el grano. A la izquierda hay edificaciones (G) que parecen haber servido de cuarteles para la guarnición. En H, a lo largo de la cortina occidental, se ve una galería almenada sobre la cual corre el camino de ronda. Al pie hay ruinas que creo haber sido cuadras o que al menos ofrecen gran analogía con las que existen todavía en el castillo de Carcelona. En la extremidad meridional de esta explanada se ven torres, las más altas de todas las defensas del castillo, cuyas cercanías dominan. Tiene cada una varios pisos de salas dispuestas para servir, unas de almacenes, otras de vivienda para los defensores. Desde sus plataformas almenada los centinelas descubrían a lo lejos la presencia del enemigo. Entre la primera y segunda torre, grueso macizo ocupa el lugar de cortina. Tiene de ancho 18 metros y forma una plaza de armas, encima de la cual podían instalarse fácilmente varias máquinas...

El parapeto del muro occidental del reducto está caído en casi toda su longitud. La torre (O) que se alza detrás del salón es la única obra importante de este lado del castillo. Al pie se extienden gigantescos taludes de obras de fábrica que tienen a la vez por objeto resguardar las defensas de los efectos de los terremotos y contener, en

caso de sitio, los trabajos de los zapadores.— Al extremo nordeste del recinto está colocada la obra P, torre irregular, enteramente análoga a las que se ven en Francia en el palacio de los Papas y en las murallas de Avignon. Desgraciadamente, la sala interior de esta obra, que se encuentra al nivel del camino de ronda de las murallas, ha sido trasformada en vivienda por una familia de ansaries y de tal modo tapiada con tabiques de tierra apisonada que es imposible ver la disposición primitiva.

Por bajo de este vasto conjunto del segundo recinto se encuentran profundas cisternas que sirven hoy todavía a los moradores de la fortaleza. Como los antiguos orificios han sido tapados por los escombros, los árabes sacan el agua por un agujero practicado en la bóveda, no lejos del salón principal.

...Esta plaza formidable, el Krak de los Caballeros, que había resistido al hermano de Saladino, desde donde los Hospitalarios habían dominado por espacio de más de un siglo el sultanado de Hamah, cayó en 1271 en manos del sultán de Egipto. He aquí la relación de su captura, tal como se lee en Ben-Ferrat:

«El sultán llegó delante de Hosn-el-Akrad. El 20, los alrededores del castillo fueron tomados, y el soldán de Hamah, Melik-al-Mansur, llegó con su ejército. El sultán fue a su encuentro, desmontó y caminó bajo sus estandartes. El emir Seïf-Eddin, príncipe de Sahyun, y Nedjen-Eddin, jefe de los ismaelianos, fueron también a unírseles. En los últimos días de redjeb, las máquinas fueron montadas. El 7 de chaaban, el bachurieh (obra avanzada) fue tomado a viva fuerza. Se hizo una plaza para el sultán, desde la cual disparaba sus flechas. Distribuyó dinero y trajes de gala, El 16 de chaaban, una de las torres fue rota, los musulmanes atacaron, subieron al castillo y se apoderaron de él. Los francos se retiraron a lo alto de la colina o del castillo. Otros francos y cristianos fueron llevados a presencia del sultán, que los puso en libertad por amor a su hijo. Se llevaron las máquinas dentro de la fortaleza y se apuntaron contra la colina. Al

mismo tiempo el sultán escribió una carta supuesta en nombre del comandante de los francos en Trípoli, dirigida a los que estaban en el castillo y en la cual les ordenaba la entrega. Pidieron entonces capitulación. Se concedió la vida a los defensores, a condición de que regresasen a Europa».

El Krak parece haber servido de arsenal a los infieles durante los últimos años de su guerra con los francos.

Según G. Rey, *Etudes sur les monuments de l'architecture militaire des Croisés en Syrie et dans l'île de Chypre*, París, 1871. (Collection de Documents inédits).

V.—Algunos resultados de las Cruzadas.

El Occidente tomó del Oriente, a consecuencia de las Cruzadas, productos naturales cuya aclimatación en nuestras regiones modificó en gran manera el estado de la civilización material.

Estos productos corresponden en general no a la fauna, sino a la flora del Oriente. Sin duda los occidentales aprendieron a conocer los animales fabulosos de los países de ultramar. Luis IX, por ejemplo, recibió de los mamelucos de Egipto un elefante que regaló luego al rey de Inglaterra. Trajo también perros de caza tataros que dejaron larga descendencia en la jauría real; pero las girafas constituían principalmente la admiración del pueblo. Mas eran curiosidades más propias para hacer concebir cuentos y fábulas que para transformar las condiciones materiales de la vida. La introducción en la agricultura europea de cierto número de plantas orientales, tuvo muy distinta importancia. El sésamo, el algarrobo, originarios de Siria, han conservado hasta nuestros días sus nombres árabes. El azafrán había sido introducido ya en el siglo x por los moros de España, y las Cruzadas

extendieron su cultivo al resto de la cristiandad. Una leyenda pretende que un peregrino llevó a Inglaterra, en un palo hueco, una cebolla de azafrán cogida en Tierra Santa. El cultivo de la caña de azúcar, casi abandonado en Sicilia y en la Italia meridional, fue revivificado por el descubrimiento de las plantaciones florecientes de Siria.

Muchos cereales y arbustos se han introducido por lo demás de manera muy oscura. Las semillas de Oriente se propagaron, trasportadas casualmente en los morrales de los peregrinos, de etapa en etapa, de huerto en huerto, de un país a otro. El maíz no aparece en Italia sino después de la conquista de Constantinopla por los guerreros de la cuarta Cruzada. El cultivo del arroz no adquirió gran desarrollo entre nosotros sino después de las expediciones de ultramar. El origen árabe de los nombres del limón y del alfónsigo indican suficientemente su procedencia. Jacques de Vitry menciona todavía el limón entre las plantas de Palestina extrañas a Europa. El albaricoque, llamado frecuentemente en la Edad Media ciruela de Damasco o *damasco*, fue traído, dicen, por el conde de Anjou. Damasco es célebre hoy todavía por la riqueza de sus huertos, especialmente a causa de las cuarenta variedades de albaricoques que en ellos se cogen. La pequeña cebolla tan conocida de nuestras cocineiras, la chalota, nos viene de Ascalón (en italiano, *scalogno*; en alemán, *aschlauch*). La sandía, que hasta nuestros días ha figurado mucho en la comida de las poblaciones del sudoeste de Europa, parece haberse introducido en la época de las Cruzadas. Los italianos la dan el nombre bizantino *anguria* y los franceses el árabe *pas-tèque*.

No solamente fueron productos naturales hasta entonces poco o nada conocidos los que las Cruzadas hicieron comunes entre nosotros, sino que tornaron familiares multitud de procedimientos industriales y de objetos manufacturados. *Algodón* es palabra árabe (*al-Koton*). Las telas de algodón, las batistas, se extendieron de los bazares de Siria a nuestros mercados, lo mismo que las mu-

selinas (de Mosul) y los bokaranes (de Bokara). La palabra *baldaquino* designaba originariamente una tela preciosa procedente de Baldach o Bagdad, y *damasco* quería decir un tejido precioso, de colores variados, que especialmente se hacía en la ciudad de este nombre.— Los establecimientos de cría de gusanos y las telas de seda, riqueza de la Siria, hicieron entrar la seda, que hasta entonces no habían casi podido obtener los occidentales, en el vestido corriente de las clases ricas. Añádase el satén y el samit o terciopelo. Las palabras *baphus*, *dibaphus* y *diaspré*, *diapré* (1), vienen de Constantinopla (*διβαφος*, *διασπορον*) y designaban telas de seda de diversos colores. Los tapices orientales se adoptaron para cubrir los pisos y tender en las paredes. Se empezó a fabricarlos en Europa conforme a los modelos exóticos, cuyos colores y motivos se trató de copiar: leones, grifos, animales fabulosos. Se hicieron también para los lindos bordados mezcla de hilo de oro y perlas con que se adornaron las sabanillas de altar. San Bernardo tronaba ya contra la costumbre de adornar con toda clase de horripilantes animales los objetos de arte destinados al servicio divino. ¡Con cuán poco éxito! Atestíguelo los paramentos de altar de la Edad Media que han llegado a nosotros, por ejemplo, los de la catedral de Halberstadt y los del tesoro de la catedral de Aquisgram. No apareció en Europa un estilo original, en la fabricación de los tapices y bordados, sino muy adelantado el siglo XIII. El nombre de *sarracenos* dado en tiempo de Felipe Augusto a los fabricantes de tapices así lo prueba.

Las Cruzadas ejercieron influjo muy sensible en las modas y en las costumbres, no solamente porque los sastes tuvieran a su disposición telas nuevas (como el camelote, tela de pelo de camello, fabricada en Trípoli), sino porque imitaron los cómodos y suntuosos trajes del Oriente: *caftanes*, *albornoces*, *sobrevestas*. Ni siquiera la vesti-

(1) De diferentes colores.

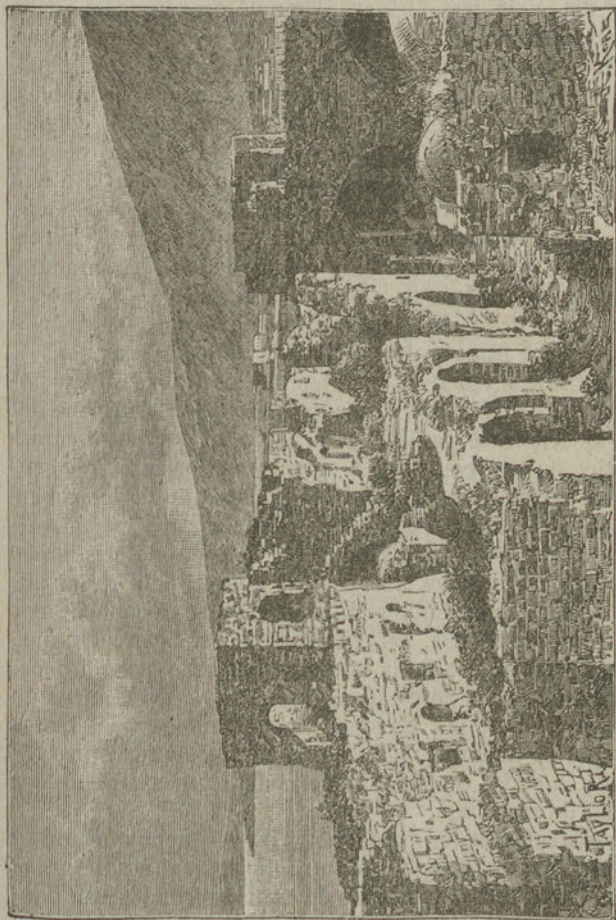


Fig. 46.—Construcciones latinas en Tierra Santa.—Castillo de Tancredo, en Tiberiades.

menta, la *chupa* de los arqueros y de los cazadores alemanes, que podríamos estar tentados a tomar por un vestigio del viejo traje bávaro, deja de provenir del árabe *djobba* pasando por el italiano *giuppa* y el francés *jupe*. Las modas bizantinas y musulmanas hallaron principalmente acogida, como es natural, entre las damas nobles. Vestidos largos, ligeros y adaptables, con mangas colgantes, estuvieron de gran moda, y para el arreglo del pelo se adoptó toda clase de artificios usados en Bizancio. En esta época se hizo habitual entre las señoras pintarse con azafrán. A los venecianos se debe la propagación de los espejos, que sustituyeron a las placas de metal pulimentado que se utilizaban en tiempos antiguos. Las cómodas pantuflas o *babuchas* han venido de Persia, su país de origen, a los francos por mediación de los sarracenos.

Los francos tomaron también de los infieles buen número de usos relativos al mantenimiento y la higiene del cuerpo. Afeitarse pasaba en el siglo XII por rasgo característico de los occidentales, mientras el oriental lo consideraba vergonzoso y hacía de ello castigo de los cobardes. En las crónicas de Tierra Santa se ve a los musulmanes afeitarse la cara para tener aspecto de cristianos, era por parte de ellos un ardid de guerra. Aun en las miniaturas del siglo XIII, los musulmanes se reconocen por sus hermosas barbas, los cristianos por sus caras limpias. No obstante, el uso de la barba se extendió poco a poco, primero entre los peregrinos, luego entre los francos de Siria, por último por Europa. Las abluciones y los baños de vapor se hicieron asimismo más frecuentes entre los francos, a causa de las exigencias del clima asiático y por el afán de imitación.

Los caballeros de Occidente tuvieron mucho que aprender de los sarracenos en lo que concierne al equipo guerrero: las tiendas, las astas de caña adornadas con banderolas y los hierros de lanza adamasquinados, el ligero escudo de mano llamado *tarja* o rodela (en árabe *al-daraka*, en español *adarga*), la sobrevesta, ya mencionada, que era un cubrecuerpo guateado con algodón, las palo-

mas mensajeras, la ballesta. Todavía en 1097, no conocían los cruzados la ballesta y huían ante los turcos armados con ella, mientras que, ya en el segundo Concilio de Letrán (1139), los que empleaban este arma contra cristianos eran amenazados de excomunión. La ballesta no fue utilizada por los cristianos en el siglo XII más que en Palestina, en los combates contra los infieles, de quienes la habían copiado. Los ingenieros francos se instruyeron también infinitamente en la escuela de Oriente en la mecánica, en la balística, en la pirotecnia y en la ciencia de las fortificaciones.

La civilización de la Edad Media debe además a las Cruzadas una institución célebre, la de los escudos de armas (heráldica). Si antes de las Cruzadas los caballeros acostumbraban ya a pintar adornos en sus escudos, no se transmitían, como se hizo después, estos adornos de una generación a otra. El sistema de los escudos de armas regulares y hereditarios nació en Oriente. Los colores, en el blasón, tienen nombres árabes (*axur*, *gules*, rojo, de *gul*, la rosa; *sinople*, verde) (1). El lambrequín no es otra cosa que el *kuffieh* árabe, es decir, paños con franjas, puestos debajo del casco para preservar la nuca de las caricias abrasadoras del sol. En el lenguaje heráldico, las piezas de oro se llaman *bezantes*. La cruz heráldica es cruz bizantina. Los animales heráldicos son animales de Oriente.

Por último, un objeto que a primera vista nos inclinábamos a considerar cristiano por excelencia, el rosario, no ha sido generalmente conocido y adoptado por los cristianos de Occidente sino a consecuencia de las Cruzadas. Era de uso general entre los ascetas y los devotos de Oriente desde fines del siglo IX. Les había venido de la India budista, que había necesitado de un instrumento para pasar regularmente las interminables oraciones

(1) Los ojos de los hombres del norte se acostumbraron en Oriente a colores nuevos: *lila*, *carmin*, púrpura de Tiro, colores *barnizados con laca*.

de su monótona liturgia. Los musulmanes llevan hoy todavía rosarios colgados de la cintura, lo mismo que los religiosos de la Iglesia católica. ¿Hay nada más característico de los cambios internacionales que se verifican a favor de las expediciones a Tierra Santa?

Según H. Prutz, *Kulturgeschichte der Kreuzzüge*, Berlín, 1883.

VI.—Conquista de Prusia por los caballeros teutónicos.

Jacobo de Vitry refiere «que un honrado y religioso alemán, inspirado por la Providencia, mandó edificar en Jerusalén, donde habitaba con su mujer, un hospital para sus compatriotas». Era por el año 1128. Si el bueno y religioso alemán hubiera soñado el porvenir como hizo Jacob el patriarca, un admirable espectáculo se habría presentado a su vista. Habría visto a los enfermeros de su hospital, no contentos con el cuidado de sus enfermos, armarse y venir a ser la Orden militar de los teutónicos; la Orden nueva crecer cerca de sus mayores, los Templarios y los Hospitalarios, y adelantarse a tal punto en el favor del Papa, del Emperador y de los Reyes, que suma los privilegios a los privilegios, las posesiones a las posesiones, y que el castillo del Gran Maestre se yergue entre los más soberbios de Palestina. De pronto un cambio de decoración le hubiera mostrado a los teutónicos llevando sus mantos blancos con cruz negra de las orillas del Jordán a las del Vístula, combatiendo, en lugar del caballero sarraceno vestido de blanca lana, al prusiano cubierto de pieles de animales, destruyendo un pueblo para crear otro, fundando ciudades, dando leyes, gobernando mejor que ningún príncipe en el mundo, hasta el día que, como enervados por la fortuna, son atacados a la vez por sus súbditos y por sus enemigos.

*
* * *

Los prusianos, que aniquilaron los caballeros teutónicos, eran un pueblo de raza lituana, mezclado con elementos fineses. Habitaban a orilla del Báltico, entre el Vístula y el Pregel.

A principios del siglo XIII se realizó un intento para convertir a los prusianos. Habían permanecido hasta entonces extraños a la civilización cristiana. El monje Cristián, procedente del monasterio pomeranio de Oliva, vanguardia cristiana lanzada a unos cuantos kilómetros de la tierra pagana, pasó el Vístula y edificó en la orilla derecha unas cuantas iglesias. Fue lo suficiente para que el Papa tomase bajo la protección de los Apóstoles Pedro y Pablo el país entero y nombrase a Cristián obispo de Prusia. La nueva diócesis estaba por conquistar, y para dar soldados al obispo, el Papa mandó predicar la Cruzada contra los sarracenos del norte. La «locura de la cruz» estaba calmada entonces, y los caballeros habían mostrado en varias ocasiones su preferencia por las cruzadas cortas. Los Papas se avenían, no sin disgusto, a las necesidades de la época, y las indulgencias eran tan abundantes para el borgoñón cruzado contra los albigenses, o para el caballero sajón cruzado contra los prusianos, como lo habían sido en otro tiempo para Godofredo de Bouillon o para Federico Barbarroja. «El camino no es largo ni difícil, decían los predicadores de la cruzada albigense, y copiosa la recompensa». Así hablaban los predicadores de la cruzada prusiana.

Varios ejércitos fueron contra los sarracenos del norte; pero no hacían más que pasar, saqueando, incendiando, abandonando luego a las represalias de los prusianos exasperados las iglesias cristianas. El año 1224, los bárbaros degüellan a los cristianos, destruyen las iglesias, pasan el Vístula para ir a quemar el monasterio de Oliva, y el Drevenz para ir a saquear la Polonia. Este país estaba a la sazón dividido entre los dos hijos del rey Casimiro. Uno de ellos, Conrado, poseía la Mazovia, y, vecino de Prusia, sostenía todo el peso de una guerra que nunca había sido tan terrible. No fiándose ya de los au-

xilios irregulares y peligrosos, se acordó de que el obispo de Livonia, fundando una Orden de caballería, había establecido la cruzada permanentemente en el suelo pagano, y envió legados al Gran Maestre de los teutónicos invocando su ayuda.

El Gran Maestre a quien se dirigió Conrado era Hermann de Salza, el político más hábil del siglo XIII, en cuya época se mezcló en todas las grandes cuestiones. En aquel tiempo de lucha despiadada entre el Imperio y el Papado, en que los dos jefes de la cristiandad se odiaban mutuamente, el Papa excomulgando al emperador, éste depone al Papa, uno y otro llenándose de injurias y comparándose quien al Anticristo, quien a las más feas bestias del Apocalipsis, Hermann siguió siendo amigo y aun la persona de confianza de Federico y de Gregorio IX. No es prudente asociar a un hombre tal a una empresa política ofreciéndole una parte en los beneficios. Si no trataba de acrecer esta parte, ¿de qué serviría su habilidad? Conrado de Mazovia y Cristián de Oliva esperaban sin duda que los caballeros teutónicos realizarían su tarea mediante alguna cesión de territorio acerca de la que se volvería a tratar más tarde, pero comprendieron que se habían engañado. Conrado ofrece a la Orden la comarca de Culm, entre el Ossa y el Drevenz, siempre disputada entre los polacos y los prusianos, y que a la sazón estaba por conquistar. Hermann acepta, pero pide al emperador que confirme esta donación y que añada la de la Prusia entera. El emperador, en su calidad de dueño del mundo, cede al Gran Maestre y a sus sucesores el antiguo derecho del Imperio sobre las montañas, la llanura, los ríos, los bosques y el mar *in partibus Prussiae*. Hermann pide la confirmación pontificia y el Papa, a su vez, le da esta tierra que pertenecía a Dios. Manda de nuevo predicar la cruzada contra los infieles, prescribiendo a los caballeros que combatan con la mano derecha y la mano izquierda, defendidos por la armadura de Dios, para arrancar la tierra de manos de los prusianos, y ordenando a los príncipes auxiliar a los caballeros teutónicos. Después

de las primeras victorias, declarará de nuevo la Prusia propiedad de San Pedro. La cederá de nuevo a los teutónicos, de suerte que la posean «libremente y en toda propiedad», y amenazará al que quiera turbarles en esta posesión «con la cólera del Todopoderoso y de los bienaventurados Pedro y Pablo, sus apóstoles».

Cuando todo estuvo arreglado, en 1230, la guerra empezó. La primera vez que los prusianos vieron en las filas de los polacos aquellos caballeros cubiertos con el largo manto blanco sobre el cual se destacaba la cruz negra, preguntaron a uno de sus prisioneros quiénes eran aquellos hombres y de dónde venían. El prisionero, refiere Pedro de Dusburg, respondió: «Son piadosos y bravos caballeros enviados de Alemania por el Señor Papa para combatir contra vosotros, hasta que vuestra dura cabeza se doblegue ante la Santa Iglesia». Los prusianos se rieron mucho de la pretensión del Señor Papa. Los caballeros no eran tan alegres. El Gran Maestre había dicho a Hermann Balke, al enviarle a combatir contra los paganos con el título de «Maestre de Prusia»: «Sé fuerte y robusto, porque tú harás entrar a los hijos de Israel, es decir a tus hermanos, en la tierra prometida. Dios te acompañará». Pero aquella tierra prometida pareció triste a los caballeros, cuando por vez primera la vieron desde un castillo situado en la orilla izquierda del Vístula, no lejos de Thorn, y que tenía un lindo nombre, *Vogelsang*, es decir, canto de los pájaros. «Poco numerosos frente a una muchedumbre infinita de enemigos, entonaban el cántico de tristeza, porque habían abandonado la dulce tierra de la patria, tierra fértil y pacífica, e iban a entrar en una tierra de horror, en una vasta soledad llena solamente por la terrible guerra».

En la época de mayor poderío de la Orden, es decir, por el año 1400, había en Prusia un millar de caballeros. Su número era incomparablemente menor en el siglo XIII, sobre todo al principio de la conquista, cuando la Orden, débil todavía, tenía sus miembros disminuidos en Alemania, en Italia y Tierra Santa. La



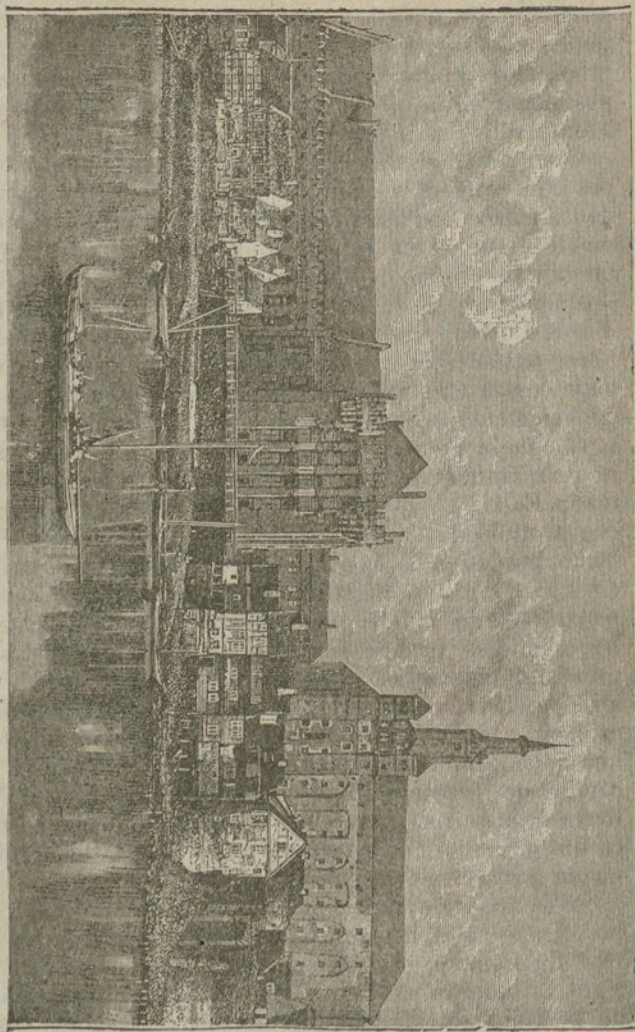


Fig. 47.—Castillo de los Caballeros teutónicos en Marienburg (Prusia).

nica de la Orden no refiere sino pequeños combates, en que los caballeros teutónicos, pocos en número, abandonados por sus hermanos de las encomiendas de Alemania y poco seguros de los colonos, se encierran en fortalezas cuyas escasas guarniciones mantienen con dificultad las comunicaciones por el Vístula. Diez años después de comenzada la guerra, cuando se habían fundado ya varias ciudades, los caballeros de Culm envían tres veces a Renden en busca de un caballero que vaya a ayudarles. Envían luego mensajeros al Gran Maestro de Alemania, más tarde a Bohemia y Austria, diciendo que todo está perdido si no se les socorre. Diez caballeros llegan con treinta caballos, y es suficiente para que haya en Culm gran alegría. En cuanto a las tropas de cruzados que las bulas pontificias enviaban frecuentemente a Prusia, jamás fueron numerosas y la imaginación de los viejos cronistas se ha dejado llevar a exageraciones grotescas. Cuando Dusburg refiere que el rey de Bohemia Ottokar ha penetrado hasta el fondo de la Samland con un ejército de 60.000 hombres, que no habrían podido ciertamente moverse ni alimentarse en dicha comarca, es lo probable que añada dos ceros. De esta suerte, un corto número de caballeros, ayudados por pequeñas tropas de cruzados y los contingentes militares de los colonos, fueron los que emprendieron la conquista de Prusia, cuya población no debía pasar casi de 200.000 almas. La superioridad del armamento, que hacía de cada teutónico a modo de una fortaleza ambulante, la mejor táctica, el arte de la fortificación, las divisiones de los prusianos, su incuria y la incapacidad de las tribus bárbaras para vislumbrar el porvenir y proveer a él, explican el triunfo definitivo, como el corto número de las fuerzas metidas en la lucha hace comprender la prolongación de ésta.

La conquista era a modo de ola, que avanzaba y retrocedía sin cesar. Llegaba una tropa de cruzados, la Orden desplegaba su bandera. Poníase en camino prudentemente, precedida de exploradores enseñados para esta labor. Casi siempre se sorprendía al enemigo. Se ocupaban

ciertos puntos bien escogidos, sobre colinas desde las cuales se descubría la campiña en lontananza. Se abrían fosos, se clavaban empalizadas y se levantaba la fortaleza. Al pie se alzaba una aldea, fortificada también, y en la que cada casa se ponía en estado de defensa, y allí se establecían los colonos que habían venido con los cruzados. Eran aquéllos obreros o labradores que habían dejado su país natal para ir en busca de fortuna a otras tierras, acompañados de sus mujeres y de sus hijos, y todos llevando la cruz como los caballeros. Había que obrar con rapidez, porque cada cruzada duraba un año apenas. Una vez que habían salido los expedicionarios, la fortaleza se veía expuesta a las represalias del enemigo. Muchas veces era tomada, incendiada y la aldea destruída. Luego los prusianos invadían el territorio precedentemente conquistado, y los caballeros, encerrados en los castillos, esperaban con ansiedad al mensajero que anunciaba la llegada de auxilios. Había que acostumbrarse a este flujo y reflujo perpetuos. En las alturas y en las islas de los lagos, se habían preparado casas de refugio, donde los colonos, al darse la señal de alarma, buscaban asilo, y estas retiradas precipitadas eran tan habituales que había taberneros que pedían y lograban para ellos y *sus descendientes* el privilegio de vender bebidas en los lugares de refugio.

Los caballeros hicieron su primero y más firme establecimiento en el ángulo formado por el Vístula, entre las desembocaduras del Drevenz y del Ossa, donde ya se levantaron Thorn y Culm en 1232. Hoy todavía, los recuerdos y los monumentos de la conquista se amontonan en Culmerlandia. Sometida esta comarca, la conquista siguió el curso del Vístula, que muy pronto fue dominado enteramente por las fortalezas de Thorn, Culm, Marienwerder y Elbing. Desde entonces los teutónicos estuvieron en comunicación por el Báltico con la madre patria alemana; pero, en el continente, estaban separados de Alemania por el ducado eslavo de Pomerania, vecino poco seguro, que veía con inquietud, y tenía razón, a con-

quistadores alemanes establecerse en territorio eslavo. La guerra que el duque pomeranio Swantepolk hizo a la Orden en 1241 fue la señal de una primera rebelión de los prusianos, que duró once años y fue terrible. Los caballeros vencieron, y la fama de estas luchas y de estas victorias atrajo nuevos cruzados, entre los cuales apareció, en 1254, el rey de Bohemia, Ottokar. Por primera vez, los cristianos penetran en la selva sagrada de Romowe. Se funda Koenisberg, y su escudo, en el que figura un caballero con casco coronado, ha conservado, lo mismo que su nombre, el recuerdo del rey de Bohemia. Ottokar contó que había bautizado a todo un pueblo y llevado hasta el Báltico los límites de sus dominios. Pero era una fatuidad, como las que gustaban decir los eslavos de la Edad Media, que hacían menos labor que ruido. Los caballeros, por el contrario, utilizando del mejor modo posible los recursos que les llegaban, reanudaban y proseguían seriamente la conquista. Apenas sofocada la primera rebelión, enviaron colonos a fundar Memel, al otro lado del *Haff* curlandés. Ya el año 1237, la Orden de los Porta-espada, conquistadora de la Livonia, se había fusionado con la Orden teutónica, la cual aspiraba a dominar todo el Báltico oriental y poseía ya cien millas de la costa.

Esta lucha fue la edad heroica de la Orden. Durante aquellos años terribles los caballeros son sostenidos por la fe. En los castillos sitiados, donde se mantienen contra toda esperanza, comiendo caballos y arneses, dirigen ardientes plegarias a la Madre de Dios. Antes de lanzarse contra el enemigo, cubren sus espaldas con las cicatrices que hace la disciplina. Un caballero gastó sobre su piel ensangrentada varias cotas de malla, y muchos dormían con gruesos cinturones de hierro puestos...

Colonos y caballeros han conquistado la tierra a fines del siglo XIII. Sus castillos y sus ciudades se han asentado firmemente en el suelo de Prusia, y lo que queda de los vencidos ya no se moverá. Los conquistadores habían tenido miramientos en un principio, dejando a los aldeanos

su libertad y a los nobles su rango, una vez que habían sido bautizados. Instruían a los niños en los monasterios, pero los prusianos educados de esta suerte habían sido los enemigos más peligrosos. Durante las revoluciones y después, ya no hubo derecho para los vencidos, y los alemanes mataron un número crecido de ellos. Llevaron a los supervivientes de una provincia a otra, y los clasificaron, no según su rango hereditario, sino conforme a su conducta con la Orden, rompiendo a la vez la unión con el suelo natal y la antigua constitución del pueblo. La Orden guardó algunas consideraciones con los antiguos nobles que habían merecido por su conducta permanecer libres y honrados. Empleó también prusianos en diversos servicios públicos, pero el número de estos privilegiados era restringido, y la inmensa mayoría de los vencidos cayó en una situación próxima a la servidumbre.—Un pueblo fue suprimido para dar lugar a una colonia alemana.

E. Lavisse, *Études sur l'histoire de Prusse*, París, Hachette, 1885.

CAPÍTULO X

Las ciudades.

PROGRAMA.—*Progresos de las poblaciones urbanas y rústicas en Occidente. Los municipios. La industria, el comercio, los oficios, las ferias.*

BIBLIOGRAFÍA

M. A. Giry y sus discípulos han renovado en nuestros días la **historia de los municipios franceses** en la Edad Media. Sus obras serán preferidas a las que fueron clásicas de Guizot y Aug. Thierry; pero no han publicado más que monografías, y de ellas las principales son: A. Giry, *Histoire de la ville de Saint-Omer*, París, 1877; Id., *Les Etablissements de Rouen*, París, 1883-1885, 2 tomos; M. Prou, *Les coutumes de Lorrain*, París, 1884; A. Lefranc, *Histoire de la ville de Noyon*, París, 1887; L. H. Labande, *Histoire de Beauvais*, París, 1892.—El tema ha sido tratado en conjunto por A. Luchaire (*Les communes françaises à l'époque des Capétiens directs*, París, 1890) y J. Flach (*Les origines de l'ancienne France*, tomo II, París, 1893). Excelente resumen, hecho por A. Giry y A. Réville, en la *Histoire générale du IV^e siècle à nos jours*, tomo II, págs. 411-476.

Respecto a la **historia de las poblaciones urbanas en Alemania**, hay muchos libros de importancia, en su mayor parte sistemáticos: G. L. v. Maurer, *Geschichte der Städtever-*

fassung in Deutschland, Erlangen, 1869-1873, 4 tomos; C. Hegel, *Städte und Gilden der germanischen Völker im Mittelalter*, Leipzig, 1891, 2 tomos; G. v. Below, *Der Ursprung der deutschen Städteverfassung*, Düsseldorf, 1892; J. E. Kuntze, *Die deutschen Städtegründungen oder Römerstädte und deutsche Städte im Mittelalter*, Leipzig, 1891. Véase H. Pirenne, *L'origine des constitutions urbaines au moyen âge*, en la *Revue historique*, LIII (1893) y LVII (1895).

En Italia: Fr. Lanzani, *Storia dei comuni italiani dalle origini al 1313*, 1892; N. F. Faraglia, *Il comune nell'Italia meridionale*, Napoli, 1883.

En Inglaterra: Ch. Gross, *The Gild Merchant*, Oxford, 1890.

La historia del comercio y de la industria en Francia no ha sido todavía tratada en conjunto de manera acertada. A las obras generales de Pigeonneau, *Histoire du commerce de la France*, tomo I, París, 1885, y Levasseur, *Histoire des classes ouvrières en France*, 1859, 2 vols., hay que preferir monografías tales como las de F. Bourquelot, *Les foires de Champagne*, París, 1865; G. Fagniez, *Etudes sur l'industrie et la classe industrielle à Paris au XIII^e et au XIV^e siècle*, París, 1877; L. Delisle, *Mémoires sur les opérations financières des Templiers*, París, 1889. El libro de C. Piton, *Les Lombards en France et à Paris*, París, 1891-1892, 2 tomos, es por desgracia insuficiente.—**Respecto a Alemania:** A. Doren, *Untersuchungen zur Geschichte der Kaufmannsgilden im Mittelalter*, Leipzig, 1893.—**Para Inglaterra:** W. Cunningham, *The growth of English industry and commerce during the early and middle ages*, Cambridge, 1890; W. Ashley, *An introduction to English economic history and theory*, tomo I, London, 1888.—**Para el Oriente:** W. Heyd, *Histoire du commerce du Levant au moyen âge*, Leipzig, 1885-1886, 2 tomos.

La historia de las poblaciones rurales, en Francia, ha sido objeto de algunos trabajos de conjunto. (Bonnemère, Darreste, Doniol), que ya no tienen valor. Una monografía local es célebre: L. Delisle, *Etudes sur la condition de la classe agricole et sur l'état de l'agriculture en Normandie pendant le moyen âge*, París, 1851.—Acerea de la vida rural en Alemania: K. Th. v. Inama-Sternegg, *Deutsche Wirtschaftsgeschichte*, tomo II (del siglo X al XII), Leipzig, 1891, y K. Lamprecht, *Deutsches Wirtschaftsleben im Mittelalter*, Leipzig, 1886, 4 volúmenes.—**En Inglaterra:** F. Seebohm, *English village community*, London, 1883; J. E. Thorold Rogers, *The history of agriculture and prices in England*, tomo I, Oxford, 1886; del mismo, *Six centuries of work and wages*, Oxford, 1884; P. Vinogradoff, *Villainage in England*, Oxford, 1892.

I.—Los municipios franceses en la época de los Capetos directos.

Si la ciencia contemporánea ha hecho progresar la historia del movimiento comunal, débese precisamente a que trata menos de explicarla que de conocerla.—La cuestión de los orígenes de esta institución, antes tan controvertida, se ha comprendido en nuestros días que era insoluble, por falta de documentos relativos a la constitución municipal de las ciudades y de los pueblos durante cuatrocientos años, desde el siglo VIII al XI.

La asociación es un hecho ni germánico ni romano. Es universal y se produce espontáneamente en todos los pueblos, en todas las clases sociales, cuando las circunstancias exigen o favorecen su aparición. Las hipótesis de los germanistas y de los romanistas son, por tanto, gratuitas. La revolución que produjo los municipios es un hecho nacional. El municipio ha nacido, como las otras formas de la emancipación popular, de la necesidad que tenían los habitantes de las ciudades de sustituir la explotación limitada y regular a la explotación arbitraria de que eran víctimas. Es preciso siempre volver a la definición dada por Guibert de Nogent: «¡Municipio, nombre nuevo, nombre detestable! Por él los censatarios (*capite censi*) se ven emancipados de toda servidumbre mediante el pago de una simple renta anual; por él no son condenados, por infracción de las leyes, sino a una multa legalmente determinada, por él dejan de estar sometidos a las otras cargas pecuniarias que abrumaban a los siervos». En ciertos puntos, esta limitación de la explotación señorial se ha hecho amistosamente, por una transacción pacífica entre el señor y sus burgueses. En otras partes fue necesaria, para que tuviera lugar, una insurrección más o menos larga. Cuando este movimiento popular tuvo por resultado, no solamente asegurar al pueblo las

libertades de imprescindible necesidad que reclamaba, sino también disminuir en provecho suyo la situación política del señor, quitando a éste parte de sus prerrogativas señoriales, no solamente ha resultado una *ciudad emancipada*, sino un municipio, señorío burgués, revestido de cierto poder judicial y político.

*
* *

Haya sido el municipio producto de una insurrección o de la libre concesión de un señor, desde el momento en que posea cierta parte de jurisdicción y de soberanía, entra en la sociedad feudal. Si se atiende a la procedencia y la condición social de cada uno de los miembros considerados individualmente, el municipio sigue siendo un órgano de las clases inferiores. Considerado en conjunto, como colectividad que ejerce por sus magistrados, en el recinto de la ciudad y sus arrabales, poderes más o menos extensos, ocupa lugar entre los Estados feudales. Es un señorío.

El municipio es el *señorío colectivo popular*, encarnado en la persona de su alcalde y de sus síndicos. Esta especie de señorío no es el único de su clase que existe en la Edad Media. El clero posee también señoríos colectivos, que son las abadías y los capítulos. Lo mismo que el espíritu, los principios y los usos propios del feudalismo han penetrado hondamente en la sociedad eclesiástica, hasta el punto de que las relaciones de sus miembros adoptaran muchas veces la forma de las relaciones establecidas entre los señores seculares, así el municipio, organismo popular, ha sufrido también la acción del medio ambiente. Aparece como impregnado de feudalismo, es más, puede decirse que, siendo enteramente burgués y plebeyo por sus raíces, constituye un feudo y un feudo noble. Con relación a los diferentes señoríos que se escalon-

nan por cima de él, el municipio es vasallo. Satisface efectivamente todas las obligaciones del feudalismo.

El municipio, como vasallo, presta juramento a un señor, juramento de fidelidad y homenaje, por mediación de sus magistrados. Su señor tiene deberes para con él, como los tiene respecto a los otros vasallos. Tiene su lugar marcado entre las soberanías locales que componen el vasallaje de un gran barón.

El municipio es un señorío, una desmembración del feudo superior. Porque, dueño de su suelo, goza de las prerrogativas anejas a la soberanía feudal. El alcalde y los magistrados municipales tienen el poder legislativo, dictan disposiciones aplicables en el territorio comprendido en el término municipal. Poseen el poder judicial, su jurisdicción civil y criminal no se detiene sino ante las justicias particulares enclavadas en el recinto urbano. La municipalidad, como cualquier señor, fija y recauda los impuestos necesarios para el sostenimiento de sus diferentes servicios. Percibe de los burgueses pechos y consumos. El único derecho que el municipio no comparte, por lo común, con el señor, es el de acuñar moneda. Hay por lo demás municipio y municipio, como hay feudo y feudo. Los feudos que no disfrutaban sino de una justicia limitada, no tenían más que una parte de soberanía. De igual modo, los municipios tenían libertades más o menos amplias. En Rouen, por ejemplo, el municipio no posee la justicia suprema, y la mayor parte de los derechos financieros y el examen de la administración municipal pertenecen al duque de Normandía. Era que el reparto de la soberanía que había tenido lugar forzosamente entre el municipio y el señor, en el momento de crearse el municipio, se había realizado, según las comarcas, en las más varias condiciones. En un caso las partes quedaban casi iguales, el señor no se había reservado más que los privilegios de la suzeranía; en otro, por el contrario, había sabido guardarse casi todos sus derechos de señor directo y de propietario.

Pero, dependiente o no, el municipio estaba siempre

en posesión de ciertos derechos, de ciertos signos materiales que le daban un carácter distintivo de señorío, y de señorío militarmente organizado.

En primer lugar, como todo feudatario en el disfrute de los derechos señoriales, tenía un *sello* particular, símbolo del poder legislativo, administrativo y judicial de que estaba revestido. El primer acto de una ciudad, que se daba o recibía la organización municipal, era hacerse un sello, de igual modo que el primero de la autoridad



Fig. 48.—Sello de la ciudad de Compiègne.

señorial que abolía el municipio era quitárselo. El sello municipal estaba colocado bajo la guarda del alcalde, único autorizado para servirse de él. En Amiens, la matriz del sello estaba encerrada en una bolsa que el alcalde llevaba constantemente en su cinturón. En Saint-Omer, se conservaba en un cofre o arca, cuyas cuatro llaves se habían entregado al alcalde y a algunos otros magistrados.

Un estudio atento de los sellos de ciudades revela particularidades interesantes. Los sellos son documentos auténticos, emanados de los municipios mismos. Permiten al historiador determinar, por ciertos respectos, el carácter y la verdadera naturaleza de aquellos pequeños

señoríos. Se ve primeramente, muy claramente acusado, el lado militar de la institución. Estando formado el feudalismo, ante todo, por una aristocracia de caballeros cuya ocupación principal era la guerra, el municipio es tan feudal desde este punto de vista como desde todos los demás. Los sellos de los señores seculares representan por lo común a un caballero armado de todas armas, que va en un caballo a galope. De igual modo, los sellos de nuestras repúblicas guerreras presentan las más de las veces una imagen belicosa: un castillo, un hombre de armas,



Fig. 49.—Sello de la ciudad de Noyon (1250).

una muchedumbre armada. Este carácter no es especial de los municipios del norte de Francia, sino que se encuentra también en la sigiliografía de las ciudades de consulados de la Francia meridional.

Los sellos comunales de Soissons, de Senlis, de Compiègne representan al alcalde de la ciudad bajo la forma de un guerrero de pie, con espada y escudo en las manos, cubierto con la cota de mallas y el casco con nasal. En Noyon, este hombre de armas está representado sacando la mitad del cuerpo por una torre almenada. En otras partes el poder burgués no está personificado por un infante, sino

(lo cual es mucho más feudal) por un jinete galopando y armado de todas armas. Así nos aparecen los sellos de Poitiers, de Saint-Riquier, de Saint-Josse-sur-Mer, de Poix, de Péronne, de Nesle, de Montreuil-sur-Mer, de Doullens, de Chauni. El jinete tiene en la mano una maza de armas, una espada desnuda o un bastón. Este es más especialmente emblema del poder ejercido por el magistrado municipal. El sello de Chauni y el de Vailli (cerca de Soissons) ofrecen el carácter especial de que el caballe-



Fig. 50.—Sello del municipio de Fismes.

ro va seguido de una muchedumbre armada de hachas, hoces y picas. A veces, en lugar del alcalde armado, se representa la fortaleza. En el sello de Beaumont-sur-Oise, por ejemplo, aparece un castillo con dos torrecillas y un torreón cuadrado.

Esta preferencia por los atributos militares no era simplemente cuestión de gusto y humor, sino resultado de una necesidad. Señorío en posesión de tierra y jurisdicción, el municipio de la Edad Media estaba rodeado de enemigos. Se defendía de ellos con su milicia y también mediante su recinto de altas murallas. Se le puede

considerar como una plaza fuerte, análoga al castillo feudal, cuyo torreón se llama *torre del atalaya*.

La atalaya comunal aparecía en un principio como gruesa torre cuadrada. Se alzaba aislada en una plaza de la ciudad y servía de centro de unión a los burgueses asociados. En lo alto de esta torre había una cámara de madera cubierta con un tejado de plomo o de pizarra, del que colgaban las campanas del común. Los *atalayeros* o campaneros estaban en una galería que corría por bajo del tejado y cuyas cuatro ventanas daban vista a todos



Fig. 51.—Sello del municipio de Nesle (1230).

los lados del horizonte. Se les encargaba de tocar a rebato cuando amenazaba un peligro al común: aproximación del enemigo, incendio, motín. Tocaban también para llamar a los acusados al tribunal, a los ciudadanos a las asambleas, para marcar a los obreros las horas del trabajo y del descanso, para indicar la salida del sol y el cubre-fuego. Pero la torre de la atalaya no era solamente un campanario. Durante mucho tiempo, los grandes municipios del norte no tuvieron otro lugar de reunión que ofrecer a sus magistrados. En la parte inferior de la torre estaban la sala reservada a la corporación municipal, los archivos y un depósito de armas.

A veces la atalaya, en vez de ser una torre, aparecía como una puerta fortificada que coronaban una o dos to-

rrecillas. Esta particularidad nos lleva a aquella época primitiva de la historia de los municipios en que no habían levantado aún un edificio especial para sus campanas. Se había empezado simplemente por colgarlas encima de una de las puertas que interrumpían el recinto.

Notemos por último que el siglo XII, que vió formarse la mayor parte de las repúblicas burguesas, vió también, en su ocaso, alzarse las grandes catedrales del norte de Francia. Los más hermosos de estos edificios fueron construídos precisamente en las ciudades en que dominaban el espíritu comunal más intenso y odios frecuentemente muy vivos contra el clero local. Ciertamente que los burgueses las consideraban como una especie de terreno neutro, donde podían darse cita para cambiar ideas y arreglar asuntos que no tenían nada de común con el servicio divino. Quizá fue ésta una de las causas que impidieron a nuestros grandes municipios hacerse, en el siglo XIII, los magníficos palacios comunales que se admiran en el norte de Alemania, en Bélgica y en Italia.

* * *

La transformación de los burgueses súbditos en burgueses independientes era un hecho anormal, excepcional, una derogación del derecho común. Era preciso ante todo que esta derogación se justificase por un título. Este título, verdadera acta de nacimiento legalizada por el sello de la autoridad feudal, este pacto fundamental y constitutivo, es el *fuero municipal*.

No tenemos al presente más que un número muy reducido de fueros municipales en el original (1). Los ar-

(1) Pueden citarse entre los más antiguos: el de Saint-Omer, de 1127, que se conserva en doble ejemplar en el archivo de dicha ciudad; el del municipio rural de Bruyères-sous-Laon, de 1129, en la biblioteca municipal de Laon; el

chivos municipales de Francia pertenecientes a la Edad Media han llegado a nosotros en muy mal estado a causa de los robos y los incendios. Por lo demás, las confirmaciones sucesivas que los municipios se han hecho dar de sus libertades han contribuído, sin duda, a la desaparición de los títulos más antiguos. Estas confirmaciones reproducían casi siempre el texto del privilegio primitivo, aumentado con nuevas disposiciones. Las gentes de los municipios, queriendo sobre todo conservar las concesiones posteriores, más desarrolladas y explícitas, han dejado perecer los textos primitivos. De esta suerte hemos perdido, no solamente los originales, sino el texto mismo del más antiguo privilegio concedido a la mayor parte de los municipios de la Francia septentrional. No se ha podido encontrar hasta el presente el fuero primitivo de Amiens, de Noyon, de Beauvais, de Laon (el primero, el de 1112), de Reims, de Sens, de Soissons, de San Quintín, de Aire, de Dijon, de Valenciennes, de Arras, de Rouen, etc., para no hablar más que de los municipios establecidos en los centros importantes.

El fuero municipal era, no obstante, custodiado cuidadosamente por los que gozaban de sus beneficios. Porque era el signo visible de las libertades obtenidas. En las constituciones primitivas de varios municipios, en Beauvais, en Abbeville, en Soissons, en Fismes, se estipula formalmente que el fuero no podrá ser sacado del recinto municipal, y que no se permitirá su consulta más que en la ciudad misma. Los privilegios comunales estaban, de ordinario, encerrados en una gran arca o cofre, cuya llave guardaban solamente las autoridades municipales.

Considerado en sí mismo, como conjunto de disposiciones legislativas, el *fuero municipal* es difícil de definir. Estos documentos, en efecto, difieren muy sensiblemente

de Abbeville, 1184, en el archivo de la ciudad; el de Ergnies, de 1210, en el archivo del departamento del Somme; el de Fismes y Champagne, de 1227, en el archivo municipal de Fismes.

unos de otros, tanto desde el punto de vista de la naturaleza como respecto a la cantidad de materias que en ellos se tratan. Desde el punto de vista de la cantidad, se observa en primer término que es imposible establecer paralelo entre un fuero como el de Rouen, que comprende 55 artículos, y el de Corbie que no contiene más que siete. En cuanto a las cláusulas cuya enumeración constituye el fuero, pertenecen a cierto número de categorías muy diferentes: determinación de los límites del municipio y de sus arrabales, organización interior del municipio, límites a que se extiende la jurisdicción comunal, obligaciones de los burgueses para con el señor, exenciones y privilegios de estos mismos burgueses, disposiciones de derecho penal y de derecho civil, arreglo de la situación de los terratenientes feudales, de los servidores de la nobleza y del clero. La proporción en que estas diversas categorías están representadas en los fueros es esencialmente variable. Es costumbre que todas figuren a la vez en el mismo documento, y, por otra parte, una serie de estipulaciones que en un fuero ocupa mucho espacio no dará lugar, en otro, más que a una mención de pocas líneas.

Lo más general que puede decirse es que el fuero municipal, resultado de un convenio hecho entre el señor y sus burgueses, aparece como un conjunto complejo de disposiciones que sancionan la institución del lazo comunal y la creación de un gobierno libre y fijan ciertos puntos de la costumbre civil y criminal, pero tienen por principal objeto determinar la situación del municipio con respecto al señor en lo que toca a la jurisdicción y al tributo. No puede decirse que sea exclusivamente un código penal, una constitución política, un privilegio de exención, sino que es algo de todo ello a la vez. Es necesario ver en él sobre todo el signo material, la garantía del reparto de la soberanía, realizado judicial y financieramente, entre el señor y sus antiguos súbditos que han venido a ser sus vasallos. — Si se considera su forma, el fuero municipal no es más que una enumeración desordenada, en que el que lo escribió aborda las materias más diversas sin tratarlas

nunca de modo completo, en que abundan las oscuridades, las omisiones, a veces aun las contradicciones. En respecto alguno el fuero municipal es una constitución razonada y completa, sino un contrato deshilvanado, en que las partes arreglan las más de las veces los puntos litigiosos, aclaran las materias dudosas, consagran antiguas instituciones, señalan en fin, con las innovaciones exigidas por las circunstancias, las modificaciones que en la costumbre han introducido el tiempo y el progreso.

Ciertos fueros municipales han tenido más éxito que otros. Han sido copiados, imitados, llevados aún lejos de su país de origen. Así el de Soissons ha venido a ser el de Dijon de 1183, y, por consiguiente, ha servido de modelo constitucional para todo el ducado de Borgoña. El de Rouen, estatuto comunal de casi todas las ciudades de Normandía, ha pasado al Poitou, al Saintonge y hasta el Adour. Poitiers, Niort, Cognac, Angulema, Saint-Jeand'Angély, la Rochela, Saintes, las islas de Olorón, de Ré y Bayona han tenido los «establecimientos» de Rouen.

Las causas más generales que han actuado para la propagación de un fuero son de orden geográfico o de orden político.—El centro de población más importante de una comarca impone muchas veces su ley a los pueblos circundantes. Por otra parte, ha ocurrido que las ciudades sometidas a una misma dominación política han aceptado la misma organización constitucional. Así los «establecimientos» de Rouen se han propagado hasta Bayona, porque Bayona estaba comprendida, a fines del siglo XII, lo mismo que Rouen, en los dominios de la dinastía anglo-angevina. Por otra parte, en el fuero de Rouen, es en suma el interés del poder señorial el que prevalece. Se ha establecido que el pacto de Rouen representa el *mínimum* de derechos políticos que podía poseer una ciudad que tuviera el título de municipio. Por eso, por política, los reyes de Inglaterra y duques de Normandía se apresuraron a propagar este modelo de constitución en sus dominios.

Por otra parte, el lazo establecido entre la metrópoli y

la ciudad afiliada, a causa de la comunidad del fuero, era con frecuencia puramente nominal. No obstante, la metrópoli representaba por lo común con respecto a la ciudad afiliada el papel de *intérprete*. Cuando los habitantes del municipio no pueden explicarse el significado o el alcance de un artículo de su fuero, se dirigen al lugar de origen de la ley para obtener las necesarias aclaraciones. Amiens era intérprete con respecto a Abbeville y Abbeville lo era a su vez para los pequeños municipios del Ponthieu. Pero no se recurría al consejo ajeno únicamente entre las ciudades regidas por el mismo fuero. De que un municipio reconociera como intérprete a otra ciudad libre, no se podía inferir que tuvieran una constitución idéntica. El fuero de Abbeville dice que los habitantes deben recurrir, en caso de dificultades, no sólo a Amiens, su metrópoli, sino también a Corbie y a San Quintín. De igual modo, Brai-sur-Somme estaba obligada a recurrir al consejo de los magistrados del municipio de San Quintín, con el que no tenía ninguna relación constitucional.

Es natural pensar que municipios unidos por la semejanza de la organización constitucional como por la ayuda recíproca que frecuentemente se prestaban, habían de inclinarse a hacer verdaderos tratados de alianza ofensiva y defensiva. La confederación política les habría permitido oponer a sus enemigos una mayor resistencia. No obstante, raras veces tuvieron lugar tentativas de esta naturaleza, al menos en la sociedad comunal de la Francia del norte, y jamás se llevaron muy lejos. Menos felices que sus hermanos de Alemania o de Italia, los municipios franceses no supieron formar aquellas ligas temibles contra las cuales fueron muchas veces a estrellarse entre nuestros vecinos los ataques de los emperadores lo mismo que los del feudalismo local. Permanecieron aislados y sin fuerza, sin duda porque en Francia el desarrollo precoz y rápido de un poder monárquico no permitió la formación de ligas de ciudades. Beaumanoir, en su *Coutume de Beauvaisis*, recomienda insistentemente a los se-

ñores que se opongan, por todos los medios, a las ligas que las ciudades podrían inclinarse a formar entre ellas. Su consejo no se siguió sino demasiado bien. Este aislamiento de los municipios no contribuyó poco a precipitar su decadencia y hacerles caer, desde los tiempos de San Luis y Felipe el Hermoso, bajo la dominación del poder real.

* * *

El feudalismo seglar se mostró en conjunto menos desfavorable al establecimiento y al desarrollo del régimen municipal que el feudalismo eclesiástico. Hubo aún barones demagogos que abrazaron la causa de los comuneros, no por amor al pueblo o a los burgueses, sino para oponer los villanos a los clérigos, para perjudicar a las iglesias, sus rivales. — La Iglesia, por el contrario, hizo una guerra implacable a las confederaciones urbanas. Para ella, el municipio no fue nunca más que una *conspiración* ilegal y facciosa que tendía a destruir las bases mismas del orden social. El arzobispo de Laon, Raul el Verde, predicó en dicha ciudad, en 1112, contra los «execrables comunes», por los que los siervos intentan, contra todo derecho y toda justicia, rechazar violentamente la dominación de su señor: «Siervos, ha dicho el Apóstol, permaneced sometidos en toda ocasión a vuestros dueños. Y no vengan los súbditos a tomar como pretexto la dureza y la ambición de sus amos. Permaneced sometidos, ha dicho el Apóstol, no solamente a los que son buenos y moderados, sino también a los que no lo son. Los cánones de la Iglesia anatematizan a los que incitan a los siervos a no obedecer, a usar de subterfugios, con mayor razón a los que les enseñan la resistencia declarada. Por eso está prohibido admitir en el seno del clero, en el sacerdocio y aun en la vida monástica, al que está dentro de los lazos de la servidumbre. Porque los señores tienen siempre derecho a recoger sus siervos, aun cuando sean

ya clérigos». Guibert de Nogent añade: «que este sermón contra los comunes no fue pronunciado esta vez solamente, que el arzobispo de Reims predicó más de una vez acerca del tema en las asambleas reales y en muchas otras reuniones». — Cien años más tarde, el cardenal Jacobo de Vitry hablaba todavía en el mismo estilo, la teoría eclesiástica acerca de los municipios no había variado: «¿No son ciudades de confusión, esas comunidades o más bien esas conspiraciones, que son como haces de espinas entrelazadas, esos burgueses vanidosos, que fiándose en su muchedumbre oprimen a sus vecinos y los sujetan por la violencia? Si se obliga a los ladrones y a los usureros a poner el cuello, ¿cómo no habría que obligar a la restitución de los derechos robados a esos comunes brutales y apestados que no se limitan a abrumar a los nobles con su vecindad, sino que usurpan los derechos de la Iglesia, y destruyen y absorben, mediante inicuas constituciones, la libertad eclesiástica, con menosprecio de los más santos cánones? Esa detestable raza de hombres corre toda entera a su pérdida. Ninguno de ellos, o muy pocos, se salvarán».

En cuanto a los reyes de Francia, se mostraron tan pronto favorables, tan pronto hostiles al movimiento comunal, según convenía a sus intereses de reyes, de suzeranos y de propietarios. Los Capetos fueron a la vez fundadores y destructores de comunes, amigos y enemigos de la burguesía. Se vió a Luis el Gordo defender, contra el movimiento comunal o contra las pretensiones de los comunes, a los obispos de Laon y de Noyon, a los abades de Saint-Riquier y de Corbie; a Luis VII proteger los derechos de los obispos de Beauvais, de Châlons-sur-Marne, de Soissons, los de los obispos de Reims y de Sens, los de los abades de Tournus y de Corbie; a Felipe Augusto apoyar a las iglesias de Reims, de Beauvais, de Noyon, y entregar al obispo de Laon los municipios del Laonnais y de la Fère. En tiempo de San Luis, de Felipe el Atrevido y de Felipe el Hermoso, el Parlamento de París castigó con enormes multas, a veces aun con supresión pro-

visional o definitiva, a las burguesías independientes que la Iglesia acusaba ante su tribunal.

Estas inconsecuencias se explican primeramente, del modo menos noble, por el dinero que los Capetos recibían del clero para acabar con las instituciones libres. Sabido es que les ocurrió más de una vez recibir con ambas manos, de los burgueses para fundar, de los clérigos para abolir. Su apoyo quedó asegurado al que más daba. Pero hay que pensar también que eran, por tradición, los protectores naturales de la Iglesia, que tenían necesidad de ella como la Iglesia necesitaba de ellos. Creyéronse, pues, obligados a defenderla contra las intrusiones de la burguesía.

Entre la sociedad popular y la sociedad eclesiástica su posición era difícil, la protección real debía extenderse a la vez a los dos partidos hostiles. Sobrellevaron la dificultad no practicando ningún principio, viviendo al día, sacrificando según los casos o las necesidades, los burgueses a los clérigos y los clérigos a los burgueses.

Puede decirse, no obstante, que a partir de Felipe Augusto, la actitud del gobierno real dejó de ser contradictoria. A la política de protección o de seria hostilidad sucedió una política constante de dominio y de explotación, que fue la misma en tiempo de príncipes por lo demás tan diferentes como San Luis y Felipe el Hermoso. A partir del siglo XIII, el innumerable ejército de los agentes de la corona no deja de estar en movimiento para destruir las jurisdicciones rivales, suprimir los poderes molestos, reemplazar en todas partes los dominios particulares por el poder único del soberano. A la infinita diversidad de las libertades locales quiere sustituir la regularidad de las instituciones, la centralización en el orden político y administrativo. De este movimiento fatal, irresistible, fueron víctimas los municipios tanto como el feudalismo. Señoríos independientes, no podían menos de hacer sombra al gobierno central. La lógica implacable de las gentes del rey exigió su desaparición como poderes políticos, y se trató de hacerles entrar en el derecho



común, es decir, en la gran clase de las burguesías sujetas. La intervención del poder real sobre los municipios, su supresión, o su transformación en ciudades de obediencia, tal es el hecho capital que caracteriza la mayor parte del siglo XIII y los comienzos del XIV. Al advenimiento de Felipe de Valois, ciertos municipios subsistirán de nombre y en apariencia. Gozarán todavía de algo que parecerá instituciones libres; pero realmente la libertad habrá desaparecido. Salvo su título engañoso, han venido a ser, como todas las demás, «las buenas ciudades del rey» y no son dueñas de sus actos.

* * *

El municipio ha sido una institución bastante efímera. Como señorío realmente independiente, no ha durado casi más de dos siglos. Los excesos de los comuneros, su mala administración financiera, sus divisiones, la hostilidad de la Iglesia, la protección onerosa del alto suzerano y sobre todo del rey, tales fueron las causas inmediatas de esta rápida decadencia.

Es difícil afirmar que el régimen comunal no podía adaptarse a las instituciones generales de Francia. ¿Cómo saberlo, en efecto, puesto que la centralización monárquica no le ha permitido vivir? Le ha hecho desaparecer en el momento en que comenzaba a transformarse, a tomar una dirección más liberal, más favorable al interés de la mayoría; en el momento en que las oligarquías burguesas, que disponían de los municipios, admitían de grado o por fuerza a la población obrera a tomar parte en la elección de las magistraturas y en el gobierno de la ciudad. ¿Por qué el poder comunal, asentado en una base más amplia y firme, gracias a esta reorganización democrática, no habría asegurado a las ciudades, a pesar de las ruidosas manifestaciones y la agitación periódica que acompañan forzosamente al ejercicio de la libertad,

largos años de prosperidad y grandeza? Admitiremos que fuera imposible a la monarquía de los Capetos conservar a las ciudades libres ese carácter de Estados independientes y de poderes políticamente aislados que habría sido obstáculo para la gran obra de la unidad nacional; supongamos que no habría podido prescindir de sujetarlas por ciertos lazos al gobierno central y a las instituciones generales del país; pero, ¿no podía dejarlas, en el orden administrativo y judicial, la mayor parte de su antigua autonomía?

Sin duda, el régimen comunal tenía sus defectos y hasta sus vicios, los vicios inherentes a todas las aristocracias. Pero no puede negarse también que tenía sus partes excelentes. Hacía del burgués un ciudadano, desarrollaba en él el espíritu de iniciativa, los instintos de energía que favorecen la vida militar y el roce constante con el peligro, la costumbre de adoptar sin vacilación las responsabilidades y sostenerlas con constancia; por último, los sentimientos de altivez y de dignidad que inspiran al hombre el ejercicio de un poder independiente, el disponer de sí mismo, la gestión de sus asuntos propios. Desde este punto de vista, hay que lamentar que los municipios franceses no hayan conservado más tiempo una autonomía de que no habían abusado todos. Si se tiene el convencimiento, como parece tenerlo Guizot, de que aquellas repúblicas no eran más que focos de tiranía oligárquica, de anarquía y de guerras civiles, se concibe que es lógico preferir a ellas el orden, aun adquirido a costa de la libertad. Pero no es posible afirmar que nuestras ciudades libres hayan sido colocadas rigurosamente en la triste alternativa de perecer por sus propios excesos o de salvarse por la sujeción. No era la situación tan desesperada. Se podía adoptar un término medio. Los reyes y sus agentes no lo han querido, y en ello la obra de la monarquía ha sido excesiva. Habría podido dejar vivir a los comunes, con ciertas condiciones, sin peligro para su propio poder y quizá con gran provecho para la educación moral y política de la nación.

Según A. Luchaire, *Les communes françaises à l'époque des Capétiens directs*, París, Hachette, 1890.

II.—Las bastidas

La palabra bastida ha servido, desde el siglo XIII y en el mediodía de Francia, para designar ciudades edificadas de una sola vez, según un plan preconcebido y casi siempre uniforme, generalmente a consecuencia de un contrato de asociación hecho entre los dueños del territorio y los representantes de la autoridad suzerana. Estos contratos llevaban el nombre de *pariages*. El hecho de que estas ciudades estaban casi siempre fortificadas, da razón del nombre que se les atribuye.

A partir del siglo XI, las más poderosas entre las abadías meridionales, para poblar sus terrenos, para activar su roturación y cultivo, para fijar la población flotante que era a la sazón muy numerosa, sobre todo para acrecer sus rentas, idearon fundar nuevos pueblos. Para ello, en un lugar desierto o poco menos, mandaban edificar una iglesia, proclamaban aquel sitio lugar de asilo, y dividían el terreno en lotes que habían de cederse a los nuevos pobladores. El derecho de asilo, las prescripciones relativas a la *pax de Dios*, el poder de las abadías, el cebo de la propiedad así como de las garantías de seguridad, algunos privilegios y franquicias, no tardaban en atraer a estos pueblos moradores en número bastante grande. Los señores seculares, admirados por aquellas ventajas, quisieron muy pronto hacer en sus feudos fundaciones semejantes; pero la Iglesia sólo era entonces bastante respetada para poder garantizar la paz y la seguridad. Se dirigieron a las grandes abadías, las dieron el terreno sobre el cual debía alzarse el nuevo pueblo, reservándose derechos de coseñorío, y los dos poderes asociados pudieron fundar así gran número de pueblos. Las localidades creadas y pobladas por este procedimiento se llamaron en los textos latinos *Salvetates* y en el idioma del país *Salvetat*, de donde se ha dicho en francés *Sauvetés*.

Gran número de aldeas o de poblados de la Francia meridional han conservado esta denominación y se llaman hoy todavía la *Salvetá* o la *Sauvetat*, nombres que denotan su origen. Todos o casi todos han sido fundados en el siglo XI o el XII por abadías, ya en sus dominios, ya en posesiones señoriales, a consecuencia de un *pariage*. Apenas se necesita decir que muchas aldeas que tienen el mismo origen no llevan, sin embargo, nombre característico: Licairac, Lavaur, Marestang, para no citar más que algunos nombres, fueron en su origen *Sauvetés*.

A mediados del siglo XIII, después del establecimiento de la administración francesa en el Mediodía, que fue la consecuencia de la cruzada de los albigenses, después de organizarse la dominación inglesa en la Guyena, los papeles se encontraron invertidos. No fueron ya las abadías las que pudieron asegurar a sus tierras la paz, la seguridad de los privilegios y de las franquicias, sino que la autoridad seglar, ya más poderosa y disponiendo de medios de acción más considerables y apropiados, hizo las fundaciones de este género más numerosas e importantes que las que la Iglesia había hecho con anterioridad. Cuando el terreno elegido para una de estas fundaciones formaba parte de un dominio eclesiástico, la Iglesia, se asoció siempre al soberano en *pariage*. Lo mismo ocurrió con los señores, que para fundar ciudades nuevas en sus feudos se asociaron al soberano, cuyo representante hubo de ejercer de esta suerte derechos de coseñorío sobre las tierras de los vasallos seculares y eclesiásticos. Las ciudades nuevas fundadas en su mayor parte desde 1230 a 1350, son las que han recibido propiamente el nombre de *bastidas*.

Es fácil comprender el interés que al poder real, tanto en Inglaterra como en Francia, inspiraban estas fundaciones. La guerra de los albigenses había trastornado el Mediodía. En muchas comarcas, tierras durante mucho tiempo cultivadas permanecían incultas, numerosas aldeas habían desaparecido y su población dispersa había formado bandas de vagabundos, de *faidits*, que importaba

establecer para que volvieran al país la seguridad y el bienestar. El interés político no era menor. Se ha visto, en efecto, que estas fundaciones permitían al soberano extender sobre los dominios de sus vasallos la acción de su poder. Así los documentos de la época muestran que las fundaciones de bastidas eran entonces consideradas cual verdaderas adquisiciones. Además, los emplazamientos de las bastidas bien elegidas podían servir para la defensa del país. Por ello se ha podido observar que el rey de Inglaterra de un lado, el conde de Poitiers de otro, se afanaron en rodear sus posiciones de un verdadero cinturón de bastidas.

No hay diferencias perceptibles entre las ciudades fundadas en la Guyena y en el Agenais por la administración inglesa y las que lo fueron por la administración francesa, introducida en el Mediodía a partir de 1229 como consecuencia del tratado de París. Por ambas partes hubo igual actividad, la misma ayuda por parte de los agentes del poder. Los medios, los privilegios concedidos para atraer a los nuevos moradores, las disposiciones materiales fueron en todas partes próximamente iguales. En Francia, uno de los senescales del conde de Poitiers, Eustaquio de Beaumarchais, fue infatigable fundador. En los Estados de Alfonso, las bastidas no estaban sometidas al bailio en cuya jurisdicción se encontraban, sino que formaban todas juntas una especie de bailía especial administrada por el lugarteniente del senescal.

Cuando una de estas fundaciones había sido resuelta, el senescal la hacía publicar a són de trompeta y anunciaba los privilegios que se concederían a los nuevos moradores. Buen número de *costumbres* así concedidas a las nuevas bastidas han llegado a nosotros. Son, por lo general, bastante parecidas a aquéllas de que estaban dotadas las ciudades de burguesía. La emancipación de la servidumbre, excepciones de impuestos, franquicias comerciales, garantías de libertad individual y de seguridad constituían sus disposiciones principales. Frecuentemente se instituía también una administración municipal, pero

que seguía estando casi siempre bajo la tutela del baile. El ejercicio de la justicia quedaba siempre reservado a los representantes del soberano o, por lo menos, de los señores. Naturalmente, ocurría que el establecimiento de estas bastidas producía la despoblación de los señoríos vecinos, tanto más cuanto que los siervos que acudían no tenían en ocasiones nada que temer del derecho de persecución. Quejas se alzaron en varias ocasiones, hubo obispos que llegaron a excomulgar a los pobladores, y hubo reglas para el caso, pero que se hicieron siempre de modo que debilitaban la autoridad feudal y favorecían la población de las bastidas.

En el emplazamiento elegido se colocaba primeramente un mástil, el *pal*, signo visible de la intención de atraer a los pobladores. La ciudad de Pau debe su nombre a esta costumbre. Luego los oficiales trazaban el plano de la ciudad futura. La mayor parte de estas bastidas se parecían. Eran siempre un cuadrado o un rectángulo tan regular como la naturaleza del terreno lo permitía, rodeado de murallas que dominaban torres levantadas de distancia en distancia. Hacia el centro una gran plaza cuadrada en medio de la cual se levantaba la casa ayuntamiento, cuyo piso bajo servía de mercado cubierto. A esta plaza iban a parar grandes calles rectas, tiradas a cordel, cortadas en ángulo recto por calles menos anchas, que a su vez cortaban perpendicularmente callejuelas. Al otro lado de las murallas se trazaban jardines, y más lejos se extendían tierras para cultivar. Aparte algunos prados que se reservaban como propiedad comunal, los «padoents», todo el terreno era dividido en lotes: solares para edificar en el interior de la ciudad, jardines o cultivos en el exterior, que eran adjudicados. Alrededor de la plaza y a veces en las calles principales, las casas hacían saliente y formaban anchas galerías cubiertas sostenidas por pilares y pies derechos. El plano de estas bastidas aparecía así como un tablero de ajedrez. Buen número de localidades lo han conservado hasta nuestros días, como puede juzgarse por el de Montapzier (Dordoña), que acom-

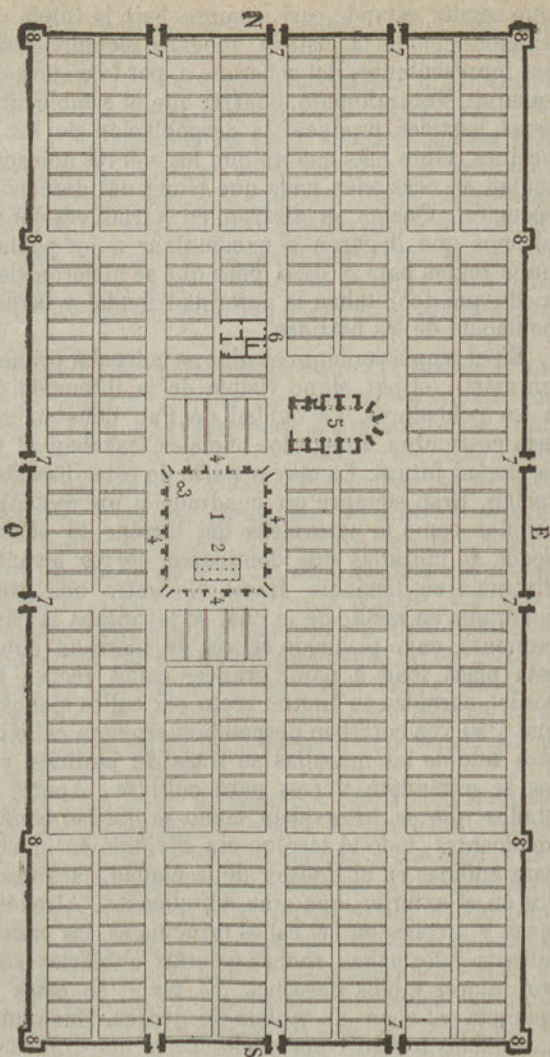


Fig. 52.—Plano general de la bastida de Montapzier (Dordoña).

E, este; S, sur; O, oeste; N, norte.—1, Plaza del Mercado.—2, Mercado o Casa municipal.—3, Palacio.—4, Calles abiertas.
5, Iglesia parroquial.—6, Casa llamada del Capitulo.—7, Puertas monumentales.—8, Torres del recinto.

pañá según el trazado que del mismo hizo en otra ocasión M. F. de Verneilh.

Las fortificaciones consistían en un muro de recinto rodeado de una circunvalación a veces doble, y atravesado las más de las veces por cuatro puertas unas frente a otras. Estas puertas, de puente levadizo, precedidas de barbacanas, estaban flanqueadas o coronadas por torres. Otras torres, colocadas principalmente en los sitios donde el muro formaba esconce a escuadra, completaban el sistema de defensa. A veces, pero bastante pocas, un castillo o ciudadela, ocupado por una guarnición real, estaba montado sobre el muro de recinto, a fin de poder resguardar la ciudad contra los asaltantes o dominar insurrecciones. En el interior se había reservado un sitio para la iglesia, que muchas veces estaba también fortificada y podía servir asimismo de reducto.

Muchas de las ciudades así fundadas recibieron nombres característicos. El más frecuente es el mismo de bastida. Centenares de localidades del Mediodía de Francia se llaman así todavía. Otros nombres, tales como Castelnau, Villeneuve, indicaban simplemente que la ciudad era de fundación reciente. Otros, como Franqueville, Montségur, Villefranche, se referían a las franquicias con que las ciudades habían sido dotadas. Otras indicaban el influjo a la vez real y francés a que se debía la fundación: Saint-Louis, Saint-Lys, Villeréal, Montréal, etc. Algunos nombres eran los que tenían los oficiales reales que las habían fundado: Beaumarchais, Beauvais. Buen número de localidades habían recibido el nombre de grandes ciudades españolas, italianas o aun de las orillas del Rin: Pampelonne, Fleurance (Florencia), Barcelone, Pavie, Cordes (Córdoba), Cologne, Plaisance, Grenade, etc. Muchas, en fin, recibieron nombres pintorescos que recordaban la belleza del lugar o presagiaban el esplendor de las nuevas fundaciones: Beaumont, Mirande, Belvezer, Mirabel, etc. Otras, finalmente, conservaron antiguos nombres locales.

Este curioso movimiento de fundación de ciudades

nuevas duró un siglo próximamente. En el siglo xiv, la población era ya demasiado densa, los terrenos sin labrar escaseaban demasiado, la seguridad y la defensa se habían afirmado bastante, para que se encontrase con frecuencia ocasión de fundar nuevas bastidas.

A. Giry, en la *Grande Encyclopédie*, tomo V.

III. — El director de industria en la Edad Media.

Para formarse idea de la posición del director de industria en el siglo xiii y en el siglo xiv, hay que olvidar al fabricante de nuestros tiempos con sus negocios considerables, sus grandes capitales, su maquinaria costosa, sus numerosos obreros. La fabricación en grande no se imponía, como hoy, por la extensión de los mercados y por la necesidad de disminuir el precio de coste para luchar con la competencia. El fabricante no tenía, por tanto, necesidad de locales tan vastos, de maquinaria tan costosa, de tan considerable aprovisionamiento. Por otra parte las corporaciones poseían terrenos, máquinas que ponían a disposición de sus asociados. Las carnicerías de ganado mayor pertenecían a la comunidad, que las alquilaba todos los años. No se han conservado bastantes contratos de aquella época para poder dar siquiera noticia de los alquileres de las tiendas y de los talleres. El coste de estos alquileres era necesariamente muy variable. Así los sombrereros alquilaban más caro que otros industriales, porque al batanar comprometían la resistencia de los edificios. Las mercancías garantizaban el pago del alquiler. Cuando un carnicero de Santa Genoveva no pagaba el alquiler de su puesto, que era de 25 sueldos, o sea 100 sueldos por año, la abadía se incautaba de la carne y la vendía.

Las tiendas se abrían debajo de una gran arcada dividida horizontalmente por un pretil y a lo alto por montantes de piedra o de madera. Los espacios comprendidos

entre estos montantes estaban ocupados por tableros. El tablero superior se levantaba como una lucerna, el inferior se bajaba, y, sobresaliendo de la línea de la pared, servía de mostrador y despacho. El comprador no estaba, pues, obligado a entrar en la tienda para comprar. No era preciso hacerlo sino cuando tenía que tratar un asunto de importancia. Por eso los estatutos prohíben llamar al traseunte parado delante de la tienda de un colega, y por eso también los textos dan muchas veces a las tiendas el nombre de *ventanas*. El público veía mejor fuera que dentro de aquellas tiendas que, en lugar de las grandes lunas de nuestros almacenes, no tenían más que reducidos huecos por donde pasara la luz. Los colgadizos de madera o de planchones, los pisos superiores que sobresalían del bajo, contribuían a hacer más oscuro el interior de las tiendas. Los pañeros, por ejemplo, tendían arpilleras delante y alrededor de sus obradores.

El taller y la tienda eran una misma cosa. En efecto, los reglamentos exigían que el trabajo se ejecutase en el piso bajo, en la parte de delante de la casa, a la vista del público. Los parroquianos que entraban a comprar veían a los obreros, lo cual no habría ocurrido si el taller y la tienda hubieran sido dos piezas distintas. En cuanto a las dimensiones de los mostradores y de los talleres, los primeros eran de tres pies, de cinco pies, de cinco cuartas, mostradores portátiles de cinco pies. Una casa del Puente Mayor (París) tenía en su fachada tres talleres, uno de los cuales medía tres toesas (1) de largo por toesa y media de ancho, incluso lo que salía a la calle. Las tablas de los mercados se sorteaban entre los maestros de cada oficio.

* * *

Las materias primas que entraban en París habían de llevarse al mercado, donde se iba a verlas. Los fabricantes no podían comprarlas cuando estaban todavía en cami-

(1) La toesa tiene seis pies.

no y aprovisionarse de esta suerte a expensas de sus colegas. Las corporaciones las compraban al por mayor para distribuir las luego por igual entre los maestros. Ya, sin duda, las partes se sorteaban. Cuando llegaba un fabricante en el momento en que un colega iba a cerrar, ya dando la *palmada*, ya entregando *dinero en prenda*, un trató cuyo objeto fueron materias primas o mercancías



Fig. 53.—Sello de los oficios de Arlés.

del oficio, el testigo podía hacerse ceder, a precio de coste, una parte de lo comprado. Como la prohibición de ir al encuentro de las materias primas, como la división en lotes, esta costumbre singular tenía por objeto impedir el acaparamiento, hacer que todos los miembros de la corporación aprovecharan las buenas ocasiones. Se fundaba en la idea de que los fabricantes del mismo oficio no eran competidores ávidos de enriquecerse a expensas unos de otros, sino colegas de sentimientos recíprocos de equi-

dad y buen querer, y llamados a una parte todo lo igual posible en el reparto de los beneficios. Esta concepción de las relaciones entre colegas derivaba necesariamente de la existencia misma de las corporaciones, como la competencia exagerada resulta del aislamiento de los industriales modernos. Para ejercer el derecho de que acabamos de hablar, había que poseer la cualidad de maestro en toda su plenitud. Así un panadero establecido mediante el pago de licencia podía reclamar su parte del trigo comprado por un colega que no estuviera en su caso, pero lo contrario no tenía lugar. Los prenderos ambulantes no podían intervenir en los tratos hechos en su presencia por prenderos que tuvieran tienda, en tanto éstos participaban en las compras hechas por los primeros. Los pescadores y vendedores de pescado de río pagaban 20 sueldos además del precio de compra del oficio por adquirir este derecho. Cuando el patrón estaba impedido, su mujer, un hijo, un aprendiz, un criado eran aptos para ejercerlo en su lugar.

El deseo de impedir una desigualdad demasiado grande en el reparto de los beneficios, debía hacer a las corporaciones poco favorables a las sociedades mercantiles. La asociación, en efecto, crea casas poderosas que atraen toda la clientela y arruinan a los productores sueltos. Así ciertas corporaciones prohibían las sociedades mercantiles. Pero esta prohibición, lejos de ser general como se ha dicho, tenía carácter de excepción. Si estas sociedades no hubieran sido perfectamente legales, Beaumanoir no las habría incluido en su capítulo de las *compañías*. El jurisconsulto trata, en este capítulo, de las asociaciones más diferentes, tales como la comunidad entre esposos, las sociedades mercantiles, etc. Entre estas últimas se distingue la que se forma *ipso facto* por la compra de una mercancía en común, y las que se constituyen por contrato. Estas eran necesariamente muy distintas, y para dar idea de su variedad, Beaumanoir cita la sociedad en comandita, la sociedad temporal, la de por vida. Luego enumera las causas de disolución, y termina hablando de los actos que

un asociado realiza por la sociedad, de la responsabilidad de los mismos, de la proporción entre lo que cada uno aporta y sus beneficios; por último, de los casos en que un asociado administra solo los negocios sociales. Otros textos, dos de los cuales se refieren a sociedades en comandita y un tercero a una liquidación entre asociados, prueban superabundantemente que la industria parisién conocía las sociedades mercantiles; pero no se contaba en París con muchas casas dirigidas por asociados, ni siquiera sostenidas por comanditarios. No hemos encontrado la razón social de ninguna sociedad francesa, en tanto que podrían enumerarse sin esfuerzo diez sociedades italianas dedicadas en Francia a operaciones de banca y de comercio: los Anguisiola (Angoisselles), los Perruzzi (Perruches), los Frescobaldi (Frescombaus), etc.

Ciertos comerciantes ejercían a la vez varios oficios, o añadían a los provechos del oficio los gajes de un empleo completamente extraño al comercio y a la industria. Se podía ser al mismo tiempo curtidor, serrador, zapatero y talabartero, bolsero y peletero. El que hacía tapices *sarracenos* tenía derecho a tejer la lana y la tela después de haber hecho un aprendizaje, y recíprocamente el tejedor fabricaba tapices cumpliendo la misma condición. Los estatutos de los sombrereros de plumas de pavo real prevén el caso en que un asociado tenga, a la vez que este oficio, otro. La profesión de tundidor de paño era incompatible con otra industria, pero no con el comercio y con cualquier otra función. Se permitía a los afiladores de mucha fuerza tundir los paños y forjar; pero les estaba prohibida la acumulación de cualquier otro oficio.

La industria holgaba el domingo, en Navidad, en la Epifanía, en Pascuas, el día de la Ascensión, el de Pascua de Pentecostés, el del *Corpus*, la Trinidad, las cinco fiestas de la Virgen, Todos los Santos, las fiestas de los Apóstoles, la de San Juan Bautista, la del patrono del gremio. El sábado y la víspera de días de fiesta el trabajo no duraba más que hasta las nonas, vísperas o completas. Ciertos gremios permitían trabajar y vender,

en caso de urgencia o cuando el cliente era un príncipe de la sangre. En gran número de oficios, una o dos tiendas permanecían abiertas los días no laborables, y los dueños se aprovechaban, cuando les tocaba su turno, de este privilegio lucrativo. Ciertas industrias dejaban de trabajar una parte del año. Esta circunstancia permitía a los obreros que hacían alambre, contratados por años, descansar durante el mes de agosto. La industria moderna no está exenta de esto; pero el trabajo en ella no se paraliza nunca por completo, gracias al desarrollo de los mercados y también a causa de la necesidad de utilizar una maquinaria costosa que se deteriora cuando no funciona. Estaban prohibidas las coligaciones entre fabricantes lo mismo que entre obreros. Según Beaumanoir, los que se coligan con el objeto de hacer subir los salarios, y acompañan a esto amenazas y penalidades, han de padecer prisión y pagar una multa de 60 sueldos. No se habla más que de multa, pero de multa arbitraria, en los estatutos de los tejedores pañeros. Se hacían también coaliciones para obtener una reducción de horas de trabajo. La justicia no dejaba de perseguir estas asociaciones, cuando le eran denunciadas y tenía en su poder pruebas suficientes, pero era facilísimo que unos pocos fabricantes se pusieran de acuerdo en secreto para fijar el precio de su trabajo. Así una liga formada por los tejedores de Doullens duró seis años sin dar lugar a persecuciones, y cuando fue informada la regiduría o hubo recogido las pruebas, no supo cómo tratar a los culpables y preguntó a la regiduría de Amiens qué haría en semejante caso.

Parece que el monopolio debía enriquecer a todos los maestros y que la industria no llevaba jamás a la ruina y a la miseria. Seguramente la mayor parte de los fabricantes hacían buenos negocios, pero los había también que vivían mal, que quedaban pobres al retirarse, que quebraban. Los gremios tenían cajas de auxilio para ayudar a aquellos de sus miembros que no habían obtenido buen resultado. Sabemos que algunos patronos cedían sus aprendices porque no podían mantenerlos. Había en-

tre los espaderos y armeros gentes pobres, que vivían en los arrabales, y que, no teniendo casi probabilidades de vender en sus tiendas, obtenían permiso para llevar encima a vender sus armas. Calceteros establecidos habían tenido que renunciar a trabajar por su cuenta y que volver a figurar entre los simples obreros. El preboste de París rebajaba algunas veces la multa en que se había incurrido por contravenir a los estatutos, a causa de la pobreza del contraventor. Una *hilandería* ve que la retiran su aprendizaje porque en muchas ocasiones no tenía trabajo, carecía de taller y sólo trabajaba en talleres ajenos. La fortuna no sonreía por tanto a todos, y la situación de los fabricantes era más varia de lo que haría suponer un régimen económico que, restringiendo su número, imponía a todos las mismas condiciones de establecimiento, los mismos procedimientos y las mismas horas de trabajo, preparaba en cuanto era posible a todos las mismas probabilidades para aprovisionarse y habría debido, por consiguiente, asegurarles la misma venta. Era que mil desigualdades naturales impedían la uniformidad a que tendían los reglamentos.

Para caracterizar, por último, el papel económico del maestro, diremos que era a la vez capitalista y obrero, y que sus beneficios representaban al mismo tiempo el interés de su capital y el salario de su trabajo; pero añadiremos que la escasa importancia de los gastos generales, el corto número de los gremios, hacían de él un artesano mucho más que un capitalista y asignaban al trabajo parte preponderante en la producción.

G. Fagniez, *Etudes sur l'industrie et la classe industrielle à Paris*, París, Vieweg, 1877. (*Bibliothèque de l'Ecole des Hautes-Études*, fascículo 33).

CAPÍTULO XI

La monarquía francesa.

PROGRAMA.—*Los primeros reyes Capetos. El rey, su corte, su matrimonio; los grandes vasallos.*

Luis VI, Luis VII y Felipe Augusto. Progresos del poder real; extensión del territorio real.

Reinado de San Luis.

BIBLIOGRAFÍA

La historia de los primeros reyes Capetos y de las instituciones monárquicas en Francia en los siglos XI y XII ha sido hecha de manera definitiva por M. A. Luchaire, *Histoire des institutions monarchiques de la France sous les premiers Capétiens, 987-1180*, París, 1891.—M. Luchaire ha consignado la historia de las instituciones francesas hasta fines del siglo XII en su *Manuel des institutions françaises. Période des Capétiens directs*, París, 1892.—Por último, ha publicado una corta historia de *Felipe Augusto* (París, s. a.)

El reinado capital de Felipe Augusto no ha sido objeto hasta el presente de una monografía definitiva, aun cuando su historia sea fácil de hacer hoy. Los opúsculos de M. Williston Walker (*On the increase of royal power in France under Philip Augustus*, Leipzig, 1888), R. Davidsohn (*Philip II August von Frankreich und Ingeborg*, Stuttgart, 1888) y A. Cartellieri (*L'avènement de Philippe Auguste*, en la *Revue historique*, 1893 y 1894), son estimables.

Acerca del reinado de Luis VIII, véase Petit-Dutaillis, *Étude sur la vie et le règne de Louis VIII*, París, 1895.

La historia del **reinado de Luis IX** ha sido escrita por dos historiadores concienzudos: H. Wallon, *Saint-Louis et son temps*, París, 1875; F. Faure, *Histoire de Saint-Louis*, París, 1865.—Pero los últimos resultados de la ciencia se encuentran en monografías, de las que son las más recomendables: E. Boutaric, *Saint-Louis et Alphonse de Poitiers*, París, 1870; A. Molinier, *Étude sur l'administration de Louis IX et d'Alphonse de Poitiers, (1226-1271)*, en la *Histoire générale du Languedoc*, tomo VII, pág. 462; E. Boutaric, *Marguerite de Provence, femme de Saint-Louis*, París, 1868, tirada aparte de la *Revue des questions historiques*, tomo III; R. Sternfeld, *Karl von Anjou als Graf des Provence*, Berlín, 1888; E. Berger, *Saint-Louis et Innocent IV, étude sur les rapports de la France et du Saint-Siège*, París, 1893; P. Fournier, *Le royaume d'Arles et de Vienne*, París, 1891; E. Berger, *Histoire de Blanche de Castille, reine de France*, París, 1895.

M. A. Lecoy de la Marche es autor de gran número de obras de vulgarización acerca del reinado de Luis IX: *Saint-Louis, son gouvernement et sa politique*, París, 1887; *La France sous Saint-Louis*, París, 1894.

I.—Luis el Gordo y su corte.

Los Garlande.—Raul de Vermandois.—Suger.

Luis VI, cuya «buena figura y apostura elegante» alaba Suger, tenía de su padre la elevada estatura y fuerte corpulencia a que debe su sobrenombre de «Gordo», ya popular en el siglo XII. Su tendencia a la obesidad, mantenida por un formidable apetito de cazador, era de notar desde 1119, época en que Orderico Vital vió en el Concilio de Reims a «este alto y corpulento hombretón de color pálido, de fácil palabra». Un cronista inglés, muy malévolo por lo demás, se burla cruelmente de Felipe y de Luis, «que, dice, han hecho de su vientre un dios, y el más funesto de todos. El padre y el hijo han devorado de tal modo que la grasa les ha perdido. Felipe

ha muerto de resultas, y Luis, aunque muy joven, no está lejos de sufrir la misma suerte». La obesidad llegó a ser, en efecto, para Luis, como lo había sido para Felipe, enfermedad insoportable. A los cuarenta y seis años de edad ya no podía montar a caballo. Los excesos de comida contribuyeron quizá, tanto como los calores tórridos del verano de 1137, a provocar la disentería que se le llevó.

No quiso casarse hasta los treinta y cinco años. Y todavía fue preciso que sus amigos le censurasen del modo más apremiante para decidirle a cambiar de vida y a enlazarse de modo regular. La autoridad del grave Ives de Chartres no fue demasiado para decidirle (1). Sin dejar de felicitarle por haber fijado su elección en Adelaida de Maurienne, el prelado le invita, con cierta insistencia, a poner en ejecución su proyecto. «Guardáos bien, le dice, de diferir más el momento de anudar el lazo conyugal, para que vuestros enemigos no sigan riéndose de un designio tantas veces concebido y tantas abandonado. Apresuráos, que nazca pronto el que debe hacer vanas las esperanzas de los ambiciosos y fijar en una sola cabeza el cariño variable de vuestros súbditos». Luis dió plena satisfacción a su sabio consejero. La reina Adelaida le hizo en poco tiempo padre de seis hijos y una hija. El porvenir de la dinastía estaba asegurado.

Luis el Gordo era amante del dinero y subordinó con excesiva frecuencia los intereses de su política al deseo de proporcionárselo. Su avidez le hizo cometer, en 1106, cuando no era más que rey designado, una grave falta política que hubo de lamentar muy amargamente en lo sucesivo. Ganado por el oro del rey inglés, Enrique Beauclerc, le dejó reunir tranquilamente el ducado de Nor-

(1) Adelaida de Maurienne era por lo demás feísima, de creer al cronista Gilbert de Mons. El conde de Hainaut, Baduino III, que se había comprometido con ella, la rechazó una vez que la hubo visto y se apresuró a casarse con otra mujer.

mandía a su reino, grave imprevisión contra la cual Felipe I, más listo, intentó en vano ponerle en guardia. Más de una vez, en su reinado, se vió suspendida la acción de la real justicia, porque los culpables habían encontrado medio de corromper a los palatinos y al mismo soberano. Pero nada iguala al cinismo con que, en el asunto del fuero municipal de Laon, Luis el Gordo, igualmente solicitado por el municipio y por el obispo, vendió al mejor postor el apoyo de la autoridad real. Este afán de dinero se explica quizá por la enojosa desproporción que comenzaba a existir entre las rentas patrimoniales y la cifra siempre creciente de los gastos de orden administrativo y político. Se sabe que Luis se vió obligado a dejar en prenda durante diez años una de las más preciosas joyas de la corona, vendida más tarde a la abadía de Saint-Denis. Como quiera que sea, la venalidad de la curia era un hecho notorio, y Guibert de Nogent, sin dejar de prodigar elogios a Luis el Gordo, no vacilaba en condenarle en este punto. «Excelente desde todos los demás puntos de vista, dice, este príncipe cometía el grave error de conceder su confianza a gentes de baja condición y de ambición sórdida, lo cual perjudicó mucho a sus intereses lo mismo que a su reputación y causó la pérdida de más de una persona». El cronista Godofredo de Courlon se hacía aún eco, a fines del siglo XIII, de estos rumores desfavorables. «El mismo año, dice, murió el rey Luis VI, conocido por su afán de dinero. Hizo una torre en París y juntó grandes tesoros».

Hay que reconocer sin embargo que, en los juicios formulados con respecto a Luis por los contemporáneos, hay evidentemente mucho más bien que mal. Unánimes están en alabar su dulzura, su humildad, su afabilidad con todos y una especie de candidez o inocencia natural que denominan «su sencillez». Tal es la expresión de que se sirven, cual resultado de un acuerdo previo, los que le conocieron más de cerca, Suger, Ives de Chartres y el cronista de Morigni. Suger ha llegado a decir en algún sitio que era «piadoso como no cabe imaginar». Así

aquel hombretón sin malicia se dejó engañar a veces por enemigos aviesos, como Hugo del Puiset, al que no costaban nada las perfidias y los perjuros.

De ordinario la bondad va a la par con la rectitud. La Historia ha señalado bien raras veces en Luis esa tendencia, muy común en la Edad Media, que consiste en emplear la astucia y la perfidia allí donde la fuerza declarada no tiene probabilidades de triunfar. Su «sencillez» natural le llevaba más bien a herir de frente y a desdeñar las artimañas. Había en él una lealtad instintiva que se puso particularmente en evidencia en su larga y penosa lucha con el feudalismo de la Isla de Francia. Se debe observar, en efecto, que no hay una sola de estas campañas, dirigidas frecuentemente contra enemigos poderosos y capaces de las más negras traiciones, en que Luis no se haya sujetado a observar las reglas del derecho feudal a la sazón en vigor, lo que Suger llama la «costumbre de los franceses» o la «ley sálica». Aquel representante del principio y de los intereses monárquicos, más respetuoso con respecto a las leyes del feudalismo que alguno de sus grandes vasallos, jamás dejó, antes de emprender una expedición, de requerir varias veces, ante el tribunal de su padre y ante el suyo, al barón cuyas malas acciones pedían castigo. Todas las guerras de Luis el Gordo fueron precedidas de esta suerte de una acción judicial. Pura cuestión de forma, si se quiere, en muchos casos, pero con bandidos como Hugo del Puiset o Tomás de Marle, se podía censurar al rey que no olvidase las formas.

Cuando el año 1109 Luis, a punto de venir a las manos con el rey de Inglaterra, envió un heraldo a su rival para reprocharle el haber violado el derecho e invitarle a dar la satisfacción exigida por la costumbre, el representante del rey de Francia expresó fielmente el pensamiento y los sentimientos de su dueño, añadiendo: «Es vergonzoso para un rey transgredir la ley, porque el rey y la ley toman su autoridad de la misma fuente». Luis el Gordo tuvo la conciencia de haber conformado sus ac-

tos a sus principios en todas las circunstancias en que apareció adversario del feudalismo. Concedía tal importancia a esta regla de conducta que, en 1135, creyéndose a punto de morir, se contentó con hacer a su hijo esta doble recomendación, que comprendía sin duda toda su moral y resumía para él los deberes múltiples de la realeza: *proteger a los clérigos, a los pobres y a los huérfanos, conservando a cada uno su derecho; no detener jamás a un acusado en el tribunal a donde se le ha requerido, a menos de existir flagrante delito cometido en el lugar mismo.* El primer precepto era esencialmente de orden monárquico, el poder real podía definirse como un sacer-



Fig. 51.—Moneda de Luis VI.

docio de justicia y de paz ejercido en beneficio del débil. El segundo era de orden feudal, restringía la acción del soberano, en beneficio del vasallo, garantizando al barón culpable ante la acción inmediata de la justicia de su señor. El rey que, como Luis el Gordo, proclamaba altamente este principio y en él se inspiraba, debía aparecer, a los ojos de los contemporáneos, como modelo de la lealtad y la viva imagen del derecho.

Pero el rasgo más saliente de este carácter caballeresco, el que Suger en su historia ha puesto de relieve con preferencia evidente y singular vigor, es la actividad infatigable, el ardiente valor que no se detiene ante nada, a veces también la loca temeridad del soldado.

Luis el Gordo, en efecto, fue ante todo hombre de guerra. Su representación militar le absorbe todo entero hasta el día en que, habiéndole dejado la victoria poco que

hacer y apoderándose de él las dolencias, se vió obligado a tomar al fin el reposo que jamás había conocido. Y todavía no cesó de combatir hasta poco antes de su muerte. En 1135 tan sólo fue a quemar el último castillo que le cupo en suerte. Hacía ya mucho tiempo que las fuerzas le abandonaban. Su gordura, lo hemos dicho, le impedía montar a caballo, pero a toda costa se empeñaba en dirigir personalmente las expediciones más fatigosas. En vano sus amigos le inducían a permanecer tranquilo, a cumplir simplemente sus deberes de jefe del Estado. No podía resignarse a hacerlo y afrontaba, con gran perjuicio de su salud, intemperies y obstáculos que hacían retroceder a los jóvenes. Invasado por la obesidad, incapaz casi de moverse, desesperado por no poder satisfacer cuando era preciso el afán de actividad que le devoraba, decía gimiendo a sus íntimos: «¡Ay, miserable condición la nuestra, no poder nunca gozar a un tiempo de la experiencia y de la fuerza! ¡Si hubiera sabido, siendo joven; si pudiera, ahora que soy viejo, habría sujetado muchos imperios!»

Este disgusto pinta por entero al hombre. Jamás soberano de la Edad Media intervino más directamente y más a menudo en los campos de batalla. Luis el Gordo, «atleta incomparable y gladiador eminente», como dice Suger, tenía el orgullo de la fuerza corporal y del valor seguro de sus golpes. Amaba la guerra por sí misma y en ella tomaba parte tan activa como el último de sus soldados. Sus amigos le censuraron más de una vez que sacrificase al placer de batirse su deber de jefe de ejército y el cuidado de la majestad real. Se le vió en el sitio del castillo de Mouchi, llevado por el ardor de la lucha, penetrar en la torre principal que ardía, a riesgo de perecer abrasado, y volver como de milagro con una afección de que tardó mucho tiempo en curar. En el paso del Indre, en la campaña de 1108, fue el primero que se lanzó al río, donde el agua le llegó hasta el casco, para dar ejemplo a sus soldados y lanzarlos contra el enemigo. En las guerras del Puiset, combate siempre más como soldado que como

rey, metiéndose en las filas de sus adversarios, con menosprecio de toda prudencia, y luchando siempre cuerpo a cuerpo con cuantos tropezaba. Aquel audaz batallador llevó un día su ingenuidad al punto de proponer al rey de Inglaterra, Enrique I, terminar sus discordias en singular combate. El duelo debía tener lugar, a la vista de

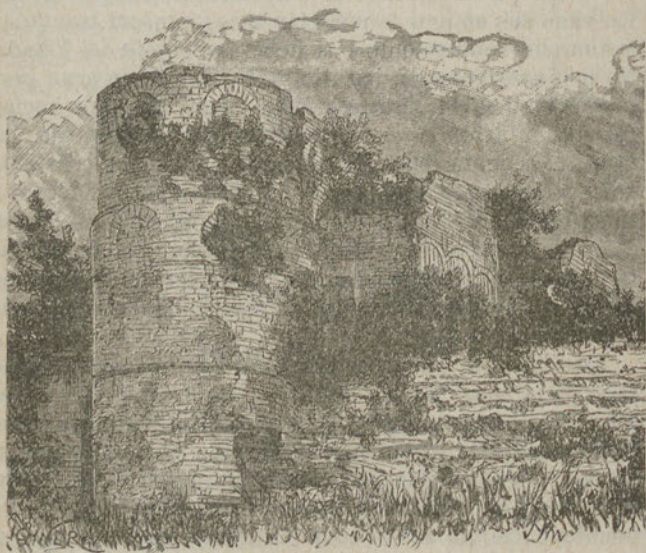


Fig. 55.—Castillo de Senlis.

los dos ejércitos, en el puente carcomido del Epte, que separa Francia de Normandía. El inglés no respondió más que con una burla a aquella proposición demasiado caballeresca.

Tal era Luis el Gordo, naturaleza generosa y simpática, carácter esencialmente francés, a propósito para dar a la monarquía capeta el prestigio moral de que había ca-

recido hasta entonces. Su varonil y vigorosa figura de soldado se destaca con sorprendente relieve al lado de las fisonomías indecisas, apenas dibujadas, de los cuatro primeros Capetos.

* * *

A principios del siglo XII, el poder gubernamental permaneció repartido, como antes, entre los miembros de la familia real, los consejeros íntimos o palatinos y la asamblea de los grandes del reino. Pero en el reinado de Luis el Gordo, iba este último órgano a tener cada vez menos importancia. En dicha época, en efecto, la autoridad de hecho, en el gobierno, tendió a recaer por entero en las personas que rodeaban inmediatamente al príncipe, a sus parientes, a la alta servidumbre revestida de los cargos de la corona, al cenáculo oscuro de los clérigos y de los caballeros que constituían la parte permanente de la curia. Los consejeros íntimos que rodeaban al príncipe real durante su designación son los mismos que han suscrito durante muchos años las pragmáticas de Luis, rey titular: su preceptor, Hellouin de Paris; chambelanes: Froger de Châlons, Ferri de Paris, Bartolomé de Montreuil, Enrique el lorenés; clérigos: Algrin d'Étampes, y, al final del reinado, Thierry Galeran; caballeros: Nivard de Poissi, Raul le Délié, Bartolomé de Fourqueux. Pero los más influyentes eran sin contradicción los hermanos de Garlande.

El favor de que gozaba la familia de Garlande, su influjo sobre la persona del rey y en los asuntos públicos, debía durar, con ciertas vicisitudes, hasta el final de este reinado tan largo. Fue completo y no dejó de aumentar durante los veinte primeros años. Este hecho se explica por el carácter del príncipe, a la par que por las necesidades de su posición. Apenas había comenzado su reinado definitivo, cuando hubo de resistir los ataques de multitud de enemigos conjurados para perderle. Tuvo que

defenderse a la vez contra los miembros de su misma familia que aspiraban siempre a sustituirle, contra los rencores de la casa de Rochefort, la intratable turbulencia de los señores del Puiset, el odio perseverante del conde de Blois; por último, contra la enemistad tradicional del soberano anglo-normando. En medio de estas guerras casi cotidianas, de estos peligros sin cesar renacientes, el valor guerrero de Anseau y de Guillermo de Garlande, la inteligencia de su hermano Esteban le procuraron inestimables servicios. Por interés, por agradecimiento y algo también por debilidad, les abandonó la dirección suprema de la curia. Anseau conservó el mando supremo del ejército hasta el día en que pereció gloriosamente al servicio del rey, en el tercer sitio del Puiset, año de 1118. Entonces fue cuando le sustituyó su hermano Guillermo. Mandaba las tropas reales en 1119, cuando la derrota de Brémule. En cuanto a Esteban, había recibido el cargo de Canciller, que podía convenir únicamente a una personalidad eclesiástica. Con tal motivo, no solamente disponía del sello real, sino que dirigía también al clero afecto a la real capilla, y participaba, en cierta medida, en el ejercicio del poder judicial.

Todo descendió pronto ante el crédito de los Garlande. Las otras familias de palatinos que habían compartido la fortuna del príncipe durante el período de su designación, hubieron de ceder ante este favor sin precedentes, cuando no hubieron de padecerlo. La casa de Chaumont, en el Vexin, tenía cercano parentesco con Luis el Gordo. Uno de sus miembros llegó a casar con la hija natural de este rey, llamada Isabel. Por eso Hugo de Chaumont continuó hasta el fin del reinado en posesión del cargo de Condestable. La familia de la Tour o de Senlis, menos apoyada, fue menos feliz. Perdió la botillería en 1112, cuando Guido de Senlis fue sustituido por Guilbert de Garlande. De los cinco grandes cargos, tres estuvieron entonces en manos de la misma familia, hecho único en la historia del palacio capeto. En 1120 ocurrió algo más extraordinario todavía. La muerte de Guillermo de Garlande

de dejó vacante el dapiferado. Para impedir que este cargo importante saliera de la familia, el canciller Esteban se hizo nombrar senescal y acumuló los dos títulos, lo que nunca se había visto, ni volvió a verse más tarde. ¡Un eclesiástico jefe superior del ejército! Esta extraña situación, prolongada durante siete años, dió la medida de la debilidad del rey y de la audacia del favorito.

La ambición y la avidez de Esteban de Garlande dejaron de tener límites muy pronto. Como canciller y capellán jefe, se hizo conceder gran número de beneficios eclesiásticos en las iglesias y las abadías que dependían inmediatamente de la Corona. Se le vió a la vez canónigo de Etampes, archidiácono de Nuestra Señora de París, deán de la abadía de Santa Genoveva, y con el mismo cargo en Saint-Samson y en San Avito de Orleans. Quiso también serlo de la iglesia catedral de Orleans, y para satisfacerle se dió el obispado de Laon al deán Hugo. Intentó también varias veces llegar al obispado. El gobierno capeto sostuvo durante dos años una lucha de las más ardientes contra el Papa y los partidarios de la reforma con objeto de asegurarle la sede de Beauvais. Esteban intentó también en vano ocupar la de París. En 1114, al morir Godofredo, obispo de Beauvais, se atrevió a pedir que se trasladase a este obispado al obispo de París, Galon, para hacerse nombrar en su puesto. Y aun pretendía, una vez revestido de la dignidad episcopal, permanecer en posesión de sus numerosos beneficios. Esta vez se había llenado la medida y el Papa Pascual II se negó a acoger su petición. Esteban no dejaba de ser por eso «el segundo personaje del reino, aquél cuya voluntad regía Francia entera y que parecía menos servir al rey que gobernarle», según la expresión decisiva del cronista de Morigni.

Esta fortuna insolente no podía menos de provocar la envidia y excitar el odio. Esteban se había hecho numerosos enemigos en Palacio, entre las personas que rodeaban al rey, lo mismo que fuera, entre los obispos y los abades a quienes escandalizaba su conducta. Pero los

más peligrosos para él estaban entre la familia real, que no podía perdonarle el influjo ilimitado que tenía sobre Luis el Gordo. Cuando el rey se casó en 1115 con Adalaida de Maurienne, el crédito del canciller dejó de ser tan firme como antes. Tenía entonces una rival. La reina no tardó en adquirir sobre su marido el ascendiente que le aseguraron su conducta, siempre irreprochable, y su gran fecundidad. Su poder aumentó todavía en 1119, cuando el arzobispo de Viena, Guido, subió al trono pontificio y ella fue sobrina del Papa.

Esteban de Garlande no tuvo la flexibilidad y la previsión necesarias para atraerse las simpatías de una persona a la que por su situación no podía alejar. Lejos de mimar a la reina, le agradó, por el contrario, irritarla con chismes repetidos. Debieron ser muchos los conflictos entre aquellos dos poderes rivales, aun cuando la Historia haya permanecido muda respecto a dichos incidentes.

La enemistad de una parte del clero hacía su situación todavía más difícil. En su calidad de archidiácono de Nuestra Señora, estaba siempre a mal con el obispo de París, Esteban de Senlis, miembro de aquella misma familia de palatinos que había sido una de las primeras víctimas de la subida de los Garlande. En aquella época, tendía a hacerse casi normal el estado de guerra entre los archidiáconos y los jefes de las diócesis. Aun cuando el nombre de Esteban de Garlande no se mencione en los documentos relativos a la disputa del obispo de París con el archidiácono Teobaldo Notier, nadie duda que el omnipotente Canciller desempeñase papel preponderante en el asunto, como en todas las ocasiones en que se trataba de disminuir la autoridad episcopal. El sostuvo en contra del obispo las pretensiones de Galon, el maestro de las escuelas parisienses; él, oponiéndose a la introducción de los principios reformistas en la diócesis y de los canónigos de San Víctor en la catedral, ocasionó la crisis aguda de que resultaron la expulsión de Esteban de Senlis, el interdicto lanzado contra el obispo de París y la amenaza de excomunión dirigida contra Luis el Gordo. Bajo su

acción, la política eclesiástica del príncipe se dibujó claramente en un sentido anti-reformista. Esteban vino a ser el defensor natural de todos los que, diciéndose oprimidos por las nuevas doctrinas, intentaban sustraerse a la regla. Cuando en 1122 Abelardo quiso abandonar la abadía de Saint-Denis, donde los superiores querían retenerle contra su voluntad, antes que nada se dirigió al rey y a su Consejo. Esteban de Garlande manifestó a Suger que al intentar retener contra su voluntad a un hombre tal como Abelardo, se exponía a un escándalo, sin provecho alguno para su comunidad. Se hizo un arreglo en presencia del rey y de su ministro. Abelardo tuvo derecho a elegir el lugar de su retiro, pero con la promesa de no separarse de Saint-Denis y de no entrar a formar parte de ninguna otra comunidad.

La actitud del canciller debía atraerle, se concibe, las maldiciones y la cólera de todos aquéllos, obispos y abades, que dirigían el movimiento reformista. Ya el año 1101, Ives de Chartres, queriendo impedirle ocupar el obispado de Beauvais, pintaba a Pascual II, con los más negros colores, a aquel clérigo «ignorante, jugador, mujeriego, que ni siquiera tenía el grado de subdiácono y que en otro tiempo se había visto excomulgado por el arzobispo de Laon por adulterio notorio». El retrato estaba sin duda un poco recargado, porque el mismo Ives se creyó en la obligación, poco tiempo después y en nueva carta dirigida al Papa, de recomendar al candidato a quien había atacado tan violentamente. Pero San Bernardo era más lógico. Su elocuente indignación, que no perdonaba a reyes ni a Papas, denunció a la cristiandad el espectáculo escandaloso que daba aquel archidiácono-senescal, antítesis viva, personaje de doble cara «que sirve a la vez a Dios y al diablo, reviste al mismo tiempo la armadura y la estola, lleva los manjares a la mesa del rey y celebra los Santos Oficios, llama a los soldados al són del clarín y trasmite al pueblo las órdenes del obispo». Lo que subleva sobre todo al abad de Clairvaux es que este diácono, «más cargado de honores eclesiásticos de lo que toleran

los cánones, atiende mucho menos a sus funciones espirituales que a su servicio en la corte, a las cosas del cielo que a las de la tierra». Se gloria ante todo de su título de senescal; «pero lo que le agrada en este cargo no es la tarea del soldado sino la pompa del mando, de igual modo que lo que más quiere en las funciones eclesiásticas, es los provechos que obtiene». ¿Puede comprenderse que el rey conserve a este clérigo afeminado en la curia, y que la Iglesia no expulse de su seno a ese soldado que la deshonra?

El descontento del partido reformista no habría bastado sin duda para romper los lazos de amistad y de larga costumbre que unían al rey con su favorito. Una grave imprudencia de Esteban de Garlande produjo la revolución palatina que preparaba desde hacía mucho tiempo la reina Adelaida y que parecía haber previsto San Bernardo (1127).

Como todos los senescales de Francia, sus predecesores, como todos los grandes oficiales de la Corona en general, Esteban, que había recibido el dapiferado de manos de sus dos hermanos, no pensaba más que en mantener este cargo en su familia. No pudiendo tener sucesión, dió su sobrina en matrimonio a Amauri IV, señor de Montfort y conde de Evreux, uno de los barones que más servicios habían prestado a Luis el Gordo en sus últimas guerras con los anglo-normandos. El sobrino del canciller recibió, con el castillo de Rochefort que le llevaba su mujer, la seguridad de la futura sucesión al dapiferado. Evidentemente no se consultó al rey. La situación era de las más graves. ¿Podía tolerar Luis VI que se dispusiera de esta suerte, sin su aprobación, de la dignidad más alta de la Corona; dejaría consagrar benévolamente el principio de la trasmisión hereditaria de los altos cargos? ¿No era tiempo de oponerse a una tendencia que debía en último término hacer esclava a la monarquía de sus altos funcionarios y de los palatinos los dueños absolutos en Palacio? Inquieto por la ambición de su favorito, incitado por la reina y por el clero, Luis el Gordo se decidió

esta vez a desplegar una energía que no acostumbraba tratándose de los asuntos de su Corte. Dió un verdadero golpe de Estado.

Despojado de sus cargos de senescal y de canciller, Esteban fue desterrado de la Corte. Se le sustituyó casi inmediatamente en la Cancillería, pero no en el dapiferado, que había de permanecer vacante durante varios años. Su hermano Gilberto participó de su suerte y la familia de Senlis volvió a entrar en posesión de la botillería. Una orden de la reina prescribió la destrucción de todas las casas que Esteban había mandado edificar en París con gran lujo. Sus viñas fueron arrancadas. Se le trataba como enemigo público.

Sin embargo, Esteban de Garlande no era hombre que cayera en silencio, con la resignación del sabio. El golpe de Estado de Luis el Gordo ocasionó la guerra civil, guerra oscura y poco conocida que duró por lo menos tres años, desde 1128 a 1130. Esteban y Amauri de Montfort no habían vacilado en aliarse con los peores enemigos, Enrique I y Teobaldo IV. Luis, apoyado solamente por su primo el conde de Vermandois, Raul, fue a sitiar personalmente una de las fortalezas de la casa de Garlande, Livri en Brie. Gracias a frecuentes asaltos y a la superioridad de sus máquinas de guerra, acabó por apoderarse de la plaza, que destruyó totalmente. Pero pagó caro su triunfo; Raul de Vermandois perdió un ojo y él mismo resultó con una pierna atravesada por un tiro de ballesta, herida que soportó con aquel valor estoico de que había ya dado pruebas tantas veces. La crisis que atravesaba la monarquía era entonces tanto más grave cuanto que, sin dejar de hacer guerra a su senescal, el rey se hallaba también en lo más enconado de su lucha con el obispo de París y con el clero reformista. Por eso juzgó necesario aprovechar un momento de calma para consolidar su trono quebrantado por tantas sacudidas y asegurar su dinastía contra los peligros que preveía aún. El día de Pascua de 1129 su hijo primogénito, Felipe, que contaba trece años, joven de buena presencia y que hacía

concebir generales esperanzas, fue consagrado en Reims y asociado al trono.

Era la respuesta mejor que pudo dar Luis el Gordo a los ataques de todo género de que su poder era objeto. Esteban de Garlande no tardó en perder la esperanza, de que se había alabado, de interesar a la nación entera en su suerte. Se vió obligado a humillarse y, para volver a la gracia del soberano, a recurrir a la intervención de aquella misma reina que tanto había contribuído a su caída. Pero hubo de abandonar toda aspiración al dapiferado y a la propiedad hereditaria de este cargo. Su cómplice, Amauri de Montfort, debía continuar más tiempo la resistencia. Cuando, por mediación de Adelaida y del joven rey Felipe, fue un hecho la reconciliación de Esteban con Luis el Gordo, el rey, en quien sobrevivía un cariño mal extinguido por la casa de Garlande, mostró con respecto a su ex-ministro una mansedumbre excesiva quizá. No pudiendo restituirle el título de senescal, no temió restablecerle en su cargo de Canciller (1132) y en él le conservó hasta el final de su reinado. Verdad es que, a partir de dicha época, Esteban no aparece ya casi en la historia más que como firmante de pragmáticas reales. Su representación política ha terminado, la influencia y el poder han pasado a otras manos. A la muerte de Luis el Gordo, se le quitará el sello real para dárselo al vicescanciller Algrín. El omnipotente favorito, el hombre que se había mantenido frente al rey y la Iglesia, desaparecerá completamente de la escena en que había ocupado el primer puesto.

La revolución palatina que puso fin a la dominación de Esteban de Garlande marca una fecha decisiva en la historia interna del reinado. De una parte, ya no se verán renovarse las convulsiones políticas y las luchas intestinas a que había dado lugar la cuestión siempre peligrosa de la herencia de los grandes cargos. El espíritu feudal estaba vencido en este terreno, como lo estaba también, de otra manera, por la actividad guerrera de Luis VI. La monarquía, dueña en adelante de su palacio, no se verá

obligada a confiar a castellanos, más o menos enemigos de sus intereses, los altos cargos de la Corona. No luchará ya con ellos para conservar la propiedad de los mismos. Si deja que estos cargos se perpetúen en una misma familia es porque quiere, porque los ocupantes no le producen ninguna inquietud; pero lo querrá raras veces. Unas veces el cargo permanecerá vacante, otras se le despojará de los poderes efectivos que supone para ser conferido, a título puramente honorífico, a los grandes vasallos de la Corona. En este respecto, Luis el Gordo inició las tradiciones monárquicas que habían de seguir sus sucesores. El más peligroso de estos grandes cargos, el dapiferado, permaneció vacante cuatro años, desde 1127 a 1131.

No solamente la organización del palacio fue modificada en provecho del poder real. Nuevas influencias se abrieron paso, el personal director se renovó y la política del soberano tomó una orientación algo diferente. Durante los diez últimos años del reinado, el gobierno de Luis VI se muestra sensiblemente más ponderado, sus actos son más reflexivos y más lógicos, no cede ya con tanta frecuencia a las sugerencias de la cólera o al cebo de la ganancia. Las medidas que se adoptan durante este reinado llevan el sello de una voluntad más dueña de sí y de sus instrumentos, más ilustrada acerca de los verdaderos intereses de la monarquía y más cuidadosa también de la moral y de la dignidad del trono. Este cambio se debe en parte, sin duda alguna, al efecto natural de la edad sobre el temperamento y el carácter del príncipe. Pero es cierto asimismo que fue obra de los consejeros y de los colaboradores que Luis el Gordo tomó después de la crisis en que se derrumbó la ambición de los Garlande. A partir de 1128, la alta dirección de la política real está principalmente en manos de dos personajes que hasta entonces sólo habían figurado en segundo lugar, el conde de Vermandois, Raul, y el abad de Saint-Denis, Suger. La influencia del primero se manifestó en todo lo que concernía a los asuntos militares. Aun cuando el genio polí-

tico del segundo se haya manifestado principalmente en el reinado de Luis VII, se sabe que tomó parte considerable en los acontecimientos de los últimos años de Luis el Gordo.

*
* * *

Raul de Vermandois, que sustituyó a Esteban de Garlande como jefe del ejército, era lo que se llamará más tarde «un príncipe de la sangre», el propio primo del rey. Había dado desde hacía mucho tiempo pruebas de su devoción a la causa real. Joven aun, había ido a combatir al lado de su primo durante la segunda guerra del Puiset. Cuando la invasión alemana amenazó el territorio francés, acudió con los contingentes aguerridos que daba el territorio de San Quintín y mandó el cuerpo de ejército en que se encontraban los caballeros del Ponthieu, del Amiénois y del Beauvaisis. Aquel Capeto de la rama menor era, por la importancia de su feudo como por su intrepidez personal, uno de los más firmes sostenes de la dinastía.

Por la situación misma de su feudo, era enemigo natural de las casas de Champagne y de Couci. Ahora bien, precisamente contra estas dos familias se dirigieron los últimos esfuerzos de Luis el Gordo. Según dice Suger, la influencia preponderante de Raul determinó al rey a ir a forzar en su guarida al demasiado famoso Tomás de Marle (1130). El conde de Vermandois se dió el gusto de dirigir el golpe mortal al enemigo hereditario de su casa y arrojarle encadenado a los pies del soberano. Dos años más tarde, una nueva expedición, decidida sin duda también por consejo de Raul, amenazaba al hijo de Tomás de Marle, Enguerrando de Couci. Luis sitió la Fère durante más de dos meses sin poder apoderarse de ella. Al fin, el conde de Vermandois accedió a un acuerdo que restablecía la paz en aquella comarca tan largo tiempo perturbada. La guerra de 1132 terminó con el matrimonio

de Enguerrando de Couci con la madre del senescal, singular final de una empresa guerrera que parecía destinada a satisfacer los intereses del Vermandois tanto como los de la monarquía.

* * *

Los servicios que Suger prestó a Luis el Gordo durante la mayor parte de su reinado eran más desinteresados. El hombre de Estado a quien dos reyes de Francia hon-



Fig. 56.—Suger, según una vidriera de Saint-Denis.

raron con el nombre de amigo y que gobernó solo el reino durante la segunda cruzada, ha sido naturalmente objeto de numerosas biografías. Pero son menos biografías que elogios hechos sin examen crítico y recargados de pormenores fantásticos. Falta escribir un libro digno de aquella gran figura en que parecen haber encarnado las cualidades seductoras y el buen sentido de nuestro genio nacional.

Se ve en Suger el más sorprendente ejemplo de lo que puede lograr una voluntad perseverante puesta al servicio de una inteligencia superior. Aquel hombrecillo de cuerpo enclenque y desmedrado, de salud siempre delicada, había nacido en la clase baja y a su solo esfuerzo debió su fortuna. Tenía el espíritu despierto, la palabra galana y fácil, una memoria extraordinaria que le permitía recoger sin esfuerzo los recuerdos literarios, los hechos históricos, las anécdotas, al mismo tiempo que los mil pormenores de los asuntos confiados a su celo. Pero gozaba de una facultad preciosa, la de distinguir al momento las ideas y los hechos que podía serle útil conservar, y servirse de ellos con precisión en el momento que quería. Los contemporáneos admiraron sobre todo la facilidad de su palabra, aquella facundia inagotable y brillante que le hacía parecerse a Cicerón. Hablador infatigable, le ocurría a veces retener a sus oyentes hasta hora avanzada de la noche. Era por excelencia «el abogado» de la corte de Luis el Gordo, y tal es el título que le asigna la crónica de Morigni. Encargado de exponer al rey «las quejas de las iglesias, de presentarle las súplicas de los pobres, de las viudas y de los huérfanos», parece haber desempeñado en Palacio el doble papel de «relator de las demandas y de procurador del rey», magistraturas que no aparecerán formalmente sino más tarde en las instituciones capetas. Escribía por otra parte, a lo que parece, con tanta facilidad como hablaba, y los que le conocieron no se cansan de elogiar su saber literario y el brillo de su estilo. A decir verdad, el latín de la *Vida de Luis el Gordo*, menos vulgar y llano que el de la mayor parte de los escritores monásticos, se distingue sobre todo por la oscuridad, el mal gusto y la incorrección. Se percibe en él, sin embargo, cierto vigor de espíritu, y no sé qué llama interior que no es propia de un alma vulgar. Las cualidades predominantes en Suger, las que hicieron de él el ministro necesario y considerado aun de sus enemigos, son precisamente las que menos ensalzan sus contemporáneos: una gran capacidad de trabajo, el conocimiento ín-

timo de los hombres y de las cosas, el sentido práctico, una firmeza inquebrantable unida a juiciosa moderación.

Es bastante difícil calcular con exactitud el influjo ejercido por el célebre abad en el gobierno de Luis el Gordo. El mismo Guillermo, biógrafo o más bien panegirista de Suger, no traza con algún pormenor la vida política de su héroe sino al hablar del reinado de Luis el Joven y sobre todo de la época de la regencia. Es preciso, por tanto, recurrir al mismo Suger y a su principal obra histórica. Pero sabido es que el autor de la *Vida de Luis el Gordo* eligió, entre los hechos del reinado, los que eran más propios para poner de relieve el valor y la magnanimidad del rey. Es muy incompleto en lo que concierne a la historia interna de la curia, y los detalles más interesantes que da acerca de su intervención personal se refieren justamente al período de las guerras del Puiset, durante el cual no formaba todavía parte, a título permanente, del Consejo Real. Sobre todo a partir de la caída de los Garlande importaría conocer la participación que tuvo el abad de Saint-Denis en los asuntos públicos. Pero entonces se borra más y se confunde de intento, por una modestia sin duda exagerada, en el grupo de los «amigos y familiares» a quienes el soberano iba a pedir sus mejores inspiraciones. En cuanto a los otros cronistas, franceses o extranjeros, permanecen mudos acerca del papel político de Suger y parecen conocerle todavía menos que a Esteban de Garlande. Se buscaría en vano el nombre del abad de Saint-Denis en la Historia de Orderico Vital.

Las primeras relaciones de Luis el Gordo y de Suger datan probablemente de la época en que ambos vivían, como escolares, en la gran abadía capeta. Ningún texto nos informa, por otra parte, acerca de su intimidad de la infancia, y todo lo que se dice de Suger en la corte de Felipe I se funda en el único pasaje en que afirma haber oído al soberano maldecir en presencia de su hijo de la torre de Montlhéry. Si asistió en 1106 al Concilio de Poitiers, en 1107 a la consagración de la iglesia de la Caridad

y a la asamblea de Châlons, presidida por Pascual II, fue como «orador» de la abadía de Saint-Denis, como asesor de su abad, Adán, y en modo alguno como representante del poder real. Sus funciones de preboste de Berneval, tierra abacial que dependía del rey de Inglaterra, luego de preboste de Touri, en Beauce, le tenían alejado de Palacio, donde su nombre no aparece jamás en esta época entre los de los firmantes o testigos de las reales pragmáticas. El papel que desempeñó cerca del rey durante las guerras del Puiset se explica naturalmente por su situación de administrador y de defensor de los territorios de que la abadía era dueña en Beauce. Sólo en 1118 Suger parece haber estado por vez primera encargado de una misión diplomática por el gobierno de Luis el Gordo. Recibió orden de ir a Maguelone para dar la bienvenida al Papa Gelasio II. El rey le empleó desde entonces constantemente en todas las circunstancias en que fue preciso entrar en relación con los diferentes Pontífices que se sucedieron en el trono de San Pedro. Pero hay que notar que este papel de negociador de los asuntos eclesiásticos y de embajador cerca de la Santa Sede no correspondió exclusivamente al abad de Saint-Denis. Luis el Gordo confió también este cargo a los directores de las grandes comunidades parisienses, a los abades de Saint-Germain-des-Prés, de Saint-Victor, de Saint-Magloire, al prior de Saint-Martin-des-Champs.

Cuando en 1122 Suger fue elegido abad sin que los electores hubieran requerido previamente el beneplácito del rey, el nuevo dignatario pudo temer que este procedimiento atrajera sobre él y sobre la abadía las persecuciones del poder civil. No ocurrió así, la amistad fue en este caso más poderosa que las necesidades de la política. Al ir a recoger el oriflama del altar de Saint-Denis, para la expedición contra los invasores alemanes (1124), el rey tuvo cuidado de indicar, en el solemne acto preparado para el caso, que había recibido el estandarte sagrado de manos de Suger, su «familiar y fiel consejero». Es el primer testimonio directo y oficial que conocemos

acerca de la participación concedida al abad de Saint-Denis en la amistad del rey y en el manejo de la cosa pública. No resulta que ocupase desde aquel momento en Palacio el rango a que debían llamarle más tarde su experiencia de los negocios y la confianza particular que inspiraba al soberano. La dirección de la curia había de estar aún algunos años en manos de Esteban de Garlande. Aun cuando hubiera muy poco parecido entre los dos personajes, hay que admitir, creyendo a San Bernardo, que Suger era desde hacía mucho tiempo amigo del archidiacono. Esta amistad no le era solamente exigida por la preocupación de su carrera política. El abad de Saint-Denis participaba de las ideas de Luis y de Esteban acerca de la necesidad de mantener al clero capeto bajo la dependencia de la autoridad real. Su moderación de espíritu y su afecto al principio monárquico le impedían aceptar, al menos en sus consecuencias últimas, las doctrinas del partido reformista. Pruébanlo así los ataques bastante vivos de que fue objeto por parte de San Bernardo y lo que tardó en introducir la reforma en la comunidad de Saint-Denis. Cedió sin entusiasmo al movimiento que dirigía el Papado y que favorecía la opinión.

Cuando el panegirista de Suger afirma «que no había nada oculto para él en el gobierno, que el rey no tomaba decisión alguna sin haberle consultado y que ausente él el Palacio parecía vacío», estas palabras no pueden aplicarse más que al período final del reinado de Luis el Gordo (1130-1137). Entonces solamente, en efecto, la presencia continua de Suger en Palacio está atestiguada por las firmas de las reales pragmáticas. Él mismo, por otra parte, se coloca en escena (pero siempre en compañía de los otros consejeros íntimos), en las circunstancias importantes de la vida de su héroe. En 1131, después de morir el joven príncipe Felipe, induce al rey a que sea coronado anticipadamente su hijo segundo Luis, de edad de once años. Cuatro más tarde, se le ve llorando a la cabecera de su real amigo, que agotado por cruel

enfermedad, creía estar en sus últimos momentos y le hacía sus recomendaciones supremas.

El influjo preponderante del abad de Saint-Denis se señaló sobre todo, durante este período, por la reconciliación de Luis el Gordo con el conde Teobaldo de Champaña. Este último, hasta entonces enemigo encarnizado de la dinastía reinante, acababa de perder su mejor sostén en la persona de su tío, el rey de Inglaterra, Enrique I. Como aspiraba a sustituirle en el trono ducal de Normandía, necesitaba el apoyo del rey de Francia. Suger, por quien el rey inglés y su sobrino habían tenido siempre especial consideración, facilitó el acuerdo, y creyó obrar con sabia previsión al llevar el gran feudo de Blois-Champagne al círculo de la alianza capeta. Era un acontecimiento político de la mayor importancia, porque garantizaba a Luis el Gordo la tranquilidad de sus últimos años y le permitía realizar en paz el acto que era digna coronación de su gloriosa carrera, la unión del ducado de Aquitania al dominio real.

Cuando en julio de 1137 Luis el Joven se encaminó, con brillante cortejo, a las orillas del Garona, donde le esperaba la heredera de los países aquitanos, los mejores amigos de Luis el Gordo y los palatinos más influyentes formaban parte de la expedición: el senescal Raul de Vermandois, Guillermo I, conde de Nevers; el conde palatino, Teobaldo de Champaña; el mismo Suger y su amigo Godofredo de Lèves, obispo de Chartres. Era el Consejo real que se trasladaba en las personas de los más eminentes de sus miembros para hacer honor a las poblaciones del Mediodía e inducir las a sufrir sin trastornos y sin amargura la dominación del rey del Norte. Luis el Gordo, que había quedado casi solo en Palacio, despidió a aquel hijo que ya no había de ver más: «Que Dios todopoderoso, por quien los reyes reinan, te proteja, mi querido hijo, porque si la fatalidad quisiera que me fueseis arrebatado, tú y los compañeros que te he dado, nada me ligaría ya a la corona ni a la vida».

El viejo soberano tenía razón. Por primera vez, desde

la fundación de la dinastía, se había visto formarse y agruparse alrededor del rey un conjunto de servidores inteligentes, activos y devotos de las instituciones monárquicas. Luis el Gordo legaba a su hijo, al mismo tiempo que Suger y Raul de Vermandois, oficiales experimentados, ya al corriente de los asuntos de justicia y de hacienda, y caballeros siempre dispuestos a colocarse bajo la bandera de su señor. Los grandes cargos estaban en manos de familias pacíficas, cuya fidelidad y obediencia no ofrecía duda. La curia, desembarazada de los elementos feudales que la turbaban, ofrecía por fin al rey el instrumento de poder que le había faltado hasta entonces. Puede decirse que el gobierno capeto estaba fundado.

A. Luchaire, *Luis VI le Gros, Annales de sa vie et de son règne*. París, A. Picard, 1889. Introducción.

II. — Guerras de Felipe Augusto.

I. — *El sitio de Château Gaillard.*

Edificado por Ricardo Corazón de León, después de que este príncipe hubo reconocido la falta por él cometida, en el tratado de Issoudun, dejando a Felipe Augusto el Vexin y la ciudad de Gisors, el castillo Gaillard, cerca de los Andelys, conserva todavía, a pesar de su estado de ruina, el sello del genio militar del rey anglo-normando. Gracias al excelente trabajo de M. A. Deville (1), todos pueden darse cuenta exacta de las circunstancias que determinaron la construcción de esta fortaleza, la llave de Normandía, plaza fronteriza capaz de detener largo tiempo la ejecución de los proyectos ambiciosos del rey francés...

(1) A. Deville, *Histoire du château Gaillard et du siège qu'il soutint contre Philippe Auguste en 1203 et en 1204*. Rouen, 1849.



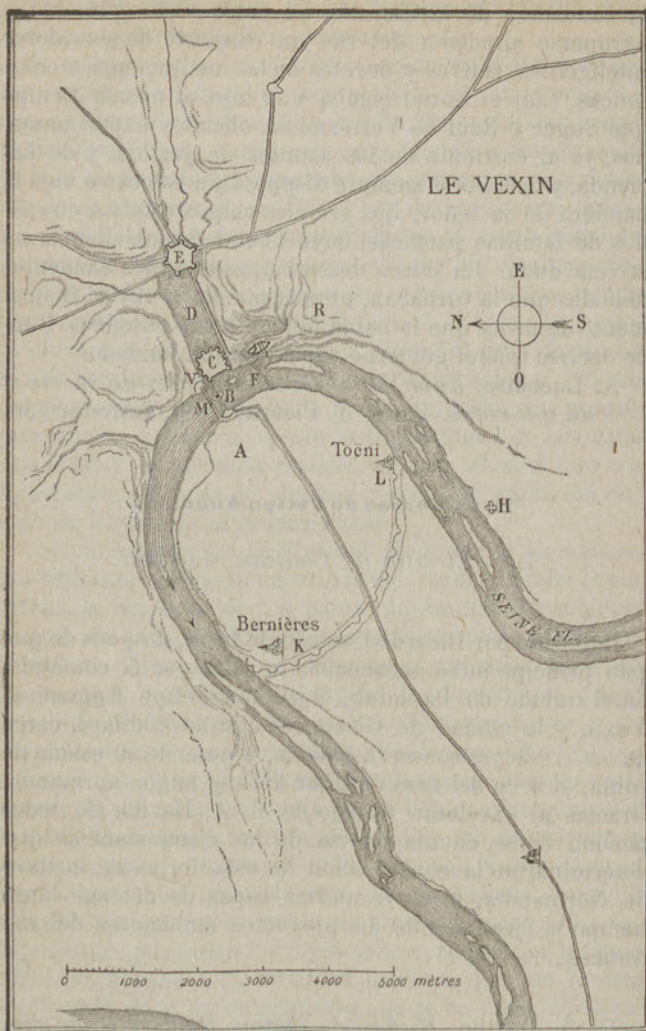


Fig. 57.—Figura 1.^a, según Viollet-le-Duc (pág. 85).

De Bonnières a Gaillon, el Sena baja casi en línea recta hacia el noroeste. Cerca de Gaillon, tuerce bruscamente al nordeste hasta los Andelys, luego da vuelta y forma una península cuya garganta no tiene casi más de 2.600 metros de abertura. Los franceses, por el tratado que siguió a la conferencia de Issoudun, poseían en la orilla izquierda Vernon, Gaillon, Pacy-sur-Eure, y en la orilla derecha Gisors, que era una de las plazas más fuertes de esta parte de Francia. Un ejército cuyas fuerzas, reunidas en Evreux, en Vernon y en Gisors, se hubieran dirigido simultáneamente contra Rouen, a lo largo del Sena, haciéndose seguir de una flotilla, podía, en dos días de marcha, embestir a la capital de Normandía y aprovisionarse de toda clase de cosas por el Sena. Levantar una fortaleza sobre el río, entre las dos plazas de Vernon y de Gisors, frente a una península fácil de defender, era interceptar la navegación del río, cortar los dos cuerpos de invasión... La posición estaba, por tanto, en circunstancias tan desfavorables como la en que se encontraba Ricardo, perfectamente elegida...

He aquí cómo el rey Ricardo dispuso el conjunto de las defensas de este punto estratégico (fig. 1). Al extremo de la península de Bernières, del lado de la orilla derecha, el Sena costea escarpes de rocas calizas muy altas que dominan toda la llanura de aluvión. Sobre un islote B que divide el río, Ricardo levantó un fuerte octogonal provisto de torres, fosos y empalizadas. Un puente de madera que pasaba por este castillete unió las dos orillas. Al extremo de este puente, en C, en la orilla derecha, edificó un recinto, amplia cabeza de puente que pronto se llenó de viviendas y tomó el nombre de Petit-Andely. Un estanque, formado por la retención de las aguas de dos arroyos en D, aisló por completo esta cabeza de puente. El gran Andely E, que ya existía antes de estas obras, fue igualmente fortificado, y cerrado con fosos que se ven todavía y que llenan las aguas de los dos arroyos. Encima de un promontorio que tiene de altura más de cien metros sobre el Sena, y que no se une a la cadena ca-

liza más que por una delgada lengua de tierra por la parte sur, la fortaleza principal fue asentada aprovechando todas las salientes de la roca. En la parte baja del escarpe, y enfilada por el castillo, una estacada F, compuesta de tres filas de estacas, vino a interceptar el curso del Sena. Dicha estacada estaba además defendida por obras empalizadas asentadas en el borde de la orilla derecha y por un muro que bajaba desde una torre levantada a media ladera hasta el río. Además, más arriba, y como vigía del lado de Francia, se levantó un fuerte a orillas del Sena en H, que tomó el nombre de *Boutavant*. Atrinchera la península en la garganta y defendida, era imposible que un ejército enemigo encontrase lugar donde establecer un campamento en un terreno abarrancado y cubierto de enormes rocas. El valle situado entre las dos Andelys, cubierto por abundantes aguas de los arroyos, dominado por las fortificaciones de los dos poblados que aparecen a cada uno de sus extremos, en lo alto la fortaleza, no podía ser ocupado, como tampoco las rampas de las alturas de alrededor. Adoptadas estas disposiciones generales con tanta habilidad como prontitud, Ricardo dirigió todos sus cuidados a la construcción de la fortaleza principal que debía dominar el conjunto de las defensas. Colocada, según hemos dicho, al extremo de un promontorio cuyos escarpes son muy abruptos, no era accesible sino por aquella lengua de tierra que une la meseta extrema a la cadena caliza. Toda la atención de Ricardo se fijó primeramente en este lado atacable.

He aquí cuál fue la disposición de sus defensas. En A (figura 2), frente a la lengua de tierra que une el asiento del castillo a la altura vecina, mandó abrir un foso profundo en la roca viva y edificó una poderosa y alta torre cuyos parapetos llegaban al nivel de la meseta de encima, a fin de dominar la cumbre del cerro. Esta torre fue flanqueada por dos más pequeñas B. Las cortinas A D van descendiendo y siguen la pendiente natural de la roca. La torre A dominaba, por tanto, toda la obra avanzada A D D. Un segundo foso, igualmente abierto en la

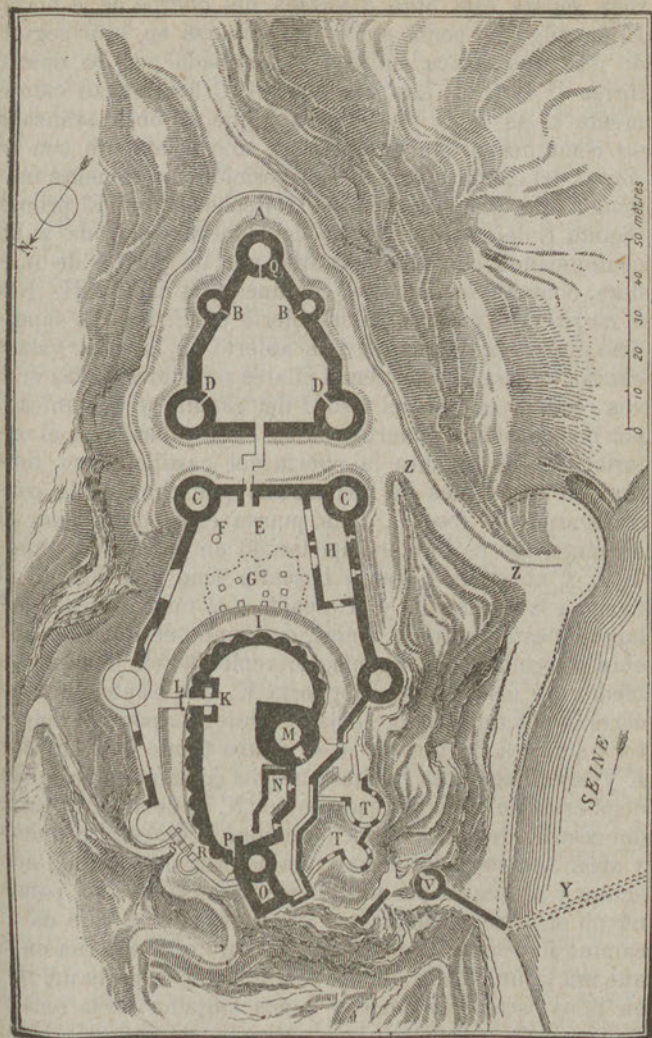


Figura 58.—Figura 2, según Viollet-le-Duc (pág. 87).

roca, separa esta obra avanzada del cuerpo de la plaza. El enemigo no podía pensar en situarse en este segundo foso que estaba enfilado y dominado por las cuatro torres D D C C. Las dos torres C C dominaban ciertamente a las D D. Se observará que la obra avanzada no comunicaba con el exterior, sino solamente con el *corral* del castillo. Era una disposición enteramente normanda que encontramos en la Roche-Guyon. El primer recinto E del castillo, detrás de la obra avanzada y no comunicando con ella más que por un puente de madera, contenía las cuadras, comunes y la capilla H. Era el *corral*. Un pozo se había abierto en F. Bajo la superficie del *corral*, en G, se han abierto en la roca vastas cuevas, cuyo techo sostienen pilares remetidos. Estas cuevas reciben la luz del foso I del castillo y comunican, por dos pasadizos abiertos en la roca caliza, con el exterior. En K se abre la puerta del castillo, cuyo umbral se eleva más de dos metros por cima de la contraescarpa del foso L. Esta puerta está oculta para el enemigo que se hubiera apoderado de la primera puerta E, y no podía llegar a buscarla sino presentando el flanco a la cortina H, y la espalda a la torre colocada delante de esta puerta. Además, en tiempo de Ricardo, una obra colocada sobre un macizo remetido en la roca, en medio del foso, cubría la puerta K, que estaba también cerrada por un rastrillo, hojas y protegida por dos reducidos o puestos. El torreón M se alzaba frente a la entrada K y la enfilaba. Las habitaciones del comandante estaban dispuestas del lado del escarpe, en N, es decir, a la parte del castillo donde se podía descuidar la defensa próxima y abrir ventanas. En P hay una poterna de socorro, bien oculta y protegida por una fuerte defensa O. Esta poterna no se abre directamente al exterior, sino que da al camino de ronda R, en el que se abre otra poterna en S que era la única entrada del castillo. Por la parte del río, en T, se escalonan torres y senos labrados en la roca y provistos de parapetos. Una torre V, pegada a la roca, que cae a picó en este punto, se unió a la muralla X que

interceptaba el pie del escarpe y las orillas del Sena, uniéndose a la estacada Y destinada a interrumpir la navegación. El foso principal Z desciende hasta la parte baja del escarpe y es obra humana. Su destino era impedir que el enemigo se deslizase por la orilla del río, ocultándose a favor de la saliente de la roca para romper el muro o prender fuego a la estacada. Este foso podía ocultar también una salida de la guarnición en dirección al río y se comunicaba con las cuevas por medio de los subterráneos de que hemos hablado.

Un año había bastado a Ricardo para terminar el castillo Gaillard y todas las defensas a él anejas. «¡Qué hermosa es, mi hija de un año!», exclamó aquel príncipe cuando vió su empresa acabada...

* * *

En tanto vivió Ricardo, Felipe Augusto, a pesar de su bien adquirida fama de apoderarse de fortalezas, no se atrevió a poner sitio al castillo Gaillard; pero después de la muerte de aquel príncipe y cuando Normandía hubo caído en manos de Juan sin Tierra, el rey francés resolvió apoderarse de dicho punto militar, que le abría las puertas de Rouen. El sitio de la plaza, que con todo pormenor refiere el capellán del rey, Guillermo el Bretón, testigo ocular, fue uno de los sucesos militares más grandes del reinado de aquel príncipe, y si Ricardo había mostrado notable talento en las disposiciones generales y en los pormenores de la defensa de la plaza, Felipe Augusto dirigió su empresa como consumado guerrero.

El triste Juan sin Tierra no supo aprovecharse de las disposiciones estratégicas de su antecesor. Felipe Augusto, bajando por el Sena, encuentra casi desguarnecida la península de Bernières. Las tropas normandas, demasiado escasas para la defensa, se refugian en el castillete de la isla y en el pequeño Andely, después de haber cortado el puente de madera que ponía en comunicación las dos ori-

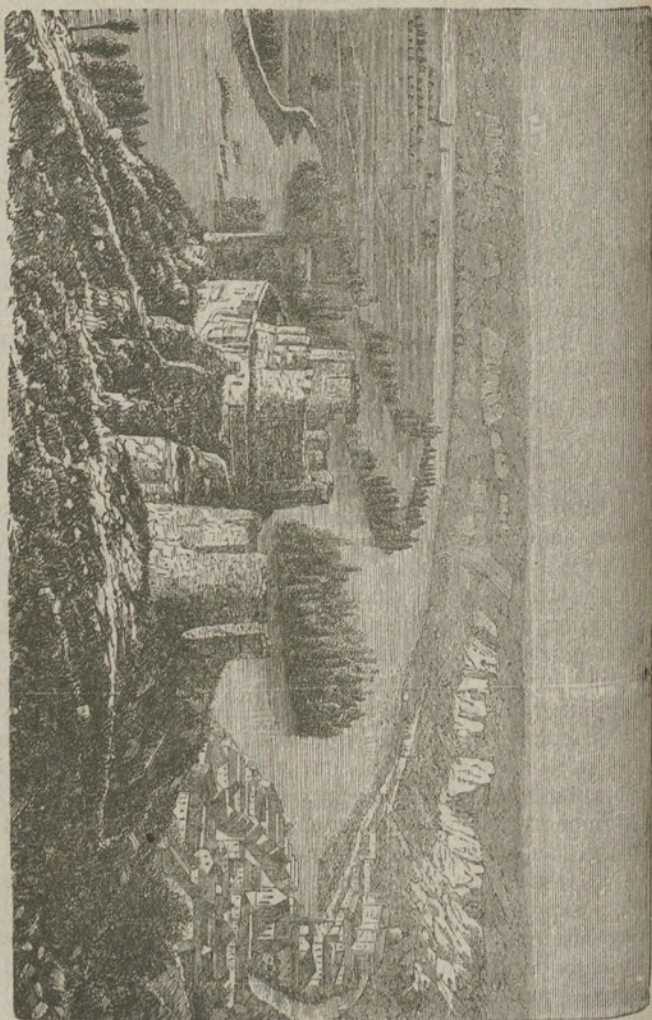


Fig. 69.—Ruinas del castillo Gaillard. Estado actual.

llas del río. El rey francés empieza por establecer su campamento en la península, frente al castillo, apoyando su izquierda en la aldea de Bernières y su derecha en Toëni, reuniendo estos dos puestos por una línea de circunvalación cuya traza en KL se percibe todavía. Para poder hacer llegar la flotilla destinada a aprovisionar el campamento, Felipe hace que hábiles nadadores rompan la estacada que intercepta el río, y lógranlo bajo una lluvia de proyectiles lanzados por el enemigo.

«Inmediatamente después, dice Guillermo el Bretón, el rey ordena llevar barcas largas, tal como las vemos bogar en el curso del Sena, y que trasportan por lo común las bestias y las carretas a lo largo del río. El rey las mandó hundir en medio de la corriente, tendiéndolas de costado, y poniéndolas unas a continuación de otras, un poco más abajo de las murallas del castillo, y, a fin de que la corriente rápida de las aguas no pudiera arrastrarlas, se sujetaron con ayuda de postes metidos en tierra y unidos con cuerdas y ganchos. Clavados los postes, el rey mandó tender un puente sobre maderos cuidadosamente labrados «a fin de poder pasar a la orilla derecha...» Luego mandó alzar sobre cuatro navíos dos torres, hechas con troncos de árboles y fuertes trozos de encina verde, unidos con hierro y cadenas bien estiradas, para hacer con ellas al mismo tiempo un punto de defensa para el puente y medio de ataque contra el castillete. Luego los trabajos, dirigidos con habilidad en estos navíos, alzaron las dos torres a tan gran altura que desde su cima los caballeros podían hacer entrar sus dardos en las murallas enemigas» (las del castillete situado en medio de la isla).

No obstante, Juan sin Tierra trató de socorrer la plaza. Envió un cuerpo de ejército compuesto de 300 caballeros y 3.000 hombres a caballo, apoyados por 4.000 infantes y la banda del famoso Lupicar (1). Esta tropa se lanzó de

(1) El nombre de este jefe de aventureros, que Guillermo el Bretón llama en latín *Lupicarus*, era en lenguaje del Mediodía *Lou Pescaire*.

noche contra las circunvalaciones de Felipe Augusto, puso en fuga a los rufianes, y ciertamente hubiera arrojado al río el campamento de los franceses de no haber estado defendidos por el atrincheramiento, y si algunos caballeros, mandando encender por todas partes grandes hogueras, no hubieran hecho llegar un cuerpo escogido que, reanudando la ofensiva, rechazó al enemigo fuera de las líneas. Una flotilla normanda que debía operar simultáneamente contra los franceses llegó demasiado tarde. No pudo destruir las dos grandes torres de madera alzadas en medio del Sena y fue obligada a retirarse con grandes pérdidas.

«Cierta Galbert, habilísimo nadador, continúa Guillermo el Bretón, habiendo llenado vasijas con carbones encendidos, las cerró y untó de pez por fuera, con tal destreza, que era imposible que el agua penetrase en ellas. Se rodeó al cuerpo la cuerda de que colgaban y buceando en el agua, sin ser visto de nadie, se llegó secretamente a las empalizadas altas, de madera y encina, que envolvían con doble recinto los muros del castillete. Luego, saliendo del agua, fue a prender fuego a las empalizadas, por el lado de la roca Gaillard que da frente al castillo, y que no defendía nadie, pues los enemigos no temían nada por aquel sitio... Inmediatamente el fuego prendió en las maderas que forman los atrincheramientos y en las murallas que envuelven el interior del castillete. No pudiendo la pequeña guarnición de aquel puesto atajar los progresos del incendio, activado por violento aire del este, hubo de retirarse como pudo en barcas.—Después de estos desastres, los habitantes del pequeño Andely no osaron sostenerse, y Felipe Augusto se apoderó al mismo tiempo del castillete y del poblado, cuyas defensas mandó reparar en tanto restablecía el puente. Habiendo colocado tropa escogida en aquellos puestos, fue a sitiar el castillo de Radepont, para que la guarnición del mismo no molestase a sus forrajeadores; se apoderó de él al cabo de un mes y volvió al castillo Gaillard. Pero dejemos hablar otra vez a Guillermo el Bretón, porque los pormenores

que nos da acerca de los preparativos de este sitio memorable son del mayor interés.

«La roca Gaillard, no obstante, no había de temer ser tomada a consecuencia de un sitio, tanto por sus murallas como porque está rodeada a todos lados de cañadas, rocas cortadas a pico, colinas de acentuada pendiente y cubiertas de piedras, de suerte que, aun cuando no tuviera ninguna otra clase de fortificación, su posición natural bastaría por sí sola para defenderla. Los habitantes de las cercanías se habían refugiado, por tanto, en dicho lugar, con todo lo que poseían, para estar más seguros. El rey, viendo que todas las máquinas de guerra y todos los asaltos serían inútiles para derribar del modo que fuera las murallas levantadas en lo alto de la roca, dedicó toda la energía de su espíritu a buscar otros artificios para lograr, al precio que fuera, y con cualquier esfuerzo, apoderarse de aquel nido de que Normandía estaba tan orgullosa.

»Entonces el rey ordena abrir en el suelo doble foso en las pendientes de las colinas y a través de las cañadas (una línea de contravalación y de circunvalación), de suerte que todo su campamento quede como envuelto por una barrera que no pueda ser franqueada, haciendo, con ayuda de mayores trabajos, que esos fosos vayan desde el río hasta lo alto de la montaña, que se alza a los cielos, como despreciando las murallas que se bajan ante ella (1), y colocando estos fosos a distancia bastante grande de las murallas (del castillo) para que una flecha, lanzada con fuerza por ballesta doble, no pudiera llegar a ellos sino con trabajo. Luego, entre estos dos fosos, el rey mandó levantar una torre de madera y otras catorce obras de la

(1) El pasaje explica perfectamente el lugar del campamento de Felipe Augusto, que se encontraba en R (fig. 1), precisamente en lo alto de la colina que domina la roca Gaillard y que no se une a ella más que por la lengua de tierra de que hemos hablado. Se ven todavía, por otra parte, las huellas de los dos fosos de contravalación y de circunvalación abiertos por el rey.

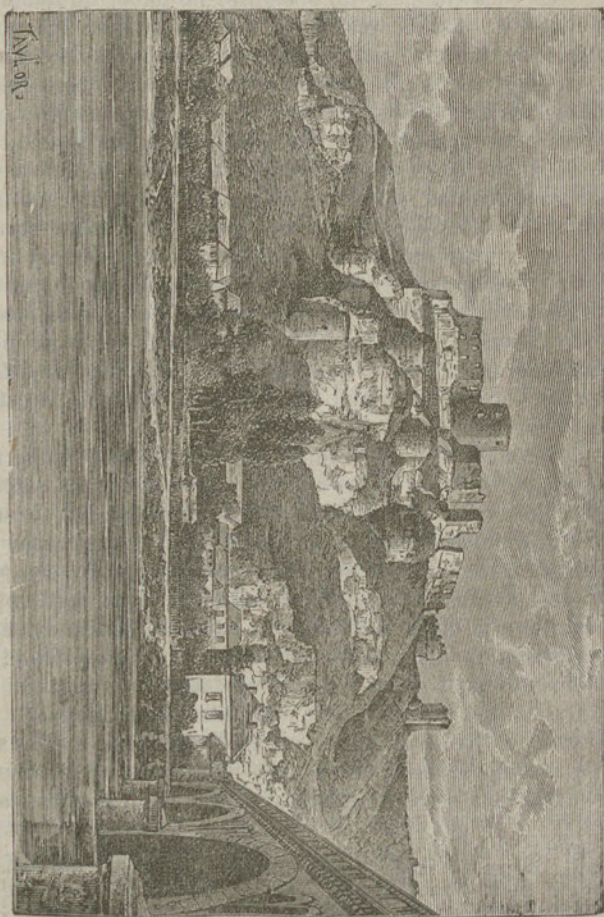


Fig. 60.—Ruinas del castillo Gaillard. Estado actual.

misma clase, todas tan bien construídas y de tanta belleza que cada una podía servir de adorno a una ciudad, y espaciadas además de manera que tantos pies hay de distancia entre la primera y la segunda torre, tantos hay también entre la segunda y la tercera...

»Después de haber guarnecido todas aquellas torres con sirvientes y numerosos caballeros, el rey hace además ocupar todos los espacios vacíos por sus tropas, y, en toda la circunferencia, disponiendo los centinelas de suerte que vigilen siempre, alternando de un puesto a otro. Los que así quedaban fuera se dedicaron entonces, según costumbre de los campamentos, a hacerse cabañas con ramas de árboles y paja seca, para ponerse al abrigo de la lluvia, de la escarcha y del frío, puesto que habían de permanecer mucho tiempo en aquellos lugares. Y como no había más que *un solo punto* por donde se pudiera llegar a las murallas (del castillo), siguiendo un sendero trazado oblicuamente y que formaba diversas sinuosidades (1), el rey quiso que doble guardia velase noche y día y con el mayor cuidado por la defensa de aquel punto, a fin de que nadie pudiera penetrar de fuera en el campamento, y de que nadie osara mandar abrir las puertas del castillo o salir de él sin ser muerto inmediatamente o hecho prisionero...»

Durante todo el invierno de 1203 a 1204 el ejército francés permaneció en sus posiciones. Roger de Lascy, alcaide del castillo por orden de Juan sin Tierra, se vió obligado, para economizar víveres, a expulsar a los moradores del pequeño Andely, que a su amparo se habían puesto tras las murallas de la fortaleza. Aquellos desgraciados, a la vez repelidos por los sitiados y por los sitiadores, murieron de hambre y de miseria en los fosos, en número de mil doscientos.

En el mes de febrero del año 1204, Felipe Augusto, que sabe que la guarnición del castillo Gaillard tiene aún

(1) En el sendero que conduce a la poterna S. Era, en efecto, la única entrada del castillo Gaillard.

viveres para un año, «con corazón impaciente», se decide a emprender el sitio en regla. Reune la mayor parte de sus fuerzas en la meseta dominante que se señala con R en nuestro grabado (mún. 1). Desde allí manda construir una calzada para allanar el suelo hasta el foso delante de la torre A (mún. 2) (1). «He aquí, pues, que desde lo alto de la montaña hasta el fondo del valle, y al borde de los primeros fosos, se levanta la tierra con ayuda de pequeños almocafres y recibe la orden de deshacerse de sus asperezas rocosas, a fin de que se pueda bajar desde arriba hasta abajo. Inmediatamente un camino, suficientemente ancho y prontamente trazado a fuerza de hachazos, se forma con ayuda de maderos colocados unos al lado de otros y sostenidos por ambos lados con numerosos postes de encina clavados en el suelo para formar empalizada. A lo largo de este camino los hombres caminan con seguridad, trasportan piedras, ramas, troncos de árbol, pesados terrones cubiertos de verde césped, y los reúnen en montón para ir cegando el foso...

«Pronto se alzan en diversos puntos (resultado que nadie se hubiera atrevido a esperar), numerosos pedreros y maganeles, para los cuales se cortó y preparó la madera en poco tiempo, y que lanzan contra las murallas piedras y pedazos de roca que vuelan por los aires. Y para que los dardos, los tiros y las flechas, con fuerza disparados de lo alto de la muralla, no vengan a herir sin cesar a los obreros y peones, que, trasportando proyectiles, se ven expuestos a los ataques de los enemigos, se construye entre ellos y las murallas una empalizada de mediana altura, formada con zarzos y estacas atados con mimbres flexibles, a fin de que dicha empalizada, resguardando a los trabajadores, reciba los primeros golpes y rechace los dardos que vayan en aquella dirección. Por otro lado se levantan torres, que se llaman también atalayas, con ayuda de muchos árboles y encinas enteramente verdes que la doladera no ha labrado y cuyas ramas sola-

(1) Esta calzada se ve hoy todavía.

mente ha cortado el hacha, y estas torres, hechas con los mayores esfuerzos, se alzan en los aires a altura tal que la muralla opuesta se aflige al verse tan por bajo de ellas...

» Al extremo de la Roche y en dirección este (sudeste) había una torre alta (la torre A, fig. 2), flanqueada a ambos lados por un muro que terminaba en ángulo saliente en el punto de unión. Este muro se prolongaba en doble línea desde la mayor de las obras avanzadas (la torre A) y envolvía los dos flancos de la obra menos alta (1). Ahora bien, he aquí por qué golpe de fuerza nuestras gentes lograron en un principio hacerse dueñas de dicha torre (A). Cuando vieron el foso casi cegado, colgaron sus escalas y bajaron rápidamente. No queriendo retrasarse lo más mínimo, trasladaron entonces sus escalas al otro borde del foso, debajo del cual estaba la torre asentada en la roca. Pero ninguna escala, aun cuando fueran bastante largas, bastó para llegar al pie de la muralla, no más que a lo alto de la roca, de donde arrancaba el pie de la torre. Llenos de audacia, nuestros hombres empezaron a hacer en la roca, con sus puñales y espadas, agujeros donde pudieran meter el pie y agarrarse con las manos, y deslizándose de esta suerte a lo largo de las asperezas de la peña, vieron de pronto que habían llegado al lugar donde empezaban los cimientos de la torre (2). Allí, tendiendo

(1) Se trata, como se ve, de toda la obra avanzada, cuyas dos murallas, formando ángulo agudo en el punto de unión con la torre principal A, van disminuyendo según la pendiente del terreno.

(2) La fidelidad escrupulosa de la narración de Guillermo se ve plenamente cuando se examina el lugar que aquí describe. En efecto, el foso está abierto en la roca en forma de cuba.

Tiene diez metros de ancho próximamente por siete u ocho de profundidad. Se comprende muy bien que los soldados de Felipe Augusto, habiendo arrojado algunas faginas y cestos de tierra al foso, impacientes, hayan tendido escalas a lo largo de la contraescarpa y hayan querido servirse de las escalas para subir por la escarpa, esperando de esta suerte llegar a la base de la torre; pero resulta evidente que el foso debía estar cegado en parte del lado de la

las manos a los compañeros que se arrastraban siguiendo sus huellas, los llaman para que tomen parte en su empresa y, utilizando medios que les son conocidos, trabajan entonces para minar los flancos y los cimientos de la torre, resguardándose siempre con sus escudos, por miedo a que los proyectiles lanzados contra ellos sin descanso los obliguen a retirarse, y de esta suerte se ponen al abrigo hasta que les es posible ocultarse en las entrañas mismas de la muralla, que han socavado por la parte inferior. Pero llenan estos huecos con troncos de árbol, por miedo a que esta parte de la muralla, que ha quedado colgando, se derrumbe encima de ellos y les haga mucho daño al caer. Luego, en cuanto han ensanchado la abertura, prenden fuego a los árboles y se retiran a lugar seguro. Quemados los puntales, la torre se derrumba en parte. Rogerio, perdiendo entonces la esperanza de oponerse al asalto, manda prender fuego a la obra avanzada y se retira al segundo recinto. Los franceses se precipitan sobre los restos humeantes de la brecha, y un llamado Cadoc, caballero, clava el primero su bandera en lo alto de la torre medio derribada. La pequeña escalera de esa torre, visible en nuestro plano, data de la construcción primera, y por estar enclavada hubo de permanecer

contraescarpa, mientras que no lo estaba todavía del lado de la escarpa, puesto que está cortado en forma de cuba. Desde luego, las escalas, que eran bastante largas para bajar, no lo eran para subir por el otro lado. El episodio de las hendiduras hechas con puñales en los flancos de la contraescarpa no tiene nada que deba admirarnos, pues la roca es caliza mezclada con sílice. Una saliente, poco más o menos de 60 centímetros, que hay entre la cima de la contraescarpa y la base de la torre, ha podido permitir a audaces minadores agarrarse a las paredes de la obra. Hoy todavía, con el texto de Guillermo en la mano, se sigue paso a paso todas las operaciones del ataque, y poco falta para que se descubra todavía en la roca las hendiduras hechas por aquellos valientes exploradores cuando se dieron cuenta de que sus escalas eran demasiado cortas para llegar a la cima de la escarpa.

en pie. Probablemente por ella subió Cadoc hasta el parapeto que no se había derrumbado.

Pero los normandos se habían retirado al castillo, que separaba de la obra avanzada un foso ancho y profundo. Había que emprender un nuevo sitio. «Juan había mandado construir el año anterior cierta casa, contigua a la muralla y situada al lado derecho del castillo, de cara al mediodía (1). La parte inferior de dicha casa estaba destinada a un servicio que exige ser siempre hecho con el misterio del retrete (2), y la parte superior, que servía de capilla, estaba consagrada a la celebración de la misa. Allí no había puerta exterior, sino interior (al patio). Había una por la que se llegaba al piso superior y otra que conducía al piso inferior. En esta última parte de la casa había una ventana que daba al campo y destinada a dar luz a las letrinas». Un llamado Bogis (3), habiendo divisado aquella ventana, se deslizó por el fondo del foso, acompañado de algunos valientes camaradas, y, ayudándose unos a otros, consiguieron todos penetrar por aquella abertura en el departamento situado en el piso inferior. Reunidos en aquel estrecho espacio, rompen las puertas. Se extiende la alarma entre la guarnición que

(1) Es el edificio señalado por H en nuestro plano.

(2) Eran las letrinas. En su historia en prosa, el autor se expresa así: *Quod quidem religioni contrarium videbatur*. Las letrinas estaban, por tanto, situadas debajo de la capilla, y su establecimiento, del lado de la escarpa, no estaba suficientemente cubierto de un escaló, como va a verse. Las letrinas desempeñan papel importante en los ataques por sorpresa de los castillos.

(3) «Nos sentimos tentados, dice M. H. Fr. Delaborde (*Œuvres de Rigord et de Guillaume le Breton*, II, París, 1885), a identificar a este bravo sargento con cierto Raul Bogis a quien el rey de Francia dió, precisamente por esta época, un feudo de caballero, *propter servicium quod ipse nobis fecit*. En tal caso, Bogis hubiera sido ennoblecido por su valiente conducta.

En cuanto al nombre, o más bien el sobrenombre de este personaje, la Crónica nos dice que se le había dado por broma, *à brevitare nasi*. Bogis significaba entonces *camus* (chato).

ocupaba el corral y, creyendo que una tropa numerosa invade el edificio de la capilla, los defensores amontonan faginas y las prenden fuego para contener al asaltante; pero la llama se propaga al segundo recinto del castillo. Bogis y sus compañeros atraviesan el edificio incendiado y van a refugiarse en las grutas marcadas con G en nuestro plano. Roger de Lascy y los defensores, reducidos al número de 180, se ven obligados a refugiarse en el último recinto, empujados por el fuego. «No obstante, apenas el fuego ha disminuído un poco cuando Bogis, saliendo de su escondite y corriendo por entre los carbones encendidos, ayudado de sus compañeros, corta las cuerdas y baja, haciendo girar sobre su eje, el puente levadizo que aun estaba alzado (1), a fin de abrir un camino a los franceses para salir por la puerta. Los franceses, pues, avanzan apresuradamente y se preparan para el asalto de la alta ciudadela en que el enemigo acababa de retirarse huyendo de Bogis.

«Al pie de la roca por la cual se llegaba a esta ciudadela había un puente tallado en la roca viva (2), que Ricardo había mandado labrar en otro tiempo, cuando ordenó abrir los fosos. Habiendo hecho deslizar una máquina por dicho puente, los nuestros van, bajo su protección, a socavar el pie de la muralla. Por su parte, el enemigo trabaja también para preparar una contra-mina, y, habiendo hecho una abertura, tira flechas a nuestros minadores y los obliga a retirarse. Los sitiados sin embargo, no habían cortado su muralla de suerte que estuviera amenazada de caer; pero pronto una catapulta lanza contra ella piedras enormes. No pudiendo resistir los golpes, la muralla se abre por todos lados y, agrietándose por en medio, parte de ella se derrumba». Los franceses se apoderan de la brecha, y la guarnición, demasiado escasa ya para defender el último recinto, en-

(1) Es el puente que se señala en nuestro plano y que comunica la obra avanzada con el corral E.

(2) Es el puente L.

vuelta, ni siquiera tiene tiempo para refugiarse en el torreón y encerrarse allí. Era el 6 de marzo de 1204. De esta suerte Felipe Augusto se apoderó de aquel castillo, que sus contemporáneos consideraban inexpugnable.

Si hemos dado casi por entero la descripción de este sitio memorable escrita por Guillermo el Bretón, es porque pone en evidencia un hecho curioso en la historia de la fortificación de los castillos. El castillo Gaillard, a pesar de su situación, no obstante la habilidad desplegada por Ricardo en los pormenores de la defensa, está demasiado apretado. Los obstáculos que se acumulan en reducido espacio debían perjudicar a los defensores, impidiéndoles dirigirse en masa al punto atacado. Ricardo había abusado de los atrincheramientos, de los fosos interiores. Las obras amontonadas unas sobre otras servían de abrigo a los asaltantes, que de ellas se apoderaban sucesivamente. No era posible desalojarlos, y amontonándose detrás de aquellas defensas conquistadas podían lanzarse con fuerza sobre los puntos todavía no atacados, demasiado reducidos para que los guarnecieron muchos soldados. Contra una sorpresa, contra un ataque brusco intentado por un cuerpo de ejército poco numeroso, el castillo Gaillard era excelente; pero contra un sitio en regla dirigido por un general hábil y sostenido por un ejército considerable y bien provisto de máquinas, que tuviera tiempo para tomar sus disposiciones y hombres en gran número para ponerlos en pelea sin descanso, había de caer pronto, desde el momento en que se hubiera forzado la primera defensa. Así ocurrió. No por ello hay que dejar de reconocer que el castillo Gaillard era solamente la ciudadela de un vasto conjunto de fortificaciones estudiado y trazado de mano maestra, que Felipe Augusto con todo su poder hubo de dedicar ocho meses a reducirle, y que, por último, Juan sin Tierra no había hecho más que una tentativa para socorrerle. En vida de Ricardo, el ejército francés, acosado desde fuera, no hubiera tenido descanso para disponer sus ataques con tanto método; no habría podido conquistar esta importante fortaleza, antemural de

la Normandía, sino a costa de mucho mayores sacrificios, y quizá se hubiera visto obligado a levantar el sitio del castillo Gaillard antes de poder penetrar en sus obras exteriores. En cuanto Felipe se hubo apoderado de este punto estratégico tan bien elegido por Ricardo, Juan sin Tierra no pensó más que en evacuar la Normandía, lo que hizo poco tiempo después, sin intentar tan sólo conservar las otras fortalezas que en gran número le quedaban todavía; tan decisivo fue el efecto moral producido por la toma del castillo Gaillard.

E. Viollet-le-Duc, *Dictionnaire raisonné de l'architecture française du onzième au seizième siècle*, tomo III. París, 1859.

II. — Batalla de Bouvines.

... El enemigo tenía derecho a contar con la victoria. Otón, llegado *cum paucis militibus* (unos cincuenta caballeros alemanes), no tenía a sus inmediatas órdenes más que unos miles de hombres, jinetes e infantes de Lorena, de Limburgo, de Namur y de Brabante; pero Salisbury mandaba 30.000 hombres. En cuanto a Flandes, sin hablar de sus jinetes de feudos y de municipios, había «vertido por las anchas puertas de sus ciudades» de Gante, de Ipres, de Brujas, de Oudenarde, de Courtrai, etcétera, un hormiguero enorme de 40.000 infantes.

Al rey Felipe le habían dado la nobleza y los municipios del dominio real, los vasallos de Francia y sus municipios aproximadamente 25.000 hombres. Ibamos a combatir uno contra tres.

* * *

Felipe no fue contra Valenciennes, donde el enemigo le esperaba, al abrigo de selvas pantanosas. En infantería sobre todo superaban los coligados al rey, y él sabía cuán de temer era la milicia flamenca, cuando estaba bien atrincherada. Tenía puesta toda su esperanza en sus caballeros y en su caballería. «Que los teutones peleen a pie, dice uno de los poetas cantores de la batalla, tú, francés, pelea siempre a caballo».

*Tu, Gallice, pugna,
Semper eques...*

En lugar de dirigirse al sudoeste, hacia Valenciennes, hace una descubierta al noroeste, hasta Tournai, como si quisiera pasar el Escalda y así coger a los imperiales por retaguardia. Otón se mueve hacia Tournai, Felipe se bate inmediatamente en retirada hacia Peronne, sabiendo bien lo que hacía, queriendo atraer al enemigo a un sitio favorable, porque había resuelto batirse «en la llanura, al descubierto». El enemigo le sigue.

El 27 de julio la vanguardia francesa, compuesta sobre todo de milicias que precedía el oriflama, había pasado el puente de Bouvines, sobre el Marque. La jornada era hermosa y el sol de medio día quemaba. El rey descansaba un momento y comía al pie de un fresno, muy cerca de una iglesia dedicada a San Pedro, cuando llegaron mensajeros anunciando a grandes gritos que el enemigo se venía encima y que había acometido a la retaguardia, que se replegaba.

Felipe se pone en pie y estrecha entre sus brazos a los caballeros de su casa, Montmorency y Guillermo des Barres, y Miguel de Harnes, y Mauvoisin, y Gerardo la Truie, éste venido de Lorena expresamente para combatir a los alemanes. Luego el rey entra en la iglesia. No es cierto que depositara su corona en el altar para ofrecerla al más valiente, porque el rey de Francia era Bot



oficio el más valiente y su corona no le pertenecía. Dios la había confiado a Hugo de Francia y a la estirpe que saliera de las entrañas de este príncipe hasta la consumación de los siglos.

No era tampoco ocasión de discurrir. El rey oró brevemente. Querría que hubiera pronunciado la oración que le atribuye un cantor francés de la batalla, porque es muy linda: «Señor, no soy más que un hombre, pero soy rey de Francia. Debéis conservarme, sin falta. Conservadme y haréis bien. Porque por mí no perderéis nada. Ahora, pues, a caballo, yo os seguiré, y a todas partes iré tras vosotros...»

Sale de la iglesia, «radiante de alegría, como si se le hubiera invitado a una boda». Monta a caballo y «empinado en su alto corcel» se precipita en la vanguardia enemiga, que con su choque detiene. Después de lo cual vuelve hacia los suyos, que se ponen en orden de batalla.

Los dos ejércitos se alargan el uno frente al otro. No se oye una palabra:

Ni de uno ni de otro enemigo palabra suena...

Felipe dirige a los suyos un pequeño sermón. Les dice que toda su fe está en Dios, que Otón, excomulgado por el señor Papa, no puede menos de ser vencido: «Nosotros somos cristianos, gozamos de la comunión y de la paz de la Santa Iglesia... Dios, a pesar de nuestros pecados, nos concederá el triunfo sobre sus enemigos y sobre los nuestros». Los caballeros le piden su bendición. El rey, alzando la mano, los bendice. Las trompetas suenan «con gran estrépito». El capellán, colocado detrás de Felipe, entona con su sacristán el salmo: «Bendito sea el Señor, que es mi fuerza y guía mis manos en el combate». Luego el «Señor, el rey se regocijará con vuestra fuerza». Hasta el fin «cantaron como pudieron, porque las lágrimas se escapaban de sus ojos y los sollozos se mezclaban con sus cantos».

Así habla el propio capellán de Felipe, Guillermo el Bretón, que nos ha contado la batalla en prosa y en verso. ¡Pero qué escenas para tentar a los artistas que conmemoren Bouvines! ¡Qué momento el de la bendición de un rey, que es a la vez sacerdote y caballero, Moisés y Aarón!

* * *

La batalla duró desde medio día hasta después de la puesta del sol. Fue muy hermosa.

Los frentes contrarios se extendían muy próximos el uno al otro, el ala izquierda francesa y el ala derecha enemiga hacia el Marque, la primera defendiendo el puente de Bouvines.

En nuestra ala izquierda estaban Dreux y su hermano Felipe, obispo de Beauvais; luego Nivelles y Saint-Waléry. En el ala derecha enemiga, Boulogne y Boves, dos vasallos traidores al rey de Francia, luego Audenarde y Salisbury. A nuestra derecha, Champagne, Montmorency, Bourgogne, Saint-Pol, Beaumont, Melun y Guérin, el obispo de Senlis; enfrente, Flandes. En los dos centros, Felipe y Otón.

En todos los puntos, excepto en nuestra ala derecha y en el ala izquierda enemiga, donde sólo había caballería, la infantería estaba alineada delante de los caballos, en masa tres veces más profunda del lado de los imperiales que del de los franceses.

Cerca de Felipe, Montigny, un caballero pobre, pero valiente (el valor y la fuerza física era lo que importaba), alzaba el pendón rojo flordelisado. Cerca de Otón, sobre un carro dorado, se alzaba un mástil, alrededor del cual se enroscaba un dragón, abriendo una gran boca y cuya cola y alas se hinchaban y movían al menor soplo de viento. Encima del monstruo se cernía el águila del imperio con alas de oro.

Otón veía el pendón rojo y Felipe el águila de oro. No

había el menor obstáculo entre los dos ejércitos, que iban a chocar pecho a pecho, bajo el sol ardiente. Felipe tenía el campo de batalla que deseara. Era, como dice el buen capellán, lugar a propósito para matarse: *dignus caede locus*.

Dirigió la jornada, no el rey, sino, como diríamos hoy, su jefe de Estado mayor, Guérin de Montaigu, un religioso, hermano profeso de la Orden del Temple, obispo de Senlis, uno de los mejores cerebros de Francia y el principal consejero de la Corona. Guérin no desenvainó la espada, puesto que la Iglesia prohíbe derramar sangre, pero colocó las tropas, arengó a los jefes y a los soldados, hablándoles de Dios y del rey, de su fe y de su valor, y del honor de la nación.

Guérin era un verdadero general, que dió con un buen plan sobre el terreno mismo: el ala izquierda y el centro debían mantenerse firmes, mientras que el ala derecha atacaría a Ferrand y, después de haberle derrotado, se precipitaría sobre el centro enemigo.

Otón, por el contrario, cediendo a la cólera, «que aconseja mal en el campo de batalla», quería lanzar contra el centro francés las mayores fuerzas posibles sacadas de toda su línea, e ir a él en persona para apoderarse del rey muerto o vivo, porque aquel emperador de Alemania decía: «Si el rey de Francia no existiese, no tendríamos que temer en la tierra a ningún enemigo».

Nuestro ejército estaba mejor mandado que el suyo y se movía mejor. Estaba formado por secciones que cambiaban de sitio fácilmente y combinaban con rapidez las tropas de a pie y las de a caballo. Nuestra caballería escalonada iba a combatir alternativamente, mientras que la del enemigo combatiría en masa toda la jornada. Por pocos que fuéramos, teníamos tropas de sostén. Los nuestros, por último, eran más diestros en la esgrima a caballo. Tenían el golpe de vista más pronto y la resolución más clara. Respecto al valor, los dos adversarios se equilibraban.

Sobre el fondo de la gran batalla se destacan episodios heroicos.

A nuestra derecha, Champaña detiene a Flandes con una carga furiosa, en el momento en que éste, obedeciendo el mandato de Otón, se dirige contra el centro francés. El ala izquierda enemiga, debilitada por la partida de Ferrand, es asaltada por Bourgogne, Saint-Pol, Montmorency, Beaumont y Melun. En este punto, Saint-Pol es el héroe de la jornada. Atraviesa la caballería flamenca, cargando a fondo y sin detenerse. Al llegar detrás de las líneas, forma en semicírculo a sus caballeros, y acomete por retaguardia en otro punto envolviendo en esta curva a los enemigos, que pone en derrota. Luego descansa y vuelve a la tarea. Después de una de estas cargas, ve a uno de sus caballeros que ha quedado entre las filas de los flamencos. Se inclina sobre su caballo, cuyo cuello rodea con ambos brazos, hace saltar a la bestia dándole grandes espolazos, rompe el círculo que rodea a su hombre, se yergue, saca la espada, hiere, libra al caballero y vuelve a su puesto de descanso, abrumado por los golpes, pero indemne debajo de su armadura.

No obstante, en el centro, el rey de Francia está en gran peligro. La enorme masa de los infantes flamencos penetra formando cuña por entre las milicias francesas y se acerca a Felipe, contra quien el emperador se dispone a cargar. Entonces, en tanto el rey con parte de los suyos hace frente a los comuneros, Guillermo des Barres y otros caballeros, atravesando o dando vuelta a la infantería flamenca, vienen a colocarse detrás de ella, frente a Otón que la sigue. ¡Extraña confusión! Felipe tenía delante a los infantes flamencos, y más allá estaba Guillermo des Barres, que le cubría la espalda y cargaba contra Otón.

El rey de Francia acomete a la infantería para reunirse con sus caballeros, pero aquella muchedumbre le detiene con sus lanzas, puntiagudas como una lezna o armadas con un gancho saliente, y sitia a Felipe, — porque el caballero era una fortificación que andaba y combatía.

El rey se sostenía bien, firme en la silla, no inclinándose a la derecha ni a la izquierda, hiriendo, matando,

avanzando siempre. Pero el gancho de una pica ha penetrado debajo de la barbilla y se ha enredado en las mallas de la loriga. Felipe, para arrancarle, tira, se inclina hacia adelante, y un empujón le hace caer debajo del caballo. Las picas y todas las armas se dirigen contra él. «Así, dice el capellán que sin duda no cantaba ya, el rey, tendido en un lugar indigno de él, ni siquiera podía gozar del reposo que proporciona estar tendido».

Por dicha la malla de hierro es muy resistente. Las puntas de las armas no dan con el camino de la vida del rey de Francia. La escolta de Felipe hace un supremo esfuerzo, Montigny agita la bandera. Todos invocan el auxilio de Guillermo des Barres dando voces: «¡Les Barres, Les Barres!» Cuando Guillermo des Barres «oyó tales palabras», dejó una parte de sus caballeros delante de Otón, se arrojó sobre los flamencos que cogió por retaguardia, y llegó junto al rey. Felipe se había levantado «por la fuerza que le era natural». Púsose de nuevo en la silla. Desde aquel momento hubo una verdadera manzanza en aquella infantería desbandada. Hasta la noche, Felipe y sus caballeros mataron y mataron a aquellos villanos, que habían osado atacar a la persona sagrada del rey de Francia.

Guillermo des Barres ha vuelto a su puesto delante de Otón. Se encarniza contra el emperador con Pedro Mauvoisin y Gerardo la Truie. Pedro ha cogido la brida del caballo del emperador. Gerardo la Truie hiere a Otón en pleno pecho sin resultado. Vuelve a la carga, pero el caballo, que hace un movimiento de cabeza, recibe la punta en el ojo, se encabrita, se desenfrena, da la vuelta y sale corriendo. Guillermo le sigue a todo galope. El caballo de Otón cae muerto a consecuencia de la herida. Uno de los hombres del emperador le da el suyo, pero Guillermo le ha alcanzado. Ya había cogido al emperador por la espalda, hundiéndole sus dedos vigorosos entre el casco y el cuello, cuando uno de los alemanes hiere en el costado al caballo del francés, que cae al suelo.

Así se salvó de las manos del más temible justador de

la cristiandad Otón, el emperador excomulgado, pero el peligro le había hecho perder la cabeza. «Y se fue el emperador a Alemania», dice un cronista. Otón siguió corriendo, en efecto, y no se detuvo hasta Valenciennes. En cuanto a Guillermo, casi solo detrás de las líneas enemigas, rodeado, acosado, hace frente por todas partes, hasta que le libra una carga del Señor de Saint-Waléry.

La huída de Otón no detuvo la lucha. Caballeros de Alemania y caballeros de Francia se estrecharon en abrazos mortales. Derribados por sus caballos desjarretados, acometíanse furiosos. Había innumerables luchas cuerpo a cuerpo, porque el espacio faltaba ya para manejar la espada. Un gigante entre los caballeros de Francia, Esteban de Longchamp, «hombre de miembros inmensos, que añadía el vigor a su inmensidad y la audacia a su fuerza», cogía a los alemanes por el cuello o por la cintura y los mataba sin herirles. Uno de sus adversarios, próximo a expirar, hundió su hierro en la pequeña «ventana» del yelmo de Esteban. Cayeron uno encima del otro, muertos a pocos pasos del rey de Francia que los miraba.

Antes del final de la jornada, la mayor parte de los alemanes estaban presos. En el centro de la batalla, el enemigo, sin dirección, combatía desesperanzado.

*
* * *

A nuestra izquierda, la jornada estuvo un momento comprometida. El conde de Dreux, que estaba el más cercano al centro, fue asaltado por el traidor Boulogne. Este había hecho de su infantería alineada en círculo una fortaleza, que se abría para dejar pasar sus cargas, le recogía a su vuelta y se cerraba, las picas bajas.

Más lejos, a nuestra extrema izquierda, Ponthieu se las había con Salisbury y con su infantería. Allí estaban los más temibles de los infantes, los brabantones. Ponthieu gastó sus fuerzas contra las picas de ellos, que des-

jarretaban a los caballos. Salisbury le puso entonces en tal desorden que hubiera podido apoderarse del puente de Bouvines.

Sin duda en aquel momento los maceros, guardias del rey, que estaban encargados de la defensa del puente, prometieron a Nuestra Señora edificarla una hermosa iglesia si se dignaba venir en su auxilio. Pero Salisbury deja que Ponthieu se defienda de los brabanzones «con pies y manos», no sirviendo de nada la espada de los caballeros desmontados contra las picas. Ponthieu se veía librado al fin de aquellos comuneros por sus propias milicias comunales. En cuanto al inglés, se vuelve hacia el conde de Dreux, siempre en pugna con Boulogne. Va a cogerle de flanco, pero el obispo de Beauvais ve el peligro del conde su hermano.

Este prelado, a su manera, observaba las leyes de la Santa Iglesia. Como Guérin de Senlis, no llevaba la espada, que derrama sangre, sino que usaba maza y su brazo era bastante fuerte para levantarla, dar el golpe, volverla a levantar y dejarla caer de nuevo. Cada golpe caía como una bala, machacando un cráneo. La maza de armas actuaba como el cañón, un cañón de un metro de alcance. El fuerte obispo rompió de esta suerte, siguiendo lo que dice la Escritura, la cabeza de muchos, entre otras la de Salisbury, «que envió a marcar en la tierra el dibujo de su largo cuerpo».

Después de esta carga del obispo y de sus caballeros, los ingleses, enloquecidos, desaparecieron. A nuestra izquierda, Boulogne solo se mantenía en su torre viviente, de la que partían sus salidas furiosas.

La victoria se decidió al fin, allí donde los franceses habían tomado la ofensiva, en el ala derecha.

Saint-Pol y Montmorency, cuando han exterminado la extrema izquierda imperial, se unen contra Ferrand a Champagne y a Bourgogne. Ferrand no había descansado un minuto. Acribillado de golpes, herido, acometido por tres adversarios, se rinde «ya sin aliento, a fuerza de haber peleado». Todos los suyos fueron muertos o cayeron

prisioneros, fuera de los que huyeron vergonzosamente.

Se vió entonces, en todo el campo de batalla, la desbandada del enemigo.

Guillermo, el capellán, ve confundirse en el pánico a ardeneses, sajones, alemanes, flamencos e ingleses. En el centro permanecen setecientos peones de Brabante, firme resto de aquella infantería que había penetrado hasta el rey Felipe, residuo de una matanza que había durado el día entero. Cargados por Saint-Waléry, fueron muertos hasta el último.

El sol descendía del lado del Océano. Sus últimos rayos iluminaban un espectáculo soberbio. De todos los enemigos de Felipe uno sólo, «los flancos descubiertos por la derrota», seguía batiéndose. Era Boulogne. Los franceses, olvidando su traición, admiraban al héroe desesperado «cuya bravura inaudita atestiguaba su origen francés». El buen capellán describe a aquel personaje «fantástico» que se destacaba sobre el fondo del sol poniente. Boulogne, cuya espada se había roto, tenía un palo de fresno en la mano. Encima de su yelmo se alzaban dos negras barbas de ballena.

El rey manda contra él a tres mil caballeros, que le cortan la retirada hacia la torre viviente. Esta queda muy pronto destruída. La escolta de Boulogne, acometida por todos lados, se dispersa. En el campo inmenso, «hirviente de fugitivos», el conde no conserva ya a su lado más que cinco fieles. Una idea loca le pasa por la cabeza. Pica espuelas en dirección al rey, resuelto a morir matándole. Pero Pedro de la Tournelle se desliza debajo de su caballo, al que hiere con un puñal. Boulogne cae de espaldas, la pierna derecha debajo de su caballo muerto. Varios se precipitan para apoderarse de él. Se resiste. Un criado, llamado Cornu, le quita el casco, le rasga el rostro con un cuchillo, cuya punta intenta luego meter por entre las mallas de la loriga. Pero el obispo de Senlis llega, y Boulogne, que le reconoce, se rinde a él. No es sino un fingimiento. El prisionero ve un grupo de jinetes, mandado por Audenarde, que se esfuerza por llegar hasta él. Para

alcanzar a su libertador aparenta no poder tenerse en pie, pero sus guardianes le llenan de golpes, le obligan a montar en un rocín y se le llevan, en tanto Gerardo la Truie se apodera de Audenarde.

Todo había concluído y el sol podía ponerse.

E. Lavisse, *La bataille de Bouvines*. París, typ. G. Née., s. a.

III.—Luis IX y la Iglesia.

Durante mucho tiempo se ha atribuído a Luis IX, con el nombre de Pragmática, una supuesta ordenanza, fechada en el mes de marzo de 1269, que habría prohibido las colaciones irregulares (art. 1), la simonía (art. 3), y dejado en suspenso los tributos onerosos que percibía la corte de Roma sobre el clero del reino (art. 5). Este documento es falso. Fue invención del siglo xv, obra de gentes que no se hallaban al corriente de las fórmulas usuales en la cancillería de los Capetos directos, cuyo objeto era dar a la Pragmática Sanción de Carlos VII un precedente venerable. Pero si han tenido razón para poner en duda, por razones diplomáticas, la autenticidad, ciertos historiadores se han equivocado al denunciar además en ella inverosimilitudes históricas. La Pragmática, dicen, es falsa, porque supone la existencia en 1269 de las colaciones irregulares y de la simonía, siendo así que estos abusos no existían en dicha fecha; lo es porque en ella se dice que las diócesis están miserablemente empobrecidas por las recogidas de dinero hechas en beneficio de la corte romana, cuando esas colectas eran desconocidas en el siglo xiii; lo es, finalmente, porque supone en su autor «una vigorosa independencia con respecto a la Santa Sede que repugna en absoluto al modo de pensar de Luis IX». — Sabemos que el carácter de este rey no era en nada el que escritores modernos, mal informados,

le han atribuído siguiendo a los hagiógrafos. Es muy fácil demostrar que los restantes argumentos de los adversarios de la Pragmática se derrumban también ante los hechos.

En efecto, en el siglo XIII se planteó con claridad en Occidente el terrible problema de los derechos de la Sede Apostólica sobre los bienes de las iglesias locales, que estaba todavía pendiente en tiempo de Carlos VII.—La propiedad de los bienes eclesiásticos, cuyo disfrute tenían las Iglesias locales, ¿pertenece al Papa, a Dios, a la Iglesia universal, a los pobres? En Roma se había formado la teoría de que esos bienes eran parte del patrimonio pontificio, y que el Papa tenía derecho, por consiguiente, a disponer de ellos, a cobrar tributo a los que los poseían. En el Sínodo de Londres, en 1256, un recaudador pontificio manifestó expresamente que «todas las iglesias son del Papa, *Omnes ecclesiae sunt domini papae*». De este modo resultaban perjudicados a la vez los clérigos, ante la amenaza de cargas pecuniarias, y los patronos seculares, los señores, los reyes, que por su parte se consideraban, a título de representantes de los antiguos fundadores de las iglesias, autorizados para aprovecharse de sus riquezas en caso de necesidad, y que no podían ver en todo caso con gusto que el dinero de los clérigos pasase a las arcas de los romanos. Clérigos, reyes y señores habían dejado no obstante introducirse, desde la época de Inocencio III, sin aceptar, es cierto, el principio jurídico, la costumbre de las exacciones pontificias. Los papas empezaron por imponer cargas a las iglesias, con el consentimiento de los príncipes y de los prelados, para las necesidades de Tierra Santa, de la Cruzada, de los latinos de Constantinopla, y lo hicieron después para las de sus luchas contra los Hohenstaufen y de su política en general. En Francia, el clero había empezado prestándose dócilmente a esta ampliación de los derechos del Papa. El cardenal de Palestrina, legado de Gregorio IX, le había sacado gruesas sumas; Inocencio IV, desde que llegó a Lyon, había recibido de los abades del Cister y de Clu-

ny, de Eudes Clemente, abad de Saint-Denis, y del arzobispo de Rouen, liberalidades considerables. El Papa estaba desde luego tan convencido de su derecho de requisición sobre la Iglesia de Francia, que en mayo de 1247 había escrito al arzobispo de Narbona, al abad de Vendôme y sin duda a otros prelados pidiéndoles, no ya solamente dinero, sino soldados que le ayudaran a repeler las agresiones del emperador. El clero inglés, tratado por Inocencio IV de la misma manera, protestaba vivamente. Un documento preciosísimo, que Mateo de París, trascribiéndolo al final de su Crónica, ha preservado de la destrucción, nos dice que el gobierno de Luis IX meditó acerca de estas novedades.

Seis meses después de la publicación del manifiesto de los barones de Francia contra el clero, el 2 de mayo de 1247, los obispos de Soissons y de Troyes, en nombre de los prelados, el archidiácono de Tours y el preboste de la catedral de Rouen, en nombre de los capítulos y del clero inferior, y el mariscal de Francia Ferri Pasté, en nombre del rey, expusieron a Inocencio IV, en presencia de su corte, los agravios siguientes: la Santa Sede usurpaba la jurisdicción de los ordinarios; inundaba el reino de italianos a los que proveía, con detrimento de los nacionales, de pensiones y beneficios; sus demandas de dinero, las exacciones de sus agentes arruinaban las iglesias locales. La respuesta del Papa fue vaga. Estaba dispuesto a revocar en tiempo y lugar oportunos los abusos cometidos, si había habido por parte de la Iglesia recientes usurpaciones, lo que no creía sin embargo, pero no variaba en nada los derechos de que estaba en posesión *vel quasi*. Era la época en que Luis IX se disponía a proteger la persona de Inocencio contra las empresas de Federico II. Se ha conjeturado (porque los archivos del siglo XIII están tan mutilados que la cronología de los sucesos más importantes es insegura), se ha conjeturado que aprovechó esta circunstancia, en que el Papa le estaba obligado, para dirigirle severas reclamaciones. Descontento de la respuesta dada a Ferri Pasté, envió otras

personas, cuyos nombres son desconocidos, que probablemente en el mes de junio reflejaron en estos términos las quejas del mes de mayo: «El rey nuestro señor, dijeron aquellos oficiales, ha soportado durante largo tiempo con gran pena el daño que se hace a la Iglesia de Francia, y por consiguiente a él mismo, a su reino. Por miedo a que su ejemplo indujese a los demás soberanos a adoptar contra la Iglesia romana una actitud hostil, se ha callado, como príncipe cristiano y devoto...; pero, viendo hoy que su paciencia no obtiene resultado, que cada día trae nuevos agravios, después de haber deliberado largo tiempo sobre el particular, nos ha enviado a exponeros sus derechos y a participaros sus opiniones». Recientemente los barones, «en el coloquio de Pontoise», han censurado al rey que dejase destruir su reino; «su inquietud ha llegado a toda Francia, donde la devoción tradicional a la Iglesia romana está pronta a extinguirse y a dar lugar al odio. ¿Qué ocurrirá en los demás países, si la Santa Sede pierde el cariño de este pueblo, hasta ahora fiel entre todos? Ya los seculares no obedecen a la Iglesia sino por temor al poder real. En cuanto a los clérigos, Dios sabe, y lo saben todos, con qué ánimo soportan el yugo que se les impone. Esta situación tan grave procede de que el Papa da al mundo el espectáculo de cosas nuevas, extraordinarias». — Estas cosas, el representante del rey las enumera en un discurso nutrido de hechos precisos, sembrado de máximas generales y de apotegmas históricos: «Es inaudito ver a la Santa Sede, siempre que está necesitada, imponer a la Iglesia de Francia subsidios, contribuciones sobre lo temporal, cuando lo temporal de las iglesias, aun cuando se refiera al derecho canónico, no depende más que del rey, no puede ser objeto de tributo más que por su parte. Es inaudito oír por el mundo estas palabras: «Dadme tanto, u os excomulgo...» La Iglesia [de Roma], que ya no conserva el recuerdo de su sencillez primitiva, está ahogada por sus riquezas, que han producido en su seno la avaricia, con todas sus consecuencias. Estas exacciones se cometen a



Fig. 61.—San Luis, según una estatuita de madera del Museo de Cluny.

expensas del orden sacerdotal, que siempre, aun entre los egipcios y los antiguos galos, ha estado exento de toda prestación. Este sistema ha sido por primera vez puesto en práctica por el cardenal-obispo de Preneste, que, cuando fue legado en Francia, impuso procuraciones pecuniaras a todas las iglesias del reino. Hacía presentarse uno por uno a los eclesiásticos y, después de haberles arrancado la promesa de ser discretos, decía: «Os ordeno pagar tal suma con destino al Papa, en tal plazo, en tal sitio, y sabed que, de no hacerlo, quedaréis excomulgado». El rey, a quien se informó del caso, le envió a buscar y le hizo prometer que renunciaría a aquellos procedimientos... Pero desde que Inocencio ha venido a habitar en Lyon, los abusos han empezado de nuevo... (1) Cuando todos los miembros del clero francés rivalizaban en celo, como era su deber, el Papa ha enviado a Francia un nuncio que se ha puesto a imitar en todo al cardenal de Preneste. El rey se ha opuesto a estas nuevas exacciones, luego ha inducido a su clero a someterse, por pura generosidad, al subsidio para el Imperio de Oriente y al diezmo de Tierra Santa. Desde entonces los enviados pontificios han vuelto, y el Papa ha escrito al clero que le envíe tropas [para ayudarle contra el emperador] (2). En este momento mismo, los hermanos Menores hacen, por su cuenta, una nueva colecta: en Borgoña han llegado a

(1) Comparad una Memoria de Luis IX a sus enviados cerca de la Santa Sede, en tiempo de Alejandro IV: «Cuando la próxima promoción [de cardenales], se haga, el rey suplica y requiere que se eleve a esta dignidad a hombres apasionados por el servicio de Dios y por la salvación de las almas, enemigos de la concupiscencia, *qui avariciam detestentur*. Deben, en efecto, ser para todos los preladados de la Iglesia modelo de honor y de santidad cristiana».

(2) Aquí la Memoria añade duramente: «En primer lugar las iglesias no tienen tropas, y, si las tuvieran, ¡qué soldados! Por otra parte, no se sabe siquiera si el emperador vendrá, y suponiendo que venga, habría que preferir a los consejos de los hombres el consejo de Dios, que ha dicho: «Si os persiguen en una ciudad, refugiaos en otra».

convocar a los capítulos de las catedrales y a los mismos obispos, y a obligarles a entregar en la quincena de Pascuas el sétimo de sus rentas eclesiásticas... En otras partes, es el quinto lo que se exige... El rey no puede tolerar que se despoje de esta suerte a las iglesias de su reino, fundadas por sus antepasados... Juzga conveniente, en efecto, reservarse, *pro sua et regni sui necessitate*, sus tesoros, que puede utilizar libremente como sus propios bienes» (1).—Esto en cuanto a las exacciones de Roma. La Memoria insiste luego, con tanta vehemencia, acerca de la avidez personal de los enviados pontificios que recorren el reino, y sobre las colaciones de beneficios que la Santa Sede se permite: «Las iglesias están empobrecidas por multitud de provisiones y pensiones... ¡Que la Santa Sede use de moderación! ¡Que la primera de todas las iglesias no abuse de su supremacía para despojar a las otras! Inocencio III, Honorio III, Gregorio IX han distribuído a su alrededor muchas prebendas francesas, pero los predecesores de Inocencio IV no han conferido todos juntos tantos beneficios como él sólo durante los años poco numerosos todavía de su pontificado. Si el próximo Papa siguiera la misma progresión, el clero de Francia no tendría ya más recurso que huir de él o hacerle huir. Las cosas han llegado ya a tal punto que los obispos no pueden proveer a sus clérigos letrados, ni las personas honorables de sus distritos, y en esto se perjudica al rey, como a todos los nobles del reino, cuyos hijos y amigos eran hasta el presente provistos en las iglesias, a las que aportaban en cambio ventajas espirituales y temporales. Hoy se prefiere a extranjeros, a desconocidos, que ni siquiera son vecinos, a las gentes del país. Y en nombre de estos extranjeros los bienes de las iglesias se sacan del reino, sin que se piense en la voluntad de

(1) Admira ver que incidentalmente declara el representante de Luis IX que hasta poco tiempo antes los reyes de Francia conferían a su agrado, *in camera sua*, todos los obispos del reino en las personas que creían conveniente.

los fundadores, de donde no resultan para la Iglesia romana más que odio y escándalo».

La Memoria del mes de junio de 1247 (cuya autenticidad no es dudosa) demuestra ampliamente que los abusos condenados por la falsa Pragmática florecían ya en el siglo XIII. No obstante, es grande la diferencia entre la Pragmática y la Memoria. Esta, aun cuando escrita con firmeza, no es en último término más que una demanda, y termina con protestas de afecto y pesadumbre: «El rey compadece mucho las dificultades en que se halla el Papa; pero, sea el que quiera su cariño, debe procurar con todas sus fuerzas la conservación del buen estado, de las libertades y costumbres del reino que le ha confiado Dios». La Pragmática, por el contrario, aparece como una disposición real para reforma de la Iglesia, dictada sin la aprobación de ésta. La Memoria pide la atenuación, más que la supresión, de los males que denuncia; la Pragmática proclama principios de derecho público. Por último, si Luis IX hubiera osado tomar medidas tan radicales como las de la Pragmática



Fig. 62.—Gautier Bardins, baillío y consejero del rey en el siglo XIII, según su losa sepulcral. (H. Bordier, *Philippe de Bemi. sire de Beaumanoir*. Paris, 1869).

ca, habrían tenido, sin duda, alguna eficacia. En cuanto a la Memoria «causó viva impresión, dice Mateo de París, pero la emoción que produjo no ha tenido resultado hasta el presente».

«No sabemos, dice el último historiador de Inocencio IV, si las imposiciones de subsidios para la Iglesia romana continuaron en Francia después de 1247. En cuanto a las provisiones, el Papa, después de haberlas practicado con algún exceso hasta 1247, las redujo durante cierto tiempo, pero, al final del pontificado, los nombramientos de clérigos extranjeros, de que se queja San Luis, reaparecieron con nueva persistencia» (1). En tiempo de los sucesores de Inocencio, Francia y Europa fueron recorridas, más que nunca, por los «mercaderes» y los banqueros del Papa, encargados de recoger, por cuenta de Roma, el dinero de las centésimas y de los diezmos. Y las quejas del clero se alzaron, más fuertes de año en año. En el mes de agosto de 1262, un sínodo de prelados francés se negó a conceder a Urbano IV el subsidio a que su mandatario les rogaba consentir: «La Iglesia de las Galias sufre desde hace mucho tiempo cargas demasiado pesadas. Había entregado sumas enormes para la Cruzada, para la Santa Sede, no pensaba que nuevos sacrificios estuvieran suficientemente motivados». Urbano IV hizo más, y, al mismo tiempo que apresuraba el cobro de la centésima para Tierra Santa, impuso al año siguiente diezmos para la cruzada de Sicilia, para la cruzada pontificia contra Manfredo. «Se pagaba entonces, dice un cronista limosino, el diezmo para Carlos de Anjou y la centésima para Tierra Santa. El arzobispo de Tiro estaba encargado de percibir la centésima; Simón, cardenal de Santa Cecilia, estaba encargado de cobrar el diezmo. Aun cuando este cardenal fuera francés de origen y hubiera sido canciller del rey de Francia, cuando era tesorero de la iglesia de Tours, conocía perfectamente los

(1) E. Berger, *Saint Louis et Innocent IV*, págs. 293, 297.



Fig. 63.—Felipe el Atrevido, hijo de San Luis, según su losa sepulcral.

usos de Roma para roer y devorar las bolsas, *bene didicerat morem Romanorum ad bursarum corrosionem*. No podría decir todas las exacciones y las violencias que se cometieron con ocasión de este diezmo y en provecho de los recaudadores». En 1265, es Clemente IV quien pide de nuevo a los clérigos de Francia subsidios, invocando las necesidades de la Iglesia y el peligro de su campeón en Italia, Carlos de Anjou. Los diezmos de Urbano IV no hubieran bastado y, aun cuando el producto de la centésima para Tierra Santa se hubiera desviado de su destino, aplicado a los gastos de las guerras ultramontanas, se necesitaba más dinero. Esta vez la asamblea de la provincia de Reims protestó en un manifiesto en el que, diciéndose abrumada por los tributos anteriormente pagados, hablaba de su «servidumbre» y recordaba que el cisma de la Iglesia griega había tenido por causa la avaricia y la avidez de los romanos: «antes que avenirse a las órdenes del Papa, se declaraba dispuesta a arrostrar la excomunión, porque, estaba persuadida de ello, la rapacidad de la Curia no cesaría sino en el momento en que cesasen la obediencia y la abnegación del clero...»

De quererlo Luis IX, habría impedido ciertamente que Urbano IV y Clemente IV, Papas franceses, devotos de su persona, siguieran los procedimientos de Inocencio con respecto a la Iglesia galicana. Pero no lo quiso. La recaudación del diezmo de Urbano IV se hizo, por el contrario, con su asentimiento, y gracias a su apoyo, *per compulsionem regis*. ¿Cómo explicar esta complacencia, después de lo que se había dicho en Lyon en 1247? Se ve muy claramente. En 1247 el rey había censurado con tanta mayor severidad las exacciones pontificias cuanto que estaban destinadas a sostener contra el emperador una guerra que él no aprobaba y que hacían el mayor daño a la recaudación para la Cruzada. Urbano IV y Clemente IV prodigaron al rey los subsidios que solicitó de ellos para la expedición de ultramar, y sus exacciones estaban destinadas a sostener una empresa — la de Carlos de Anjou, su hermano — que no había alentado, sin duda,

pero que no le correspondía estorbar. Por otra parte, aun en 1247, no había discutido formalmente el derecho pontificio de imponer subsidio. Como todos los príncipes de su época, lo reconoció tácitamente, a condición de vigilar su ejercicio, y de beneficiarse de él, en ocasiones. Sólo más tarde, la terrible cuestión de los bienes de la Iglesia fue por vez primera discutida y resuelta en principio: constituye el fondo de la primera diferencia entre Felipe y Bonifacio.

Ch. V. Langlois. De una obra en preparación.

IV.—Luis IX y las ciudades.

Los pastorcillos.

En el siglo XIII, los «municipios» en decadencia no eran ya bastante turbulentos, suficientemente poderosos, para que la Corona hubiera de temerlos. Jamás fueron causa de dificultad para el gobierno de Luis IX. En este reinado, por el contrario, el poder real empezó a intervenir con éxito en los asuntos de los municipios. Por el año 1256, una ordenanza real impuso a todas las ciudades de Normandía una constitución muy análoga a los Establecimientos de Rouen: el alcalde sería designado anualmente por el rey, en una propuesta de tres candidatos hecha por el saliente y los hombres buenos del lugar; los municipios quedaron obligados además a presentar todos los años, en noviembre, sus cuentas a comisarios del rey; se les invitó a no hacer ningún contrato, a no consentir en donativo alguno —salvo los «jarros de vino»— sin la autorización real. Otra ordenanza, sin duda algo posterior, aplicable para toda Francia, generalizó el régimen nuevo de tutela administrativa y financiera y de uniformidad: «Todos los alcaldes de Francia» serán nombrados todos los años, el mismo día, el siguiente de San Simón y San Judas, en la octava de San Martín; el anti-

guo alcalde y cuatro hombres buenos de la ciudad (algunos designados entre los que hayan manejado fondos comunales) irán a París «para rendir cuenta a nuestras gentes de sus ingresos y sus gastos». Se han conservado algunas de las cuentas presentadas a las gentes del rey en ejecución de estos reglamentos. El autor de la Ordenanza se proponía seguramente prevenir las malversaciones, los gastos suntuarios, los desórdenes que habían contribuído a producir la ruina de las ciudades libres, a la sazón recargadas en su mayor parte con deudas excesivamente pesadas. Pero ¿se daba cuenta de que las exigencias de los reyes tenían también alguna culpa en la triste situación de las Haciendas comunales? Blanca de Castilla había utilizado frecuentemente las milicias municipales, y Luis IX las utilizó también. Los municipios habían tomado la costumbre de prestar al rey, para sus necesidades, dinero que el gobierno real, por su parte, había tomado la costumbre de no devolver. «Cuando el rey fue a ultramar, decía el magistrado de la ciudad de Noyon, el 7 de abril de 1260, le dimos 1.500 libras, y cuando estuvo en ultramar, habiéndonos comunicado la reina que el rey tenía necesidad de dineros, la dimos 500 libras. Cuando el rey volvió de ultramar, le prestamos 600 libras, pero no recibimos más que 100 y le perdonamos el resto. Cuando el rey hizo la paz con el de Inglaterra, le dimos 1.200. Y todos los años hemos de dar al rey 200 libras tornesas por el municipio que de él tenemos, y nuestros presentes a los que van y vienen nos cuestan, un año con otro, 100 libras más. Y cuando el conde de Anjou, hermano del rey, fue al Hainaut, se nos hizo saber que tenía necesidad de vino. Le enviamos diez toneles, que nos costaron 100 libras, con el transporte. Después, nos comunicó que tenía necesidad de soldados para su feudo. Le enviamos 500 que nos costaron al menos 500 libras. Cuando el dicho conde fue a San Quintín, envió a la condesa a Noyon, lo cual nos costó bien 600 libras, y la ciudad de Noyon hizo todo esto por el conde en honor del rey. Después, a la partida del ejército, se nos hizo saber que el conde tenía

necesidad de dinero y que habría villanía en no ayudarle. Le prestamos 1.200 libras, de las que le perdonamos 300 para tener el recibo sellado de las 900 restantes». — De esta suerte, la explotación de las ciudades, tan fieles, tan sumisas, por el rey o en su nombre era una de las causas del déficit que legitimó el ponerlas bajo tutela. Y las ciudades no protestaron, las quejas de Noyon son bien tímidas y no se conocen otras más atrevidas.

Por bajo de las prudentes aristocracias que gobernaban los municipios, y en los campos, había una inmensa plebe oscura, sufrida y bárbara, con la que no se contaba. Una sola vez, en tiempo de Luis IX, sale a plena luz histórica, movida por una tempestad, en un relámpago. — Al saberse las desventuras del rey y de la cruzada en Egipto, por Pascuas del año 1251, una gran corriente de compasión conmovió a las poblaciones místicas, violentas, del norte de Francia. Bandas de gente mísera, hombres, mujeres y niños, vagaron de aldea en aldea. Iban a librar al rey, a conquistar Jerusalén. Pronto se constituyeron en horda. Surgió un jefe. ¿De dónde venía? Los contemporáneos no lo supieron. Dicen que era un viejo, de sesenta años poco más o menos, pálido, delgado, con barba larga, que hablaba de manera sugestiva en francés, en *tiois* y en latín. Se le llamaba el «maestre de Hungría, y pasaba por tener, en su puño constantemente cerrado, la carta de la Santa Virgen que le había confiado su misión. De Brabante, de Hainaut, de Flandes, de Picardía, una muchedumbre de «pastorcillos» acudió en pocas semanas hasta París, engrosada en el camino por vagabundos, ladrones y prostitutas. El pueblo de Francia, si hay que creer al franciscano Salimbeno, se sentía animado contra la Iglesia oficial, que después de haber recomendado la expedición a Egipto abandonaba a los cruzados a su suerte, de los sentimientos más hostiles: «Los franceses, dice Salimbeno, blasfemaban en aquel tiempo. Cuando los hermanos predicadores y los hermanos menores pedían limosna, las gentes rechinaban los dientes, y a su vista daban a otros pobres, diciendo:

«Toma esto, en nombre de Mahoma, más poderoso que Cristo». Siempre ocurrió que los «pastorcillos», que perseguían a los clérigos, fueron al principio bien acogidos. Los de Amiens, teniéndolos por «santas gentes», les habían dado provisiones. En París eran 60.000, con armas y banderas. «Su jefe, escribía a sus hermanos de Oxford el *custos* de los franciscanos de París, viola la dignidad eclesiástica. Maldice los sacramentos, bendice al pueblo, predica, reparte cruces, ha inventado un nuevo bautismo, realiza falsos milagros, mata a las gentes de iglesia. En el momento de su llegada a París, tal ha sido la emoción popular contra los clérigos que, en pocos días, han sido muertos, arrojados al agua, heridos gran número de ellos. Un cura que decía misa ha sido despojado de la casulla y coronado de rosas, por burla...» Parece que el maestre de Hungría, recibido por la reina Blanca, ya en Maubuisson, ya en otra de las residencias reales de las cercanías, la había «encantado tanto que la reina y su Consejo tenían por bueno todo lo que hacía». Se dice que subió al púlpito de la iglesia de San Eustaquio y predicó con vestidura de obispo, la mitra en la cabeza. Al dejar París, los «pastorcillos», en la embriaguez de su popularidad y su poder, se dividieron en varios cuerpos. Unos fueron a Rouen, y penetraron por la fuerza en la catedral y en la mansión arzobispal, de la que expulsaron a los clérigos. Otros, guiados por el Maestre, hicieron su entrada triunfal en Orleans el 11 de junio. Allí el Maestre predicó de nuevo. Hubo un tumulto en el que murieron clérigos de la Universidad. Como en París, como en Rouen, como en Amiens, los burgueses que habían abierto las puertas de la ciudad a pesar de las advertencias del obispo, no se opusieron a los excesos. En Tours, los franciscanos y los dominicos tuvieron que sufrir mucho del furor de los «pastorcillos», que los arrastraron por las calles, medio desnudos, saquearon sus iglesias y cortaron, dícese, la nariz a una estatua de la Virgen.—Entonces, pero sólo entonces, se consiguió persuadir a la reina de que pusiera fin a aquellas cosas. Los clérigos contaban

cosas terribles acerca del Maestre de Hungría. Era un monje apóstata, un nigromántico, instruído en las escuelas de Toledo, que había prometido al sultán de Egipto entregarle cristianos, los pobres diablos que llevaba en su séquito. Había establecido la poligamia en su campo. Había que desembarazarse de un personaje tan peligroso. Era cosa fácil, los «pastorcillos» se dispersaban cada vez más. Los había a la sazón en Normandía, en Anjou, en Bretaña, en Berry...—El día que la protección táctica de Blanca no los amparó, los «pastorcillos» quedaron perdidos. Aquella fuerza ciega no podía nada contra la fuerza organizada. Por otra parte, ellos mismos se condenaban. En Bourges, como todos los clérigos hubieran escapado antes de su llegada, la emprendieron con los judíos, y hasta con los burgueses, que en un principio les habían tratado bien. Fueron acometidos y el Maestre de Hungría pereció en un combate, cerca de Villeneuve-sur-Cher. Lo que quedaba de su horda fue inmediatamente perseguido con ardor. Los desventurados huyeron en todas direcciones y fueron ahorcados, hasta en Aigues-Mortes, en Marsella, en Burdeos, en Inglaterra misma. «Se dice, escribe el *custos* de los franciscanos de París, que tenían intención: 1.º, de acabar con el clero; 2.º, de suprimir los frailes; 3.º, de acometer a los caballeros y a los nobles, para que esta tierra, así privada de sus defensores, estuviera mejor dispuesta para los errores y las invasiones de los paganos. Es verosímil, tanto más cuanto que multitud de caballeros desconocidos, vestidos de blanco, han aparecido en Alemania...» Mateo de París refiere que, en los bagajes de los «pastorcillos» que fueron presos y ejecutados en Gascuña, se encontraron venenos en polvo y cartas del sultán. La memoria de los «pastorcillos» quedó abrumada con el peso de estas leyendas, pronto admitidas por la credulidad pública.—Como todos los movimientos del mismo género, bastante frecuentes en la Edad Media, aquella sublevación anti-clerical fue en absoluto infecunda.

EL MISMO, *Ibidem*.



IV.—El atentado de Anagni

En lo sucesivo, las peripecias se precipitan. Bonifacio, reconciliado en contra de Francia con sus enemigos de la víspera, los aragoneses de Sicilia y Alberto de Austria, desligó, el 31 de mayo, a los prelados, señores y burgueses del valle del Ródano, del condado de Borgoña, del Barrois y de la Lorena, de los juramentos de fidelidad que podían causar perjuicio a los derechos del Imperio. Felipe respondió inmediatamente con una alianza defensiva con Wenceslao de Bohemia, que era el enemigo declarado del Papa y de Alberto de Hungría, pero la corte de Francia no se detuvo aquí, sino que empleó en preparar a Francia y a Europa, para el golpe teatral que se urdía en las sombras, una actividad sin semejante.

El 13 y 14 de junio se vió en París, en el Louvre, un espectáculo sorprendente. El 13, los condes de Evreux, de Saint-Pol y de Dreux, y Guillermo de Plaisians, caballero — el brazo derecho de Nogaret —, «conmovidos por los peligros que Bonifacio hacía correr a la Iglesia», renovaron contra él, ante los personajes del reino, eclesiásticos y seculares, reunidos en presencia del rey, las requisitorias del mes de marzo, y la apelación al futuro Concilio. Los obispos, solicitados para que se adhirieran, se retiraron para deliberar sobre asunto tan grave (*negotium arduum, inmo arduissimum*). Al día siguiente Plaisians leyó una cédula que contenía, en 29 artículos, la enumeración de los crímenes, vicios y herejías imputados al Papa, de que el orador prometió dar la prueba a su tiempo y lugar: «En primer lugar, Bonifacio no cree en la inmortalidad del alma ni en la vida futura. Por esto es epicúreo. No se avergüenza de decir: «Preferiría ser perro a ser francés», lo cual no diría ciertamente si creyera que los franceses tienen alma. No cree en el Sacramento del altar, porque no hace lo debido durante la consagración.

Dice que fornicar no es pecar. Ha repetido muchas veces que, para rebajar al rey y a los franceses, arruinaría, si fuera preciso, al mundo entero, a la Iglesia, a él mismo, y como buenas gentes le advirtieran que pensaba algo escandaloso: «¿Qué me importa el escándalo, dijo, siempre que los franceses y el orgullo de los franceses sean aniquilados?» Maestre Arnaldo de Vilanova ha escrito un libro que huele a herejía y que ha sido condenado por los maestros en teología de la Facultad de París. Después de haberle mandado quemar él mismo en consistorio, ha cambiado de opinión, lo aprueba. Tiene un demonio privado, al que consulta en toda ocasión. Pretende que los franceses son todos patarinos. ¡He aquí la manera de los heréticos, que os califican de patarinos cuando sois troportodoxo para compartir sus errores! Es sodomita. Ha hecho matar a varios clérigos en su presencia. Ha obligado a los sacerdotes a revelar el secreto de la confesión. Oprime a los cardenales, a los monjes negros, a los monjes blancos, a los Hermanos menores y a los Predicadores. Manifiesta que son todos hipócritas, no tiene más que la injuria y el oprobio en los labios. Su odio contra el rey de Francia viene de su odio contra la fe, de que dicho rey es esplendor y ejemplo. Como las gentes del rey de Inglaterra le pidieran un diezmo, se lo otorgó a condición de que lo empleasen en guerra contra Francia. Ha prometido su ayuda a Federico, que detenta la Sicilia, para perder al rey de Nápoles (Carlos II de Anjou) y degollar a todos los franceses. Ha reconocido recientemente al rey de Alemania, Alberto, y ha sido (no lo ha ocultado) para perjudicarnos a nosotros, franceses. Sin embargo, antes había calificado a ese mismo rey de asesino; pero para romper el acuerdo que existía entre este príncipe y Francia, lo ha olvidado todo. Si la Tierra Santa se ha perdido, suya es la culpa. Ha disipado el patrimonio de Jesucristo en perseguir a los amigos fieles de la Iglesia y en enriquecer a sus parientes. Es simoníaco público. Tiene tienda de beneficios y de dignidades. Para proveer a sus sobrinos, que ha nombrado marqueses, con-

des y barones, ha desheredado a la nobleza de la Campaña romana. Ha hecho desaparecer a su predecesor, Celestino, y a todos los que han discutido la cuestión: «Si Celestino podía renunciar...» Ha dicho que haría pronto de todos los franceses apóstatas y mártires... Después de haber dado lectura de este documento, cuya marca de fábrica se trasparenta a través de la traducción abreviada que precede, Guillermo de Plaisians protestó de que no había hablado de esta suerte por odio a Bonifacio: «No es a él, son sus malas acciones lo que odio». Luego emplazó una vez más al rey, «a quien pertenecía la defensa de Nuestra Santa Madre la Iglesia y de la fe católica», y a los prelados, «que son las columnas de la fe», para que trabajasen en pro de la reunión de un Concilio general. Hecho esto, Felipe el Hermoso, que el 12 de marzo no había dicho nada, expresó su aprobación. Aun cuando hubiera preferido «ocultar con su manto la desnudez de su padre», se adhirió a las acusaciones de Nogaret, reiteradas por Plaisians, e indujo a los prelados a que hicieran otro tanto. Estos, que no estaban engañados, fueron cómplices, sin protestar. Cinco arzobispos, veintiún obispos, diez abades, los visitadores del Temple y de los Hospitalarios, accedían al concilio, «a fin de que la inocencia del señor Bonifacio apareciese, si era inocente, en todo su esplendor»; pero «como el dicho señor Bonifacio, irritado, lo tememos, por estas medidas, procederá probablemente contra nosotros», los prelados apelaron de antemano al futuro concilio y al Papa legítimo de las sentencias que podrían venírseles encima.

Se había temido quizá que la adhesión de los obispos fuera difícil de obtener, y por esto, sin duda, se había creído necesario reunirlos en el Louvre e intimidarlos con la presencia del rey. Al contrario, quizá porque no se estaba enteramente seguro acerca de la actitud de la nobleza, del pueblo y sobre todo del clero bajo, en vez de convocar una Asamblea general de sus representantes, la corte tomó el partido de enviar a las provincias comisarios encargados de recoger, y en caso necesario de obte-

ner a la fuerza, el asentimiento de las corporaciones locales. A partir del 15 de junio, la Cancillería real expidió a centenares copias del acta de la Asamblea del 14 y de una circular del rey «a todos los deanes y capítulos de la iglesia catedral o colegial, a todos los conventos, nobles, cónsules, ciudadanos y a todas las personas eclesiásticas y seglares», que contiene en estilo pomposo la invitación para adherirse al Concilio general. Comisarios portadores de estos documentos recorrieron inmediatamente Francia. Al llegar a la región que les había sido asignada presentaban, leían, traducían y comentaban el acta y la circular. Si había resistencia, insistían en la autoridad de las adhesiones ya logradas. Se levantaba al fin acta auténtica de la opinión de la comunidad consultada: adhesión, unánime o no, con o sin reservas, excusas dilatorias o negativa a adherirse. De esta última clase, casi nadie se atrevió a darlas, la actitud de las gentes del rey era demasiado conminatoria. No hubo vacilaciones más que entre los monjes; pero varios, después de haber protestado, se retractaron. Ciertos superiores monásticos, como aquel Provincial de la orden de Predicadores, que aconsejaba obedecer «para no singularizarse», y porque no conviene «parecer gloriarse en un sentimiento personal», prestaron, por lo demás, su concurso para ahogar las resistencias. Sólo algunos capítulos del Oeste, religiosos italianos, los dominicos de Montpellier y de Limoges, los franciscanos de Nimes y los monasterios del Cister, tuvieron escrúpulos invencibles. Se aprisionó a los rebeldes, se expulsó a los italianos. Al mismo tiempo que expulsaba a los extranjeros, el rey hacía guardar las fronteras de sus Estados, a fin de que ningún regnícola tuviese medio de sustraerse por la huída a la obligación de adherirse.

He aquí lo que ocurrió en París. El 24 de junio, muchedumbre inmensa se reunió en el jardín del Palacio real de la Cité: los monjes de la capital habían acudido, «en procesión, por bando». Predicó el obispo de Orleans, y luego dos frailes Predicadores y dos Menores subieron a la tribuna: «Verdad, dijo uno de ellos, el hermano Re-

nato d'Aubigni, no se cuida ni de halago ni de villanía. No hablo aquí para halagar al rey ni para decir villanía al Papa. Hablo para explicar los sentimientos del rey. Ahora bien, sabed que lo que hace, lo hace por la salvación de vuestras almas. Puesto que el Papa ha dicho que quiere destruir al rey y al reino, nosotros debemos todos rogar a los preladados, condes y barones, y a todos los de Francia, que quieran mantener la situación del rey y del reino». Juan de Montigni, burgués de París, consejero del rey, apareció en seguida en el estrado: «Señores, habéis oído los crímenes denunciados contra el Papa, y el llamamiento contra esos crímenes. Sabed que el capítulo de París y todos los capítulos del reino de Francia, y la Universidad de París, se adhieren a este llamamiento. Por lo cual os mandamos, puesto que ello atañe al bien del rey y del reino, que nos digáis si os adheris, o no. Tenemos aquí notarios para levantar acta de vuestro asentimiento». El testigo auricular —un mercader italiano— que consignó estos discursos, añade que «la mayor parte de los que estuvieron presentes decían: «Sí, sí, sí».

Como la reunión de un Concilio general no dependía de Francia solamente, Felipe, en tanto hacía proceder a esta consulta nacional, requería, en la misma forma, la aprobación de los príncipes y de los pueblos extranjeros. El 1.º de julio mandó escribir a los «prelados, nobles y comunidades de los reinos de Castilla, de Portugal y de Navarra, y a las repúblicas de Italia». Llegaron respuestas favorables de las comunidades de Navarra y de los obispos de Portugal.

Bonifacio VIII fue informado de los acontecimientos inverosímiles que se desarrollaban en Francia. Se conmovió hasta el punto de no lograr reponerse. Las bulas que el 15 de agosto expidió desde Anagni, están escritas en un tono de dignidad entristecida. Una de ellas se dirige al arzobispo de Nicosia, que ha sido «uno de los seis pérfidos instigadores de la rebelión de los franceses». Otra suspende la vida eclesiástica y universitaria en Fran-

cia, hasta el arrepentimiento del rey. Por último, en la epístola *Nuper ad audientiam*, el Papa se dirige a Felipe: Ha sabido lo que ha pasado el día de San Juan en el jardín del rey en París. Se le ha acusado de herejía, extraña novedad: «Nunca persona de la Campania romana, de que soy oriundo, fue convicto de este delito». El rey de Francia se ha alzado contra la Santa Sede porque ha denunciado sus culpas, pero otros reyes antes de él han sido reprendidos. ¿Vale más que ellos? ¿No es Bonifacio igual a sus predecesores? ¿No quedaría el mundo trastornado, si bastase a los poderosos de la tierra, para persistir en sus delitos, insultar al sucesor del Apóstol? «No sufriremos nunca que ese ejemplo detestable se dé en el mundo... Que el nuevo Sennaquerib se acuerde de las palabras que se dijeron a su émulo: ¿Contra quién has blasfemado? Contra el santo de Israel...» Pocos días después, escribió la famosa carta *Super Petri solio*, donde resume sus agravios y la historia de la querrela. Recuerda los impedimentos puestos por Felipe a la reunión de un concilio francés en Roma, la embajada del cardinal Lemoine, el asunto del obispo de Pamiers, el de los Colonna, el escándalo de «no sé qué apelación frívola» a un Concilio general. Por todos estos hechos el rey ha incurrido más de una vez en excomunión. Sus súbditos quedan desligados, por consiguiente, de la fidelidad que le debían, y anatematizados si le obedecen en lo sucesivo, si aceptan de él beneficios, etc. Los tratados de liga o asociación que Felipe haya podido hacer con otros príncipes quedan anulados. «Y ahora, exhortamos al rey al arrepentimiento, a la obediencia. Que vuelva a Dios, para que no nos veamos obligados a hacerle objeto de nuestros rigores, conforme a justicia».—Sea lo que quiera lo que hayan dicho los controversistas galicanos, esta bula es relativamente mesurada. En ella no se pronuncia aún la deposición del rey. Diríase que Bonifacio no ha perdido todas las esperanzas: «Como Nabucodonosor, el primero de los reyes de la tierra, ojalá no se obstine. Hemos tratado de recoger al cordero extraviado, hemos que-

rido llevarle sobre nuestros hombros al aprisco...»—Esta bula *Super Petri solio* se expuso en la puerta de la catedral de Anagni.

Mientras esto ocurría, Guillermo de Nogaret y sus acólitos habían trabajado en su «tarea secreta». Uno de estos acólitos, el florentino Mosca, que había introducido poco hacía a Carlos de Valois en Toscana y guiado en Italia a varias misiones francesas, fue el intérprete de ésta y la puso en relación con los barones y los municipios del Patrimonio, cuyos rencores conocía. En el castillo de Staggia fue donde Nogaret estableció su cuartel general. Los dominios de Mosca y de los suyos, Staggia, Poggibonsi, Fucecchio, estaban situados en el territorio de Florencia, cerca de las fronteras de Siena. Desde allí era fácil habérselas con los desterrados, los descontentos, los bandidos de la región apenina, y los enemigos muy numerosos de los Gaetani en la región. Los Ceccano, los Sgurgola, los Bussa, los de Alatri, de Segni y de Veroli, muchos señores de los Montes Albanos, estaban dispuestos a todo para humillar a Bonifacio y a su sobrino, que se llamaba el «marqués». Los más encarnizados eran gentes de Anagni, compatriotas del Papa, ofendidos por él, y aquel Rinaldo da Supino, capitán de la villa de Ferentino, cuya hermana había sido en otros tiempos prometida de Francesco Gaetani. Estos tenían agravios de familia que vengar. Para ellos, el Papa no era el Padre universal de los fieles, le conocían demasiado de cerca, no era más que Benedetto Gaetani. Los clientes de los Colonna, a las órdenes del feroz *Sciarra*, hijo de Juan Colonna, poco hacía refugiado en Francia, suplieron lo que se necesitaba. Ni el rey de Nápoles ni los romanos se comprometían en la liga. También, para un golpe de mano, unos cuantos aventureros valían más que un ejército.

Cuando los amigos que tenía en la corte de Bonifacio—los cardenales Napoleón de los Ursinos y Ricardo de Siena, el capitán y el podestá de Anagni y el mariscal de la corte pontificia—le advirtieron que la bula *Super Petri solio* iba a ser fulminada, Guillermo de Nogaret

dió cita a sus cómplices para la noche del 6 al 7 de septiembre. El 7, antes de amanecer, la pequeña tropa —seiscientos hombres de armas próximamente, con un millar de auxiliares a pie— se movió en la dirección de Anagni. El estandarte flordelisado de Francia y el pendón de San Pedro iban desplegados, porque los *condottieri* iban a la vez, estando a sueldo y bajo la protección de Felipe, «para vengar las injurias del rey de Francia», y, vasallos de la Santa Sede, «por la defensa de la Iglesia romana contra el usurpador». Gritaban, dice un testigo: «¡Vivan el rey y Colonna!»

Bonifacio no sabía nada. La banda de Nogaret, de Colonna y de Rinaldo llegó, sin encontrar resistencia, a la plaza pública de Anagni, donde Nogaret arengó a la multitud. «Al ruido, todo el pueblo de la ciudad se agitó, y hubo gentes del palacio de Bonifacio que gritaban también: «¡Mueran el Papa y el marqués!» Para ir a la residencia del Papa había que pasar por delante de la de los Gaetani, donde el marqués y sus criados se habían atrincherado apresuradamente. Se les atacó y el marqués fue preso. Colonna, Rinaldo, penetraron hasta donde estaba Bonifacio atravesando la catedral que comunicaba con el castillo, mientras sus gentes se esparcían, para el saqueo, detrás de ellos. «El señor cardenal Francisco, sobrino del Papa—joven gordo y robusto—, huyó vestido con el traje de un lacayo. Fue saqueada su casa, la del obispo de Palma, el Banco de los Spini, las residencias del Papa y del marqués. La lucha, el pillaje y el arresto del Papa, todo había terminado a mediodía».

Dícese que Bonifacio, abandonado de todos, esperó a los agresores con las llaves y la cruz en las manos. Los primeros que se precipitaron en la cámara donde estaba fueron las gentes de Sciarra, que abrumaron al anciano con amenazas e injurias. Sciarra quería matarle y, según una tradición célebre, pero que no está corroborada por testimonios contemporáneos, le habría abofeteado. A estos ultrajes inauditos, el Papa no respondió. Dijo solamente en lengua vulgar: «He aquí mi cuello, he aquí mi

cabeza; *eccovi il collo, eccovi il capo*». Por último, llegó Nogaret. Entraba en su política impedir las vías de hecho inútiles, a fin de asegurar a lo realizado por él el carácter o la apariencia de un procedimiento regular. Se le cree sin esfuerzo cuando declara que el pillaje de la caja y de la bodega pontificias tuvo lugar contra sus deseos, y que trabajó cuanto pudo para poner a salvo las personas y los bienes de los Gaetani. Tan sólo su moderación no llegaba hasta el punto de ahorrar al prisionero los mayores sufrimientos morales. En la cámara del Papa, «en presencia de varios honrados varones», discurrió: «Expliqué, expuso más tarde en sus Memorias justificativas, la causa y la manera de nuestra llegada. Dije lo que se había hecho en Francia, las acusaciones de que Bonifacio, a quien tenía delante de mí, había sido objeto. De estas acusaciones, él no se había defendido, y se le reputaba, por tanto, conforme a los cánones, convicto, confeso y sentenciado. No obstante, como conviene que seáis declarado tal por juicio de la Iglesia, quiero conservaros la vida y presentaros al Concilio general, que os requiero para que convoquéis. Se trata de herejía, y seréis juzgado, lo queráis o no. Pretendo también hacer de suerte que no provoquéis escándalo en la Iglesia, sobre todo contra el rey y el reino de Francia. A estos fines os detengo, en virtud de las reglas del derecho público, para defensa y en interés de nuestra madre la Santa Iglesia, no para haceros injuria, ni a ningún otro». Bonifacio no se conformó. Entonces quedó allí Nogaret para no perderle de vista. «El señor Papa no fue atado, ni aherrojado, ni sacado de su residencia, dice un testigo anónimo, pero el señor Guillermo de Nogaret le guardaba en su cámara, en numerosa compañía...» He aquí el vinagre y la sal irrisorios de que habla Dante en el *Purgatorio* (capítulo XX):

Veggio in Alagna entrar lo fiordaliso
 E nel vicario suo Cristo esser catto.
 Veggiolo un'altra volta esser deriso:

Veggio rinnovellar l' aceto e' l fele,
E tra nuovi ladroni esser anciso.
Veggio 'l nuovo Pilato...

Después del atentado, nada había concluído. Por el contrario, empezaban las dificultades. ¿Cómo arrastrar desde Anagni a Lyon, a través de la mitad de Italia, al Papa de ochenta y seis años? La cosa hubiera sido difícil con una escolta francesa; emprenderla con la milicia del municipio de Ferentino y los barones de la Campaña, era locura. Guillermo de Nogaret no había previsto que la mayor parte de sus partidarios se asustarían de su audacia y que tendría lugar un cambio en favor de la víctima. Nada muestra mejor que Nogaret, con sus cualidades de audacia, tenía el espíritu quimérico. Su excesivo menosprecio a los hombres le habría perdido de no haberle ayudado una suerte extraordinaria. «Como ciertos nobles de Anagni, parientes de los Colonna, no querían consentir en que se llevase al Papa fuera de la ciudad», la jornada del 8 de setiembre, que siguió al atentado, trascurrió sin hacer nada. El 9, por la mañana, los de Anagni y las gentes de los alrededores se sublevaron gritando. «¡Viva el Papa, mueran los extranjeros!» Sciarra y Rinaldo trataron de resistir; pero, después de haber sufrido pérdidas sensibles, evacuaron la ciudad. Nogaret se refugió con ellos en Ferentino, y el estandarte flordelisado, que se había enarbolado en el palacio pontifical, fue arrastrado por el lodo. Al mismo tiempo, llegaban cuatrocientos caballeros romanos. Condujeron a Bonifacio a Roma (12 de setiembre), a través de un país encendido, «lleno de malas gentes». El Papa se dejó llevar; aquellas terribles jornadas le habían destrozado. Más tarde, en sus «Apologías», Nogaret tuvo la desvergüenza de pretender que, antes de dejar Anagni, Bonifacio reconoció legítimo el procedimiento del 7, y perdonó públicamente a los autores del atentado. Seguramente no perdonó, pero había perdido el ánimo. Tuvo accesos de demencia senil y murió el 11 de octubre.

Aquella muerte salvó a Nogaret, que de vencido que-

dó de pronto victorioso y consumó la humillación de la Santa Sede. «Lo que hay de extraordinario, efectivamente, en el episodio de Anagni, dice muy bien M. Renan, no es en modo alguno que el Papa fuera sorprendido, sino que esta sorpresa produjera resultados duraderos, que el Papado quedara abatido por este golpe, que perdonara honrosamente al rey sacrilego. Esto no se ha visto más que una vez, y por eso la victoria de Felipe el Hermoso sobre el Papado ha sido en la Historia un hecho absolutamente singular».

E. Lavisse, *Histoire de France*, tomo III. París, Hachette.

CAPÍTULO XII

Inglaterra.

PROGRAMA.—*Guillermo el Conquistador. Enrique II. La Carta Magna. El Parlamento.*

BIBLIOGRAFÍA

Algunas **Historias generales de Inglaterra** merecen ser recomendadas, en primer término: la clásica *Geschichte von England* de Lappenberg y Pauli sigue siendo, aunque antigua, útil. El libro de J. R. Green (*A short history of the English people*), traducido al francés (*Histoire du peuple anglais*, París, 1888, 2 tomos), es muy estimado. Hay que servirse de la edición ilustrada que publicó en Londres M. Green, 1892-1894.—Véase también: H. D. Traill, *Social England. A record of the progress of the people*, Londres, 1893. Esta obra es un resumen sumario de la historia de la civilización en Inglaterra hasta fines del siglo XIII. Obra de varios escritores, algunos de los cuales solamente son especialistas, su valor es muy desigual.

La **conquista de Inglaterra por los normandos** ha sido referida varias veces. Ya no se lee la *Histoire de la conquête*, de Thierry, del todo anticuada. Hoy constituye autoridad el libro de Freeman, aun cuando tiene defectos: *History of the norman conquest of England*, London, 1870-1876, 6 tomos.—Véase W. de Gray-Birch, *Domesday book, a popular account*, London, 1887; del mismo, *Domesday studies, being the papers read at the meetings of the Domesday Commemo-*

ration, London, 1888-1894, 2 tomos;—J. H. Round, *Feudal England, historical essays on the eleventh and twelfth centuries*, London, 1895.

Para la **historia general de Inglaterra en tiempo de los reyes normandos y en el de los Plantagenets**: E. A. Freeman, *The reign of William Rufus*, Oxford, 1882, 2 tomos; miss K. Norgate, *England under the angevin kings*, London, 1887, 2 tomos; Hubert Hall, *Court life under the Plantagenets*, London, 1890.—Acerca del reinado de Esteban: J. H. Round, *Geoffrey de Mandeville*, London, 1892.—Acerca del reinado de Enrique III: Ch. Bémont, *Simon de Monfort, comte de Leicester*, Paris, 1884.

La **historia de las instituciones** se encuentra en las grandes Historias generales de la Constitución inglesa de R. Gneist, *Englische Verfassungsgeschichte*, Berlín, 1882, y W. Stubbs, *The constitutional history of England*, Oxford, 1883-1887, 3 tomos. En francés hay: E. Glasson, *Histoire du droit et des institutions de l'Angleterre*, Paris, 1882-1883, 6 volúmenes.—Véanse también: *Essays introductory to the study of English constitutional history, by resident members of the University of Oxford*, London, 1887; J. Jacobs, *The Jews of angevin England*, London, 1893.

M. Ch-V. Langlois ha reunido datos acerca de lo que se sabía y se pensaba en Francia en la Edad Media, acerca de los ingleses, en su obra *Les Anglais du moyen âge, d'après les sources françaises*, publicado en la *Revue historique*, LII, (1893).

Se encontrarán biografías cuidadosamente escritas de los principales personajes de la Historia de Inglaterra, durante este periodo, en el *Dictionary of national biography* de Leslie Stephen y Sidney Lee, en publicación.

Hemos incluido, en la bibliografía del capítulo X, la enumeración de las monografías más importantes acerca de la historia social de Inglaterra en la Edad Media.

I.—La muerte de Enrique II Plantagenet.

M. Paul Meyer ha descubierto recientemente, en la biblioteca de sir Thomas Phillips, en Cheltenham (Inglaterra), un poema de más de 19.000 versos, del que no había hablado nadie y que, probablemente, no había leído persona alguna desde la Edad Media, aun cuando la literatura francesa no posea, hasta Froissart, una sola obra

en verso o en prosa que combine en el mismo grado el interés histórico y el valor literario. Tiene por asunto la historia muy detallada de Guillermo el Mariscal, conde de Pembroke, regente de Inglaterra durante los primeros años del reinado de Enrique III, muerto en 1219, que ocupó durante cuatro reinados los más altos cargos en el gobierno de su país. El autor, quizá un heraldo de origen normando, ha conservado el anónimo, pero sabemos que escribió su obra según fuentes muy seguras, que era contemporáneo de los acontecimientos que ha referido y que tenía buena fe y buen criterio. Se juzgará de su talento narrativo por la pequeña obra maestra que P. Meyer ha publicado de primera intención en la *Romania* (1). «Es, dice el editor, el relato de los últimos momentos de Enrique II, de la escena de pillaje que tuvo lugar después de su muerte, de sus funerales, por último de los primeros actos del rey Ricardo. Todas las partes de este relato muestran el sello de la verdad, se percibe que se leen testimonios de primera mano. Por lo demás, allí donde es posible la comprobación, ésta es constantemente favorable al poema.

La muerte de Enrique II fue acompañada de los dolores físicos y los sufrimientos morales más agudos. Agotado por una enfermedad cruel, humillado en su honor de soberano, le estaba reservado saber en los últimos días de su vida que era traicionado por el que más quería en el mundo, por Juan, el más joven de sus hijos. Este fin tan triste impresionó vivamente a los contemporáneos. Varios historiadores lo refieren, y aun dió lugar a una leyenda que puede leerse entre los frívolos relatos del Ménéstrel de Reims. La noticia más detallada y hasta el presente más exacta que del caso poseemos, es la que Giraut de Barri incluyó en su tratado de la instrucción de los príncipes. En el conjunto, Giraut está de acuerdo con el poe-

(1) M. P. Meyer ha publicado más tarde una edición completa del poema: *L'Histoire de Guillaume le Maréchal*, París, 1891-1894, 2 tomos.

ma, cuya narración es con mucho la más circunstanciada que tenemos de este suceso. Así vemos bien en Giraut que el rey, dirigiendo los ojos a la lista de los barones que se habían ligado contra él con su hijo Ricardo, se consternó al ver entre ellos el nombre de Juan, su hijo muy amado, pero el relato del poema es muy de otro modo preciso y conmovedor. Vemos en él a Enrique, después de haber hecho un tratado humillante con Felipe



Fig. 64.—Sello de Enrique Plantagenet.

Augusto enviar a pedir a éste la lista de los que se habían alistado (*empris*) contra él con el rey de Francia. El mensajero, cierto Rogier Malchael, vuelve, y a las preguntas que el rey le hace, ya gravemente enfermo, responde: «¡Señor, Jesucristo me valga, el primero que aquí está escrito es el conde Juan vuestro hijo!»

En el texto hay que leer la continuación. Hay en nuestra vieja literatura pocas páginas tan conmovedoras como aquélla en que se refiere el dolor sin esperanza del des-

venturado rey que ya no quiere oír más, cuya cabeza se va, que murmura palabras ininteligibles (*hablaba, pero nadie le entendía. No era posible comprender lo que decía*), que muere por fin de una hemorragia. Padece una enfermedad nerviosa, probablemente un reumatismo articular, y sabido es el grado de intensidad a que puede llegar el sufrimiento moral en los desgraciados cuyo sistema nervioso está herido.

La muerte del rey fue la señal de una escena de pillaje repugnante. Era casi de rigor, cuando el difunto tenía numerosos criados. El Mariscal interviene, sin éxito, cerca del senescal Esteban de Marzai, para lograr que se dé alguna limosna a los pobres que habían acudido con la esperanza de participar de los repartos que era costumbre hacer a la muerte de un gran personaje. Hay todo un conjunto de hechos pequeños muy característicos, que no conocíamos al por menor, pero que, sin embargo, cabía sospechar en conjunto. Estas dos líneas de Gervais de Cantorbéry daban que pensar: «Rex Henricus... male interiit ij nonas Julii (6 de julio de 1189), apud Chinon, et apud Fontem Ebraudi miserabiliter sepultus est, ut prae pudore regis cetera taceam».

La escena que viene en seguida, y en que el poeta nos hace asistir al advenimiento de Ricardo I, es más rica aun en hechos nuevos. Es además un cuadro perfecto. Es preciso saber, para darse cuenta de la escena, que en la retirada del Mans Guillermo el Mariscal, colocado a la retaguardia del ejército del rey Enrique, se había encontrado con Ricardo, e iba a herirle con la lanza, cuando éste había exclamado: «¡Mariscal, no me matéis, no tengo puesta la loriga!» (1), y el Mariscal había respondido: «¡No, no os mataré, que el diablo os mate!», y se había contentado con dejarle a pie matándole el caballo. Ahora bien, al presente Ricardo era rey, y llegaba a Fontevault habiendo tenido noticia de la muerte de su padre. «Pero,

(1) Se consideraba desleal acometer a un caballero que no tenía puesta la armadura.

dice el poeta, hábil siempre para insinuar lo que no quiere decir, no he inquirido ni averiguado si le produjo

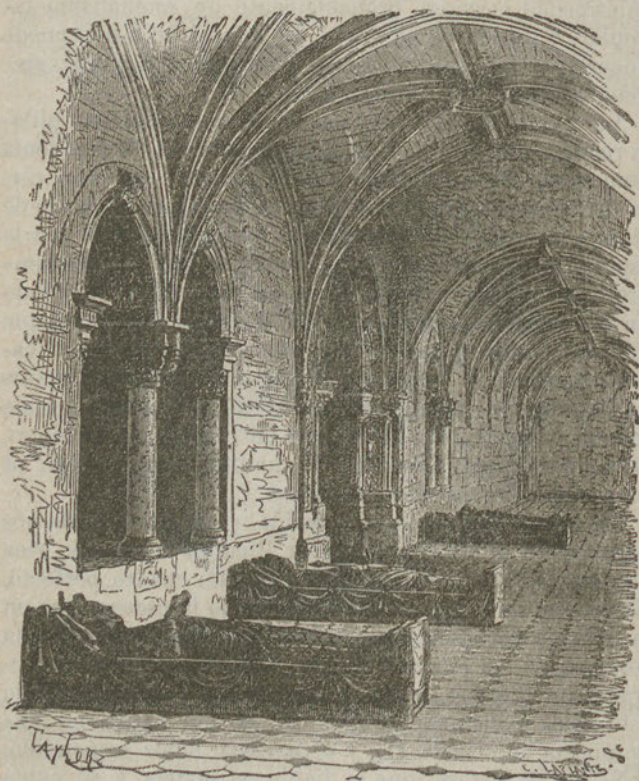


Fig. 65.—Tumbas de los Plantagenets, en Fontevrault.

aflicción o contento». No obstante, los barones que habían sido fieles a Enrique, que por consiguiente habían combatido contra Ricardo, se mantuvieron alrededor del fé-

retro. «Este conde (1), decían unos nos querrá mal, porque hemos estado junto a su padre.—Haga lo que quiera, decían otros, no por causa de él nos abandonará Dios. No es el dueño del mundo, y si hemos de cambiar de señor, Dios nos guiará. Pero por el Mariscal estamos inquietos, porque le ha matado el caballo. No obstante el Mariscal puede saber que todo lo que poseemos, caballos, armas, dineros, está a su servicio.—Señores, responde el Mariscal, verdad es que le he matado el caballo, pero no me arrepiento. Mucho agradezco vuestros ofrecimientos, pero me costaría trabajo aceptar lo que no puedo devolver. Dios me ha concedido tantos beneficios desde que soy caballero, que me concederá más, confío en ello».

Y en tanto hablaban así, vieron venir al conde de Poitiers, «y os digo —es el poeta quien habla— que en su talante no había apariencia de alegría ni de aflicción, y nadie podría decir si hubo en él alegría o tristeza, molestia, cólera o regocijo». Se detuvo ante el cadáver y permaneció algún tiempo silencioso, luego llamó al Mariscal y a Mauricio de Craon. La conversación que tuvo lugar entre Ricardo y el Mariscal debió ser referida más de una vez por este último a sus amigos, principalmente a Juan de Erlée, de cuyos labios la recogió probablemente el poeta. Honra al uno y al otro. Guillermo se muestra leal y firme. Ha matado el caballo, habría podido matar a Ricardo de haber querido. Ricardo, por su parte, olvida el pasado. Fiel a su política, bien conocida por lo demás, que consistía en atraerse a los amigos de su padre, confía al Mariscal una misión importante, y poco después le casa con la condesa de Striguil.

P. Meyer, *L'Histoire de Guillaume le Maréchal, poème français inconnu*, en la *Romania*, tomo XI, 1882.

(1) Conde de Poitiers. Ricardo no había sido coronado todavía.

II.—La Carta Magna.

El año 1213 Juan sin Tierra, que desde hacía seis años estaba en franca lucha con su clero y con el Papa, cedió ante la excomunión lanzada contra él y sobre todo ante la amenaza de una invasión francesa solicitada por Inocencio III. El mismo invitó al nuncio del Papa Pandolfo, que dos años antes le había reprochado «amar y ordenar las detestables leyes de Guillermo el Bastardo en lugar de las leyes excelentes de San Eduardo», a ir a Inglaterra. Fue a su encuentro a Douvres, y allí, el lunes antes de la Ascensión, prometió solemnemente «obedecer los mandatos papales en todas las cosas por las que había sido excomulgado». Luego, la víspera de la Ascensión, resignó su corona en manos del Papa representado por Pandolfo y prestó juramento de ser fiel a Dios, a San Pedro y a la Iglesia romana. En el capítulo de Winchester, donde fue relevado de la excomunión fulminada contra él, juró, «tocando los Santos Evangelios, amar a la Santa Iglesia y defenderla contra todos sus enemigos, restablecer las buenas leyes de sus predecesores y sobre todo las del rey Eduardo, juzgar a todas sus gentes con arreglo a justicia y dar a cada uno lo que le correspondiera en derecho» (20 de julio). Luego, «humillándose por Aquel que se había humillado por los hombres hasta morir», tocado por la gracia del Espíritu Santo, ofreció y concedió a la Santa Sede los reinos de Inglaterra y de Irlanda (13 de octubre). Se hizo vasallo del Papa al que prometió un tributo anual de 1.000 marcos de plata. Por último tomó la cruz. Invocaba la protección de la Iglesia después de haberse colocado bajo su dependencia.

Sin embargo, los grandes no permanecían inactivos. En un parlamento reunido en San Pablo de Londres, el arzobispo de Cantorbéry, hablando aparte con cierto número de señores, les recordó el juramento prestado por el

rey en Winchester: «He aquí, añadió, que se acaba de encontrar una pragmática del rey Enrique I merced a la cual, si queréis, podéis restablecer en su antiguo estado las libertades hace mucho tiempo perdidas». Luego, mostrando aquella pragmática, la hizo leer en sesión pública, maniobra hábil y que debía ser decisiva, porque a la sazón los enemigos del despotismo real sabían lo que debían pedir. Aparecían como defensores de las leyes del reino contra el rey mismo.

Un año más tarde, cuando vencido y deshonrado en su campaña de Francia Juan sin Tierra hubo vuelto a su reino (19 de octubre de 1214), los condes y los barones, reunidos en Saint-Edmundsbury, tuvieron largas conferencias secretas. Les fue presentada de nuevo la pragmática de Enrique I. Todos juraron con la mano puesta en el altar mayor «que si el rey se negaba a concederles las leyes y libertades prometidas por aquella pragmática a la Iglesia y a los grandes, le harían la guerra y abjurarían de su fidelidad». Resolvieron presentar al rey una petición colectiva en este sentido después de Navidad, y todos se separaron, dispuestos a tomar las armas si era necesario. Después de Navidad, en efecto, fueron a Londres con aparato guerrero y no se retiraron hasta que el rey les hubo dado buenas garantías respecto al cumplimiento de sus promesas. «Desde el día en que fue presentada la pragmática de Enrique I, dice un cronista anónimo, todos los espíritus se hicieron partidarios de ella. Era consigna y opinión de todos que se levantarían como un muro por la casa del Señor, por la libertad de la Iglesia y del reino».

El lunes que siguió a la octava de Pascuas (27 de abril de 1215) los barones se reunieron armados en Brackley. Llevaban una «cédula» o petición, «que contenía la mayor parte de las leyes y costumbres antiguas del reino» y afirmaban «que si el rey se negaba a ratificarlas, se apoderarían de sus castillos, sus tierras y posesiones, y le obligarían por fuerza a darles satisfacción». Después que esta cédula se hubo leído al rey: «¿Y por qué, preguntó,

los barones no me piden también mi corona?», jurando y perjurando «que por nada del mundo se pondría bajo su servidumbre». Al saber esto, los barones pusieron a su cabeza a Roberto Fils-Gautier, a quien denominaron «mariscal del ejército de Dios y de la Santa Iglesia». Londres, siempre dispuesta a aliarse con los enemigos de la monarquía, les abrió sus puertas, y desde allí invitaron al resto de la nobleza a unirse a ellos. La mayor parte, y sobre todo los jóvenes, respondieron a este llamamiento. «Los tribunales del fisco y de los jueces dejaron de funcionar en todo el reino, porque no hubo nadie que quisiera dar dinero al rey, ni obedecerle en nada».

Estrechado, Juan sin Tierra pidió la paz, asegurando «que no dependería de él que no quedase restablecida», y entregó salvoconductos a cuantos quisieron venir a conferenciar con él. Al mismo tiempo, hecho que bastaría por sí sólo, si se necesitasen pruebas, para demostrar la duplicidad de su carácter, mandó escribir al Papa (29 de mayo) una carta en que exponía su discordia con los barones y declaraba que la hostilidad de éstos le impedía cumplir el voto de Cruzada. La entrevista a que había invitado a los que de esta suerte denunciaba a la cabeza espiritual de la cristiandad no dejó de tener lugar. Cabe suponer que el rey estaba tanto más dispuesto a hacer concesiones y a prestar juramento cuanto que esperaba quedar pronto relevado de cumplirlo. Había establecido su campamento entre Windsor y Stanes, en un lugar donde, a lo que parece, los anglo-sajones habían acostumbrado en tiempos antiguos a reunirse para deliberar acerca de los asuntos del Estado, y que, por este motivo, tenía el nombre de «Pradera de la Conferencia» (Runnymede). El rey acogió amablemente a los barones, aceptó la petición que le presentaban espada en mano, hizo poner en ella su sello y consintió en fin en jurar la Carta Magna, que fue adornada a su vez con el gran sello real (15 de junio).

Después de haber asistido a los orígenes de la Carta Magna, nos damos mejor cuenta de su carácter. No se

trata de una constitución nueva arrancada por los barones al poder real, sino de las antiguas libertades de la nación que el rey se compromete a respetar. Pero el documento de 1215 es mucho más explícito que ninguno de los que le han precedido y preparado. La carta de Enrique I consta de 14 artículos, la de Juan de 63. Enrique la había otorgado benévola y al principio de su reinado, y había podido contentarse con promesas generales. En 1215, por el contrario, se quería reparar las injusticias cometidas bajo el régimen arbitrario de tres reinados e impedir su repetición. Las estipulaciones fueron, pues, tanto más precisas cuanto más numerosos y evidentes habían sido los agravios.

Todas las clases que entonces formaban la sociedad habían tenido que padecer a causa de la política angevina, y a todas ofreció satisfacciones la Carta Magna. Al clero prometía el mantenimiento de sus privilegios y sobre todo la libertad de las elecciones canónicas ya decretada por Juan sin Tierra el año anterior. En cuanto a la nobleza, fijaba el derecho o el procedimiento en materia de sucesión feudal, de limpieza de sangre, de matrimonio, de deudas, de presentación a los beneficios eclesiásticos. Por otra parte, concedía la protección real a los mercaderes que viajasen con sus mercaderías, decretaba la uniformidad de pesas y medidas, confirmaba los privilegios de las ciudades, de los pueblos, de los puertos, en particular de Londres. Por último, garantizaba la libertad individual resolviendo que nadie pudiera ser preso ni detenido, atacado en su persona ni en sus bienes, sino por sentencia de sus iguales y conforme a la ley. Prometía a todos justicia buena y pronta, y hacía menos onerosa la administración de la misma reservando los «juicios comunes» a una sección permanente del regio tribunal, regulando la duración de las audiencias, suavizando el sistema de las multas, tan lleno de abusos. En materia rentística, prohibía a los señores imponer ninguna ayuda, salvo en tres casos excepcionales. De igual modo, la ayuda real no podía exigirse sino en tres ocasiones, y en caso contrario el

rey debía pedir el consentimiento del «común Consejo del reino», es decir, de la Asamblea formada por los arzobispos, obispos y abades y por los principales representantes de la nobleza. En materia administrativa, prometía el nombramiento acertado de los funcionarios públicos y aminoraba su importancia. Aseguraba la libre navegación por los ríos y prohibía la extensión de los bosques reales. Este último artículo debió ser bien acogido, sobre todo por los pequeños terratenientes campesinos, tan maltratados por el rigor de las prácticas forestales desde la época de Guillermo el Conquistador. Era, por tanto, la nación entera, y no ésta o la otra clase privilegiada, la que se resguardaba contra el poder real; pero tampoco hacía una revolución, puesto que pretendía solamente sujetar al rey a las antiguas leyes del reino.

No obstante, los barones creían tan poco en la sinceridad del monarca, que intentaron hacerle imposible el incumplimiento de sus promesas. El artículo 61 instituyó una especie de Comité de vigilancia de 25 barones elegidos por el «común Consejo» o Parlamento. Cuatro de ellos, designados por sus colegas, estarían encargados de vigilar los pasos del rey y de sus funcionarios. Elevarían al rey las quejas de las personas molestadas, y, si se negaba a hacerlas justicia, podrían obligarle a ello por fuerza. Por último, el rey se comprometía a abstenerse de todo intento para que se revocase o aminorara ninguna de las concesiones y libertades que había otorgado.

Estas lindas promesas, las órdenes que el rey multiplicó para asegurar la ejecución de la Carta Magna, no tenían más que un fin: el de ganar tiempo, porque Juan esperaba la respuesta del Papa a su misiva del 29 de mayo. Llegó al fin. No podía estar concebida en términos más favorables para la causa del rey de Inglaterra. En su bula del 24 de agosto, efectivamente, Inocencio III, adoptando todos los argumentos y reproduciendo el relato de los hechos que le había comunicado Juan sin Tierra, manifestó que el rey había sido obligado por la fuerza y por el temor «que puede caer aun sobre el hombre más

valeroso». Reprobó y condenó el pacto de Runnymead. Prohibió, con amenaza de anatema, que el rey lo observase y a los barones que exigiesen su observación. Al mismo tiempo, recordó a los barones en una segunda bula (25 de agosto) que la suzeranía de Inglaterra pertenecía a la Iglesia romana, que no se podía realizar en el reino ningún cambio perjudicial a los derechos de la



Fig. 66.—Sello de Juan 'sin Tierra.

Iglesia, que el tratado hecho con el rey «era no solamente vil y vergonzoso, sino también ilícito e inicuo». Les invitó, por tanto, a «hacer de necesidad virtud», a renunciar a la Carta Magna y a dar al rey toda clase de satisfacciones legítimas por los perjuicios que había sufrido.

Luego, en el Concilio de Letrán, excomulgó a los barones ingleses «que perseguían a Juan, rey de Inglaterra, cruzado y vasallo de la Iglesia romana, esforzándose por arrebatárle su reino, feudo de la Santa Sede». No

perdonó siquiera al arzobispo de Cantorbéry, Esteban de Langton, que en realidad dirigía desde hacía dos años la oposición parlamentaria. Langton fue a Roma para justificarse. Su partida, privando a los grandes de su jefe más respetado, disgregó el partido. Algunos se volvieron al rey, los más determinados llamaron a Luis de Francia, y de reformadores se hicieron revolucionarios.

Ch. Bémont, *Chartes des libertés anglaises*. París, A. Picard, 1892.

III.—Los elementos de la formación del Parlamento de Inglaterra.

Casi inmediatamente después de la conquista de Guillermo el Bastardo, la baronía normanda establecida en Inglaterra aparece dividida en dos porciones y, por decirlo así, en dos órdenes: los altos barones, *barones majores*, y los pequeños vasallos inmediatos a la corona, *tenentes in capite*, que se denomina también a veces *barones menores*. Estos constituyen una clase numerosa, independiente y altiva. Notad bien que están fuera de la dependencia y de la jurisdicción de la alta baronía. Si no son los iguales de los barones, no son tampoco sus subordinados, no les deben ningún servicio, no dependen más que del rey. Las únicas diferencias que se observan bastante pronto entre los dos órdenes son que los *barones majores* tienen dominios notablemente más extensos (el feudo del barón debe comprender trece feudos y medio de caballero), y que son llamados individualmente al ejército y al consejo del rey, mientras que los pequeños poseedores son citados en masa por medio del juez. Se trata de diferencias de grado, no de clase. Estas dos mitades de la baronía no tardarán en modificarse y se ensanchará sensiblemente la distancia que las separa. Sin embargo, aun después que la primera sea sola, desde hace más de un siglo, consejera del soberano, en tanto la

segunda, confundida en un principio con los vasallos de los barones en la clase de los caballeros, esté en camino de mezclarse con toda la clase de los propietarios libres, la unidad de origen de la clase de los barones no se borrará completamente. Cuando los caballeros sean llamados al Parlamento, lo primero que harán será unirse a los barones, y los barones los acogerán desde el primer momento, y cuando algo más tarde los dos grupos se separen y los caballeros vayan a sentarse con los representantes de las ciudades, llevarán a sus nuevos colegas, con el orgullo, la audacia, la firmeza de una antigua clase militar que tiene largas tradiciones de mando y de disciplina, la ventaja de una comunicación natural y fácil acuerdo con la alta baronía, de la que se han apartado más que separado. Barones y caballeros seguirán siendo durante mucho tiempo como el tronco y la rama de una misma familia.

Muy pronto, sin embargo, tiende a producirse una divergencia entre los hábitos y los gustos de las dos baronías. Los pequeños vasallos acuden naturalmente con menos asiduidad que los grandes barones a las asambleas públicas, se apresuran menos a seguir al rey en sus expediciones. La explotación de sus tierras pídeles cuidados más inmediatos. Su ausencia, en aquellos tiempos de violencia y expoliación, expone sus derechos de propiedad a peligros que no amenazan a los personajes poderosos. Por eso hacen cuanto pueden para escapar. Como es natural, el rey atiende menos a exigir la presencia de esta multitud en sus Consejos. Por tanto, el llamamiento de los pequeños vasallos directos cae rápidamente en desuso. Durante más de un siglo después de la conquista, la opinión y la aquiescencia de esta clase no se mencionan jamás a la cabeza de las ordenanzas reales. Los grandes vasallos, los obispos y los jueces figuran solamente, y figuran con una constancia que atestigua su asiduidad. En tiempo de los reyes normandos y angevinos, se ve primeramente alrededor del trono un cuerpo formado por los grandes oficiales de Palacio, jefes de la administración

general, y cierto número de prelados y barones que el rey estima especialmente capaces y de buen juicio. Es el Consejo del rey. A este grupo permanente se añade en las circunstancias importantes — declaración de guerra, petición de subsidios extraordinarios, promulgación de edictos — el resto de los grandes vasallos seculares y eclesiásticos. Forman entonces el *magnum Concilium*, el gran Consejo. El rey tiene en su poder a los que asisten, porque su consentimiento — que no pueden negar a voluntad tan poderosa —, impide toda resistencia local a la ejecución de las medidas, y ellos mismos comprenden que les interesa estar presentes para discutir y lograr la reducción de las cargas de que están amenazados.

Este simple hecho ha tenido consecuencias inmensas: la baronía se divide, y se forman dos grupos distintos por un desdoblamiento lento:—una clase alta provincial sedentaria, que comprende todos los pequeños vasallos directos del príncipe con los barones de menos importancia, y una aristocracia política que comprende, a más de todos los grandes barones, los consejeros llamados por la Corona. Y se ve el punto preciso en que se realiza la división: la presencia y la intervención habituales en el Consejo real es lo que distingue y caracteriza a esta aristocracia, el hecho de la convocatoria individual y nominativa tiende a ser el signo exterior y oficial de su dignidad. Circunstancia capital, porque la calidad del noble y los privilegios atribuidos entonces en todas partes a la clase más alta, van a fijarse en esta línea divisoria. Afectos muy pronto a la actividad superior del consejero público y del hombre de Estado, no franquearán el recinto de una asamblea de dignatarios, no descenderán hasta el resto de la baronía, y ésta, rechazada por comparación hacia la clase inmediatamente inferior, no tardará en confundirse y en nivelarse con la masa de los hombres libres.

Un puesto no se comparte, una función no se divide indefinidamente. La nobleza ha venido a ser, por tanto, como la pairia, estrictamente hereditaria por primogenitura. Unida a un oficio indivisible, no pasa más que al

primogénito, directamente, y los otros hijos no tienen nada que les distinga del común de los ciudadanos. En lugar de un orden compuesto de familias privilegiadas, que tiende a crecer de generación en generación por el excedente de los nacimientos, Inglaterra no ha tenido más que un *grupo de individuos* privilegiados que debía tender a reducirse, de generación en generación, por extinción de la raza, y que se habría extinguido, en efecto, sin nuevas creaciones. La antigua «isonomía» inglesa, alabada por Hallam, se debe a la pairia muy poco numerosa que, constituida desde un principio en cuerpo gobernante, ha servido, por así decirlo, de esclusa, ha retenido las desigualdades a su nivel, y las ha impedido derramarse rebajándose y corrompiéndose sobre toda una casta diseminada en la nación.

* * *

Tratemos ahora de llegar en los condados a los pequeños vasallos directos de la corona y veamos cual era su situación. Las primeras tendencias que se acusan y el primer movimiento que se dibuja son de carácter enteramente feudal. Los feudos de caballeros, desconocidos a raíz de la conquista, se establecen rápidamente. Son dominios determinados a los que va especialmente afecta la carga del servicio militar en lugar de pesar indistintamente sobre las tierras de la casa. De donde, en Inglaterra lo mismo que en el continente, una distinción muy clara entre dos clases de propiedad: propiedad noble y propiedad común, la primera poseída con condición del servicio de las armas, y sometida tanto a la regla estricta de la primogenitura como a derechos de ayuda, de guarda y de matrimonio muy onerosos para los poseedores; la segunda tenida «en libre cultivo» y sin las más pesadas entre las obligaciones feudales. La obligación militar tiene por consecuencia una primera fusión entre

los vasallos directos de la corona y los vasallos de los señores o vasallos indirectos que ocupan la tierra con este mismo título. Pero parece propia para separar hondamente a unos y a otros de la masa de los dueños comunes de tierras y para constituir a los caballeros en una clase aparte, en una especie de orden ecuestre altivo y cerrado.

Otras causas más poderosas que el espíritu feudal han alejado el peligro. En primer lugar, la Inglaterra del siglo XII era uno de los países de Europa en que había más hombres libres, es decir, propietarios libres, al lado y aparte de la caballería feudal. Eran, ya normandos de condición inferior que habían seguido o se habían reunido a sus señores, ya antiguos propietarios sajones, que, reconciliados después de algún tiempo con los nuevos dueños del suelo, habían recobrado la libertad y una parte de sus tierras. Varios documentos del siglo XII nos muestran a esos sajones en relaciones excelentes con los hombres libres y los barones normandos, unidos a ellos por los lazos del matrimonio y muy pronto elevándose al rango de barones. La clase de los propietarios libres no nobles tenía en Inglaterra, por tanto, lo que faltaba en Francia: el número, la masa, la consistencia. Una de las señales de su importancia es el haber dado, desde un principio, la norma de la clasificación de las personas. Bracton, legista inglés del siglo XIII, no distingue más que dos condiciones personales: la libertad y la villanía. Las demás distinciones no son para él más que subdivisiones sin importancia jurídica. Próximamente en la misma época, el legista francés Beaumanoir divide el pueblo en tres clases: nobles, hombres libres, siervos. Los hombres libres, en este caso, no eran casi más que los burgueses. Los que vivían en el campo necesitaban mucho esfuerzo para no caer de su condición, y para impedirlo necesitaban irse a vivir a las poblaciones.

Así la clase de los propietarios libres no nobles, en Inglaterra, constituía un cuerpo poderoso, capaz de atraerse la clase inmediatamente superior, la de los caballeros, y

de absorberla o de absorberse en ella si las circunstancias disminuían la distancia entre una y otra.

No se hizo esperar la aproximación. Los feudos de caballero, que al principio tenían extensión bastante considerable, se fraccionan frecuentemente a partir del siglo XII. Se dividen sobre todo para el establecimiento de las hijas y de los segundones. El caso llega a ser tan frecuente que el legislador se ve obligado a intervenir. La Carta Magna (edición de 1217) prohíbe enajenar los feudos en proporción tal que lo que quede no baste para responder a las cargas afectas al servicio militar. Es un síntoma más de la división creciente de la propiedad. El año 1290, el legislador prohíbe las sub-infeudaciones, y con tal ocasión consagra, para todo hombre libre que no sea vasallo inmediato del rey, el derecho de vender en total o en parte su propiedad, aun sin el consentimiento de su señor. En uno y otro caso, el comprador será vasallo del mismo señor que el vendedor. Estas medidas contribuyen a multiplicar el número de pequeños terratenientes directos de la corona. Por otra parte, como las posesiones de los caballeros cambiaban de mano y disminuían en importancia, la condición social de los que las poseían tendía a acercarse a la de los propietarios libres comunes, antes muy por bajo de ellos, a la sazón sus iguales en riqueza. No había rebajamiento por cuanto, durante el mismo período, la riqueza general y, en todas partes, el producto de las tierras habían aumentado sensiblemente, de suerte que la renta de una mitad o de un tercio no debía ser sensiblemente inferior a la renta entera de otros tiempos. Pero había nivelación entre las dos clases. Más de un barón de clase alta, cuyo feudo se había dispersado en dotes u otras liberalidades, se vió arrastrado en el movimiento. La disminución del número de baronías después del reinado de Enrique II es un hecho indudable.

Ocurría por otra parte que, durante el mismo tiempo, el género de vida y los hábitos de las dos clases habían dejado de ser muy diferentes. Los caballeros, por las mismas razones que les desanimaban para acudir al Consejo

del rey, manifestaron muy pronto gran repugnancia por la guerra. Las posesiones más amenazadas de la Corona estaban en Francia. Era necesario casi siempre abandonar el suelo inglés, pasar el mar e irse lejos al continente. Muy pronto, los caballeros aparecen con la preocupación de reducir este deber. Cuando el rey Enrique II les ofrece eximirles mediante un impuesto, aceptan con apresuramiento. Es el impuesto que se ha denominado *scutagium*. A este precio, los caballeros permanecían en sus hogares. Pero este tributo dejaba existentes todas las demás cargas de la obligación militar, principalmente aquellos pesados y escandalosos derechos de matrimonio y de guarda que no existían en tal forma y con tal rigor más que en Inglaterra y en Normandía. Por eso se intenta librarse de la caballería misma, causa u ocasión de tantos males, y se descuida o se evita hacerse armar caballero. Las ordenanzas que fuerzan a recibir este honor se repiten incesantemente en el curso del siglo XIII, y ello prueba claramente que no se accedía sino de mala gana. Ya en 1278, el rey manda a los jueces que obliguen a recibir el espaldarazo, no solamente a los que pertenezcan a la clase de los caballeros, sino a todos aquéllos cuya renta de bienes raíces equivalga a veinte libras esterlinas, sea el que quiera el señor y el título por que disfruta sus bienes. Esta prescripción, repetida más tarde, muestra hasta qué punto el andar de los tiempos y la fuerza de las cosas habían mezclado las dos clases, ya haciendo subir a la primera a los propietarios libres opulentos, ya haciendo descender a la segunda a los caballeros que habían dejado repartir sus tierras. Es notable que, en menos de un siglo, el principio de la primogenitura, ya aplicado a los feudos de caballero, viene a ser, salvo en el Kent y en algunos otros distritos, regla ordinaria para los feudos comunes, llamados de *socage*. He aquí el indicio de que la distinción entre los modos de poseer no correspondía ya a una distinción señalada entre las personas. En gran parte la clase misma poseía la tierra con estos dos títulos, y aplicaba en ambos casos el mismo ré-

gimen hereditario. En suma, desde el siglo XIII, los caballeros, *agrarii milites*, parecen haber adoptado en gran mayoría los gustos y los hábitos de una simple clase de propietarios rurales.

Para conocer todos los componentes del Parlamento futuro, resta considerar las ciudades. El desarrollo de las aglomeraciones urbanas ha presentado en Inglaterra caracteres excepcionales. En primer lugar, la formación de grandes centros parece haber venido mucho más tarde que en Francia. En el país de que hablamos, la libertad, cierto bienestar, las probabilidades de enriquecerse no faltaban en los distritos rurales. La estancia en las ciudades no era el único camino abierto a las clases inferiores para mejorar de posición. La vida urbana ejercía, por tanto, atracción menor. Por otra parte Inglaterra no era, en modo alguno en la Edad Media país industrial, sino agrícola y sobre todo pastoril, y vivía de la venta de sus lanas. La mayor parte de las ciudades eran burgos rurales. Su población era idéntica, en las ocupaciones y costumbres, a la del resto del condado. Las grandes poblaciones, por depender casi todas directamente del rey, se habían visto libres de aquellas luchas entre el conde, el obispo y los burgueses que llenan la historia de nuestros municipios. Habían obtenido sin oposición sus fueros reales. Ningún agravio las indisponía o las prevenía contra los barones o los caballeros de su vecindad y se confiaban a ellos sin inquietud y sin repugnancia. Por último, las reuniones con la nobleza de distrito se habían hecho familiares para los burgueses. Las reglas administrativas generales sometían, efectivamente, las ciudades a las autoridades del condado en punto a las inspecciones de la guardia nacional, para las elecciones, y las obligaban a hacerse representar en el tribunal del condado cuando celebraban audiencias los jueces ambulantes.— No hay nada en Inglaterra que recuerde nuestro tercer estado puramente burgués, clase aislada, encerrada en sí misma, extraña a la población rural, de la que no hizo más que recoger los transfugas, a la vez rencorosa y hu-

mildé con respecto a la nobleza provincial que la rodea. Muy al contrario, los habitantes de la mayor parte de las ciudades inglesas se encontraban unidos y mezclados en mil ocasiones con todas las demás clases de moradores de su condado. Largo período de vida comunal les había preparado para entenderse y confundirse con los caballeros y los propietarios libres, sus vecinos.

* * *

En tanto la clase de los caballeros parecía decaer perdiendo su carácter militar y sus títulos feudales, y se mezclaba con la clase inmediatamente inferior, las dos clases se alzaban juntas. La justicia ambulante, órgano del poder real, fue la que provocó este movimiento ascendente y esta vuelta a la acción. Este instrumento que parecía centralizar, preparó a la clase media rural para su futuro papel político.

Ya los primeros reyes normandos habían vuelto a poner en actividad una vieja institución anglosajona: el Tribunal de condado. Este tribunal, al que estaban obligados a asistir los prelados, condes, barones, propietarios libres, y además el alcalde y cuatro habitantes de cada aldea, tenía esa fisonomía democrática que ofrecen muchas instituciones de la Edad Media. Sus atribuciones eran numerosas y distintas. Era a la vez tribunal de justicia criminal, lo era civil, así como registro de traslado de bienes raíces, sitio de publicidad de las reales ordenanzas, oficina recaudatoria de impuestos. Este sistema, muy fuerte en apariencia y concentrado, no tardó en mostrar sus insuficiencias. En primer lugar, los grandes barones, que tenían jurisdicciones propias, no estaban obligados a aparecer en las reuniones ordinarias. Los caballeros obtuvieron muy pronto numerosas dispensas. Las ciudades no dejaron de hacer consignar la misma in-

munidad en sus fueros. Privado de sus mejores elementos, el Tribunal de condado se veía además desierto por las abstenciones. La institución de los jueces ambulantes, regularizada en 1176, le comunicó nueva vida. Aquellos grandes personajes, familiares de la corte del rey, llegaban a los condados con los poderes más amplios. Sus comisiones decían que no habían de detenerse ni ante las inmunidades de los barones ni por las franquicias de las ciudades. Cuando celebraban audiencia, éstas delegaban doce burgueses para figurar al lado de los demás elementos del Tribunal de condado, y los señores más altos comparecían al menos por mandatario. Toda la población local, noble y plebeya, rural y urbana, se encontraba reunida de esta suerte. Nadie duda que tal circunstancia haya contribuído singularmente a precipitar la fusión de las razas y de las clases. No obstante, no se administra por medio de una asamblea. Los jueces ambulantes (*justitiarum itinerantes*), dejando subsistir el Tribunal de condado, no tardaron en considerarle como un simple lugar de elección para las comisiones de toda especie que quedaron realmente encargadas de los asuntos. Qué elementos formaban estas comisiones, puede calcularse. Los grandes no querían generalmente bien a los barones, desconfiaba del *sherif*, cuya autoridad era, en cierto sentido, rival de la suya. Extraños al condado, tenían necesidad de ayuda local, y no estaban en disposición de organizar una burocracia sedentaria. Forzoso era, pues, hacer un llamamiento a la caballería del lugar, única clase bastante independiente, bastante ilustrada para prestarles socorro útil. Se les ve, en efecto, que cada vez más toman por auxiliares a los caballeros y que comparten con ellos los poderes que quitan al *sherif* o al Tribunal de condado. Sucesivamente la distribución y la recaudación del impuesto, la inspección del armamento de la guardia nacional, el cuidado de recibir el juramento de paz, la instrucción local de los crímenes y delitos, la elección del gran jurado fiscal, la participación en los juicios por órgano del jurado restringido, se confían a comi-



nes de caballeros que actúan las más de las veces bajo la dirección de los jueces ambulantes.

Se ve sin esfuerzo el resultado de esta revolución. La actividad de la caballería no está ya reconcentrada en el Tribunal de condado. Esta clase no está ya como en el pasado sometida al sherif, no ve ya en él el representante más directo de un rey poderoso. Otros funcionarios más altos, mandatarios más inmediatos del soberano, han sobrevenido. Se han dirigido inmediatamente a ella, han desposeído en favor de ella a los antiguos poderes, han reclamado su ayuda y suscitado un inmenso movimiento de progreso de que ellos y ella serán al fin los únicos órganos. En Inglaterra, la centralización ha despertado la descentralización, el *self-government*.

La clase eminentemente no feudal de los caballeros de condado es independiente desde fines del siglo XIII. Designada al agradecimiento público por la gestión de numerosos servicios locales, va por la fuerza de las cosas a ser llamada al Parlamento. No es de admirar que se incline a mantenerse apartada de los magnates militares, imbuídos del espíritu anárquico y turbulento de la Edad Media. Está imbuída de un espíritu enteramente distinto, de un espíritu ya moderno. Es la guardiana de la paz del rey, ejerce sus poderes por comisión del Estado, según los términos precisos de la ley estatutaria. Es un elemento que se adelanta a los otros en la sociedad futura. Así se explica ese hecho especial de Inglaterra, la formación de una segunda Cámara cuyos miembros proceden en gran parte de una clase, la de propietarios territoriales, que por otra parte habrían llegado a ocupar sitio entre la nobleza, y dirigida efectivamente por ellos. Una institución de este género no habría podido nacer en el continente, donde, por bajo de un poder real sin organización, que no había sabido emplearla ni sujetarla, la nobleza había permanecido a la vez tan feudal y tan militar, tan poco inclinada a concebirse como un órgano del Estado y de la ley, tan extraña a deberes civiles impuestos por un texto, tan cerrada en sí y tan celosa de sus privile-

gios, tan poco hecha, en una palabra, para encontrar en sus filas representantes acreditados del resto de la nación.

Hémos aquí en disposición de comprender cómo se ha formado el Parlamento inglés. El núcleo de esta asamblea, el primer cristal al que los otros han venido a agregarse, era ese *magnum concilium* en que figuraban desde un principio los grandes vasallos eclesiásticos y seculares. No intento determinar con qué título figuraban en ella los primeros. ¿Era por razón de un feudo, de una baronía o por su carácter espiritual? El hecho, mucho más decisivo en este caso que el derecho, es que pertenecían en gran número a las familias de los grandes vasallos, que tenían todos dominios de importancia y de naturaleza baronial, sometidos a los mismos servicios y a los mismos impuestos que los de sus colegas seculares, y que se les trataba naturalmente de «barones como los demás» (*sicut barones caeteri*). Estos dos órdenes de magnates, unidos por tantas condiciones comunes, han formado por sí solos el gran Consejo del soberano hasta mediados del siglo XIII. La tradición de esta actividad conjunta y prolongada ha conjurado el peligro de una separación abierta entre los dos órdenes de la nobleza y del clero, esa misma separación que aparece en Francia con los Estados generales y que se ha perpetuado hasta 1789. En este punto todavía, la prematura constitución de una aristocracia política ha tenido resultados de inestimable valor.

Próximamente treinta años después de la institución regular de la justicia ambulante, la clase de los caballeros, realizada por la importancia de los deberes que acepta y de los servicios que presta al Estado en la administración local, secundada y suplida por toda la alta clase de los propietarios, empieza a acercarse al Parlamento. No pide ella la entrada. Numerosa ya, compacta, activa, es una fuerza que ni el rey ni los barones pueden menos de atraer a su causa. Ellos son los que van a buscarla, a invitarla, a suplicarla. En 1213, en la lucha que dió lugar a la Carta Magna, el rey empieza. Por vez primera

cuatro caballeros, elegidos en cada condado, son citados con el fin expreso de departir con el príncipe acerca de los asuntos del Estado. En 1215, la Carta Magna parece prescindir del principio de la elección y de la representación. Después del rey Juan, hay un período de apaciguamiento. Se vuelve, por tanto, al procedimiento antiguo, y el gran Consejo sigue siendo relativamente aristocrático hasta 1254, época en que la lucha se enciende de nuevo entre la monarquía y los barones. Cada uno de los dos partidos empieza a sentir la necesidad de tener aliados en el resto de la nación. En esta fecha, se convoca a dos caballeros por condado. Se encuentran con los procuradores del clero parroquial, llamado por su parte por vez primera a tener representantes en el Parlamento. Hasta entonces las abadías, los prioratos y las iglesias catedrales eran las únicas llamadas con los prelados. El papel de todos estos nuevos representantes es aún muy humilde. Están allí para escuchar, para aprender y llevar a los condados y a las parroquias las resoluciones adoptadas por el gran Consejo. No parece que deliberen. Se les despide en el curso de la sesión y la asamblea de los magnates sigue debatiendo sin ellos los grandes asuntos en que ellos no tienen que intervenir.

Sea lo que quiera, encontramos a unos y a otros en número variable, irregularmente y a largos intervalos, en varios de los Parlamentos subsiguientes, en 1261, 1264, 1270, 1273. En 1295, la convocatoria, a razón de dos por condado, se ha hecho costumbre, y en la misma fecha una fórmula especial es adoptada para la convocatoria de los representantes del clero parroquial. En lo sucesivo ningún Parlamento será regular sin esta doble citación. En el mismo tiempo, otro elemento ha logrado la entrada en el recinto parlamentario. Las ciudades principales, sobre todo las que tienen cartas forales, han sido convocadas en 1265 por Simón de Montfort. Treinta años más tarde, en 1295, una ordenanza real las invita a hacerse representar por dos de sus habitantes — ciudadanos o burgueses—, y a partir de esta fecha son citadas regu-

larmente para cada Parlamento. El año 1295 es, por tanto, una fecha capital. El comienzo del siglo xiv encuentra al Parlamento constituido con todos los caracteres de una asamblea verdaderamente nacional, en la que figuran, más completamente aun que en el momento actual (porque ha habido después exclusiones y prescripciones), todos los elementos que componen el pueblo inglés.

Hémos aquí lejos de Francia, donde ni los distritos rurales ni el clero parroquial han estado realmente representados durante la mayor parte de la Edad Media. Pero mayor todavía parecerá la diferencia si examinamos de qué manera los elementos más arriba indicados se reparten, se agregan y se clasifican en el seno del Parlamento. Al principio, los burgueses se colocan aislados. Por el contrario, los caballeros de los condados se reúnen a los barones. Es natural, puesto que representan como ellos el interés feudal y rural. El clero vota entonces separadamente su subsidio. Este reparto en tres es el que se observa en 1296, en 1305, en 1308. Es idéntico al de los Estados de Francia en la misma época. Pero no tarda en prevalecer otro arreglo. Hay, en efecto, las afinidades más fuertes entre los barones y los prelados, de una parte, acostumbrados desde hacía dos siglos a deliberar en común; de otra, entre los caballeros y los burgueses, unos y otros electivos y concurrentemente elegidos o proclamados en el tribunal del condado, en donde se han encontrado varias veces bajo la presidencia de los jueces ambulantes. Prevalece cada vez más una distribución conforme a estas tendencias. A partir de 1341, los directores del clero (excepto en algunas raras circunstancias), permanecen unidos a los señores seculares y forman con ellos la Cámara de los Lores. A partir de la misma fecha, la fusión correspondiente se realiza entre las otras dos clases. Caballeros y burgueses forman juntos la Cámara de los Comunes y no se separan ya sino en un corto número de casos excepcionales, de que ya no hay ejemplo después del siglo xiv. En cuanto al último elemento, el clero bajo, el clero parroquial, forma igualmente parte de

la Cámara de los Comunes, pero no tarda en hacerse menos asiduo y alejarse. Su pobreza, los deberes de su ministerio, le mantienen apartado. Se siente, por otra parte, más libre en las propias asambleas del clero, las *convocatorias* de Cantorbéry y de York, a las que le llaman los dos primados y en las que forma como una especie de Cámara baja. Se establece la costumbre de que la parte de la Iglesia en los subsidios sea votada allí y no en el Parlamento. Desde mediados del siglo xiv, el clero bajo ha desertado por tanto de la Cámara de los Comunes, donde permanecen solos y dueños los elementos seculares de la representación rural y urbana. Los directores del clero, todavía muy poderosos en la Cámara de los Lores, donde los abades y los priores duplican y triplican el número de los obispos, ven con indiferencia a esos humildes curas de parroquia desaparecer de aquella Cámara de los Comunes, cuyos destinos y futura preponderancia no sospechan.—Así el Parlamento inglés, constituido con sus elementos en 1295, nos aparece, cincuenta años más tarde, organizado y distribuido según tres principios que le distinguen profundamente de nuestros Estados generales de Francia. Primero la división en dos Cámaras, que cruza y confunde la división de clases, acentuada, por el contrario, en Francia por la división de los tres órdenes. Ningún orden está solo en una misma Cámara; se mezclan dos a dos, les es imposible aislarse en un espíritu de clase estrecho y exclusivo. En segundo lugar, la reunión en la Cámara baja del elemento urbano con un elemento rural muy antiguo, muy poderoso, muy activo y originariamente unido a la baronía. Semejante fusión es lo que más ha faltado a nuestro tercer estado puramente ciudadano, compuesto de hombres nuevos, todas personas civiles, magistrados de las ciudades o letrados, extraños a la propiedad del suelo y a la profesión de las armas. Falto de una clase media agricultora, no ha podido llenar nunca el vacío que le separaba de la nobleza. Ha permanecido en su aislamiento y no ha dejado de pasar por esas alternativas de timidez y de violencia que

son la enfermedad común de todas las clases nuevas, sin alianzas y sin tradiciones. Por último, el carácter seglar predominante de la Cámara alta, una rama de la cual no contiene ninguna representación eclesiástica, en tanto esta representación está mezclada en la otra con el elemento secular, no se sienta sino en virtud de un título secular —el feudo de barones afecto a los obispados y a ciertas abadías— y se deja penetrar de esta suerte en muy alto grado del sentimiento nacional y del espíritu de la sociedad civil.

E. Boutmy, *Le développement de la constitution et de la société politique en Angleterre*, París, Plon, 1887.

CAPÍTULO XIII

Civilización cristiana y feudal.

PROGRAMA.—*La Iglesia; las herejías; las Ordenes mendicantes; la Inquisición; la cruzada albigense.—Las escuelas: la Universidad de París.—[La Ciencia en la Edad Media].*

BIBLIOGRAFÍA

La **Historia general de la Iglesia cristiana en la Edad Media** está tratada en gran número de excelentes Manuales escritos, sobre todo en Alemania, para uso de los estudiantes de Teología. Sin hablar de las grandes Enciclopedias de las Ciencias religiosas en forma de Diccionarios, tales como las de Wetzer y Welte, Hergenröther y Kaulen (católica), de J. J. Herzog, de F. Lichtenberger (protestantes), los más importantes de estos Manuales son los de J. H. Kurtz (*Lehrbuch der Kirchengeschichte*, Leipzig, 1893, 2 tomos);—de J. J. Herzog (*Abriss der gesamten Kirchengeschichte*, Erlangen, 1890-1892);—de W. Moeller (*Lehrbuch der Kirchengeschichte*, Freiburg i. Br., 1889-1894, 3 tomos);—de K. Müller (*Kirchengeschichte*, Freiburg i. Br., 1892);—de Ch. Schmidt (*Précis de l'histoire de l'Eglise d'Occident au moyen âge*, París, 1885). Los Manuales (católicos) de MM. Funk y Kraus han sido traducidos al francés (Funk, *Histoire de l'Eglise*, tr. Hammer, París, 1892, 2 tomos);—Kraus, *Histoire de l'Eglise*, trad. Godet, París, 1891, 3 volúmenes), así como la grande y clásica *Koncilien-geschichte* de K. J. v. Hefele (*Histoire des Conciles*, traducida del alemán por O. Delarc, París, 1869-1876, 11 volúmenes).

Hay, además, Manuales especiales para la Historia general del Dogma y de la Liturgia en la Edad Media. Es inútil dar aquí el pormenor de las grandes obras de K. R. Hagenbach, Ad. Harnack, etc., cualquiera que sea su fama. Digamos solamente que un resumen (*Grundriss*) del *Lehrbuch der Dogmengeschichte* de Ad. Harnack ha sido traducido al francés (*Précis de l'histoire des dogmes*, traducción de E. Choisy, París, 1893).

Todos estos Manuales contienen abundantes indicaciones bibliográficas. Nos contentaremos con recomendar algunas monografías muy importantes o especialmente de fácil manejo.

Organización de la Iglesia, especialmente en Francia: P. Fournier, *Les officialités au moyen âge*, París, 1880; — P. Imbart de la Tour, *Les élections épiscopales dans l'église de France du IX^e au XII^e siècle*, París, 1891; — A. Gottlob, *Die päpstlichen Kreuzzugs-Steuern des 13 Jahrhunderts*, Heiligenstadt, 1892.

Las herejías y la Inquisición: Ch. Schmidt, *Histoire et doctrines de la secte des Cathares*, París, 1849, 2 tomos; — Ch. Molinier, *L'Inquisition dans le midi de la France*, París, 1881, y los restantes trabajos del mismo autor; — H. C. Lea, *A history of the Inquisition of the middle ages*, New York, 1888, 3 tomos; F. Tocco, *L'eresia nel medio evo*, Firenze, 1884; — L. Tanon, *Histoire des tribunaux de l'Inquisition en France*, París, 1893. La obra póstuma del célebre I. v. Döllinger, *Beiträge zur Sektengeschichte des Mittelalters* (München, 1890, 2 tomos), no es segura.

Ordenes monásticas: E. Sackur, *Die Cluniacenser in ihrer kirchlichen und allgemeineschichtlichen Wirksamkeit*, Halle, 1892-1894, 2 tomos; — H. d'Arbois de Jubainville, *Les abbayes cisterciennes et en particulier Clairvaux au XII^e et au XIII^e siècle*, París, 1868; — P. Sabatier, *Vie de saint François d'Assise*, París, 1894.

Las escuelas. La historia de la organización de la enseñanza en la Edad Media, en Alemania, ha sido escrita por F.-A. Specht, *Geschichte des Unterrichtswesens in Deutschland von den ältesten Zeiten bis zur Mitte des 13 Jahrhunderts*, Stuttgart, 1885. — Respecto a Francia, con preferencia al libro anticuado de L. Maître (*Les écoles épiscopales et monastiques de l'Occident... jusqu'à Philippe Auguste*, París, 1866), consúltese, acerca de los siglos XI y XII, la monografía de A. Clerval, *Les écoles de Chartres au moyen âge*, París, 1895, y acerca del XIII, C. Douais, *Essai sur l'organisation des études dans l'ordre des Frères Prêcheurs au XIII^e et au XIV^e siècle*. París, Toulouse, 1884. — La historia de las Universidades, y en particular de la Universidad de París, ha sido renovada por

los trabajos de P. H. Denifle, *Die Universitäten des Mittelalters bis 1400*, I, Berlín, 1885. Véase el mismo autor y E. Chatelain, *Chartularium Universitatis Parisiensis*, I, París, 1886 (con una introducción en latín). Véanse también los artículos de vulgarización de los Sres. H. Rashdall (*English historical Review*, 1886) y A. Luchaire (*Revue internationale de l'enseignement*, 15 de abril de 1890), y el libro de H. C. Maxwell Lyte, *History of the University of Oxford from the earliest times*, Oxford, 1886.

La historia del pensamiento ecleslástico y de la Ciencia en la Edad Media no está terminada. Se leería con gran provecho el libro demasiado poco conocido, grandemente sistemático, de H. v. Eicken, *Geschichte und System der mittelalterlichen Weltanschauung*, Stuttgart, 1887;—la *Histoire de la philosophie scolastique* (París, 1872-1880, 3 tomos) y las otras obras de M. B. Hauréau. Consúltese también: H. Reuter, *Geschichte der religiösen Aufklärung im Mittelalter*, Berlín, 1875-1877, 2 volúmenes;—Reginald Lane Poole, *Illustrations of the history of mediaeval thought*, London, 1884;—Th. Gottlieb, *Ueber mittelalterliche Bibliotheken*, Leipzig, 1890.—Entre las mejores monografías citaremos: E. Renan, *Averroès et l'Averroïsme*, París, 1861;—Ch. Jourdain, *Excursions historiques et philosophiques à travers le moyen âge*, París, 1888; M. Cantor, *Vorlesungen über Geschichte der Mathematik*, Leipzig, 1880-1892, 2 volúmenes;—V. Carus, *Geschichte der Zoologie*, München, 1872; M. Berthelot, *La chimie au moyen âge*, I, *Essai sur la transmission de la science antique au moyen âge*, París, 1893.

Desde que el Papa León XIII recomendó el estudio de **Santo Tomás de Aquino**, la filosofía tomista y la escolástica del siglo XIII han sido objeto, en el mundo católico, de una bibliografía de la cual basta decir aquí que es «más abundante que sabrosa». Véase *Revue philosophique*, 1892, I, páginas 281 y siguientes.

Algunos clérigos de la Edad Media han dejado Memorias, cartas, sermones, etc., que les dan a conocer muy bien. Se encontrarán en este capítulo los estudios de MM. Gebhart y Hauréau acerca de Salimbeno y sobre Roberto de Sorbon. Hay otros análogos, cuya lectura es también muy agradable e instructiva. Citemos, entre otros, los que se publicaron acerca de Gerbert (J. Havet, *Lettres de Gerbert*, París, 1889, introducción), sobre Raul Glaber (E. Gebhart, en la *Revue des Deux Mondes*, octubre de 1891), sobre Guibert de Nogent (E. Duméril, en *Mémoires de l'Académie... de Toulouse*, novena serie, VI, 1894), sobre Juan de Salisbury (R. Lane Poole, en el *Dictionary of national biography*, tomo XXIX, London, 1892, pág. 439), sobre San Bernardo (E. Vacandard,

Vie de saint Bernard, abbé de Clairvaux, París, 1895, 2 tomos), sobre Guyard de Laon (B. Hauréau, en el *Journal des Savants*, junio de 1895), sobre Guillaume d'Auvergne (N. Valois, *Guillaume d'Auvergne, évêque de Paris*, París, 1880), sobre Rogerio Bacon (E. Charles, *Roger Bacon*, París; 1861). Muchas otras personalidades eclesiásticas de la Edad Media merecerían ser presentadas al público por historiadores competentes, enterados de los últimos descubrimientos. Se ha escrito mucho, desde hace tres siglos, acerca de Abelardo. No podemos recomendar, sin embargo, ninguna obra de conjunto, fácil de leer, acerca de este personaje. No existe todavía un buen libro acerca de Pedro el Cantor, ni sobre Pedro el Pintor, ni acerca de tantos otros. En la *Histoire littéraire de la France*, se consagran noticias a casi todos los clérigos de la Edad Media que han dejado en sus obras un reflejo de su personalidad; pero estas noticias ya no están, en su mayor parte, al corriente de la ciencia.

Acerca de las costumbres, el derecho, la literatura y las artes eclesiásticas, véase la Bibliografía del capítulo XIV.

I.—La secta de los cátaros en Italia y en el Mediodía de Francia.

El dualismo que, bajo la forma del maniqueísmo, había tenido tantos partidarios en la Iglesia de los primeros siglos y que profesaban también los paulicianos, reapareció en la Edad Media bajo la forma del catarismo o la religión de los puros, *καθαροί*. La aparente facilidad con que este sistema pretendía resolver, en la teoría o en la práctica, el problema del mal, el atractivo que ejercía sobre la imaginación por su color mitológico, la moralidad austera e indiscutible de sus directores, le atrajeron tantos discípulos como había tenido en otro tiempo la doctrina de Manés. Nacido probablemente en Macedonia, se había extendido a partir del siglo xi por diversas comarcas de la Europa occidental. Se habían descubierto y quemado cátaros, calificados de maniqueos, en Lombardía, en el Mediodía de Francia, en el Orleanesado, en Champaña, en Flandes. La persecución no había detenido los progresos de la secta. A mediados del siglo xii es-

taba firmemente establecida y fuertemente organizada en los países eslavos y griegos, en Italia y en la Francia meridional. Tenía traducciones del Nuevo Testamento y de otros libros en lengua vulgar, traducciones que en su mayor parte se han perdido. Sus doctores eran tan hábiles como los del catolicismo.

El sistema se basaba en el antagonismo de dos principios: uno bueno, otro malo. Acerca de la naturaleza de este último, los cátaros no estaban de acuerdo. Creían unos que los dos principios eran igualmente eternos, y otros que el buen principio es sólo eterno, y que el malo, que es una de sus criaturas, no ha caído más que por orgullo. Esta diferencia se encuentra también en la manera de concebir el origen del mundo y el de las almas. Según el dualismo absoluto, el principio malo ha creado la materia, el bueno no ha creado más que los espíritus. Una parte de éstos fueron llevados a la tierra y encerrados en cuerpos. Dios accede a que en ellos hagan penitencia y pasen, de generación en generación, de un cuerpo a otro hasta que lleguen a la salvación. El dualismo mitigado admite que Dios es el creador de la materia, pero que el mal principio es su formador. Las almas no han venido a la tierra todas a la vez, sino que, nacidas de una primera pareja, se multiplican, según enseñaba el antiguo traducianismo. Respecto a todo lo demás, los cátaros de los dos partidos profesan las mismas doctrinas. El principio malo ha impuesto a los hombres la ley mosaica, para retenerlos en la servidumbre, de donde se sigue que hay que rechazar el Antiguo Testamento. Queriendo Dios librar a los hombres de este yugo, les envía un espíritu superior que, como no puede ponerse en contacto con la materia, no toma más que la apariencia de un cuerpo humano. La materia es la causa y el asiento del mal. Toda relación voluntaria con ella viene a parar en mancilla, y esta doctrina tiene como consecuencia práctica un ascetismo muy riguroso. El perdón de los pecados se obtiene mediante la admisión en la Iglesia de los cátaros, por el bautismo del Espíritu Santo, el cual se simboliza

por la imposición de las manos. Este acto se llamaba *consolamentum*, porque debía hacer descender sobre el hombre el espíritu consolador. Antes de recibirlo, había que haber dado pruebas de fidelidad y haberse sometido a un ayuno de varios días. Los que le habían recibido eran llamados los perfectos. En Francia, el pueblo les calificaba de hombres buenos, de buenos cristianos por excelencia. Renunciaban al matrimonio y a toda propiedad; no se alimentaban más que con pan, legumbres, frutas y pescados; viajaban para visitar a los fieles; tenían entre ellos signos secretos para reconocerse, podían enseñar la doctrina y dar el *consolamentum*. Las mujeres perfectas tenían las mismas obligaciones y los mismos derechos.

Los que no eran perfectos formaban la clase de los creyentes. No estaban obligados al mismo ascetismo, podían casarse, poseer bienes, comerciar y guerrear, alimentarse de todo, con la única condición de recibir el *consolamentum* antes de morir. Hacían con los ministros de la secta un pacto, *convenenxa*, *conventio*, mediante el cual se comprometían a hacerse *consolar* en caso de peligro mortal, y a hacer la vida de los perfectos si recobraban la salud. Los había tan entusiastas que, para no perder la gracia del bautismo espiritual una vez recibido, se sometían a la *endura*, es decir, que se dejaban morir de hambre.

El culto cátaro, que excluía todos los elementos materiales, se componía de una predicación hecha por un ministro, de la oración dominical recitada por la asamblea, de la confesión de los pecados seguida de la absolución, por último de la bendición dada por el ministro y los perfectos. Estos últimos, cuando asistían a una comida, bendecían el pan, que los creyentes conservaban como una especie de talismán.

El clero de la secta no admitía más que obispos y diaconos. La Iglesia estaba dividida en obispados, correspondientes de ordinario a las diócesis católicas. Las ciudades, los castillos, las villas formaban diaconías. Los obispos mantenían entre ellos relaciones íntimas y fre-

cuentas. Ocurrió que diputados de los países eslavos asistieron a concilios celebrados en el Mediodía de Francia.

En suma, este sistema, a pesar de su pretensión de adaptarse al Nuevo Testamento interpretándolo mediante alegorías, era menos una herejía cristiana que una religión distinta, mezclada con mitos cosmogónicos, que en este resumen sucinto nos abstenemos de mencionar.

Para las autoridades de la Iglesia, los cátaros eran motivo de horror, tanto a causa de su doctrina medio pagana como por su influjo sobre los pueblos. Se les trataba de heréticos por excelencia, y para ellos reservaron especialmente este nombre los autores que han escrito contra las sectas. Con motivo de ellos también, fueron decretadas en un principio las medidas de rigor que han formado la legislación inquisitorial.

Desde la época de Inocencio III dominaban en Lombardía, siendo Milán su centro. Protegidos por los señores se sentaban en los consejos de las ciudades, celebraban públicamente su culto, provocaban a disputas a los teólogos católicos. Uno de sus perfectos, Armano Pungilovo de Ferrara, que murió en 1269, había llevado una vida tan ejemplar que estuvo a punto de ser canonizado, cuando se descubrió que no había sido sino un hereje. Porque condenaban el matrimonio el pueblo les daba el mismo nombre de patarinos, mediante el cual, en el siglo XI, se había designado a los prosélitos del diácono Arialdo, enemigo del matrimonio de los sacerdotes. Las persecuciones ordenadas por Inocencio III y sus sucesores fueron ineficaces. La misma Inquisición, organizada por Gregorio IX, encontró durante mucho tiempo obstinada resistencia. En 1252 un inquisidor, el hermano Pedro de Verona, fue muerto por algunos nobles. Se le canonizó con el nombre de San Pedro Mártir. Después de este atentado hubo una recrudescencia de severidad; pero, por mucha que fuera la vigilancia y el rigor, no se consiguió extirpar la secta, que reforzaban, por el contrario, numerosos refugiados albigenses. No comienza a declinar en Italia sino durante el siglo XIV.

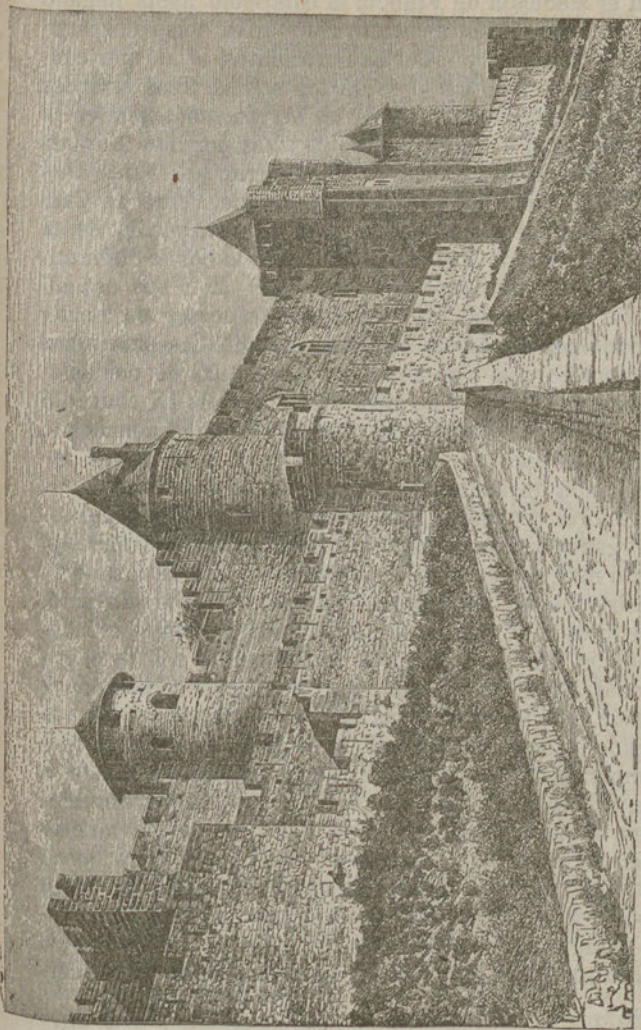


Fig. 67.—Torre de la Inquisición, en Carcasona.

En el Mediodía de Francia el catarismo había llegado a ser casi la religión nacional, con varios obispados, numerosas diaconías y escuelas florecientes, a las que concurrían sobre todo los hijos de los nobles. Tras estériles esfuerzos emprendidos contra los *herejes albigenses* en la segunda mitad del siglo XII, entre otros por San Bernardo, y a principios del XIII principalmente por Santo Domingo, Inocencio III encargó al hermano Pedro de Castelnau que fuera su legado para la extirpación de la herejía. Habiendo Pedro excomulgado al conde Raimundo de Tolosa, fue asesinado en 1208. El Papa ordenó predicar la cruzada. Un ejército de franceses del norte, mandado por Simón de Montfort, invadió las provincias meridionales y se hizo notar por la matanza de poblaciones enteras (1). El 12 de abril de 1229, Luis IX concedió la paz al conde Raimundo, con condiciones demasiado humillantes para que pudieran servir de base a una reconciliación duradera. Por otra parte, el fanatismo de los inquisidores provocaba una indignación de que se hicieron órganos apasionados los últimos poetas provenzales. Cuanto más aumentaban las violencias, más se fortalecía la resistencia de los cátaros. Su organización subsistió, los señores continuaban protegiéndoles y el pueblo escuchándolos. Su causa religiosa se confundía con la causa nacional. En 1239, el conde de Tolosa, exasperado por la opresión, volvió a tomar las armas y segunda vez se vió obligado a someterse. Cuando el 29 de mayo de 1242 fueron muertos cuatro inquisidores en Avignonet, el conde, a quien injustamente se atribuía el crimen, fue excomulgado por el arzobispo de Narbona. Juró vengar la muerte de las víctimas, pero también no sufrir más a los dominicos como agentes de la Inquisición. Para dar fe de su devoción a la Iglesia, sitió la fortaleza de Montségur, último refugio de los albigenses. Después de varios asaltos la plaza tuvo que rendirse. El 14 de marzo de 1244, cer-

(1) Véase *La chanson de la croisade contre les albigeois*, comentada y traducida por M. P. Meyer, París, 1875; 2 tomos.

ca de doscientos perfectos, de ellos dos obispos, perecieron quemados. La herejía no se mantuvo ya sino penosamente y en secreto, y muchos miembros de la secta se refugiaron en Lombardía. Después de la unión del condado de Tolosa a la corona de Francia, los reyes terminaron la destrucción del catarismo, cuyas últimas huellas se pierden en este país en la primera mitad del siglo XIV.

Ch. Schmidt, *Manual de Historia de la Iglesia de Occidente en la Edad Media*.

II.—Algunos clérigos del siglo XII y del siglo XIII.

Primat.—*W. Map.*—*Serlon.*—*El Canciller.*

Pocos personajes han gozado en el mundo eclesiástico, desde el siglo XII, de una popularidad igual a la de cierto Primat, respecto al cual, con anterioridad a muy recientes investigaciones, no se sabía absolutamente nada.—El profesor de retórica italiano Tomás de Capua, que escribía en tiempos del Papa Inocencio III, después de haber distinguido el estilo rítmico y el estilo métrico, añade que si Virgilio ha dado los más perfectos modelos del uno, Primat ha sobresalido en el otro. Por otra parte Ricardo de Poitiers, monje de Cluny, escribió a fines del siglo XII una crónica en que se lee en la fecha de 1142: «En esta época brillaba en París un escolar, llamado Hugo, al que sus condiscípulos habían apellidado Primat. Era de bastante buena condición, pero de un exterior poco gracioso. Dado desde su juventud a las letras mundanas, adquirió en varias provincias gran reputación como gracioso y literato. Su talento de improvisador era célebre. Hay versos suyos que no pueden oírse sin romper a reír». De esta suerte, Primat florecía por el año 1140, y era un alegre compañero. El poeta Mathieu de Vendôme corrobora en este punto y enriquece todavía el testimonio de

Ricardo de Poitiers. Nos dice, en efecto, que había hecho sus estudios en las escuelas de Orleans, antes de 1150, cuando una de las cátedras de esta ciudad estaba ocupada por el ilustre Primat:

Mihi dulcis alumna,
Tempore Primatis, Aurelianis, ave!

Primat es, por otra parte, calificado de «Primat de Orleans» por multitud de escritores, copistas y bibliógrafos posteriores a Mathieu de Vendôme.—Muy pronto, este Primat de París, luego de Orleans, que parece haber unido a su calidad de profesor la de canónigo, adquirió en todas las escuelas de Occidente una reputación de ingenio legendaria (1). Sin duda había tenido en vida gran habilidad para aguzar epigramas y versificar malignidades. Se le atribuyeron todos los chistes, juegos de palabras y agudezas que corrían de boca en boca por los conventos y las universidades. Se le atribuyó el honor de las piezas goliárdicas (2) que tenían más éxito, se le hizo un pedestal con el talento y las obras de una legión de clérigos irónicos. Poco a poco, sus epigramas auténticos no se distinguieron ya de su bagaje adventicio. Se olvidó hasta la época, hasta los lugares en que había vivido.—El

(1) Citemos uno de los rasgos que se le atribuyen, y que hará juzgar de los demás, porque es el caso de aplicar a estas puerilidades el adagio *Ab uno disce omnes*: «Primat no quería cantar en la iglesia sino abriendo la boca a medias, y como se le preguntase un día la razón de esta singular costumbre, respondió que, no teniendo todavía más que media prebenda, no estaba obligado, en las horas canónicas, a emplear su boca entera».

(2) Goliárdico, de *Goliard*. La palabra «goliard» aparece en los textos, por el año 1220, para designar a los clérigos vagabundos, indóciles, burlescos, que eran de algún modo los juglares del mundo eclesiástico. Se decían descendientes de un personaje mítico, el obispo *Golias* o *Goliat*, al que se atribuyen algunos de los más lindos poemas goliárdicos.

buen franciscano Salimbeno, que escribió en 1283 *Memorias* tan instructivas y regocijadas, cree que Primat era canónigo en Colonia el año 1232. Cita de él varias farsas cuya escena se coloca en Colonia, en Roma y en Pavía: «Era, dice, un gran pillo y un gran bellaco, que improvisaba admirablemente en verso. Si hubiera vuelto su corazón al amor de Dios, habría ocupado puesto preeminente en las letras divinas y se habría hecho muy útil a la Iglesia». Le atribuye, entre otras canciones, la más pura obra maestra de la literatura goliárdica, la *Confesión de Golias*, esa confesión, más cínica y alegre que la de Villon, que es ciertamente anterior en setenta años a 1232, y posterior en veinte años próximamente a la época en que Mathieu de Vendôme había tratado al verdadero Primat en las escuelas de Orleans.—En el siglo XIV, Bocaccio habla todavía de un rimador gracioso, *Primasso*, que alegraba en otro tiempo las comidas del abad de Cluny en su hotel de París. Es de nuestro Primat de quien habla, pero los abades de Cluny no han tenido hotel en París antes de 1269. En la época en que vivía Bocaccio, se había perdido hacía tiempo toda noción cronológica respecto al hábil versificador, el alegre canónigo de Orleans, antepasado de los goliardos casi tan quiméricos como el mismo obispo Golias.

Es también fortuna muy sorprendente la de Walter Map, archidiacono de Oxford, clérigo familiar del rey de Inglaterra Enrique II Plantagenet. Su compatriota y amigo Gérald de Barri le representa como el espíritu mejor de la corte de Inglaterra a fines del siglo XII. Era un hombre muy sabio, muy exquisito, y que no quería a los frailes, especialmente a los frailes blancos (cistercienses). Gérald refiere de él que, habiendo tenido conocimiento de la apostasía de dos frailes, exclamó: «Puesto que renunciaban a su frailería, ¿por qué no se han hecho cristianos?» Map ha dejado un libro en prosa, *De nugis curialium*, de lectura muy agradable. De este libro conservamos un solo manuscrito, que imperfectamente editó Th. Wright y que muy pocas personas han leído. Escri-

bió contra el matrimonio una declamación de que se sentía muy orgulloso: *Valerius ad Rufinum de non ducenda uxore*. ¡Se le conoce tan poco que sabios eminentes persisten, hoy todavía, en atribuir esta declamación a San Jerónimo! En compensación se han copiado en la Edad Media, e impreso en nuestros días, multitud de obras que se atribuyen a Walter Map y a las cuales siempre fue extraño. Las mejores piezas goliárdicas, que los escribas franceses han adornado, para darlas valor, con la marca de fábrica de Primat, los escribas ingleses, con el mismo propósito, las han impuesto el del archidiácono de Oxford. Como entre estas obras las hay muy groseras, el elegante y refinado Map se ha procurado de esta suerte, en Inglaterra, fama detestable y muy poco merecida de borracho (*a jovial toper*).—Ciertamente, el amigo de Gérald de Barri compuso canciones rítmicas, pero, en el farrago de sus obras supuestas, que le ha hecho pasar durante tanto tiempo, y bien equivocadamente, por el más fecundo de los goliardos, ¿cómo distinguir lo que le pertenece? Tanto valdría querer buscar las frases ingeniosas que dieron la gloria inicial a Primat entre las novelas comunes de cualquier fecha y procedencia que la Edad Media ha atribuído a la memoria del gran bromista.

La biografía de Serlon de Wilton es casi tan insegura como la de Primat, y hasta estos últimos tiempos ha permanecido todavía más oscura. Porque el siglo XII ha contado hasta cuatro clérigos con el nombre de Serlon que se han dedicado a escribir: un canónigo de Bayeux, un obispo de Glocester, un abad de Savigny y otro de l'Aumône. Este último fue el émulo del famoso canónigo de Orleans. Oriundo de Wilton en Inglaterra, fue primeramente uno de los profesores de literatura más apreciados de las escuelas de París, tan conocido por sus travesuras como por su saber. «Cuando yo he bebido vino, dice en un lugar, el vino me hace llorar y compongo versos como Primat».

Tum fundo lacrymas, tum versificor quasi Primas...

Su conversión, brillante y súbita, es lo que ha asegurado a maestro Serlon una popularidad duradera. El relato de ella, en efecto, se incluyó muy pronto en las colecciones de buenos ejemplos para uso de los predicadores. Figura en la colección de anécdotas de Eudes de Chériton y en la de Jacobo de Vitri, y se ha comentado durante varios siglos en todos los púlpitos de la cristiandad. Serlon se paseaba un día por el prado Saint-Germain cuando uno de sus compatriotas y colegas, recientemente fallecido, se le apareció cubierto con una capa de pergamino llena de menudas escrituras. «Aquí, dijo el difunto, están reproducidos todos los sofismas de que me gloriaba en el mundo, y esta capa pesa tanto sobre mis hombros que más fácilmente llevaría la torre de Saint-Germain-des-Prés». Al día siguiente por la mañana, maestro Serlon, aquel lógico profundo, aquel poeta mundano y picaresco cuyas canciones corrían por la ciudad, abandonó bruscamente la Universidad de París, teatro de sus triunfos, y se refugió en un monasterio muy severo. Para explicar su precipitado retiro, dejó solamente dos versos burlones, citados después repetidamente por los que místicamente menosprecian la dialéctica y la razón:

*Lingu coax ranis, era corvis vanaque vanis;
Ad logicam pergo, quae mortis non timet ergo.*

Fue elegido, por el año 1171, abad de la abadía cisterciense de l'Aumône, cerca de Pontoise, el Petit-Citeaux. Pero no por ello cambió por completo. Siempre conservó una singular acritud de lenguaje. Monje blanco, no amaba a los monjes negros (cluniacenses). «Esperaría, dice, con más tranquilidad la hora de la muerte si fuera perro negro que monje negro». No cesó tampoco de componer versos. Tan sólo, para hacer olvidar las composiciones impúdicas que había rimado en su juventud, se dedicó en lo sucesivo a devotas composiciones. De Serlon de

Wilton se han exhumado principalmente hasta ahora versos posteriores a su conversión. Son graves, aun cuando la vena burlona del antiguo poeta profano, y muy profano, bulle en ellos todavía...

Felipe de Grève no es, como Primat, un personaje legendario, y sus versos no se han perdido casi todos, como los de Serlon de Wilton. No obstante, M. Daunou, en 1835, le consagraba en la *Historia literaria de Francia* una noticia muy breve. No se sabía entonces nada acerca de él, como no fuera que había sido canciller de Nuestra Señora desde 1218 a 1236, y que había compuesto sermones. A partir de 1835, la figura del canciller Felipe, del que fue en el siglo XIII el canciller por excelencia, ha sido lentamente restaurada, y resalta hoy como una de las más animadas de su tiempo. Con Roberto de Sorbon, Felipe de Beaumanoir y Pedro Dubois, Felipe de Grève es una de las personalidades de la Edad Media que debe más a las pacientes restituciones de la erudición moderna.

No solamente Felipe de Grève pronunció sermones (que, para decirlo de pasada, no son peores que muchos otros), sino que ha dejado, con una relación de la pérdida y del descubrimiento de Saint-Clou en 1233, una Suma de teología en que buenos jueces han observado cierta originalidad rara en este género de obras, mucha erudición, independencia y vehemencia. En calidad de teólogo presidió, pues, muy dignamente durante cerca de veinte años los destinos de la Universidad de París (1). Sin embargo, sus relaciones con los maestros de esta Universidad no fueron muy cordiales. Desconocía el arte de hacerse querer y siempre se mostró apasionado por

(1) Felipe de Grève era hijo natural de Felipe, archidiácono de París y pariente de Gautier, guardián del tesoro de Francia. Después de haber sido procurador general en Roma de las iglesias de la provincia de Reims, fue canciller de la iglesia y de la Universidad de París desde 1218 a 1236.

los derechos de su iglesia catedral, derechos inconcilia-
bles con las pretensiones del cuerpo universitario. En
1219 compareció en Roma para responder ante el Papa
Honorio de acusaciones hechas contra él por los maestros
de la Universidad. En 1222 estaba otra vez en pugna
con ellos. Su aspereza había juntado muchos odios a su
alrededor. Se le censuraba también su avaricia. Acumu-
laba a ojos vistos varios beneficios. Canciller de Nuestra
Señora de París, era al propio tiempo archidiácono de
Noyon; pero en Noyon, lo mismo que en París, se había
hecho enemigos. El año de 1233 fue rudamente maltra-
tado, en plena iglesia, en San Quintín, por el baile de
Vermandois. Un estúpido compilador del siglo XIII, Tomás
de Cantimpré, en su *Bonum universale de apibus*, ha
recogido preciosamente el eco de las maledicencias y las
calumnias que el carácter del Canciller había desencade-
nado en contra suya. Pocos días después de su muerte,
si hemos de creer a Tomás, el canciller Felipe se apareció
a un obispo, que acababa de decir maitines, bajo la figura
de un condenado, y como el obispo se admirase: «Es a
causa de mi avaricia, respondió el fantasma; he sostenido
la legitimidad de la acumulación de los beneficios, y he
escandalizado al mundo con el desorden abominable de
mis costumbres».

Felipe de Grève tuvo quizá muy malas costumbres, y
que haya sido o no virtuoso, no nos interesa gran cosa (1).

(1) Cualesquiera que hayan sido sus costumbres, Felipe
de Grève no tiene miramientos para censurar las de los
escolares y los maestros de la Universidad que caían bajo
su jurisdicción: «En otro tiempo, cuando cada uno enseña-
ba por su cuenta y no se conocía este nombre de Universi-
dad, las lecciones, las controversias eran más frecuentes,
había más ardor por el estudio. Hoy se hace todo lo más
deprisa posible, se enseña poco, se roba el tiempo a las lec-
ciones para ir a tratar en conventículos los asuntos de la
comunidad. Y en tanto los viejos se reúnen para deliberar,
para reglamentar, los jóvenes, que sostienen y protegen
los viejos, van a perseguir a las mujeres y a los maridos».
(B. Hauréau, en el *Journal des Savants*, julio de 1894).

Pero Tomás de Cantimpré pensaba sin duda, al hablar de estos «desórdenes abominables», en las canciones profanas del canciller, más alegres, sin embargo, que licenciosas. ¿Se creería que estas canciones, tan célebres durante tanto tiempo, que todos los clérigos en el siglo XIII sabían de memoria y cuyas copias antiguas se señalan hoy hasta en Suecia, no han sido reveladas a los eruditos sino desde hace pocos años?—Llamó la atención por vez primera, después de quinientos años de olvido, un pasaje de la crónica de Salimbeno. Este, haciendo el elogio de su compatriota Enrique de Pisa, refiere que había puesto música a varios trozos de «maestre Felipe, Canciller de la Iglesia de París, y principalmente a seis composiciones que comenzaban con las palabras: *Homo quam sit pura. — Crux de te volo conqueri, etc.*» Ahora bien, de estos seis trozos rítmicos, cuatro se han encontrado en un manuscrito del Museo Británico, entre unos cuarenta poemas cortos, precedidos de la rúbrica común: «Dichos del maestro Felipe, el difunto Canciller de París». Se han encontrado también en el Antifonario de Pedro de Médicis y en otros lugares. Aseguran a Felipe de Grève lugar muy honroso entre los escritores líricos de la Edad Media. Tal era también la opinión del maestro Enrique de Andeli, canónigo de París, que rimó en lengua vulgar un curioso elogio fúnebre del Canciller (fallecido el 25 de diciembre de 1236). El hábil versificador Enrique de Andeli representa a Felipe de Grève como «el mejor clérigo de Francia» y el más hábil de los «juglares». Si Felipe de Grève, en vez de escribir en versos latinos rítmicos, hubiera versificado comúnmente en francés (se permitió hacerlo algunas veces), se habría colocado efectivamente en el número de los buenos juglares; pero la lengua y el ritmo que escogió le han retrasado el momento de la fama póstuma...

Ch.-V. Langlois, *La littérature goliardique*, en la *Revue politique et littéraire*, 24 de diciembre de 1892.

III.—Un franciscano del siglo XIII: Fra Salimbeno.

Este pobre franciscano del siglo XIII, muy buen cristiano por lo demás, no ha sido canonizado. Tampoco ha sido quemado; muy pocos franciscanos han perecido en la hoguera antes del siglo XIV. No era un gran clérigo, pues se obstina en tomar a Enrique III por Enrique IV, y en llevar a Canosa a un emperador que nunca hubiera consentido en ir. Nos cuenta historias infantiles: El dragón del monte Canigú, que sale de un lago cuando se tiran piedras al agua, y oscurece el cielo con la sombra de sus alas; la aventura de un loco a quien el diablo estranguló de noche en medio de los panes amontonados por él en previsión del hambre. No era un poeta apasionado como Jacopone de Todi, y muy capaz de atormentar al Papa en lengua vulgar. Salimbeno escribió su crónica en latín, y os aseguro que es peor latinista que Cicerón. ¡Qué lindo latín!, todo lleno de barbarismos sin ser bárbaro, flexible, vivo, tal como se predicaba entonces en el interior de los conventos, para la edificación más devota que gramatical de los frailecitos. En él se encuentra todo el vocabulario de la más baja latinidad. El potaje se llama sencillamente *potagium*, y se ve a un obispo que, temiendo se le subleven las ovejas, se encierra en su torre, *quod pelli suae timebat*. La crítica de Salimbeno es nula. No considera la Historia sino desde el punto de vista de los intereses de su Orden, y juzga a los reyes, los Papas y las repúblicas según el bien o el mal que hacen a los franciscanos. Para él la casa de Asís es el corazón del mundo. Como la mayor parte de los viejos cronistas, da igual importancia a los más graves acontecimientos de su siglo y a los menores accidentes naturales. Sabemos por él que en 1285, en el mes de marzo, hubo sorprendente abundancia de pulgas tempranas, que en 1283 murieron muchas gallinas, y una mujer de Cre-

mona perdió 48 en su gallinero. En 1282 indica tal exceso de orugas que los árboles perdieron todas las hojas; pero el mismo año, las Vísperas sangrientas de Sicilia no le ocupan más que tres líneas. El alma, en él, fue mediana. De pequeño, estaba en su cuna cuando un huracán terrible pasó por encima de Parma. Su madre, temiendo que el baptisterio se derrumbara sobre la casa, cogió en brazos a sus dos hijitas y escapó, abandonando a la gracia de Dios al futuro fraile. «Por eso, dice, nunca la he querido mucho, porque a mí, el varón, habría debido llevar consigo». Entró en el convento, contra los deseos de sus padres y del emperador Federico II, al cual su padre había recurrido. El emperador ordenó a los hermanos que devolvieran el novicio, el padre vino a suplicar al hijo, en nombre de la madre, pero Salimbeno respondió tranquilamente: *Qui amat patrem aut matrem plus quam me, non est me dignus*. Más tarde se regocijaba de no haber perpetuado, él y su hermano, el nombre y la raza de los padres. Y, sin embargo, no fue más que un religioso bastante tranquilo, de celo razonable. Habla de las cosas litúrgicas con una despreocupación que admira: «Resulta muy largo, dice, leer los Salmos en el oficio de noche del domingo, antes de cantar el *Te Deum*. Y es muy fastidioso, tanto en verano como en invierno; porque en verano, con las noches cortas y el mucho calor, atormentan demasiado las pulgas». Y añade: «Hay también en el oficio eclesiástico muchas cosas que podrían cambiarse para mejorar». Le gustan los grandes conventos donde «los hermanos tienen delectaciones y consuelos mayores que en los pequeños». No hace un misterio de estos *consuelos*, peces, caza, aves y tortas, dulzuras temporales que Dios prodiga a los que hacen voto de ser suyos. Encontraréis en la crónica cuatro o cinco comidas de los hermanitos de San Francisco, todas muy suculentas. Una piadosa gula lleva a la alegría, y Salimbeno es un alegre compadre. Las historias de convento, dignas de fray Juan de Entommeures, abundan en su libro. Pero ojeadlo, y veréis a uno de los escrito-

res —de los escritores eclesiásticos digo— más estimables de la Edad Media, a uno de los testigos más edificantes del siglo XIII italiano.

Había nacido en Parma en 1221, y tomado el hábito a los diecisiete años. Escribió su crónica entre 1283 y 1288. Murió sin duda en 1289. Siendo niño pudo contemplar a San Francisco de Asís. Vió abrirse, en su suavidad primaveral, las flores de la leyenda seráfica. Durante cuarenta años paseó por Italia y por Francia, de convento en convento. Conversó con los personajes más grandes de su siglo. Vió frente a frente a Federico II, *vidi eum et aliquando dilexi*, y conoció familiarmente a Juan de Parma y a Hugo de Digne. En Sens oyó a Plano Carpi, el precursor de Marco Polo, explicar su libro «sobre los tártaros». Se entrevistó en Lyon con Inocencio IV, el Papa terrible que había jurado aplastar a la casa de Suabia, y pisotear aquel «nido de víboras». Por último, en 1248, en Sens, en el momento de la Pascua de Pentecostés, vió a San Luis. El rey iba a la Cruzada, caminando a pie, apartado de la escolta de su caballería, rezando y visitando a los pobres, «monje más que soldado», escribe Salimbeno. El retrato que de él nos hace es encantador. *Erat autem rex subtilis et gracilis, macilentus convenienter et longus, habens vultum angelicum et faciem gratiosam.* ¡Y qué delicada comida hizo servir a los hermanos menores de Sens! Primero el vino noble, el vino del rey, *vinum praecipuum*; luego cerezas, habas frescas cocidas en leche, pescados, langostas, pasteles de anguila, arroz con leche de almendras espolvoreado con canela, anguilas en una salsa excelente (*cum optimo salsamento*), tortas, frutas. Notad que la lista es rigurosamente de vigilia, pero de una vigilia de canónigos que permite esperar con resignación la comida ordinaria del siguiente día. Era quizá la víspera de Pentecostés, día de lentejas y raíces; pero Francisco había dicho en su *Regla*: Comed de todos los manjares que os sirvan, *necessitas non habet legem*. Salimbeno acompañó al rey hasta el Ródano. Una mañana entró con él en una iglesia campe-

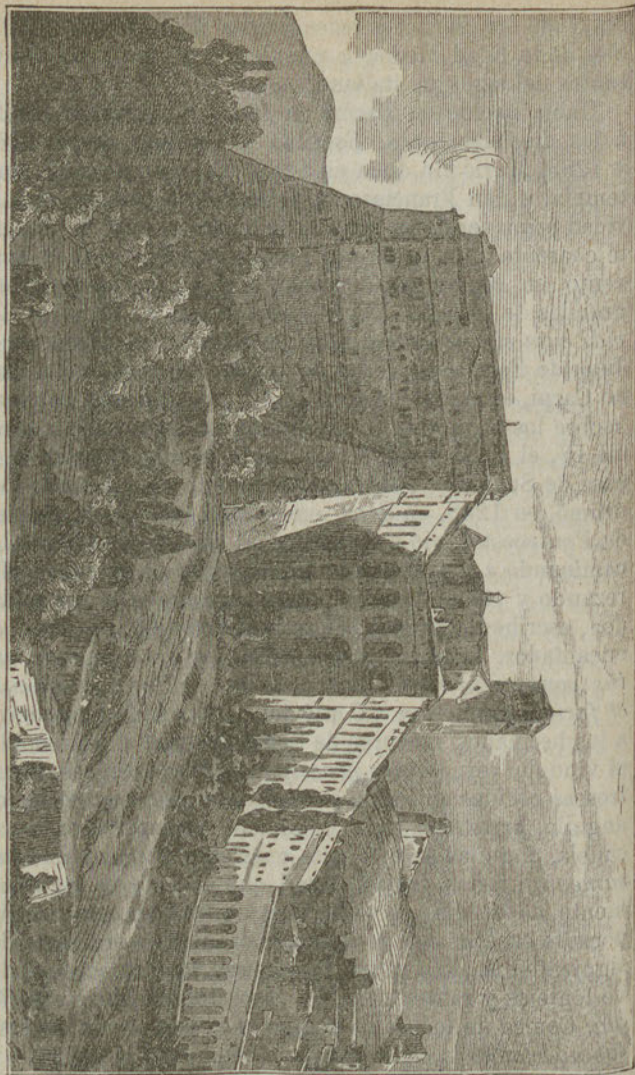


Fig. 68.—Vista de Asis.

sina que no tenía pavimento. San Luis, por humildad, quiso sentarse en el polvo, y dijo a los hermanos: *Venite ad me, fratres mei dulcissimi, et audite verba mea.* Y los frailecitos se sentaron en corro alrededor del rey de Francia.

Ciertamente he aquí, para un oscuro religioso, una vida y recuerdos que no tienen nada de vulgar. Pero la singularidad original de Salimbeno está sobre todo en su vocación por el joaquinismo, por la religión del Evangelio Eterno. Como muchas almas excelentes, se dejó llevar por el movimiento místico que, al lado del franciscanismo puro y en el seno mismo del instituto de San Francisco, agitó Italia a mediados del siglo XIII y asustó a la Iglesia; contradicción curiosa del cristianismo, abrazada por hombres que se creían sinceramente los más regulares de los cristianos y que se preparaban, mediante la más audaz de las herejías, a la realización de las promesas supremas de Jesús.

Esta crisis religiosa, cuyos últimos incidentes ha conocido el siglo XVI, existía en estado latente desde la primera época del cristianismo. El Evangelio de San Juan y el Apocalipsis habían dado a entender que la situación religiosa del mundo no tardaría en cambiar profundamente y que se acercaba una era mejor y definitiva. El reinado futuro del Espíritu Santo, del Paraclito, precedido por el reinado temporal de Cristo durante mil años, el advenimiento de la Jerusalén celestial, el triunfo momentáneo, luego la caída horrible del Anticristo, el fin de las cosas terrenales, todas estas ideas habían preocupado a las conciencias nobles desde la época apostólica. La dura experiencia de la Historia, la miseria de la Edad Media, los escándalos de la Iglesia romana las habían confirmado más. San Agustín las había recogido de San Juan, Escoto Erigenes las recogió de San Agustín. Los heresiarcas escolásticos las poseen todos, si puedo decirlo así, en potencia. Reaparecen a principios del siglo XIII en la escuela de Amauri de Chartres, que no debe nada ciertamente a Joaquín de Flora. Este, poeta, visionario, perdido en sus



montañas de Calabria, pero acostumbrado, por el contacto con la cristiandad griega, a una exégesis muy libre, había llevado a Italia, a fines del siglo XII, esos viejos terrores y esas viejas esperanzas. Un día, en el jardín de un convento, un joven de radiante belleza se le había aparecido con un cáliz que tendió a Joaquín, el cual bebió unas gotas y apartó el cáliz. «Joaquín, dijo el ángel, si hubieras bebido toda la copa, ninguna ciencia se te escaparía». Pero el abad de Flora había bebido bastante del licor místico para anunciar, en su *Concordia novi et veteris Testamenti*, una tercera revelación religiosa, la del Espíritu Santo, superior a la del Hijo, como ésta lo había sido a la del Padre. Hay que citar todo este pasaje infundido de un gran aliento. Joaquín caracteriza las tres edades religiosas del mundo, la última de las cuales le parece próxima a alzarse:

«La primera ha sido la del conocimiento; la segunda, la de la sabiduría; la tercera será la de la plena inteligencia. La primera ha sido la obediencia servil; la segunda, la servidumbre filial; la tercera será la libertad. La primera ha sido la prueba; la segunda, la acción; la tercera será la contemplación. La primera ha sido el temor; la segunda, la fe; la tercera será el amor. La primera ha sido la edad de los esclavos; la segunda, la de los hijos; la tercera será la de los amigos. La primera ha sido la edad de los viejos; la segunda, la de los jóvenes; la tercera será la de los niños. La primera ha trascendido al resplandor de las estrellas; la segunda ha sido la aurora; la tercera será el pleno día. La primera ha sido el invierno; la segunda, el principio de la primavera; la tercera será el estío. La primera ha producido las ortigas; la segunda, las rosas; la tercera dará los lirios. La primera ha producido la hierba; la segunda, las espigas; la tercera dará el trigo. La primera ha dado el agua; la segunda, el vino; la tercera dará el aceite. La primera se refiere a la Septuagésima; la segunda, a la Quadragésima, la tercera será la fiesta de Pascua. La primera edad se refiere, por tanto, al Padre, que es el autor de todas las cosas; la segunda

al Hijo, que se ha dignado revestir nuestro barro; la tercera será la edad del Espíritu Santo, cuyo apóstol dice: Allí donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad; *ubi Spiritus Domini, ibi Libertas.*»

Pero en este mundo y desde esta vida, y no ya solamente en la Jerusalén paradisiaca del Apocalipsis, de San Agustín y de Escoto Erigenes, debía manifestarse la revelación joaquinita. El soñador de Flora reservaba en ella a los monjes, a los contemplativos, a los *spirituales viri*, el ministerio confiado hasta entonces a los clérigos, a la Iglesia secular. ¿De qué catástrofes iría precedida la revolución religiosa? Joaquín presentía años trágicos, y en los últimos días del siglo XII calculaba temblando que las dos próximas generaciones humanas de treinta años verían esta crisis extraordinaria, que quizá iba a comenzar, que a lo sumo estallaría el año 1260.

Murió con fama de profeta, en olor de santidad. Enrique VI, Ricardo Corazón de León le habían consultado acerca de la venida del Anticristo, la Iglesia le beatificó, y Dante le ha puesto en su *Paraiso* en el coro de los místicos. Pero sus visiones le sobrevivieron. Los franciscanos, en los veinte años que siguieron a la muerte de San Francisco, se unieron a él como precursor de la religión nueva cuyo Mesías habría sido el hijo de Asís. Se anunció para 1260 el fin de la Iglesia romana. Se añadieron a las obras verdaderas de Joaquín toda clase de libros apócrifos y de profecías en que Federico II y su descendencia, el Papa Inocencio IV, San Francisco y Santo Domingo y el hábito mismo de las Ordenes mendicantes se anunciaban claramente. Alrededor de Juan de Parma, general de los franciscanos, se agrupaban los más ardientes apóstoles joaquinitas. Uno de ellos, Gerardo de San Donnino, en su *Liber introductorius ad Evangelium Aeternum*, resumió toda la doctrina de Joaquín. El Evangelio Eterno, que fue efectivamente una doctrina y no un libro, había sido hasta entonces como un libro ideal, la Buena Nueva del Espíritu Santo, que cada adepto llevaba en secreto en su corazón. El día que

llegó a ser un manifiesto de herejía y un estandarte revolucionario, la Iglesia y la Universidad de París se movieron y pusieron de acuerdo para matar la secta. La operación fue muy sencilla, pues todos los sectarios eran en el fondo piadosos católicos. Juan de Parma abdicó la generalidad. El pobre Gerardo de San Donnino sufrió por todos: fue encerrado en un *in pace*.

Todo esto pasaba entre 1250 y 1255. Salimbeno, enteramente novicio, se había hecho joaquinita como los demás. En Hyères había recibido de manos de Hugo de Digne, el jefe de la secta en Francia, un supuesto Comentario de Joaquín sobre los cuatro Evangelistas y lo había copiado en Aix. Después de la sentencia condenatoria dictada en 1255 por Alejandro IV, había permanecido todavía fiel a la doctrina misteriosa. Mucho tiempo después, cuando viejo y desencantado escribió su Crónica, recuerda en diez ocasiones, y muy valientemente, que ha sido antes «gran joaquinita, *magnus joachimita*». Pero después de 1260, habiendo trascurrido el año fatal, y no habiendo cedido el puesto la Iglesia del Hijo a la del Espíritu Santo, se separó enteramente de la secta. Bartolomeo de Mantua le dice un día, a propósito de Juan de Parma: «Había seguido las profecías de verdaderos locos.—Me disgusta mucho, respondió Salimbeno, porque le quería mucho. Y Bartolommeo añade: Pero tú también has sido joaquinita.—Es verdad, replica ingenuamente nuestro monje; pero, después de morir el emperador Federico II y pasado el año 1260, he abandonado por completo esta doctrina, y estoy resuelto a no creer más que en las cosas que haya visto».

No obstante, conservó siempre cariño a los sueños de su juventud. Tuvo a orgullo haber sido uno de los iniciados de la revolución del Evangelio Eterno, y gusta contarnos todo lo que ha visto y sabido de este gran misterio. Por él penetramos en aquel mundo singular que siempre tuvo el aspecto de una sociedad secreta. En Pisa ve que un viejo abad de la orden de Flora lleva furtivamente los libros de Joaquín, que se quería sustraer a las

violencias de Federico II. En Hyères asiste, en la habitación de Hugo de Digne, a los coloquios en voz baja de los joaquinistas. Había allí notarios, jueces, médicos, *et alii litterati*. Franciscanos venidos unos de Nápoles, otros de París, se interrogaban ansiosamente: «¿Qué pensáis, decía uno, Juan de Nápoles, a Pedro de Puglia, de la doctrina de Joaquín?—Me preocupo de esto, decía otro, como de la quinta rueda de una carroza, *quantum de quinta rota plaustris*». En Provins hace que le expliquen un libro apócrifo de Joaquín, la *Expositio super Jeremiam*. En Módena encuentra a Gerardo de San Donnino que vuelve de París. Su conversación es curiosa y puede fácilmente dividirse en forma de diálogo:

SALIMB.—Si discutiéramos acerca de Joaquín...

GER.—Discutir, no; pero hablemos, y en lugar escondido. (Se van detrás del dormitorio y se sientan a la sombra de un emparrado).

SALIMB.—Dime cuándo y dónde nacerá el Anticristo.

GER.—Ha nacido ya y grande, y pronto el misterio de iniquidad se realizará.

SALIMB.—¿Tú le conoces?

GER.—No le he visto de frente, pero le conozco bien por la Sagrada Escritura.

SALIMB.—¿Qué Escritura?

GER.—La Biblia.

SALIMB.—Y bien, dílo todo, porque conozco la Biblia.

GER.—No; nos hace falta una Biblia. (Salimbene corre a buscar su Biblia. Estudian el XVIII capítulo de Isaías, que Gerardo aplica a un rey de España o de Castilla).

SALIMB.—¿Y este rey es el Anticristo?

GER.—Enteramente. Los Doctores y los Santos lo han predicho todos.

SALIMB.—Espero reconozcas que te has equivocado.

(En este momento, los frailes, con seglares, aparecen en la pradera, la cara larga, hablando con muestras de tristeza).

GER.—Ve y escucha lo que dicen. Diríase que han recibido malas noticias.

(Salimbeno corre, interroga y vuelve. Malas noticias, en efecto: el arzobispo de Ravena ha sido hecho prisionero por Ezzelino de Padua).

GER.—Ves, he aquí el misterio que comienza.

Mucho tiempo después, *post annos multos*, en el convento de Imola, se le presentó un libro de su amigo Gerardo, quizá el *Liber introductorius*. Pero Gerardo había sido condenado, sus escritos estaban tachados de infamia. Salimbeno tuvo miedo y dijo: «Echadlo al fuego».

La aprensión del Anticristo fue, aparte aun de la sociedad joaquinista, un sentimiento esencial de la religión de Italia en el siglo XIII. Preocupaba ya en tiempos de Gregorio VII. Las predicciones de Joaquín llamaron la atención de los místicos en los de Federico II. Evidentemente, el monstruo era él. Todas las calumnias, todas las maledicciones propagadas por los frailes se encuentran en Salimbeno, que ve, en las desventuras de los últimos años del emperador, la señal clarísima de la cólera divina. Por eso las enumera todas, una tras otra, hasta la muerte miserable de Federico en un castillo de la Apulia. Invoca sucesivamente, como testigos de la venganza celeste, a los Profetas, a los Sibilas, a Merlín, al abad Joaquín. Federico es el enemigo satánico de la Iglesia y de Dios, el impío, el ateo, el libertino, *callidus, versutus, avarus, luxuriosus, malitiosus, iracundus, jocundus, delitiosus, industrius, epicureus*; poeta, sin embargo, espiritual, seductor, *pulcher homo*. Aquel hombre encantador era feroz por otra parte. Mandó cortar el dedo pulgar a un notario que en un documento había escrito torcida una letra del nombre imperial. Dió una excelente comida a dos desgraciados, luego hizo correr al uno y dejó que el otro se durmiera. Abriéronles entonces el cuerpo, a la vista del emperador, que quería estudiar el problema de la digestión.

* * *

La frase de Joaquín de Flora, *ubi Spiritus Domini, ibi Libertas*, se había realizado a la letra. Italia, animada por la esperanza de una renovación religiosa, produjo de pronto un florecimiento sorprendente de doctrinas, de sectas, de milagros y de prodigios de todas clases. San Francisco el primero, con el poder de un creador, había rejuvenecido el cristianismo. Esta fecundidad de invención no se había pasado en la época de Salimbeno, y por él podemos penetrar en la cristiandad más viva que hubo nunca. Y lo repito, si prescindimos de los puntos de vista aventurados del joaquinismo, no hemos de ver en él herejías. Pero los más escandalosos de aquellos cristianos de Italia se creen en regla con el buen Dios. Edifican libremente, alegremente sus pequeñas capillas, sus comuniones raras en el recinto de la grande Iglesia, que les deja hacer por algún tiempo, luego lleva vivamente al recto camino a los que de él se alejan con buen humor demasiado inquietante.

El grupo de Juan de Parma aparece entero en la *Crónica*. La persona más singular de este grupo es seguramente la hermana de Hugo de Digne — *unius de majoribus clericis de mundo* — Santa Dulcina. Tenía el dón de curar o aún de resucitar a los niños. No había entrado en religión, pero llevaba el cordón de San Francisco, y recorría la Provenza, seguida de ochenta señoras de Marsella. Entraba en todas las iglesias de los Hermanos menores, en las que tenía éxtasis. Permanecía allí fácilmente con los brazos en alto desde la primera misa del alba hasta la hora de completas. «Jamás se ha dicho de ella cosas fastidiosas», escribe Salimbeno.

En este mundo extraño, el milagro, el pequeño milagro familiar, era una suave costumbre. Los milagros de Salimbeno son, por lo general, motivo de gloria para los franciscanos. No oculta que una piadosa industria puede ayudar. En 1238, dice, en Parma, por la época de Pascuas, los franciscanos y los dominicos se pusieron de acuerdo acerca de los milagros que convenía hacer aquel año, *intromittebant se de miraculis faciendis*. Conoció a

un fraile, Nicolás, a quien el milagro no costaba más que la recitación del *Pater*. Un frailuco, cuando estaba espumando la sopa del convento, había dejado caer en el caldero un breviario iluminado que acababan de prestarle. El santo libro se impregnaba de caldo *miro modo*. Fra Niccoló, a quien llamaron, dijo una oración sobre la sopa, y sacó el breviario intacto y enteramente limpio. Salimbene no nos dice si el caldo quedó más sustancioso. En Bolonia, un novicio roncaba tan fuerte que nadie podía dormir en el convento. Se le echó del dormitorio al granero, del granero al cobertizo. No se consiguió nada, era una trompeta del Apocalipsis. Se celebró capítulo presidido por el propio Juan de Parma. Algunos pidieron la expulsión del hermanito *propter enormem defectum*. Se resolvió devolverle a su madre, por fraude sobre la cosa entregada, *eo quod ordinem decepisset*. Fra Niccoló intervino y prometió un milagro. Al día siguiente el niño ayudó a misa como de costumbre, luego le hizo ir detrás del altar y le tiró fuertemente de la nariz. Desde entonces durmió *quiete et pacifice*, como un lirón, *sicut ghirus*.

Pero también, ¡cuántos falsos milagros por parte de las reliquias que no son franciscanas! La ciudad de Parma vió entrar una mañana, procesionalmente y seguida de una muchedumbre de devotos, la urna de un supuesto San Alberto de Cremona. La reliquia —el dedo pequeño de un pie— fue maravilla. Los curas de parroquias encargaban para sus iglesias frescos glorificando a San Alberto, *ut melius oblationes a populo obtinerent*. Pero un canónigo que acercó la nariz al relicario, percibió un olor que no era de santidad. ¡Cogió la reliquia y era una simple cabeza de ajos!

Evidentemente, la noción de ortodoxia era entonces muy particular. Se sobreentendía que los fieles, individualmente o constituídos en comunidades libres, podían buscar por donde quisieran el camino de la salvación. Y cada uno seguía libremente sus inclinaciones. Este, un seglar de Parma, se encierra en un convento de cister-

cienses para escribir profecías; este otro, un amigo de los frailes menores, funda algo para él solo (*sibi ipsi vivebat*). Es el Don Quijote de San Juan Bautista: con barba larga, capa armenia, túnica de piel de animal, una especie de casulla sobre los hombros con la cruz delante y detrás, y una trompeta de cobre (*terribiliter reboabat sua tuba*), predica en las iglesias y en las plazas, seguido de multitud de niños que llevaban ramas de árboles y cirios. He aquí los *Saccati* o *Boscarioli*, hombres vestidos con sacos, hombres de los bosques. Son una especie de falsos hermanos menores salidos del grupo de Hugo de Digne y que han tomado un hábito parecido al de los franciscanos. Parecen furiosos demandaderos, más vivos que los verdaderos, y que sólo les dejan las migajas. Salimbeno los desprecia. He aquí los *Apostoli*, vagabundos; *tota die ociosi, qui volunt vivere de labore et sudore aliorum*. Esta banda va y viene, atrayendo a los niños que hacen predicar, seguida de una tropa de mujeres cubiertas con largos mantos, que se dicen hermanas de ellos. Deben practicar el más exagerado comunismo. Su director, Gherardino, tiene aventuras galantes que avergüenzan a Salimbeno. El escándalo de los *Apostoli* conmovió al obispo de Parma, que mandó encerrar en prisiones a los que pudo coger. Luego Gregorio X condenó la secta, que no quiso someterse. Los *Saccati*, más humildes, se habían sometido.

Dos sociedades religiosas, ortodoxas, pero muy distintas una de otra, llamaron la atención a Salimbeno: los flagelantes y los *Gaudentes*, o los *alegres compadres*. Los flagelantes aparecieron en la Italia septentrional en 1260, el año fatal de los joaquinitas. «Todos, pequeños y grandes, nobles, soldados, gentes del pueblo, desnudos de medio cuerpo arriba, iban en procesión por las ciudades y se azotaban, precedidos de los obispos y de los religiosos». El pánico místico hizo grandes estragos. Todo el mundo perdía la cabeza, se confesaba, se restituía lo robado, los enemigos se reconciliaban. Parecía próximo el fin de todas las cosas. El día de Todos los Santos, los en-



gúmenos fueron desde Módena a Reggio, luego avanzaron hacia Parma. El que no se azotaba era «reputado peor que el diablo», se le señalaba con el dedo, se le hacía objeto de violencias. Se dirigieron, por último, a Cremona. Pero el podestá de esta ciudad, Palavicini, cerró las puertas. Mandó preparar horcas a lo largo del Pó con destino a los flagelantes que intentaran pasar; ninguno apareció. Con los *Gaudentes*, otro cuadro. Estos no se azotaban, pero vivían alegremente en cofradía. El inventor fue Bartolomeo de Vicenzio, un obispo. Pobre cofradía, por otra parte. Consumían sus riquezas «*cum hystrionibus*», escribe Salimbeno. No hacían limosnas, no contribuían a ninguna obra: monasterios, hospicios, puentes, iglesias. Andaban a la rapiña de cuanto podían. Una vez arruinados, tenían la audacia de pedir al Papa que les designase, para habitarlos, los conventos más ricos de Italia.

Aquellos cristianos amables seguían la tradición de los *clerici vagantes* del siglo XII. Y aun, al lado de ellos, ciertos *Gaudentes* sueltos, los más listos sin duda y los más voluptuosos de la orden, anuncian ya a los prelados poco edificantes del siglo XVI romano... (1).

* * *

Salimbeno y su Crónica son una reliquia muy venerable del pasado. No engendran melancolía, lo cual es bue-

(1) M. Gebhart cita en este punto, a título de ejemplo, algunas estrofas de la *Confessio Goliae*, atribuida al canónigo Primat (acerca de Primat y los Goliardos, véase página 502 y siguientes de este tomo). Reproducimos estas estrofas según la mejor edición hasta el presente publicada de esta célebre obra. (*Notices et extraits des manuscrits*, XXIX, 2.^a parte, págs. 266-270). «Acusado, dice M. Gebhart, ante un obispo, de tres vicios capitales: la lujuria, el juego y el vino, el autor de la *Confessio Goliae* se defiende en una confesión grotesca que nuestro cronista (Salimbeno) se

no; pero lo que más vale aún es que inspiran serias reflexiones o confirman graves ideas históricas. Cada una de las páginas de este libro muestra que la libertad de invención desplegada por los italianos del siglo XIII en la obra de los Municipios, en la organización de las franquicias políticas y sociales, fue enteramente tan grande, tan fecunda, en la misma época, en el orden de los hechos religiosos. La conciencia libre en la ciudad libre, tal fue entonces la fórmula de la civilización italiana. Ciertamente, el apostolado mismo de San Francisco y sus resultados inmediatos atestiguaban ya, de una manera brillante, esta verdad. Pero aquí, de la exquisita poesía de la leyenda, salía quizá un sentimiento demasiado ideal de la realidad histórica. El suave aroma de las *Fioretti*, a manera de humo de incienso, perturba nuestros sentidos y produce una ilusión paradisiaca. El franciscano de Parma, tan familiar, que cuenta con candor todo lo que ha oído, todo lo que ha visto, disipa un poco el encanto, y nos enseña que, en la Orden seráfica, no todos eran serafines. No se conoce una sociedad religiosa si no se visitan más que los santuarios, si sólo se contemplan los fundadores. Importa también explorar rincones y más rincones, la sacristía, el claustro, el refectorio y las celdas, y prestar oídos a las piadosas palabras, a las confidencias, a las pequeñas alegrías de los monjes más humildes. Para este cometido, Salimbeno es un guía incom-

complace en reproducir entera. He aquí algunos versos en alabanza de la embriaguez:

Tertio capitulo memero tabernam
 Illam nullo tempore spreui, neque spernam,
 Donec sanctos angelos venientes cernam,
 Cantantes pro mortuo requiem æternam.

Poculis accenditur animi lucerna,
 Cor imbutum nectare volat ad superna;
 Mihi sapit dulcius vinum de taberna
 Quam quod aquæ miscuit præsulis pincerna...

Meum est propositum in taberna mori;
 Vinum sit oppositum morientis ori,
 Ut dicant, cum venerint. angelorum chori:
 «Deus sit propitius tanto potatori!»

parable; no es posible hacer de mejor modo a los extraños los honores del convento.

E. Gebhart, en el *Bulletin du cercle Saint-Simon*, 1884.

IV.—Las ocurrencias de Maestro Roberto de Sorbon.

Roberto de Sorbon, fundador del Colegio que de él tomó el nombre de Casa de Sorbona, debe toda su gloria a esta fundación generosa, y no debe nada a sus escritos. Hay en ellos, sin embargo, partes muy interesantes. Un testigo digno de toda confianza, Joinville, refiere que Roberto tenía «gran fama de hombre de juicio». Nos dice además que, segurísimo de poseer un corazón recto, y de ver en consecuencia las cosas tal como son, censurables o dignas de alabanza, era por costumbre muy libre en sus palabras y en sus actos. Pues bien, así es en los diversos escritos que nos ha dejado, en sus sermones y aun en sus tratados dogmáticos. De una parte honrado, muy honrado, en modo alguno casuista, no enseñando nunca más que una moral, la estricta observancia de los diez mandamientos, y de otra caústico, alegre, abundante en vivas ocurrencias y chanzas a costa del prójimo. No creemos que se represente enteramente de este modo al fundador de la Sorbona. No se conoce más que un aspecto del personaje, y por eso queremos mostrar el otro, aquel en que no es conocido.

Aun cuando canónigo de París, es decir, gran dignatario de una iglesia opulenta y fastuosa, no obstante vivir en la corte en trato familiar con los señores y el rey, a pesar de haber llegado a ser rico después de ser pobre, había conservado gustos sencillos, sin dejar que llegara a él el contagio de las costumbres seculares. Era una de las formas de su buen juicio, en la que no se le parecían todos los clérigos afectos a la corte. «Es preciso, decían,

auallar con los lobos. — No, no, les respondía; vivid con los lobos, sea, pero para convertirlos en corderos. Si no, tened por cierto que os devorarán». ¿Hizo él, por su parte, muchas conversiones? No podemos, en verdad, citar ninguna, pero jamás se dejó asustar ni comer por los lobos. Así lo prueba, por lo demás, el tono de sus amonestaciones, en que se maltrata especialmente a los ricos y a los nobles, en que los mismos príncipes no son siempre perdonados.

En los ricos, por ejemplo, condenaba severamente el lujo de los vestidos, y recomendaba a todos los confesores que fueran en este punto tan rígidos como él. Al penitente que venga a contarle sus culpas, el confesor dirá: «Amigo mío, ¿os habéis ataviado los días de fiesta, o en alguna otra circunstancia solemne, para agrandar a las mujeres que pudierais encontrar en vuestro camino?— Sí, maestro, responderá sin duda el penitente; pero sin intención alguna de inducirlos al mal.— Amigo, replicará el confesor, habéis pecado gravemente. Si se cuelga un ramo a la puerta de una taberna, es señal de que allí se vende vino. De igual modo el pelo cortado en redondo, a la cabeza un elegante capirote, cinturón de metal, pequeños nudos de plata, guantes en las manos, en los pies zapatos con lazos y otras cosas de este jaez, tales son las insignias del libertinaje. Y, no obstante, no hay en el ramo un óbolo de vino, ni en el cinturón de hierro el menor pecado de lujuria».

Para suprimir los trajes de fiesta, Roberto hubiera suprimido con gusto las fiestas mismas. Era, dice, lo que se había atrevido a hacer un prelado que gozó de mucha veneración, Guyard de Laon, en otro tiempo canciller de París, más tarde obispo de Cambrai, el cual, entre todos los mártires, de todos los confesores, no había mantenido como santos cuya fiesta había que celebrar, en el calendario reformado de su diócesis, más que a San Lorenzo y a San Martín. Y Roberto le felicita por haber tenido este atrevimiento, porque el único dios que podía reprocharle haber perjudicado su culto era el dios Baco. Para

el que conoce las costumbres de la época, la frase no parecerá demasiado dura.

En más de una ocasión Roberto se expresó con mayor aspereza. Sabía sin duda que hay que guardarse de hablar demasiado y demasiado alto. «La lengua está cerrada en un claustro, decía, como un fraile, en un claustro ocultado por un foso y dos barreras, los dientes y los labios, y delante de este foso, delante de estas barreras, hay tres porteros cuyo permiso hay que lograr sucesivamente para salir, es decir, el permiso para hablar». Pero Roberto violaba muchas veces la consigna, y cuando los tres porteros murmuraban, él ya estaba lejos. Un día, pues, la corte estaba en Corbeil, cuando coge por el manto al senescal de Champagne, y le arrastra a su pesar a donde estaba el rey: «Maestre Roberto, le decía Joinville, ¿qué me queréis? — Quiero que me respondáis a esta pregunta: Si el rey quisiera sentarse en este prado, y si vos fuerais a sentaros en su banco, por cima de él, ¿no seríais digno de censura? — Lo sería sin duda alguna. — En consecuencia, sois de censurar porque os vestís más noblemente que el rey, el cual no tiene ese ropaje de piel de marta de que hacéis ostentación». Joinville, ofendido, respondió inmediatamente: «Con perdón vuestro, maestre Roberto, este ropaje de piel de marta que llevo, mi padre y mi madre me lo han dejado; mientras que vos, hijo de villano y de villana, habéis dejado ropaje de vuestro padre y de vuestra madre para revestir un camelote más rico que el del rey». La disputa, ya muy viva, iba a serlo más todavía; pero el rey se apresuró a intervenir y salió a la defensa de maestre Roberto, el cual presentó en seguida sus excusas a Joinville, diciéndole aparte: «Tenía gran necesidad de que le ayudase, porque estaba muy embobado».

San Luis tenía, según refiere Joinville, doctrina distinta a la de Roberto en lo que toca al traje. «El caballero cortés, decía, debe vestir de suerte que las gentes de edad madura no le acusen de exceso, los jóvenes de quedarse corto». Era hablar muy discretamente. Sin em-

bargo, se asegura que no siempre el buen rey observaba la regla que enseñaba a los demás y que se había descuidado un tanto en el vestir, mientras su mujer, Margarita de Provenza, había caído, según Roberto, en el exceso contrario.

He aquí los términos de este testimonio: *Humiliter (rex Franciae) incedit et gerit se; uxor autem ejus alio modo*. En boca de Roberto, no es simplemente, en lo que a la reina toca, una frase maliciosa, sino acusación grave. En efecto, no permitía más a las mujeres que a los hombres el lujo en el vestir. Seamos benévolos con él. La rigidez va casi siempre acompañada de alguna aspereza. Alcestes tiene mucho de virtud, pero no es fino, y así el virtuoso Roberto no siempre era fino.

Parece que en su tiempo las mujeres llevaban vestidos muy largos, una moda que permite las chanzas. «Como una mujer, dice, hubiera enviado a su marido a comprar un traje, éste lo compró bastante largo. Habiéndose vestido la mujer se sube encima de un cofre, para mejor juzgar de la amplitud y la buena hechura. Pero he aquí que, hecho el examen, la mujer dice entristecida a su marido: «¿Por qué, señor, me habéis comprado un traje tan corto? Yo quería uno que llegase al suelo.—Pero, responde el marido, pensaba que queríais un traje para vos sola, no para vos y para este cofre a un tiempo. Si me lo hubieráis advertido, con gusto habría satisfecho vuestro deseo».

Pero volvamos a la reina Margarita. No ha podido menos de admirar ver que Roberto tachase públicamente de inmodestia a la esposa amadísima del santo rey. Admirará seguramente más oírle enseñar al rey mismo cómo debía corregirla de este grave defecto. La enseñanza tiene la forma de anécdota; pero el narrador mismo hace la aplicación a las reales personas. He aquí todo el pasaje: «¿Cómo han de interpretarse aquellas palabras del Apóstol que dicen que el esposo y la esposa deben complacerse mutuamente? Hay en ello una dificultad cuya solución ha mostrado cierto príncipe al rey de Francia. Este rey

es de una gran bondad. Su porte, su presentación, son de lo más modesto; pero su mujer es enteramente distinta. Como el príncipe de que se trata vistiese humildemente, la cosa desagradaba a su mujer, aficionada a cubrirse con los más ricos adornos, y como ella censuraba el pobre aspecto del rey y aun se quejaba a sus parientes, él la dijo: «Señora, ¿os agrada, pues, que gaste vestidos



Fig. 69. — El señor de Joinville, con sus armas en el manto, según un manuscrito del siglo XIV.

costosos?» Ella respondió que tal era efectivamente su deseo, y que en último término quería verle conformarse a él, con lo que el príncipe añadió: «Pues bien, lo haré por vos, porque es ley conyugal que el hombre debe complacer a su mujer, y recíprocamente... Pero esta ley que respecto a vos me obliga, os obliga igualmente para conmigo. Habéis de obedecer mi voluntad, como yo he de

obedecer la vuestra. En consecuencia, quiero que me hagáis la merced de vestir con más modestia. «Vos llevaréis mis vestidos y yo los vuestros». La mujer no quiso acceder a este arreglo, y desde entonces permitió a su marido vestir como tenía por costumbre». Hay, por tanto, motivo para creer que la reina Margarita censuraba también la sencillez grande del rey. Pero no insistamos más en este punto del vestir. En muchos otros, Roberto ha censurado más vivamente aun las malas costumbres de sus contemporáneos. No aprobaba tampoco el lujo de los festines, que terminaban con excesiva frecuencia en innobles orgías. En ellos se juraba mucho, y los juramentos sublevaban a Roberto tanto como al rey. «El rey, dice Roberto, no queriendo oírlos más, había convocado a varios obispos para hacer con ellos una ley severa en contra de los blasfemos; pero, habiendo encontrado a dichos obispos en disposición poco favorable a su proyecto, le turbó de tal modo su frialdad que le produjo unas tercianas de que estuvo a punto de morir». Además, se jugaba habitualmente después de las grandes comidas, y muy gruesas sumas. La pasión del juego no fue nunca quizá más violenta y común. Se había apoderado hasta de los clérigos. Leemos en uno de los sermones de Roberto: «He aquí lo que acaba de ocurrir esta semana a dos leguas de París. Un sacerdote, que había jugado diez libras y su caballo, se ha ahorcado. Así terminan las partidas de dados. ¡Desgraciado, ve a jugar todavía!» Se juraba, se jugaba, se llamaba luego para divertirse de todas maneras a juglares, a los que el dueño de la casa hacía con frecuencia, por ostentación, magníficos presentes.

«Un día, dice Roberto, el obispo Guillermo (se trata del célebre Guillermo de Auvernia), se paseaba a caballo con el rey Luis y su hermano el conde de Artois. «Hacía fuerte viento que constantemente dejaba al descubierto la cabeza del obispo. El rey le dijo: «¿Cómo no podéis sujetar vuestro gorro e impedir que os lo lleve el viento?» El obispo respondió: «Señor, no logro sujetarlo tan-

bien que el viento no se lo lleve. Pero no me admira, porque se ha visto más de una vez a cierto viento despojar a las gentes hasta de su túnica.—¿Cómo es eso?, dijo el rey.—Señor, replicó el obispo, ¿no ha ocurrido efectivamente más de una vez que, empujado por el viento de la vana gloria, un caballero se haya despojado de su ropa para darla a algún histrión?»—Amar, honrar, gratificar a los histriones no es delito menor, según Roberto, que ofrecer un sacrificio a los demonios. Finalmente, otro intermedio de los festines era la canción a menudo deshonestas. ¡Cómo descaba Roberto cerrar los oídos a las galanterías de los trovadores! Vamos a referir una anécdota suya. Cuando Folquet, arzobispo de Tolosa, oía por casualidad cantar una de las canciones que había compuesto en los tiempos de su juventud mundana, se hacía obligación de no tomar en la primera comida más que pan, de no beber más que agua. No queremos excusar aquí lo que el buen hombre condena. Sin embargo, puesto que se trata de Folquet, digamos que a aquel feroz perseguidor de herejes, verdaderos o imaginarios, querríamos no tener que reprochar más que canciones.

Respecto a algunos vicios comunes, tanto en la ciudad como en la corte, respecto a la hipocresía, por ejemplo, Roberto se expresaba así: «Habiendo surgido una grandisputa entre los cuadrúpedos y las aves, el día fijado para combatir el murciélago se ausentó diciendo: «No iré a la batalla, pero veré, una vez terminada la guerra, qué partido sale mejor y me iré a su lado». Después del combate, cuando los dos partidos contaban muchos muertos y heridos, los cuadrúpedos fueron los primeros que tropezaron con el murciélago. «Paraos, gritan, matad, colgad a este enemigo.—¡Ah, mis buenos amigos!, les responde. ¿Qué decís? Soy de los vuestros», y mostrándoles sus cuatro patas, sale del apuro. Habiéndosele acercado luego las aves, muéstralas sus alas y escapa de igual modo. ¡Cuántas gentes parecidas conozco! Están con devotos, con religiosos, dicen: «Rogad por mí», y se hacen los buenos, imitan a la Magdalena, *faciunt gallum im-*

plutum et contrefaciunt Magdalenam; pero si están entre gentes mundanas, las imitan, llegan más allá que ellas, burlándose, para entrar en su gracia, de los religiosos y de las beatas».

No podía ser más indulgente tratándose de los libertinos. «Una mujer, decía, vende su honra por un manto de pieles o algo semejante. Hace ciertamente una mala venta y esa mujer es muy tonta. Pero los hombres son, desgraciadamente, mucho más tontos, porque una mujer, por lo menos, tiene la recompensa que ha querido, mientras que, para perder la honra, los hombres vacían su bolsa. Si alguien que llevase cien marcos tomase a sueldo a un ladrón que se encargase de despojarle, pensaríais que estaba loco. ¡Pues bien! ¿No está más loco el que da sus escudos para perder la honra? Es, por otra parte, darlos para ir al infierno. Santa María, yo no querría ir al infierno por todo el oro del mundo. ¿Y tú pagas para ir?» Acerca de los maldicientes, se expresaba así: «Se parecen a las arañas, que, posándose en la flor más linda, no extraen de ella sino veneno. Si ven, por ejemplo, a uno que ayuna: «Mira, dicen, es que acaba de presenciar la muerte de su asno»; o bien todavía, «la muerte del diablo»; pero el hombre honrado se parece a la abeja, que, de cualquier flor en que se posa, saca miel».

No debía ser más indulgente con los que prestan dinero, que entonces eran llamados usureros. «Tengo para mí, decía, que los usureros, los acaparadores de dinero, los que detentan el bien ajeno, son ladrones, y que el día de la muerte el preboste del infierno, es decir, el diablo, los cogerá como ladrones para conducirlos a sus horcas. Tienen ahora las manos tan apretadas que nada se escapa de ellas, pero a su muerte se abrirán sus cofres, que han tenido tan bien cerrados, para sacar las riquezas que querían como a sus propias entrañas. Los comparo a los cerdos, que en tanto viven son de gran gasto. Un cerdo cuesta mucho al que le quiere alimentar bien, y, sin embargo, no produce nada en tanto vive y no hace más que ensuciar la casa. ¡Pero un cerdo muerto vale

mucho!» Ahora bien, no olvidemos recordar cuál era entonces la definición de la usura. Usurero es el que presta bajo condición de reembolso con interés. Todo lo que hay derecho a exigir, es la restitución del capital prestado. Además, Roberto no deja de decirlo, usurero es todo el que vende una cosa a plazo fijo y a precio superior al del momento, o la compra a precio inferior, especulando con el apuro del prójimo y en la esperanza de ganar. Había, según esto, no lo dudamos casi, un número grandísimo de usureros. ¿Quién no lo era? ¿Quién no lo es entre los traficantes de toda especie y los más humildes rentistas, no los omitamos, dada la definición de la usura? De esta suerte, ¡cuántos ladrones, cuánta cosecha para el preboste del infierno! No puede sorprendernos que luego Roberto exclame: «No, de cada cien hombres ni uno va camino del Paraíso. Lamento verme obligado a decirlo; pero no puedo guardar silencio, porque es la verdad».

Acerca de los deberes profesionales, el lenguaje de Roberto no es menos vehemente, sobre todo cuando el honrado varón censura a las gentes de sotana, clérigos de toda especie, párrocos, confesores, rectores. ¿Se trata de los frailes? Son insolentes, bobalicones, a los que nada desagrada tanto como asistir a los oficios. Cuando un predicador ha llegado para dirigirles un sermón, le escoltan por el claustro para murmurarle al oído: «¡Ah, sed breve, sed breve!» Por esto, en cuanto se han reunido en capítulo: «Todo servidor de Dios, exclama el que predica, escucha las palabras de Dios. Vosotros no sois servidores de Dios: no escucháis las palabras de Dios. Luego sois servidores del diablo. ¿Es bastante breve la cosa?» Y dicho esto se va». ¿Se trata de los clérigos seculares? «Cantan tan alto, dice Roberto, que hacen huir a los cuervos reunidos en el campanario de la iglesia, pero su corazón está en otro sitio. Dan voces al Señor de que les muestre la cara y ellos por su parte le vuelven la espalda». No hay que decir que Roberto reprueba la acumulación de los beneficios. Autorizando, digamos más, favoreciendo este abuso, la excesiva facilidad de los

Papas había hecho nacer otro, no menos grave: el abuso de los vicariatos. ¡Que los curas vivan en sus iglesias y no se les vea en otra parte! En parte alguna que no sea allí, añadía firmemente Roberto, y para demostrar la inconveniencia, la irregularidad de sus ausencias demasiado frecuentes, razonaba así como buen lógico: «El rebaño es la materia; el pastor, la forma. Ahora bien, dice el filósofo, separada de la forma, la materia tiende a aniquilarse. Si el pastor se aleja, por tanto, de su iglesia, el rebaño, separado de su pastor, perece, se aniquila. — Pero, respondían algunos curas, se quiere que seamos teólogos y no podemos lograr serlo sin asistir a las escuelas para aprender Teología. Necesitamos, pues, abandonar nuestras iglesias y hacer que nos sustituyan en ellas. — No, replicaba Roberto, esos grandes doctores de París, que hacen profesión de enseñar Teología, son gentes llenas de orgullo, que en el trascurso de un año no ganan un alma para el Señor. Pero el buen cura, el cura sin mancha, sin reproche, que ingenuamente observa la ley de Dios, ese es el teólogo cuyas lecciones aprovechan».

Aquellos grandes doctores de París, contemporáneos de Roberto, que tan mal trataba, eran Alberto el Grande, Juan de la Rochela, Santo Tomás, San Buenaventura. ¿Envidiaba su gloria? Quizá un poco, sin confesárselo, pero no le dominaba este mal sentimiento. Censuraba a unos como a otros, sin querer entrar en sus querellas, que pospusieran la religión práctica a la teología contenciosa. Aquel huésped magnífico de los escolares pobres no aceptaba más que la ciencia estrictamente limitada. ¡Si hubiera podido sospechar todo lo que había de enseñarse algún día en su casa, la gloriosa Sorbona, seguramente se hubiera estremecido de horror! Decía: «Los libros encima de los cuales nuestros doctores palidecen, los libros de Prisciano, de Aristóteles, de Justiniano, de Graciano, de Hipócrates, son, convengo en ello, libros muy hermosos; pero no enseñan el camino de la salvación». Ni siquiera, nótese, los de Graciano, el escribano auténtico de la corte romana. De esta suerte, Roberto colocaba al

mismo nivel el estudio del derecho canónico y el del derecho civil. ¡Vanos estudios! ¿Podía tratar mejor a aquella teología mezclada con filosofía, que fue durante tanto tiempo la pasión del joven clero? «¿Queréis saber, decía en una ocasión, cuál es el clérigo más grande? No, ciertamente, no es el que, tras de haber velado mucho tiempo delante de su lámpara, tomó en París el título de bachiller en artes, doctor en decretales, en medicina, etc., sino el que más ama al Señor». Decía también: «El obispo que va a Roma y no sabe el camino, no espera a un rey, a otro obispo para preguntárselo, sino que muy gustoso pregunta a los pastores, aun a los leprosos que encuentra. Ahora bien; hay gentes que no quieren saber el camino del Paraíso sino oyéndolo de boca de los clérigos altos, de los grandes doctores. «¿De qué habláis, gritan, predicador. Dónde os han enseñado Teología?» Pues bien; yo creo que esas gentes no quieren ir al Paraíso, aun cuando digan lo contrario». Roberto era simplemente moralista, y considerando la moral como la única ciencia positiva, profesaba con respecto a los médicos, los gramáticos, los canonistas, el mismo desdén que tenía para los metafísicos. Ahora toca a los confesores. No quería, ni que decir tiene, que fueran demasiado indulgentes, como el que sigue, por ejemplo: «Había un particular que buscaba siempre los confesores más malos. Cuando había bebido tanto que estaba borracho, iba en busca de un sacerdote que, asiduamente concurrente a la taberna, se emborrachaba en ella con frecuencia, y con él se confesaba. «Amigo mío, le decía aquel sacerdote, ante todo, ¿habéis pagado?—Sí, respondía el otro. —Bien, replicaba el sacerdote, más vale beber lo de uno que lo ajeno». No los quería tampoco demasiado severos, y lo manifiesta en estos términos: «Es censurable la conducta de ciertos sacerdotes que tienen un rigor excesivo. El obispo Guillermo, decía de ellos: «No deberían ser porteros del Paraíso, sino que serían propios para guardar la puerta del infierno, porque no dejarían entrar a nadie». Por último, prescribía en absoluto que se olvidaran todos los pecados que se confesasen.

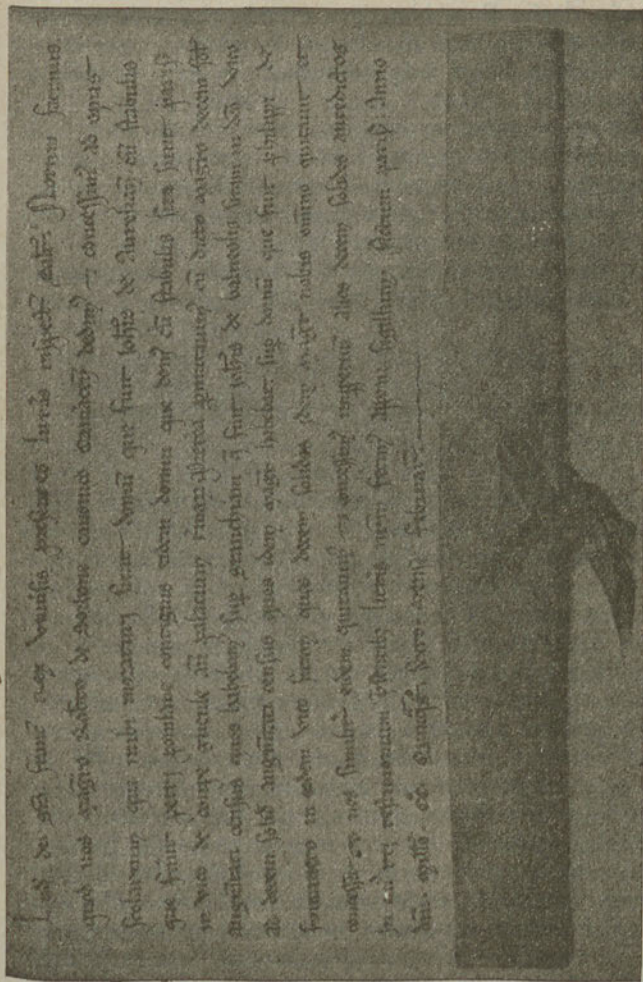


Fig. 70.—Escritura de fundación de la Sorbona, 1267.

«He oído a algunos de los más grandes pecadores del mundo, decía. Pues bien, por grande que haya sido el pecador que me haya rogado que le oyese, siempre le he querido cien veces más después de haberle confesado que antes».

Nos place terminar con esta frase conmovedora. Si maese Roberto se expresó muchas veces respecto a los demás con más libertad que aparente benevolencia, no hay reproches que dirigir a su lenguaje. Evidentemente, tenía un corazón buenísimo.

B. Hauréau, en *Mémoires de l'Académie des inscriptions et belles-lettres*, tomo XXXI (1884), 2.^a parte.

V.—La Universidad de París en la Edad Media.

...Por sus orígenes, se remonta al siglo XII y quizá al XI. En aquellos remotos tiempos, en la isla de la Cité, alrededor de la primera iglesia de Nuestra Señora, la que había sucedido al templo de Esculapio de la antigua Lutecia, se habían formado, por iniciativa y bajo la autoridad del obispo de París, escuelas para enseñar a los clérigos lo que los clérigos debían saber. En ellas se enseñaba lo que entonces constituía toda la sabiduría humana, profana y sagrada, en primer término *las siete artes liberales*, y más tarde, por encima de las artes, la Teología, saber propio del clero, luego el derecho canónico, saber igualmente clerical, y por último la Medicina.

Abrir una escuela era entonces muy sencillo. Bastaba el permiso del obispo o de su delegado, el Canciller de Nuestra Señora. Una vez obtenida esta *licencia*, el maestro tenía derecho a hablar e iba a escucharle el que quería. Hablaba unas veces al aire libre, en una calle, una plaza o una encrucijada, subido en un guardacantón o en un poyo, otras a cubierto, bajo un claustro, o en una sala que tuviera un estrado o un escabel, con sacos de paja

para sentarse los discípulos. Durante mucho tiempo aquellas escuelas episcopales de París, sin otro lazo que su dependencia común con respecto al Obispo y al Canciller de Nuestra Señora, fueron las principales escuelas del reino y de los países de Francia. Pronto su fama se propagó por toda Europa, y por miles se contaron sus estudiantes. Permanecían en los estudios diez años, quince, veinte, a veces más, como hacen hoy todavía los estudiantes de las *zauías* musulmanas. «Dichosa ciudad — dice un contemporáneo, Felipe de Harvengt, abad de Buena Esperanza —, donde los estudiantes son en tan gran número que su multitud llega casi a sobrepasar a la de los habitantes seglares».

Eran casi todos clérigos o futuros clérigos, es decir, gentes de Iglesia, pero gentes de Iglesia de costumbres muchas veces poco eclesiásticas y que hoy serían motivo de escándalo. Buen número, es cierto, eran ardientes para el estudio y ávidos de saber. La Edad Media intelectual se ha formado casi por entero en París, pero muchos también trabajaban poco y bebían de firme. «En comer y en beber, dice un predicador de la época, no tienen semejante, son devoradores en la mesa, no devotos en la misa. En el trabajo bostezan, en el festín no temen a nadie. Aborrecen la meditación de los libros divinos, pero les gusta ver fulgurar el vino en sus vasos». Malignos e ingeniosos, componen, recitan, y entonan canciones. Muchas veces, de noche, se pasean por las calles, derriban las puertas de los burgueses, van a divertirse con muchachas, siempre dispuestos a recibir golpes, dispuestos también a darlos, turbulentos, pendencieros, erguidos como los gallos, exponiendo por poco su vida y la ajena, atrevidos y bravos, hasta el punto que Felipe Augusto decía de ellos: «Son más valientes que los caballeros. Estos, cubiertos con sus armaduras, dudan en batirse. Los clérigos de cabeza tonsurada, que no tienen loriga ni yelmo, se arrojan unos contra otros manejando el cuchillo». Esto no impedía que la Escuela de París fuera tenida desde aquel tiempo por el «invernadero del Espíritu», el

«promontorio del Parnaso», la «Santa Jerusalén enteramente embalsamada con los aromas intelectuales», y que creciera su fama en todos los países de Europa.

Aquella muchedumbre inquieta, engrosada año tras año, no había tardado en rebosar de la Cité; pero solamente por la orilla izquierda del Sena, cerca del Petit-Pont. A muchos no les incomodaba poner el río entre



Fig. 71.—Sello de la Universidad de París.

ellos y la ruda autoridad del Canciller de Nuestra Señora. Poco a poco y desde muy pronto, por su mismo género de vida y la necesidad de sentirse en contacto, maestros y escolares habían tomado la costumbre de unirse, primero por el país de origen, luego según la naturaleza de sus estudios.

Por último, se había realizado una aproximación más general el día que, en la falda de la montaña de Santa Genoveva, maestros como Guillermo de Champeaux y

sobre todo Abelardo; habían atraído a su lado las multitudes estudiantiles y provocado su entusiasmo. Aquel día, en ellos había aparecido como la conciencia de una unidad. De aquellas uniones y agrupaciones espontáneas salió la Universidad de París. En aquel tiempo, jurídicamente, universidad significaba *corporación* (la palabra *universitas* —todos juntos— se oponía a la expresión *singuli ut singuli*, solo a solo). Se decía en el Mediodía *universitas civium* para designar el conjunto de los ciudadanos de una ciudad que se administraban por sí mismos; en el norte, se decía *universitas mercatorum* para designar una corporación que tenía sus privilegios. A partir del siglo XIII, hubo la corporación de los maestros y de los estudiantes de París, y ésta fue la Universidad de París.

*
* * *

Nació de dos cédulas, una del poder real, la otra del pontificio, y de manera que muestra cuáles eran ya la fuerza y el espíritu político de la corporación naciente.

A consecuencia de una disputa y de un alboroto, había habido muerte de varios estudiantes en los alrededores de la abadía de San Germán de los Prados. La muchedumbre de los maestros y de los estudiantes fue bastante poderosa para imponer al rey Felipe Augusto el otorgamiento de una cédula que la emancipaba de la policía municipal y de los jueces del rey. Por esta cédula del año 1200, la Universidad, sustraída a la jurisdicción civil, queda sometida exclusivamente a los jueces eclesiásticos. Se prohíbe al preboste de París poner mano sobre un estudiante, a no ser en caso de flagrante delito, y todavía ha de entregarle al momento a la justicia eclesiástica. En ningún caso y con ningún pretexto, los maestros de la Universidad podrán ser detenidos por las gentes del rey. Los seculares deberán protección y asistencia a los estudiantes, siempre que éstos sean atacados o mo-

lestados. Por último, el preboste y los burgueses de París quedan obligados a jurar, en presencia de la Universidad, que observarán de buena fe, en todo momento, las cláusulas de este privilegio. Acababa de crearse un Estado dentro del Estado.

Apenas emancipada de la autoridad civil y real, la Universidad sueña con otra emancipación. La autoridad de la cual dependía en lo sucesivo para su vida civil, como para su vida escolar, era la del Obispo. No podía desprenderse de ella jurídicamente y aspirar a ejercer sobre sí una autoridad propia. Pero la autoridad episcopal estaba demasiado próxima, y había sido más de una vez severa y hasta injusta. En la colación de las «licencias de enseñar», había aparecido muchas veces parcial e interesada. La Universidad, que no tenía todavía derecho interior, quiso tenerlo y fue al Papa a quien lo pidió.

En aquella época, los obispos no estaban enteramente bajo la dependencia de los Papas. Pero los del clero, para librarse de su tiranía, se dirigían gustosos al Papa como la autoridad superior. Las Ordenes monásticas se habían constituido de esta suerte. La Universidad de París, para emanciparse en parte del obispo, recurrió al Papa, y en 1215 un cardenal, Roberto de Courçon, fue delegado para llevarla la bula que la constituía como corporación eclesiástica. Inútil relatar aquí los diversos artículos de esta constitución. Bastaría notar una disposición esencial: se reconocía a los maestros y estudiantes de París el derecho de confederarse entre sí o con otros, y de cerrar las escuelas en circunstancias determinadas, por ejemplo, si un maestro o un estudiante era muerto o herido, si recibía injuria grave, si se le rehusaba justicia.

Después de la emancipación de la policía y la justicia civiles, era el derecho de coalición, implicando el de reunión, era también el derecho de huelga. Así, después del otorgamiento liberatorio del rey, se afirmaba y se acrecía, por decreto del Papa, la independencia de la Universidad. No hay que engañarse, sin embargo; sigue siendo cosa de la Iglesia. Es una corporación, pero es

también una cofradía. Se compone casi exclusivamente de clérigos, todos tonsurados. Es, aparte los escasos *físicos* o *médicos* que contiene, esencialmente órgano de la Iglesia. Con este título ha querido emanciparse de la autoridad real. Si parcialmente se emancipa de la autoridad local del obispo, es colocándose bajo la autoridad más lejana y más alta, pero siempre eclesiástica, del Papa. El sello que se atribuye lo señala bien. Tener un sello particular era entonces uno de los signos de independencia corporativa. Algunos años antes de las cédulas de 1200 y de 1215, los maestros de París se habían mandado hacer uno, pero el Canciller de Nuestra Señora, a cuyo sello tenían que recurrir, lo mandó romper solemnemente. Después de la bula de 1215, no podía disputarse a la Universidad el derecho de tener sello. El que se atribuyó es muy significativo. En lo más alto, la cruz; luego, en un compartimiento impar, la Virgen, patrona de Nuestra Señora. Por bajo, en dos compartimientos gemelos: a la derecha, el obispo, báculo en mano; a la izquierda, una santa con nimbo; por último, en la parte más baja, los doctores y los estudiantes.

Real cédula, bula pontificia, no podían ser en manos de la joven Universidad triunfante más que armas de combate y de conquista. Era inevitable la lucha entre ella y el Obispo en parte desposeído. La Universidad aceptaba, y no podía hacer otra cosa, su jurisdicción disciplinaria y judicial. El Obispo, por su parte, no reconocía a la Universidad el pleno derecho de ligarse y coaligarse que la había concedido el Papa. Ya en 1219 el conflicto estalla. El Obispo y el Canciller declararon excomulgado al que hubiese visto estudiantes, andar con armas, de noche, por las calles, sin denunciarlos a la justicia eclesiástica. Esto era disciplina, y el derecho nuevo de la Universidad no resultaba violado. Pero al propio tiempo eran excomulgados, maestros o estudiantes, que, usando del derecho, se ligasen por juramento sin la autorización de la autoridad episcopal.

Así desconocido su derecho, la Universidad no podía

menos de apelar al Papa. Para enviar un delegado a Roma, abre una suscripción. El Canciller responde excomulgando a los maestros y estudiantes que se suscribieran, y hasta les prohibió acercarse al confesonario. Gran emoción en la Universidad. El Capítulo interviene. Inflexible el Obispo, suspende *à sacris* a profesores, encierra en prisión a estudiantes. La Universidad no tenía más que una respuesta, su derecho de huelga. Ordena que cesen todas las enseñanzas y acaba por ganar la causa. El Papa levanta las excomuniones y da orden al Canciller y «a sus cómplices» —la palabra es dura— para que vayan a justificarse a Roma. Así se afirma a la vez la autoridad del Papa sobre el obispo de París y la independencia de la corporación universitaria. Pocos años más tarde, en 1222, después de nuevos conflictos menos graves, una nueva bula completa la emancipación. El Obispo conserva su jurisdicción disciplinaria y judicial sobre la Universidad, pero se le prohíbe encarcelar preventivamente a los maestros y estudiantes acusados o sospechosos, y se les admite fianza. A la vez, se obliga al Canciller a demoler la casa que había levantado.

Al mismo tiempo, otra brecha se abre en su autoridad, ya bien desmantelada. Era el Obispo, o en su nombre el Canciller, el que confería la «dignidad de maestro» o la «licencia» para enseñar. En lo sucesivo no deberá dar estos títulos sino a los candidatos que haya declarado aptos un tribunal de profesores. Además, se había puesto fin a su monopolio de la colación de grados. En la orilla izquierda, el abad de Santa Genoveva, que era señor de un vasto territorio, tenía también el derecho de conferir, en su terreno, títulos de maestro y licencias. Cuando las escuelas hubieron pasado en gran número el Petit-Pont y extendido sus muchedumbres por la orilla izquierda, se vieron sometidas a la jurisdicción del abad. Muy naturalmente, le pidieron grados. Los confirió, pero no fueron reconocidos por el Canciller de Nuestra Señora. La bula de 1222 le obligaba a reconocerlos.

Así emancipada del rey y del obispo, no dependiendo

ya casi más que del Papa, la democracia universitaria, esparcida, sin lugares fijos, sin edificios especiales, por la Cité y por la montaña de Santa Genoveva, se organiza interiormente y se da poco a poco la forma en que ha de vivir durante siglos. Espontáneamente, se ha visto, se habían juntado los maestros según la comunidad de sus estudios. Estas agrupaciones, al estrecharse, vinieron a ser las Facultades; la Facultad de Artes, la más numerosa de todas; la Facultad de Derecho canónico, la de Medicina y la de Teología. En la Facultad de Artes se habían formado otras agrupaciones, según el origen de los maestros y de los estudiantes. Estas fueron las *naciones*. Había cuatro: la nación de Normandía, comprendiendo normandos y bretones; la de Picardía, picardos y valones; la de Inglaterra, que cambió de nombre en la guerra de Cien años y vino a ser nación de Alemania, alemanes, ingleses, suecos; por último, la de Francia, comprendiendo los franceses de los obispados de París, Bourges, Sens, Tours y Reims, y todos los universitarios de raza latina.

Cada nación tenía su *procurador*, elegido por ella, y encargado de defender sus intereses. Más tarde, cada Facultad tuvo su *decano*, igualmente elegido por ella. Por último, desde 1245, las cuatro naciones de las Artes se nombraron un jefe temporal, el *rector*, elegido por unos cuantos meses y que no tardó en ser el jefe de toda la cofradía universitaria. La elección era de dos grados. En el primero, los delegados de las cuatro naciones de las Artes y de las otras Facultades se reunían en una iglesia, unas veces en la de los Maturinos, otras en San Julián el Pobre, y designaban, por cada agrupación, cuatro electores. Inmediatamente de elegidos, estos grandes electores o *entrantes* se reunían en cónclave y, antes de terminar el día, elegían el rector. Una vez elegido, era éste proclamado solemnemente, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, por su predecesor, y recibía de sus manos, con el birrete puesto, el manto de armiño sobre los hombros, la banda con el saquito de

terciopelo que contenía el sello de la Universidad y la llave de la caja común. Sus poderes duraban poco, pero eran considerables. En los siglos xiv y xv, será un personaje temido. Su papel consistía principalmente en mantener, respecto a todos y contra todos, los privilegios de la Corporación. Podía declarar la huelga general de las enseñanzas, en los casos en que dichos privilegios fueran violados o amenazados.

La Universidad no tenía su casa propia. Cada maestro, libre para enseñar una vez que había obtenido el permiso o licencia, enseñaba donde quería. Cuando una congregación particular, nación o Facultad, tenía necesidad de deliberar, se reunía en un claustro o en el refectorio de un convento. Cuando celebraba sesión la federación entera, se reunía en una iglesia, las más de las veces en los Maturinos o en San Julián el Pobre. De esta última iglesia partía, en la fiesta de Lendit, con el rector a la cabeza montado en una mula, la interminable procesión de la Universidad que iba a Saint-Denis a comprar los pergaminos.

A mediados del siglo xiii aparecieron los colegios. No fueron al principio casas de enseñanza, sino casas hospitalarias. Entre la muchedumbre de estudiantes venidos de todas las partes del mundo civilizado, había estudiantes ricos, pero la mayor parte eran pobrísimo. Muchos, hambrientos, mendigaban el sustento, dormían en cuevas o bajo los pórticos de las iglesias, o para estudiar leían los misales encadenados detrás de las celosías de hierro, a la puerta de las iglesias, o los manuscritos expuestos en las tiendas de los libreros jurados de la calle Saint-Jacques. En beneficio de algunos de ellos se abrieron ciertos colegios, en los que encontraron lecho, sitio para estudiar y comida. Los primeros fueron creados por extranjeros y para extranjeros: daneses, suecos y otras gentes del norte. Pronto se fundaron otros, por elevados personajes, para los estudiantes pobres de sus diócesis o de sus provincias, los de los Bernardinos, los Premostatenses, de Cluny, de Harcourt, de Navarra, de Bayeux,

del cardenal Lemoine, de Presles, de Narbona, del Plessis, de Marmontier, de Cornuailles, de Arras, de Borgoña, de Tours, de los Lombardos, de Lisieux, de Dormans, de Autun, etc.

En un principio, los estudiantes vivían en ellos como en la posada, bajo la autoridad de un *principal*, jefe de la casa, e iban a la calle del Fouarre o a la de la Bûcherie a las escuelas de los maestros. Poco a poco, éstos, sobre todo los de la Facultad de Artes, abandonaron sus viejas calles y fueron a establecerse a los colegios. Sin dejar de ser casas hospitalarias, éstos vinieron a ser, por tanto, casas de enseñanza, que acabaron por tener cada una un cuadro completo de maestros o regentes, y formar así pequeñas colectividades en la república federativa de la Universidad. Poco a poco, el carácter de los colegios se modificó. Los becarios, objeto de las fundaciones, siguieron siendo el núcleo de ellos, pero a su alrededor hubo otros estudiantes, pensionistas y externos. En calidad de los primeros, *camaristas*, jóvenes ricos que tenían preceptores particulares, habitaciones especiales y que comían a sus expensas; *racionistas*, que pagaban pensión por el dormitorio y la mesa común. En calidad de externos, *martinets*, así llamados por su genio vagabundo, estudiantes novilleros, que casi no aparecían por el colegio más que para sacar las certificaciones necesarias en el momento de los exámenes; por último, *galoches*, estudiantes aficionados, que como tales se hacían viejos. En aquellos colegios de las artes, la disciplina era dura. El látigo era usado, y uno de los agentes a las órdenes del principal estaba encargado de administrarlo...

Entre los colegios del siglo XIII el de la Sorbona merece mención especial. Fue fundado por un piadoso personaje, Roberto de Sorbon, para dar albergue «a dieciséis pobres maestros de artes, aspirantes al doctorado en Teología». A más de su fin caritativo y piadoso, su fundador se proponía perpetuar la estirpe de los teólogos seculares que el éxito de las Ordenes mendicantes parecía amenazar. Asilo de teólogos en un principio, la Sorbona, reedi-

ficada y ensanchada más tarde por Richelieu, siguió siendo, durante toda la historia de la Universidad de París, una casa de teólogos, y no fue otra cosa. Únicamente por sus disputas teológicas, por sus sentencias doctrinales, llegó a ser más tarde la casa más célebre de la Universidad.

Esos siglos de la Edad Media, el XIII, el XIV y el XV, fueron para la Universidad de París un período de incomparable esplendor y de increíble poder. Democracia batalladora, emancipada del rey, emancipada del obispo, sometida solamente a la autoridad muy lejana del Papa, altanera, arrogante, firme en sus derechos y privilegios, ardiente en la disputa, ardiente en la acción, penetrada del sentimiento de su fuerza, la república escolar de París se hace temer sucesivamente de los poderes que la habían libertado. Es un poder en el Estado y no descuida ninguna ocasión de hacerlo sentir. Interviene en todas las querellas públicas, pronunciándose unas veces por el Papa, otras por el rey. Así, a principios del siglo XIV, se declara en mayoría por Felipe el Hermoso contra Bonifacio VIII. Más tarde, será partidaria de los Borgoñones contra los Armagacs. Llegará a dirigir mediante sus embajadores los Concilios de Pisa y de Constanza, y a pretender, en los días del Cisma, ser árbitra del Papado, pronunciándose acerca de las pretensiones rivales a la herencia de San Pedro.

Louis Liard, *L'Université de Paris*, París, H. Laurens, éditeur, 1909.

VI.—La Ciencia en la Edad Media.

En el siglo IV, cuando las tinieblas se espesaban ya en el Occidente latino y cuando se pensaba en reducir todo lo posible el bagaje que se trataba de salvar del naufragio, se volvió de nuevo a las ideas pitagóricas. Marciano

Capela, Boecio, y a ejemplo de ellos los primeros maestros de las escuelas claustrales, adoptaron una tabla de las siete artes liberales, distribuídas en dos grupos, el *trivium* y el *quadrivium*, a saber:

TRIVIUM.—La *Gramática*, la *Retórica*, la *Lógica*.

QUADRIVIUM.—La *Aritmética*, la *Geometría*, la *Astronomía* y la *Música*.

El *quadrivium* era la enciclopedia matemática, tal como podía concebirla un discípulo de Pitágoras. Era el conjunto de la ciencia o de las ciencias por excelencia, de las únicas que debían, hasta el advenimiento de los tiempos modernos, merecer realmente el nombre de tales. Pero es necesario, para que el cultivo de las ciencias resulte verdaderamente fecundo, un soplo vivificador, un genio inventivo, un instinto que participe del del artista y el del poeta. He aquí lo que los griegos tuvieron, lo que los modernos han vuelto a encontrar, lo que la tradición romana no podía infundir a la Edad Media.

Cicerón lo ha dicho con su precisión habitual: «Los griegos no han puesto nada por encima de la Geometría, lo cual hace que la celebridad de sus matemáticos sea incomparable. Hemos, por el contrario, limitado este arte a lo que tiene de útil, para proporcionar ejemplos de razonamientos y para tomar medidas». En la Roma imperial, el nombre de *matemático* no designaba ya casi más que a los adeptos de una ciencia oscura con ayuda de la cual se hacían predicciones y se obtenían horóscopos. De aquí resultó que, no obstante la especie de renacimiento pitagórico que había precedido al eclipse total de los estudios, la tradición romana, que había venido a ser la tradición monástica o clerical, no permitió a las matemáticas ocupar el lugar que habrían tomado verosíblemente si la civilización griega se hubiera comunicado a Occidente sin intermediario. El espíritu humano careció, en la Edad Media, de esta disciplina más firme y, por decirlo así, más viril, de esta escolástica no menos sutil y penetrante, pero más sustancial y segura, que ha-

bría podido reprimir el abuso o los extravíos de otra escolástica.

La Edad Media no hizo progresar, pues, en modo alguno la geometría, tal como los griegos la habían concebido. Apenas conservó sus primeros elementos; pero por compensación recogió algunos inventos capitales, de origen oscuro, que la Europa latina no ha conocido claramente sino por su comercio con los árabes, a saber, la geometría de posición, la trigonometría y un álgebra muy diferente de la nuestra, aun cuando la nuestra hubiera de salir de ella. Monjes, médicos, mercaderes fueron los depositarios o los propagandistas de estos secretos, salidos de un mundo infiel, y que permanecieron extraños a la enseñanza hasta una época enteramente moderna.

En materia de astronomía, la Edad Media tenía en el *Almagesto* o en la «gran composición» de Ptolomeo lo que tanto quería, un libro canónico, un sistema consagrado por la autoridad de un autor antiguo, de un gran legislador científico. Allí donde la mayoría de los hombres no pueden adherirse ni a la autoridad dogmática de un cuerpo sacerdotal, ni a la de las corporaciones sabias, es preciso que se atengan a la autoridad de un fundador de escuela. Ahora bien, la Edad Media carecía de academias, y la Iglesia tenía la discreción de no definir sino en cierta medida el dogma astronómico. Era preciso, pues, que se tuviera la autoridad de un escritor antiguo, y Ptolomeo era para los cristianos de Occidente, como para los árabes y los tataros convertidos al Islam, el Aristóteles de la astronomía. Los perfeccionamientos de pormenor que éstos aportaron a la doctrina del maestro no tocaban al fondo del sistema. Por otra parte, la concepción del mundo y del lugar del hombre en el mundo, tal como resultaba de la enseñanza de los astrónomos alejandrinos, si concordaba bastante mal con las imágenes y las fórmulas populares de la predicación cristiana, no tenía nada que no conciliara muy bien con una teología sabia. El mundo de Ptolomeo se parecía a una máquina, a un reloj de catedral, y la idea del reloj, de su inalterabilidad y perfecta

precisión, se ajusta a maravilla con la idea de la unidad y de la personalidad del relojero, de su omnipotencia y de su sabiduría infinita. La alianza íntima, sellada entre lo visible y lo invisible, entre Dios y el hombre, pesaba menos sobre la razón, cuando la tierra en que el hombre reina era, aun para el filósofo y el sabio, el centro y el fin de la arquitectura del mundo.

Fuera de la enciclopedia matemática o del *quadrivium* pitagórico, la forma científica, propiamente hablando, no encontraba a qué aplicarse, no más entre los occidentales de la Edad Media que entre sus antecesores en la ciencia, los griegos y los árabes. No hay que confundir la ciencia y los conocimientos. Un montón de hechos recogidos y de observaciones registradas no es todavía una ciencia, como tampoco un rebaño de hombres es un ejército, y si el tesoro de los conocimientos aumenta sin cesar con el tiempo, hay que esperar a veces durante siglos a que alumbre una idea para que la ciencia haga realmente progresos. En Geografía, por ejemplo, los europeos habían adquirido desde Marco Polo, y sobre todo a consecuencia de su trato con un pueblo tan navegante y comercial como los árabes, multitud de conocimientos que no tenía el más sabio de Roma, de Alejandría y de Atenas, de suerte que Ptolomeo debía parecerles mucho más atrasado en materia geográfica que en Astronomía; pero de todas las partes de la enciclopedia geográfica que comprenden el conjunto de los conocimientos acerca de la configuración, la estructura, la historia del globo terrestre y de las fuerzas que en él se despliegan en grande, sólo casi la Geografía matemática debía llamarse ciencia, y desde Ptolomeo esta ciencia no se había movido. Lo mismo ocurría con la Física. Algunas adquisiciones nuevas no cambiaron, en la Edad Media, el plan de la ciencia tal como los griegos le habían concebido. Podía darse con los cristales de anteojos o aun medir el poder refringente de los cuerpos transparentes, sin variar en sus fundamentos la ciencia óptica, sin que dejara de ser, como en la época de Ptolomeo y hasta el siglo xvii, una

aplicación de la Geometría más bien que una rama de la Física tal como la entendemos al presente.

*
* * *

Tratadas a la manera de los antiguos, la *Gramática*, la *Retórica*, la *Lógica*, esas tres ramas del *trivium* de los enciclopedistas de la decadencia, o esas tres bases del primer piso del edificio didáctico de la Edad Media, tenían por otra parte muchas relaciones entre sí. El retórico trata del estilo y de las figuras de estilo o de pensamiento, lo que concierne a las figuras de palabras, a los tropos y a la organización del lenguaje. Por otra parte, trata desde su punto de vista del método, de la división, de la ordenación del discurso, de los argumentos, de las pruebas y de las refutaciones, lo cual entra por completo en la *Lógica*. En cuanto a las relaciones entre la *Gramática* y la *Lógica*, no son menos evidentes. La *Gramática*, que se quiere refinar en teoría y por vía de abstracción, más bien que por el estudio de los orígenes y de la filiación de los idiomas, se encamina a la *Lógica*, como lo muestran los procedimientos de *análisis lógico* llevados en nuestros días hasta las más humildes escuelas. Los pequeños tratados de las *Categorías* o de los *Predicamentos* que sirven de introducción a la *Lógica* de Aristóteles, y de los que ha salido toda la filosofía de la Edad Media, entran en el mismo orden de ideas y pueden también ser considerados como un apéndice de la *Gramática*.

Precedido de tal introducción y modificado por los recopiladores alejandrinos y latinos de la decadencia, el tratado de *Lógica*, el *Organon* de Aristóteles, era, en el momento de los primeros ensayos de restauración de los estudios en Occidente, todo lo que se conocía de la Enciclopedia del Estagirita. No hay en él nada de metafísica, ni siquiera de filosofía. Cuando se limita uno a las *Pri-*

meras Analíticas, como lo hacían comúnmente los lógicos de la Edad Media, la lógica de Aristóteles, es decir, una teoría del silogismo fundada en la clasificación de las categorías y en la doctrina de las definiciones y de las combinaciones, se parece mucho a un capítulo de Álgebra, tiene caracteres científicos. Si esta lógica puramente formal y formalista no supone los desenvolvimientos y los progresos de que una ciencia tal como la Geometría o el Álgebra es susceptible, figura al menos como un islote que ofrece abrigo seguro a los espíritus zanzanados en el océano cambiante de las opiniones filosóficas.

He aquí cómo, en nuestra Europa occidental, la ciencia ha precedido a la metafísica y tratado desde el origen de encerrarla en un marco científico. Las más vivas disputas de los filósofos de la Edad Media han recaído sobre cuestiones de lógica o pueden referirse a ellas. A medida que los tratados de Física y de Metafísica de Aristóteles han llegado a conocimiento de los cristianos de Occidente y han sido en las escuelas objeto de glosas, de resúmenes o de comentarios, se han podido aplicar los procedimientos de argumentación técnica y formalista con los que se estaba familiarizado por el análisis minucioso de la Lógica peripatética. El todo se ha llamado la *escolástica*, palabra bien elegida, puesto que nada se prestaba mejor a la disputa y a los ejercicios de la escuela. La escolástica es, si se quiere, el abuso de las formas científicas en un orden de especulaciones que difiere de la ciencia por caracteres esenciales. Su reinado no atestigua menos el giro científico que, desde el origen, tiende a tomar el trabajo de los espíritus en el seno de nuestra civilización europea.

* * *

Aun después que el conocimiento más completo de la enciclopedia de Aristóteles hubo puesto otra vez en boga, en las Universidades, la división de la Filosofía en Ló-

gica, Moral, Física y Metafísica, se siguió hablando de las *siete artes liberales*, del *trivium* y del *quadrivium*. Componía el conjunto la *Facultad de las artes*, que servía de introducción común a otras *Facultades*, a otros estudios más especialmente encaminados a un fin profesional. Se quería ser eclesiástico, llegar a los beneficios y a las prelaturas, lo cual exigía que se supiera la Teología y el Derecho canónico, es decir, el derecho que aplicaban los tribunales eclesiásticos y la cancillería romana. Se quería aconsejar al rey o a sus barones en sus pleitos, y se trataba de poseer el Derecho *civil*, es decir, las recopilaciones justinianas otra vez en boga, restablecidas en su autoridad jurídica, y ya trabajadas de nuevo por otra legión de glosadores y de intérpretes, o el derecho feudal, tal como se había dictado en latín por príncipes alemanes que se consideraba ser los sucesores de los emperadores romanos, porque los Códigos bárbaros se habían olvidado, y en cuanto al derecho consuetudinario escrito o comentado en lengua vulgar, pertenecía a la práctica y no a las enseñanzas de las escuelas: Por último, se quería ser médico y había que poder argumentar en latín acerca de las teorías que se habían forjado los médicos de la antigüedad y sus comentadores árabes. De aquí las *Facultades de Teología*, de *Derecho canónico y civil*, de *Medicina*, respecto a las tres *Facultades* reputadas liberales por excelencia, en cuanto suponían el estudio previo de las artes liberales. El conjunto componía el sistema de las *cuatro Facultades*. Sólo más tarde se substituyó en las escuelas del Norte la *Facultad de las Artes* por una *Facultad de «Filosofía»*, según la distinción que Santo Tomás había establecido en sus dos *Summas* entre la *Filosofía* o ciencia profana y la *Teología* o ciencia sagrada. Por último, en nuestros días únicamente se ha dividido en Francia la *Facultad de Artes* en *Facultad de Letras* y *Facultad de Ciencias*, lo cual es un modo de volver a la antigua distinción del *trivium* y del *quadrivium*.

Muchas gentes atribuyen a nuestro siglo el mérito o la

falta de preferir las Ciencias a las Letras. Este mérito o esta falta se remonta efectivamente hasta el régimen escolástico de la Edad Media, puesto que está claro que las artes del *quadrivium* son las ciencias, que las del *trivium* pueden ser estudiadas teórica o científicamente, y que la enseñanza del *trivium* en el latín didáctico, bárbaro, universalmente usado en los colegios de artes, no tenía nada que se prestase a una cultura poética y literaria. Los musulmanes de España eran a la vez más sabios y más literatos; más sabios en cuanto perfeccionaban la ciencia legada por los antiguos, más literatos en cuanto entre ellos los doctos y los espíritus finos no habían abandonado, por una literatura artificial, la lengua y la literatura nacionales.

Como la mayor parte de los clérigos de la Edad Media eran gentes de Iglesia, resultaba lo más natural que aplicasen a la enseñanza de las cosas religiosas el código de procedimiento lógico debido al legislador de las escuelas. De aquí las *Sumas teológicas* sustituidas a las apologías, a los comentarios de los textos sagrados y a la elocuencia, a veces declamatoria, de los primeros siglos cristianos. La Iglesia, representada por los Papas y por los Concilios, ha dudado algún tiempo antes de admitir en sus escuelas la disciplina peripatética. Debía parecerle duro sufrir en este punto la autoridad de un filósofo pagano, o más bien de un puro naturalista, extraño a toda fe religiosa, comentado por sectarios del profeta árabe. Pero después que los grandes trabajos de los teólogos del siglo XIII hubieron dado a la escolástica cristiana su forma definitiva, la Iglesia no la ha abandonado. No ha hecho más que resumirla para ponerla al alcance de la debilidad de las generaciones nuevas.

Lo que acaba de decirse de la enseñanza de la Teología puede aplicarse a la enseñanza del derecho eclesiástico o pontificio, tan íntima era la unión entre los teólogos y los canonistas. Había, por el contrario, guerra declarada entre los profesores de Derecho civil (los *romañistas*, como se diría hoy), todos gibelinos o galicanos

por inclinación, partidarios del poder civil, defensores del Estado o del príncipe, y los teólogos y los canonistas, enteramente devotos del poder eclesiástico.

La Medicina se acerca más a las condiciones de ubicuidad y de permanencia que corresponden a la Ciencia propiamente dicha. Pero, por otra parte, no se presta gran cosa a la sequedad del formalismo escolástico, y por las necesidades mismas de su profesión, los médicos de la Edad Media estaban especialmente llamados a comenzar el trabajo de instauración de las Ciencias físicas y naturales. Por tanto, si en la Edad Media, lo mismo que en la antigüedad griega, la Física especulativa era considerada como una rama de la Filosofía, las aplicaciones pasaban por ser del dominio de la práctica médica. De donde procede que en inglés se llame todavía al médico *físico* y al farmacéutico *químico*, mientras que la Física y la Química especulativas se consideran ramas de la *Filosofía natural*.

M. Cournot, *Considérations sur la marche des idées*, París, Hachette, 1872, tomo I.

VII.—La Filosofía de la Edad Media.

El Agustínismo.

San Agustín nos ofrece un ejemplo maravilloso de la fascinación ejercida sobre el espíritu cristiano por una metafísica absolutamente extraña a su inspiración propia y a sus móviles. Agustín era cristiano, nadie puede dudarle. Culpable perdonado, quiso atestiguar agradecimiento al autor de su salvación, y así amaba a Dios. Pero, ¿cómo amar al Dios cuya imagen ha trazado? Ese Dios crea con el fin de manifestar sus propias perfecciones. Es justo y caritativo, pero su justicia y su caridad no podrían desplegarse en el mismo objeto. Para que

aparezca la justicia divina es preciso que haya condenados, la eternidad del mal moral y del castigo del mal constituye una condición indispensable de la perfección del mundo. Sin infierno, el mundo no sería digno de Dios. Para dar ocasión a su misericordia, es preciso que entre los pecadores, justos objetos de las divinas venganzas, aun cuando sean necesariamente pecadores, puesto que sin ello la obra de Dios resultaría frustrada, es preciso, digo, que entre los pecadores, todos igualmente dignos de una desgracia eterna, haga gracia arbitrariamente a algunos y los colme de felicidades, sin que haya en ellos razón alguna para distinguirlos de los demás. Sin dejar de hacer alabanzas de la ortodoxia de San Agustín, la Iglesia romana ha retrocedido ante estas doctrinas; pero los reformadores y los jansenistas han abundado en ellas... ¿Cómo poner de acuerdo una teología semejante con las palabras de San Juan: *Dios es amor*? ¿Cómo no ver en esta idea de la necesidad del mal un resto del maniqueísmo al que San Agustín se había afiliado en su juventud? ¿Cómo no reconocer los influjos neo-platónicos en la concepción metafísica de que esta teología es un corolario: la idea de que siendo el mundo la imagen del Sér perfecto en la imperfección esencial a todo lo que no es ese Sér mismo, encuentra su perfección en realizar todos los grados posibles de perfección relativa, y, por consiguiente, de imperfección? El mal moral se nos presenta como uno de esos grados, un efecto, una forma del no sér; pero este carácter privativo, esta irrealidad del mal moral, mediante la cual San Agustín trata de paliar las enormidades de su doctrina, ¿no es todo lo más contrario que cabe imaginar al sentimiento cristiano? ¿Pues qué, Jesús habría muerto en la cruz para librarnos de algo que no es nada?... ¿Cómo odiar lo que no existe? El mundo que San Agustín concibe correspondiendo a las perfecciones divinas es una abstracción de la inteligencia de bastante dudoso valor metafísico, evidentemente inspirada por un interés lógico, estético, y completamente extraño al orden moral en que el cristianismo está arraigado.



Platónicos.

La escuela cuyas teorías especiosas habían deslumbrado al gran obispo de Libia, el platonismo interpretado por Alejandría, domina sólo en los pocos pensadores con que se iluminan a largos intervalos los tiempos bárbaros. El pensamiento platónico inspira todavía a los filósofos de los primeros siglos de la Edad Media, período durante mucho tiempo desconocido, en que el progreso de los estudios históricos testifica con alguna sorpresa una actividad intelectual enérgica y varia. Entonces fue cuando Anselmo planteó el problema de la escolástica: «Estimo que, después de haber sido confirmados en la fe, seríamos culpables al no tratar de comprender lo que hemos creído». En vano Abelardo objetó que habría que probar primeramente la verdad de las doctrinas propuestas a la creencia; la necesidad de una apología semejante era poco sentida en un siglo en que la fe parecía universal, y la tentativa de establecerla habría tenido poco alcance en tanto las objeciones no gozaban libertad para producirse. Anselmo añadió el ejemplo al precepto en sus demostraciones de la existencia de Dios y en su teoría de la salvación por Jesucristo. Más profundamente que el mismo Agustín, hizo entrar en la concepción general del cristianismo elementos antipáticos a lo que constituye su inspiración fundamental, por lo menos si no nos engañamos pensando que el cristianismo tiene por objeto el cumplimiento del destino humano por la realización del bien moral. Según una doctrina en que millones de almas han encontrado el consuelo y que ha escandalizado profundamente a millones de almas, la justicia divina exige penas infinitas por una culpa cualquiera de sus débiles criaturas. La culpa es una deuda, la pena un precio, un arreglo que nuestro acreedor reclama; pero, siempre que el total le sea pagado, que el *quantum* de dolor se haya su-

frido, Dios queda satisfecho y no importa quién lo haya sufrido. Por esto, caritativo, el Hijo ha venido a sufrir en nuestro lugar. Por lo tanto, no hay que hacer remontar hasta Platón esta concepción de la justicia, que tan hondamente ha turbado la conciencia de los pueblos modernos, sino a las leyes de los pueblos bárbaros, en vigor en tiempo de Anselmo, en que la noción de la pena y la de la deuda civil eran confundidas, rescatándose todos los delitos mediante el pago de una suma de dinero determinada. Jesús ha pagado nuestra «composición».

Aquella época vió florecer la escuela mística de San Víctor de París, cuya psicología sutil cuenta y describe los grados que recorre el alma fiel en su ascensión hacia el amor infinito: cristianismo enteramente interior, en que el sacerdocio y los sacramentos materiales ocupan poco lugar, y cuyo método se basa en el principio de que la fidelidad del corazón y de la conducta a la verdad ya conocida es indispensable al progreso en la verdad. Estas doctrinas de la vida interior se han mezclado con la enseñanza católica. La han hecho durar, dándola poder sobre la conciencia; pero en el fondo contradicen las verdaderas tendencias de la religión sacerdotal, que hace de la salvación una exención de penas, un seguro de felicidad futura independiente de las disposiciones del fiel y que permite a éste descargar en el sacerdote toda inquietud sobre su suerte venidera, mediante una obediencia más o menos estrictamente exigida según las circunstancias de tiempo y lugar. Esta gran línea del catolicismo fue definitivamente fijada por Pedro Lombardo, que tomó parte importante en el acabamiento del dogma, completando la lista de los sacramentos. En su *Libro de las Sentencias*, las cuestiones teológicas se disponen en un orden metódico, con la opinión de los principales doctores acerca de cada una de ellas, y las conclusiones del autor. Nadie ignora que este texto capital fue cien y cien veces comentado en la escuela, cuya enseñanza se constituyó de algún modo bajo esta forma. Algunos de los más grandes monumentos de la Edad Media son comen-

tarios de Lombardo. Contrariando las aspiraciones de una espiritualidad peligrosa, Pedro asentó firmemente el valor y la necesidad de los ritos materiales, de los sacramentos, establecidos por Dios mismo, para condescender con nuestra naturaleza y llenar nuestra vida, sin apartarla de su supremo objeto. Por la importancia de los sacramentos se miden la representación y la dignidad del sacerdote, único que tiene calidad para administrarlos. La teología del sabio prelado iba toda ella a la exaltación del sacerdocio. Tal es la explicación natural de su incomparable éxito.

San Anselmo planteó el problema en cuya solución había de consumirse el pensamiento de la Edad Media. Pedro Lombardo fijó la forma de esta investigación...

Aristóteles y el tomismo.

Cuando las versiones latinas de Aristóteles y de los árabes, sus comentaristas, empezaron a extenderse, no puede dudarse que la abundancia de las noticias, verdaderas o falsas, que aportaban acerca de las cosas de la naturaleza, haya sido una de las causas principales de la gran solicitud con que se acogieron. Así vemos al gran Alberto, fundador de la escolástica peripatética, reanudar el estudio de las Ciencias naturales, con más celo, es verdad, que método. Nuestras campañas han conservado el recuerdo de su prodigioso saber. Sin embargo, desde un principio, los discípulos cristianos del peripatetismo buscaron en él y creyeron encontrar nuevos medios de satisfacer el programa un poco complicado de Anselmo: comprender, sistematizar, demostrar el objeto de la fe...

...David de Dinant, una de las primeras víctimas de la unidad romana, apelaba mucho a Aristóteles. A la influencia de Aristóteles atribuyen sus jueces el origen de un panteísmo que habría podido deducir más directamen-

te de otras partes. Traducidas al latín desde principios del siglo XII, merced al celo de un arzobispo de Toledo, las obras de Aristóteles y las de sus comentaristas sarracenos fueron acogidas con avidez en la Facultad de Artes de París. Aristóteles, interpretado por Averroes, llegó a ser para gran número de doctores de París la autoridad suprema, irrecusable, el *Filósofo*, idéntico a la razón misma. Los primeros peripatéticos franceses manifestaron audazmente el desacuerdo entre el dogma y el pensamiento del filósofo, no temiendo añadir que la doctrina de la Iglesia abunda en errores. Esta actitud tuvo por resultado natural la prohibición de leer la Física y la Metafísica del sabio macedonio. La prohibición no fue respetada, cosa que era también muy natural. Aun los mejores cedían a la curiosidad, y entre los consejeros más autorizados de la Santa Sede, Aristóteles encontró muy pronto defensores. Por eso, a la prohibición primitiva se dió ya, en 1231, forma menos absoluta. Gregorio IX mantuvo entonces y renovó la prohibición de estudiar los textos sospechosos «hasta que hubieran sido corregidos y expurgados». Esta operación singularmente delicada no se realizó nunca de una manera oficial. Pero estando vigentes estas prohibiciones, que rigurosamente no se aplicaban más que en la diócesis de París, dominicos muy afectos a la Santa Sede y que poseían toda su confianza, en Colonia Alberto de Bollstaedt, en Roma su discípulo Tomás de Aquino, siguieron comentando asiduamente los textos prohibidos, que se esforzaban en interpretar dentro de un sentido ortodoxo doquiera podía hacerse, sin vacilar en combatirlos y condenarlos en los puntos en que no podía disimularse el desacuerdo. Sus obras, especialmente las de Santo Tomás, que han adquirido en la Iglesia autoridad soberana, oficialmente consagrada hoy, pueden considerarse, por tanto, como el equivalente de la corrección prometida...

Santo Tomás, discutido, combatido, refutado quizá en otro tiempo por genios iguales, si no superiores al suyo, no por eso deja de ser hoy el representante de toda la

Escuela. Recordemos, en pocas palabras, los puntos principales de su filosofía.

Y en primer lugar, en la manera como concibe el fin de la vida, Tomás es francamente griego, discípulo de Aristóteles y de Platón. San Pablo escribe: «Aun cuando conociera todos los misterios del saber de todas las cosas, si no tengo caridad, no soy nada». San Juan nos enseña que Dios es amor, y Jesús dice a sus discípulos: «Sed mis imitadores». La tendencia del cristianismo es enteramente práctica, su ideal es la perfección de la voluntad, no hay para él nada más allá. Para Santo Tomás hay algo más allá. No resumiéndose en Dios, no dice que Dios se absorbe en la ciencia de sí mismo. No lo cree probablemente, pero la lógica le obligaría a confesarlo, porque su noción del soberano bien es puramente intelectual, es el conocimiento de Dios, la intuición perfecta de Dios, que la Teología designa con el nombre de visión beatífica: «*Naturaliter inest omnibus hominibus desiderium cognoscere causas; prima autem causa Deus est. Est igitur ultimus finis hominis cognoscere Deum*».

Sin dejar de disertar descansadamente acerca de los atributos divinos, Tomás sabe bien que no podemos conocer a Dios de una manera adecuada, y no obstante necesitamos ordenar el conjunto de nuestros pensamientos y de nuestras creencias acerca de esta idea que no tenemos. Con propósito deliberado, Tomás busca un sustitutivo de ella en un antropomorfismo que ha hecho su filosofía accesible al vulgo, y que por eso debe haber contribuido en gran parte a su maravilloso éxito. No conocemos a Dios más que en sus obras. Desde luego, de la más perfecta de sus obras hemos de ayudarnos para formarnos idea de sus perfecciones. Necesitamos, pues, concebir a Dios según la analogía del espíritu humano.

Esta conclusión coloca la teología de Santo Tomás bajo la dependencia de su psicología, la cual, a juicio de los panegiristas más cuidadosos de asentar la independencia filosófica de este doctor, es fundamentalmente peripatética. Cualesquiera que sean los esfuerzos dirigidos a co-

regir las conclusiones de Aristóteles inconciliables con la doctrina de la Iglesia, la raíz de este sistema teológico penetra de esa suerte en el helenismo pagano...

El Doctor Angélico era sin duda cristiano. Era piadoso, con aquella piedad de la Edad Media formada de ascetismo y contemplación, que es, a pesar de todo, una forma del cristianismo, puesto que es una forma del amor. Nada se parece menos a la vida de Jesucristo, tal como los documentos más antiguos nos la representan, que la de su discípulo en la *Imitación*. Este libro sostendría sin embargo la actividad práctica de los cristianos más generosos, porque está enteramente penetrado de un amor sincero, al que por desgracia no sabe dar más que estéril aplicación. Tomás toca a la *Imitación* por algunos lados de su teología, pero su espíritu general es diferente: el amor no es el fin a sus ojos, el amor no expresa la naturaleza divina. Todo para él corresponde a la inteligencia. El pensamiento del pensamiento ha fascinado su alma. La última palabra de su teología está dictada por el paganismo...

El Angel de las Escuelas ha triunfado por el poder del peripatetismo, esa religión de los clérigos devotos y de los clérigos incrédulos en el siglo XIII. Ha sido ayudado por la especiosa claridad de su antropomorfismo, por el arte de su exposición y por la superficialidad de sus análisis. Ha sido ayudado por sus contradicciones mismas, que permiten a las opiniones divergentes alegar en su favor algunos pasajes de sus escritos. Su manera cautelosa debía agradar más a la corte de Roma que una filosofía demasiado libre, demasiado fuerte y personal. Por otra parte, había prestado el auxilio de su pluma a las aspiraciones de la Santa Sede a la supremacía absoluta, apoyándose de buena fe en textos cuya autenticidad no defiende ya la misma Roma. Pero el objeto está logrado, la autoridad del Santo queda asentada, y Roma ha mostrado su agradecimiento. La doctrina tomista favorecía por sus conclusiones prácticas la tendencia del poder espiritual, que se apoyaba ya en esta época en las Ordenes religio-

sas, como lo ha hecho constantemente en lo sucesivo. El *Libro de las Sentencias* había adquirido la autoridad casi oficial de un texto clásico porque engrandecía al sacerdote. La moral de Santo Tomás, heredero de esta autoridad, glorifica al monje: las virtudes teologales tal como él las concibe, la vida contemplativa, imagen de la beatitud eterna y única que verdaderamente puede acercarnos a ella, no podrían practicarse más que en el claustro. Esta observación de Ritter es importante. Quizá habría que generalizarla y decir: «El intelectualismo se conforma al espíritu permanente de una jerarquía que trata de justificar su dominación presentando la unidad y la pureza de la doctrina, que pretende garantizar, como el interés religioso por excelencia, al cual todo debe ser sacrificado...»

Habiendo recomendado la suprema autoridad de la Iglesia el estudio y la profesión del tomismo como un remedio para los males de que ese gran cuerpo está afligido, convenía apreciar ante todo esta doctrina en sus relaciones con el espíritu del cristianismo. En cuanto a las que podría sostener con la Ciencia moderna, se nos permitirá ser breves. No hay acuerdo posible entre la Ciencia y una escuela que invoca la cosa juzgada y piensa resolver una cuestión cualquiera por una invocación a la autoridad.

C. Secrétan, *La restauration du thomisme*, en la *Revue philosophique*, XVIII (1884).

VIII.—Las antiguas recetas de plateros y los orígenes de la Alquimia.

El tratado relativo a los metales preciosos que se encuentra en la antigua colección titulada *Mappae clavicularia* (de que se ha conservado un manuscrito del siglo x en Schlestadt), ofrece gran interés, porque en él se ven manifiestas analogías con el papiro egipcio de Leyden, descubierto en Tebas, así como con diversos opúsculos

antiguos, tales como la Química llamada de Moisés. Varias de las recetas de la *Mappae clavícula* están no solamente imitadas, sino traducidas literalmente de las del papiro y de las de la colección de los alquimistas griegos, identidad que prueba sin disputa la conservación continua de las prácticas alquimistas, incluso la de la transmutación, desde el Egipto hasta los artífices del Occidente latino. Las teorías propiamente dichas no han reaparecido en Occidente hasta fines del siglo XII, después de haber pasado por los sirios y por los árabes. Pero nunca habían dejado de conocerse los procedimientos mismos. Este hecho capital resulta sobre todo del estudio de las aleaciones destinadas a imitar y falsificar el oro, recetas de orden alquímico, porque en ellas se encuentra también la pretensión de fabricarlo. Los títulos son en este respecto característicos: «para aumentar el oro, para hacer oro, para fabricar oro, para colorear (el cobre) como oro, hacer oro de muestra, hacer el oro más pesado, doblar el oro». Estas recetas están llenas de palabras griegas que acusan su origen.

En la mayor parte, se trata simplemente de fabricar oro de baja ley, por ejemplo, preparando una aleación de oro y plata coloreada por medio del cobre. Pero el platero trataba de hacerla pasar por oro puro. Este engaño es por otra parte frecuente, aun en nuestros tiempos, en los países en que no se vigila lo bastante. Nuestro oro llamado de cuatro quilates se presta sobre todo a fraudes peligrosos, no sólo a causa de la cantidad considerable de cobre que contiene, sino porque cada gramo de este cobre ocupa más de doble volumen que el oro a que sustituye. Las alhajas de oro de esta ley proporcionan por tanto doble beneficio al defraudador, porque el objeto es más pobre en oro y porque en un mismo peso ocupa volumen mucho más considerable. Tales son los beneficios del platero.

Esta fabricación de aleaciones complicadas, que se hacía pasar por oro puro, resultaba más fácil por la mediación del mercurio y de los sulfuros de arsénico, los

cuales se encuentran continuamente indicados en las recetas de los alquimistas griegos, lo mismo que en la «Clave de la pintura».

Ha existido de esta suerte toda una química especial, abandonada hoy, pero que tenía gran intervención en las prácticas y en las pretensiones de los alquimistas. Aun en nuestro tiempo, un inventor ha adquirido patente para una aleación de cobre y antimonio, que contiene seis centésimas del último metal y que presenta la mayor parte de las propiedades aparentes del oro y se trabaja poco más o menos de la misma manera. El oro alquímico pertenecía a una familia de aleaciones análogas. Los que lo hacían imaginaban por otra parte que ciertos agentes desempeñaban el papel de fermentos, para multiplicar el oro y la plata. Antes de engañar a los demás, se ilusionaban ellos mismos. Ahora bien, estas ideas, esta ilusión, se encuentran igualmente entre los griegos y en la «Clave de la pintura».

A veces el artífice se limitaba al uso de una cementación, o acción superficial, que daba el color del oro a la superficie de la plata, o de la plata a la superficie del cobre, sin modificar dichos metales en su espesor. Es lo que los plateros denominan todavía en la actualidad «dar color». Se limitaban aún a aplicar a la superficie del metal un barniz dorado, que preparaban con hiel de animales o con ciertas resinas, como también se hace en nuestros días.

De estas coloraciones, el operador, guiado por una analogía mística, ha pasado a la idea de la trasmutación, en el pseudo-Demócrito lo mismo que en la «Clave de la pintura...»

La coincidencia de los textos prueba, por tanto, que había cuadernos de recetas secretas de orfebrería, transmitidos de mano en mano por las gentes del oficio desde Egipto hasta el Occidente latino, cuadernos que han subsistido durante la Edad Media y de que nos ha transmitido un ejemplar la «Clave de la pintura».

El conjunto de estos hechos merece llamar nuestra

atención desde el punto de vista de la continuidad y del renacimiento de las tradiciones científicas. En efecto, las ciencias empiezan por la práctica. Se trata en primer término de satisfacer las necesidades de la vida y las exigencias artísticas, que se despiertan tan pronto en las razas capaces de civilización. Pero esta práctica misma necesita inmediatamente ideas más generales, las cuales han aparecido primeramente en la humanidad en forma mística. Entre los egipcios y los babilonios, las mismas personas eran a la vez sacerdotes y sabios. Por eso, las primeras industrias químicas funcionaron al principio alrededor de los templos: el *Libro del Santuario*, el *Libro de Hermes*, el *Libro de Chymes*, todas denominaciones sinónimas, entre los alquimistas greco-egipcios, representan los primeros manuales de esas industrias. Fueron los griegos, lo mismo que en todas las otras ramas científicas, los que dieron a estos tratados una redacción libre de las viejas formas hieráticas, e intentaron deducir de ellos una teoría racional capaz a su vez, por una acción recíproca, de adelantarse a la práctica y de servirla de guía. El nombre de Demócrito, con razón o sin ella, ha quedado unido a estos primeros intentos; los de Platón y Aristóteles han presidido también las tentativas de concepciones racionales. Pero la ciencia química de los greco-egipcios no se ha desembarazado jamás, ni de los errores relativos a la transmutación — errores mantenidos por la idea de la materia primera —, ni de las fórmulas religiosas y mágicas, unidas en otro tiempo en Oriente a toda operación industrial.

No obstante, como la cultura científica propiamente dicha hubiera perecido en Occidente con la civilización romana, las necesidades de la vida han mantenido la práctica imperecedera de los talleres con los progresos adquiridos en la época de los griegos, y las artes químicas han subsistido; mientras que las teorías, demasiado sutiles o demasiado fuertes para los espíritus de entonces, tendían a desaparecer, o más bien a retornar a las antiguas supersticiones. En la «Clave de la pintura»,

como en los papiros egipcios y en los textos de Zósimo, se hace mención de las oraciones que hay que recitar en el momento de las operaciones, y por eso la alquimia ha permanecido íntimamente unida a la magia en la Edad Media, lo mismo que en la antigüedad.

Pero cuando la civilización comenzó a reaparecer durante la Edad Media latina, por el siglo XIII, en el seno de una organización nueva, nuestras razas volvieron a aficionarse a las ideas generales, y éstas, en el orden de la química, fueron restablecidas por los prácticos o más bien encontraron su apoyo en los problemas permanentes planteados por éstos. Así las teorías de la alquimia se han revelado de pronto, con un vigor y un desarrollo nuevos, y su evolución progresiva, al mismo tiempo que perfeccionaba sin cesar la industria, ha eliminado poco a poco las quimeras y las supersticiones de otros tiempos. He aquí cómo se ha constituido en último término nuestra química moderna, ciencia racional establecida sobre fundamentos puramente experimentales. Así la ciencia ha nacido en sus comienzos de las prácticas industriales. Ha cooperado a su desarrollo durante el reinado de la civilización antigua y, cuando la ciencia ha caído con la civilización, la práctica ha subsistido y proporcionado a la ciencia un terreno firme, en el cual ésta ha podido desarrollarse de nuevo cuando los tiempos y los espíritus han vuelto a ser favorables. La conexión histórica de la ciencia y la práctica, en la historia de las civilizaciones, queda así manifiesta; es ley general del desarrollo del espíritu humano.

M. Berthelot, en la *Revue des Deux Mondes*, 1.º de septiembre de 1892.

CAPÍTULO XIV

Civilización cristiana y feudal.

(Continuación.)

PROGRAMA.—*La literatura: troveros, trovadores. Villehardouin. Joinville.*

Las artes. Un castillo, una iglesia románica, una iglesia gótica.

[*Costumbres. Civilización.*]

BIBLIOGRAFÍA

I. La *Historia general de la literatura de la Edad Media en Occidente*, por A. Ebert (trad. del alemán, París, 1883-1889, 3 volúmenes) no llega más que a principios del siglo XI, y hay que recurrir, para los tiempos posteriores, a obras especiales.—Para la **Historia de la literatura en latín**, véase un breve inventario, el único que existe, de A. Grober, en el tomo II del *Grundriss der romanischen Philologie*, Strasburgo, 1893-1894. Véase también la *Bibliografía* del capítulo IV de esta obra.—El *Grundriss der germanischen Philologie*, publicado bajo la dirección de H. Paul (Strasburgo, 1891-1893, 2 tomos en 8.º) contiene una breve exposición de la **Historia de las literaturas germánicas** (gótica, nórdica, alemana, inglesa, etc.)—El *Grundriss der romanischen Philologie*, que sigue publicándose bajo la dirección de A. Grober, contendrá una exposición análoga de la **Historia de las literaturas romances** (francesa, provenzal, catalana, española, portuguesa, etc.)—La mejor **Historia de la literatura francesa**

en la Edad Media es al presente (1) la de M. G. Paris: *La littérature française au moyen âge*, París, 1890, 2.^a edición, que contiene una bibliografía completa (2).—Para la historia de la literatura **inglesa**: J. J. Jusserand, *Histoire littéraire du peuple anglais, des origines à la Renaissance*, París, 1895.—Para la Historia de la literatura **alemana**: W. Scheerer, *Geschichte der deutschen Litteratur*, Berlín, 1891, 6.^a edición; A. Bossert, *La littérature allemande au moyen âge*, París, 1894, 3.^a edic.—Para la Historia de la literatura **italiana**: A. Gaspary, *Geschichte der italienischen Litteratur*, Berlín, 1885-1888, dos volúmenes; A. d'Ancona y O. Bacci, *Manuale della letteratura italiana.*, I, 1. Firenze, 1892.—Para la Historia de la literatura **en griego**, véase el cap. III (3).

La **Historia de la escritura** se enlaza, si se quiere, con la de la literatura. Véase: M. Prou, *Manuel élémentaire de paléographie latine et française*, París, 1892; W. Wattenbach, *Das Schriftwesen im Mittelalter*, Leipzig, 1875; C. Paoli, *Programma scolastico di paleografia latina*, Firenze, 1888-1894, 2 tomos.

En los *Grundriss* de A. Grober y de H. Paul se trata sumariamente de la **Historia del Arte** en la Edad Media. Pero se leerán con gusto libros de mayor amplitud.

Existen grandes obras originales, lujosamente ilustradas, relativas a la Historia del Arte en la Edad Media,

(1) Hay en preparación una «Historia de la literatura francesa», escrita en la misma forma que la *Historia general desde el siglo IV a nuestros días*. Se publicará bajo la dirección de M. Petit de Julleville.

(2) Algunas monografías importantes han aparecido desde 1890. De las más es la de J. Bédier, *Les fabliaux*, París, 1895. Acerca de Villehardouin y Joinville, especialmente designados en el programa, véase G. Paris y A. Jeanroy, *Extraits des chroniqueurs français*, París, Hachette, 1892, y L. Petit de Julleville, *Extraits des chroniqueurs français du moyen âge*, París, 1895. Véase H.-Fr. Delaborde, *Jean de Joinville et les seigneurs de Joinville*, París, 1894.

(3) No hay que decir que existen gran número de tratados generales acerca de la Historia de cada una de las literaturas nacionales, y que entre ellos los hay excelentes. No indico aquí sino los de más fácil manejo.

cuya lectura no podría recomendarse a los principiantes, pero que hay que conocer para consultarlas en caso necesario. Citemos, entre otras: E. Viollet-le-Duc, *Dictionnaire raisonné de l'architecture française du XI^e au XVI^e siècle*, París, 1854-1870, 10 tomos;—del mismo, *Dictionnaire raisonné du mobilier français de l'époque carlovingienne à la Renaissance*, París, 1865-1875, 6 tomos (muebles, utensilios, orfebrería, instrumentos musicales, juegos, herramientas, vestidos, armas de guerra, etc.);—J. Labarte, *Histoire des arts industriels au moyen âge*, París, 1881, 3 volúmenes;—F. de Lasteyrie, *Histoire de la peinture sur verre d'après les monuments en France*, París, 1860, 2 tomos;—H. Révoil, *L'architecture romane dans le midi de la France*, París, 1873, 3 tomos;—V. Ruprich-Robert, *L'architecture normande aux XI^e et XII^e siècles, en Normandie et en Angleterre*, París, s. a., 2 tomos;—A. de Baudot, *La sculpture française au moyen âge...*, París, 1878-1884;—G. Dehio et G. v. Bezold, *Die kirchliche Baukunst des Abendlandes*, Stuttgart, I, 1889-1892;—*Catalogue de la collection Spitzer*, París, 1890-1894, 6 tomos.—De menores proporciones, pero muy importantes también, son las monografías de T. Hudson Turner (*Some account of domestic architecture in England from the Conquest to the end of the XIIth Century*, London, 1877);—de R. Cattaneo (*L'architettura in Italia dal secolo VI al mille circa*, Venecia, 1888, trad. francesa, Venise, 1890);—de C. Enlart, *Origines françaises de l'architecture gothique en Italie*, París, 1894);—de W. Voge, *Die Anfänge des monumentalen Stiles im Mittelalter*, Strassburg, 1894; etc.—Principales monografías acerca de la **arquitectura militar**: P. Salvisberg, *Die deutsche Kriegs-Architektur von der Urzeit bis auf die Renaissance*, Stuttgart, 1887;—G. T. Clark, *Mediæval military architecture in England*, London, 1884, 2 tomos. Véase el art. III del cap. IX de esta obra.

Respecto a la supervivencia de las tradiciones del arte antiguo durante la Edad Media, véase: E. Müntz, *La tradition antique au moyen âge* (según el libro de A. Springer), en el *Journal des Savants*, 1887 y 1888.

Recomendamos, sobre todo, la lectura de los buenos libros de vulgarización superior, que en general no ofrecen, como ocurre a las obras originales que preceden, el peligro de ser sistemáticos. Los hay excelentes. Sin hablar de los Manuales generales de Historia del arte (Ch. Bayet, *Manuel d'histoire de l'art*, París, 1886;—W. Lübke, *Grundriss der Kunstgeschichte*, Stuttgart, 1892, 11.^a edic., trad. francesa según la 9.^a edic., París, 1886-1887;—R. Rosières, *L'évolution de l'architecture en France*, París, 1894, en donde la historia del arte de la Edad Media ocupa su lugar, consúltese: H. Otto, *Handbuch der kirchlichen Kunst-Archæolo-*

gie des deutschen Mittelalters, Leipzig, 1883-1884, 5.^a edición; —Ch. H. Moore, *Development and character of gothic architecture*, London, 1890; —L. Gonse, *L'art gothique*, París, 1891; —J. Quicherat, *Histoire du costume en France*, París, 1876; —E. Molinier, *L'émaillerie* (Bibliothèque des Merveilles).—En la «Colección para la enseñanza de las Bellas Artes» figuran dos volúmenes de M. Corroyer (*L'architecture romane*, *L'architecture gothique*), cuyas conclusiones son muy discutibles.—El libro de A. Lecoy de la Marche, *Le treizième siècle artistique* (Lille, 1891) es superficial.—El *Abécédaire d'archéologie* de M. Caumont (Caen, 1869-1870, 3 tomos), ha sido durante mucho tiempo clásico, y, en calidad de Manual de arqueología de la Edad Media, no ha sido sustituido aún.—Hay un gran número de buenos tratados generales de **iconografía**. El más reciente es el de H. Detzel, *Christliche Ikonographie, ein Handbuch zum Verstandniss der christlichen Kunst*, I, Freiburg, i. Br., 1894.—Una colección de reproducciones de monumentos, cómoda para la enseñanza elemental y poco costosa, es la de Seeman, *Kunst-historische Bilderbogen. Die Kunst des Mittelalters*, Leipzig, 1886.

Los *Grundriss* de A. Gröber y de H. Paul contienen capítulos consagrados a la **historia de las costumbres y de la «civilización»** (*Kulturgeschichte*) en los pueblos latinos y germánicos durante la Edad Media.—Los estudios relativos a la historia de la «civilización» se han desarrollado notablemente desde hace algunos años, sobre todo en Alemania y en Italia.

Hay Historias generales de la civilización (la mejor es la de C. Seignobos) e Historias generales de la civilización en Francia (A. Rambaud, *Histoire de la civilisation française*, París, 1893, 5.^a edic.), en Alemania (O. Henne am Rhyn, *Kulturgeschichte des deutschen Volkes*, Berlín, 1893, 2.^a edición), en Inglaterra (H. D. Traill, *Social England*, ya citada), en que la Edad Media ocupa un lugar. Pero existen también **Historias generales de la civilización en la Edad Media**. Prematuras, son provisionales y hay que servirse de ellas con precaución: J. B. Adams, *Civilisation during the middle ages*, New York, 1894;—G. Grupp, *Kulturgeschichte des Mittelalters*, Stuttgart, 1894-1895, 2 tomos.—Respecto a la historia de la civilización **en Francia** durante la Edad Media, sin hablar de la célebre *Histoire de la civilisation en*

France de Guizot, escrita desde otro punto de vista, véase P. Lacroix, *Les arts, les moeurs, les usages, la vie militaire et religieuse, les sciences et les lettres au moyen âge*, París, 1868-1876, 4 tomos. Esta obra mediana ha tenido mucho éxito. Ha sido recientemente adaptada en alemán por R. Kleinpaul, con el título de *Das Mittelalter*. Véanse también: R. Rosières, *Histoire de la société française au moyen âge*, París, 1884, 2 volúmenes, 3.^a edic. (Original, poco segura);—**en Alemania:** Fr. v. Loher, *Kulturgeschichte der Deutschen im Mittelalter*, München, 1891-1892, 3 volúmenes;—**en Suecia:** H. Hildebrand, *Sveriges Medeltid, Kulturhistorisk Skildring*, Estocolmo, 1894.—La obra de M. A. Dredsner acerca de **Italia** es más especial: *Kultur-und Sittengeschichte der italienischen Geistlichkeit in 10 u. 11 Jahrhundert*, Breslau, 1890.

Hay que recurrir a las **monografías**, de las que citaremos solamente muy pocas, escogidas entre las de más fácil lectura.—**En alemán:** K. Weinhold, *Die deutschen Frauen in dem Mittelalter*, Wien, 1882, 2 tomos, 2.^a edic.—L. Kotelmann, *Gesundheitspflege im Mittelalter, Kulturgeschichtliche Studien, nach Predigten*, Hamburgo, 1890; A. Schultz, *Das höfische Leben*, Leipzig, 1889, 2 volúmenes, 2.^a edic.—**En italiano:** A. Graf, *Miti, leggende e superstizioni del medio evo*, Torino, 1892-1893, 2 tomos;—D. Merlini, *Saggio di ricerca sulla satira contra il villano*, Torino, 1894.—**En inglés:** H. C. Lea, *Superstition and force*, Philadelphia, 1892, 4.^a edición (excelente).—**En francés:** Ch.-V. Langlois, *La société du moyen âge d'après les fabliaux*, en la *Revue politique et littéraire*, agosto-septiembre de 1891;—A. Lecoy de la Marche, *La chaire française au moyen âge, spécialement au XII^e siècle*, París, 1886, 2.^a edic.;—del mismo, *La société au XIII^e siècle*, París, 1880;—E. Sayous, *La France de saint Louis d'après la poésie nationale*, París, 1866;—E. Berger, *Thomae Cantipratensis* (Tomás de Cantimpré) «*Bonum universale de apibus*» *quid illustrandis saec. XIII moribus conferat*, París, 1895;—G. Paris, *Les cours d'amour du moyen âge* (según el libro, en danés, de E. Trojel), en el *Journal des Savants*, 1888;—U. Robert, *Les signes d'infamie au moyen âge*, París, 1891.

La **Historia del arte militar y de la táctica** ha sido muy estudiada. Las principales obras son las de E. Boutaric (*Institutions militaires de la France*, París, 1863), de H. Delpech (*La tactique militaire au XIII^e siècle*, París, 1885, 2 tomos) y del general Koehler, *Geschichte des Kriegswesens in der Ritterzeit*, I, Leipzig, 1886.—Consúltese además la bibliografía especial de J. Pohler, *Bibliotheca historico-militaris*, Cassel, 1887 y siguientes, 3 volúmenes.

La **Historia del Derecho privado** es una parte especial de la Historia de la civilización en que la ciencia se halla al

presente muy adelantada. Hay muchos Manuales, con abundante bibliografía, y algunos de ellos son obras maestras. Para la **Historia del Derecho canónico**: R. Sohm, *Kirchenrecht*, I, Leipzig, 1892;—Ph. Zorn, *Lehrbuch des Kirchenrechts*, Stuttgart, 1888; E. Löning, *Geschichte des deutschen Kirchenrechts*, Strassburg, 1878, 2 tomos, etc.—Para la Historia del derecho **alemán**: A. Brunner, *Deutsche Rechtsgeschichte*, Leipzig, 1887-1892;—Para la Historia del derecho **inglés**: Fr. Pollock y F. W. Maitland, *The history of English law before the time of Edward I*, Cambridge, 1895.—Para la Historia del derecho **francés**: A. Esmein, *Cours élémentaire d'histoire du droit français*, París, 1895;—P. Viollet, *Précis de l'histoire du droit français*, París, 1893.

I. - La literatura francesa en Europa en el siglo XII.

El dominio literario de Francia en el siglo XII se extendía mucho más allá de los límites del reino, y, sin hablar de las provincias limítrofes, cuya historia se enlaza naturalmente con la nuestra, nuestra lengua y nuestra poesía, siguiendo a nuestras armas, habían conquistado en Europa y aun fuera de ella vastas posesiones.

La más hermosa e importante para la historia literaria es Inglaterra. Durante todo el siglo XII, la literatura de Inglaterra ha sido la literatura francesa. No solamente nuestros viejos poemas se propagaron tanto como entre nosotros en los países que los normandos habían conquistado cantando la canción de Roland, sino que la literatura seria y la poesía cortesana tuvieron allí brillante florecimiento. He hablado ya del considerable influjo ejercido por los reyes ingleses sobre los escritores y los trovadores de Normandía, de Turena y de Anjou. Llamaron a más de uno cerca de ellos, y pronto bajo su protección y la de sus barones se formaban en Inglaterra misma *romanceadores* hábiles y numerosos. En la misma Inglaterra encontramos las fechas más antiguas para la existencia de aquella literatura que se esforzó en vulgarizar

la instrucción más diversa. La reina Aelis de Lovaina (1121-1135) llevó sin duda desde el Brabante a la corte del rey Enrique I la afición a las letras francesas. Desde que fue coronada, vemos al clérigo Benito escribir para ella en versos franceses la vida de San Brandan, curiosa leyenda nacida de la imaginación céltica y que quiso co-

nocer la reina como un producto de su nueva patria. En su honor Felipe de Thaon, autor ya de un *Cómputo* rimado, escribió su *Bestiario*. Cuando enviudó, hizo que un poeta llamado David, cuya obra se ha perdido desgraciadamente, escribiera una larga historia del marido que lloraba, en forma de canción de gesta. En el reinado corto y agitado de Esteban, debemos sobre todo mencionar la gran Historia de los reyes ingleses de Godofredo Gaimar, cuyo éxito debían hacer olvidar los poemas históricos de Wace. Pero el reinado de Enrique II fue la edad de oro de las letras francesas en Inglaterra. Este príncipe, que añadía a los talentos de hábil político y de gran rey las cualidades más brillantes del espíritu, dió a su corte un brillo

inaudito, en que el esplendor material era realzado por el afán de los placeres más delicados del espíritu. Unía al amor a la poesía de pura imaginación la curiosidad del espíritu y la afición al estudio. Únicamente, entendía de letras y no necesitaba que le leyeran los libros franceses y que le tradujeran los de los clérigos. Por eso su influjo se ejerció sobre todo en la poesía, en la que apreciaba



Fig. 72.—Juglar, según una miniatura.

antes que nada las cualidades de corrección y de elegancia. «Tengo la ventaja, decía Benito de Sainte-More, de trabajar para un rey que sabe mejor que nadie distinguir y apreciar una obra bien hecha, bien compuesta y bien escrita». Los poetas franceses más distinguidos, Garnier de Pont-Sainte-Maxence, Marie de France, quizá Chrétien, iban a Inglaterra a escribir o publicar sus obras. Al lado de ellos, ingleses como Thomas, Simón de Fresne, Huon de Rotelande, Jordan Fantôme, otros más, comenzaban aquella literatura anglo-normanda que debía perdurar en el siglo siguiente y no morir sino después de haber suscitado y fecundado la verdadera literatura inglesa. Al lado de las narraciones de la Tabla Redonda, en que las tradiciones célticas, más o menos alteradas, recibieron la forma románica, débese hacer mención especial de los poemas interesantes escritos en Inglaterra, en los que la poesía y la historia de los anglo-sajones se ponen en versos franceses y de esta suerte se han librado del olvido. He hablado ya de Godofredo Gaimar, que trabajaba sobre fuentes en parte sajonas. La poesía está representada por las lindas historias de *Horn*, de *Aerolf*, de *Havelok*, de *Waldef*. Los normandos de Inglaterra desempeñaron entre los bretones y sajones insulares y el resto de Europa, por mediación de la lengua francesa, un papel de intérpretes que, en la historia comparada de las literaturas, tiene importancia capital.

No solamente a Inglaterra habían llevado los franceses su lengua juntamente con su poderío. En el sur de Italia y en Sicilia los reyes eran también normandos, y allí también la literatura francesa encontró una patria. Los descendientes de Tancredo de Hauteville amaron los placeres del espíritu lo mismo que los descendientes de Guillermo el Bastardo. Uno de ellos, Guillermo el Bueno, yerno de Enrique II de Inglaterra, era hombre de letras como éste y reunía igualmente una corte brillante. La suerte que nos ha conservado el conjunto de la literatura anglo-normanda, nos arrebató en mayor parte la de los normandos de Italia. Sin embargo, puede atribuírse-

les con certeza parte principal en el ciclo épico de Guillermo «el de la nariz corta», y hemos conservado algunas traducciones de libros históricos hechas entre ellos, un poco después de nuestro período, en un dialecto fuertemente italianizado. La poesía lírica, que brilló poco en Inglaterra, parece por el contrario haber florecido en Sicilia, y allí determina quizá, en el siglo XIII, tanto como la poesía provenzal, la aparición de la poesía italiana.

Más al Oriente, en Grecia, el siglo siguiente debía fundar una Francia nueva, desgraciadamente poco duradera; pero el siglo XII al inaugurarse encontraba ya en Palestina el reino francés de Jerusalén. Allí también nuestra literatura fue no solamente gustada, sino cultivada. Sin hablar de los textos jurídicos tan importantes que contienen, en su lenguaje admirable, el código del feudalismo, allí fueron sin duda traducidas varias de las largas obras históricas que en el país habían sido escritas en latín, y allí finalmente la caída del reino de Jerusalén en 1189 dió lugar a los más antiguos relatos de sucesos contemporáneos que se han escrito en prosa francesa.

Otro establecimiento francés fuera de nuestros límites, el reino de Portugal, fundado en 1095 por el príncipe Enrique de Borgoña, fue demasiado pronto y completamente separado de Francia para que en el siglo XII nuestra literatura pudiera asentar el pie allí. Por otra parte los franceses eran muy pocos en Portugal, y adoptaron rápidamente la lengua del pueblo portugués con el que se confundieron; pero es probable que este origen francés de los reyes y grandes señores no dejase de influir en los comienzos de la poesía lírica portuguesa, evidentemente imitada de la de los troveros y trovadores.

En efecto, más allá de su país de origen, al otro lado de las comarcas donde los franceses se habían establecido, hay un tercer dominio de la literatura francesa en el siglo XII, formado por los países en donde ha sido gustada, admirada e imitada. Habría que escribir más de un volumen si se quisiera enumerar detalladamente las pruebas del éxito inaudito de nuestra poesía en Europa en

dicha época. Me reduciré, tanto más cuanto que muchas imitaciones extranjeras son sensiblemente posteriores a sus originales. No quiero daros más que una idea general de esta vasta literatura, cuyo fondo es francés, cuya forma es provenzal, española, italiana, griega, alemana, holandesa, inglesa, escandinava, y que constituye alrededor del foco que acabo de describir una irradiación incomparable.

Hemos visto anteriormente que, en tanto la literatura francesa pasaba con mucho en diversos sentidos los límites del reino de Francia, no los llenaba en el reino mismo. Las provincias del Mediodía tenían una lengua y una literatura suyas, que se habían desarrollado en condiciones y con caracteres bastante distintos. Por tanto, a decir verdad, fue antes el influjo de nuestra literatura sobre una literatura extranjera que el que ejerció sobre la poesía de los trovadores. Tomó de ella, a mediados del siglo XII, las formas y el espíritu de su poesía lírica, pero la impuso en cambio su rica literatura épica. Sin duda los provenzales habían tenido, ellos también, una epopeya nacional, pero entre ellos había caído, salvo raras excepciones, en un olvido rápido, y en nuestros poemas se inspiraban los trovadores y a ellos hacen alusiones frecuentes. Llegaron a traducirlos, como en *Ferabras*, o a imitarlos, como en *Jaufre*. A principios del siglo XIII un hábil trovador, que daba a sus compatriotas una especie de gramática poética, reivindicaba para la lengua *d'oc* la supremacía en las canciones propiamente dichas, pero reconocía al propio tiempo que el hablar de Francia valía más y era más apropiado para componer novelas, es decir, poemas narrativos.

Así las otras naciones latinas han sufrido en general el influjo de los trovadores en la poesía lírica, de los troveros en la poesía épica. Los *cancioneros* compuestos en los siglos XIII y XIV en las cortes brillantes de Castilla y de Portugal son imitaciones de las *canciones* provenzales; pero nuestras canciones de gesta han suscitado los *cantares de gesta* españoles y, entre otros, el Poema del

Cid, lo mismo que nuestras novelas de aventuras han sido traducidas o imitadas en los diversos idiomas de la Península ibérica y han acabado por producir las dos grandes novelas que terminan la Edad Media, el *Tirante el blanco* catalán y el *Amadis de Gaula*, luego castellano. Lo mismo ocurrió en Italia. Dante, en su opúsculo sobre el lenguaje vulgar, reconoce que la lengua *d'oc* ha proporcionado el modelo de la poesía lírica, en tanto que a la lengua *d'oïl* pertenece toda la poesía narrativa. Y lo que dice está confirmado cada día de una manera más brillante por los estudios modernos. Si los predecesores del Petrarca y del Dante, si estos poetas mismos son discípulos de los trovadores, toda la epopeya italiana descendiendo de la nuestra, por vía de traducción o de imitación, y el *Roldán enamorado* del Bojardo, padre del *Roldán furioso*, no es otra cosa que la fusión de las dos grandes corrientes de nuestra poesía épica, del ciclo de Carlomagno y del ciclo de Arturo, de la materia de Bretaña y de la materia de Francia. Por un fenómeno más extraño todavía, el francés estuvo a punto, en el siglo XIII, de ser la lengua literaria de Italia, cuando el pisano Rusticiano, los venecianos Marco Polo y Martín de Canale, el florentino Bruneto Latino, lo empleaban con preferencia a sus idiomas respectivos, y cantores populares reunían al pueblo a su alrededor, en las calles y plazas de las ciudades lombardas, venecianas y romañolas, contándoles historias *en la lengua de Francia*, como dice uno de ellos. Gracias al genio del Dante, Italia halló medio de salir de la anarquía de los dialectos locales y de crearse una lengua literaria admirable; pero este mismo fenómeno atestigua de una manera brillante el poder de nuestra vieja literatura.

No solamente las naciones latinas vinieron, por decirlo así, a ser sucursales de la gran escuela francesa. No menciono más que como recuerdo las imitaciones griegas de nuestras novelas de la Tabla Redonda; pero la magnífica literatura poética de Alemania, a fines del siglo XII y a principios del XIII, no es más que el reflejo de la nuestra.

Los *Minnesinger* han trasportado a su lengua las formas y el espíritu de la poesía lírica francesa, hija a su vez de la provenzal. Hay que apresurarse a añadir que, en sus manos, sobre todo en las de Walther de la Vogelweide, el poeta más grande de la Alemania antigua, esta poesía se desarrolló con una originalidad, una gracia y una profundidad que no tienen igual entre nosotros. Nuestras canciones de gesta fueron traducidas o imitadas sin descanso en Alemania y en los Países Bajos, así como nuestros poemas del ciclo bretón, durante todo ese período que los historiadores de la literatura alemana califican de clásico: Lambrecht, Conrad, Enrique de Veldeke, Herberto de Fritzlar, Hartmann de Aue, Gotfrid de Estrasburgo, Wolfram de Eschenbach, Ulrich de Zazikhoven, Wirnt de Gravenberg, Conrado de Wurzburg y muchos otros son los imitadores más o menos fieles de los Albéric, los Turol, los Chrétien de Troies, los Benito de Sainte-More, los Guillermo de Bapaume, los Renaud de Beaujeu. Puede decirse que había entonces, al lado de la literatura francesa en francés, una literatura francesa en alemán y otra en lengua neerlandesa.

Había también otra en noruego. Si, aquella tierra lejana de donde habían partido, en los tiempos carolingios, las desoladoras incursiones normandas, aquella patria de los viejos cantos míticos del Edda, cristiana a la sazón y civilizada, acogía con transporte y traducía con celo nuestras canciones de gesta, nuestras novelas, nuestros *lais*. Encontramos con sorpresa, en versiones en su mayor parte anteriores a mediados del siglo XIII, buena parte del ciclo de Carlomagno, y Tristán, y Erec, e Ivain, y los encantadores relatos de Marie de France. He hablado anteriormente de la literatura inglesa. La lengua céltica misma reprodujo, en traducciones que apenas se empieza a conocer, nuestros poemas carolingios y varias otras de las producciones de nuestro siglo XII. Si recorréis hoy todavía las librerías populares de España, de Italia, de Alemania, de Holanda, de Dinamarca, de la misma Islandia, encontraréis en todas partes, impresos en gruesos

caracteres en papel gris, los libros que forman nuestra Biblioteca azul, último asilo, entre nosotros también, de la literatura del siglo XII. ¡Qué extraordinario vigor había, pues, en aquella vegetación literaria de la vieja Francia para que su vitalidad no se haya extinguido todavía en las numerosas ramas que lanzó por todas partes!

En todas partes, por lo demás, donde la literatura francesa fue implantada, suscitó o fecundó la literatura nacional. Puede compararse nuestra antigua poesía a esos árboles admirables que crecen en la India, y cuyas ramas, encorvadas a lo lejos, tocan al suelo, y en él arraigan y son árboles a su vez. Lo mismo que una higuera de los Banyans produce un bosque, así la poesía francesa ha visto poco a poco la Europa cristiana cubrirse a su alrededor de maravillosa producción, cuyo tronco primero era aquella gran literatura del siglo XII que tanto debería enorgullecernos y que tan poco conocemos...

G. Paris, *La poésie du moyen âge*, 2.^a serie, París, Hachette, 1985.

II.—La Biblia francesa en la Edad Media.

Los orígenes de la Biblia francesa se remontan, al menos, a los primeros años del siglo XII. Sin duda en las proximidades del año 1100, en alguna abadía normanda del sur de Inglaterra, discípulos de Lanfranc tradujeron el Salterio a su lengua, a la sazón poco distinta de la que se hablaba en la Isla de Francia. Hicieron aún una doble versión, correspondiendo a dos de los textos latinos en cuya forma circulaba entonces el Salterio. La glosa escrita entre las líneas del *Salterio gálico* (se llamaba así el antiguo texto latino, corregido por San Jerónimo con ayuda del griego de los Setenta) ha venido a ser el Salterio francés de la Edad Media. Tal fue la popularidad de aquella antigua versión normanda que, hasta la Re-

forma, no ha habido nadie que se atreviera a traducir de nuevo los Salmos al francés.

Cincuenta años después del Salterio, el Apocalipsis era traducido a su vez al francés en los Estados normandos. Esta traducción, cuyo único mérito estriba en haber servido de texto a ilustraciones admirables, se ha perpetuado a través de toda la Edad Media bajo la cubierta de la Biblia del siglo XIII. Al mismo tiempo, en la Isla de Francia o en Normandía, un hombre de gusto hacía aquella poética traducción de los cuatro libros de los Reyes que es uno de los más hermosos monumentos de nuestra antigua lengua.

Un poco más tarde, por el año 1170, el jefe de los «pobres de Lyon», Pedro Valdis, trató de hacer traducir trozos de la Biblia para las gentes sencillas e ignorantes. No era el único que tuviera esta idea. Desde las orillas del Ródano a las bocas del Mosa, en todas partes se trataba de hacer la traducción de la Biblia. Las persecuciones ordenadas por Inocencio III pusieron fin a este movimiento, del que sólo nos han conservado el recuerdo algunos fragmentos de traducción que se libraron de las iras de los inquisidores de Metz o de Lieja.

Tocaba al reinado de San Luis dar a nuestra patria una Biblia francesa completa. En la Universidad de París fue hecha, poco antes del año 1250, la versión francesa por excelencia de los Libros santos. No quiero decir que la Universidad haya tomado parte oficial en esta obra de traducción; pero en los talleres de los libreros que eran sus conciudadanos, en un texto latino corregido por sus maestros, la Biblia fue, por vez primera, traducida por entero al francés. Esta versión parisina adquirió pronto tal boga que fue en adelante imposible hacer aceptar otra. Además, se había unido íntimamente, desde los primeros años del siglo XIV, a la interesante historia santa de Guyart Desmoulins, tanto que la *Biblia historial* que circula con el nombre del canónigo picardo no es, en realidad, en sus dos terceras partes, más que una simple copia de la versión parisina.

Completada de esta suerte, la *Biblia historial* ha gozado, a partir del siglo xv, éxito sin igual. No hay casi palacio de familia principal, en Francia y en los países vecinos, en que no haya figurado alguno de esos preciosos manuscritos, que enriquecían miniaturas de absoluta belleza. Pero es poco probable que uno solo de esos espléndidos volúmenes haya llegado jamás hasta el pueblo o hasta el clero inferior. Así, desde que la Biblia francesa había venido a ser un objeto de lujo, la Iglesia cesó de preocuparse de ella, porque el pueblo ya no encontraba medio de leerla.

Los reyes y las reinas de Francia, los príncipes y las princesas de sangre real, a partir del advenimiento de los Valois, dedicaron el mayor interés a la traducción de la Biblia. El rey Juan había mandado emprender con gran dispendio una traducción que prometía ser excelente. La batalla de Poitiers interrumpió esta obra. Carlos V encargó a Raul de Presles una versión nueva; pero el traductor del rey imitó la antigua Biblia francesa sin mejorarla. Hasta Carlos VIII y Francisco I, hasta Ana de Bretaña y Margarita de Angulema, la traducción de la Biblia no ha dejado de interesar a la familia real; pero, en los siglos xiv y xv, había tanta distancia entre los príncipes y el pueblo, la religión de la corte era tan extraña a la piedad de las gentes sencillas, que nunca quizá ha ignorado el pueblo más profundamente la Biblia. Sin duda únicamente por las vidrieras de las iglesias y por los sermones de los frailes aprendía a conocerla.

Así ocurrió hasta la Reforma. Tocaba a Le Fèvre d'Étapes y a Roberto Olivetan poner, en una versión más exacta, la Biblia en manos del pueblo entero.

S. Berger, *La Bible française au moyen âge*, París, 1884.

III.—La ojiva.

Ojiva, según el uso actual, designa la forma apuntada de los arcos utilizados en la arquitectura gótica. Así, cuando se dice puerta ojival, ventana ojival, arcada ojival, significa que tal hueco de puerta, de ventana, de arcada tiene por coronación dos curvas opuestas que se cortan en ángulo más o menos agudo. ¿Era así como lo entendían los antiguos?

M. de Verneilh, estudiando el *Tratado de arquitectura* de Filiberto Delorme, concibió dudas en este respecto. Vió al ilustre maestro del Renacimiento no emplear la palabra ojiva sino en la locución *crucero de ojivas*, que en él significa los arcos en cruz colocados diagonalmente en las bóvedas góticas. Fue motivo para que M. de Verneilh consultase los autores subsiguientes. No fue pequeña su sorpresa al encontrarlos todos de acuerdo con Filiberto Delorme. Hasta fines del siglo último, los teóricos lo mismo que los glosadores no han entendido por *ojivas* más que los nerviaturas diagonales de las bóvedas de la Edad Media. Para encontrar *ventanas ojivas* hay que descender hasta Millin, que a la vez, en su *Diccionario de las artes*, no deja sin embargo de admitir la definición de sus antecesores, de suerte que el nuevo significado parece proceder de una inadvertencia de Millin. La fortuna de la palabra así desnaturalizada no tardó en crecer al mismo tiempo que la afición a las cosas de la Edad Media.

M. de Verneilh no había, sin embargo, alegado nada bien positivo respecto a la época anterior a Filiberto Delorme. M. Lassus ilustró esta parte de la cuestión presentando los textos del siglo xiv y aun los del xiii, de donde resulta que si los autores posteriores al Renacimiento habían llamado ojiva a una parte de la contextu-

ra de las antiguas bóvedas, no habían hecho en esto más que continuar la tradición de los hombres de la Edad Media. Hizo más, dijo que la ante-última edición del *Diccionario de la Academia* (francesa), publicada en 1814, no definía aún la ojiva sino como «un arco de bóveda en forma de arista que va por dentro de una bóveda de un ángulo al ángulo opuesto», y que solamente en la reimpresión de 1835 a esta definición fue añadida por primera vez la nueva: «Es también adjetivo de los dos géneros y se dice de toda arcada, bóveda, etc., que, siendo más alta que el medio punto, termina en punta, en ángulo: bóveda ojival, arco ojival, etc.»

He aquí donde está la demostración del error actual con motivo de la palabra ojiva. Considero completa esta demostración. Pero es tan grande la costumbre de llamar ojivas a los arcos apuntados, los espíritus se han hecho ya tanto a ella, que no se me oculta lo que de temerario tiene quererla proscribir. Aun cuando no hubiera otra razón, siempre se tendría el adagio: *Usus quem penes est arbitrium et jus et norma loquendi*. Tal creía M. de Verneilh, y gustoso me asociaría a ello, si el nuevo sentido dado a la palabra «ojiva» no constituyese más que una equivocación; pero, por rara fatalidad, ocurre que este descuido introduce en la ciencia una anomalía que excede de la confusión.

La ojiva es un arco. Trasladar su nombre a los demás arcos de los monumentos góticos, es dar a entender que existe entre ella y ellos una relación cualquiera. Esta relación, lo sabemos, no puede ser de función, puesto que la ojiva es un soporte áereo sobre el cual descansa la bóveda, en tanto los otros arcos son artificios para cerrar los vaciamentos practicados en la masa de la construcción. La relación será, pues, de forma. Ahora bien, ocurre que en la arquitectura gótica, cuando todos los arcos son de forma aguda, las ojivas sólo son de medio punto. Así, para distinguir los arcos apuntados de la arquitectura gótica de los arcos de medio punto que se usaban en el sistema arquitectónico anterior al gótico, llamamos a esos

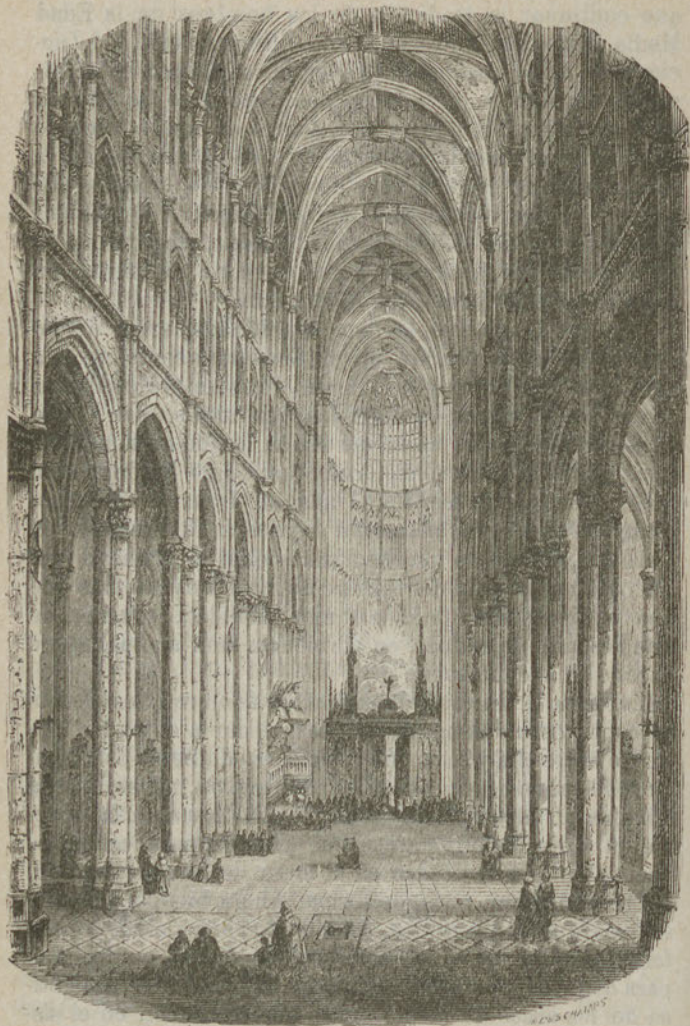


Fig. 73.—Nave principal de la catedral de Amiens.

arcos ojivales, y he aquí que las verdaderas ojivas son precisamente arcos a los cuales los constructores góticos han dado la forma de medio punto.

Desde el momento que una falta de propiedad en los términos tiene la consecuencia de conducirnos de una manera tan completa al paradojismo, mi conclusión es que hay que apartarse de un hábito vicioso, volver a lo que se hacía hace sesenta años, llamar ojivas a las nerviaturas transversales de las bóvedas góticas, y arcos góticos a los apuntados, a que se ha atribuído durante demasiado tiempo el nombre de ojivas.

Pero, se dirá, si renunciamos al nuevo significado de *ojiva*, ¿qué será de nuestro arte ojival, de nuestra arquitectura ojival? Antes de preocuparse de lo que será de esas cosas, veamos lo que son hoy, lo que eran ayer.

Después de haberse engañado de manera tan completa respecto al sentido y la aplicación de la palabra «ojiva», se ha hecho de la ojiva, tomada como equivalente de arco apuntado, el carácter distintivo de un sistema de arquitectura. Se ha dicho: «Todos los edificios que hasta el presente se han llamado góticos llevan impropriamente este nombre, puesto que ni son obra ni invención de los godos. Busquemos en la consideración de su arquitectura un vocablo que les convenga mejor. Esta arquitectura no admite otros huecos ni otras arcadas que huecos o arcadas en ojiva. Llamémosla ojival, por oposición a la arquitectura románica o de medio punto que la ha precedido».

Nada más seductor que la doctrina que hace consistir la diferencia entre el románico y el gótico en la forma de los huecos. Básteos saber que el medio punto domina en la una, que los arcos apuntados corresponden a la otra, y héos aquí en disposición de dictaminar acerca de la época de los monumentos. Y si encontráis a la vez, en un mismo edificio, el arco apuntado y el de medio punto, tenéis, para clasificar el edificio, el género intermedio *románico-ojival* u *ojival-románico*, que participa del carácter de las dos arquitecturas, no siendo más que la

transición de una a otra, la práctica de los constructores románicos que comenzaban a crear el sistema ojival introduciendo aquí y allá arcos apuntados en su obra. Tal es en su sencillez la doctrina profesada hoy.

Se profesa generalmente, pero es preciso que al usarla se encuentre merecedora del respeto que se la concede. Comienzo por fijar mi atención en el Mediodía de Francia. Allí, en toda la circunscripción de la antigua Provenza, hay iglesias de un aspecto tan secular, tan poco gótico, que la tradición se obstina todavía en hacer de la

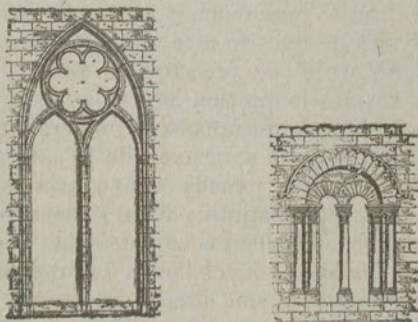


Fig. 74.—Arco apuntado y arco de medio punto.

mayor parte templos romanos adaptados a las necesidades del cristianismo. Todas, sin embargo, emplean el arco apuntado en sus bóvedas y varias en las arcadas de la nave mayor. De este género son la catedral abandonada de Vaison, las de Avignon, Cavaillon, Fréjus; la parroquia de Nuestra Señora en Arlés, las iglesias de Pernes, de Thor, de Sénanque, etc., etc. Y no hay que decir que en estos edificios los apuntamientos anuncian una tendencia al gótico. Los productos visiblemente más modernos de la misma escuela, como por ejemplo la gran iglesia de Saint-Paul-Trois-Châteaux, se distinguen por la sustitución del medio punto al arco apuntado. Si, remon-

tando el Ródano, me traslado a los límites del antiguo reino de Borgoña, veo desarrollarse desde Viena hasta el recodo del Loire y hasta los Vosgos otra familia de iglesias románicas que admiten invariablemente el apuntamiento en su bóveda y en sus grandes arcadas interiores. La suntuosa basílica de Cluny era el modelo de estos monumentos, de que quedan todavía algunas muestras en Lyon (Saint-Martin d'Ainay), en Grenoble (partes viejas de la catedral), en Autun (Saint-Ladre), en Paray-le-Monial (iglesia del Priorato), en Mâcon (ruinas de Saint-Vincent), en Beaune (Nuestra Señora), en Dijon (Saint-Philibert), en la Charité-sur-Loire, etc., etc. La fecha de todas estas iglesias se coloca entre 1070 y 1130.

En Auvernia, donde el románico del siglo XII presenta constantemente el medio punto, juzgo que se han utilizado en el siglo XI arcos apuntados. Arcos de esta clase son los que unen los soportes y determinan la bóveda de Saint-Aimable de Riom, edificio cuyas toscas esculturas atestiguan una antigüedad mayor que la de cualquier otra construcción de la misma provincia.

En el Languedoc, la catedral ruinosa de Maguelone nos ofrece el arco apuntado en sus partes más antiguas que son del siglo XI, y en el extremo opuesto del país, en la frontera de Aquitania, encontraréis los arcos apuntados del claustro de Moissac, que llevan la fecha de 1100.

Pasemos a las curiosas iglesias de cúpulas del Périgord y del Angoumois, de las que Saint-Front, el modelo más antiguo, es anterior al año 1050. Los grandes arcos torales en que descansa su sistema de cubierta son en todas partes apuntados.

En Anjou, se acoplan el arco apuntado y el medio punto en construcciones bastante anteriores al período llamado de transición. Las partes más antiguas de Nuestra Señora de Cunault, que pertenece al siglo XI, se encuentran en este caso.

¡Y la nave de la catedral del Mans!—Anteriormente al período convenido como de transición, fue reconstruída

con arcos apuntados por encima de las ruinas todavía visibles de un edificio de medio punto que se había derrumbado.

Y en nuestra iglesia de Saint-Martin-des-Champs, la más antigua de París (la concedo prelación sobre la de Saint-Germain-des-Prés, a la que restauraciones innúmeras han hecho perder su carácter primitivo), nuestra iglesia de Saint-Martin-des-Champs, en cuyo santuario es imposible no ver la obra consagrada con tanta solemnidad en 1067, presentes el rey Felipe I y su corte, los huecos de sus ventanas son apuntados en el exterior, y en el interior lo son todas sus arcadas. ¿Es que la misma forma no se repite en el tímpano de la puerta de la derecha de la portada principal de Nuestra Señora, que el abate Lebeuf ha reconocido como un trozo procedente de la iglesia anterior, reedificada muy a principios del siglo XIII?

Yendo al norte de París, sobre todo cuando se llega al valle de Oise, se encuentran tantos edificios que presentan arcadas, o arcos torales, o ventanas apuntadas, que puede establecerse como principio que esta forma de arco es característica del románico de esos países. Remito al lector a las iglesias de Saint-Vincent de Senlis, de Villers-Saint-Paul, de Bury, de Saint-Etienne, de Beauvais, de Saint-Germer, etc., etc. La nave de Saint-Remi de Reims, la cripta de Saint-Bavon de Gante (en otro tiempo Saint-Jean), el crucero de la catedral de Tournay, la capilla llamada de los *Templarios* en Metz, la iglesia de Sainte-Foi en Schelestadt, nos muestran el arco apuntado en uso en la Champagne, en Flandes, en el Hainaut, en Lorena, en Alsacia desde el siglo XI.

En resumen, el arco apuntado se usó de manera sistemática en una buena mitad de nuestras iglesias románicas, mientras que la otra mitad está sujeta a presentar accidentalmente la misma forma de arco.

Luego, suponiendo que *ojiva* y *ojival* pudieran legítimamente aplicarse al arco apuntado y a las construcciones de este arte, muchas iglesias románicas serían ojivales. Por consiguiente, estas palabras, en el sentido que

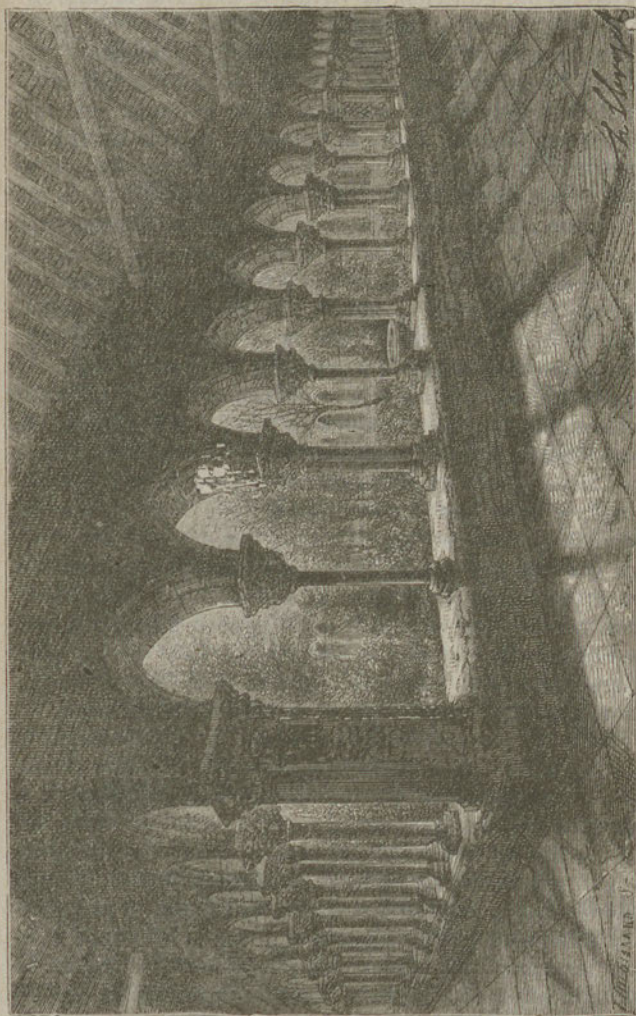


Fig. 75.—Claustros de Moissac.

hoy se las da, no tienen la virtud de expresar la diferencia que hay entre el románico y el gótico.

¿Serían aplicables si se las redujera a su acepción primitiva? En otros términos, una vez reconocido que ojiva significa la nerviatura trasversal de las antiguas bóvedas, ¿podría establecerse sobre la presencia de este detalle de construcción la distinción de los dos géneros de que se trata, y por consiguiente como sinónimo de gótico la arquitectura ojival, que sería, no ya la de los monumentos en que predomina el arco apuntado, sino la de aquellos cuya bóveda está montada sobre crucero de ojivas? ¡Ay, no; y sea lo que quiera lo que propongan los defensores de ojival para mantener la ciencia en este punto falso, no obtendrán nada eficaz! Sin duda es un carácter arquitectónico muy notable el del crucero de ojivas, y sin embargo no pertenece exclusivamente a las iglesias góticas. Citaría, por lo menos, un tercio de nuestras iglesias románicas que lo poseen; de suerte que, si hay muchas construcciones que pueden llamarse ojivales porque su bóveda descansa en cruceros de ojivas, no hay arquitectura por esto autorizada a llamarse *ojival*, en oposición a otra arquitectura fundada en un principio diferente. Aplicable a todos los ejemplares del género gótico y a muchos de los del género románico, el adjetivo *ojival*, cualquiera que sea el significado que se le dé, no sirve, por tanto, para expresar la diferencia de los dos géneros.

Desde el momento en que el abuso de ojival resulta de los hechos de una manera tan evidente, hay que devolver a la arquitectura que se ha creído caracterizar con este epíteto su antigua denominación de *gótica*. Esta denominación no implica, lo sé, una noción histórica exacta, pero tiene de su parte la consagración del tiempo. Todo el mundo sabe lo que quiere decir, por consiguiente es imposible que dé lugar a equívocos. No puede tampoco implicar contradicciones, puesto que los godos no han edificado nada en un sistema de arquitectura que les fuera propio. Pero su gran ventaja consiste en no crear teoría ficticia, en no sorprender a las gentes con un su-

puesto criterio que las exponga a caer en las conclusiones más falsas.

Según J. Quicherat, *Mélanges d'archéologie et d'histoire*, tomo II. París, A. Picard, 1886.

IV.—La escultura francesa en el siglo XIII.

Lograr que naciera un arte libre, que persigue el progreso por el estudio de la naturaleza, tomando un arte hierático como punto de partida, fue lo que hicieron con incomparable éxito los atenienses de la antigüedad. Consideraron el arte hierático de la escuela de Egina como un medio casi elemental de enseñanza, un medio de obtener cierta perfección de técnica. Cuando los artistas estuvieron seguros de su habilidad manual, se volvieron del lado de la naturaleza, y se lanzaron a la busca del ideal o más bien de la naturaleza idealizada.—Este fenómeno se reprodujo en Francia a fines del siglo XII.

Los estatuarios del siglo XII, en Francia, empezaron por ir a la escuela de los bizantinos, por aprender el *oficio*. Con ayuda de los modelos bizantinos se hizo esta primera enseñanza. Pero no se detuvieron en la perfección puramente material de la técnica, y, como los atenienses, buscaron un tipo de belleza y lo formaron mirando la naturaleza a su alrededor.

Las grandes catedrales que se levantaron en el norte de Francia, desde 1160 a 1240 (París, Reims, Bourges, Amiens, Chartres, etc.), fueron otros tantos talleres y escuelas para arquitectos, imagineros, pintores y escultores. Ya en los primeros años del siglo XIII, la fachada occidental de Nuestra Señora de París era construída. A la muerte de Felipe Augusto, es decir en 1223, estaba construída hasta por encima del rosetón. Luego —como todas las esculturas y obras de talla estaban terminadas antes de su colocación— las tres puertas de esta fachada que-

daban montadas en 1220. La de la derecha, llamada de Santa Ana, está en parte rehecha con esculturas del siglo XII, pero la izquierda, denominada puerta de la Virgen, es una composición completa y una de las mejores de esta época. Los autores de esta estatuaria han abandonado evidentemente las tradiciones bizantinas. Han estudiado la naturaleza, han alcanzado un ideal que les es propio. Su modo *de hacer* es amplio, sencillo, casi imperceptible, como el de las bellas obras griegas. La misma sobriedad de los medios, el mismo sacrificio de los pormenores, la misma flexibilidad y la misma firmeza en la manera de modelar los desnudos en esas piedras francas, compactas y escogidas cuya dureza casi iguala a la del mármol de Paros. No solamente la expresión de las cabezas es muy noble, sino la composición excelente. El relieve de la muerte de la Virgen, el de la coronación de la madre de Cristo, son escenas admirablemente entendidas como efecto dramático y como ordenación de líneas. La estatuaria de la Isla de Francia —esa Atica de la Edad Media— es notable, por otra parte, por un sentimiento dramático que no se encuentra en el mismo grado en las otras escuelas provinciales. Ved, por ejemplo, los arcos de bóveda de la puerta central de Nuestra Señora de París, la expresión terrible de los condenados, la beatitud y la calma de los elegidos. Los artistas que esculpieron esas figuras, las Profecías y los Vicios de la catedral de Amiens, los relieves de los pórticos de Nuestra Señora de Chartres, tenían ideas y tomaban el camino más corto para expresarlas, y así lograban muchas veces, como los griegos, alcanzar la verdadera grandeza.

Se ha creído durante mucho tiempo que los estatuarios de la Edad Media no habían sabido hacer más que figuras alargadas, especies de vainas vestidas como tubos de órgano, cuerpos enjutos, sin vida y sin movimiento, terminados en cabezas de expresión ascética y enfermiza. Que los artistas de la Edad Media hayan tratado de hacer predominar la expresión, el sentimiento moral sobre la forma plástica, no es dudoso, y es en gran parte lo que

constituye su originalidad; pero este sentimiento moral, impreso en las fisonomías, en los gestos, es más bien enérgico que enfermizo. Las estatuas que adornan la fachada de la casa de los Músicos, en Reims, tienen mucha vida. Los relieves colocados en los tímpanos de la arquería de la puerta de la Virgen, en la fachada occidental de Nuestra Señora de París, no tienen la menor rigidez arcaica. No son cuerpos enjutos, pueden rivalizar con las obras de mayor belleza de la antigüedad.

La buena escuela de la Edad Media se ha dedicado particularmente a expresar la armonía entre la inteligencia y su envoltura. Cada estatua tiene su carácter personal que queda grabado en la memoria como el recuerdo de un sér vivo que se ha conocido. Gran parte de las estatuas de los pórticos de Nuestra Señora de Chartres, de las portadas de las catedrales de Amiens y de Reims, poseen esas cualidades individuales, y ello explica por qué esas estatuas producen en la multitud tan viva impresión que las nombra, las conoce y une a cada una de ellas una idea o hasta una leyenda. Tal, entre otras, la linda estatua de la Virgen de la puerta norte del crucero de Nuestra Señora de París. Es una señora de clase acomodada; la inteligencia, la energía suavizada por la finura de los rasgos, resplandecen en esta figura delicadamente modelada. Es una fisonomía enteramente francesa, que respira franqueza, gracia atrevida y claridad de juicio. El autor desconocido de esta estatua veía justo y bien, sabía sacar partido de lo que veía, y buscaba, sin duda, su ideal en lo que le rodeaba. Por otra parte, hábil práctico —porque no supera nada a la ejecución de las buenas figuras de esta época— su cincel dócil sabía alcanzar las delicadezas del más perfecto modelado. Hay que citar también, entre las buenas obras de estatuaria de mediados del siglo XIII, algunas figuras tumbales de las iglesias abaciales de Saint-Denis, de Royaumont, los apóstoles de la Santa Capilla de Palacio, en París, ciertas estatuas de la portada occidental de Nuestra Señora de Reims, de los pórticos de Nuestra Señora de Chartres

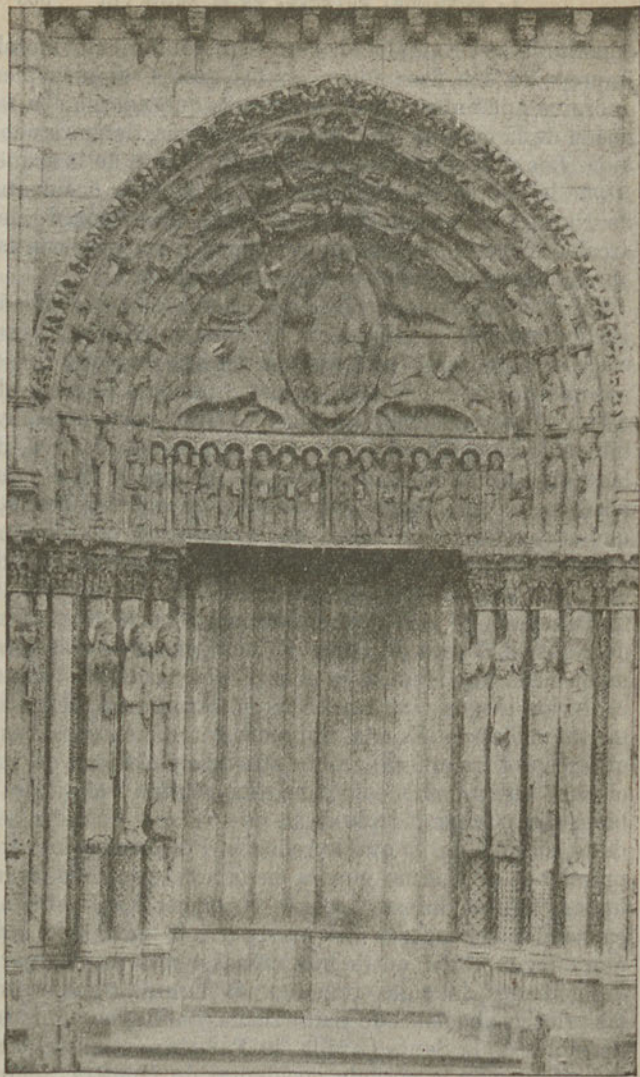


Fig. 76.—Esculturas de la portada de la catedral de Chartres.

y de las puertas de la catedral de Estrasburgo. No obstante, en el reinado de San Luis, la escuela de la Isla de Francia tenía marcada superioridad. No se encuentra una figura mediana en la estatuaria de Nuestra Señora de París, mientras que en Amiens, en Chartres, en Reims, entre obras muy sobresalientes, hay otras de escaso valor. La ciudad de París era ya entonces la capital del arte, lo mismo que era la capital política.

Por el año 1240 se produjo en la escultura decorativa, como en la estatuaria, un verdadero florecimiento. Los frisos, los capiteles, las fajas, los rosetones, en lugar de hacerse según un principio monumental, no son más que formas arquitectónicas a las que el escultor parece aplicar follajes o flores. Nunca la observación de la naturaleza se llevó más lejos. El arte no puede ir más allá.

¡Y qué admirable fecundidad! La energía productora del arte en el siglo XIII tiene algo de prodigio. Después de las guerras del siglo XV, tras las luchas religiosas, las demoliciones debidas a los siglos XVII y XVIII, las devastaciones de fines del siglo último, el abandono y la incuria, después de las bandas negras, nos restan todavía en Francia más ejemplares de estatuaria de la Edad Media que los que hay en Italia, en Alemania, en Inglaterra y España reunidas.

* * *

La Edad Media ha coloreado con mucha frecuencia la estatuaria y la ornamentación esculpida. Es un punto más de relación entre estas artes y las de la antigüedad griega. La estatuaria del siglo XII estaba pintada de una manera convencional. Se observa en las figuras de la puerta de la iglesia abacial de Vézelay un tono blanco amarillento; todos los pormenores, los rasgos del rostro, los pliegues de las vestiduras, los bordes de las mismas, están realizados con líneas negras muy finas, para acusar la forma. Detrás de las figuras, los fondos están pintados

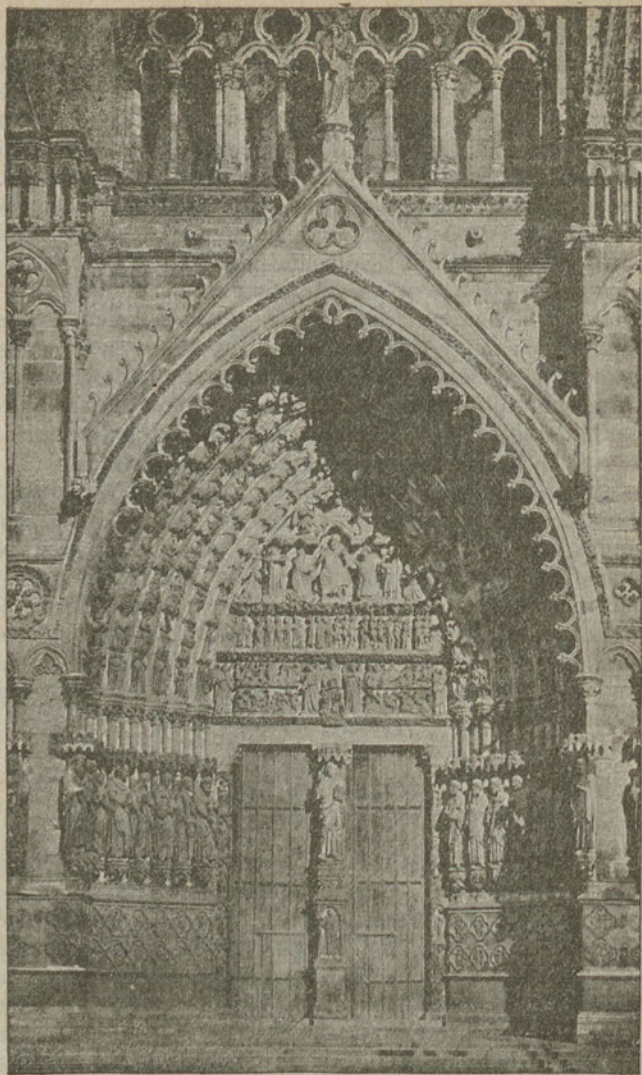


Fig. 77.—Esculturas de la portada de Amiens.

de color castaño rojizo o de ocre amarillo, a veces con algunos adornitos blancos sembrados. Este procedimiento no podía menos de producir gran efecto. En cuanto a los adornos, siempre se pintaban con tonos claros, blancos, amarillos, rojos, verde pálido, sobre fondos oscuros. Por el año 1146 la coloración se apodera de la estatuaria, y esa estatuaria se coloca en el exterior o en el interior de los monumentos. Las estatuas de la portada occidental de Chartres estaban pintadas con tonos claros, pero variados, las alhajas realzadas con oro. A veces aun, labores hechas en yeso se aplicaban a las vestiduras. Esas labores estaban pintadas y doradas y figuraban telas brochadas y pasamanerías. Los desnudos de la estatuaria, en dicha época, están muy poco coloreados, son casi blancos y están realzados con trazos de un castaño rojizo.

El siglo XIII no hizo más que continuar esta tradición. La estatuaria y la ornamentación de las portadas de Nuestra Señora de París, de las catedrales de Senlis, de Amiens, de Reims, de los pórticos laterales de Nuestra Señora de Chartres, estaban pintadas y doradas. Los artistas que hicieron las admirables vidrieras de aquella época, tenían un conocimiento demasiado perfecto de la armonía de los colores para no aplicarlo a la coloración de la escultura, sin quitarla nada, cosa difícil, de su seriedad monumental (1).

Según E. Viollet-le-Duc, *Dictionnaire raisonné de l'architecture française du XI^e au XVI^e siècle*. A. Morel. París, 1875, tomo VIII, en la palabra «Sculpture».

(1) Véase L. Courajod, *La polychromie dans la statuaire du moyen âge*, París, 1888, y los numerosos trabajos del mismo autor relativos a la historia de la escultura francesa, llenos de puntos de vista originales.

V.—Los esmaltes de Limoges.

Desde mediados del siglo XII, la esmaltería limosina se menciona en los textos, tanto en el extranjero como en Francia, con el nombre «de obra de Limoges», *opus Limogie* o *lemovicense*, *opus de Limogia*, lo cual indica ya un tráfico que se remonta a largós años. Se ha insistido tantas veces sobre el particular, determinado por numerosos textos irrefutables, que no nos parece muy conveniente insistir a nuestra vez. Precisa más bien hacerlo respecto al influjo que tuvo en la labor limosina esa exportación, esa producción exagerada. Desde el punto de vista artístico, perjudicó ciertamente a los esmaltes, porque obligó a los esmaltadores a producir en muchos casos obras de carácter trivial. En efecto, no podía tratarse, desde el momento que se fabricaban objetos religiosos o utensilios de tocador en grandes cantidades, de hacer algo que se saliera de lo ordinario. Sólo por excepción, para algunos relicarios rarísimos, tal como aquél en que se conserva a San Serenín, en Tolosa, o para las tumbas, por ejemplo, se hicieron encargos directamente a Limoges. Esta producción a marcha forzada tuvo otra consecuencia: la de mantener durante mucho tiempo en los talleres los mismos modelos, la de crear, de manera inconsciente, un arte por decirlo así arcaizante. Esta observación es absolutamente necesaria si se intenta fechar con exactitud algunos de los ejemplares de la esmaltería limosina. Estos productos, a partir de principios del siglo XIII, se hallan retrasados en veinte o treinta años respecto a la fabricación artística del resto de Francia. Limoges ha conservado mucho tiempo el estilo románico, y sorprende encontrar a veces en pleno siglo XIV motivos de adorno que son anteriores en más de cien años. Al exceso de producción, y sobre todo de producción barata, debe atribuirse este fe-

nómeno extraño, mucho más [que a la poca diligencia que podían mostrar los habitantes de las comarcas situadas al sur del Loire para adoptar las formas creadas por los franceses del norte.

Siendo muy considerable toda esta fabricación, vamos a examinar los diferentes objetos que ha creado. Se impone ante todo una división: monumentos religiosos y monumentos civiles. Empezaremos por los primeros, los más numerosos con mucho.

* * *

Los crucifijos nos detendrán poco tiempo. En algunos, la figura de Cristo está completamente esmaltada en llano; en otros está esmaltada en relieve y sobrepuesta. En este último caso las figuras de la Virgen y de San Juan, de los Apóstoles y de la Magdalena, los símbolos de los Evangelistas son igualmente de relieve y sobrepuestos. O bien el sistema decorativo adquiere un carácter mixto, en relieve de frente, llano en el revés de la cruz... Estos crucifijos servían a la vez como cruces procesionales o como cruces estacionales. En este último caso, había que colocarlos sobre un pie que también estaba esmaltado. Estos soportes (Louvre, iglesia de Obazine), afectan la forma de un tronco cónico que descansa sobre patas en forma de garras. Están adornados con follajes esmaltados y figuras de dragones en bronce cincelado que se han sobrepuesto más tarde.

No poseemos ningún cáliz del siglo XII al XIV que pueda atribuirse a un taller de Limoges. No sorprenderá el caso si se piensa cuán pocos de estos vasos litúrgicos, siempre hechos, o en parte al menos, con metales preciosos, subsisten en Francia. Pero en cambio tenemos cierto número de vasos sagrados del mismo género. Sin hablar del *scyphus* del Louvre (el vaso de cobre de Alpais), ni de una pieza análoga, pero menos suntuosa, que

forma parte del Museo del Ermitage, de Petrogrado (colección Basilewsky), existe todavía en Francia un núme-



Fig. 78.—Vaso de cobre esmaltado por G. Alpais de Limoges (principios del siglo xiii).

ro muy grande de copones o más bien de pixides de cobre dorado y esmaltado. Tienen casi todos la forma de

una copa semi-esférica, coronada por una tapa de corte semejante, y encima un largo vástago terminado por una cruz. El pie, circular o de lados cortados, sostiene un vástago muy alto, interrumpido por un nudo. Estas piezas, que pertenecen todas a la segunda mitad del siglo XIII o al XIV, son de fabricación bastante tosca. Los adornos (Santa Faz, monograma de Cristo, etc.) están en hueco y grabados y aparecen sobre un fondo alternativamente azul o rojo. Estos esmaltes, de un tono muy crudo, no tienen ya la armonía de los productos de la primera mitad del siglo XIII y son absolutamente característicos de la decadencia del arte limosino.

A estos cozones hay que añadir, en primer lugar, las cajitas cilíndricas con tapa cónica, a las que se da el nombre de pixides, y que servían para contener, como las palomas esmaltadas, la reserva eucarística. El adorno de estas piezas varía poco: follajes, medallones que contienen un monograma, más raras veces figuras de animales. Ejemplares de esta clase hay demasiados en todos los museos para que convenga insistir. En cuanto a las palomas, mucho más raras, estaban colgadas, por medio de un gancho de metal o de madera, encima del altar, sobre el cual podían bajarse con una cadenita y una polea. El ave, generalmente erguida, más raras veces en disposición de alzar el vuelo y las patas replegadas debajo del vientre, tiene las alas esmaltadas, así como la cola, de azul, de rojo y de blanco o azul, de rojo, de amarillo y verde. Entre las alas se abre una pequeña cavidad destinada a contener las hostias. El procedimiento de suspensión era a veces bastante complicado. El ave se posaba sobre una bandeja o sobre un disco rodeado de una serie de torres. Una o varias coronas servían, en la parte superior del conjunto, para unir las cadenas. Ejemplares bastante numerosos de este gracioso adorno subsisten todavía hoy en los museos públicos o en las colecciones particulares. En Francia no conocemos más que el de la iglesia de Laguenne (Corrèze) que todavía ocupe su sitio...

Los báculos limosinos no son muy variados. Los más antiguos consisten en una serpiente que forma a la vez el mango y el cayado, enteramente cubierta de imbricaciones esmaltadas en azul lapislázuli (báculo procedente de la abadía de Tiron, en el Museo de Chartres); pero el modelo generalmente adoptado en el siglo XIII y en el XIV consiste en un mango esmaltado sobre el que se alzan serpientes de cobre dorado, un nudo agujereado compuesto de serpientes entrelazadas, o un nudo macizo,



Fig. 79.—Pixide de cobre esmaltado. Limoges, siglo XIII (Museo del Louvre).

adornado con bustos de ángeles, y por último una voluta esmaltada de azul que rodea un asunto en cobre fundido y dorado: la Anunciación, la Coronación de la Virgen, la serpiente tentando a Adán y Eva, San Miguel derribando al demonio, etc., etc. Tipo muy común, pero uno de los más preciosos seguramente, es aquel en que

el cayado termina en ancho florón policromo sobre el cual el esmaltador limosino ha puesto las más vigorosas coloraciones de su paleta, el rojo, el azul y el blanco (Museo del Louvre, Museo de Poitiers, tesoro de Saint-Maurice d'Agaune, Museo de Cluny, etc.). Estos báculos, cuyo cayado es, ya de sección circular, ya más raras veces de corte rectangular, se encuentran en toda Europa, y no hay por decirlo así año en que la apertura de alguna tumba de obispo o de abad no haga descubrir uno. Todos los tipos que pueden presentar son hoy conocidos, y los báculos del género del llamado de Ragenfroid, procedente

de Saint-Père de Chartres (Museo de Bargello, en Florencia), completamente esmaltado, con muy complicados asuntos, constituyen rarísima excepción. Mencionemos, por último, un tipo poco común en el cual una figura de ángel se interpone entre el nudo y la voluta...

Pero llegamos a los relicarios, las piezas más importantes entre todas las que ha creado la industria limosina.

Desde el siglo XII al XIV, el relicario de Limoges es una caja en forma de sarcófago o de casa con un tejado muy agudo. Esta construcción, hasta fines del siglo XIII, se hace de madera cubierta de planchas de cobre, toscamente unidas encima de esta armazón. En la segunda mitad del siglo XIII aparece la costumbre de suprimir la parte de madera; los relicarios, de forma más alargada, alzándose sobre patas, se componen entonces de simples planchas de cobre unidas en los ángulos mediante espigas y muescas. La abertura del relicario, en lugar de estar debajo o en uno de sus extremos, se coloca encima. El tejado forma la tapa, y está provisto de charnelas y de una cerradura de aldabilla.

Por excepción, el relicario de Limoges puede imitar remotamente un edificio arquitectónico, una iglesia cuya nave estuviera interrumpida a lo largo por uno o varios cruceros. El ejemplo más complicado que puede citarse en este género es el lindo relicario procedente de Grandmont y que se conserva hoy en Ambazac (Haute Vienne) con la dalmática de San Esteban de Muret.

Este relicario, una de las grandes obras limosinas que se conocen al presente (longitud 0,75 metros, altura 0,63 metros), se compone de una nave que flanquean naves laterales poco salientes. La nave principal está interrumpida en su longitud por tres cruceros que, por lo demás, no desbordan sobre las laterales. Erróneamente se ha querido ver que esta disposición imita el gran relicario de los reyes, en Colonia, con el cual no ofrece ninguna semejanza, ni respecto a la construcción ni al adorno. Por lo demás, muy probablemente es algunos años anterior al relicario de Colonia, que no se empezó antes

de 1198. El relicario de Ambazac se aleja por otras partes, en ciertos puntos, del tema trivial de los ejemplares



Fig. 80. — Báculo de cobre esmaltado.
La Anunciación. Limoges, siglo XIII
(Museo del Louvre).

limosinos del mismo género. En vez de componerse únicamente de placas esmaltadas, su adorno consiste sobre todo en una placa de cobre repujado que el esmalte viene luego a adornar. Grandes follajes serpenteantes atrevidamente dibujados rodean placas esmaltadas en que van engastadas piedras preciosas sin pulir, y terminan a su vez en florones esmaltados de la mayor belleza. Filigranas, cantidad de pedrerías, completan el adorno de los lados del relicario, cuya cubierta tiene en lo alto una crestería cincelada y calada, formada por follajes serpenteantes, florones esmaltados y piedras preciosas. Esta crestería es la única que en la orfebrería limosina llega a tanta importancia. En suma, el relicario de Ambazac es uno de los más bellos que nos quedan, y puede compe-

tir con el de Mozac (Puy-de-Dôme). De la misma época, aproximadamente, si no tiene como este último composiciones en esmalte, nos revela al menos en los esmal-

tadores limosinos un sentido muy puro de la decoración...

Se puede establecer como principio absoluto y señal distintiva que pueden hacer distinguir fácilmente los relicarios de Limoges, la forma y la estructura de las patas que les sirven de apoyo. Estas patas, de cobre, están sujetas en las placas de los lados que forman el relicario y

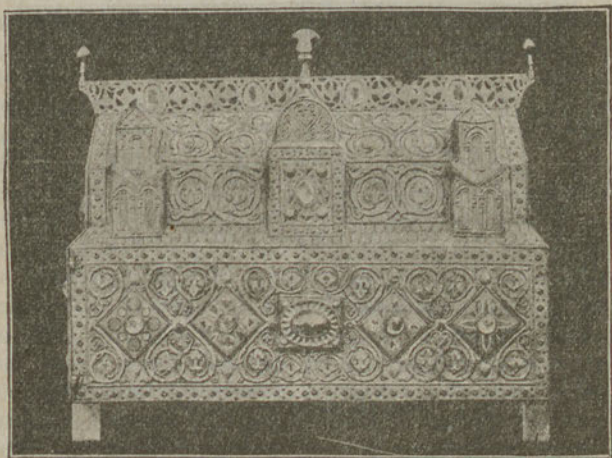


Fig. 81.—Caja de reliquias de Ambazac (Haute-Vienne). Limoges. Fines del siglo XII. Cara posterior.)

llevan un adorno grabado, un dibujo cuadriculado o follajes serpenteantes. Sólo en Limoges fue adoptado este sistema de construcción sencillísimo, pero a propósito para agradar a artífices que perseguían sobre todo la fabricación barata.

Otro signo distintivo de los relicarios limosinos y que no puede engañar en modo alguno, es la presencia de caballetes compuestos de una placa de cobre, que tienen o no tienen sus correspondientes espigas, pero con

aberturas que con razón han sido comparadas a ojos de cerradura. Este dibujo no hace, en suma, más que simplificar la disposición de las pequeñas arquerías de medio punto que en un principio se había querido representar en este adorno de caballete de tejado.

Por último, la presencia de cabezas en relieve en un monumento esmaltado indica, seguramente, procedencia



Fig. 82.—Caja de reliquias de Mozac (Puy-de-Dôme).
(Limoges. Fines del siglo XII.)

limosina. He aquí, por tanto, tres signos: la forma de las patas, la del caballete, la presencia de cabezas en relieve, por los cuales se puede reconocer con seguridad un relicario de Limoges...

* * *

Estamos lejos de poseer un número tan grande de obras artísticas del orden civil en orfebrería esmaltada. Muchas de estas piezas, menudas alhajas u objetos de tocador, nos han llegado aisladamente, y nos es muy di-

fácil hoy determinar con seguridad su uso. Pero es evidente que el esmalte se ha aplicado indistintamente a los broches, a las empuñaduras de espadas, a los mangos de cuchillos, a las placas de tahalíes, a cajas de todas formas y tamaños. La colección Víctor Gay encierra dos objetos de este género muy curiosos y que se remontan a fines del siglo XIII o principios del XIV. Son una caja de espejo de dos tapas, y una cajita para pomada, muy análoga en cuanto a forma a los utensilios del mismo género de los antiguos. El arnés de los caballos parece haber entrado también en el dominio del esmaltador, y el museo de Cluny posee un hermosísimo freno de caballo de este género; pero son obras de la mayor rareza. No hay, en esta serie civil, realmente comunes más que las jofainas, a las que se ha dado el nombre de *gemeliones*, porque van por parejas. Estos utensilios, especie de fuentes de poca profundidad, están adornados generalmente con una serie de escudos esmaltados, unos conforme a las reglas del blasón, otros absolutamente fantásticos, o bien representaciones tomadas de la vida civil: escenas de caza o de danza, juglares o menestrales, etc. Todos los personajes, con frecuencia bastante bien dibujados, están en hueco y grabados sobre fondo de esmalte. En el reverso se ven casi siempre adornos grabados: una flor de lis, un grifo o cualquier otro motivo decorativo que forma el centro de una flor, cuyas puntas van a terminar en los bordes del plato. En cada pareja de *gemeliones* se encuentra uno que tiene una especie de cuello o canal figurando una cabeza de dragón. Ese cuello permitía verter el contenido de dicha vasija, que se tenía en la mano derecha, y que se recibía en la segunda, que horizontalmente era sostenida en la mano izquierda. Numerosas miniaturas nos informan a maravilla acerca de este uso. Se sabe que en la Edad Media, época en la cual los cuidados de la persona ocupaban bastante pobre lugar en la vida diaria, nadie se habría sentado a la mesa en casa de alguna importancia sin haberse antes lavado las manos. Esta costumbre basta para explicar la cantidad de geme-

liones que todavía hay. El día en que la moda de las cucharas y más tarde de los tenedores hizo perderse esta loable costumbre, los gemeliones sirvieron en las iglesias para recibir las ofrendas de los fieles. De utensilios civiles pasaron a ser religiosos, y he aquí por qué la mayoría de ellos han perdido su adorno de esmalte. Las monedas, sin cesar removidas o echadas sin cuidado, no han tardado en hacerle desaparecer.

Los cofrecillos, casi sin excepción, fueron en un principio exclusivamente muebles de uso común. En el trascurso de los tiempos pudieron ser transformados en relicarios; pero la ausencia de todo símbolo religioso en su adorno indica bastante el empleo a que estaban destinados. El cofrecillo del tesoro de Conques se remonta a principios del siglo XII. Análogo adorno de discos o escudos de cobre esmaltado y dorado se aplicó en el siglo XIII y en el XIV a cajas de madera, de cuero o de marfil. Conocido es uno de los que posee el Museo del Louvre. Procede de la abadía del Lys, y como encerraba una reliquia de San Luis, el nombre de este rey ha quedado unido al cofre, aun cuando, según los sincronismos que pueden establecerse por los escudos que lo adornan, resulte algo posterior al reinado de Luis IX, y muy probablemente pertenezca a la época de Felipe el Hermoso. Un cofrecillo análogo figura en el tesoro del Domo de Aquisgram. Otro posee la iglesia de Longpont. En el Museo de Turín se ven trozos de otro, procedentes de la catedral de Verceil, donde dicho cofrecillo sirvió mucho tiempo para contener los restos mortales de un cardenal. Por último, otro adorno de medallones de este género, muy completo, forma también parte de la colección Dzialynska. En casi todos estos ejemplares, los discos esmaltados, escudos de armas policromos o medallones de fondo azul, con figuras o animales grabados o en hueco, no se aplicaban directamente a la madera. La caja se cubría primeramente con una espesa capa de pintura a la cola, encima de la cual se ponía una hoja de estaño. Ese estaño se teñía luego mediante un barniz ligero, ver-



Fig. 83. — Gemeliones de cobre esmaltado. Limoges, siglo XIII
(Museo de Cluny).

de o rojo, y muy trasparente, lo cual daba gran brillo a toda la obra, brillo que realzaban aún los dorados de las placas esmaltadas. Todos estos cofrecillos tienen tapas planas, montadas en charnelas, con cerraduras de cobre, de buen dibujo, en las que vienen a engancharse aldabillas sencillas o dobles. Los dragones que ya hemos visto figurar en los báculos se repiten aquí. Sirven para formar las aldabillas unas veces, otras [los puntos de sujeción de las charnelas. Cabujones de cristal, que aparecen con colores distintos por medio de laminillas de cobre que tienen debajo, clavos de cobre dispuestos simétricamente en el fondo, completan este adorno de excelente gusto...

Desde mediados del siglo XII, las laudas de los monumentos de Godofredo Plantagenet y del obispo de Angers Eulger nos lo prueban, el esmalte se había utilizado con éxito para el adorno de las tumbas. No parece por lo demás que los de Limoges tuvieran, en un principio, el monopolio de esta fabricación, porque la tumba de Enrique, conde de Champagne, erigida en Troyes, había sido hecha por orfebres alemanes o loreneses. Sea lo que quiera, en el trascurso del siglo XIII los de Limoges desarrollaron tan bien esta rama de su industria que exportaron tumbas hechas del todo, exactamente como los relicarios. Por eso hay todavía en el extranjero, en Inglaterra y en España, algunos de estos monumentos cuyo origen francés no es dudoso. Se ha citado muchas veces en apoyo de esta opinión el texto de una cuenta de los albaceas de Gualterio de Merton, obispo de Rochester, que menciona un pago hecho a Juan de Limoges por la tumba del obispo, que fue, con un ayudante, a poner él mismo en su lugar. El hecho remonta a 1276. La tumba de Gualterio de Merton ha desaparecido, pero hay todavía en Inglaterra, en Westminster, un testimonio irrecusable de la importación limosina. Una tumba episcopal, que se conserva en la catedral de Burgos, nos prueba el mismo hecho con respecto a España.

En todas estas efigies funerarias, la parte debida al

escultor es tan importante al menos como la del esmalta-

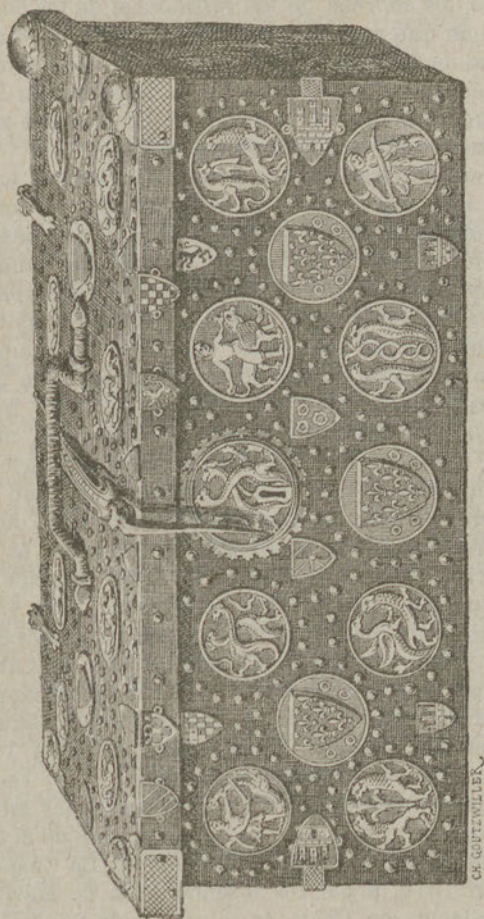


Fig. 84. — Cofrecillo llamado de San Luis. Obra limosina. Época de Felipe el Hermoso.
(Museo del Louvre).

dor. Sobre un trozo de madera, previamente desbastado según los contornos generales de la estatua, se han apli-

cado planchas de cobre martilladas y repujadas, cinceladas aun en determinados casos. El esmalte interviene en los galones, los adornos de los vestidos, el de los cojines y el fondo en que reposa la estatua. A veces, es verdad, este adorno de esmalte es muy importante. No queremos citar más ejemplo que la tumba de los hijos de San Luis, que en tiempos estuvo en la abadía de Royaumont y que hoy se conserva en la iglesia de Saint-Denis.

El número de estas tumbas esmaltadas, hechas en Limoges, ha sido muy grande, y Gaignières nos ha conservado felizmente el diseño de varias de ellas que después se vendieron al peso a caldereros, sin que este vandalismo haya aprovechado nunca ni a los que lo ordenaban ni a los que, como verdaderos brutos, no veían en las tumbas más que material para hacer cacerolas. La tumba de los hijos de San Luis, cuyo fondo está adornado con grandes follajes serpenteantes y figuras de ángeles y frailes orando, data de 1248; la de Blanca de Champaña, mujer de Juan I, duque de Bretaña, data de fines del siglo XIII o de principios del XIV; se había terminado en 1306 y se conserva en el Museo del Louvre. El monumento del corazón de Teobaldo V de Champaña, en Provins, es posterior a 1270, fecha de la muerte de aquel príncipe. He aquí las que subsisten todavía en Francia; pero ya no tenemos ni la de Felipe de Dreux, en la catedral de Beauvais (1210), ni las de Géraud, obispo de Cahors, y de Aymeri Guerrut, arzobispo de Lyon, enterrados en Grandmont en 1250 y 1245, ni las que Juan Chatelas, ciudadano de Limoges, había hecho, antes de 1267, para los condes de Champaña Teobaldo III y Teobaldo IV. Todas se han fundido. Pérdida tanto más lamentable cuanto que, si juzgamos por la descripción de la tumba del cardenal de Taillefer, inhumado en La Chapelle-Taillefer en 1312, o por los diseños de la de María de Borbón (fallecida en 1274), en la abadía de Saint-Yved-de-Braine, esos monumentos eran a veces muy suntuosos. El último, principalmente, tenía en su contorno treinta y seis figuras de cobre, en altorrelieve, colocadas debajo

de arquerías, las cuales, a juzgar por las inscripciones, eran retratos de personajes contemporáneos.

E. Molinier, *L'Emallerie*, París, Hachette, 1891.

VI.—Villard de Honnecourt, arquitecto en el siglo XIII.

La incertidumbre que reina acerca de los procedimientos manuales de los artistas de la Edad Media, la ignorancia absoluta en que se está respecto al modo cómo se hacía su instrucción, harán que interese algún tanto la descripción de un manuscrito, único en su género, que parece haber sido el libro de apuntes de un arquitecto del siglo XIII. Llamaré álbum a esta obra singular que forma parte de los manuscritos de la Biblioteca Nacional de París. Es un pequeño volumen de 33 hojas de pergamino cosidas dentro de una piel gruesa y basta que cae sobre el corte. Una nota, escrita en el siglo XV en el reverso de la última hoja, prueba que en aquella época el álbum constaba de 41. Las mutilaciones que han reducido este número parecen ser ya antiguas.

Como las hojas no están igualadas, sus dimensiones varían de 15 a 16 centímetros de ancho por 23 a 24 de alto. Cada una de ellas está cubierta por ambos lados de dibujos a pluma, que se ve haber sido bosquejados con lápiz de plomo. Notas explicativas, concebidas en el dialecto picardo del siglo XIII y escritas en lindos caracteres minúsculos de la misma época, acompañan a varios de estos dibujos.

Estas notas manuscritas proporcionan acerca del autor del álbum, la época en que vivía, sus trabajos, algunas nociones.

En el reverso de la primera hoja se lee:

Wilars de Honnecourt vous salue, et si proie a tos ceus qui de ces engiens ouverront, con trovera en cest livre, qu'il proient por s'arme et qu'il lor soviengne de lui;

car en cest livre puet on trover grant conseil de le grant force de maconerie et des engiens de carpenterie; et si troverés le force de le portraiture les traits ensi comme li ars de jometri le command et enseigne. Villard de Honnecourt os saluda y ruega a todos los que trabajan en los diversos géneros de obras contenidas en este libro, que rezen por su alma y se acuerden de él. Porque en este libro puede encontrarse grande ayuda para instruirse en los principios fundamentales de la albañilería y de la construcción en madera. Encontraréis también el método para dibujar al trazo, según el arte de la Geometría lo manda y enseña».

Esta nota puede hacer el oficio de prólogo. Dice el nombre del autor, el lugar de su nacimiento, la naturaleza, lo mismo que el destino de su libro. Habiendo escrito Villard de Honnecourt esta obra, la lega a los de su oficio, que en ella encontrarán numerosos procedimientos para la práctica de la albañilería, la construcción en madera y la aplicación de la Geometría al dibujo. Les pide, en cambio, que se acuerden de él y que rezen por su alma.

Villard de Honnecourt, a juzgar por su sobrenombre, era cambresiano, porque Honnecourt es una aldea junto al Escalda, a cinco leguas de Cambrai. Este probable origen adquiere la consistencia de un hecho cierto por la presencia en el álbum de dos dibujos, uno de los cuales es el plano de la iglesia de Vaucelles, abadía situada enteramente al lado de Honnecourt, representando igualmente el otro, en plano, el coro de la iglesia catedral de Cambrai.

Lo mismo que todos los hombres de su tiempo que sabían algo, nuestro arquitecto había viajado mucho. «*He estado en muchas tierras*», dice en un sitio, y en apoyo de sus palabras invoca los monumentos de todos los países reunidos en su álbum. En efecto, es casi un itinerario este manuscrito. Se le ve cruzar Francia del norte al oeste, luego recorrer el Imperio de Alemania hasta más allá de sus límites más remotos. Deteniéndose una vez en Laon, toma el croquis de una de las torres de la

catedral, «la más linda torre que existe en el mundo», en su opinión. Sus estudios minuciosos acerca de la catedral de Reims, prueban que moró largo tiempo en esta ciudad. Su paso por Meaux lo atestigua un plano de Saint-Etienne, su paso por Chartres un dibujo del gran rosetón occidental de Nuestra Señora. Más lejos, se le encuentra instalado ante la portada meridional de la Catedral de Lausanne, cuyo rosetón, todavía existente hoy, copia. Por último, el álbum atestigua una larga estancia del autor en Hungría.

Es de sentir que el manuscrito de Villard de Honne-court proporcione menos noticias acerca de sus trabajos como arquitecto que respecto a sus peregrinaciones. No se encuentra en él más que una composición que lleva su firma, y todavía comparte el mérito con otro colega. Esta obra es un plano de santuario para una iglesia de primer orden. Envuelven el coro una doble galería y una nave con nueve capillas, unas de forma cuadrada, las otras en hemiciclo. Alternan en esta doble forma a derecha e izquierda del ábside, que es cuadrado.

En el interior se leen estas palabras: *Istud bresbiterium (1) invenerunt Vlardus de Hunecort et Petrus de Corbeia inter se disputando.*

Así esta disposición insólita fue el resultado de una conferencia entre Villard y un colega suyo llamado Pedro de Corbie. Nada indica, por otra parte, que fuera ejecutada...

Fechas ciertas permiten hacer salir a Villard de la gran escuela de tiempos de Felipe Augusto. Le colocan en el buen medio de aquella generación de hombres por cuyo ingenio el género gótico alcanzó, como sistema de construcción, sus últimos perfeccionamientos... (2).

(1) Es decir, el *Coro*.

(2) [Después de publicado el artículo de M. J. Quicherat, numerosos sabios han profundizado en el estudio del *Album* de Villard de Honne-court. (Véase principalmente la publicación del *Album*, en facsímile, por M. de Lassus,

[M. J. Quicherat clasifica luego, en nueve capítulos, las materias que en confusión se tratan en el Album. He aquí los títulos de estos capítulos: 1.º, Mecánica; 2.º, Geometría y Trigonometría práctica; 3.º, Corte de piedras y albañilería; 4.º, Carpintería de armar; 5.º, Dibujo arquitectónico; 6.º, Dibujo de adorno; 7.º, Dibujo de figura; 8.º, Mobiliario; 9.º, Materias extrañas a los conocimientos especiales del arquitecto y del dibujante. He aquí el último capítulo.]

Villard de Honnecourt parece haber sido aficionado al estudio de la naturaleza. Su Memoria estaba adornada con todos los cuentos de que entonces se componía la Ciencia zoológica. Una de las figuras de león que ha dibujado da motivo a nuestro autor para referir el hecho siguiente: «Quiero deciros algo de la enseñanza del león. El que domestica un león tiene dos perros pequeños. Cuando quiere que el león haga alguna cosa, se lo orde-

y C. Enlart, en la *Bibliothèque de l'École des chartes*, 1895.)—De los trabajos de M. Bénard «resulta que Villard era picardo, que se le debe casi seguramente la iglesia de San Quintín y que, por el contrario, no hay nada que autorice mucho más a atribuirle obras en la catedral de Cambrai que en la de Reims».—«Las canteras de la abadía cisterciense de Vaucelles, dice M. Enlart, a seis kilómetros de Honnecourt, a la otra orilla del Escalda, fueron probablemente la escuela donde Villard hubo de recibir las primeras enseñanzas de su arte». Y este autor piensa que los cistercienses de Vaucelles fueron los que recomendaron a nuestro arquitecto a sus hermanos de Hungría. «Muchos arquitectos franceses de los siglos XII y XIII, dice, fueron enviados al extranjero por obispos, principalmente a España, donde la mayor parte de los prelados eran de la orden cluniacense; a Suecia, donde el primer arzobispo de Upsala, que había estudiado en la Sorbona, había podido conocer a Esteban de Bonneuil en París; a Dinamarca, en fin, donde el arzobispo Absalón fundó al mismo tiempo la abadía cisterciense de Sorö y la catedral de Roskilde, parecida a las de Arras, Noyon y Cambrai, y que no puede menos de ser obra de un francés del Norte. Nada impide que Villard haya trabajado de igual manera para los obispos de Hungría...; pero es mucho más probable que para al servicio de los cistercienses fuera llamado un arquitecto que poseía sus tradiciones.]

na. Si el león gruñe, pega a los perritos. Ahora bien; el león tiene tanto miedo de ver pegar a los perros, que suaviza su genio y hace lo que le mandan. No hablo del caso en que esté encolerizado, porque entonces no cede por buenas ni por malas».

En la página siguiente da esta explicación, por cima del dibujo, muy poco fiel, de un puerco-espín: «He aquí un puerco-espín. Es un animalito que lanza sus púas cuando está furioso».

Al final da, cuando termina su manuscrito, una instrucción que no me parece conveniente más que para hacer un herbario: «Coged muchas flores por la mañana, de diversos colores, teniendo cuidado de que la una no toque a la otra. Tomad una clase de piedra que se talle con cincel, que ha de ser blanca, lisa y delgada. Luego colocad las flores debajo de esta piedra, cada especie aparte. De esta manera se conservarán con sus colores». Hay que deducir de aquí que practicaba la botánica, al menos en calidad de aficionado. Si no se preocupase tanto del color, podría decirse que era para tener modelos de adornos que trasladar a los capiteles de las columnas, puesto que en su tiempo las flóres de nuestras comarcas, imitadas en enchapado, han empezado a sustituir, en el decorado arquitectónico, a las hojas y florones imaginarios de la antigüedad.

De otro orden de conocimientos, del arte del ceramista está tomada la receta siguiente: «Se coge sal y teja romana machacada, y ponéis aproximadamente tanto de la una como de la otra, unís bien la teja con exceso, de suerte que sea su color el que predomine. Póngase a remojo este cemento en aceite de linaza. Con él podréis hacer una vasija para agua». Era una cerámica en crudo que debía tener la consistencia de la piedra, y que la Edad Media había heredado seguramente de la antigüedad. Su composición es muy semejante a la de ciertos morteros que Pablo el Silencioso dice haberse empleado en la construcción de Santa Sofía.

Creo reconocer la preparación de una pasta depilato-

ria en otra receta, escrita inmediatamente detrás de la anterior: «Se coge cal viva que ha hervido y oropimente. Se mete todo en agua hirviendo con aceite. Es un unguento bueno para hacer caer el pelo».

Por último, como remedio a las heridas que con frecuencia se ocasionaban a su alrededor, Villard de Honnecourt había encontrado en sus lecturas, o aprendido de algún empírico, la receta que sigue: «Guardad en la memoria lo que voy a deciros. Coged hojas de lombarda, y *sanemonde* (es una planta que se llama cáñamo bastardo), y también la planta denominada hierba lombriguera y cañamones o semilla de cáñamo. Machacad esas cuatro plantas, de suerte que no haya más de la una que de la otra. Luego cogéis rubia, en cantidad doble de cada una de las otras cuatro plantas. Machacadla también y meted las cinco plantas en un puchero para ponerlas en infusión con vino blanco, el mejor que podáis tener, arreglándoos respecto a la dosis de suerte que la poción no resulte demasiado espesa y se pueda beber. No bebáis demasiada, tendréis bastante con una cáscara de huevo llena. Cualquiera que sea la herida que tengáis, sanaréis. Poned sobre vuestras heridas unas estopas, encima una hoja de lombarda, luego bebed la poción, por mañana y noche, dos veces al día. Es preferible hacer la infusión en buen vino dulce que en cualquiera otro, pues el vino dulce fermentará con las plantas. Si hacéis la infusión con vino añejo, dejadla reposar dos días antes de beberla».

Después de cuanto acaba de decirse, creo que me será lícito, guardando las debidas proporciones entre las dos épocas, definir con las palabras de Vitruvio la instrucción del arquitecto en el siglo XIII: *Eum et ingeniosum esse oportet et ad disciplinas docilem; et ut litteratus sit, peritus graphidos, eruditus geometria et optices non ignarus, instructus arithmetica, historias complures noverit, philosophos diligenter audiverit, musicam sciverit medicinae non sit ignarus.*

J. Quicherat, *Mélanges d'archéologie et d'histoire*, tomo II, París, A. Picard, 1886.

VII.—La sociedad francesa en el siglo XIII.*I. — El clero normando, según el registro de Eudes Rigaud.*

Eudes Rigaud fue uno de los hombres más notables del reinado de San Luis. Los historiadores del siglo XIII han guardado respecto a él profundo silencio. Algunas líneas consagradas a su memoria no hubieran estado, sin embargo, fuera de lugar en la historia del santo rey que le honró con su confianza y su amistad. Felizmente, ha llegado hasta nosotros un documento que, mejor que ningún historiador, nos revela en sus menores particularidades la vida de este ilustre prelado. Queremos hablar del registro en que consignó día por día las acciones de los veintiún años de su episcopado. En estas notas, no destinadas a la publicidad, hay que buscar una pintura fiel de las costumbres del clero del siglo XIII. En ellas también hay que seguir los pacientes esfuerzos de un hombre que consagró su vida entera a reprimir los numerosos excesos de los clérigos de su tiempo.

Eudes Rigaud, que había ingresado el año 1242 en la Orden de San Francisco, fue consagrado arzobispo de Rouen en el mes de marzo de 1247. Su primer cuidado fue la visita de los deanatos rurales de su diócesis. En la imposibilidad de trasladarse a cada parroquia, reunía a todos los curas de un deanato en una misma asamblea. Allí se hacía una información severa acerca de las costumbres de cada uno de ellos. Seis sacerdotes, revestidos de las funciones de jurados (*juratores*), denunciaban atrevidamente todos los desórdenes que la voz pública atribuía a sus colegas. Estos desórdenes pueden ser referidos a los motivos siguientes:

Excesos de bebida. — Disputas. — Encuentro varias veces repetido el reproche de frecuentar las tabernas y el

de beber hasta que el vino llega al gáznate. De aquí disputas, hábitos olvidados en los lugares de orgía, de aquí también clérigos que, muertos de borrachera, han tendidos en el campo. A más de las disputas nacidas de quedado la bebida, otras tienen su origen en el carácter violento de ciertos curas amigos de la discordia. Toman parte en las peleas, se pegan con sus feligreses. Uno de ellos llegó a tirar de espada contra un caballero.

Comercio.—Lo más común es que la acusación se limite a señalar a tal o cual cura que se dedica al negocio. En muchos casos, sin embargo, la naturaleza de este negocio se especifica. Consiste, por ejemplo, en dar dinero con interés a los comerciantes, en tener barcos navegando, en tomar parte en el tráfico de maderas, en arrendar tierras para sembrarlas, tomar casas de labor, percibir los derechos de peaje y de puesto en las ferias, cebar cerdos, vender carneros, vacas, caballos, cáñamo, vino, sidra. Los curas vendedores de bebidas llevaban el abuso hasta embriagar a sus feligreses. El comercio de granos se prohíbe también severamente. Parece que ya los especuladores de artículos alimenticios conocían las operaciones a plazo fijo.

Juegos.—Los juegos prohibidos son los dados, la bocha, el tejo. En 1248 se censuraba al cura de Baudriou Bosc por tomar parte en los torneos.

Hábitos.—Según los estatutos sinodales, los sacerdotes no debían montar a caballo sino con capas redondas y cerradas. A pesar de esta prescripción, muchos viajaban con sotanas abiertas o tabardos, lo cual es probablemente lo mismo. La capa tenía capuchón. Ciertos sacerdotes son notados por no habersele echado a la cabeza y haber preferido la cofia. Aquellos cuyos gustos mundanos no se contentaban siquiera con el tabardo y la cofia, vestíanse como las gentes de guerra y llevaban armas. Notemos también la censura dirigida a un sacerdote por haber comprado un traje de seglar.

Abusos en la administración eclesiástica.—Curas que no han recibido las órdenes olvidan presentarse para ob-

tenerlas, o bien, cuando las han recibido, pasan años enteros sin celebrar. Otros no residen en las parroquias que les están confiadas. Exigen remuneración por administrar los Sacramentos. Un capellán fue reprendido porque, la víspera de Navidad, cantó la misa que le pagaron. La acusación de haber celebrado matrimonios clandestinos, o sin hacer las proclamas, es muy rara. El alquiler, el empeño o la venta de los libros de la iglesia están severamente prohibidos, y pocos curas aparecen en falta por este motivo. No ocurre lo mismo respecto a la obligación en que están de ir a los sínodos, capítulos o calendas.

Tales son los principales abusos que Eudes Rigaud encontró en el clero secular de su diócesis. Los medios que empleó para poner término a ellos fueron bastante diversos. Para los desórdenes menores, estableció multas pecuniarias que imponían los deanes. Así obligó a los curas a acudir a los sínodos y a proporcionarse capas. El cura de Virville había de pagar cinco sueldos cada vez que se emborrachaba, o que solamente entraba en una taberna situada a menos de una legua de su domicilio. Para las faltas más graves, el obispo hubiera podido recurrir a las censuras canónicas y decretar la suspensión o interdicción; pero estos castigos habían perdido ya mucho de su eficacia, y la misma excomunión no impedía a ciertos sacerdotes desempeñar sus funciones habituales. Hubiera podido también citar a los culpables ante los tribunales eclesiásticos, pero este procedimiento era largo y muchas veces no hubiera conseguido su objeto. Eudes prefirió otros medios: exigió de los que había encontrado en falta cartas auténticas en que confesaban sus errores, prometían corregirse y declaraban que, si no cumplían su compromiso, quedarían por este hecho mismo, y sin ningún procedimiento, privados de su beneficio...

Estas medidas no tenían otro objeto que reformar al clero provisto de los beneficios antes de ser obispo Eudes Rigaud. Para prevenir estos abusos en la generación

siguiente, fue muy circunspecto en la admisión de los clérigos presentados por los patronos. Persuadido de que en el sacerdote las costumbres van a la par con la instrucción, hacíales sufrir un examen antes de conferir un beneficio. El registro contiene las actas de varios de estos exámenes. No podemos menos de traer a colación un ejemplo. Tomemos al azar un sacerdote, llamado Guillermo, presentado en la iglesia de Rotois.

Su examen tuvo lugar el 8 de las calendas de marzo de 1258. Los examinadores eran, a más del arzobispo, Simón, archidiacono de Rouen; maese Pedro de Aumalle, canónigo de Rouen; el hermano Adán Rigaud, y Juan de Morgneval, familiar del prelado. El candidato fue interrogado acerca del pasaje del Génesis: *Ade vero non inveniebatur adjutor similis ejus, inmisit ergo Dominus Deus soporem in Adam*, etc. He aquí cómo ordenó esta frase y la tradujo palabra por palabra a la lengua romance: *Ade*, Adán; *vero*, ciertamente; *non inveniebatur*, no encontraba; *adjutor*, auxiliar; *similis*, semejante; *ejus*, de él; *Dominus*, Nuestro Señor; *inmisit*, envió; *soporem*, sueño; *in Adam*... A la petición que se le hizo de que conjugase el verbo *inmisit*, respondió: *Inmittis, si, tere, tendi, do, dum, inmittum, tu, inmisus, inmittendus, tor, teris, inmisus, tendus*. Se le mandó hacer el mismo ejercicio con el verbo *replere*, y como había dicho el gerundio *replendi*, el arzobispo insistió y le hizo silabear (*sillabicari*) esta última palabra, que dividió en cuatro sílabas: *rep-ple-en-di*. Eudes Rigaud levantó la sesión mostrando la incapacidad del examinando para cantar el *Voca operarios*. Ignoramos si los jueces le aprobaron.

Candidatos rechazados a consecuencia de exámenes todavía menos brillantes que el anterior, apelaron al Papa. Estas apelaciones eran un arma que esgrimían todos aquéllos a quienes llegaba la justa severidad del arzobispo. Pero no le importaba, porque tenía el mayor crédito en la corte de Roma, y como se hubieran obtenido subrepticamente contra él algunas cartas del Papa

mandándole comparecer ante jueces extraños, Inocencio IV, el 2 de las calendas de abril de 1250, revocó estas cartas y prohibió que se le citase fuera de su diócesis...

J. Delisle, *Le clergé normand au XIII^e siècle*, en la *Bibliothèque de l'École des chartes*, 1846.

II.—*Burgueses y comerciantes, según los sermones.*

En el siglo XIII, el espíritu del burgués de París tiene ya algo muy moderno. Conservando siempre la fe de sus padres, afecta cierto desdén por los sermones y los sermonarios. ¿Ve a un sacerdote subir al púlpito? Le vuelve la espalda y sale de la iglesia hasta que su palabra deja de resonar, hábito común, por lo demás, entre los notables de más de una ciudad. Confía en las ventajas que le proporcionan su riqueza y los privilegios envidiados de su casta. ¡Burgués del rey, desgraciado el que le ofenda! El temerario es arrastrado inmediatamente a la presencia del soberano, acusado y convicto de haber infringido las libertades de la ciudad, y se le castiga en su persona y en sus bienes. A veces, sin embargo, estas persecuciones judiciales se vuelven en contra del demandante y el agresor es despedido absuelto. ¡*Inde irae!* Toda la historia de la época está llena de disputas semejantes entre la juventud turbulenta de las escuelas y la altiva burguesía de la capital. La nobleza se permite también violar las franquicias. No siempre es castigada por ello, pero no se escapa del juicio. Un caballero, que pasaba un día por una de las puertas de París, encuentra a un burgués blasfemando a todo trapo. La cólera le arrebató y, de un puñetazo, le rompe parte de la mandíbula. Detenido allí mismo, es citado por su delito ante el tribunal del rey y, después de haber esperado su audiencia durante mucho tiempo, expone así su defensa: «Señor, sois mi rey te-

renal y yo soy vuestro vasallo. Si oyese a alguien que os denigraba u os dirigía insultos, no podría contenerme y vengaría vuestra injuria. ¡Pues bien! El que yo he pegado ultrajaba de igual manera a mi rey celestial. ¿Cómo habría permanecido impasible?» Y el príncipe, que no quería a los que blasfemaban (la anécdota se refiere quizá a San Luis), le dejó ir en libertad.

No era raro ver a miembros de la burguesía, nacidos de ínfima condición, elevarse a los grados más altos de la fortuna y aun de la Ciencia. Todos los ciudadanos soñaban, como hoy ocurre, con la opulencia o la fama para sus hijos. La inmovilidad de los rangos sociales no era ya tan rigurosa. El cabeza de una influyente familia de esta clase, Juan Poinlane, nos dice Pedro de Limoges que comenzó su vida en la mayor pobreza. Corría las calles llevando carne en una gran fuente (*perapside*) y no tenía otra manera de ganarse el pan. Era, según todo lo que parece, mozo de una carnicería. Como más tarde llegara a ser uno de los personajes más ricos de la capital, mandó poner aquella vieja fuente en una montura de oro y plata, en recuerdo de su pristina pobreza. La guardaba como una reliquia y hacía que le fuera presentada cuando estaba de fiesta. Su hijo era a mediados del siglo XIII un doctor célebre de la Universidad, relacionado con Pedro de Limoges y conocido con el nombre de Juan de París. Más tarde ingresó en la orden de Santo Domingo.

El principal instrumento de la riqueza de los burgueses era el negocio. La industria estaba muy limitada, la especulación, en la infancia, y, no obstante, se obtenían del comercio provechos considerables. Verdad es que no siempre se lograban sin haber recurrido al fraude; los pequeños comerciantes, como los comerciantes al por mayor, utilizaban engaños que se creen generalmente de invención más moderna. La moral del púlpito es despiadada en este punto, y tiene verdaderamente dónde escoger entre las artimañas del oficio dignas de ser zaheridas. Los *posaderos* y los *taberneros* mezclan a escondi-

das el agua con el vino, o vino malo con vino bueno. El hostelero hace pagar por una mala candela diez veces lo que vale, y reclama todavía un suplemento si se ha tenido la desgracia de servirse de sus dados, extorsiones menudas que son hoy de derecho. Viejas malditas, como las llama un crítico austero, adulteran abominablemente la leche, o, cuando quieren vender su vaca, dejan de ordeñarla unos días antes para que las henchidas ubres hagan creer que dan más leche. Tratan de dar a sus quesos la apariencia más mantecosa metiéndolos en la sopa (*in pulmentis suis*). El cáñamo o la hilaza, que se compra al peso, se depositan durante una noche en la tierra húmeda para que pesen más. Los carniceros usan de un artificio que exige más habilidad: *soplar* la carne y el pescado (porque venden estos dos artículos a la vez). Antes de vender un cerdo tienen cuidado de extraerle la sangre, de que se sirven para colorear el cuello de los pescados descoloridos por el tiempo. Venden también carnes cocidas (fiambres). pero se arreglan de modo que no ganan menos en ello. «Hace siete años que no he comprado carne más que en vuestra casa, decía un parroquiano ingenuo, con la esperanza de obtener rebaja.—¡Siete años, le responde el carnicero, lleno de admiración, y vivís aún!»

No es, sin duda, más que una fábula ingeniosa; pero Jacobo de Vitry refiere como habiendo ocurrido positivamente, durante su estancia en Palestina, el episodio de un envenenador de la misma especie, que en la ciudad de Acre vendía a los peregrinos carnes corrompidas. Preso un día por los sarracenos y llevado a la presencia del sultán, le probó de manera clara que le desembarazaba cada año de más de más de cien enemigos, con lo cual fue perdonado.

Los acaparadores no son menos criminales. Esconden los artículos para producir el hambre y la carestía; pero, ¿qué ocurre? Dios los castiga enviando el buen tiempo, y acaban por ahorcarse de desesperación sobre sus montones de grano. Los comerciantes de telas se alaban de sa-

car del sayal lo que pierden en el escarlata (*melius est lucrari in burello quam perdere in scarletis*). «Tienen una medida para vender y otra para comprar; pero el diablo tiene una tercera, con la cual, según el proverbio, *les medirá las costillas*. No ponen de muestra sus artículos más que en las calles oscuras, para que el público sufra engaño acerca de la calidad (es preciso recordar también que las calles claras no abundaban); pero ellos serán privados de la luz eterna». Los cambiantes, los plateros, de que está cubierto el gran puente de París, urden complots para hacer vil la moneda preciosa, y *viceversa*. Es un modo más de despojar a los viajeros y a los que pasan. Se ve aún algunos que escogen los dineros más pesados para extraer de ellos la plata, y, no contentos con alterar los buenos, los fabrican falsos, que sería muy difícil reconocer si no fueran más suaves al tacto.

Pero de todos los delitos cometidos por el afán de negocio y especulación, ninguno hay más grave, a los ojos de la Iglesia, que la usura. La moral religiosa, como la ley civil por lo demás, se preocupa sin cesar de la represión de este abuso, tan extendido entonces, y, no obstante, juzgado mucho más severamente que en nuestros días. La usura se asimila al robo puro y simple, y sólo hay un medio de repararla: la restitución. La legitimidad del interés no se admite en principio. Los usureiros son monstruos en la naturaleza. Dios ha creado los labradores, los clérigos, los soldados; pero el diablo es quien ha inventado esa cuarta clase. Así los ejemplos más aterradores, las historias más sorprendentes circulaban respecto a ellos. Es raro que quieran abandonar en el momento de la muerte el fruto de sus largas rapiñas, reunido con tanto afán. El remordimiento los asedia, buscan mil medios de expiar su avaricia, rezan, dan limosnas; pero, en último término, no restituyen y expiran impenitentes. Sus despojos mortales, en este caso, no deben ser enterrados en tierra cristiana. Esta regla, sin embargo, no se aplica en todo su rigor, como lo indica el

siguiente sucedido. Un usurero, al morir, fue colocado en el féretro; pero cuando se trató de llevarle al cementerio, nadie pudo levantarlo: la caja permanecía clavada en el suelo. Un *anciano* dijo entonces: «Sabéis que es costumbre en esta villa que cada cual sea llevado a la tumba por sus iguales: los sacerdotes por los sacerdotes, los carniceros por los carniceros, etc. No tenéis, pues, sino hacer una cosa: llamar a cuatro usureros». Pareció bueno el consejo, y, efectivamente, los compañeros del difunto levantaron sin dificultad el féretro.

Esteban de Borbón afirma haber visto, cuando estudiaba en París, llevar a la iglesia de Nuestra Señora a uno de aquellos enfermos, consumidos por el *fuego sagrado o mal de los ardientes*, que venían a implorar a la Santa Virgen su curación. Sus vecinos decían que se había enriquecido mediante la usura. Los sacerdotes le exhortaron a renunciar a los bienes que había adquirido por este medio culpable, a fin de poder lograr la salud. Pero se negó con persistencia. Su cuerpo se puso entonces completamente negro y hubo que sacarlo de la iglesia. Entregó su alma aquella misma noche.

Estos castigos ejemplares no impedían a «los adoradores de la cruz de plata» ser temidos y honrados en vida. Se veía a algunos de ellos arruinar a valientes caballeros que partían para la Cruzada, reducir a su familia a la indigencia, y hacer que el señor del lugar les redujera a prisión en cuanto no podían ya sacarles prendas ni dineros. Poco a poco, y de usura en usura, llegaban a hacerse un nombre, una posición influyente, como aquel joven pillo, llamado primeramente el *Sarnoso*, y que, habiendo llegado, mediante ganancias ilícitas, a poder vestirse decentemente, se hizo llamar *Martín Sarnoso*. Cuando hubo aumentado su fortuna se le llamó *Señor Martín*, simplemente, y, por último, llegó a ser inmensamente rico y ya no se le llamó más que *Monseñor Martín*, tratándole como un personaje digno de todos los respetos.

A. Lecoy de la Marche, *La Chaire française au moyen âge*, París, H. Laurens, 1886.

VIII. — El equipo guerrero en la Edad Media.

He aquí cuál fue el equipó caballeresco en el siglo xi:

La armadura de cuerpo era la *loriga* o la *brunia*, que se ponía sobre los otros vestidos. La *brunia* se componía de plaquitas cuadradas, triangulares, redondas o en forma de escamas, cosidas sobre una tela. La *loriga* era toda de metal, de mallas de gancho o de pequeñas anillas encajadas unas en otras. *Loriga* o *brunia*, la forma era de cota corta, con mangas cortas también, y con una *cofia* o capuchón estrecho. El *tahalí*, que iba oculto debajo, sostenía la espada por un corchete a que daba paso una hendidura. Como todo esto no bajaba a más de la mitad de las piernas, dejábase ver la túnica.

Los monumentos del siglo xi nos ofrecen el dibujo de *lorigas* que, en lugar de tener la forma de túnica, ciñen el cuerpo y las piernas, como haría un pantalón corto ajustado a la parte baja de un chaleco. Como esta prenda, representada en la tapicería de Bayeux (1), es de una sola pieza, es imposible figurarse cómo se ponía, a menos de suponer que fuera abierta todo a lo alto por delante y por detrás, y que se abrochase por los bordes de la abertura.

La cabeza estaba protegida por un casco ovoidal o cónico, falto de defensa para la nuca, pero provisto, en la parte de delante, de una pieza llamada *nasal*, porque cubría la nariz. El nombre de este casco es germánico: se llamaba *yelmo*. Llevaba como adorno un círculo cincelado o incrustado de pedrería, que rodeaba el borde, y nunca otra cimera que una bola metálica o de cristal de color. Para combatir, el caballero se cubría la cabeza con la *cofia* de la *loriga* (se llamaba la *ventalla*), y ésta esta-

(1) Véase el grabado de la pág. 228.

ba dispuesta de suerte que, gracias al nasal, sólo los ojos y la boca quedaban descubiertos.

Las piernas iban provistas, por cima de los calzones, unas veces de calzas, cogidas abajo en los zapatos; otras, de vendas.

Por el año 1050 la armadura aumentó, para proteger las piernas, con calzas concebidas según el mismo sistema que las lorigas y las brunias. De esta suerte, el caballero se encontró completamente cubierto de hierro y justificó el epíteto poético de *fervestu* que se le aplica frecuentemente en las canciones de gesta.

También en la segunda mitad del siglo XI el escudo caballeresco, de redondo que era, se hizo oblongo y de forma tal que cubría, desde el hombro hasta el pie, al caballero puesto en la silla. La superficie era combada. Del ombligo, colocado en medio, partían bandas de hierro que irradiaban hacia los bordes. Leones, águilas, cruces, florones, aparecían pintados en el fondo con brillantes colores y constituían un adorno puramente fantástico.

La larga lanza, adornada con un gonfalon, no era la única de que hicieron uso los caballeros. Combatían también muchas veces con una lanza más corta llamada *espeto*, cuya punta era muy aguda. Este arma se asestaba lo mismo que la lanza grande, o se lanzaba como un venablo.

La conquista de la Italia meridional y de Sicilia, la de Inglaterra, la primera Cruzada, en una palabra, todas las grandes empresas en que Francia asentó su reputación militar, en el siglo XI, se realizaron por guerreros que no tuvieron otro equipo que el que acaba de describirse. Este, consagrado por la gloria, permaneció durante mucho tiempo estacionario.

Como los combatientes que iban detrás de los caballeros no tenían derecho a llevar loriga, ni brunia, ni escudo, sus armas defensivas eran el escudo redondo u oval, llamado *tarja*; la cota guateada, o bien, a falta de ella, plastrones de cuero que sujetaban debajo de la túnica. Así lo atestigua el poeta Wace, cuando describe la *gente*



Fig. 85.—Caballero de por el año 1220, según el albrua de Villard de Honnecourt.

de a pie de un ejército normando, en el *Roman de Rou*: «Algunos llevan buenas láminas de cuero que han atado a su vientre, otros se han puesto *perpunte* o *gambax*». Gambax es el antiguo nombre francés de la cota guateada, o más bien de la materia que servía para este efecto.

La pica, la lanza de ancho hierro, el arco, la honda, eran sus armas ofensivas habituales. Todos llevaban la espada más larga y de hoja menos ancha que la de los caballeros. Se sujetaba a un cinturón comparable al de los antiguos francos por la carga que sostenía. El soldado del siglo x se pinta, en una sátira de la época, con un montón de objetos sujetos con correas alrededor de él y que le golpeaban las piernas. Llevaba así el arco, un carcaj que contenía las flechas, martillo, tenazas, eslabón, una caja de yesca.

* * *

El equipo se hizo absurdo a partir de fines del siglo xii. No se pensó más que en acumular las defensas del cuerpo, sin preocuparse de los movimientos del combatiente. No fue bastante vestirle por completo de mallas, sino que se pusieron guarniciones debajo y encima. Se ve, por los relatos muy circunstanciados que poseemos de la batalla de Bouvines, que el caballero que era arrojado al suelo no podía volver a levantarse sin la ayuda de sus acompañantes. Abandonado por los suyos, no le quedaba sino la alternativa de rendirse o hacerse matar.

Hay que entrar en el pormenor de este arnés, tan distinto del de los guerreros de la época heroica, aun cuando, sobre poco más o menos, en apariencia fuera lo mismo.

Debajo de la loriga (y ésta se reforzó entonces con paño), el caballero llevaba una casaca con mangas, toda guateada y marcada con infinidad de puntos. Era el *gambeson*, así llamado a causa de la *borra* o *gambax* de que estaba guarnecido. Formaba un buen colchón. La mayor parte de los caballeros, sin embargo, juzgaron a



Fig. 86.—Caballero anglo-normando, según una tumba de 1277.

propósito aplicarse todavía plastrones de cuero (*valonas de cuero*) en las partes expuestas.

Encima de la loriga se usó otra cota doble, ésta flotante y sin mangas, que se llamó *cota de armar*, y de aquí la expresión más moderna de cota de armas. Era costumbre que estuviese adornada con las armas del caballero.

A la cintura se enganchaba oblicuamente, de derecha a izquierda, ancho cinturón cubierto con placas de adorno, el tahalí de caballería de aquella época. De él pendían, mediante correas, a un lado la espada, al otro la daga, llamada *gran cuchillo* o *puñal de misericordia*.

El capuchón de mallas, que en otro tiempo formaba una sola pieza con la loriga, constituyó una pieza separada que descendía mucho sobre el pecho. Tomó el nombre de *cofia* y muchas veces se compuso de dos partes: un capillo que cubría el cráneo y un faldón recortado en el lugar del rostro, de modo que envolvía la barbilla y todo el rostro.

Debajo del faldón de la cofia, el cuello estaba ya armado con el *gorguerín*, especie de corbata de acero, de mallas o de plaquitas de hierro cosidas sobre un cuello de tela. Felipe Augusto llevaba, en la batalla de Bouvines, un gorguerín triple, al cual debió su salvación, porque un flamenco le dirigió la pica al cuello, y como el hierro no hubiera podido penetrar hasta la carne, consiguió sacarlo del mango con un vigoroso esfuerzo.

El yelmo, complemento de la armadura de cabeza, se trasformó en un gran cilindro que cubría por completo la cabeza, el rostro y la nuca. Era como cubrirse la cabeza con una campana o con una marmita. A principios del siglo XIII el cilindro iba ensanchándose por arriba. Desde la época de Felipe el Hermoso, por el contrario, tendió a volver a la forma cónica.

La parte anterior del yelmo se encorvaba ligeramente. Reforzábanla dos láminas metálicas reunidas en forma de cruz. En los cantones de esta cruz se habían abierto *viseras* para la vista y agujeros para respirar. El yelmo tenía también a los lados comunicaciones para los oídos. Como todas estas aberturas no bastaban para que el caballero dejase de experimentar el ahogo consiguiente a la estancia prolongada de la cabeza en aquella pesada prisión, para que pudiera refrescarse de vez en cuando, se imaginó la *visera*. Se hizo movable la parte del yelmo que cubría el rostro (el *vis*, como entonces se decía), subiéndola por medio de charnelas. De tal suerte, esta parte se abría y cerraba como la portezuela de una estufa. Aun, si había lugar para ello, el caballero podía quitarse la visera sacando la clavija que la sujetaba a los anillos de bisagra. Pero, ¿qué era este consuelo comparado con el suplicio producido por tal manera de cubrirse la cabeza? La cosa pareció tan insoportable que muchos tomaron la costumbre de no llevarla más que colgada del arzón de la silla. La reservaban para los torneos y las revistas, prefiriendo en la batalla combatir con el rostro descubierto. De aquí provino que los caballeros tomaran el partido de tener dos cascos en su equipo. El yelmo

les acompañaba para las paradas, mientras que de ordinario se cubrían la cabeza con un *cervillera*, simple casquete de hierro, o el *bacinete*, casco ligero que por sus dimensiones se parecía al yelmo primitivo; pero no tenía nasal y se adaptaba mejor a la forma de la cabeza.

La mayor parte de los señores de la época se hacen representar en sus sellos ataviados para el torneo. Tienen la lanza o la espada en la mano, las aletas en los hombros, el escudo tapando el pecho. Todas estas cosas llevan el blasón, y el blasón figura también en una cresta en forma de abanico que corona el yelmo. Era la cimera a la moda, que fue sustituida algunas veces por un pendoncillo que giraba sobre una varilla, como una veleta, o por un muñeco representando un hombre o un animal. Un conde de Boulogne, rebelado contra Felipe Augusto, para mostrar que era señor del mar, había mandado poner a ambos lados de su yelmo un penacho de barbas de ballena. No sorprenderá que, para lograr que fuese más tolerable la carga de todas estas cosas, se hicieran yelmos de cuero: pero esos yelmos no servían más que para las justas corteses, en que se combatía con lanzas sin punta y espadas de ballena cubiertas de papel de plata.

En cuanto al escudo, que tan desmesuradamente se había alargado en el siglo XI, volvió, después del año 1200, a las dimensiones que le convenía tener para que se manejara con facilidad. Se aligeró tanto más cuanto que se le desembarazó del ombligo, aquella joroba maciza con que había sido recargado hasta entonces. Fue la única mejora que el siglo XIII introdujo en el armamento. Parece haber respondido solamente a la necesidad de dar forma más aprovechable a la superficie en que había de ser representado el blasón. El escudo cubría al caballero montado desde el cuello hasta la rodilla.

La protección de las piernas no es menos complicada que la del cuerpo y la cabeza. Se llevaban gruesas botas o fundas de cuero cosido debajo de las calzas de mallas. A las rodillas iban ajustadas, por cima de las mismas

calzas, cajas de metal. Estas cajas, *rodilleras*, recibieron en el siglo XIII y conservaron durante una parte del XIV el nombre de *potros*.

Durante algún tiempo, las calzas fueron una simple pieza de mallas que se abrochaban detrás de la pierna y después del borde del zapato o escaupín, que era también de mallas. Pero esta moda no fue general, y la de las calzas en forma de vainas se impuso muy pronto. Algunas eran bastante largas para atarse más arriba del forro de la loriga, hacia la cintura. El conde de Boulogne, derribado del caballo en la batalla de Bouvines, se salvó porque estaba ataviado de esta suerte. En vano unos tunantes que habían caído sobre él quisieron meter las picas por bajo de la faldilla de la loriga, no encontraron hueco alguno en la armadura. En último término se sujetaron, por medio de correas, largas placas de cuero que cubrían la parte delantera de las piernas y de los muslos por cima y por bajo de las rodillas. Tal fue el principio de la armadura de hierro batido. La defensa de los muslos se llamaba *quijotes*; la de las piernas, *grebones*.

El uso de estas placas era general al advenimiento de Felipe el Hermoso. En tiempo de los hijos de este rey, la parte de pieza del brazo fue armada del mismo modo, por medio de *guardabraxos* colocados encima de las mangas de la loriga, y hubo *sobrecodales*, cajas de hierro que resguardaban los brazos. Los guantes, que no eran sino de mallas en otro tiempo, fueron de ante cubierto de mallas o placas de hierro.

Caballeros tan bien cubiertos necesitaron monturas que fuesen, lo mismo que ellos, impenetrables a los golpes. Se introdujeron en el arnés *testeras* de hierro, gualdrapas de fieltro, *gruperas* y *petrales* de tejido de mallas. Entonces se hizo indispensable a los caballeros buscar caballos fuertes para las batallas y los torneos. Eran éstos los *corceles*, aquéllos los *destreros*. En las marchas, eran llevados de la brida al lado del gentilhombre montado en su *palafrén*. Se acostumbraba a los caballos a galopar con gualdrapas que llegaban al suelo, porque en los tor-

neos aparecían cubiertos de cabeza a pies, como hoy se hace con los caballos de los coches fúnebres.

No hemos enumerado menos de dieciocho piezas componentes de la armadura y el equipo del caballero. Añadiendo la camisa, las bragas y las calzas de paño que llevaba encima de la piel, el número asciende a veintiuna. La conclusión es evidente. Bajo un amontonamiento tal de placas, almohadillas y trapos, el hombre no era más que un autómatas dispuesto para un número de movimientos sumamente restringido. Llevaba las armas sujetas al lado, so pena de no poder cogerlas si se le escapaban de las manos. El escudo colgaba del cuello por medio de larga brida, el yelmo iba sujeto al pecho y a la espalda con cadenas, así como la daga y la espada.

Aun cuando el caballero se despojase de parte de este equipo para la batalla, lo que le quedaba todavía le impedía ser un combatiente de recursos. Pero la preocupación imperante era obstáculo para reconocerlo así, y se guardaba una complicación que pasaba por ser signo de nobleza. Por nada del mundo los gentileshombres habrían renunciado a ello, y los soldados de profesión, a quienes habría correspondido poner de moda un equipo más razonable, no trataban más que de copiar a los gentileshombres.

Los mercenarios, caballeros e infantes, se habían emancipado. Con el nombre de *sargentos*, es decir, servidores, habían llegado a constituir cuerpos temibles, que, en más de una ocasión, habían eclipsado a la caballería. Cuando hubieron adquirido esta importancia, no se vió mal que aparentasen aire más marcial. Algunos de ellos revistieron la armadura completa de placas metálicas, luego la de mallas. Se vió a soldados de fortuna ponerse la loriga, y aun la cota de armas encima de ella. La vanidad de los grandes señores halló satisfacción en este hecho usurpatorio. En lugar de armas propias, que no tenían, los sargentos pusieron en su cota las del señor que los mantenía a sueldo.

Los sargentos revestidos con la armadura completa, de

placas o de mallas, constituían una caballería pesada. A diferencia de los caballeros, no usaban espuelas doradas, ni gallardetes en las lanzas, ni yelmos, ni escudos. A la cabeza llevaban el bacinete o un sombrero de hierro de forma redonda, con ala doblada, sin carrilleras. Su escu-



Fig 87.—Felipe de Valois, según su sello.

do (la tarja) era de forma oval, muy abombado y con ombligo en el medio.

Los soldados de la caballería ligera y los infantes no tenían más que parte de las piezas de la armadura. En las piernas no llevaban casi más defensas visibles que calzas perpunteadas o cubiertas de placas. A la cabeza

llevaban, por lo común, ya el sombrero de hierro, ya una simple *cervillera*. Para ellos, la loriga estaba sustituida por el *lorigón*, cota de mallas de urdimbre más ligera y manga corta, o aun sin mangas. Pero el *lorigón* no podía ser adquirido por la mayoría, y muchos se contentaban con una cota de placas, un perpunte de cuero o un casa-cón. Tenían por escudo la *rodela*, disco pequeño que se llevaba pendiente de la cintura, o el *talevás*, de forma cuadrada y de tamaño tal que cubría todo el cuerpo del combatiente.

Hay que hablar de las armas ofensivas, en las que también se habían introducido cambios.

La lanza caballeresca, cuyo hierro y asta se habían alargado, había tomado el nombre de *gleva*. No la adornaba, como en otro tiempo, ancha banderola. A la de los barones se había fijado, con el nombre de estandarte, un pequeño paño cuadrado, con las armas de la casa. Un *pendón* o lengüeta de tela triangular distinguía la lanza del simple gentilhomme.

La espada era más larga y menos ancha que la del siglo XII, siempre redondeada por arriba con un pesado pomo que coronaba la empuñadura. Este pomo era comúnmente aplastado, y, en las partes planas, las armas del caballero estaban representadas en esmalte. Los sargentos empleaban, con preferencia, una espada todavía más larga y puntiaguda, con la que se podía acometer de punta y de corte. Algunos gastadores, en lugar de la espada, se servían del machete, ancha cimitarra que tenía corte por un solo lado.

Los mercenarios de todos los países, que en gran parte componían los cuerpos de sargentos, habían importado el uso de diversos instrumentos de muerte, desconocidos en Francia hasta ellos.

La *bisarma* o alabarda, cuya asta, al principio muy corta, no llegó hasta el siglo XIV a ser tan larga como la de la lanza.

El *hacha danesa* de filo convexo, con o sin punta en el talón.

El *dardo*, jabalina ligera en el género de la hasta romana. Era el arma nacional de los vascos, tan numerosos en las compañías de sargentos. Cada combatiente llevaba cuatro en la mano izquierda.

El *hocillo*, gran cuchilla en forma de navaja de afeitar, puesta a la punta de un mango.

La *maza*, de cabeza de hierro, con puntas salientes.

La *pica* flamenca, llamada por los franceses *godendart*, por corrupción de la palabra tudesca, que era *godengag*. Era un grueso palo cubierto de hierro, de cuya cabeza salía un chuzo. «Estos bastones que los flamencos, llevan a la guerra, dice Guillermo Guiart, se llaman *godengag* en el país. Es como quien dijera *buenos días* en francés. Están hechos para herir con las dos manos, y si al caer el golpe falla, el que sabe servirse de ellos se recobra hundiéndose la punta en el vientre de su enemigo».

J. Quicherat, *Histoire du costume en France*, París, Hachette, 1876.

ÍNDICE DE MATERIAS

	<u>Páginas.</u>
PREFACIO.....	V
ÍNDICE DE GRABADOS.....	XIII
CAPÍTULO PRIMERO.—EL IMPERIO ROMANO A FINES DEL SIGLO IV.	
Programa.—Bibliografía.....	1
I. Romani, Romania (G. París).....	3
II. La «villa» galo-romana (Fustel de Cou- langes).....	17
III. El cristianismo (E. Renan).....	28
IV. La sociedad romana, según Amiano Mar- celino, San Jerónimo y Simmaco (G. Boissier).....	37
CAPÍTULO II.—LOS BÁRBAROS.	
Programa.—Bibliografía.....	46
I. La fe y la moral de los francos (E. Lavis- se).....	48
II. La decadencia merovingia (del mismo)....	78
III. Historia poética de los merovingios (Ch- V. Langlois).....	99

CAPÍTULO III.—IMPERIO ROMANO DE ORIENTE.

Programa.—Bibliografía.....	107
I. Constantinopla y el Imperio bizantino (A. Rambaud).....	108
II. Formación y expansión del arte bizantino (Ch. Bayet).....	114
III. Emperadores de Oriente (A. Rambaud)...	126

CAPÍTULO IV.—LOS ÁRABES.

Programa.—Bibliografía.....	150
El Corán y la Sunna (R. Dozy).....	151

CAPÍTULO V.—EL PAPADO Y LOS DUQUES AUSTRIANOS.

Programa.—Bibliografía.....	168
I. Entrada en escena del Papado (E. Lavissee)..	164
II. Pepino «el Breve» (G. París).....	181
III. La liturgia galicana y la liturgia romana en la Galia (L. Duchesne).....	185

CAPÍTULO VI.—IMPERIO FRANCO.

Programa.—Bibliografía.....	189
I. El acontecimiento del año 800 (J. Bryce)..	191
II. Los dignatarios de Palacio en la época de los carolingios (B. Hauréau).....	200
III. Francia y países vecinos después del tratado de Verdun (A. Longnon).....	206
IV. Manuscritos carolingios (A. Molinier)....	208

CAPÍTULO VII.—EL FEUDALISMO.

Programa.—Bibliografía.....	218
I. El advenimiento de la tercera dinastía (A. Luchaire).....	220

II. La caballería (A. Giry).....	227
III. El feudalismo en el Languedoc (A. Moli- nier).....	235
IV. Las costumbres feudales en «Raoul de Cambrai» (P. Meyer).....	242

CAPÍTULO VIII.—ALEMANIA E ITALIA.

Programa.—Bibliografía.....	250
I. La ciudad de Roma en la Edad Media (J. Bryce).....	252
II. Inocencio III, la Curia romana y la Iglesia (F. Rocquain).....	263
III. El «libro de los Censos» de la Iglesia ro- mana (P. Fabre).....	272
IV. El emperador Federico II (E. Gebhart)...	278

CAPÍTULO IX.—LAS CRUZADAS.

Programa.—Bibliografía.....	289
I. Pedro el Ermitaño (H. Hagenmeyer).....	290
II. Toma de Jerusalén por los guerreros de la primera Cruzada el 15 de julio de 1099 (según los más recientes trabajos histó- ricos) (Gustavo Schlumberger).....	297
III. Saqueo de Constantinopla por los cruzados en 1204 (P. Riant).....	313
IV. El Krak de los Caballeros (G. Rey).....	324
V. Algunos resultados de las Cruzadas (H. Prutz).....	336
VI. Conquista de Prusia por los caballeros teu- tónicos (E. Lavisse).....	342

CAPÍTULO X.—LAS CIUDADES.

Programa.—Bibliografía.....	351
I. Los Municipios franceses en la época de los Capetos directos (A. Luchaire).....	353

- | | | |
|------|--|-----|
| II. | Las bastidas (A. Giry)..... | 370 |
| III. | El director de industria en la Edad Media
(G. Fagnier)..... | 376 |

CAPÍTULO XI. - LA MONARQUÍA FRANCESA.

- | | | |
|------|---|-----|
| I. | Luis el Gordo y su corte (A. Luchaire).... | 383 |
| II. | Guerras de Felipe Augusto: | |
| | I. <i>El sitio de Château Gaillard</i> (E. Viollet-le-Duc)..... | 407 |
| | II. <i>La batalla de Bouvines</i> (E. Lavissee).. | 426 |
| III. | Luis IX y la Iglesia (Ch.-V. Langlois).... | 436 |
| IV. | Luis IX y las ciudades: Los pastorcillos
(El mismo)..... | 447 |
| V. | El atentado de Anagni (E. Lavissee)..... | 452 |

CAPÍTULO XII.—INGLATERRA.

- | | | |
|------|---|-----|
| | Programa.—Bibliografía..... | 463 |
| I. | La muerte de Enrique II Plantagenet (P. Meyer)..... | 464 |
| II. | La Carta Magna (C. Bémont)..... | 470 |
| III. | Los elementos de la formación del Parlamento de Inglaterra (E. Boutmy)..... | 476 |

CAPÍTULO XIII.—CIVILIZACIÓN CRISTIANA Y FEUDAL.

- | | | |
|------|--|-----|
| | Programa.—Bibliografía..... | 492 |
| I. | La secta de los cátaros en Italia y en el Mediodía de Francia (Ch. Schmidt).... | 495 |
| II. | Algunos clérigos del siglo XII y del siglo XIII. Primat, W. Map, Serlon, El Canciller (Ch.-V. Langlois)..... | 501 |
| III. | Un franciscano del siglo XIII: Fra Salimbeno (E. Gebhart)..... | 509 |

IV.	Las ocurrencias de Maestre Roberto Sorbon (B. Hauréau).....	524
V.	La Universidad de París en la Edad Media (Louis Liard).....	536
VI.	La ciencia en la Edad Media (M. Cournot)..	546
VII.	La Filosofía de la Edad Media (Ch. Secrétan).....	554
VIII.	Las antiguas recetas de plateros y los orígenes de la Alquimia (M. Berthelot)...	562

CAPÍTULO XIV.—CIVILIZACIÓN CRISTIANA Y FEUDAL. (*Continuación*).

	Programa.—Bibliografía.....	567
I.	La literatura francesa en Europa en el siglo XII (G. Paris).....	572
II.	La Biblia francesa en la Edad Media (S. Berger).....	579
III.	La ojiva (J. Quicherat).....	582
IV.	La escultura francesa en el siglo XIII (E. Viollet-le-Duc).....	591
V.	Los esmaltes de Limoges (E. Molinier)....	598
VI.	Villard de Honnecourt, arquitecto en el siglo XIII (J. Quicherat).....	613
VII.	La sociedad francesa en el siglo XIII.	
	I. <i>El clero normando, según el registro de Eudes Regaud</i> (L. Deslile).....	619
	II. <i>Burgueses y comerciantes, según los sermones</i> (A. Lecoy de la Marche).	623
VIII.	El equipo guerrero en la Edad Media (J. Quicherat).....	628



BIBLIOTECA NACIONAL



1001202211

